

JUAN BOSCH

OBRAS COMPLETAS

XV
TESIS POLÍTICAS

CPEP
COMISIÓN PERMANENTE
DE EFEMÉRIDES PATRIAS
2009

OBRAS COMPLETAS DE JUAN BOSCH
Edición dirigida por
Guillermo PIÑA-CONTRERAS

COLABORADORES

Arq. Eduardo SELMAN HASBÚN
Secretario de Estado sin Cartera

Lic. Juan Daniel BALCÁ CER
Presidente de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias

© Herederos de Juan Bosch, 2009

Edición al cuidado de
José Chez Checo

Diseño de la cubierta y arte final
Eric Simó

Publicación de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias
en ocasión del Centenario de Juan Bosch, 2009

Impresión
Serigraf S.A.

ISBN: 978-9945-462-15-9 (T. XV)
ISBN: 978-9945-462-00-5 (O. C.)

República Dominicana

CONTENIDO

<i>El pentagonismo... y Dictadura con respaldo popular: nuevas concepciones ideológico-políticas de Bosch Pablo Maríñez.....</i>	VII
--	-----

EL PENTAGONISMO, SUSTITUTO DEL IMPERIALISMO

Prefacio para la edición española.....	3
I Qué es el pentagonismo	13
II El nacimiento del pentagonismo	27
III Expansión del pentagonismo	41
IV La sociedad pentagonizada	55
V Política y pentagonismo	71
VI Doctrina y moral del pentagonismo	85
VII El pentagonismo y América Latina	103
VIII El pentagonismo hacia el poder total	119
Apéndice al prefacio	129
Apéndice I	147
Apéndice II	161
Apéndice III	165
Addenda post-electoral	169

EL PRÓXIMO PASO: DICTADURA CON RESPALDO POPULAR

El próximo paso: Dictadura con Respaldo Popular ...	183
Oligarquía, burquesía y pequeña burguesía	253

Oligarquía y antitrujillismo	265
Necesidades acerca de la burguesía nacional	293
¿Dictadura del proletariado? No: Dictadura con Respaldo Popular	311
El papel de la débil burguesía nacional en el régimen de la Dictadura con Respaldo Popular	323
Sicología de las clases en la República Dominicana	333
Algunas ideas acerca de la comunicación con las masas	397
El Frente de la Dictadura con Respaldo Popular	411
Índice onomástico	433

EL PENTAGONISMO... Y DICTADURA CON RESPALDO POPULAR:
NUEVAS CONCEPCIONES IDEOLÓGICO-POLÍTICAS DE BOSCH

Pablo MARÍÑEZ

Juan Bosch redacta y publica *El pentagonismo, sustituto del imperialismo* en 1967, justamente un siglo después de que Carlos Marx diera a la estampa, en 1867, el primer tomo de *El Capital*, y cincuenta años después que Vladimir Ilich Lenin publicara, en 1917, *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*. En el curso del siglo transcurrido entre la obra de Marx y la de Bosch, el capitalismo experimentó un enorme desarrollo y expansión a lo largo de todo el mundo, contrario a lo que habían planteado, en 1848, Marx y Engels en *El manifiesto comunista*. Este desarrollo del capitalismo daría lugar a diversos estudios, análisis e interpretaciones, pues dicho sistema económico iba presentando mutaciones —algo que continuaría haciendo hasta la actualidad—, en algunos casos profundas, que parecían ser distintas del mismo.

Sin embargo, esas transformaciones del capitalismo, aún en esa última etapa, continuarían produciéndose, por lo que algunos analistas hablaban de un neoimperialismo. En 1967, Juan Bosch pudo determinar que, en rigor, se había iniciado una nueva fase en dicho sistema económico, a la que denominó “pentagonismo”. Tesis que desarrolló en su ya clásica obra, *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*.

Es importante destacar, para los fines del presente trabajo, que a la vez que se fue dando ese desarrollo y expansión del capitalismo, también fue produciéndose y perfeccionándose la organización del aparato de Estado, en particular en su expresión política, la democracia representativa. La obra clásica sobre esta última, como se sabe, es *La democracia en América* (1835), de Alexis de Tocqueville, inspirada precisamente en el país que décadas después alcanzaría el máximo avance del capitalismo monopolista, convirtiéndose en un sistema imperialista: Estados Unidos.

En efecto, el capitalismo se expandía, sobre todo a lo largo del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, vertiginosa y arrolladoramente, desde el centro —que era Europa y Estados Unidos, básicamente— hacia la periferia (lo que durante mucho tiempo se llamaría “Tercer Mundo”), sin impulsar necesariamente sus relaciones de producción correspondientes, y mucho menos del proceso de industrialización; éste era reservado para los países del centro, donde a su vez se desarrollaba la democracia, mientras que en los países de la periferia el capitalismo apenas incursionaba a nivel del mercado, como países y regiones que proporcionaban —como colonias o neocolonias—, materias primas y fuerza de trabajo barata, a la vez que eran receptoras de cuantiosas inversiones de capital.

Este proceso daría lugar a que desde dentro del mismo sistema capitalista se produjera una gran asimetría entre los países del centro y los de la periferia; la que se expresaría en el producto interno bruto y muchos otros indicadores económicos, a la vez que sociales. Por lo mismo, los países de la periferia carecían de la sustancia económica y social que demandaba una democracia, como sí la había en los países del centro. Sin embargo, ello no fue impedimento para que en los países de la periferia se intentara impulsar proyectos democráticos,

los cuales estaban llamados a fracasar, al menos en la mayoría de los casos, tanto por razones internas como externas.

Dentro de este contexto de asimetría entre el centro y la periferia, y en un país carente de la sustancia económica y social en su organización capitalista, como lo era República Dominicana a principios de la década de 1960, tras la caída de la dictadura de treinta y un años de Rafael Leonidas Trujillo, a Juan Bosch le correspondería impulsar un proyecto democrático, luego de ser electo Presidente constitucional, en diciembre de 1962. Ante el fracaso para lograrlo, a consecuencia del golpe militar que lo derrocó, en septiembre de 1963, y posteriormente por la ocupación militar de 1965, el país quedaría colocado en una compleja y difícil situación. Bosch lo expresaría de la siguiente manera: “Creo que en la República Dominicana Latinoamérica ha recibido una lección. La lección de que no es posible establecer una democracia con la ayuda de los Estados Unidos, y de que tampoco es posible establecer una democracia contra los Estados Unidos...”¹. Trágica contradicción —un verdadero callejón sin salida— para un país como República Dominicana, situado en la misma frontera imperial del Caribe, en pleno auge de la Guerra Fría.

Sin embargo, tratando de encontrar una salida a tan difícil y compleja situación, Bosch viaja a Europa a finales de 1966, en busca del espacio y las condiciones adecuadas para reflexionar y estudiar diversos tópicos políticos, sociológicos e históricos de la República Dominicana y del Caribe, lo mismo que a nivel internacional, que le permitieran dar respuesta a la crisis dominicana. Después de una serie de estudios realizados, en 1969 Bosch desarrolla una nueva tesis política de

¹ Cfr., WAGENHEIM, Kal, “Hablando con Bosch”, en *En primera persona. Entrevistas con Juan Bosch*, PIÑA-CONTRERAS, Guillermo (Editor), Santo Domingo, Comisión Permanente de la Feria del Libro, 2000, p.187.

gobierno, *Dictadura con respaldo popular*, que consistía, en esencia, en una revolución antioligárquica, que permitiera encontrar las vías del desarrollo, con una nueva organización política que garantizara la equidad y la justicia social en un Estado de derecho que asegurara la paz y la libertad; todo ello, después de haber logrado la recuperación de la soberanía nacional.

Esto quiere decir que *Dictadura con respaldo popular* sería dada a conocer casi un siglo y medio después —ciento treinta y cuatro años para ser más precisos— de que Alexis de Tocqueville publicara *La democracia en América*; y ciento veinticinco años después de que República Dominicana lograra su independencia nacional, en 1844, y comenzara a organizarse políticamente como un sistema democrático. Esa era la distancia cronológica y, por supuesto, económica, social, y política existente entre Estados Unidos, líder de la democracia representativa, y la República Dominicana a finales de la década de 1960, país que sufría de una arritmia histórica, como lo definía Juan Bosch; es decir, esa era la distancia que había, en el mismo sistema capitalista, entre el centro y la periferia, al menos entre ambos países. No podemos profundizar más al respecto, pues ese no es el objetivo del presente trabajo, pero no debemos dejar de señalar que en realidad la distancia señalada entre ambos países es mucho mayor, pues *La democracia en América* no es un proyecto, sino el estudio de un caso concreto, de lo que Tocqueville había tenido la oportunidad de ver, vivir y analizar en Estados Unidos durante su estancia en ese país en la primera parte de la década de 1830; en cambio, *Dictadura con respaldo popular*, apenas consiste en una tesis, como proyecto para instaurar un nuevo sistema político en República Dominicana, acorde con sus propias condiciones históricas, políticas y socioeconómicas; pero también el hecho revela que el

país llevaba más de un siglo fracasando en su intento de organizarse económica y políticamente, si tomamos como punto de partida la independencia nacional de 1844, y casi quinientos años si se parte de 1492. Para Bosch, “lo que ha fracasado no ha sido el pueblo dominicano; ha sido el sistema en que ha vivido”².

El golpe de Estado de 1963 que derrocó al presidente Juan Bosch, y la ocupación militar estadounidense de 1965 tuvieron tan fuerte impacto en su pensamiento político, que sólo son comparables al que originó la lectura de la obra de Eugenio María de Hostos, cuando el joven Bosch, a la edad de 29 años, llegó a Puerto Rico en 1938.

Sin embargo, entre ambos acontecimientos hay una diferencia significativa, que bien vale la pena abordar, aunque sea muy sucintamente. Mientras el encuentro de Bosch con la obra de Hostos “le permitió conocer qué fuerzas mueven, y cómo la mueven, el alma de un hombre consagrado al servicio de los demás”, y por lo tanto modificó su cosmovisión, definió su horizonte político y sentó las bases para lograr una sólida formación intelectual, que lograría incluso consolidar en el curso de sus primeros años de exilio; en cambio, el golpe militar de 1963 contra su gobierno, pero fundamentalmente la ocupación armada de 1965, modificarían las condiciones materiales de producción existentes, de las cuales Bosch no podía substraerse, por lo que el enfoque de sus análisis estaba conminado a tomar un curso diferente.

En efecto, a lo largo de los veinticinco años transcurridos entre 1938, al iniciar su exilio, y 1963, cuando llega a la Presidencia de la República Dominicana, se habían producido significativos cambios internacionales que se constituirían

² BOSCH, Juan, *Composición social dominicana*, vigésima edición, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1999, p.7.

en verdaderos desafíos para Bosch llevar adelante el proyecto político democrático que muy cuidadosa y seriamente —asumiendo múltiples retos, que lo llevarían al exilio dentro del exilio, así como a la cárcel— había ido elaborando durante sus años de vida errante por diversos países, pero fundamentalmente en el Caribe, y al interior de éste, en Cuba.

La región del Caribe, que Bosch había estudiado amplia y profundamente, también se había transfigurado, en particular a raíz del triunfo de la Revolución Cubana en 1959. En suma, su proyecto político democrático, tal y como él lo había concebido, se enfrentaba a un escenario geopolítico distinto, mucho más complicado, que reducía la posibilidad de hacerse realidad.

Sin embargo, por la sagacidad política que lo caracterizaba, Bosch había alcanzado a comprender, muy tempranamente, el impacto de la Revolución Cubana en la región, cuya geopolítica había sido modificada; en cambio, las transformaciones que se habían ido produciendo, justamente alrededor de esos años en el imperialismo, es decir dentro de la economía capitalista, así como de los aparatos de poder de Estados Unidos, no fueron percibidos tan rápidamente; cambios que por lo demás ningún internacionalista o analista político había logrado comprender y analizar, al menos en profundidad.

Ciertamente, tendrían que producirse la ocupación militar de 1965 en República Dominicana —y un año antes, en 1964, en Viet Nam—, para que el líder político dominicano hiciera una relectura de la historia de Estados Unidos, de sus sectores de poder, de su política internacional, y más que nada del capitalismo en su fase imperialista. Acontecimientos que le darían el privilegio, gracias a su sólida formación intelectual y política, de ser un pionero en el análisis de los cambios que se estaban produciendo al interior de dicho sistema.

Como podemos observar, sería un simplismo, como han hecho algunos analistas, plantear que en Juan Bosch se produjo un cambio radical en su pensamiento político —o incluso que se había convertido en un amargado y resentido—. Es cierto, se había producido un cambio en su pensamiento político, pero sólo en algunas dimensiones, como la democracia y el partido político, pues en las demás dimensiones encontramos una continuidad, tema que no es el caso abordar en este momento. Lo que no se puede perder de vista es que el verdadero cambio se había desarrollado en la estructura del capitalismo, y en la coyuntura de la región del Caribe, pues el orden geopolítico se había transformado. Y siendo Bosch un actor político de primer plano en los hechos que allí se producían, no podía quedarse aferrado a un viejo libreto, que pertenecía a una etapa de la historia que había sido modificada, al menos en la correlación de fuerzas económicas, militares, políticas y sociales. Desde una perspectiva metodológica de análisis del pensamiento político de Juan Bosch, lo correcto sería plantear un enfoque dialéctico para una adecuada comprensión del mismo, dejando a un lado el simplismo de las subjetividades antes señaladas. Las condiciones de producción se habían modificado como resultado de los cambios políticos internacionales, y en consecuencia se tenía que producir un cambio en el enfoque y análisis políticos, incluso recurriendo a otras propuestas teóricas paradigmáticas, pues al modificarse la problemática objeto de estudio los viejos instrumentos teóricos no son suficientes para dar cuenta, de manera rigurosa, del curso que estaban siguiendo los nuevos acontecimientos.

Por lo que acabamos de plantear, nos parece un gran acierto que *El pentagonismo, sustituto del imperialismo* (1967) y *Dictadura con respaldo popular* (1969), formen parte de un mismo tomo para ser prologadas, pues aunque la primera corresponde al campo de los estudios internacionales, y la

segunda al de la sociología política, ambas se encuentran estrechamente relacionadas entre sí, tanto porque corresponden a desafíos teóricos para el autor, como porque pertenecen a una misma coyuntura política internacional, regional y nacional. Sin embargo, la vinculación es mucho más estrecha y profunda de lo que acabamos de exponer, pues sin la primera Bosch no hubiera podido desarrollar la segunda; a su vez, en lo que a las condiciones de producción se refiere, tendríamos que plantear, lapidariamente, que ambos libros son hijos de la ocupación militar estadounidense de 1965 a República Dominicana. Sin esta última, Bosch se hubiera dedicado al ejercicio de sus funciones de Presidente de la República, cargo para el que había sido elegido libre y soberanamente por el pueblo dominicano, y hubiera comenzado a impulsar su proyecto político de democracia representativa, o de democracia revolucionaria, como él prefería llamarla.

Rumbo a Europa. La coyuntura nacional e internacional

A finales de 1966, cuando Bosch emprende su viaje hacia España, que luego lo llevaría a Francia, y desde ahí a varios países europeos y asiáticos, apenas hacía un año y medio que se había producido la ocupación militar estadounidense en República Dominicana, en abril de 1965. En noviembre de 1966, cuando sale de Santo Domingo, sólo hacía meses que se habían celebrado elecciones presidenciales, y ya había tomado posesión del Gobierno el Dr. Joaquín Balaguer, candidato favorito de las tropas de ocupación; al momento de su salida todavía el olor a pólvora se respiraba en las calles dominicanas; las casas y edificios mostraban las perforaciones de los impactos de balas, proyectiles, morteros, bazucas y cañonazos que habían causado las armas estadounidenses, con un saldo de más de tres mil muertos; cientos de jóvenes habían tenido que abandonar el país —y lo seguirían haciendo durante

varios años más, en un número de miles—, para realizar sus estudios en el extranjero, pues no existían condiciones para hacerlo en el país. Apenas era el preámbulo de los doce años de crímenes y terror causado por las bandas paramilitares, que perseguían y asesinaban a líderes políticos, sindicales, estudiantiles, y a la ciudadanía en general; todo ello durante el gobierno del Dr. Joaquín Balaguer, de 1966 a 1978.

Por cuanto, Bosch no podía perder tiempo, tenía que actuar con rapidez para buscarle solución política al país, sobre todo para que recuperara, antes que nada, su soberanía nacional, detener el crimen de las más tarde llamadas “fuerzas incontrolables”, especie de escuadrón de la muerte que operaba impunemente en todo el territorio nacional, así como proponer un nuevo modelo económico y político de gobierno que garantizara el desarrollo nacional, la libertad y la paz social.

Dadas las condiciones existentes en la región, había que ser muy creativo, audaz y decidido políticamente para encontrar tal solución. Bosch era absolutamente consciente de ello, el país posiblemente atravesaba por una de sus peores encrucijadas de toda su historia.

Eran los años de la Guerra Fría, políticamente difíciles y sumamente complejos, no sólo para las pequeñas naciones del Caribe como República Dominicana; sino también a nivel internacional.

En suma, eran años convulsionados, de luchas anticolonialistas, de movimientos de liberación nacional; de luchas antiimperialistas que recorrían por todo el mundo. Las aspiraciones, para algunos, eran las de establecer un amplio frente de carácter Tricontinental, donde se pudieran mancomunar las fuerzas revolucionarias del Tercer Mundo, es decir, de América Latina, África y Asia. Eran los años en que el Che Guevara había proclamado la consigna de crear “dos, tres... muchos Viet Nam”, como lo plantearía a principios de 1967.

En ese complejo y tenso contexto internacional es en el que Juan Bosch se establece en España, primero en Madrid, y más tarde en Benidorm, donde permanecería hasta 1969, para trasladarse a París, de donde retornaría a la República Dominicana en abril de 1970. En esos tres años y medio escribiría sus más importantes obras, entre ellas, *El pentagonismo, sustituto del imperialismo* (1967), y *Dictadura con respaldo popular* (1969).

Del imperialismo al pentagonismo. Aportaciones previas

El estudio pionero del autor británico, John Atkinson Hobson (1858-1940), *Estudio del imperialismo* (1902)³, tiene, entre otras, las siguientes virtudes: haber sido escrito exactamente en el momento coyuntural en que esa etapa monopolista y expansionista del capitalismo se estaba desarrollando, bajo la hegemonía de Gran Bretaña, país de donde era originario Hobson; la obra combina la parte intelectual y académica (Hobson, académico y economista, escribió más de treinta libros), con la del viajero, en calidad de periodista, que le permitió conocer, *in situ*, el expansionismo imperialista, pero más que nada, lo que estaban haciendo las grandes compañías británicas, así como el comportamiento de los políticos, militares y ciudadanos ingleses en África y en Asia; es, por otro lado, un estudio interdisciplinario, donde además del riguroso enfoque económico está presente el análisis político, sociológico y antropológico; sin embargo, el autor se mueve en la ambigüedad de criticar al

³ HOBSON, John Atkinson, *Estudio del imperialismo* (Trad. Jesús Fomperosa), Madrid, Alianza Editorial, 1981. En la "Nota del editor inglés a la edición de 1968", se señala que en 1905 apareció una edición revisada de la de 1902, y en 1938, dos años antes de que muriera Hobson se "dio a la luz una nueva versión totalmente reestructurada y revisada" (p.21), que entendemos es la versión que fue traducida al español en 1981, y con la que estamos trabajando.

imperialismo, por considerarlo una deformación del capitalismo, a la vez que de justificarlo y defenderlo, entre otras muchas razones por la supuesta superioridad de la civilización sobre los pueblos aborígenes, es decir, de la raza blanca sobre las razas “inferiores”.

En esta percepción contradictoria, desde nuestro punto de vista, la obra tiene un valor extraordinario, pues el autor, siendo un británico, expone, con toda espontaneidad, la visión que tiene el habitante de un imperio sobre las colonias o países bajo su dominio, pero más que nada su comportamiento y manera de actuar. En ocasiones, por lo menos algunos de sus capítulos, o parte de estos, podrían parecer pertenecientes a testimonios o documentos secretos, para ser conocidos únicamente por la cúpula británica de poder y no por un amplio público. A confesión de parte, relevo de pruebas.

Por otro lado, el autor no se propone definir o conceptualizar al imperialismo; aunque su estudio es sobre el “imperialismo moderno”, o “imperialismo reciente”, como él mismo llamaba al surgido durante el capitalismo, para diferenciarlo de los otros imperialismos, del “imperialismo temprano”, que vendría a ser el de carácter precapitalista, el Romano y el Otomano, entre otros; no obstante, Hobson entiende que existe toda una tipología del imperialismo, además del ya señalado —reciente y temprano—: “el imperialismo ‘sano’, dedicado a la protección, la educación y el autodesarrollo de una ‘raza inferior’, y el “imperialismo ‘insano’, que pone a estas razas en manos de colonialistas blancos, quienes las explotan económicamente, las utilizan como herramientas vivientes, y a sus tierras como lugares donde puede haber minas u otros tesoros”⁴.

⁴ *Ibid.*, p.231.

Por último, siendo esta obra de una enorme riqueza en cuanto a la complejidad y el funcionamiento del imperialismo, lamentablemente se ha quedado opacada (superada, tal vez), por la de Lenin y carece de la difusión que amerita. Además, Hobson tenía una lucidez excepcional, pues fue capaz de entender que el capitalismo había entrado en una nueva etapa, y a partir de ahí hace una serie de planteamientos que siguen teniendo tal vigencia que parecen páginas acabadas de ser publicadas en estos últimos años, no obstante que la obra tiene más de un siglo. Cabe destacar que, a diferencia de otros textos clásicos sobre el imperialismo —incluyendo a Hilferding, Lenin, e incluso a Schumpeter—, en la de Hobson encontramos ya los primeros planteamientos sobre la industria militar, como parte de su economía, algo que retomará décadas después Daniel Guérin en su obra *Fascismo y gran capital* (1936), como veremos más adelante, y que constituye la parte medular de la tesis de Bosch sobre el pentagonismo.

En este somero recuento sobre las aportaciones que se han hecho sobre el imperialismo, y que han tenido repercusión e impacto sobre los estudiosos del tema, nos encontramos con el texto de Joseph Schumpeter (1883-1950), *Imperialismo. Clases sociales*, que data de 1919-1927, y que tiene un enfoque muy particular sobre el mismo, acorde con su concepto sobre el capitalismo. Sin perder de vista que la obra fue escrita después de la Primera Guerra Mundial, y por lo mismo el imperialismo ya se había consolidado más; sin embargo Schumpeter dedica la mayor parte de su obra al análisis de los viejos imperios —a los que denomina imperialistas— y cuando aborda al nuevo imperialismo, correspondiente al capitalismo monopolista, señala que “en un mundo fundamentalmente capitalista no puede haber terreno abonado para impulsos imperialistas [...]. Lo que sucede es que la gente en la sociedad

capitalista está esencialmente poco dispuesta a la guerra”⁵. El imperialismo, según Schumpeter, es propio de las sociedades precapitalistas, por lo que señala: “De todas las economías capitalistas, es la de Estados Unidos la menos cargada de elementos precapitalistas, supervivencias, reminiscencias y factores de poderío”⁶; advierte, sin embargo, que como a dicho país llegaron inmigrantes europeos, “no podemos esperar que las tendencias imperialistas falten por completo en los Estados Unidos”; no obstante señala lo siguiente: “pero sí podemos afirmar que, entre todos los países, los Estados Unidos son los que muestran la tendencia imperialista más débil”⁷. Para Schumpeter “el capitalismo es, por naturaleza, antiimperialista, de aquí que no podamos imputarle las tendencias imperialistas que actualmente existen: éstas son más bien supervivencias y elementos ajenos introducidos en el capitalismo desde fuera, y sostenidos por factores no capitalistas en la vida moderna”⁸. Ideas que posiblemente extraiga de Hobson, en su debatida tesis de que el imperialismo es una especie de enfermedad o anomalía del capitalismo, llamada a ser resuelta en la medida en que el libre comercio logre imponerse al proteccionismo. Quizás por tener una concepción tan particular del imperialismo, que incluso no ha logrado soportar la prueba del tiempo, el autor no llega a profundizar en sus planteamientos sobre la industria armamentista⁹.

Una perspectiva latinoamericana que no podemos pasar por alto por muchas razones, es la de Víctor Raúl Haya de la

⁵ SCHUMPETER, Joseph, *Imperialismo. Clases sociales*, Madrid, Editorial Tecnos, 1965, p.104.

⁶ *Ibid.*, p.107.

⁷ *Ibid.*, p.108.

⁸ *Ibid.*, p.109.

⁹ *Cfr. Ibid.*, pp.110-112.

Torre, *El antimperialismo y el APRA*¹⁰, de 1936, aunque algunas de sus partes habían sido elaboradas a finales de la década de 1920. En ella, a pesar de que hay una clara adaptación a la realidad latinoamericana, y el autor había consultado a Hobson —entre otros muchos autores, pues Haya de la Torre desde su juventud era un profundo estudioso del imperialismo, como se puede constatar en *Impresiones de la Inglaterra imperialista y la Rusia soviética*¹¹, de 1932—, es claro que su fuente de inspiración es la obra de Lenin, *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*. Haya de la Torre sostiene que existen dos formas o modalidades del imperialismo: “la que manda inicialmente a los soldados para después exigir el botín y la que lo negocia con antelación en inversiones, préstamos, ayudas económicas de apariencia más o menos generosa, para enviar más tarde a los soldados si el forzado deudor no cumple”¹². Esta última modalidad, que vendría a ser el imperialismo económico, según Haya de la Torre, es la que ha predominado en América Latina (o Indoamérica, como él prefería llamarla)¹³. De ahí, sostiene que, aunque el imperialismo sea la última etapa en los países de un capitalismo desarrollado, en cambio, en los

¹⁰ Cfr., HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl, *El antimperialismo y el APRA*, Santiago, Centro de Estudios Chilenos, Ediciones Nuestramérica, 1985.

¹¹ Cfr., HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl, *Impresiones de la Inglaterra imperialista y la Rusia soviética*, Buenos Aires, Editorial Claridad, [1932]. La primera parte está compuesta de una serie de artículos que fueron publicados entre 1926 y 1927, luego del viaje que realizara Haya de la Torre a Inglaterra; y el capítulo II, a la Unión Soviética; el prólogo del autor está fechado el 23 de mayo de 1930 en Berlín.

¹² HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl, *El antimperialismo y el APRA*, op. cit., p.13.

¹³ La ocupación militar estadounidense de 1916-1924, cae exactamente dentro de estas modalidades. A raíz de la celebración de la Convención Dominico-Americana de 1907, Estados Unidos recoge todas las deudas de República Dominicana con países europeos; ocho años después, envía sus tropas para cobrar la deuda y, por supuesto, el proceso es más complejo, ya que detrás de dichas tropas se intensificarían las inversiones de capital estadounidense en el país, particularmente en la industria azucarera.

de la periferia es su primera etapa, planteamiento que suscribe Bosch en *El pentagonismo, sustituto del imperialismo* (p.27)¹⁴. En consecuencia, según el líder aprista, América Latina se encuentra imposibilitada de lograr su desarrollo, pues carece de soberanía, y para lograrla tiene que unirse, haciendo un frente único antiimperialista, pues sólo así podría emanciparse, transformar sus estructuras e impulsar un verdadero proyecto de desarrollo económico y social. La organización llamada a jugar el liderazgo político para alcanzar tal objetivo era el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana)¹⁵, a partir de un programa de trabajo¹⁶.

En suma, Haya de la Torre hace una lectura económica y política del imperialismo, como mecanismo de dominación neocolonial, por ello, según él, América Latina lo que necesitaba era su liberación nacional, como lo plantearía décadas después para África, Kwame Nkrumah (1909-1972), a partir de un panafricanismo, en su obra *Neocolonialismo, última etapa del imperialismo* (1966), y como lo entendería también el mismo Bosch en la tesis de la *Dictadura con respaldo popular*; sin embargo el líder aprista tiene la lucidez de abordar en los

¹⁴ Todas las citas en las que sólo figura el número de página, corresponden a la presente edición.

¹⁵ Décadas después, entre 1950 y 1960 Víctor Raúl Haya de la Torre y el APRA abandonarían esos principios políticos de izquierda, para dar un giro hacia una posición conservadora, lo que daría lugar a que un grupo de jóvenes se separe del mismo y funde el “APRA Rebelde”; a principios de 1960 dicha organización se constituye en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), al que pertenecería Hilda Gadea (1925-1974), quien conocería al Che Guevara en Guatemala, para más tarde convertirse en su primera esposa. El MIR, bajo el liderazgo de Luis de la Puente Uceda (1926-1965) se lanza en la década de 1960 a la guerrilla en la sierra peruana. Todavía en la actualidad (2009), en Perú se debate en torno a la referida derechización del APRA. *Cfr.*, PAREDES, Martín y TOCHE, Eduardo, “La otra muerte de Haya/Una entrevista a Nelson Manrique”, en *Quehacer*, N° 175, Lima, julio-septiembre, 2009, pp.9-15; CHAUCA, Lorena, “En busca del APRA perdida”, *Ibid.*, pp.16-21.

¹⁶ *Cfr.* HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl, *El antimperialismo y el APRA*, *op. cit.*, pp.22-30.

conflictos bélicos, dentro de las luchas interimperialistas, la importancia de una superioridad militar, e incluso prevé una segunda guerra mundial en la que los Estados Unidos tomarían parte¹⁷, no obstante, el autor no repara en el papel que jugaba —o al menos estaba llamado a jugar— la industria bélica, quizás porque la misma era muy incipiente en ese momento, como parte del desarrollo del capitalismo.

Este texto de Haya de la Torre, que tanta influencia y polémica generó en América Latina, de alguna manera se inscribe dentro de un movimiento intelectual y político de carácter antiimperialista que se había generado en la región, aunque buena parte de los autores no fueran latinoamericanos, sino más bien estadounidenses. Es decir, eran críticas que se hacían, en buena medida desde dentro de la sociedad norteamericana al imperialismo, y casi todas ellas, aunque abordan lo político y militar, ponían énfasis en la cuestión económica —como mecanismo de dominación—, o directamente en las empresas inversionistas estadounidenses. Entre otros muchos, cabe destacar los siguientes: *La diplomacia del dólar* (1925), de Scott Nearing y Joseph Freeman, *Los americanos en Santo Domingo. Estudio del imperialismo americano* (1927), de Melvin Knight, *El imperio del banano* (1935), de Kepner Charles David y Henry Soothill Jay, así como *Yanquilandia bárbara: la lucha contra el imperialismo* (1929), de Alberto Ghirardo; *Nuestros banqueros en Bolivia* (1929), de M. A. Marsh, y *Nuestra colonia de Cuba* (1929), de Leland H. Jenks.

Sobre esta literatura de carácter antiimperialista hay al menos dos aspectos que nos interesa destacar. En primer lugar, que es muy probable que Juan Bosch la conociera, o al menos parte de ella, pues la misma estaba circulando durante los años de su primer exilio (1938-1961), que constituyeron

¹⁷ Cfr. *Ibid.*, p.86.

los de su formación política e intelectual. Una lectura cuidadosa de *Póker de espanto en el Caribe*, escrito en 1955, nos hace pensar que, no obstante el autor no citar las fuentes empleadas, es muy posible que conociera las obras señaladas. En segundo lugar, que el término o categoría antiimperialismo, a pesar de que ya la revolución socialista había triunfado en Rusia en 1917, y que Lenin había publicado su célebre *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, en la que conceptualiza esa fase del capitalismo, considerada en ese momento como la más avanzada —la última o superior—, el imperialismo era un término que no había sido ideologizado, y por lo tanto se podía emplear con bastante libertad, como una categoría analítica de las ciencias económicas, políticas y sociales, no de un partido u organización política marxista, si bien se inscribía, en su acepción leninista, al paradigma marxista; aunque ya habían elementos para estigmatizarla, pues al menos en el prólogo a la edición de 1920, Lenin plantea lo siguiente: “El imperialismo es la antesala de la revolución social del proletariado. Esto ha sido confirmado, en escala mundial, a partir de 1917”¹⁸, y el contenido del estudio se prestaba para que fuera tomado como bandera de lucha política, y no necesariamente de análisis. Tendría que producirse la Guerra Fría, a partir de 1947, y más específicamente el macartismo en Estados Unidos, de 1950 a 1956, con todas sus implicaciones, persecuciones ideológicas y censuras conocidas, para que dicha categoría pasara a ser estigmatizada por los sectores de poder, y se convirtiera en un objeto tabú, con una connotación subversiva, e incluso peyorativa, y quedara reservada a las consignas políticas, en muchos casos como diatribas. Lo paradójico del caso es que la categoría es estigmatizada por los

¹⁸ LENIN V.I., *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, en *Obras completas*, Tomo XXIII, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1970, p.310.

sectores de poder, a la vez que los intelectuales y organizaciones de izquierda se aferran a la misma, exactamente en el momento en que dicho imperialismo dejaba de ser una categoría válida para dar cuenta de la nueva etapa económica, política y militar en la que había entrado el capitalismo, si nos acogemos a la tesis sustentada por Juan Bosch en *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*.

Puede observarse, por último, que el mismo Bosch empleó, cuando lo consideró necesario, la categoría de imperialismo, hasta para referirse específicamente a Estados Unidos, “imperialismo norteamericano”, en *Póker de espanto en el Caribe*, de 1955, e incluso también la empleó en *Una interpretación de la historia costarricense* (1961); posteriormente, en obras como *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* (1964), por ejemplo, en que pudo haberla usado perfectamente en su análisis, por las múltiples injerencias y participaciones de Estados Unidos en la coyuntura política estudiada, no lo hace, quizás en su condición de ex Presidente, con opción de poder. Y no volverá a hacerlo, sino hasta después de la ocupación militar de 1965. Precisamente el primer libro que escribe después de dicha ocupación es *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*¹⁹. No obstante, el peso del poder hegemónico ha sido tal, en la conversión del imperialismo en un objeto tabú, que aún hoy día, a más de un siglo de haberse iniciado esa etapa del capitalismo, cerca de un siglo después de haber sido conceptualizada por Lenin, y más de medio siglo después del macartismo, la categoría no ha podido desprenderse de su condición de ser un objeto tabú.

¹⁹ Debemos acotar que Bosch supo diferenciar el momento en que podía emplear el término, en su calidad de analista, y en su discurso político propiamente dicho.

Algunos paralelismos

Cuando Lenin publica en 1917 *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, tarea a la que en 1916 le dedica aproximadamente seis meses, se desarrollaba la Primera Guerra Mundial (1914-1918), en ese entonces conocida como la Gran Guerra, en la que Rusia participa desde un principio —y Estados Unidos el último año y medio—; Bosch apenas tenía siete años de edad, y República Dominicana se encontraba ocupada militarmente por Estados Unidos, de 1916 a 1924. Cuando el líder político dominicano escribe y publica, en 1967, *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, labor que hace, en lo que a redacción se refiere, en no más de un mes, se llevaba a cabo, en el marco de la Guerra Fría, la guerra contra Viet Nam (1964-1975), la cual era, en cambio, una guerra de agresión de Estados Unidos al pequeño país asiático del sur, pero que alcanzaba a tener proyección e implicaciones internacionales, y hacía más de un año que las tropas estadounidenses se habían retirado de República Dominicana, luego de la segunda ocupación militar realizada a dicho país en el siglo XX; acciones militaristas que, según Bosch, no correspondían al imperialismo, sino al pentagonismo; además, hacía cuarenta y tres años que Lenin había muerto. Cuando el líder ruso escribe su obra, tenía 46 años de edad y se encontraba en el exilio en Suiza, todavía no había llegado al poder, y Rusia se encontraba bajo el dominio autoritario del zarismo. A su vez, cuando Bosch escribe su obra, tenía 58 años de edad, también se encontraba en el exilio —o autoexilio—, en España, República Dominicana acababa de salir de la dictadura de Trujillo, se iniciaba el segundo de los doce años de gobierno autoritario del Dr. Joaquín Balaguer, y convertida en una neocolonia de Estados Unidos, o para decirlo en términos boschianos, se había pentagonizado; y Rusia, en cambio, era la poderosa Unión

Soviética, capaz de disputarle el poder hegemónico a Estados Unidos, a nivel internacional, hecho que sin los líderes de la revolución socialista proponérselo influirían en el destino del pequeño país caribeño.

Pero quizás lo más importante dentro de esta contextualización realizada a manera de paralelismo entre ambas obras, es que en el plazo de los cincuenta y un años que habían transcurrido entre la redacción del texto de Lenin (1916) y el de Bosch (1967), el sistema capitalista había experimentado un desarrollo prolongado, posiblemente el mayor —y de manera constante y sostenida— en toda su historia, dando lugar a una profunda transformación del mismo.

A la gran depresión de 1929-1932, le seguiría la Segunda Guerra Mundial, de 1939 a 1945, el conflicto armado más devastador que hasta ahora conoce la historia de la humanidad. Pero de esa conflagración mundial —a diferencia de Europa, que quedaría devastada, con toda su infraestructura destruida, y con decenas de millones de muertos— Estados Unidos saldría fortalecido. En primer lugar, porque se había mantenido al margen de dicho conflicto, al menos hasta diciembre de 1941, en que fue atacado por la armada imperial japonesa en la base naval del Pacífico, Pearl Harbor, en Hawai; y en segundo lugar, porque su aparato industrial operó amplia e intensamente, sobre todo en base a la industria militar, como antesala de lo que posteriormente se denominaría el “complejo militar-industrial”; gracias a ello, Estados Unidos logra salir de la crisis en la que se había visto envuelto desde la gran depresión de 1929-1932, lo que incluso le permite impulsar un gran proyecto de reconstrucción de Europa, conocido como Plan Marshall, y consolidarse como una gran potencia a nivel mundial.

Precisamente es en este período posbélico, de auge económico, en que la élite militar estadounidense —que ya en 1943 había inaugurado el edificio que albergaría el

Departamento de Defensa, mejor conocido como el Pentágono, y que luego se convertiría en el emblema de su poderío militar—, comienza a tener, en base al prestigio alcanzado en la Segunda Guerra Mundial, injerencia en la vida económica y política del país, pero muy particularmente en la política internacional, algo que hasta ese momento había estado reservado a las élites civiles. Precisamente el general George Marshall (1880-1959) es uno de los casos paradigmáticos de lo que estamos planteando, algo que no podemos perder de vista.

El general estadounidense George Marshall había participado en la Primera y en la Segunda Guerras mundiales; ocupó el cargo de Jefe de Estado Mayor del Ejército (1939-1945), durante este último conflicto armado; luego, de 1947 a 1949, fue Secretario de Estado —es decir, titular de la política internacional norteamericana—, y Secretario de Defensa (1950-1951), así como también desempeñó varios cargos diplomáticos, dirigió el proyecto de reconstrucción de Europa, que hasta se le conoce precisamente por su apellido, Plan Marshall, y en 1953 recibió el Premio Nobel de la Paz. Paradojas de la vida. Un hombre que toda su vida la dedicó a las armas, no para destruirlas, sino para hacer la guerra, y nada menos que guerras mundiales, es premiado como defensor de la paz.

Pero no nos adelantemos, pues de este proceso de incursión de la élite militar en la política y en la economía de Estados Unidos nos ocuparemos más adelante, particularmente con los lúcidos análisis que al respecto hizo el destacado sociólogo Wright Mills, en *La élite del poder* (1956), como antesala a la tesis sostenida por Bosch en *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*.

En síntesis, que ya después de la Segunda Guerra Mundial estarían dadas todas las condiciones —económicas, sociales, políticas y militares—, no sólo para que la élite militar

tuviera injerencia en la vida política y en la economía de los Estados Unidos, sino, fundamentalmente, para que se produjera una recomposición del modelo de acumulación económico de dicho país, donde el motor llamado a dinamizar la economía sería el “complejo militar-industrial”, bajo la dirección del Departamento de Defensa, mejor conocido como el Pentágono.

*En busca de los antecedentes del complejo militar industrial:
la industria de guerra*

En el pionero estudio de Hobson, *Estudio del imperialismo*, aunque es de 1902, poco después de la guerra hispano-americana de 1898, y de la primera de las dos guerras de los bóers, en Sudáfrica, en 1880-1881 —pues la segunda se desarrollaría entre 1899 y 1902—, ya el autor británico tiene la lucidez de considerar en su análisis el papel que estaba jugando la industria militar en los conflictos bélicos interimperialistas. Hobson observaba que ya en ese momento, alrededor del capital financiero se daban estrechas relaciones “entre los negocios y la política”, que permitían explicar que “el imperialismo agresivo que estamos tratando de comprender” es mucho más racional “de lo que parece a primera vista”, y que no se mueve tanto por “pasiones racistas o de la insensatez y la ambición de los políticos”²⁰. Bajo esas premisas planteadas, que por su importancia preferimos citar *in extenso*, sostiene lo siguiente: “Si se investigara detalladamente qué se hace con los sesenta millones de libras esterlinas, que pueden considerarse como el gasto mínimo en armamento en el Reino Unido en tiempo de paz, se vería que la mayor parte de esa suma va a parar directamente a las arcas de ciertas grandes compañías que se dedican a construir barcos de guerra y transporte, a suministrarles carbón y equipo, a fabricar cañones, fusiles, municiones, aviones y vehículos

²⁰ HOBSON, *op. cit.*, p.66.

motorizados de todas clases, a suministrar caballos, carros, guarnicionería, alimentos, ropas para las fuerzas armadas, a las contratas de cuarteles y de otras necesidades que representan grandes sumas. A través de estos canales principales llegan los millones a muchas empresas filiales o subsidiarias, la mayoría de las cuales saben muy bien que trabajan para equipar a las fuerzas armadas. Nos encontramos aquí con un importante núcleo del imperialismo comercial. Algunas de estas empresas, en especial las que se dedican a la construcción de barcos, de calderas, de cañones y municiones, están dirigidas por grandes compañías con inmenso capital, cuyos jefes son muy conscientes de la utilidad que tiene la influencia política en cuestiones de negocios. Estos hombres son imperialistas convencidos, partidarios de una política agresiva”²¹.

Hobson sabía muy bien que el sector de la industria británica que se dedicaba a esas actividades no era grande, pero en cambio advertía que “algunas de las compañías que las realizan ejercen gran influencia y tienen un considerable impacto en la vida política a través de las Cámaras de Comercio, de los disputados del Parlamento”, y de otras organizaciones²². Por ello afirmaba que “las empresas navieras tienen intereses muy concretos que contribuyen a fomentar el imperialismo”, lo mismo que las fuerzas armadas, a las que califica de “imperialistas por convicción y por conveniencia profesional”, para agregar que “todo lo que sea ampliar el ejército de tierra, mar y aire supone fortalecimiento del poder político que ejercen esos cuerpos”²³. En esa misma perspectiva analítica, el autor considera que “el incremento de los gastos militares y navales de Gran Bretaña en los últimos años”,

²¹ *Ibid.*, pp.67-68.

²² *Ibid.*, p.68.

²³ *Ibid.*

había que considerarlo como “una especie de prima de seguro para la protección de sus mercados coloniales actuales y de las inversiones que ahora realiza en mercados nuevos”. Prima de seguro que se había incrementado aproximadamente de un 15% en 1884, a más de un 50% en 1902, pues al parecer a causa de la segunda guerra de los bóers, de 1899 a 1902, esa prima de seguro, es decir, los gastos en armamentos y guerra se habían duplicado²⁴, y en cambio el comercio colonial apenas se había ido incrementando en un 5% cada año, como hemos podido advertir a partir del cuadro elaborado por el autor²⁵.

No hay duda que Hobson era un crítico del armamentismo y de la guerra, quizás por ello pone tanto interés en el tema, justamente cuando Gran Bretaña era el gran hegemon en el mundo imperialista de la época, y por lo tanto estaba a la cabeza de los gastos militares que hacían las demás grandes potencias europeas, como lo eran Francia, Rusia, Alemania, Austria e Italia, en 1897-1898. De ahí que afirmara muy enfáticamente que “el imperialismo implica militarismo hoy y desastrosas guerras mañana”²⁶, para agregar que “el imperialismo fomenta la guerra y el militarismo”²⁷. El lector dirá si la historia le ha dado la razón.

En *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, Lenin hace un excelente y lucido análisis del capitalismo monopolista, fundamentalmente económico, a partir de los rasgos básicos que en ese momento se destacaban en su proceso de acumulación, donde el capital financiero, es decir, la fusión del capital industrial y el bancario, jugaba un papel clave, lo mismo que el expansionismo, en busca de nuevos territorios, de los que se

²⁴ *Cfr. Ibid.*, p.81.

²⁵ *Cfr. Ibid.*

²⁶ *Ibid.*, p.136.

²⁷ *Ibid.*, p.142.

apropiaba para extraer materias primas, expandir el mercado, y disponer de fuerza de trabajo barata. El libro fue escrito en plena Primera Guerra Mundial, y Lenin tiene mucha claridad respecto al origen y papel de los conflictos bélicos, como parte de la lucha interimperialista, con el propósito de repartirse el mundo, proceso de lucha que continuaría, con un paréntesis de 21 años, hasta iniciarse, en 1939, la Segunda Guerra Mundial.

Aunque el tipo de armamento que se empleó en la Primera Guerra Mundial no demandara el desarrollo de una importante industria bélica, de todas maneras resulta extraño que este destacado político, pensador y analista no prestara atención a una producción que, por insignificante que fuera, en términos relativos, por ejemplo, con la industria eléctrica o de ferrocarriles, la movilización de millones de hombres armados demandaban, de todas maneras, la fabricación de armas en enormes cantidades, tanto para las tropas, como para el sector naval, e incluso el aéreo, que ya había sido empleado durante la guerra de 1914 a 1918.

Nos estamos refiriendo a una guerra cuyo armamentismo se nutrió de los avances científicos y tecnológicos alcanzados durante la Segunda Revolución Industrial, de 1870 a 1914, y por lo tanto capaz de producir acorazados blindados, trasatlánticos, submarinos, armas automáticas, artillería pesada, como carros de combate o tanques, cañones antiaéreos, lanzagranadas, morteros, además de fusiles y otros armamentos, empleando el acero y diversos metales, así como la industria química. Y dicha producción se hizo, nada menos que para un mercado de más de 60 millones de hombres, que fue el número de soldados movilizados en Europa, y para lo cual se involucraron más de treinta países. Ya Hobson lo había considerado, como lo hemos visto con anterioridad, y posteriormente lo analizaría Daniel Guérin, en la década de 1930, como veremos de inmediato.

Seis años antes de iniciarse la Segunda Guerra Mundial, el historiador, sindicalista, anarquista y antimilitarista francés, Daniel Guérin (1904-1988), en un viaje realizado en 1933 a la Alemania nazi, siente la necesidad de realizar una investigación que diera cuenta de los intereses económicos que habían detrás del carácter agresivo y militarista del nazismo en Alemania, y del fascismo en Italia. Tres años después, en 1936 —un par de años antes de Bosch salir al exilio—, Guérin da a conocer, *Fascismo y gran capital*²⁸. En dicha obra el autor analiza al fascismo y al nazismo a partir de las contradicciones existentes entre los sectores de poder que controlaban la industria pesada (metalurgia y minas), vinculadas a los banqueros que tenían intereses en la misma, y por lo tanto constituían el capital financiero, y también la industria ligera, cuya producción en parte se destinaba al mercado interno. Los primeros, los de la industria pesada, exigían una política exterior belicosa, pues en gran parte vivían de “los pedidos de armamentos (tanto del propio Estado como de las potencias ‘amigas’)”²⁹; en cambio, la industria ligera “interesada en exportar productos no militares, no tiene nada que ganar con la guerra y la autarquía”³⁰, era partidaria de una política de colaboración entre las naciones³¹, a la vez que tenía mejor disposición de mantener un trato cercano con los obreros, con sus organizaciones sindicales, posición muy distinta a la que tenía el gran capital con sus trabajadores.

²⁸ Cfr., GUÉRIN, Daniel, *Fascismo y gran capital*, Madrid, Editorial Fundamentos, 1973. Este libro también ha sido publicado bajo el título de *Fascismo y grandes negocios*.

²⁹ *Ibid.*, p.36.

³⁰ *Ibid.*

³¹ Cfr., *Ibid.*

Dentro de la misma perspectiva analítica de Hobson con respecto a Inglaterra, más de tres décadas después, Guérin sostiene que en Italia “los magnates de la industria pesada tienen un interés directo en que su país siga una política exterior nacionalista y agresiva, para seguir enriqueciéndose con los encargos de material de guerra, y al mismo tiempo conseguir nuevos mercados por la fuerza”³². La complicación viene, advierte el analista francés, cuando llega la paz y cesan intempestivamente los pedidos de armamentos. Y parte de la solución que se encuentran, al menos en el período de 1924 a 1929, es la de subvencionar a las bandas armadas, para que no desaparecieran³³, lo cual era una salida ficticia, ya que el conflicto seguía en pie, y los magnates del gran capital pedirían al Estado su intermediación, a través de medidas fiscales, y de proteccionismo arancelario; pero como el problema no encuentra solución, pues las luchas obreras y sindicales se desataron, hubo que recurrir a la represión, y en último lugar, en el caso de Alemania, llamar a Hitler al poder. Pero la contradicción de la industria pesada y la ligera se desplazó, muy rápidamente, hacia una lucha entre los representantes de aquella —ante el peligro de una nacionalización de la industria de armamento, que ya en 1934 desplazaba, en lo que a gastos se refiere, a los de obras públicas³⁴—, y el Estado, pero Hitler logra tranquilizar a los magnates de la industria pesada. Sin embargo, la crisis económica continuaba en Alemania, y no obstante las ventajas que le proporcionaba el acuerdo de Munich, Hitler se da cuenta de “que los mercados de Europa central no bastarían para solucionar a largo plazo las dificultades del capitalismo alemán. Por eso no duda en desafiar a sus

³² *Ibid.*, p.43.

³³ *Cfr.*, *Ibid.*, p.55.

³⁴ *Cfr.*, *Ibid.*, p.322.

adversarios y lanzarse a la conquista del mercado mundial. La pesada máquina de matar se pone en marcha: funciona durante cinco años”³⁵. Pero Alemania cae derrotada por la fuerza de los Aliados, y dentro de ellos, el país que logra mayores ventajas, por el desarrollo alcanzado de su economía, en base a la industria armamentista, es Estados Unidos. Quien extrae y asimila toda esa rica experiencia bélica, es el general Dwight David Eisenhower, comandante supremo de las tropas de los Aliados en el Frente Occidental del Teatro Europeo de la Segunda Guerra Mundial. Esa experiencia asimilada sería puesta al servicio de su país, creando en 1946 lo que él mismo llamaría quince años después, cuando se despedía de la Presidencia, en enero de 1961, el “complejo militar-industrial”, como veremos más adelante.

Diez años antes de Eisenhower pronunciar dicho discurso, el analista y militante político de izquierda estadounidense, Víctor Perlo (1912-1999) publica un libro sumamente crítico sobre el imperialismo de dicho país. Se trata de *El imperialismo norteamericano*³⁶, de 1951, en el que le dedica especial interés al papel del militarismo y la industria de guerra, como soporte de la economía de Estados Unidos, particularmente en los capítulos “Dominación militar y guerra”, y “El imperialismo y el pueblo norteamericano”. Perlo afirma que “El capital financiero norteamericano, imitando la tentativa de conquista mundial de Hitler, también siguió sus pasos en materia de política nacional”, para agregar que “sin el gasto de 30,000,000,000 de dólares anuales para las guerras pasadas, presentes y futuras, este país se habría encontrado hace tiempo en las convulsiones de una severa crisis económica. Sin

³⁵ *Ibid.*, p.359.

³⁶ *Cfr.*, PERLO, VÍCTOR, *El imperialismo norteamericano*, Buenos Aires, Editora Platina, 1961.

los seis millones de trabajadores y soldados empleados con fines militares ya en 1928, habría habido desde hace tiempo desocupación en masa, y acciones de masas para aliviar dicha desocupación”³⁷.

El concepto de “guerras pasadas, presentes y futuras” empleado por Perlo vale la pena tomarlo en consideración, ya que el autor plantea la importancia que tienen los períodos de paz, antes y después de las guerras, pues ellos constituyen los períodos preparativos y de reconstrucción que demandan los conflictos bélicos, incluso que reactivan la economía de Estados Unidos. El autor calcula que las dos guerras mundiales, la de 1914-1918 y la de 1939-1945, en su conjunto sumaron 26 años de preparativos, de guerra y de reconstrucción, por lo que durante “la mayor parte de la primera mitad del siglo XX, la guerra imperialista dominó las vidas de virtualmente el mundo entero”³⁸.

El imperialismo norteamericano de Víctor Perlo fue traducido y publicado al español en 1961, edición que cuenta con un interesante prólogo del autor, en el que retoma los cambios que se han producido a nivel internacional, para puntualizar cómo en dichos años la industria militar había continuado creciendo en Estados Unidos. “Desde antes de la guerra de Corea, los gastos militares se han elevado en más de tres veces, ahora se aproximan a los 50,000 millones de dólares anuales y aumentan en unos 2,000 millones por año”³⁹, a lo que agrega: “Incluso ha surgido la teoría de que los propios beneficios provenientes de los armamentos se han vuelto más importantes que las ganancias producidas por las inversiones extranjeras para los imperialistas, de que los medios superan

³⁷ *Ibid.*, p.305.

³⁸ *Ibid.*, p.263.

³⁹ *Ibid.*, p.9.

los fines, por así decirlo”⁴⁰. Planteamiento que se enmarca dentro de la tesis del pentagonismo que desarrollará Juan Bosch seis años después.

En 1956, Wright Mills (1916-1962), quizás el más notable sociólogo que haya tenido Estados Unidos, puso a circular la obra *La élite del poder*⁴¹, cuando el “complejo militar-industrial” de dicho país no era ni sombra de lo que sería diez años después, en que se producía la guerra de Viet Nam; sin embargo, el conocimiento que tenía de la sociedad estadounidense y de sus redes de poder, aunado a su sagacidad analítica, le permitieron darse cuenta de los cambios que se estaban produciendo al interior de la élite del poder, donde “los señores de la guerra” —como él los denomina—, que hasta ese momento eran entes sin prestancia social, y mucho menos económica y política, comenzaban a ocupar un destacado lugar en la cúspide de la pirámide del poder. Todo ello ocurre cinco años antes de que el presidente Eisenhower se refiriera al “complejo militar-industrial” (CMI), en su célebre discurso de despedida a la nación⁴²; discurso que pasaría a la historia precisamente por las advertencias que hizo sobre el peligro que entrañaba el CMI para la democracia en Estados Unidos. Lo que el pueblo norteamericano no sabía, ni tampoco los analistas políticos o de asuntos militares de la época, era que

⁴⁰ *Ibid.*, p.10.

⁴¹ MILLS, Charles Wright, *La élite del poder*, 4ta. Edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

⁴² *Cfr.*, MELMAN, Seymour, “Apéndice A”, en *El capitalismo del Pentágono*, México, Siglo XXI Editores, pp.323-327. El memorándum es del 27 de abril de 1947, exactamente 21 años antes de producirse la intervención militar estadounidense en la República Dominicana, y consta de cinco pilares, a partir de los cuales sería construido el “complejo militar-industrial”. El general Eisenhower gira dichas instrucciones en su calidad de jefe del Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos.

ese CMI había sido creado quince años antes, en abril de 1946, precisamente por el mismo Eisenhower⁴³.

No hay ninguna constancia —y de existir no la conocemos— de que Mills conociera el referido memorándum del ex Presidente de Estados Unidos, pero a los documentos a que tuvo acceso le permitieron reconstruir, analíticamente, a esa élite militar, que por primera vez estaba desbordando el estrecho círculo militar, para incursionar en el económico, el diplomático y el político, hecho sin precedente en la sociedad norteamericana, independientemente de que, desde sus orígenes, comenzando por el general George Washington, los altos jefes militares que triunfaban en las batallas o guerras sostenidas, llegaban a la presidencia. “Todos los presidentes, desde Grant hasta MacKinley, con excepción de Cleveland y Arthur, fueron oficiales de la Guerra de Secesión, aunque sólo Grant fue militar profesional”, señala Mills, para agregar de inmediato que “en realidad, la mitad de los treinta y tres hombres que han sido presidentes de los Estados Unidos habían tenido algún tipo de experiencia militar; seis eran militares de carrera, y nueve habían sido generales”⁴⁴.

Sin embargo, ello no quería decir que en esa época los militares formaran parte de la élite del poder; más bien, en la mayoría de los casos, el militar cumplía con sus funciones y se retiraba, sin poder alguno, a su casa, en su ciudad natal, como un ciudadano más. Habría que esperar la Primera y Segunda Guerras mundiales, cuando Estados Unidos se convierte en una potencia mundial, para que el rol de los militares se invierta, y lleguen a ocupar lugares cimeros en la cúpula del poder, circulando con mucha habilidad en el mundo económico, el

⁴³ “Discurso de despedida a la nación del Presidente Eisenhower”, del 17 de enero de 1961, en MELMAN, Seymour, *Ibid.*, pp.328-334.

⁴⁴ MILLS, Charles Wright, *op. cit.*, p.171.

diplomático y el político; o con mayor propiedad, asociándose o desplazando a las antiguas y tradicionales élites del poder de esos otros sectores de la vida estadounidense, conformando una poderosa red de un inmenso poder, que daría lugar a que Bosch elaborara su tesis del pentagonismo.

Los tres capítulos de *La élite del poder* dedicados por Wright Mills al estudio de los militares (“Los señores de la guerra”, “La ascendencia militar”, y “El directorio político”), constituyen una fuente clave, diríamos que de lectura obligatoria para poder entender el proceso de movilidad, y el papel de los nuevos integrantes de dicha élite del poder.

Génesis de una obra

Juan Bosch logra percatarse de que al interior del imperialismo norteamericano se había producido un cambio significativo, al momento de la ocupación militar estadounidense a República Dominicana, el 28 de abril de 1965, y muy rápidamente inicia los estudios necesarios que le permitieran comprender la verdadera dimensión de dicho cambio⁴⁵. Pero sucede que los gobernantes que ordenaron esa ocupación militar —como la que realiza todo imperio— para tratar de justificarse recurren a una serie de falacias, en este caso a la acusación de que el movimiento cívico-militar que intentaba reponer en la Presidencia a Juan Bosch era de carácter comunista —algo totalmente rutinario en el marco de la Guerra Fría— lo que obliga al líder político dominicano a tener que desmentir tal acusación, pero también lo induce a leer, o más propiamente, diríamos nosotros, a releer literatura marxista, para enterarse de qué era de lo que se le acusaba, como él mismo expresara posteriormente, en varias

⁴⁵ Cfr., BOSCH, Juan, *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1968, nota 6, pp,109-110.

oportunidades. De tal manera que dicha ocupación militar conlleva a Bosch a estudiar los cambios que se estaban produciendo al interior del capitalismo en su etapa monopolista, o imperialista, como la había caracterizado Lenin, a la vez que a acercarse al marxismo como instrumento teórico y metodológico de análisis, y como filosofía política, así como a replantearse una serie de temas políticos, sociológicos e históricos diversos, que no son del caso considerar en este momento. No debemos de perder de vista que esa lectura o relectura de la literatura marxista se hace en unas nuevas y muy especiales condiciones de recepción, donde Bosch iba a ver y a entender una serie de planteamientos que posiblemente, en caso de haberlos leído, no había considerado o interpretado de la misma manera.

En la referida nota 6, de la edición española de *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, Bosch señala que desde 1965 se encontraba “elaborando la tesis” del pentagonismo, y si tomamos en cuenta que él mismo confesaría posteriormente que “a partir del 28 de abril de 1965 comencé a estudiar cuidadosamente la historia de los Estados Unidos tal como es y no como la cuentan los norteamericanos”⁴⁶, podemos inferir que se tomó alrededor de dos años y medio en desarrollar la tesis, aunque apenas le requiriera, según nuestros cálculos, cerca de un mes redactarla, a finales de 1967, entre septiembre y octubre.

Al respecto debemos precisar, por lo que acabamos de plantear, que no estamos suponiendo que fueron dos años y medio de investigación o estudio continuos, como lo hace un académico, encerrado en una biblioteca, entre libros y documentos, a tiempo completo. No. Durante esos

⁴⁶ BOSCH, Juan, *Viaje a los Antípodas*, 2ª edición, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1980, p.40.

dos años y medio Bosch realizó múltiples actividades, sobre todo políticas, que difícilmente le dejaban tiempo para la lectura y el estudio, al menos de una manera sosegada. Además de las diversas entrevistas, ruedas de prensa, y reuniones de alto nivel en torno a la crisis dominicana, tras su retorno al país, en septiembre de 1965, le toca la tarea de desarrollar una campaña electoral en condiciones extremadamente difíciles, pues el país se encontraba ocupado militarmente. La mayor parte de los discursos pronunciados en ese período se encuentran recogidos en uno de cuatro tomos de discursos políticos⁴⁷; después de las elecciones, Bosch tendría que dedicarse a hacer los arreglos organizativos y estratégicos de lugar dentro del PRD, que se quedaba en el país como la principal fuerza de oposición; por último, le restaba la preparación de su viaje, que lo llevó a Venezuela, y de ahí a España. Apenas instalado en Madrid, es cuando tiene tiempo para comenzar a trabajar en su proyecto de reflexión y análisis políticos que se proponía realizar, lo cual continuaría posteriormente en Benidorm, con mayor tranquilidad y sosiego que en la capital española, donde se veía conminado a recibir visitantes permanentemente, atraídos por su figura, liderazgo y papel protagónico de los acontecimientos políticos y militares que empañaron la soberanía nacional dominicana, que habían adquirido proyección internacional.

En octubre de 1967, Bosch publica un artículo en la revista *¡Ahora!* en el que daba respuesta a una invitación recibida, por medio de un telegrama, del Dr. Julio César Castaños Espaillat, Rector de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), para participar en la III Conferencia

⁴⁷ *Cfr.*, BOSCH, Juan, *Discursos políticos: 1961-1966*, Tomo II, Santo Domingo, Presidencia de la República, 1998.

Interamericana de Ciencias Políticas y Sociales⁴⁸, que se celebraría en noviembre en la UASD. Pero ocurre que en el telegrama también se anunciaba el envío de una carta con la referida invitación, que nunca llegó; de todas maneras, Bosch contestó en los siguientes términos: “Yo no podré atender a la gentil invitación de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, pero trataré de responder al honor de la invitación y a mi deber de dominicano enviando un trabajo. Sólo que desde ahora me pregunto: ¿llegará ese trabajo a manos de sus destinatarios?”⁴⁹. Ese trabajo es *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*.

En la referida respuesta de Bosch, que en realidad constituye un interesante artículo sociopolítico de la historia dominicana, pues expone algunas reflexiones sobre las tesis que ya estaba trabajando en torno a la inexistencia de una burguesía nacional en el país, donde hace una referencia, quizás por primera vez, sobre las limitaciones existentes para que dicha clase social se desarrollara en un país bajo “dependencia pentagonal”. Refutando un planteamiento que hacían algunos dirigentes políticos de que él era el líder de un partido que representaba los intereses de la “burguesía nacional”, Bosch señala, en su estilo propio, pedagógico, lo siguiente: “Comenzando por el principio, como decían en mis tiempos, la palabra ‘nacional’, que califica al sustantivo ‘burguesía’, implica la existencia de una nación, puesto que ‘nacional’ viene de ‘nación’; y resulta que nuestro país es

⁴⁸ Cfr., TAPIA BREA, Manuel, “La III Conferencia Latinoamericana [sic] de Ciencias Políticas y Sociales”, en *¡Ahora!*, N° 211, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora!, 27 de noviembre de 1967, pp.14-16; TAPIA BREA, Manuel, “La integración latinoamericana”, en *¡Ahora!*, N° 213, 11 de diciembre de 1967, pp.14-16.

⁴⁹ BOSCH, Juan, “Con motivo de una carta perdida”, en *¡Ahora!*, N° 207, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora!, 30 de octubre de 1967, p.6/p.73.

una dependencia, no una nación con todos los atributos soberanos. Somos dependencia pentagonal; esto es, dependemos del Pentágono en el orden militar y político. Ahora bien, un país que tiene su poder militar bajo control extranjero no es una nación, y si no es una nación no tiene burguesía nacional. En cierto sentido, es casi un milagro que tengamos algunos burgueses criollos”⁵⁰.

En dicha carta Bosch no quiso hacer ningún adelanto sobre la tesis que iba a presentar en la referida Conferencia Interamericana a la que había sido invitado —si exceptuamos las referencias a “dependencia pentagonal”—, aunque es muy posible que ya para esa fecha estuviera redactaba en su totalidad, o al menos en parte. Pero lo que nos interesa destacar es la estrecha relación existente en el pensamiento de Juan Bosch entre la tesis del Pentagonismo y la sustentada en la *Dictadura con respaldo popular*, la cual culminaría dos años después, y que al parecer ya se encontraba trabajando también, aunque ninguna de estas dos tesis formaran parte de la agenda de libros anunciados por él mismo, para ser escritos en España. En síntesis, en dicha “Carta perdida” Bosch habla de “dependencia pentagonal”, así como de “dictadura con respaldo popular”.

Por último, en la referida carta Bosch formula que la finalidad de un partido político es: “la unidad de los dominicanos para defender el país, su tierra, sus riquezas y sus tradiciones de pueblo. Debido a que los Estados Unidos han hallado que eso que ellos califican de democracia es el sistema ideal para mantener a los pueblos de América divididos y sumisos, la defensa del país requiere gobiernos fuertes, esto es, dictadura con respaldo popular”. Partido que, además, debe estar “formado por lo mejor, lo más avanzado, lo más progresista de todas las clases

⁵⁰ *Ibid.*, p.6.

sociales; un partido policlasista con una meta fundamental: luchar por la independencia del país”⁵¹. Lo que nos permite inferir que ya en ese momento, octubre de 1967, Bosch estaba pensando en la creación de un nuevo partido, y separarse del PRD⁵². De ahí los rumores que circularon de su renuncia, y la necesidad que hubo de celebrar, a finales de 1968 el llamado Acuerdo de Benidorm, donde se trasladaría la más alta dirigencia del PRD para discutir y negociar, entre otros temas, la permanencia de Bosch en dicho partido. En suma, a finales de 1967 en el pensamiento de Juan Bosch estaban presentes no sólo *El pentagonismo...*, y la *Dictadura con respaldo popular*, sino, además la ruptura con el PRD, y la fundación de un nuevo partido, que vendría a ser el Partido de la Liberación Dominicana (PLD), en 1973. Pero no nos desviemos del tema, y retornemos a nuestro análisis.

Estructura y tesis de la obra

El pentagonismo, sustituto del imperialismo, consta de un prefacio, ocho capítulos, cuatro apéndices, uno de los cuales aparece como “Apéndice al prefacio”, que en realidad es el discurso del senador J.W. Fulbrighth, pronunciado el 13 de diciembre de 1967 y un “Addenda post-electoral”. Cada uno de los capítulos, como era costumbre en las obras de Juan Bosch, gracias al dominio que tenía de la prosa, tiene un número de páginas muy parecido, entre las doce y catorce, aunque dos de ellos suben a 16, y el último desciende a nueve páginas. La obra, perteneciente a los estudios internacionales, es de carácter interdisciplinario, pues el autor recurre tanto a la historia, la

⁵¹ *Ibid.*, p.73.

⁵² En agosto de 1967, Bosch presenta su renuncia como Asesor del PRD, cargo para el que había sido electo en la asamblea de octubre de 1966, *Cfr.*, “Crisis en el PRD. La renuncia de Bosch como asesor del PRD”, en *¡Ahora!*, N° 195, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora!, 6 de agosto de 1967, pp.7-8.

sociología, la economía, como a la política, la antropología, y la psicología social, con el propósito de sustentar su tesis central, de que ese poder hegemónico del capitalismo había llegado a un grado de sobredesarrollo, a partir de la década de 1960, que lo situaba en una etapa superior a la del imperialismo, donde el motor dinamizador de la economía era la industria bélica, el denominado “complejo militar-industrial”, (lo que Eisenhower denominó “military industrial complex”) bajo el control del Pentágono, quien a su vez había pasado a tener el verdadero poder, no sólo militar, sino también económico y político de Estados Unidos, por lo menos en lo que se refiere a la política internacional.

De la misma manera, el pensador dominicano recurre a esas diferentes disciplinas para demostrar una serie de tesis que consideraríamos secundarias o subsidiarias, pero que se desprenden, a la vez que retroalimentan a la tesis central, como son las siguientes: a) ese enorme poder del Pentágono ha dado lugar a que se produzca una división del poder político en Estados Unidos, donde las autoridades civiles —a las que democráticamente elige el Pueblo— han quedado relegadas al control de la política interna, en tanto las del Pentágono —a quienes la población no ha elegido, pues no existe mecanismo institucional para ello— habían pasado a definir y tener el control de la política internacional, por encima del Departamento de Estado; b) ese mismo poder del Pentágono se proyecta al interior de las fuerzas armadas de los países latinoamericanos y de otros países, que han sido pentagonizadas, cuyos jefes militares pasan a obedecer las órdenes de aquél, por encima de las de los presidentes de sus respectivos países; c) dentro de esta misma lógica, quizás la parte más perversa que tenga el pentagonismo, es que el “complejo militar-industrial” necesita de la guerra —igual que el hombre necesita del oxígeno— ya

que son los conflictos bélicos los que dinamizan la economía, los que ponen en marcha la maquinaria de dicho complejo; es decir, el Pentágono, para su existencia, o más bien, para que el capitalismo en Estados Unidos siga teniendo un liderazgo como potencia mundial demanda de la guerra permanente; d) el pentagonismo está llamado a desplazar al poder civil incluso de la política interna, “lo que en fin de cuentas se resume diciendo que el pentagonismo marcha hacia la conquista del poder total en los Estados Unidos” (p.126); y e) “El pentagonismo no explota colonias: explota a su propio pueblo. Este es un fenómeno absolutamente nuevo, tan nuevo como el propio capitalismo sobredesarrollado que dio nacimiento al pentagonismo” (p.17), lo que lleva al autor a exponer los mecanismos de explotación de esa colonia, y a sustentar que la sociedad norteamericana se encuentra pentagonizada, y por lo tanto es defensora de las acciones emprendidas por el Pentágono llevando la guerra a otros países, ya que ello le permite elevar y estabilizar su bienestar económico.

En su lógica analítica y expositiva Bosch permanentemente va estableciendo comparaciones entre los rasgos que caracterizan y diferencian al pentagonismo del imperialismo, pues aquel sigue manteniendo muchas de las formas de este último, no obstante que sus objetivos son diferentes, lo cual ha hecho confundir, agregaríamos nosotros, a los estudiosos de la política internacional.

A manera de ilustración tomemos el caso de la industria militar, ya que la hemos venido rastreando en diferentes autores, como antecedente del complejo militar-industrial. Hobson, quien analizó muy seriamente la industria militar al interior del imperialismo, planteó, como hemos señalado con anterioridad, que los gastos militares para el imperialismo británico eran una especie de “prima de seguro” para la protección de sus mercados coloniales y de las inversiones realizadas en los

nuevos mercados⁵³; esa “prima de seguro”, por lo tanto, podía ser mayor o menor, según de qué potencia imperialista se tratara, así como de los intereses coloniales que se propusiera proteger; es decir, durante la época del imperialismo, había que hacer inversiones militares, pero ellas mismas de por sí no generaban ganancias, quienes las daban eran las inversiones que se hacían en las colonias, bajo la correspondiente protección militar; por lo tanto, si una potencia imperialista era derrotada en una colonia —bien por los habitantes de la misma o por otra potencia imperialista enemiga— las inversiones se perdían, o al menos no había ganancias, y sobre todo se perdía el territorio colonial; en cambio, la lógica del pentagonismo es totalmente diferente, “puesto que la totalidad de los beneficios —o por lo menos la casi totalidad— llega a manos de negociantes de la guerra antes aún de que los equipos militares hayan sido puestos en uso” (p.24).

Esto nos permite inferir, siguiendo la tesis planteada por Bosch, de que un país pentagonista como Estados Unidos puede perder una guerra, como le ocurrió en Viet Nam, y sin embargo haber logrado un enorme desarrollo de su economía, con ganancias multimillonarias para la élite del poder; lo cual nos lleva a la paradoja de que el pentagonismo aún perdiendo (militarmente), gana (económicamente). Al respecto, Bosch señala lo siguiente: “La escalada de la guerra de Viet Nam comenzó en mayo de 1965; pues bien: en el año 1966 los Estados Unidos tenían 164 millonarios más que en 1965, según información de la Dirección General de Impuestos sobre los Beneficios” (p.22).

Esto significa que el analista internacional que se quede dentro de la lógica del imperialismo, sin comprender la del pentagonismo, estará tratando de explicar el empantanamiento

⁵³ *Cfr.*, HOBSON, *op. cit.*, p.80.

que desde el año 2002 llevan las tropas estadounidenses en Iraq, sin haber logrado el triunfo inmediato anunciado, y dirá que el imperialismo está en decadencia pues no es capaz de doblegar a los terroristas —lo mismo que ocurre en Afganistán, desde el 2001—, como se esperaría que lo hiciera la mayor potencia del mundo; pero ocurre que las tropas pentagonistas no se trasladaron a Afganistán y a Iraq dentro de la lógica del imperialismo, sino de la del pentagonismo, y por lo tanto lo que buscan y esperan los estrategas estadounidenses del Pentágono es reactivar su economía, que ya en el 2001 se enfrentaba a una seria crisis.

En el pentagonismo los parámetros son otros: destruir para reconstruir. Eso, y no otra cosa fue lo que se planteó el gobierno de George Bush y sus aliados, dentro de la doctrina de la guerra preventiva, y para lo cual ya se habían escogido incluso las compañías que participarían en el proyecto de reconstrucción, que hasta movería cientos de miles de millones de dólares. En todo caso, lo que se podría considerar una derrota —y habría que ser muy cuidadoso en este tipo de análisis— es que el poder pentagonista no haya logrado sacar la economía estadounidense de la crisis, así como tampoco haya podido ni siquiera iniciar el proyecto de reconstrucción de Iraq, para lo cual varias empresas internacionales tenían todos los preparativos hechos.

Como el pentagonismo tiene que estar no sólo en guerra permanentemente —en guerra perpetua, como lo planteara Richard J. Barnett⁵⁴— sino manteniendo en movimiento al máximo posible a su “complejo bélico-industrial”, durante la Guerra Fría desarrolló la doctrina de la sobreaniquilación nuclear⁵⁵,

⁵⁴ Cfr., BARNET, Richard J., *Guerra perpetua*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

⁵⁵ Cfr., MELMAN, Seymour, *El capitalismo del Pentágono*, *op. cit.*

lo cual le daba la posibilidad de continuar produciendo el mayor número de armas posibles, para lograr tener la capacidad de aniquilar al enemigo no una o dos veces, sino muchas veces, tantas veces como fuera necesario para seguir produciendo armamentos, e investigaciones para los mismos, que demandaran multimillonarios presupuestos. El negocio está en la producción de la mercancía, no necesariamente en el consumo de la misma, que de todas maneras, después de ser producida tiene que ser consumida, aún sea a través de proyectos de cooperación, donación y otras modalidades diversas.

Después de la Guerra Fría, o más precisamente después de los atentados del 11-S, ha sido desarrollada la doctrina de la “guerra preventiva”, la cual permite, que cada vez que se descubre un virtual país agresor —ficticio o real, no importa, para los fines es lo mismo—, como con el caso de Irán, ello justifica ante la opinión pública de la población de la “metrocolonia”, y también del mundo entero, el incremento del presupuesto de defensa, pues así se inicia una etapa de preparación de guerras futuras, y el “complejo militar-industrial” encuentra oxígeno para seguir trabajando. No es suficiente que exista el paradigma del “mundo libre”, sino también su opuesto. De ahí la importancia de identificar países que son calificados como integrantes del “eje del mal”. En política, tal y como lo plantearía Juan Bosch en *Judas Iscariote, el calumniado*: “Frente a la fuente de todo bien hay que colocar la fuente de todo mal”⁵⁶.

Otro tipo de paralelismo que no queremos pasar por alto, aunque por cuestiones de tiempo y espacio nos limitemos a señalarlo muy brevemente, es el que Bosch establece entre las acciones, experiencias y comportamiento del pentagonismo

⁵⁶ BOSCH, Juan, *Judas Iscariote, el calumniado*, 16ª edición, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 2006, p.14.

en Viet Nam y República Dominicana. Esas comparaciones las hace el autor en diferentes capítulos de la obra, pero fundamentalmente aparecen en el capítulo VII, “El pentagonismo en América Latina”. Durante 1965, algunas de las operaciones militares, sobre todo de crímenes, aplicadas en República Dominicana fueron copias de las que realizaban las tropas pentagonistas en Viet Nam, y viceversa; un país servía de laboratorio para lo que hacían en el otro.

En ese mismo ámbito comparativo, aunque en el capítulo VI, Bosch hace referencia a las falacias empleadas por los gobernantes de Estados Unidos, a cuyo Presidente el pentagonismo lo puso a mentir (p.96). El tema de las falacias del imperialismo, tan criticado por Bosch, y abordado ampliamente en *Viaje a los Antípodas*, nos hace recordar los interesantes pasajes expuestos por Hobson sobre el engaño, la mentira y la incoherencia en la psicología del imperialismo. Y le damos gran crédito no sólo porque se trata de un autor británico, formado dentro de esa mentalidad, sino porque lo analiza muy seriamente, tratando de justificar las falacias. Después de Hobson sustentar que algunas acusaciones de hipócritas que se hacían a los parlamentarios ingleses no eran tales, ya que “si existiera conciencia de su inconsciencia, el juego se estropearía; es, por consiguiente imprescindible para su éxito que se desarrolle de forma inconsciente. Esa inconsecuencia no deja de ser útil. Sin esa capacidad, sería imposible gran parte de la brutalidad y de las injusticias que supone el imperialismo”⁵⁷. Más adelante Hobson agrega lo siguiente: “El imperialismo se basa en la tergiversación persistente de los hechos y las causas, principalmente mediante un refinadísimo proceso de selección, exageración y atenuación, dirigido por grupos y personas con intereses

⁵⁷ HOBSON, *op. cit.*, p.202.

imperialistas, con vistas a falsear el rostro de la historia [...]. El peligro más grave del imperialismo yace en la mentalidad de una nación que se ha acostumbrado a este engaño y que se ha vuelto incapaz de autocrítica”⁵⁸.

Eran exactamente esas falacias las que Juan Bosch debía haber escuchado en voz de las autoridades estadounidenses, a raíz de la ocupación militar de 1965; pero adversarios al líder político dominicano llegaron a plantear que Bosch lo hacía porque estaba dolido, resentido. Sin embargo, Hobson, un hijo y estudioso del imperialismo británico, no hubiera dicho eso, aunque hubiera tratado de justificar las mentiras diciendo que lo hacían de manera inconsciente. Escuchemos a Bosch, y sintonicemos con lo que decía Hobson: “Yo oí al presidente de los Estados Unidos, país líder de la tal democracia representativa, mentir como sólo mienten los seres más abyectos; oí a él y senadores, diputados, altos personajes y a la radio oficial de los Estados Unidos acusar a la revolución democrática del pueblo dominicano de criminal y salvaje...”⁵⁹, para agregar más adelante lo siguiente: “La mentira es una parte tan importante en la vida norteamericana que sus historiadores, escritores, ensayistas, periodistas y funcionarios mienten hasta sin darse cuenta”⁶⁰. Y conste que Bosch no estaba plagiando a Hobson, pues hablaba de su propia experiencia frente al imperialismo norteamericano⁶¹; Hobson, en cambio, hablaba de lo que conocía

⁵⁸ *Ibid.*, p.203.

⁵⁹ BOSCH, Juan, *Viaje a los Antípodas*, 2ª edición, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1980, pp.39-40.

⁶⁰ *Ibid.*, p.41.

⁶¹ Una publicación tan prestigiosa y seria como la revista *¡Ahora!*, en un valiente editorial —que provocaría que la revista fuera objeto de un destructor atentado— firmado por su propio director, Rafael Molina Morillo, señala lo siguiente: “La Voz de los Estados Unidos de América, emisora oficial que funciona en Washington y hace potentes emisiones en español para los pueblos

del imperialismo británico. Los analistas estructuralistas de la escuela de Levi-Strauss dirían que se encuentran ante una invariante.

El pentagonismo, sustituto del imperialismo es un libro que por su corta extensión, y su prosa ágil, atrapa al lector con mucha facilidad, dando la sensación de que es de fácil lectura y que se puede leer de un tirón. Y es cierto, pero no del todo, pues el carácter interdisciplinario del mismo, así como las tesis abordadas le imprimen la profundidad que suelen tener los buenos estudios internacionales; en otras palabras, el lector podrá leerlo no sólo cuidadosa y detenidamente, aunque con fluidez, sino que podrá hacerlo varias veces, con la seguridad de que en cada oportunidad encontrará o se percatará de nuevos planteamientos. Lo más recomendable, desde nuestro punto de vista, es que el libro sea leído y discutido en grupo o talleres de trabajo, lo que permitiría una mayor reflexión, y profundización en los temas y tesis abordados.

A diferencia de Lenin, que desarrolla su tesis del imperialismo polemizando con los planteamientos teóricos de una serie de pensadores contemporáneos, Bosch en cambio en *El pentagonismo*... no establece polémica teórica con otros autores en particular; sin embargo, el político dominicano inicia

de la América Latina, se dio gusto mintiendo a diestra y siniestra durante los días más trágicos dominicanos, para pintar un cuadro falso de lo que ocurría aquí en esos tenebrosos momentos.

‘Mentir no es sólo dar versiones falsas de las cosas, sino también informar a medias y omitir parte de la verdad. En ambas formas mentía y mentía La Voz de los Estados Unidos.’ De inmediato el editorialista enumera cuatro bloques de mentiras propaladas por dicha emisora radial, las que fueron escuchadas por todos los dominicanos en el país. Este apartado del editorial, que fue titulado “Las mentiras de la Voz de América”, concluye así: “Mentía, mentía, mentía... para engañar a la opinión pública americana que se rebelaba en los cuatro puntos cardinales del continente contra el abuso de fuerza de los Estados Unidos... y todo en nombre de la libertad y la democracia!”. *Cfr.*, Molina Morillo, Rafael, “Notas Editoriales”, en *¡Ahora!*, N° 106, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora!, 1° de mayo [por error dice en la p.1A: 12 de abril. N. del E.] de 1965, pp.2A-3A.

su obra, desde el primer párrafo, polemizando con aquellos —sin dar nombre alguno, quizás porque era una corriente de opinión establecida, en la que participaba la mayoría de los políticos, intelectuales y público en general— que seguían “diciendo que hay países imperialistas y países colonizados”; esto ocurría, según el político y pensador dominicano, porque no se había comprendido el profundo cambio que había experimentado la economía capitalista, que incluso había dado lugar a que se iniciara una nueva etapa en dicho sistema: el pentagonismo.

De todas maneras, Bosch estaba polemizando con quienes usaban la categoría leninista de imperialismo —no con los que eventualmente usaran, por ejemplo, la de Schumpeter—, que era la que había logrado hacerse hegemónica, como objeto obligado del discurso, al menos para los internacionalistas, y para la izquierda en general, y de manera muy particular para los marxistas; otro aspecto a tomar en consideración es que Bosch no da a conocer sus fuentes teóricas empleadas; sin embargo, una lectura atenta de su obra nos revela que su sustento teórico es marxista, aunque no ortodoxo, pues de haberlo sido difícilmente hubiera podido llegar a plantear y sustentar la tesis de *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*.

Vigencia del Pentagonismo

Tan pronto se dio a conocer esta obra de Juan Bosch, a finales de 1967⁶², tuvo un enorme impacto y acogida a nivel nacional e internacional. Sus ediciones y reediciones en español en las más prestigiosas editoriales de varios países, así como

⁶² La tesis fue dada a conocer en la III Conferencia Interamericana de Ciencias Políticas y Sociales, celebrada en la Universidad Autónoma de Santo Domingo: “El extenso trabajo del ex presidente de la República Dominicana y líder

las traducciones y ediciones que se hicieron en varios idiomas así lo atestiguan. Sin embargo, a diferencia de lo que hicieron Hobson, Lenin y el mismo Daniel Guérin, que volvieron a retomar sus obras para ampliarlas y actualizarlas, por lo menos a partir de nuevos prólogos, como hizo Lenin en julio de 1920, en el “Prólogo a las ediciones francesa y alemana”, o haciendo ediciones revisadas, además de otros prólogos, en cambio Juan Bosch no volvió sobre su obra, si exceptuamos el análisis que hace, a la luz del pentagonismo sobre las elecciones en Estados Unidos de noviembre de 1968, en la que triunfa el candidato Richard Nixon (1913-1994), “Addenda post-electoral”⁶³.

Bosch no entregó el manuscrito de su libro “a la crítica roedora de los ratones”, como hicieron Marx y Engels con *La ideología alemana*, pero su poco interés en seguir ampliando y desarrollando el tema parecería como si se hubiera propuesto el mismo objetivo que aquellos grandes pensadores alemanes, “esclarecer sus propias ideas”, en este caso de la nueva etapa en la que había entrado el capitalismo imperialista, para poder entender la lógica de sus actuaciones, y conocer los nuevos

del partido blanco fue presentado en dicha conferencia por el Secretario General de esa organización política, Dr. José Francisco Peña Gómez, el jueves 30 de noviembre por la mañana, a petición expresa del autor [...] y el mismo jueves empezó a circular por todo el país, en una copiosa edición exclusiva de Publicaciones ¡Ahora! C. Por A., que prácticamente era arrebatada de las manos de los vendedores”, *Cfr.*, *¡Ahora!*, N° 213, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora!, 11 de diciembre de 1967, p.7.

⁶³ Este trabajo lo hemos venido a descubrir recientemente, no obstante que había sido publicado en la revista *¡Ahora!*, N° 122, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora!, 9 de diciembre de 1968, pp.26-29. La revista lo publica como un “capítulo adicional de *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*”, y además agrega que el mismo aparecería “en el mes de enero próximo de las ediciones francesa, italiana y portuguesa”, del referido libro. Sólo fue incluido en la edición francesa (París, Editions du Seuil, 1969). Para nosotros constituye un gran hallazgo, y nos alegra que haya sido incluido en este tomo de la edición de las *Obras completas* de Juan Bosch.

parámetros dentro de los que se podía construir un sistema político democrático en República Dominicana.

Hacemos esta comparación, porque bien pudo Bosch haber vuelto sobre su texto luego de algunos años, cuando era evidente que los acontecimientos internacionales le estaban dando la razón, y por lo mismo podía ampliar y profundizarlos, incorporando un mayor respaldo empírico, a través de documentos, a muchos de sus planteamientos elaborados. En efecto, años después de publicar un texto tan importante para los estudios internacionales, lo que hace Bosch es continuar sus reflexiones sobre el sistema político que demandaba República Dominicana, para lo que elabora la tesis de la *Dictadura con respaldo popular*, a la que sí le dedicó tiempo para ampliarla, a través de un intenso debate, como veremos más adelante, a la vez que para fundar un nuevo partido político que le permitiera hacer realidad su proyecto de gobierno.

Más bien fueron otros investigadores, en diferentes países, incluyendo a los propios Estados Unidos, quienes se dedicaron a realizar investigaciones sobre el tema que Bosch había conceptualizado como pentagonismo. Ninguno de esos estudios contradice la tesis de Bosch. Al contrario, y aunque sin citarla, posiblemente porque ni siquiera conocían su obra en ese momento, lo que hacían era refrendar empírica y documentalmente lo que ya había sido desarrollado teórica y conceptualmente como tesis de política internacional. Lo que estamos planteando es un caso totalmente novedoso y sumamente extraño en el área de la investigación en ciencias sociales y políticas, pues generalmente se realizan previamente los estudios empíricos, de casos diversos, y posteriormente es cuando se logra conceptualizar y desarrollar una tesis central como la de Bosch, que dé cuenta del agotamiento de una etapa dentro del sistema capitalista, el imperialismo, y el surgimiento de una nueva etapa, el pentagonismo. Pero

si uno se toma el cuidado de estudiar con detenimiento importantes investigaciones realizadas o dadas a conocer con posterioridad a 1967, podrá comprobar lo que estamos señalando. Quizás los estudios más ilustrativos al respecto sean el de Seymour Melman, *El capitalismo del Pentágono (la economía política de la guerra)*, cuya primera edición en inglés es de 1970, y en español de 1972; el del mexicano-costarricense John Saxe-Fernández, *Proyecciones hemisféricas de la Pax Americana*, de 1971; los de Richard J. Barnet, *La economía de la muerte*, editado por primera vez en inglés en 1969 y en español en 1976, así como *Guerra perpetua*, de 1972 en inglés y 1974 en español, lo mismo que la del alemán Dieter Senghaas, *Armamento & militarismo*, con primera edición en alemán en 1972 y en español en 1974.

Nos hubiera gustado hacer una evaluación o rastreo como el que hicimos en un apartado anterior, bajo el subtítulo “En busca de antecedentes del complejo militar-industrial. La industria de guerra”, que en este caso se hubiera llamado “En busca de los estudios posteriores a la tesis del pentagonismo, que refrendan a la misma”, pero lamentablemente no disponemos de tiempo, ni tampoco espacio para ello en este prólogo, a manera de ensayo.

Después de cerca de medio siglo de haber sido publicado *El pentagonismo, sustituto del imperialismo* —42 años, para ser más precisos, al momento de la presente edición—, es tiempo más que suficiente para realizar un balance de la obra y poder determinar hasta dónde sus tesis principales han soportado la prueba del tiempo y poder determinar así su vigencia⁶⁴. Nos

⁶⁴ En febrero de 2005 la Fundación Juan Bosch realizó en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), una mesa redonda sobre *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, en la que participaron dos distinguidos internacionalistas, la Dra. María Cristina Rosas, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), quien presentó la ponencia “El pentagonismo hoy en América Latina

referimos a la actualidad de sus tesis centrales, no a una serie de planteamientos colaterales que puedan aparecer en el texto, y que no se han hecho realidad, o de acontecimientos no previstos que se han producido, pues no se trata de un oráculo. Todo internacionalista —lo mismo que los politólogos, economistas y sociólogos— sabe perfectamente cuán difícil es que una obra de este género logre alcanzar vigencia durante algunas décadas, pues los cambios internacionales que se van produciendo —y que en esta época de la globalización se generan a una velocidad impresionante—, hacen obsoletos a una serie de estudios a los pocos meses de haber salido de la imprenta, y en ocasiones antes de hacerlo. Sencillamente no soportan la prueba del tiempo. En no pocas ocasiones una obra se considera valiosa por el sólo hecho de haber sido capaz de interpretar correctamente los hechos que se estaban produciendo en una coyuntura determinada. *El pentagonismo*... no sólo tuvo esa capacidad señalada, sino que aún hoy día, después de más de cuarenta años, nos sigue sirviendo de herramienta de trabajo para poder analizar y explicar algunos acontecimientos internacionales.

Una obra señera como lo es la de Lenin, *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, escrita en 1916, logró soportar la prueba del tiempo por algo más de cuatro décadas, en lo que se refiere a sus tesis centrales. Sin embargo, los cambios internacionales producidos, como lo demuestra Bosch, no le permiten al instrumental teórico desarrollado por Lenin, pues es insuficiente, poder explicar los acontecimientos que comenzaron a producirse en el sistema capitalista a partir de la década de 1960. Y esos cambios, más que nada se habían generado alrededor de la Segunda Guerra Mundial, tanto durante la misma (1939-

y el Caribe”, y el Dr. Jorge Rodríguez Beruff, de la Universidad de Puerto Rico, con “El pentagonismo, ayer y hoy”, trabajos que fueron publicados en *Cuadernos Cátedra Juan Bosch*, N.º. 2, Santo Domingo, UASD, 2005.

1945), como años después en la reconstrucción, y la Guerra de Corea (1950-1953); tiempo suficiente para que la industria bélica se mantuviera en constante actividad, y diera lugar al surgimiento y desarrollo del “complejo militar-industrial”, al poder del Pentágono, es decir, a la pentagonización del sistema económico capitalista, el cual contribuyó a que el capitalismo industrial se convirtiera en un capitalismo sobredesarrollado, con una capacidad de acumulación bajo condiciones científicas, que lo diferenciaba del capitalismo industrial conocido durante el imperialismo (Cfr. p.17). Es por eso que Bosch plantea en su obra de 1967 que “el imperialismo es ya una sombra del pasado” (p.14). Sin embargo, Bosch reconoce que ello no significa que una serie de premisas y comportamientos del capitalismo imperialista no continuaran en funcionamiento; diríamos, más bien, que algunas de las tesis secundarias de la obra de Lenin seguían vigentes en ese momento, y lo siguen estando todavía, al día de hoy; no así sus tesis centrales.

Los cambios internacionales que se han producido en estos últimos 42 años, después de la publicación de *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, que son muchos, se podrían resumir en los siguientes: el fin de la Guerra Fría, la caída del muro de Berlín, la desintegración de la Unión Soviética, y el colapso del sistema socialista; en otras palabras, el fin del mundo de la bipolaridad, y por lo tanto de la lucha contra el comunismo internacional, que constituía el gran soporte que justificaba ante la opinión pública estadounidense y del mundo entero, la aprobación de grandes presupuestos multimillonarios para la defensa, y así el funcionamiento del “complejo militar-industrial”, y con él el poder del Pentágono. En segundo lugar, los atentados del 11 de septiembre de 2001, que implican un antes y un después al interior de la post Guerra Fría, pues a partir de ese momento se elaboraría una nueva doctrina de seguridad, la

denominada “guerra preventiva”, a la que ya hemos hecho referencia con anterioridad.

En tercer lugar, y también como consecuencia de los atentados del 11-S, se produce la Guerra de Afganistán, que se inició el 7 de octubre del 2000, y nueve años después de haber comenzado, lejos de culminar se ha complicado más, sobre todo por la recuperación que han logrado los talibanes, las bajas que han sufrido los soldados de la coalición, las que se han incrementado considerablemente a partir del año 2006, y el aumento de tropas que se ha requerido, especialmente de Estados Unidos.

En cuarto lugar, pero también como consecuencia de los atentados del 11-S, se produce la Guerra de Iraq, iniciada el 20 de marzo de 2003, la que tampoco concluye hoy día, si bien es cierto que se ha programado el retiro progresivo de las tropas militares, tanto de los aliados, como de los mismos Estados Unidos. La Guerra de Iraq, que no fue autorizada por la ONU, a diferencia de la de Afganistán, se inscribe dentro de la doctrina de la guerra preventiva, ya que dicho país formaría parte del denominado Eje del Mal, al que también pertenecen, según los estrategas estadounidenses, varios países: Iraq, Irán, Corea del Norte, Libia, Siria, Cuba, así como Venezuela, Zimbabue, Bielorrusia e incluso Bolivia.

En quinto y último lugar señalaríamos el proceso de globalización, entendido como las transformaciones que se han producido en las dimensiones económicas y tecnológicas, fundamentalmente, y donde el modelo neoliberal juega un destacado papel.

Consideramos que el cuerpo teórico de la tesis del pentagonismo contribuye a analizar y explicar al menos el segundo, el tercero y el cuarto de los cambios internacionales señalados. El poder del Pentágono, no obstante el fin de la Guerra Fría, la desaparición del mundo de la bipolaridad, y la

puesta en vigencia del modelo neoliberal, con todas sus implicaciones en lo que se refiere a la reducción del papel del Estado y la preponderancia que tiene el mercado, sigue siendo una realidad. Los títulos de las obras, *La casa de la guerra. El Pentágono es quien manda*⁶⁵, y *Lo que decimos, se hace*⁶⁶, son bien ilustrativos al respecto.

Creemos que más allá de la confianza que puedan tener los sectores de poder económico en el neoliberalismo, los estrategas estadounidenses siguen con la esperanza de que manteniendo en marcha el “complejo militar-industrial”, es posible salir de la crisis en la que entró la economía capitalista estadounidense por lo menos desde el año 2000.

Sin embargo, observando que hace cerca de diez años que el “complejo militar-industrial” sigue trabajando a toda marcha, y que aún así la economía estadounidense —ni tampoco el capitalismo a nivel mundial— ha logrado superar la crisis económica, que se hace recurrente, y cada vez más aguda y profunda, habría que preguntarse si los Señores de la Guerra no siguen aferrados a un modelo, el pentagonismo, que ya hoy, parodiando al mismo Juan Bosch sobre el imperialismo en 1967, no es más que “una sombra del pasado”, en cuanto a su capacidad de seguir dinamizando la economía, como lo hizo en las décadas de 1950 y 1960 en adelante. Planteamiento que hacemos sólo como línea de reflexión, aunque no podamos abordarlo, pues carecemos del tiempo y del espacio necesarios.

Todos estos cambios internacionales, que no fueron, y no tuvieron que ser previstos por Juan Bosch en 1967, tendríamos que considerarlos para ponderar hasta dónde las tesis

⁶⁵ Cfr., CAROLL, James, *La casa de la guerra. El Pentágono es quien manda*, Barcelona, Ed. Crítica, 2006, 996p.

⁶⁶ Cfr., CHOMSKY, Noam, *Lo que decimos se hace*, 2ª edición, Barcelona, Ediciones Península, 2009, 233p.

centrales sustentadas por Bosch en *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, han soportado las transformaciones que se han producido dentro del capitalismo en estas últimas décadas, para seguir siendo válidas. Reiteramos que la validez de dichas tesis no pasa, necesariamente, por el carácter predictivo de la misma, sino por la capacidad que tiene su cuerpo teórico para que nos permita seguir analizando y explicando las transformaciones que han continuado produciéndose.

Dictadura con respaldo popular

El título de esta obra está integrado por dos términos que pertenecen a campos semánticos diferentes, e incluso opuestos, que pueden generar no sólo confusión en el lector, sino también prejuicios sobre su contenido. La categoría “dictadura”, por su connotación negativa constituye un objeto tabú de tal magnitud para la inmensa mayoría de la población latinoamericana y caribeña, que ni siquiera los propios dictadores de la región, no obstante encontrarse en el poder, y por lo tanto contar con capacidad para reivindicarla, fueron capaces de reconocerse como tales. Al contrario, se asumían como demócratas, y recurrían a instrumentos legales, propios del sistema democrático, con el propósito de legitimarse en el poder⁶⁷.

No viene al caso en este momento analizar a partir de qué momento dicha categoría, —lo mismo que la de “tiranía”— se convirtió en objeto tabú, pero lo que sí podemos señalar es que no siempre ha sido así. De todas maneras podemos adelantar

⁶⁷ Al respecto, Juan Bosch plantea lo siguiente, haciendo referencia a Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez y Fulgencio Batista: “Ninguno de ellos es capaz de tomar el poder y conservarlo virilmente, afirmando que lo ha tomado porque ha querido y que lo mantiene porque es su santa voluntad. Al contrario, todos afirman que el poder les ha sido entregado por los pueblos, que hacen sacrificio de su tranquilidad y casi de su vida para servir la voluntad popular y, además, que son fanáticos de la democracia”, BOSCH, Juan, *Póker de espanto en el Caribe*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, p.38.

que durante la Roma Antigua, el término de dictador, como en la Grecia Antigua el de tirano, gozaron de una connotación diferente, incluso positiva. En ninguno de los dos casos eran objeto tabú. En la Roma Antigua, al dictador se le nombraba, bajo procedimientos institucionales establecidos, para ejercer un poder extraordinario, por un período de tiempo determinado, ante situaciones difíciles que se presentaban, y no cualquiera reunía las cualidades requeridas para tal nombramiento, y más que nada para las delicadas y difíciles tareas que tenía que cumplir. En cambio, en América Latina, que sepamos, sólo el Dr. Gaspar Rodríguez de Francia (1766-1840), prócer paraguayo, en 1814 fue proclamado por el Congreso “Dictador Supremo” de la República del Paraguay, por cinco años, y más tarde, en 1816, ese mismo Congreso lo proclamó “Supremo Dictador”, para asumir una “Dictadura Perpetua”, la que ejerció hasta 1840, año en que falleció. Ese es el personaje a quien Augusto Roa Bastos inmortalizaría a nivel internacional en su célebre novela *Yo el supremo*.

Pero es el caso que no nos encontramos en la Roma, ni en la Grecia Antigua, ni tampoco en el Paraguay del siglo XIX, sino en América Latina del siglo XX —que es cuando sale la tesis de Bosch a la luz pública, en 1969— en República Dominicana, un país del Caribe con una historia muy particular al respecto; historia particular, por el papel que han jugado los dictadores en la misma, especialmente la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo, durante 31 años. Quizás fue por esto que Bosch recurrió al término de “respaldo popular”, para tratar de restarle parte de la connotación negativa, que como objeto tabú tiene el término de “dictadura”. Él no da las explicaciones en el texto de la tesis de por qué ese título en la misma, algo que pudo haber hecho en un capítulo o al menos en la presentación o en un prólogo a la primera edición —aunque en la obra hay elementos más que suficientes

para entenderlo—, pero posteriormente lo hizo, cuando regresó al país en 1970 y se encontraba desarrollando la labor de difusión de la tesis, a través de discursos radiales.

Las razones enunciadas por Bosch son dos. En primer lugar, que no usó el término de “Democracia con respaldo popular” porque el de “Democracia popular” se usaba para designar a los gobiernos y países comunistas, o socialistas, y en cambio, argumentaba Bosch, la “Dictadura con respaldo popular no va a ser un régimen comunista ni será la dictadura de una sola clase ni será establecida por un partido comunista, sino por todos aquellos que sean partidarios de ella, estén en el partido en que estén y aunque no estén en ningún partido”⁶⁸; en segundo lugar, porque lo que él estaba proponiendo era un sistema político de gobierno completamente nuevo, y “tendrá que mantenerse en el poder sin una constitución durante un tiempo, debido a que es el pueblo quien tiene que crearlo, no un grupo de hombres que se tomen la representación del pueblo y se pongan a hacer y deshacer como si el pueblo no existiera, y mientras no haya Constitución política del nuevo sistema no podrá haber funcionamiento regular del sistema”⁶⁹.

Estos argumentos pueden ser válidos e interesantes, pero sin embargo el autor lo que hace es explicar el porqué no utilizó el término de “Democracia con respaldo popular”, y en todo caso se deriva, implícitamente, el porqué utilizó el de “dictadura”. Al respecto existen varias consideraciones que habría que tomar en cuenta. En primer lugar, que fueron los mismos teóricos del marxismo, Marx y Engels, quienes plantearon que la etapa de transición del socialismo al comunismo se denominaría “dictadura del proletariado”, etapa por la que transitarían

⁶⁸ BOSCH, Juan, *Discursos políticos: 1970*, Tomo III, Santo Domingo, Presidencia de la República Dominicana, 1999, pp.66-67.

⁶⁹ *Ibid.*, p.67.

los países socialistas que se autodenominaban “democracias populares”; ¿acaso en estos países el término “dictadura” también era un objeto tabú? De todas maneras, independientemente de cuál sea la respuesta, en lo que se refiere al medio social donde Bosch iba a difundir su tesis —República Dominicana—, las referencias que se tenían sobre los países socialistas, es que eran “dictaduras”, y, además, “totalitarias” —y el stalinismo en la Unión Soviética lo único que hizo fue reforzar esa visión—, lo cual se hacía como parte del gran debate en medio de la Guerra Fría, con el fin de descalificar a dichos regímenes políticos, y a todo el mundo socialista, mientras el capitalismo era la representación del “mundo libre”, aunque también sufrieran dictaduras; sólo una pequeña minoría de la población dominicana, perteneciente a las capas medias, en realidad una élite intelectual, era la que sabía la verdadera denominación de esos países, como “Democracias populares”. Para las grandes mayorías populares, eran “dictaduras”.

Lo que nos lleva al terreno de sostener que la connotación negativa de “dictadura” era tan fuerte, como objeto tabú, que aún explicándole a la población, con todo el liderazgo y la capacidad pedagógica que tenía el profesor Bosch, en lo que era un verdadero maestro, y aún agregándole el término de “respaldo popular”, era muy poco lo que podía restarle a la referida connotación negativa de “dictadura”.

Pero como sabemos que Juan Bosch no era un político improvisado, y que conocía muy bien la psicología social del pueblo dominicano, lo cual no lo exime de que cometiera errores políticos, pensamos que más bien optó por denominar a su tesis “dictadura”, por dos razones; en primer lugar, como un rechazo y desafío a lo que en ese momento era —y todavía lo sigue siendo hoy día— un objeto obligado, la democracia. Objeto obligado, como terminología a ser empleada, y por lo tanto de la cual no se podía —ni se puede hoy día—

prescindir, por imposición ideológica de los sectores hegemónicos de poder a escala internacional; en segundo lugar, pero quizás lo más importante, porque Bosch acababa de abjurar, públicamente, de la democracia —aunque fuera de la “democracia representativa”, a la cual se refería despectivamente como “la llamada representativa”—, y lo hacía en base a muy serias convicciones, como él mismo se encargaría de sustentar ampliamente, por lo que hubiera sido una gran incoherencia de su parte aparecer lanzando un proyecto político de gobierno recurriendo al concepto de “democracia”; y una de las principales cualidades que tenía Bosch era su coherencia, como parte de sus principios políticos, que eran ineludibles. Sin embargo, como veremos, la batalla por el intento de lograr la acogida de dicha tesis fue difícil, compleja y prolongada.

Antecedentes y génesis de una tesis

Como hemos planteado con anterioridad, Bosch se había preparado en el exilio durante más de dos décadas para instaurar un régimen democrático en el país. Esa preparación lo llevó a nutrirse de las aportaciones de los grandes teóricos conocidos en la época —incluyendo, por supuesto, a los clásicos—, así como por la propia experiencia de la lucha política, en las reuniones y debates en los que participaba con los grandes líderes políticos, sobre todo con aquellos que tenían una experiencia y visión de Estado, como gobernantes; y también participando en las campañas electorales que se realizaban en los países donde concurrían sus aliados políticos, como fueron los casos de Costa Rica, Venezuela, Perú⁷⁰, y por supuesto de

⁷⁰ En lo referente a Perú se puede consultar el interesante trabajo de Héctor Amarante, *Juan Bosch en Perú*, Lima, 2009. En esta obra, el autor expone, basándose en documentos diversos, las actividades realizadas por Bosch en Lima, en marzo de 1962, oportunidad en la que acompañó al candidato presidencial del Partido Aprista Peruano, Víctor Raúl Haya de la Torre, en algunos

Cuba, entre otros; a la vez que sosteniendo reuniones con jefes de Estado de la región, con el objeto de denunciar la dictadura de Trujillo y, más que nada, recorriendo América Latina y Europa.

Sin embargo, antes de retornar del exilio, era poco lo que Bosch había escrito sobre la democracia, más bien parece que se había querido reservar sus conocimientos sobre la misma para el día que le tocara llevarlos a la práctica. Hay, no obstante, una serie de estudios, tanto previos a su llegada a la Presidencia en 1963, como posteriores a su derrocamiento el mismo año, pero anteriores a la tesis de la *Dictadura con respaldo popular*, sobre los que no vamos a entrar en detalles, pero que nos permiten aproximarnos a la concepción de democracia en Bosch. Creemos que para nuestros fines es suficiente con lo que señalaremos a continuación. En primer lugar, Bosch era un defensor y a la vez un crítico de la democracia en América Latina, porque era consciente de las fallas que la misma adolecía, y entendía que sólo conociendo sus causas era posible superarlas para que la democracia fuera exitosa. Los títulos —pero no sólo los títulos, sino sus propios contenidos— de dos de sus trabajos son bastante elocuentes de su posición crítica. “Problemas de la democracia en nuestra América”, de 1957, y *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, de 1964.

En segundo lugar, su concepción sobre la democracia era multidimensional, lo que significa que para él la democracia no se limitaba al aspecto político-electoral, sino que debía de abarcar al menos dos dimensiones más, la económica y la social. Es lo que denominamos democracia maximalista, en oposición a la minimalista que se ha practicado en la

actos de la campaña electoral, incluso pronunciando discursos en plazas públicas, ante los seguidores de Haya de la Torre. Habría que esperar que se realicen investigaciones similares a esta, en los otros países donde Bosch estuvo exiliado, o por lo menos donde tuvo alguna participación similar a la abordada por Amaranter.

mayoría de los países latinoamericanos, la cual se ha limitado a la realización de elecciones generales cada cierto tiempo; sin menospreciar dichas elecciones, y mucho menos considerar su eliminación, en rigor, lo único que ésta ha tolerado es la alternancia en el poder, es decir, la circulación de las élites, pero no así impulsar el desarrollo de proyectos económicos y sociales que permitan a los países latinoamericanos y caribeños superar los rezagos del subdesarrollo, y a garantizar mejores condiciones de vida para el conjunto de la población.

En tercer lugar, con el propósito de alcanzar y poder hacer efectiva esta democracia maximalista, Bosch entendía que no había que descartar una “dictadura democrática”, es decir, regímenes fuertes, como lo llegara a plantear al analizar la situación en los países del Caribe en 1955. Bosch decía: “La realidad demanda que esas democracias revolucionarias sean regímenes fuertes, respetados por sus enemigos interiores y exteriores, sin miedo a opiniones interesadas; en cierto sentido, dictaduras de la democracia”⁷¹; o como lo expresa en “Problemas de la democracia en nuestra América”, de 1957, que una de las causas por las cuales la democracia no funcionaba en nuestros países era debido a “la ausencia de una clase dominante que hubiera impuesto desde los primeros tiempos de la independencia su autoridad sobre los diversos sectores sociales y los hubiera conducido, con el rigor de la ley, hacia la organización y hacia la creación de las instituciones políticas indispensables en la vida democrática”⁷².

⁷¹ BOSCH, Juan, *Póker de espanto en el Caribe*, op. cit., p.135.

⁷² BOSCH, Juan, “Problemas de la democracia en nuestra América”, en *Política, teoría y acción*, Año XI, N° 122, Santo Domingo, Órgano del Comité Central del PLD, mayo de 1990, p.1.

Lo que nos interesa destacar es que existen antecedentes importantes en el pensamiento de Bosch, para recurrir a una democracia fuerte, que fuera capaz de imponer la “fuerza del Derecho”, y no “el derecho de la Fuerza”, como ha sido el caso de no pocos países latinoamericanos, y dentro de ellos República Dominicana es un buen ejemplo; de manera tal que en 1969, contrario a lo que han sostenido algunos, al plantear su tesis de la *Dictadura con respaldo popular*, el destacado político dominicano no se encontraba dando un salto en el vacío, sino más bien estaba siendo consecuente con sus ideales, ya que al cerrársele el camino para el establecimiento de un régimen democrático representativo, se vio en la necesidad de replantear su concepción sobre la misma, hasta llegar a la tesis política en cuestión, la que de alguna manera se encontraba en ciernes en su pensamiento, desde muchos años antes.

De todas maneras, para entender la génesis de dicha tesis, al menos en una perspectiva más amplia, creemos que no es suficiente con los antecedentes señalados, pues no obstante existir esos antecedentes en su pensamiento, el autor realizó un serio y riguroso trabajo de investigación previo a la elaboración de la tesis, que no debemos pasar por alto. Posiblemente muy pocos líderes latinoamericanos antes de lanzar una tesis política de gobierno hayan hecho un trabajo de investigación tan amplio y profundo como el que hizo Bosch, que consistió en un análisis del contexto internacional, que le permitió elaborar la tesis de *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*; y de inmediato un análisis sociopolítico de la historia dominicana, *Composición social dominicana* (1968), para determinar si se había producido el desarrollo de una burguesía nacional, soporte imprescindible y razón de ser de una democracia representativa; estudio en el que llega a la conclusión que esa burguesía no se había desarrollado, pues a

lo máximo que se llegó fue a formar una burguesía anómala, durante la dictadura de Trujillo, encarnada en la figura del tirano. De esto dan cuenta los dos últimos capítulos de *Composición social dominicana*, “Trujillo, o el paso de la pequeña burguesía a la burguesía”⁷³, y “La composición social a la muerte de Trujillo”, en 1961. O, como lo ha manifestado en diversos ensayos, artículos y discursos, que en todo caso el país lo más que había llegado a dar eran uno que otros burgueses, los que no lograban constituir una burguesía, como clase social. Y todavía, no conforme con el resultado de estos estudios, Bosch realiza una investigación histórica sobre la oligarquía⁷⁴, pues el papel que la misma ha jugado tanto en República Dominicana como en el resto de América Latina y el Caribe es relevante. Incluso podríamos decir que los procesos sociopolíticos de nuestros países no se pueden comprender a partir del concepto de burguesía, sino más bien del de oligarquía, pues han sido estas últimas las que han ejercido el poder, constituyendo un obstáculo al desarrollo económico, político y social de América Latina y el Caribe.

Quizás por razones políticas la *Dictadura con respaldo popular* no formaba parte de la agenda anunciada de los libros que Bosch se proponía escribir, como tampoco lo era *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, pero sin lugar a dudas que los mismos ocupaban un lugar prioritario en sus investigaciones,

⁷³ Cfr., Bosch, Juan, *Composición social dominicana*, 20ª edición, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1999, pp.387-416.

⁷⁴ Nos referimos a “Breve historia de la oligarquía”, que fue culminada en París, en abril de 1970, y que aparece formando parte del libro *Breve historia de la oligarquía y tres conferencias sobre el feudalismo*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1977, pp.7-177. Tiempo después declarararía que de las investigaciones realizadas por él en los últimos años, era con esa con la que se sentía más satisfecho.

análisis y reflexiones políticas a desarrollar en Europa. De todas maneras, cuando alguien se propone reconstruir los orígenes de la tesis de la *Dictadura...*, aparecen ciertos elementos distorsionantes, así como toda una estrategia política de parte del autor para generar un debate, que no tiene precedentes en la historia política latinoamericana contemporánea. En rigor, el texto de la tesis que conocemos es producto de ese debate, el que se inicia con anterioridad a la redacción del primer párrafo de la misma.

Pero retornemos a lo que hemos llamado “elementos distorsionantes”. Aproximadamente un mes antes de que Bosch hiciera referencia alguna —al menos públicamente— sobre la *Dictadura...*, lo cual hizo durante su comparecencia ante el Congreso de la Unión Internacional de Jóvenes Socialistas, celebrado en Estocolmo, en junio de 1967, el diario *El tiempo* de Nueva York, en su edición N° 595 del jueves 11 de mayo del año señalado publica un editorial bajo el título siguiente “¿La Dictadura Dominicana?”. Dicho editorial no se refiere a la tesis de Bosch, que todavía no se conocía, sino más bien constituye una propuesta y defensa al Presidente Joaquín Balaguer, a quien califica como “un hombre de profundas convicciones democráticas”, que había actuado bajo dichos principios durante los 31 años de la dictadura de Trujillo, tratando de convencerlo “de la necesidad de democratizar las instituciones del país”; además, el editorial esboza un perfil sobre el caos existente en el país, que había llevado a República Dominicana a encontrarse “devastada por la anarquía, muerte y la ruina inminente”; de donde se infiere de que de no imponerse la paz y el orden, lo único que salvaría al país era una “semi-dictadura de centro”, antes de que fuera a imponerse “una dictadura de extrema derecha o de extrema izquierda”, para concluir con el siguiente párrafo: “La dictadura en una nación que ha sufrido

por ella en tantos años, es algo feo. Pero a menudo, una cirugía menor puede salvar el cuerpo entero. Ha llegado el momento en que Joaquín Balaguer utilice las energías de su espíritu para imponer la paz en su Patria, por los medios que sean necesarios”. Todo este planteamiento se hace en el contexto, según el referido diario, de que había una conspiración del PRD para derrocar al Presidente Balaguer⁷⁵.

Visto con la ventaja que nos da la perspectiva del tiempo, uno se preguntaría si no había un propósito oculto en dicho editorial, que no era precisamente el que se manifiesta, de invitar al Dr. Balaguer a que instalara una “semi-dictadura de centro”, y ese propósito oculto pudo haber sido el de adelantarse —en caso de que se hubiera filtrado, al menos la idea del proyecto de tesis que Bosch se proponía elaborar— ante la opinión pública, para que esta calificara a la tesis de la *Dictadura con respaldo popular*, como una “dictadura de extrema izquierda”, a la vez que provocar al líder político dominicano a que se pronunciara al respecto, es decir, que adelantara y ampliara sus ideas. No podemos perder de vista que dicho editorial se publica precisamente un mes antes de Bosch viajar a Estocolmo, donde por primera vez se referiría a la tesis. Y en efecto, antes de emprender dicho viaje, Bosch responde al editorial con un artículo, “El plan para una dictadura en la República Dominicana”⁷⁶. En el mismo, lo califica como un “trabajo de un equipo que ha cuidado esmeradamente los términos que debían emplearse en una pieza política delicada”, para afirmar que a partir de lo planteado en el editorial: “Lo lógico es que los que pueden establecer una dictadura en el país piensen que [es] del

⁷⁵ “¿La dictadura dominicana?”, en *El tiempo*, Nueva York, jueves 11 de mayo de 1967, reproducido en *¡Ahora!* N° 187, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora!, 12 de junio de 1967, p.22.

⁷⁶ BOSCH, Juan, “El plan para una dictadura en la República Dominicana”, *Ibid.* *¡Ahora!*, pp.23-24.

bando constitucionalista”; y después de advertir que en el país “no puede montarse y sostenerse una “semi-dictadura de centro”, sostiene que “en la República Dominicana sólo podría mantenerse una dictadura que tuviera apoyo popular, y ese tipo de gobierno no podría poner en manos extranjeras los ingenios de azúcar ni las demás empresas que forman el complejo de la herencia de Trujillo”; como se podrá observar, lo señalado por Bosch en esa réplica al referido editorial, es parte de los principios políticos en defensa de la soberanía nacional que más tarde sostendrá la *Dictadura con respaldo popular*.

Desconocemos el papel que siguió jugando el diario *El Tiempo* en el debate que se produciría en el país sobre la referida tesis a partir de ese momento, que es cuando se inicia, no por el editorial en sí, sino por el discurso de Bosch en Estocolmo en el mes de junio. De ser así, queda la posibilidad de que el diario *El Tiempo* haya logrado su propósito, de provocar a Bosch para que se pronunciara sobre la Tesis. De todas maneras, fueran esos o no los objetivos de dicho diario, los resultados fueron los mismos. Sin embargo, siendo Bosch un consumado y sagaz político, es posible que no se haya dejado provocar, sino que aprovechara la oportunidad para adelantar algunas ideas, aunque no muchas, sobre la Tesis, que en breve iba a anunciar en Estocolmo; que conste, iba a anunciar, no a desarrollar, aunque sí esbozaría mayores elementos de los conocidos hasta ese momento.

El peso político que tenía Bosch en la opinión pública dominicana, en todos sus sectores sociales, difícilmente pueda ser aquilatado hoy día en su verdadera dimensión. Todo el país seguía, a través de los medios de comunicación, sus más mínimos movimientos, y sobre todo sus planteamientos políticos, sin importar cuán distante se encontraba geográficamente de República Dominicana. Y Bosch, que era un maestro en la comunicación, lo sabía, y recurrió a la misma para iniciar un

amplio, intenso y rico debate sobre su Tesis, mucho antes de haberla desarrollado, con lo cual logró establecer una perfecta sintonía entre el “líder y el pueblo”, aunque el primero se encontrara a miles de kilómetros de distancia. Así se elaboró y desarrolló la tesis. Y no debemos de perder de vista que se trataba de una época donde los avances y facilidades de comunicación eran muy distantes a los que conocemos y utilizamos hoy día.

El debate lo dividiríamos en tres etapas. Una primera, que por extraño y paradójico que parezca fue previa a la Tesis, incluso antes de que Bosch dijera en qué consistía, más allá del título de la misma, que por lo demás se empleaba de manera muy imprecisa⁷⁷ y esbozaba algunas ideas aún incipientes. Esa etapa abarca un amplio período de dos años, desde junio de 1967, cuando lanza su discurso en Estocolmo —aunque incluso con anterioridad se vertían algunos pronunciamientos— a junio de 1969, que es cuando Bosch hace entrega de la tesis, bajo el título de *El próximo paso: Dictadura con respaldo popular*, firmada en París, el 6 de mayo de 1969, la cual sería publicada en la revista *¡Ahora!*⁷⁸, con una portada muy bien diseñada, alegórica a la Tesis: una imagen grande del rostro de Bosch, que prácticamente abarca toda la portada; debajo del rostro, un tanque de guerra, con la enseña nacional, a todo color, flameando en un asta en la parte superior del mismo, quizás como símbolo de la dictadura; y a la izquierda del tanque, la muchedumbre que lo rodea, con el puño en alto, acaso blandiendo un arma, simbolizando el “respaldo popular”.

⁷⁷ “Dictadura popular”, “Dictadura con apoyo popular”, “Dictadura con respaldo popular”, entre otras denominaciones, donde lo constante es “dictadura” y “popular”. En junio de 1969, cuando fue lanzada formalmente, la revista *¡Ahora!* lo publicó también en una separata bajo el título: *El próximo paso: Dictadura con respaldo popular*, 1969, 26p.

⁷⁸ *Cfr.*, BOSCH, Juan, “El próximo paso: Dictadura con respaldo popular”, en *¡Ahora!*, N° 292, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora!, 16 de junio, 1969, pp.29-51.

Pero no vaya a pensar el lector que el texto dado a conocer se trata de la Tesis que tiene en sus manos. No. Lo publicado fue alrededor de la cuarta parte del libro que hoy día conocemos. Las otras tres corresponden a las ampliaciones, producto del debate que se continuaría produciendo, como veremos más adelante. Este primer momento del debate se caracteriza por las especulaciones y juicios apriorísticos sobre una tesis que se anunciaba, pero que se desconocía en qué consistía⁷⁹. Aún así, se la condenó, rechazó, aplaudió, y apoyó. Para unos, el objeto tabú de la palabra “dictadura” tenía una connotación negativa muy fuerte, y ello era suficiente para rechazarla; a su vez, el objeto obligado, la democracia, ideológicamente tenía un peso tan grande, que le impedía considerar cualquier otra alternativa de gobierno que fuera al margen de la misma, independientemente de los fracasos que el país había experimentado con dicho modelo. En esa coyuntura, la primera reacción del sector conservador del PRD fue esconder el texto del discurso de Bosch en Estocolmo, tal como lo denunció la revista *¡Ahora!* en un artículo, en los siguientes términos: “El texto completo del discurso de Estocolmo llegó al fin a nuestro país, y, en vez de publicado, ha sido engavetado, vetado, censurado, encerrado bajo siete llaves,

⁷⁹ El debate fue muy amplio, a través de la radio, la televisión, y la prensa diaria. Ofrecemos, apenas, algunos de los artículos que fueron publicados por el semanario *¡Ahora!*; Cfr., BONILLA AYBAR, Rafael, “Respondiendo a Juan Bosch”, en *¡Ahora!* N° 201, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora!, 18 de septiembre, 1967, pp.73-74; PÉREZ PEÑA, Raúl (Bacho), “El 1J4 critica la dictadura con respaldo popular”, *¡Ahora!* N° 202, 25 de septiembre de 1967, pp.12-13; GONZÁLEZ TAMAYO, Segundo Armando, “Lo que es dictadura con apoyo popular. Su justificación”, *Ibid.*, pp.14-16/p.75; JIMENES-GRULLÓN, J.I., “El viraje político-conceptual de Bosch”, *¡Ahora!* N° 203, 2 de octubre de 1967, pp.4-5; ESPAILLAT RODRÍGUEZ, José, “La dictadura popular es un paso de avance”, en *¡Ahora!*, N° 210, 22 de noviembre de 1967, pp.20-21; RUIZ BERGÉS, H., “Reflexiones en torno a la tesis de dictadura popular”, *Ibid.*, pp.22-24/p.72; ANDÓN JAAR, N. Jorge, “Democracia bobalicona o dictadura con apoyo popular”, en *¡Ahora!* N° 219, 22 de enero de 1968, pp.34-35.

como un discurso prohibido, según las informaciones fidedignas que nuestra revista ha podido tener acceso”. El referido artículo concluía con el siguiente llamado: “Finalmente: esta revista reclama, de la persona o las personas que puedan decidirlo, que no continúen vetándole al pueblo dominicano el conocimiento de un documento político, con el cual puede no estarse de acuerdo, pero cuya importancia salta a la vista con la sola lectura de los párrafos transcritos. Ofrecemos para ello nuestras páginas”⁸⁰. Al respecto debemos agregar que del referido discurso, hasta ese momento lo único que se conocía era lo poco que decían los cables de prensa de las agencias noticiosas internacionales, con la particularidad de que cada una “difundió por el mundo los temas del discurso de Bosch que más les convenía o interesaba poner de relieve”, como advierte la revista *¡Ahora!*

Como se podrá observar, la batalla que tendría que librar Bosch era difícil, pero él lo sabía perfectamente bien. Por eso, a las pocas semanas de iniciarse el debate, aprovecha para publicar un artículo donde hace una serie de advertencias y precisiones que permitieran que la polémica elevara su nivel, y tomara un curso políticamente productivo, pues lo que se estaba planteando era “algo demasiado serio para que se comente a la ligera”. En dicho artículo Bosch recurre a la autoridad moral y política que él tenía por toda su “hoja de servicio”, y precisa que la palabra dictadura empleada en su tesis no podía “tener el significado barato y criminal que ha tenido en nuestra historia”, para de inmediato referirse a la democracia. Para Bosch, la democracia “no es un mero sistema de gobierno; no es la existencia mecánica de presidentes, senadores y cámaras de diputados. La democracia es todo un sistema de vida colectiva, y ese sistema descansa en la soberanía del pueblo. Los pueblos que no tienen soberanía para determinar por

⁸⁰ *Cfr.*, “Lo que Bosch dijo en Estocolmo ¡El discurso prohibido!”, en *¡Ahora!* N° 196, 14 de agosto de 1967, pp.4-5.

sí mismos que quieren y que no quieren, no pueden tener la democracia como una aspiración”; el punto clave en esta reflexión en torno a la democracia y la soberanía nacional⁸¹, gira alrededor de la tesis que ya él estaba trabajando sobre el pentagonismo, en la que sostenía que los países de la región se encontraban pentagonizados, como hemos visto con anterioridad, por ello sostiene lo siguiente: “Lo que habrá de ahora en adelante en los países de nuestro Continente que caigan en la órbita del interés yanqui —como ha caído la República dominicana— serán mascaradas electorales, hechas para engañar al mundo con la ilusión de que los pueblos americanos han aprendido ya a ejercer los hábitos democráticos. Lo que habrá será gobiernos sin autoridad, presidentes pintados en la pared y ejércitos que siembren el terror”⁸².

Hechas esas precisiones en agosto de 1967, Bosch tendría una segunda participación en el debate, en el mes de septiembre, “Algo más sobre dictadura con respaldo del pueblo”⁸³, donde introduce algunas ideas alrededor de la cuestión económica, como análisis técnico-político, a la vez que realiza una serie de críticas y denuncias de hechos represivos y criminales que se

⁸¹ Debemos aclarar que, contrario a lo que sostienen algunos, el concepto de soberanía nacional sigue vigente; más allá de los cambios internacionales que se han producido, seguimos viviendo, aún en este mundo de la globalización, en un orden westfaliano (de estados soberanos). Es cierto que los procesos de integración, lo mismo que la firma de tratados bilaterales y multilaterales desde hace décadas, o siglos —no de ahora—, conducen a una cierta reducción de la soberanía nacional, que se cede o se comparte contractualmente; incluso existen en la actualidad instituciones supranacionales, como ocurre en la Unión Europea, por decisión libre y soberana de los países que la integran. Es algo muy distinto, que no debe confundirse con la pérdida o reducción de la soberanía nacional, por decisión unilateral de las grandes potencias sobre los pequeños estados nacionales. Esto último tiene su nombre, colonialismo, neocolonialismo o, en palabras de Bosch, países pentagonizados.

⁸² *Cfr.*, BOSCH, Juan, “Dictadura con apoyo popular”, en *¡Ahora!* N° 199, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora!, 4 de septiembre, 1967, pp.4-5.

⁸³ *Cfr.*, BOSCH, Juan, “Algo más sobre dictadura con respaldo del pueblo”, en *¡Ahora!* N° 202, *op. cit.*, pp.10-11.

estaban cometiendo en el país; posteriormente, el debate continuaría, pero Bosch no volverá a participar en el mismo, hasta no entregar el *corpus* de la Tesis, en junio de 1969.

De todas maneras, sin lugar a duda, el mayor beneficiado de esta primera parte de la polémica —no obstante la pobreza conceptual que tuvo la misma, salvo raras excepciones—, fue Bosch, por varias razones muy elementales. Porque le permitía generar un ambiente de movilización y discusión política —en un país que atravesaba por una de sus más difíciles coyunturas—, que girara en torno a sus propuestas, no obstante encontrarse ausente del país; en segundo lugar, porque le daba la posibilidad de medir las reacciones de diferentes sectores sociales y organizaciones políticas, incluyendo al mismo PRD, que en ese momento seguía dando señales de crisis, la que se expresaba como pugnas entre la “vieja guardia”, la “corriente conciliadora”, y la que se conocería como “corriente radical”⁸⁴; y en tercer lugar, porque nadie más que el mismo Bosch tenía todas las cartas de juego en las manos; sus críticos, incluyendo a los propios dirigentes del PRD, no sólo desconocían el *corpus* de la Tesis —porque no existía, y apenas estaba en proceso de elaboración—, sino que tampoco conocían el resultado de las investigaciones que realizaba, y por lo tanto no podían saber, con rigurosidad, el nuevo rumbo de su pensamiento político, en una etapa crítica, que era de transición, de tanta importancia en su vida, —y más que nada para el futuro de República Dominicana— etapa donde haría las mayores aportaciones a los estudios de las ciencias políticas, sociales y de historia en la región. Las obras frutos de esos años se han convertido en clásicas, y algunas de ellas con decenas de ediciones en República

⁸⁴ *Cfr.*, “¡Crisis en el PRD! Bosch renuncia como asesor,” en *¡Ahora!*, N° 195, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora!, 6 de agosto de 1967, pp.7-8; “Las elecciones distritales definirán fuerzas en el PRD”, en *¡Ahora!*, N° 197, 21 de agosto de 1967, pp.6-7; “Lucha en el PRD entre radicales y conservadores”, en *¡Ahora!*, N° 306, 22 de septiembre de 1969, pp.4-6.

Dominicana, pues siguen siendo, hoy día, lecturas insoslayables. Y debemos aclarar que las ideas de sus tesis en esos años constituían un tema obligado de conversación de Bosch, pues él las exponía espontáneamente, con todo aquel con quien se reunía. Sin embargo, ello no era suficiente para conocer, al menos en profundidad, su pensamiento; eso se lograría, únicamente, a través de la lectura, el estudio y discusión de sus obras.

Hay una segunda etapa del debate, que duró cerca de cinco meses, que va de julio de 1969 —cuando ya se había dado a conocer el *corpus* de la Tesis—, hasta finales del mismo año, en que Bosch hace la última entrega de los complementos de la misma, “El frente de la Dictadura con Respaldo Popular. Parte II”, firmada en París el 3 de diciembre del 1969, y publicada por la revista *¡Ahora!* en el N° 320, del 29 de diciembre del mismo año. Esta es, sin lugar a duda, la parte más rica y valiosa del debate político, ya que quienes intervienen pueden hacer análisis y planteamientos serios, en tanto que conocían el *corpus* de la referida Tesis. Además, esta segunda parte contó con la participación de destacados dirigentes políticos, de diferentes organizaciones, así como de algunos intelectuales. Fue a partir de esta segunda etapa del debate que Bosch fue publicando nuevos artículos, muchos de ellos como respuestas a las críticas que se le hacían, trabajos que fueron incorporados a la versión definitiva de lo que conocemos hoy día como la tesis de la *Dictadura con respaldo popular*. Esas fueron, como decía Bosch, las ampliaciones.

Esta etapa del debate, como se podrá observar, se realiza entre un Juan Bosch que ya se asumía como marxista —y por lo tanto con un nuevo discurso—, con la izquierda dominicana⁸⁵,

⁸⁵ *Cfr.*, CÁRDENAS, Florangel, “División entre los comunistas dominicanos”, en *¡Ahora!*, N° 144, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora!, 15 de agosto de 1966, pp.13-16/p.60. En su artículo, la periodista chilena señala lo siguiente: “Para quienes desconocemos las interioridades del marxismo-leninismo

así como de otras posiciones políticas. La polémica era difícil, en parte por el dogmatismo de la referida izquierda, sobre todo de la que se proclamaba marxista-leninista, y dentro de ésta, por ser la más radical y esquemática, la que seguía la denominada “línea de Pekín”, es decir, del pensamiento Mao Tse-Tung; además, porque la misma se encontraba sumamente fragmentada, como ocurría en esa época en la mayoría de los países de la región, lo cual generaba una serie de pugnas que la arrastraban a cometer actos muy cuestionables, al margen de los principios éticos, que le restaban credibilidad⁸⁶; a su vez, en ocasiones daba la sensación de estar produciéndose un diálogo de sordos, pues mientras la izquierda marxista tradicional se remitía y repetía lo que decían los teóricos de ese paradigma, o más bien

nacional, República Dominicana presenta la particularidad de ser el único país del mundo donde existen ‘Cuatro Partidos Comunistas en funciones...’ aun cuando cada uno de ellos sostenga ser el único realmente auténtico” (p.13). Planteamiento que es una verdad a medias, pues esa misma fragmentación se producía en otros países de la región, como reflejo, al menos en parte, de la división del campo socialista a nivel internacional.

⁸⁶ En julio de 1964, dos dirigentes del MPD fueron recibidos en China por el presidente Mao Tse Tung. El 7 de marzo de 1966, en *¡Ahora!*, N° 122, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora!, pp.12-13, aparece una entrevista bajo el título “Cayetano visitó a Mao”, con una foto de Cayetano Rodríguez del Prado junto a Mao Tse Tung, donde el primero relatava parte de la conversación sostenida con el líder chino; posteriormente, en el mismo mes, sale otra entrevista en la citada revista: “¡Yo también visité a Mao!” (*¡Ahora!*, N° 124, 21 de marzo de 1966, pp.14-17), con otra foto, y la siguiente nota: “Esta es la foto, completa, de la visita que hicieron a Mao-Tse-Tung [*sic*] Cayetano Rodríguez del Prado e Islander Selig Delmonte en julio de 1964. La misma foto mutilada, fue entregada por el dirigente del MPD al periodista Ubi Rivas, para esa entrevista que publicó recientemente *¡Ahora!*, eliminando de la misma a Selig Delmonte” (p.14). Meses más tarde, Cayetano Rodríguez del Prado declaró lo siguiente a propósito de la foto mutilada: “Cuando entregamos una reproducción de nuestra fotografía junto al presidente Mao Tse-Tung a la revista *¡Ahora!*, omitimos la parte en que aparece Ylander, no porque quisiéramos borrar la historia de un ‘tijeretazo’ sino porque no teníamos derecho a comprometer unilateralmente a una persona que abandonó el marxismo-leninismo y abrazó otras ideologías diametralmente opuestas. Esa fotografía no es sólo historia, es presente vivo también”. *Cfr.*, “Cayetano Rodríguez del Prado está en el país. Alega que no amenazó convertir a Santo Domingo en Vietnam del Caribe”, en *¡Ahora!*, N° 132, 16 de mayo de 1966, p.20.

las posiciones políticas que asumían la “línea” de sus respectivos partidos a las que ellos pertenecían, sin aplicarlas a la realidad dominicana, Bosch, en cambio, polemizaba en ambos terrenos, en el propiamente conceptual, como en el de su aplicación a la realidad latinoamericana y dominicana en particular, a partir de sus singularidades; desde otro ángulo dicha polémica se podía interpretar como la del profesor dándole una cátedra teórica y política a sus alumnos irreverentes.

Otra dimensión interesante que asumía el debate, es que entre los mismos polemistas —los que adversaban a Bosch, y los que defendían sus planteamientos—, en ocasiones discutían entre sí, lo cual le daba mucha mayor riqueza e interés al referido debate. Lamentablemente, los trabajos de las réplicas a la Tesis —de esos irreverentes discípulos— en algunos casos muy valiosos, no han sido recopilados en un libro, pues de haberse hecho, hoy día los propios análisis de Bosch pudieran ser mejor apreciados, en una mayor dimensión⁸⁷.

Hay una tercera etapa del debate, que transcurre a partir de 1970, cuando ya ha sido concluida la Tesis, y Bosch regresa al país, en abril del mismo año. Esa etapa se caracteriza,

⁸⁷ *Cfr.*, BALCÁ CER, Juan Daniel, “Dictadura con respaldo popular: una utopía”, en *¡Abora!*, N° 296, Santo Domingo, Publicaciones ¡Abora!, 14 de julio de 1969, pp.17-21; CAMILO-FERNÁNDEZ, J.A., “Dictadura con respaldo popular”, en *¡Abora!*, N° 297, 21 de julio de 1969, pp.25-27; ARISTY, Héctor, “Dictadura con respaldo popular vs viaje de Rockefeller”, en *¡Abora!*, N° 298, 28 de julio de 1969, pp.25-26; GINEBRA, Lázaro, “Reflexiones en torno a la tesis de Bosch”, en *¡Abora!*, N° 300, 11/08/69, pp.49-52; LÓPEZ MOLINA, Máximo, “Viva el frente de la Dictadura con respaldo popular”, en *¡Abora!*, N° 301, 18 de agosto de 1969, pp.15-16/p.76; FRANCO, Franklin J. “¡Trujillo, levántate y anda!”, en *Ibid.*, pp.26-29; MEDINA SÁNCHEZ, Pablo, “Errores conceptuales y de fondo de una tesis”, en *¡Abora!*, N° 302, 25 de agosto de 1969, pp.62-64/p.76; ALMEYDA, Franklin, “Seamos fieles a la verdad”, en *¡Abora!*, N° 304, 8 de septiembre de 1969, pp.15-16/p.72; ISA CONDE, Narciso, “Dos etapas de una revolución”, en *¡Abora!*, N° 309, 13 de octubre de 1969, pp.34-37; FIALLO BILLINI, José Antioe, “La Dictadura con respaldo popular y la cuestión de la toma del poder”, en *¡Abora!*, N° 313, 10 de noviembre de 1969, pp.17-19; JIMENES-GRULLON, J.I., “Precisiones necesarias”, en *¡Abora!*,

fundamentalmente, por la labor de difusión que Bosch hace de la misma, a través del PRD —a pesar de las pugnas y tensiones algunos dirigentes aceptaron la Tesis—, sobre todo a través de los medios masivos de comunicación, particularmente por la radio, en los discursos transmitidos por el programa Tribuna Democrática, lo cual le permitía llegar a los lugares más recónditos del país, y por lo tanto a las grandes mayorías populares. Esos discursos forman parte de uno de los tomos de *Discursos políticos* que han sido publicados⁸⁸. Por último, debemos destacar que la versión original de la Tesis, la que en el presente trabajo hemos llamado *corpus*, y fue dada a conocer en junio de 1969, traía una nota de pie de página que decía lo siguiente: “Esta tesis ha sido escrita para que sirva de base de discusión para la plataforma ideológica del Partido Revolucionario Dominicano. Si éste adopta la tesis, a él le tocará decidir cuándo y en qué forma deberá trabajar con otros partidos para establecer el Frente de la Dictadura con Respaldo Popular”⁸⁹.

Estructura de la obra

Dictadura con respaldo popular es un libro muy especial, en lo que a su elaboración se refiere; e incluso hasta en su misma

Nº 315, 24 de noviembre de 1969, pp.65-68; CUELLO, José Israel, “Precisiones necesarias”, en *¡Abora!*, Nº 317, 8 de diciembre de 1969, pp.25-32; GÓMEZ, Maximiliano, “El colonialismo ideológico y sus consecuencias políticas y organizativas”, en *¡Abora!*, Nº 318, 15 de diciembre de 1969, pp.28-31; DUVERGÉ, Roberto, “Consideraciones acerca de una tesis”, en *¡Abora!*, Nº 319, 22 de diciembre de 1969, pp.28-31. Por último no podemos dejar de señalar el libro de J.I. JIMENES-GRULLÓN, *La América Latina y la Revolución Socialista, (Análisis de la Tesis “Dictadura con respaldo popular” y sus ampliaciones, de Juan Bosch)*, Tomo I, Santo Domingo, Editora Cultural Dominicana, 1971, 336 pp. Carecemos de información si el segundo tomo de dicha obra polémica llegó a salir, pero por lo que hemos investigado, parece que no.

⁸⁸ Cfr. BOSCH, Juan, *Discursos políticos: 1970*, Tomo III, *op.cit.*

⁸⁹ BOSCH, Juan, “El próximo paso: Dictadura con respaldo popular”, en *¡Abora!*, *op. cit.*, p.51.

autoría, sin pretender poner en cuestión que la Tesis pertenezca a Juan Bosch, y que además la misma constituye una aportación suya al pensamiento sociopolítico latinoamericano; lo que queremos decir es que no se trata de una obra en que su autor se haya encerrado en una biblioteca a trabajar para dar a conocer, con posterioridad, el resultado de su investigación; no, nos encontramos ante una situación distinta, en que existe, como hemos planteado con anterioridad, una relación dialéctica entre “un líder y un pueblo” —para evocar el título de la obra del gran panafricanista Kwame Nkrumah—, donde el líder lanza una idea al pueblo, éste la recoge, debate la propuesta, y la polémica generada a su vez retroalimenta al líder. Ese es, en síntesis, el proceso seguido por Bosch para desarrollar su Tesis, a través del largo debate que se produce en el país, durante dos años y medio, como hemos visto con anterioridad.

En suma, es por estas razones que sostenemos que *Dictadura con respaldo popular* es un libro muy particular, pues al menos las tres cuartas partes del mismo corresponden a las ampliaciones que hizo Bosch, generadas a través del debate; y lo hacía en condiciones muy específicas, pues no se encontraba en República Dominicana, sino en Europa, realizando actividades diversas, por varios países. Precisamente por estas particulares condiciones de producción de la obra, los capítulos son muy disímiles entre sí en su extensión, e incluso en su estilo —al menos entre la primera y la segunda parte en que hemos dividido la obra, como veremos de inmediato—, contrario a lo que generalmente nos tenía acostumbrado Bosch en sus libros, donde todos los capítulos tienen una extensión muy parecida, en ocasiones, exactamente la misma.

El libro consta, en rigor, de dos partes. La primera, el *corpus* de la Tesis, está fechada en París el 6 de mayo de 1969. Por el carácter interdisciplinario de la obra, diríamos que en

un primer momento aparece el economista, con una visión de Estado, haciendo un enfoque latinoamericano parecido a la de los técnicos de la CEPAL, con datos duros, cifras estadísticas, y sobre todo un análisis crítico —cuestionando permanentemente los datos, es decir, la realidad— y también propositivos, pues de por sí algunas de las mismas interrogantes que se formulan entrañan proposiciones; la inquietud básica es la de encontrar las causas del porqué América Latina se ha quedado atrasada dentro del sistema capitalista, a la vez que inestable políticamente; de inmediato aparece el sociólogo y politólogo, para analizar la estructura de clases en América Latina —tanto del denominado “frente oligárquico”, como de la burguesía—, sobre todo de su inserción en la economía, así como la capacidad y el papel jugado por dichas clases sociales para impulsar el desarrollo latinoamericano, sin perder de vista las condicionantes generadas por el denominado “imperio-pentagonismo”. Una vez que se han identificado las causas del fracaso de los frentes oligárquicos, se pasa a formular la propuesta para la solución: la Dictadura con respaldo popular. El autor lo plantea así: “Para establecer un Estado que pueda llevar a cabo los fines que se propone, la Dictadura con respaldo popular comenzará por afirmar la plena independencia del país, y por tanto tomará las medidas que sean necesarias a fin de cortar toda influencia extranjera que se ejerza sobre instituciones, empresas o personas, venga de donde viniere y sea cuál sea su ideología” (pp.231-232). Tal propuesta, para ser exitosa, entraña la construcción de un “Frente de la Dictadura con respaldo popular”, el cual consiste en un amplio frente de clases sociales. De ahí el interés de Bosch por la conceptualización de cada una de las clases sociales, con el objetivo de poder identificarlas bien, y no incurrir en los errores cometidos en procesos antioligárquicos de otros países, donde la izquierda confundía a la oligarquía con la burguesía, y establecía alianza

con su enemigo, a la vez que combatía a quien debía de tener como aliado. Por ello el autor le da tanta importancia al debate sobre las clases sociales, que incluso retoma, amplía y profundiza en la segunda parte de la polémica.

En la segunda parte de la obra —donde hay un estilo diferente—, en cambio, aparece el líder político polemista, debatiendo conceptualmente, desde una perspectiva marxista (ese era, además, el lenguaje y el soporte teórico de sus contrincantes) la diferencia existente entre la oligarquía, la burguesía y la pequeña burguesía. De inmediato el líder político traslada el debate a la República Dominicana, para analizar, desde allí, las peculiaridades que presentan en dicha nación la oligarquía y la burguesía. La primera, es a causa de la arritmia histórica dominicana, que la llevó a tener una burguesía primero que una oligarquía (*Cfr.*, p.253); la segunda, que esa burguesía quedó encarnada y personificada en la figura de Trujillo, quien “no era un lacayo yanqui sino un típico nacionalista burgués que no estaba dispuesto a cederle a nadie, ni aun a los poderosos Estados Unidos, una sola pulgada del territorio donde él tenía sus empresas” (p.257), en tanto la oligarquía no sólo hizo alianza con el imperio-pentagonismo, sino que superó a Trujillo en su dimensión negativa, los crímenes. “Los crímenes de la oligarquía”, explica Bosch, “comenzando por Palma Sola, pasando por la masacre de la zona Norte, hasta llegar al último constitucionalista asesinado en un barrio de la Capital, han costado muchas más vidas de dominicanos en ocho años que todos los asesinatos del régimen trujillista en treinta y un años” (p.260).

Con ese mismo estilo, Bosch debate con sus contrincantes sobre el carácter de la “Dictadura”, que tenía que ser con “respaldo popular”, y no “dictadura del proletariado”, como sostenía la izquierda marxista dominicana, pues en el país no se había desarrollado ese tal proletariado.

Esta segunda parte del libro —mucho más que la primera—, por su discurso enteramente polémico, escrito con sabiduría y conocimiento no sólo del tema tratado, sino también de las debilidades y virtudes de sus contrincantes, así como de la psicología social del pueblo dominicano, y sobre todo por la convicción de la causa por la que luchaba, aunado a su capacidad pedagógica, hacen de la obra —no obstante abordar un complejo tema— un texto de lectura fluida, que atrapa y envuelve al lector, como lo supo hacer con maestría y elegancia su autor, Juan Bosch, en el género de la narrativa, lo mismo que en la política.

Vigencia de la Dictadura con respaldo popular

Al momento de elaborar este prólogo hace justamente cuarenta años que fue dada a conocer esta Tesis —sin entrar en los detalles de su primera y segunda parte, que guardan entre sí unos meses de diferencia—, tiempo más que suficiente para hacer un balance de cómo ha soportado la prueba del tiempo, algo que por lo demás no se ha hecho en el país hasta la actualidad —a excepción de “Conceptualización y vigencia de un texto”, prólogo de Leonel Fernández a la edición de 1991, al cual nos referiremos más adelante— al menos como parte de un amplio debate, para seguir la misma metodología con la que fue elaborada la Tesis.

A partir de los cambios internacionales que se han producido, es lógico que América Latina y el Caribe, y como parte de ella, República Dominicana, se enfrenten a nuevos desafíos no menos complejos y preocupantes de los que existían hace más de cuatro décadas, como son el cambio climático, los cambios tecnológicos y la crisis financiera que desde el 2008 amenaza a todos los países, para señalar sólo tres que tienen carácter global; a los que podríamos agregar, por su importancia en la región, y en especial en República

Dominicana, la crisis energética, el narcotráfico, el crimen organizado, y la migración. Pero de lo que se trata es de saber si hemos sido capaces de saldar cuenta con aquellos desafíos planteados por Bosch en su Tesis —o por lo menos hasta dónde hemos avanzado en el diseño y fortalecimiento de las instituciones y organismos que nos permitan enfrentarlos—, para entonces encontrarnos en condiciones de abordar los nuevos retos, o si en su defecto tenemos que hacerlo todavía con la deuda pendiente de los primeros, pues en ese caso las condiciones y posibilidades se tornan mucho más complejas.

En la edición de 1991 del presente libro, haciendo un balance del mismo, después de un análisis de una serie de indicadores económicos de América Latina, correspondientes al 1990, Leonel Fernández llegaba a la siguiente conclusión: “Al cabo de algo más de dos décadas de haber visto la luz por vez primera, la tesis de la *Dictadura con respaldo popular* conserva una vigencia inusual, aunque desafortunadamente esa vigencia le venga proporcionada por la tragedia que sufren los pueblos de América Latina”⁹⁰. En ese momento apenas concluía la larga crisis económica de 1980, que dio lugar a que la CEPAL denominara a ese período la “década perdida”.

Si ahora, para este balance de la Tesis recurriéramos a los Objetivos de Desarrollo del Milenio de las Naciones Unidas —por lo menos a los principales objetivos y metas, como son la erradicación de la pobreza extrema y el hambre, la enseñanza primaria universal, y la reducción de la mortalidad de los niños menores de 5 años— que fueron lanzados en el año 2000, y se esperaban alcanzar en el 2015, con toda seguridad que no

⁹⁰ FERNÁNDEZ, Leonel, “Conceptualización y vigencia de un texto”, en BOSCH, Juan, *Dictadura con respaldo popular*, 3ª edición, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega 1991, p.8.

saldríamos bien evaluados, no obstante los avances significativos que hemos logrado en muchos temas, y el proyecto de Tesis de Bosch, desafortunadamente siga teniendo vigencia. El problema está en que muchos de los causales de nuestro fracaso, como región, en cuanto a organización económica, social y política planteados por Bosch, no han sido resueltos. Los indicadores estadísticos de la CEPAL, o los Objetivos del Desarrollo del Milenio sólo nos expresan nuestras deficiencias y debilidades —aunque, para ser justos, también trazan las vías de cómo superarlas, desde hace décadas—, no así las causas, al menos las más profundas. Y Bosch tuvo la capacidad y valentía de plantearlas. Ahí están, una vez leída la obra, el amable lector podrá llegar a sus propias conclusiones.

EL PENTAGONISMO
SUSTITUTO DEL IMPERIALISMO

PREFACIO PARA LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Este libro fue presentado como tesis del autor a la Tercera Conferencia Interamericana de Ciencias Políticas y Sociales, que tuvo lugar en la Universidad Autónoma de Santo Domingo —República Dominicana— en el mes de noviembre de 1967, y al mismo tiempo apareció, allí mismo, su primera edición, hecha por Publicaciones ¡Ahora!, C. por A. Unos días después, el 11 de diciembre, David R. Jones, del *New York Times*, cablegrafiaba a su periódico, desde Bal Harbour, Florida, una crónica detallada de la convención de la AFL-CIO, que estaba celebrándose en ese lugar del sur de los Estados Unidos; y el cable comenzaba así: “La Convención de AFL-CIO reafirmó hoy, mayoritariamente, su apoyo a la política del presidente Johnson en Viet Nam, después de derrotar fácilmente una proposición para que [*la AFL-CIO*] se mantuviera neutral en la guerra”. Jones informaba que los nombres del senador Eugene McCarthy y del economista John Kenneth Galbraith habían sido abucheados por los delegados a la convención —líderes obreros todos ellos—, debido a que el senador y el economista se oponían a la política de guerra en Viet Nam del presidente Johnson, y que unos 1,200 delegados expresaron su voto favorable a Johnson, puestos de pie y aplaudiendo mientras sólo “alrededor de una docena de delegados se levantaron en el salón de baile del Hotel Americana en señal de oposición”.

Eso no fue una novedad, ni una sorpresa, para los que a esa fecha —el 11 de diciembre de 1967— habían leído este libro. En el capítulo IV (“La sociedad pentagonizada”) se decía, como puede verlo el lector, que los obreros norteamericanos organizados en la AFL-CIO (American Federation of Labor Congress of Industrial Organization) estaban al servicio del pentagonismo.

Dos días después de esa convención de la AFL-CIO, esto es, el 13 de diciembre, el presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano, senador J.W. Fulbright, se dirigía al presidente de ese cuerpo en un discurso que confirmaba varios de los argumentos usados por el autor para demostrar la tesis que se expone en este libro.

En el caso de los obreros organizados en la AFL-CIO, la confirmación no se produjo como denuncia; al contrario, se manifestó en forma de respaldo abrumadoramente mayoritario, de 99 de cada 100 —es decir, 99 contra 1—, a la política pentagonista; pero en el caso del senador Fulbright la confirmación se manifestó como una denuncia del pentagonismo, sólo que el senador por Arkansas le dio a ese nuevo poder un nombre parecido al que le había dado el ex presidente Eisenhower: le llamó “el complejo militar-industrial” norteamericano.

Aunque sería arriesgado afirmarlo, hay razones para pensar que el senador Fulbright no conocía este libro cuando produjo su discurso del día 13 de diciembre de 1967. Un senador de los Estados Unidos, o aun su cuerpo de ayudantes, difícilmente se halla al tanto, por lo menos a corto tiempo, de lo que se dice y se escribe en los países pobres del Tercer Mundo. Los políticos norteamericanos, no importa cuál sea su nivel intelectual ni cuáles sus preocupaciones, viven inmersos en la agitada fuente de acontecimientos que es Washington, y en cierta medida sería demasiado exigir pedirles que su tiempo y su interés les alcanzaran para más

actividades de las que realizan a diario. Por otra parte, lo que llevó al senador Fulbright a denunciar lo que él llama “the military-industrial complex” es un motivo de política interna norteamericana, algo que el autor de este libro no tenía en cuenta al escribirlo. Por ejemplo, el senador Fulbright, armado de esa ya clásica ignorancia en ciencias políticas a que nos tienen acostumbrados los personajes de la vida pública de su país, dice en su discurso del 13 de diciembre que el presupuesto de guerra de los Estados Unidos “forma una gran concentración de socialismo en lo que en otros tiempos fue nuestra economía de libre empresa”; de manera que él hizo su denuncia para defender la “libre empresa”, sin darse cuenta de que el pentagonismo ha sido el producto natural de la libertad de ganar dinero en una sociedad de masas dominada por la industria sobredesarrollada. Todo indica que no ha habido contagio entre lo que se dice en este libro y lo que dijo el senador Fulbright sobre el mismo tema, aunque el libro se publicara, como se publicó, antes del discurso del presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos. Por eso mismo resulta evidente que la tesis de *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, ha venido a ser confirmada por el senador Fulbright sin que éste se lo propusiera, sin que tuviera la menor idea de que esa tesis había sido expuesta y sin que su posición ideológica fuera la misma que dio origen al libro. De ahí, pues, que sea de interés reproducir varios párrafos del discurso del senador Fulbright en este prefacio a la edición española. Como verá el lector, en algunas ocasiones el senador por Arkansas llega a decir lo que se había dicho en este libro casi con las mismas palabras; por lo menos, con los mismos conceptos y con parecida intención.

En ese discurso, que traducimos de una copia mimeografiada de las que la oficina del senador Fulbright envía a la prensa de su país, porque no tenemos a la vista la impresión

autorizada por el Senado, ni fue publicado con amplitud —sino más bien con alarmante parvedad— en los diarios norteamericanos, Fulbright comenzó diciendo: “Hoy destacaré algunos de los efectos destructores de la guerra en nuestra vida nacional, la creciente militarización de la economía y de las universidades [...]. Más y más nuestra economía, nuestro gobierno y nuestras universidades están adaptándose a sí mismas a las exigencias de una guerra continua, guerra total, guerra ilimitada y guerra fría [...*porque*] estamos convirtiéndonos en una sociedad militarizada”*. Como podrá apreciar el lector, eso mismo se había dicho en este libro, sobre todo en el ya mencionado capítulo IV, cuyo título es precisamente “La sociedad pentagonizada”, equivalente de esa sociedad militarizada a que se refiere el senador Fulbright.

El párrafo primero del capítulo III de este libro (“Expansión del pentagonismo”), comienza así: “El pentagonismo no apareció en los Estados Unidos armado de un método para actuar. Como todo poder que es resultado de circunstancias no planeadas, el pentagonismo comenzó su vida igual que los niños, con apetitos y movimientos inconscientes...”. El capítulo II (“El nacimiento del pentagonismo”) termina así: “Pero la hora de crear esos ejércitos permanentes llegó, y los Estados Unidos se encontraron, casi sin darse cuenta, con que ya tenían instalado en el centro mismo de su vida el mayor establecimiento militar conocido en la historia del mundo. Al quedar montada esa poderosa maquinaria de guerra, el campo quedó listo para la aparición del pentagonismo, que iba a ser el sustituto del imperialismo”. Fulbright dice que no cree que “el complejo militar-industrial es el producto de una conspiración”, lo que equivale a decir que no es el producto de un plan, si no

* El texto del discurso de J. W. Fulbright utilizado por Bosch en este prefacio no corresponde exactamente a la traducción del mismo publicada en el “Apéndice al prefacio” de esta edición (N. del E.).

que es el inevitable resultado de un poderoso establecimiento militar permanente”. Todo el capítulo I del libro (“Qué es el pentagonismo”) está destinado a probar que el pentagonismo se alimenta de los beneficios que se derivan de la producción de guerra, y el senador Fulbright termina el párrafo que hemos copiado arriba diciendo que las necesidades de ese “poderoso establecimiento militar permanente” “han dado nacimiento a una vasta industria privada ligada a las fuerzas armadas por el lazo natural de intereses comunes”. Inmediatamente después agrega: “Como los más grandes productores de artículos y servicios en los Estados Unidos, las industrias y negocios que sirven pedidos [*de productos*] militares colocarán en el próximo año fiscal sobre 45 billones [*miles de millones*] de dólares en cinco mil ciudades y villas donde más de ocho millones de americanos, contando [*entre ellos*] a miembros de las fuerzas armadas, incluyendo 10 por 100 de la fuerza de trabajo [*del país*], ganarán sus vidas con dinero gastado por [*la Secretaría de*] la defensa”. En ese párrafo, el senador por Arkansas da cifras que completan y confirman lo que está dicho a lo largo del capítulo IV de este libro. En unas frases que se corresponden con las que pueden leerse en el capítulo V (“Política y pentagonismo”), dice que “para los trabajadores esto significa preservar u obtener la instalación de alguna fábrica local y [*a su vez*] obtener nuevos pedidos militares; para los políticos implica preservar la buena voluntad de sus votantes, debido a que les ayuda a obtener lo que ellos quieren”. En el capítulo de “El pentagonismo, sustituto del imperialismo”, que acabamos de mencionar, se dice que “cada político profesional de los Estados Unidos, desde el Presidente de la República hasta el último alcalde, tiene siempre necesidad de atender, en lo que se llama su ‘base política’ —el lugar donde debe ganar las elecciones primarias—, peticiones de los

votantes, y las peticiones más frecuentes son las de nuevas fuentes de trabajo, o, lo que es lo mismo, nuevas industrias. Una industria nueva supone nuevos establecimientos comerciales, nuevas sucursales de bancos, nuevos hospitales, nuevas escuelas, en suma, nuevos votantes. El pentagonismo está en capacidad de proporcionar todo eso a través de sus contratos...”.

Para Fulbright, lo que él llama “complejo militar-industrial” se “ha convertido en una fuerza política mayoritaria”, porque “generales, industriales, comerciantes, trabajadores y políticos” se le han unido, y es “una poderosa fuerza nueva para la perpetuación de acciones militares extranjeras, para la introducción y la ampliación de costosos sistemas de armamentos y, como resultado, para la militarización de grandes porciones de nuestra sociedad”. En el capítulo V (“Política y pentagonismo”) de este libro, el lector hallará esta frase: “El pentagonismo sí tiene un plan: mantenerse constantemente en guerra en algún lugar del mundo a fin de sostener el actual poderío militar y ampliarlo en la medida que sea posible; en suma, asegurarse el mercado militar a través de la guerra permanente”. En el capítulo II (“El nacimiento del pentagonismo”) se dice: “Pero el pentagonismo no está formado sólo por militares. El pentagonismo es un núcleo de poder que tiene por espina dorsal la organización militar, pero que no es exclusivamente eso. En el pentagonismo figuran financieros, industriales, comerciantes, escritores, periodistas, agentes de propaganda, políticos, religiosos...”, y en otros sitios se explica cómo y por qué forman parte del pentagonismo generales, trabajadores, científicos, profesores, centros de estudios.

En ese mismo capítulo II, el lector hallará esta frase: “...en ninguna parte [*salvo en los Estados Unidos*], si nos atenemos al estado de Derecho moderno, hubo jamás un poder militar instalado en el centro mismo de la vida de un país que había vivido ciento setenta y cinco años sin ejército y que no había

creado, por eso mismo, defensas legales ni de hábito social contra la existencia de un poder militar tan grande”. Para Fulbright, en los Estados Unidos “la mayoría de los grupos de intereses están equilibrados [*counterbalanced*] por otros grupos de intereses, pero como el complejo de defensa [*militar-industrial*] es mucho mayor que ningún otro, no hay contrapeso efectivo para él...”. ¿No es ésa una manera de decir lo mismo con palabras diferentes?

En su discurso, el senador Fulbright ofrece datos y dice cosas que no están dichos en *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, pero son una ampliación de los argumentos usados en el libro. Por ejemplo, el presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado cree que “las universidades [*norteamericanas*] debieron haber formado un efectivo contrapeso al complejo militar-industrial reforzando su dedicación a los valores tradicionales de nuestra democracia, pero muchas de nuestras más importantes universidades, en vez de hacer eso, se han unido al monolito, añadiéndole en gran medida poder e influencia”; y esto se explica, dice Fulbright, porque “no menos que a los comerciantes, los trabajadores y los políticos, a los profesores les gusta [*tener*] dinero e influencia”, y “habiendo carecido tradicionalmente de ambas cosas, han dado la bienvenida a los contratos y las consultas que les ha ofrecido la jefatura militar”. Pero el senador Fulbright llega mucho más allá, pues además de llamar “corruptores” a los contratos gubernamentales celebrados con universidades para poner a los científicos al servicio del poderío militar, dice que “está sobreentendido que los contratos lucrativos se dan como premios, no a aquellos que ponen en duda las decisiones [*militaristas*] del Gobierno, sino a aquellos que le proporcionan al Gobierno los instrumentos y la técnica que él desea”, y así —copiando una frase de la Comisión sobre Educación Internacional—, Fulbright acepta que “la

honestidad académica [*en los Estados Unidos*] es un producto de mercado similar a una caja de detergente”.

En lo que se refiere al capítulo II de este libro (“Expansión del pentagonismo”), el lector hallará en el párrafo noveno unas frases que tratan sobre la exportación de equipos militares norteamericanos destinados a ejércitos extranjeros. A mediados de 1966, el senador Eugene J. McCarthy publicó en la revista *Saturday Review* un artículo acerca de ese tema. Pues bien, ilustrando ese artículo apareció un cuadro en el que figuran los nombres de algunas de las empresas industriales norteamericanas que vendieron equipos militares al extranjero entre los años 1962 y 1965, y se dan ahí las cifras de esas ventas. Vamos a reproducir unos cuantos de esos datos:

La General Dynamics vendió aviones y cohetes por valor de más de 1.000 millones de dólares; la Lockheed Corporation, por más de 959 millones (le faltaron 100.000 dólares para llegar a los 960 millones); esas dos compañías, unidas en ventas conjuntas ocasionales, no contabilizadas en las cifras anteriores, vendieron más de 427 millones; la McDonnell Aircraft, más de 700 millones; la Bath Iron Works y la Defoe Shipbuilding, en ventas conjuntas, más de 277 millones; la Martín Marietta, más de 253 millones; la Raytheon Corporation, más de 231 millones; la Sperry Rand, más de 149 millones. Hasta aquí las ventas mayores, casi todas de cohetes y aviones. En otros equipos militares, como cañones, equipos rodantes, tanques, la Ford Motor Company vendió más de 166 millones, y la Chrysler más de 154 millones. No queremos alargar esta lista con los nombres de las firmas que vendieron menos de 100 millones, que fueron varias.

El senador McCarthy confiere en su artículo* un papel político, dentro del campo militar, a esa venta de armas.

* *Cfr.*, McCARTY, Eugene J., “The U. S.: Supplier of Weapons to the World”, in *Saturday Review*, July 9, 1966, pp.13-15.

Vamos a copiar las palabras del senador demócrata por Minnesota, porque parece difícil explicar lo que él dice de manera más breve y clara. Según McCarthy, al proporcionar armas “se abre el camino de la influencia en los militares y también en la política de los países que las reciben. La experiencia ha demostrado que cuando se hace una entrega de armas, el instrumento militar es sólo el primer paso. Casi invariablemente, se necesita [*enviar*] una misión militar de entrenamiento, y el país que recibe [*las armas*] deviene dependiente del que las sule para los repuestos y para otros equipos militares”.

Eso que el senador Fulbright llama “complejo militar-industrial” es el núcleo del pentagonismo; la exportación de armas y equipos militares a que se refiere el senador McCarthy es una operación que correspondería a los procedimientos típicos del ya superado imperialismo, pues también en la práctica imperialista había que comprar los repuestos de una maquinaria al país que había vendido esa maquinaria. Pero ya en la venta de armas entra a jugar el factor político pentagonista, pues el pentagonismo usa las misiones militares de adiestramiento, que son indispensables para enseñar el uso de los equipos nuevos, con un fin de penetración política en el terreno militar, sobre todo en los países económicamente dependientes de los Estados Unidos. En cuanto a los países más desarrollados, cuyos ejércitos no pueden ser sujetos al carro pentagonista, se persigue llevarlos al campo de la influencia pentagonista.

Al decir influencia no queremos decir colonizar, como apreciará el lector al leer el libro. La colonia del pentagonismo es el pueblo de su metrópoli. En cierto orden de cosas, todos los países capitalistas contribuyen económicamente al sostenimiento del pentagonismo, aunque en forma indirecta; pero no todos están pentagonizados. Esto se explica porque donde hay inversiones de capital norteamericano, los inversionistas cosechan beneficios que deben pagar —y pagan— impuestos

al Gobierno de los Estados Unidos, y más de la mitad de todo lo que recauda el Gobierno de los Estados Unidos se destina al campo militar. Lo mismo se dice de las sumas pagadas a empresas norteamericanas por derecho de patentes. De manera que un francés o un italiano que está comprando productos de industrias establecidas en Francia o en Italia con capital norteamericano, o los que compran artículos producidos con patentes norteamericanas, son contribuyentes del pentagonismo; están sosteniendo ese poder oculto, pero real y monstruoso.

Así, pues, por vías indirectas, aquellos países más desarrollados en el mundo capitalista —más concretamente, los de Europa— contribuyen en mayor medida que los menos desarrollados al mantenimiento y a la expansión del pentagonismo. Pero no están pentagonizados, porque sus ciudadanos no tienen que ir a las guerras desatadas por el pentagonismo, porque su política exterior no está bajo el control directo del pentagonismo porque, en última instancia, su vida nacional no está girando —todavía— alrededor de los beneficios que deja la industria de la guerra. Esto no significa, sin embargo, que se hallen exentos de caer en un porvenir más cercano o más lejano en el vórtice del pentagonismo. El peligro está ahí y aumenta a medida que el mundo capitalista progresa hacia una virtual dependencia económica del capital sobredesarrollado de los Estados Unidos.

En este sentido, la responsabilidad de los estadistas de los países más desarrollados en la porción capitalista de la Tierra es en verdad abrumadora, pues caer en ese vórtice es una manera de ayudar a precipitar una guerra catastrófica para todo el género humano; y no puede haber duda de que las pequeñas guerras controladas que el pentagonismo necesita para mantenerse vivo acabarán conduciendo inexorablemente hacia una guerra planetaria.

Benidorm,
28 de enero de 1968.

I QUÉ ES EL PENTAGONISMO

Si en una gran parte del mundo se sigue diciendo que hay países imperialistas y países colonizados es porque no nos hemos dado cuenta todavía de que el lugar del imperialismo ha sido ocupado por el pentagonismo.

En los días de su vigencia, que se prolongó hasta el final de la guerra de 1939-1945, la sustancia del imperialismo se explicaba como la conquista de colonias para aplicar en ellas los capitales sobrantes del país conquistador con el fin de sacar de las colonias materias primas con que mantener funcionando las instalaciones industriales de la metrópoli; al mismo tiempo las colonias se convertían en mercados compradores de las industrias metropolitanas, con lo que se establecía una cadena sinfín que ataba la vida económica de las colonias, mediante la sumisión política, al centro metropolitano.

De acuerdo con esa somera descripción del fenómeno llamado imperialismo, una colonia era a la vez una zona de aplicación de bienes de capital y una zona de acumulación de beneficios porque su mano de obra era barata, sus materias primas se pagaban a precios bajos, el sistema bancario de la metrópoli prestaba poco dinero, a corto plazo y a interés alto, los transportes de y hacia la metrópoli estaban bajo control y tenían tarifas elevadas para lo que compraban los colonos, y en cambio los productos manufacturados de la metrópoli llegaban a la colonia a precios altos. Esa situación de control

económico se reducía, en fin de cuentas, a un propósito: que el trabajador colonial recibiera, pongamos, 10 unidades monetarias por hora de trabajo y tuviera que pagar 50 unidades por la hora de trabajo acumulado en un producto que se fabricaba en la metrópoli con la materia prima que ese mismo trabajador colonial —u otro de una colonia dependiente de la misma metrópoli— había producido a cambio de cinco veces menos dinero.

La conquista de una colonia, y su mantenimiento como territorio dependiente, reclamaba el uso de un poder militar destinado sólo a conquistar y retener el imperio colonial. Esto requería fondos, industrias de armas, escuelas especializadas en la formación de oficiales y de administradores civiles destinados a las colonias, poetas, músicos y pintores, periodistas y oradores que formaran la atmósfera heroica adecuada a las guerras en los territorios destinados a ser colonias. Pero esa atmósfera ha desaparecido, y los niños que están naciendo ahora tendrán que recurrir a libros viejos y a películas de otras épocas para conocer la estampa de los ejércitos coloniales.

El imperialismo es ya una sombra del pasado y, sin embargo, por inercia intelectual seguimos diciendo que todavía hay imperialismo y seguimos acusando a este y a aquel país de imperialistas. Puesto que las dos terceras partes de la Humanidad viven en sociedades capitalistas, y puesto que Lenín vinculó de manera indisoluble al imperialismo con el capitalismo —con su razón, en su caso y en su tiempo— al decir que el imperialismo era la última etapa —o la etapa más avanzada— del capitalismo, hay quienes piensan que el imperialismo subsiste porque aún subsiste el capitalismo. Pero se trata de una ilusión. El imperialismo no existe ya y el capitalismo le ha sobrevivido.

¿Cómo y por qué se explica lo que acabamos de decir?

Porque el imperialismo ha sido sustituido por una fuerza superior. El imperialismo ha sido sustituido por el pentagonismo.

El capitalismo industrial comenzó a desarrollarse en manos de técnicos, no de científicos, y empezó a incorporar a los científicos desde fines del siglo XIX. La ciencia puesta al servicio del capitalismo, iba a abrirle a éste fuentes insospechadas de producción que le proporcionarían recursos infinitos para la acumulación de capitales; fuentes tan numerosas y tan productivas que junto a ellas las riquezas coloniales parecerían juegos de niños. Valiéndose del trabajo de los científicos, el capitalismo industrial iba a evolucionar rápidamente, después de la guerra de 1914-1918, hacia una etapa no prevista de sobredesarrollo, a la cual llegaría con motivo de la Segunda Guerra Mundial. Al entrar en la era atómica el capitalismo sería tan diferente del que había conocido el mundo hasta el 1939 que, en términos de evolución histórica, iba a corresponder al siglo XXI más que al siglo XX.

El capitalismo de hoy es capitalismo sobredesarrollado. Este nuevo tipo de capitalismo no necesita recurrir a territorios dependientes que produzcan materias primas baratas y consuman artículos manufacturados caros. El capitalismo sobredesarrollado ha hallado en sí mismo la capacidad necesaria para elevar al cubo los dos términos del capitalismo que se ponían en juego en la etapa imperialista. Sus formidables instalaciones industriales, operando bajo condiciones creadas por la acumulación científica, pueden producir materias primas antes insospechadas a partir de materias primas básicas y a costos bajísimos; esas nuevas materias primas, de calidad, volumen, consistencia y calibre científicamente asegurados, han permitido ampliar a cifras fabulosas las líneas de producción y con ello han hecho del subproducto la clave del beneficio mínimo indispensable para mantener una industria funcionando, de

manera que los beneficios obtenidos con los productos principales se acumulan para ampliar las instalaciones o establecer otras nuevas, y el resultado final de ese proceso interminable es una productividad altísima, nunca antes prevista en la historia del capitalismo. Gracias a esa alta productividad, el capitalismo sobredesarrollado puede pagar a sus pueblos salarios muy elevados, lo que ha dado origen, dentro de sus propias fronteras, a un poder adquisitivo que crece a ritmo galopante y que a su vez permite capitalizar a un grado que no hubiera sido capaz de sospechar el más apasionado promotor de expediciones militares para conquistar colonias en los mejores días de Victoria, reina y emperatriz.

Ahora bien, ese fenómeno, que debía originar necesariamente nuevos tipos de relaciones de las metrópolis con sus colonias —la descolonización del general De Gaulle o el Commonwealth británico— ha dado origen, en el país del capitalismo más sobredesarrollado, a un fenómeno nuevo. Este es el pentagonismo, que ha venido a ocupar el lugar que hasta hace poco ocupó el imperialismo. El imperialismo ha desaparecido ya del Globo, y con él debe desaparecer la palabra que lo definía. Lo que está operando ahora en la América Latina, en Asia, en África —en todas las áreas poco desarrolladas— no es el viejo imperialismo definido por Lenín como la última etapa —o la más avanzada— del capitalismo. Es el pentagonismo, producto del capitalismo sobredesarrollado.

El pentagonismo retiene casi todas las características del imperialismo, especialmente las más destructoras y dolorosas, pero es una modalidad más avanzada, que se relaciona con el imperialismo en la medida en que el capitalismo sobredesarrollado de hoy se relaciona con el capitalismo industrial del siglo XIX; para decirlo de manera más gráfica, el pentagonismo se parece al imperialismo en la cualidad de sus efectos, no en las dimensiones, así como el cañón que se usó

en la guerra franco-prusiana de 1870 se parece a la bomba atómica lanzada en Hiroshima en que los dos producían la muerte, pero no el mismo número de muertos.

Sin embargo, el pentagonismo se diferencia del imperialismo en lo que éste tenía de más característico, que era la conquista militar de territorios coloniales y su subsecuente explotación económica. El pentagonismo no explota colonias: explota a su propio pueblo. Este es un fenómeno absolutamente nuevo, tan nuevo como el propio capitalismo sobre desarrollado que dio nacimiento al pentagonismo.

Para lograr la explotación de su propio pueblo el pentagonismo realiza la colonización de la metrópoli, pero como para colonizar a la metrópoli hay que hacerlo con el mismo procedimiento militar que se usaba para conquistar una colonia y resulta que la guerra no puede hacerse contra el pueblo propio, los ejércitos metropolitanos son lanzados a hacer la guerra contra otros países. Como eso era lo que se hacía en los tiempos ya idos del imperialismo —lanzar el ejército metropolitano sobre un territorio extranjero—, se sigue pensando que el imperialismo está vigente aún. Pero no es así. Efectivamente, no ha cambiado el uso del poder militar; lo que ha cambiado es su finalidad.

Las fuerzas militares de un país pentagonista no se envían a conquistar dominios coloniales. La guerra tiene otro fin; la guerra se hace para conquistar posiciones de poder en el país pentagonista, no en un territorio lejano. Lo que se busca no es un lugar donde invertir capitales sobrantes con ventajas; lo que se busca es tener acceso a los cuantiosos recursos económicos que se movilizan para la producción industrial de guerra; lo que se busca son beneficios donde se fabrican las armas, no donde se emplean, y esos beneficios se obtienen en la metrópoli pentagonista, no en el país atacado por él. Rinde varias veces más, y en tiempo mucho más breve, un contrato de

aviones que la conquista del más rico territorio minero, y el contrato se obtiene y se cobra en el lugar donde está el centro del poder pentagonista. Los ejércitos operan lejos del país pentagonista, pero los aviones se fabrican en él, y es ahí donde se ganan las sumas fabulosas que produce el contrato. Esas sumas salen del pueblo pentagonista, que es al mismo tiempo la metrópoli y por tanto el asiento del poder pentagonista.

El pueblo pentagonista es explotado como colonia, puesto que es él quien paga a través de los impuestos los aviones de bombardeo que enriquecen a sus fabricantes; de donde resulta que la metrópoli pentagonista convierte a su propio pueblo en su mejor colonia; es a la vez metrópoli y colonia, en una simbiosis imprevista que requiere de un nuevo vocablo para ser definida. No es ya el imperio clásico porque no necesita territorios coloniales para acumular beneficios. No hay ya una metrópoli que explota y una colonia explotada; hay otra cosa: hay el impentagonal o la metropocolonia.

Lo que gastan los Estados Unidos en un mes de guerra en el Viet Nam no podrían recuperarlo en cinco años si se dedicaran a sacar de la vieja Indochina materias primas baratas y al mismo tiempo le vendieran productos manufacturados caros; y lo que gastan allí en un año de operaciones militares no podrían sacarlo en medio siglo ni aun en el caso de que los dos Viet Nam —el del Norte y el del Sur— estuvieran cubiertos por una lámina de oro de un centímetro de espesor. Si las minas de brillantes del Transvaal estuvieran situadas en Viet Nam no producirían en cincuenta años de explotación intensiva lo que los Estados Unidos gastaron en 1967 combatiendo en Viet Nam.

Pero de lo que los Estados Unidos gastan en un año en el territorio norteamericano para fabricar armas, buques, aviones de guerra, ropa, zapatos, medicinas y cerveza para las fuerzas que operan en Viet Nam, los pentagonistas sacan lo necesario

para mantener funcionando sus fabulosas instalaciones industriales y para pagar los salarios más altos del mundo, lo que a su vez se transforma, mediante el aumento del poder adquisitivo de los que cobran esos salarios, en una ultrarrápida formación de capitales por la vía de los beneficios. La escalada de la guerra de Viet Nam comenzó en mayo de 1965; pues bien: en el año 1966 los Estados Unidos tenían 164 millonarios más que en 1965, según información de la Dirección General de Impuestos sobre los Beneficios.

Esos capitales tan velozmente acumulados no son empleados en Viet Nam, ni en todo ni en parte, con propósitos reproductivos, como lo hubieran sido en el caso de que la guerra fuera una típica operación imperialista, de conquista del territorio indochino para someterlo a explotaciones económicas. Esos capitales son empleados en los Estados Unidos para producir más elementos de guerra y más artículos de consumo que permitan recuperar por esta última vía una parte de los altos salarios que están recibiendo obreros y empleados.

Aunque se han escrito varios estudios para probar que los gastos militares de los Estados Unidos tienen poca influencia en la economía general del país, se ha ocultado el papel que esos gastos tienen en la formación y en el mantenimiento del pentagonismo como fuerza dominante en la vida norteamericana. A partir del año 1951 el presupuesto militar de los Estados Unidos pasó a ser más alto que el presupuesto del gobierno civil (federal), lo que en términos políticos significa que el poder militar comenzó a ser mayor que el poder civil puesto que disponía de más medios que éste, y en consecuencia el poder civil comenzó a depender más y más, para su estabilidad, de los gastos pentagonistas.

La palabra “estabilidad” no tiene en los Estados Unidos el mismo significado, aplicada al gobierno, que en otros países. Allí un gobierno tiene mayor estabilidad cuando la opinión

pública lo respalda mayoritariamente. Y resulta que los gastos del Pentágono han pasado a ser fundamentales para obtener ese respaldo. El presidente Johnson lo reconoció así en su informe de principios de año —enero 1967— al Congreso de la Unión cuando dijo que “el aumento en los gastos de defensa contribuyó [*a crear*] un cambio significativo en el clima de la opinión [*pública*]. *El escalamiento de* [la guerra de] *Viet Nam* aseguró virtualmente a los hombres de negocios americanos que en el futuro cercano no habría cambios *económicos* hacia atrás”¹.

Cuando el presidente Johnson afirmó que los gastos militares habían producido “un cambio significativo en el clima de la opinión” (pública), se refería, desde luego, a un cambio favorable al gobierno, no a un cambio adverso; luego, la estabilidad del gobierno se afirmó gracias a los gastos militares que fueron hechos con motivo del escalamiento de la guerra en Viet Nam.

Aunque vamos a seguir copiando las declaraciones del presidente Johnson, por el momento queremos llamar la atención hacia la frase clave que se refiere a los hombres de negocios americanos, pues volveremos sobre ella al estudiar las consecuencias del pentagonismo en la vida política de los Estados Unidos.

La cita del presidente Johnson, que hemos tomado de un documento oficial norteamericano, desmiente a los estudiosos de encargo que han querido demostrar, manejando estadísticas con habilidad de prestidigitadores, que los gastos

¹ Esta cita y las que le siguen han sido tomadas de *Economic Report of the President Transmitted to the Congress*, January 1967. United States Government Printing Office. Washington: 1967. Las palabras del Sr. Johnson fueron las siguientes: “Furthermore, the expansion of defense spending contributed to a significant change in the climate of opinion. The Viet Nam build up virtually assured American businessmen that no economic reverse would occur in the near future” (p.46).

militares han influido poco en el aumento de la producción —y de la productividad— en los Estados Unidos. Unas pocas líneas después de lo que hemos copiado, el presidente Johnson dijo: “El aumento en los gastos de defensa infló lo que era ya [*del segundo trimestre de 1965 al primer trimestre de 1966*] una fuerte marea alta de gastos en inversiones de negocios”². Inmediatamente dio las siguientes cifras:

“Desde el segundo trimestre de 1965 al primer trimestre de 1966, los gastos de los negocios en nuevas estructuras y en equipos subieron a 9 billones [*de dólares*]³. La liberalización de los gastos para la defensa y para la seguridad social aumentaron velozmente el crecimiento de entradas disponibles. Los gastos de los consumidores respondieron fuertemente, aumentando en 29 billones sobre este intervalo de tres cuartos de año. En total, el PNB [*producto nacional bruto*] avanzó a un promedio de 16 billones por trimestre. La producción real subió a un promedio anual fenomenal de 7,2 por ciento, y la producción industrial subió a un promedio anual del 9,7 por ciento”⁴.

Aunque estas afirmaciones del Presidente de los Estados Unidos son importantes, porque desmienten de manera categórica cuanto se ha dicho con el propósito de desvirtuar la

² Fuente mencionada. Copiamos en inglés: “The increase in defense spending swelled an already strongly rising tide of business investment” (pp.46-47). La mención del tiempo correspondiente figura en el párrafo siguiente.

³ Un billón equivale en Estados Unidos a 1.000 millones; así, pues, 9 billones de dólares son 9.000 millones de dólares.

⁴ Fuente mencionada. Copiamos en inglés: “From the second quarter of 1965 to the first quarter of 1966, business spending for new structures and equipment rose by 9 billions. Defense investment, and social security liberalization, in combination, speeded the growth of disponible income. Consumer spending responded strongly, growing by 29 billions over this three-quarter interval. All in all, GNP advanced at an average of 16 billions a quarter. Real output grew at a phenomenal rate of 7.2 per cent, and industrial production rose at an annual rate of 9.7 per cent” (pp.46-47).

importancia de los gastos de guerra en el crecimiento de la economía norteamericana, su valor político está en la frase a que nos hemos referido, aquella de que el “escalamiento de [*la guerra de*] Viet Nam aseguró virtualmente a los hombres de negocios americanos que en el futuro cercano no habría cambios económicos hacia atrás”. Esos “hombres de negocios americanos” son los que manejan la economía pentagonal, los que se reparten los beneficios que dejan los contratos militares; esos son los industriales, los banqueros, los transportadores, los comerciantes y los promotores que junto con los generales y los políticos pentagonistas manejan la política internacional de los Estados Unidos.

Es cierto que el desaparecido imperialismo daba beneficios a los fabricantes de armas. Pero esos beneficios eran en cierta medida marginales; algo así como comisiones avanzadas sobre una operación mercantil de largo alcance. Los beneficios que buscaban los capitalistas —y los gobiernos de los países imperialistas— no eran los inmediatos que proporcionaba la venta de equipos militares. Los beneficios que se perseguían mediante la conquista de un territorio colonial eran los de inversiones a largo plazo. Los gastos de la conquista —incluyendo en ellos, desde luego, los equipos y la movilización militar— presentaban gastos de promoción para establecer empresas que debían empezar a rendir beneficios después que la conquista se consolidaba y se organizaba la explotación. Hay que tomar en cuenta que todos los gastos, incluyendo en ellos el valor de los equipos, producidos por un ejército colonial que se enviaba en el siglo XIX al corazón de África o a un país asiático no podían acercarse siquiera a la enorme cifra que supone el costo de producción —sólo de producción— de un escuadrón de bombarderos B-52. Por otra parte, una vez que se hacía el gasto de la conquista comenzaban las inversiones en bienes de capital para organizar la explotación de equipos como

ferrocarriles, plantas mineras, puertos. Víctor Raúl Haya de la Torre vio claro este fenómeno cuando al comentar la tesis de Lenín sobre el imperialismo dijo que el líder ruso tenía razón en cuanto a los países capitalistas, pero que en los países coloniales el imperialismo significaba la primera etapa del capitalismo, no la última, puesto que llevaba a esos territorios las inversiones de bienes de capital y las técnicas capitalistas de explotación, que antes no se conocían.

El pentagonismo no opera con criterio de inversiones de capital en un territorio colonial. El pentagonismo opera con métodos militares iguales o parecidos a los que usaba el imperialismo, pero su finalidad es distinta. Para el pentagonismo el territorio que va a ser o está siendo atacado es sólo un lugar destinado a recibir material gastable, tanto mecánico como humano. En ese sitio van a consumirse las costosas máquinas de guerra, las balas, las bombas, las medicinas, las ropas, el cemento, los equipos de construcción de cuarteles y caminos y puentes, la bebida y la comida de los soldados, y también los propios soldados o por lo menos muchos de ellos. El país atacado es el depósito final de los bienes producidos y ya vendidos y cobrados en la metrópoli.

Desde cierto punto de vista, para los que acumulan beneficios con la producción de esos bienes daría lo mismo tirarlos al mar que usarlos en operaciones de guerra. Pero en ese caso quedaría rota la cadena sin fin de producción, altos beneficios, altos salarios, mayores ventas, acumulación ultrarrápida de capitales y ampliación de la producción para volver a empezar, puesto que no podría justificarse la producción de equipos tan costosos y de tan corta duración si no estuvieran destinados a la guerra. Por otra parte, sólo un estado de guerra —que el pueblo pentagonista acepta como situación de emergencia— autoriza gastos fabulosos y la celebración de contratos a gran velocidad y con firmas que

dispongan del prestigio, de los créditos y de los medios para producir equipos inmediatamente.

Hay que tomar en cuenta que para cumplir un contrato de producción de bombarderos B-52 —para seguir con el ejemplo— se necesita descontar en uno o en varios bancos cientos de millones de dólares, y eso sólo pueden hacerlo fácilmente los industriales que son, directa o indirectamente, directores de esos bancos, esto es, los grandes contratos tienen que ir a firmas establecidas que disponen de antemano de poder financiero e industrial.

En términos de negocios, el pentagonismo es la más fabulosa invención hecha por el hombre y tenía necesariamente que producirse en el país capitalista por excelencia, en el del capitalismo sobredesarrollado, puesto que era allí donde la capacidad para acumular beneficios se había colocado en lo más alto la escala de los valores sociales.

El pentagonismo tiene varias ventajas sobre el decrepito y ya inútil imperialismo. De esas ventajas podemos mencionar dos: una de tipo económico y una de tipo moral. La primera consiste en que proporciona la manera más rápida y más segura de capitalización que podía concebirse en el mundo de los negocios, puesto que la totalidad de los beneficios —o por lo menos la casi totalidad— llega a manos de negociantes de la guerra antes aun de que los equipos militares hayan sido puestos en uso. En este aspecto, tal vez sólo el trabajo en los placeres de oro de California proporcionó ganancias tan rápidas y tan netas, aunque desde luego relativamente limitadas. La segunda ventaja —la de aspecto moral— consiste que deja a salvo el prestigio del país pentagonista, que es el atacante, porque puede decir al mundo —y a su propio pueblo, que da el dinero para los equipos y para los beneficios de los negociantes y al mismo tiempo proporciona los soldados que van a manejar esos equipos y a morir mientras los usan—

que no está haciendo la guerra para conquistar territorios coloniales, es decir, que no está actuando con propósitos imperialistas.

Esto último es verdad, pero al mismo tiempo oculta la verdad más importante; la de que un pequeño grupo de banqueros, industriales, comerciantes, generales y políticos está haciendo la guerra para obtener beneficios rápidos y cuantiosos, que se traducen en acumulaciones de capital y por tanto en las inversiones nuevas con las cuales vuelven a aumentar sus beneficios.

La parte de verdad que sirve para ocultar la verdad fundamental es a su vez un instrumento de propaganda para proseguir la carrera del pentagonismo. Los jóvenes incorporados al ejército se convencen fácilmente de que su país no es imperialista, de que no está guerreando para conquistar un territorio colonial. Es más, se les hace creer que están yendo a la muerte para beneficiar al país atacado, para salvarlo de un mal. Y esto es muy importante porque para llevar a los hombres a morir y a matar, hay que ofrecerles siempre una bandera moral que endurezca sus conciencias y los justifique ante sí mismos.

II

EL NACIMIENTO DEL PENTAGONISMO

El imperialismo tuvo una larga etapa de agonía, pero su hora final podía apreciarse con cierta claridad ya a fines de la guerra mundial de 1939-1945. Después de esa gran hecatombe el imperialismo podía tardar en morir cinco años, diez años, quince años, mas era evidente a los ojos de cualquier observador que estaba condenado a muerte en un plazo más corto que largo. Entre los móviles de la guerra ocupó un lugar importante el reclamo alemán de “espacio vital”, esto es, territorio colonial para el Tercer Reich; de manera que al final de una guerra que se había hecho para destruir ese Tercer Reich, hubiera sido injustificable hablar de repartos de áreas coloniales.

Pero esa no fue la causa profunda de que los países vencedores en la guerra no se repartieran las colonias de los vencidos —Italia y Japón—. La causa más inmediata e importante fue de tipo práctico, no moral. Los ataques japoneses a los imperios coloniales europeos en el Pacífico —especialmente en Indonesia e Indochina— barrieron las fuerzas militares de las metrópolis en esa zona y dieron paso a grandes movimientos nacionalistas que en su oportunidad liquidaron la era colonial en el Asia; al mismo tiempo apareció, también al favor de la ocupación japonesa de China, la China comunista, que era medularmente un gran poder anticolonialista. La ola nacionalista se extendió mucho más allá del Pacífico; alcanzó a

África, produjo la guerra argelina y determinó el surgimiento de nuevos países en el continente africano.

La estrategia de los países imperialistas consistió en retirar las fuerzas militares y afirmar el predominio económico, que era más difícil de combatir debido a que ya estaba en uso el sistema de controlar los mercados de producción y de venta a través de la concentración internacional del gran capitalismo. En realidad, el plan de colocar bancos y ligazones comerciales e industriales en el lugar que habían ocupado los ejércitos se había iniciado antes de la Segunda Guerra Mundial; este nuevo sistema había convivido con el antiguo —el típicamente imperialista— desde principios de la década del treinta hasta finales de la década del cincuenta. En esos años se había dado cumplimiento al principio que había establecido en el siglo XVIII el economista español don José Campillo de Cosío cuando dijo que el país que dominara la vida económica de otro país no necesitaría tener sobre él control militar. Ese principio fue puesto en ejecución por los Estados Unidos al comenzar la tercera década de este siglo, cuando el presidente Franklyn Delano Roosevelt estableció la llamada Política del Buen Vecino como un sustituto del imperialismo crudo en las relaciones de su país con la América Latina.

En un proceso histórico normal, el imperialismo que entraba en su etapa de muerte después de la Segunda Guerra Mundial debió ser reemplazado por esa Política del Buen Vecino llevada a escala planetaria, puesto que si lo que buscaba el imperialismo era lugares de inversión para sus capitales sobrantes y para colocar el sobrante de su producción industrial, podía obtenerlo —con ciertas, pero muy mínimas limitaciones— haciendo uso de su poder económico solamente, visto que el reparto de los territorios coloniales se había hecho antes de 1930. Pero sucedió que no hubo un proceso histórico normal porque bajo tensiones de la gran guerra —la de 1939-1945— el

sistema capitalista se aseguró la colaboración de científicos, los puso a su servicio y pasó a convertirse en capitalismo sobredesarrollado. Ese salto gigantesco significó transformaciones también gigantescas tanto en el orden cuantitativo como en el cualitativo, y si bien los Estados Unidos estaban preparados para absorber las novedades de tipo cuantitativo, no lo estaban para absorber las de orden cualitativo. En esa coyuntura histórica la Unión Soviética, bajo el liderato de Stalin, produjo la llamada Guerra Fría, y para responder a ese movimiento político de alcances mundiales los Estados Unidos se dedicaron a montar una organización militar permanente; y resultaba que ese nuevo factor de poder aparecía en la sociedad norteamericana sin que ésta estuviera preparada para asimilarlo. En la base institucional de los Estados Unidos no había lugar para un ejército permanente.

Los Estados Unidos se habían organizado en el siglo XVIII como una sociedad eminentemente individualista; su constitución política, sus hábitos y sus tradiciones eran los de un país individualista. Sin embargo, a partir de la gran crisis económico-social de 1929 los Estados Unidos comenzaron a transformarse en una sociedad de masas —lo que era, desde luego consecuencia de la mayor extensión de la actividad industrial—, y al terminar la guerra de 1939-1945 eran ya una sociedad de masas en todos los aspectos.

Esa sociedad de masas siguió organizada jurídica e institucionalmente como sociedad individualista, y como es lógico, en el fondo de la vida norteamericana se planteó, y sigue planteado, un conflicto de vida o muerte entre lo que es —una sociedad de masas— y lo que se cree que es —una sociedad de individuos libres—.

En un conflicto entre la apariencia jurídica o institucional y la verdad social, acabará imponiéndose la última. Ésta se halla viva y aquélla muerta; ésta produce hechos reales,

pensamientos y sentimientos que se imponen con una fuerza arrolladora; en ocasiones simula que es obediente a la apariencia jurídica institucional, pero en definitiva actuará en términos de su propia naturaleza porque esa naturaleza es la expresión íntima y real de la verdad social.

La verdad social norteamericana ahora es que el pueblo está encuadrado, sin su consentimiento y sin su conocimiento, en una sociedad de masas; su idea es que él es parte de una sociedad individualista. La solución de ese conflicto entre lo que el país es y lo que cree que es, se presenta en términos de actuación masiva dirigida por una voluntad externa a su conciencia. Esa voluntad externa a su conciencia se halla instalada en poderes que no figuran en la constitución política de los Estados Unidos ni en ninguna de las leyes del país que podrían considerarse de categoría constitucional.

La sociedad de masas ha producido, pues, órganos de poder que no tienen un puesto ni en las instituciones tradicionales del país ni en los hábitos del pueblo. Uno de esos poderes es el militar; otro, aunque no viene al caso mencionarlo en este trabajo, es la CIA.

El poder militar norteamericano está concentrado en el Pentágono en términos de mando de todas las fuerzas armadas. Ese mando tiene autoridad de vida y muerte sobre los ciudadanos, puesto que todos los ciudadanos de los Estados Unidos deben teóricamente servir en algún momento bajo la autoridad militar; ese mando tiene también un poderío económico superior al del gobierno federal y dispone de él sin cortapisas. Nos hallamos, pues, ante un poder real, no ante una entelequia; ante un poder que se ejerce sobre los ciudadanos de su propio país y sobre sus bienes, sobre su tiempo y sobre sus vidas; sin embargo, nadie sabe cuál es la base jurídica de ese poder tan enorme.

Un elector norteamericano puede elegir al Presidente y al Vicepresidente de la República, a los senadores y diputados al Congreso federal y a los diputados de las legislaturas de los Estados, a los gobernadores de los Estados, a los alcaldes y a los miembros de los concejos municipales. Se le reconoce el derecho a elegir sus autoridades porque él las paga y paga los gastos de la nación y además porque lo que hagan esas autoridades le afectará en una medida o en otra. Sin embargo, él paga los gastos militares, a él le afectan las decisiones de las autoridades militares en una medida más importante que las que toman las autoridades civiles, pero no pueden elegir ni a los generales ni a los coroneles que disponen de sus bienes y de su vida. Tampoco puede el ciudadano elegir a los jefes de la CIA, cuyos actos provocan en algunas ocasiones decisiones políticas en que van envueltos los intereses fundamentales de la nación y la vida de sus hijos. Lo que acabamos de decir indica que en la sociedad norteamericana hay actualmente grandes poderes que no responden a las bases de la organización jurídica nacional. Esta organización descansa en la elección de las autoridades por parte del Pueblo, y el Pueblo se encuentra ahora con que hay autoridades con poderes excepcionales que no son elegidas por él.

Se dirá que en ninguna parte del mundo los militares son elegidos por el Pueblo. De acuerdo. Pero es que en ninguna parte, si nos atenemos al estado de Derecho moderno, hubo jamás un poder militar instalado en el centro mismo de la vida de un país que había vivido 175 años sin ejército y que no había creado, por eso mismo, defensas legales ni de hábito social contra la existencia de un poder militar tan grande. De buenas a primeras, en medio de un pueblo eminentemente civil en su organización, surgió un poder militar que en menos de quince años pasó a ser más fuerte que el poder civil. Por eso dijimos que los Estados Unidos no estaban preparados para los

cambios cualitativos que produjeron, operando cada uno desde una dirección propia, la conversión del pueblo en sociedad de masas, la guerra de 1939-1945 y su efecto sobre el paso del capitalismo industrial a capitalismo sobredesarrollado, y la Guerra Fría que tan hábilmente condujo Josef Stalin.

La generalidad de las gentes piensan con los criterios adquiridos desde tiempo atrás y esos criterios del pasado se proyectan sobre los hechos nuevos con tanta intensidad que no permiten verlos claramente. La inmensa mayoría de las gentes sigue creyendo que el poder civil norteamericano es lo que era ayer, la fuerza superior en el país. Sin embargo no es cierto. El poder se mide por los medios de que se dispone y que se usa, y en un país eminentemente capitalista como son los Estados Unidos, el poder se mide sobre todo en términos de dinero. El Pentágono dispone de más dinero que el gobierno federal norteamericano, ese solo hecho indica que el Pentágono es real y efectivamente más poderoso que el gobierno federal.

En el año 1925 el presupuesto general de los Estados Unidos era de 3.063 millones de dólares; 600 millones estaban destinados a las fuerzas armadas. En el 1950 el presupuesto general era de 39.606 millones y el militar de 13.176; esto es, mientras el presupuesto nacional había aumentado un poco menos de 13 veces, el militar había aumentado casi 22 veces y era inferior en menos de 100 millones al presupuesto general del país en el año 1941. Diez años después, en el 1960, el presupuesto general era 75.200 millones y el del Pentágono alcanzaba al 5 por ciento de esa cantidad; esto es, de 46.300 millones, más de 2.220 millones más elevado que el presupuesto nacional de 1951. Los gastos del Pentágono sobrepasarán en el presupuesto 1967-1968 todos los gastos nacionales, incluidos los militares, del presupuesto 1960-1961.

Con excepción de los años de la gran guerra de 1939-1945, que para los Estados Unidos comenzó a partir de 1941, los gastos militares del país habían sido siempre desde 1925, inferiores a los del gobierno federal en un tanto por ciento importante; pero desde el año 1951 el capítulo de gastos militares comenzó a ocupar cada año más de la mitad de los fondos fiscales. En estas proporciones está la verdad del fenómeno político que podemos calificar como desplazamiento del poder real en los Estados Unidos de las manos del poder civil —gobierno federal— a las del poder militar —Pentágono—. En los datos que acabamos de dar no figuran las sumas que gastan los departamentos civiles del gobierno a causa de actividades militares.

Esas cifras se refieren al poder militar en términos de soldados, sean generales o sargentos. Pero el pentagonismo no está formado sólo por militares. El pentagonismo es un núcleo de poder que tiene por espina dorsal la organización militar, pero que no es exclusivamente eso. En el pentagonismo figuran financieros, industriales, comerciantes, escritores, periodistas, agentes de propaganda, políticos, religiosos; el pentagonismo es una suma de grupos privilegiados, la crema y nata del poder económico-social-político de los Estados Unidos.

La mejor demostración de hasta dónde el pentagonismo ha tomado ventaja del conflicto que tiene el país en sus estructuras sociales y jurídicas debido al hecho de que su organización social es de masas y su organización institucional es individualista, lo tenemos a la vista en la guerra de Viet Nam: al tiempo que de acuerdo con la Constitución federal es el Congreso, y sólo él, quien tiene la facultad de iniciar una guerra por el expediente de declararla, los ciudadanos norteamericanos combaten y mueren a miles de millas de su país sin que el Congreso haya declarado la guerra.

Los representantes legales del pueblo, que son los miembros del Congreso, no tienen ni voz ni voto en una acción que sólo ellos podían autorizar; en cambio se ven forzados a autorizar los gastos de esa acción; a ordenar que el pueblo pague una guerra y a que tome parte en esa guerra que se hace sin que se haya cumplido el requisito que reclama la Constitución. Para justificar la ilegalidad se buscaron subterfugios legales, pero hay una verdad como un templo que ningún subterfugio puede desvirtuar: Los Estados Unidos están en guerra contra la república de Viet Nam del Norte; bombardean sus ciudades, matan a sus ciudadanos, cañonean sus puertos, destruyen sus caminos y fábricas; todo ello sin una declaración de guerra y sin que los ciudadanos norteamericanos parezcan darle importancia a lo que hay de trascendental en ese hecho. Que los hijos de un país vayan a matar y a morir en una guerra que comenzó y se mantiene sin haberse cumplido los requisitos legales que son propios de ese país, indica que para esos ciudadanos tales requisitos legales carecen de validez. Ellos obedecen no a las leyes del país, sino a los jefes reales de ellos; y los jefes reales de las masas norteamericanas no son hoy los funcionarios públicos: son los que pagan a esas masas organizadas a través de sus industrias, negocios y comercios, y estos señores son, junto con los jefes militares, los líderes del pentagonismo. El poder político no se encuentra ya en las manos de personas elegidas por el Pueblo; el poder no responde ya a los cánones constitucionales porque ha dejado de existir el pueblo individualizado hombre a hombre y mujer a mujer; lo que hay en su lugar son grandes masas, con pensamientos, sentimientos y actos masivos, manejados por las fuerzas pentagonistas.

La sociedad de masas de los Estados Unidos, un hecho sociológico que se formó y desarrolló de manera tan natural que nadie acertó a verlo a tiempo, ha producido excrecencias

gigantescas que no estaban previstas en el esquema jurídico nacional y que no responden a los mecanismos típicos de las sociedades individualistas. Al mismo tiempo el gran capital sobredesarrollado —que llevó a su plenitud a esa sociedad de masas y por tanto a sus excrecencias— encontró un campo de sustentación, y el impulso para la dinámica de su crecimiento, en el establecimiento del gran organismo militar llamado el Pentágono. Así, pues, una vez producidos la sociedad de masas y el Pentágono, al entrar en agonía el imperialismo el capital sobredesarrollado se valió de las nuevas condiciones existentes para crear el pentagonismo y colocarlo en el lugar que había ocupado el imperialismo.

Para que esto fuera posible era necesario, sin embargo, que hubiera en los Estados Unidos una atmósfera pública, o bien favorable, o bien no opuesta a esos cambios. En efecto, había esa atmósfera en unos casos favorable y en otros no opuesta. Había una corriente de opinión que tenía su origen en la propaganda que se había iniciado a raíz de la Revolución Rusa, dirigida a presentarla como una colección infernal de fechorías que debía ser aniquilada por los norteamericanos. Pero otras corrientes eran de formación más antigua y se hallaban probablemente instaladas en las raíces biológicas e históricas de los Estados Unidos; venían trabajando el alma de ese pueblo por varias vías desde hacía por lo menos 150 años, y al entroncar en ellas el concepto misional creado por la propaganda anticomunista, el conjunto tomó una fuerza arrolladora que salió a la superficie al provocarse con la Guerra Fría la crisis definitiva —aunque desconocida— entre la sociedad real de masas y la organización jurídica individualista; o, si preferimos decirlo en términos de causas y no de efectos, al quedar impuesto en el centro de la vida norteamericana el régimen del gran capitalismo sobredesarrollado.

Esas condiciones subjetivas de origen antiguo determinaron un predominio de lo germánico en el carácter nacional norteamericano.

Todos sabemos que no hay raza superior ni hay raza inferior, pero no debemos poner en duda que los pueblos desarrollan un carácter nacional, una manera bastante generalizada de reaccionar ante determinados problemas. Durante siglos los germanos tuvieron una inclinación evidente hacia los odios raciales y hacia las glorias guerreras; pero la más distintiva de las inclinaciones germánicas fue la propensión a confiar a las armas, no a la acción política, la solución de sus conflictos con otros pueblos. El pueblo norteamericano es racista, odia al negro, odia al indio y al hispanoamericano, y si no se desarrolló odio al judío se debe a su peculiar educación religiosa, y siendo los judíos el pueblo del Libro Sagrado no debía ser perseguido. Además, los norteamericanos prefieren usar el poder armado antes que los medios políticos en los casos en que encuentran oposición a sus planes en otros países.

Esta tendencia norteamericana a reaccionar como lo hacían los germanos puede deberse a varias causas, pero debemos tener presente que en el torrente de inmigrantes europeos que se establecieron en los Estados Unidos entre fines del siglo XVIII y mediados del XIX, la mayor cantidad fue de alemanes. En Norteamérica hay regiones enteras que fueron pobladas por alemanes, y llegó a haber alemanes de nacimiento en todas las ramas del gobierno federal y de los Estados. Los hábitos de pensar y de sentir típicos del germano debieron ser predominantes en la época de la elaboración de eso que podríamos llamar los fundamentos del carácter nacional norteamericano.

Por otra parte, los Estados Unidos comenzaron temprano —cuando todavía eran colonias inglesas— a glorificar a los hombres de armas. Su gobierno era civil, su sociedad era civil, no militar, pero el pueblo adoraba a los guerreros vencedores.

Este sentimiento de adoración a los militares se desarrolló paralelamente con la organización civil del gobierno y de la sociedad; y eso explica que al mirar hacia el gobierno y hacia la sociedad de Norteamérica los demás pueblos del mundo se fijaran en su aspecto civil y no pusieran atención en las actividades militares de los individuos. Al final, la inclinación hacia las virtudes militares acabó impregnando el país, y hoy los Estados Unidos son una nación de guerreros.

Pero si hemos dicho “hoy”, debemos volver la vista atrás y recordar que el pueblo norteamericano ha conocido, en conjunto, muy pocos años de paz; que ha llevado a cabo varias guerras contra ingleses, españoles, mexicanos; contra sus propios indios, alemanes, chinos, japoneses, italianos; que ha guerreado en su territorio, en México, en Nicaragua, en las Antillas, en Oceanía, en África, Europa y Asia. Los Estados Unidos es el único gran Estado industrial que tuvo una guerra formal dentro de sus límites nacionales; no una revolución en que una parte del pueblo peleaba contra otra parte del pueblo, sino una guerra de una parte del país contra otra parte del país, cada una con su propio gobierno, su propio ejército, sus propias leyes; fue la guerra del Sur contra el Norte, en la que combatieron dos naciones sobre una frontera común; y tanto fue así que esa contienda larga y sangrienta como pocas aparece definida en la historia del país como una guerra, no como una revolución, y se llama la Guerra de Secesión. Han pasado más de cien años desde que se hizo la paz entre los ejércitos combatientes y todavía los sureños ven a los del Norte como el enemigo de otro país que los venció y ocupó y esquilmo su territorio.

La admiración del pueblo norteamericano por los jefes militares vencedores se mide por este dato: todos, sin excepción, triunfaron en las elecciones en que se presentaron como candidatos. La lista de nombres, en este punto, es larga, pero

nos bastará recordar los más conocidos: George Washington, vencedor de los ingleses en la guerra de independencia; Andrew Jackson, vencedor de los indios creeks, de los ingleses en New Orleans y de los españoles en la Florida —el mismo Jackson que desde la presidencia autorizó la conspiración que separó Texas de México—; Zachary Taylor, el que entró en México en 1847 al frente de las tropas norteamericanas; Ulises S. Grant, el vencedor de Lee en la Guerra de Secesión; Theodore Roosevelt, el de las cargas de los “rudos jinetes” en Santiago de Cuba; Ike Eisenhower, el general en jefe de los aliados en la guerra mundial de 1939-1945. Sólo han dejado de ser presidentes de los Estados Unidos los militares victoriosos que no han presentado su candidatura al cargo. En el caso de Ulises S. Grant, el general candidato no reunía condiciones para esa alta posición; pero su brillo militar le aseguró dos veces el voto de las mayorías.

La mayoría de los gobernantes del país que organizaron la guerra para conquistar territorios de otros países eran civiles. Lo era James Knox Polk, que despojó a México de más de 1.000.000 de millas cuadradas —los actuales Estados de Nuevo México, California y Arizona—; lo era William McKinley, que tomó Cuba, Puerto Rico y Filipinas en guerra contra España; lo era Woodrow Wilson, que ocupó Haití y la República Dominicana.

Tenemos, pues, que bajo la apariencia de país dedicado a actividades pacíficas, los Estados Unidos venían criando en su seno un pueblo inclinado a la guerra, admirador de los jefes militares victoriosos; estadistas civiles que usaban el poder militar para conquistar territorios ajenos. Todo eso fue formando las condiciones subjetivas adecuadas al establecimiento de un gran poder militar.

Cuando el momento adecuado llegó, las condiciones objetivas sumadas a las subjetivas hicieron fácil el establecimiento de ese gran poder militar. Hasta ese momento los Estados

Unidos habían resuelto el dilema de ser un país poderoso sin mantener ejércitos permanentes. Pero la hora de crear esos ejércitos permanentes llegó, y los Estados Unidos se encontraron, casi sin darse cuenta, con que ya tenían instalado en el centro mismo de su vida el mayor establecimiento militar conocido en la historia del mundo.

Al quedar montada esa poderosa maquinaria de guerra, el campo quedó listo para la aparición del pentagonismo, que iba a ser el sustituto del imperialismo.

III EXPANSIÓN DEL PENTAGONISMO

El pentagonismo no apareció en los Estados Unidos armado de un método para actuar. Como todo poder que es resultado de circunstancias no planeadas, el pentagonismo comenzó su vida igual que los niños, con apetitos y movimientos inconscientes; fue ajustándose a las situaciones que creaba cada día un mundo de cambios vertiginosos; pero se ajustaba de manera mecánica con el mero propósito de supervivir y hacerse cada vez más fuerte, no para servir determinados principios. Es más, los jefes del pentagonismo en su etapa de formación creían que su función era salvar a los Estados Unidos, sólo que no sabían para qué debían salvarse los Estados Unidos, si para ser útiles a la Humanidad o para acumular beneficios destinados a una minoría de norteamericanos. Muy pronto, sin embargo, el pentagonismo pasó a creer que él debía supervivir y fortalecerse para preservar el poder de su país y para ampliarlo sobre el mundo.

Esa fue la etapa en que el pentagonismo creyó que su papel era servir a una forma nueva de imperialismo. Esto venía determinado por los factores que iban a integrarse como fuerza directora del pentagonismo. Esos factores serían, en orden de prioridades, el poder económico, el poder militar, el poder civil y la sociedad nacional; pero en los primeros tiempos sólo participaron sectores de esos factores; los sectores que en el lenguaje de la época podían llamarse extrema derecha de cada

uno; extrema derecha del poder económico, extrema derecha del poder militar, extrema derecha del poder civil, extrema derecha de la sociedad nacional.

Durante el lapso en que el pentagonismo estuvo formado por esos sectores todos los observadores políticos —norteamericanos y extranjeros, sin excluir a los marxistas— creyeron que esa fuerza que se formaba en los Estados Unidos era la clásica agrupación proimperialista. Los propios pentagonistas creían que ellos iban a ser los nuevos cruzados de un nuevo imperialismo, puesto que entendían que su papel histórico era ocupar el lugar que Inglaterra estaba dejando vacío. Se trataba de la clásica inclinación a pensar con hábitos mentales propios de experiencias conocidas; en ese caso específico, se trataba de pensar en términos del antiguo concepto de los vacíos de poder. Para el naciente pentagonismo, su función consistía en llenar los vacíos de poder que iba dejando Inglaterra.

Inglaterra, que había sido el país imperialista por antonomasia, había resuelto abandonar su política tradicional de imperio mundial. Los ingleses tienen un fino instinto político y habían comprendido que un gran imperio no es tan fuerte como lo es su metrópoli; al contrario, es tan débil como lo es la parte más débil de sus dependencias, y es por esa parte más débil, no por la más fuerte, por donde comienza la destrucción del imperio.

Al pensar en ocupar el puesto que Inglaterra estaba dejando vacío, los Estados Unidos creían que iban a recorrer un camino conocido; que su labor estaría aliviada por el conocimiento de la experiencia inglesa; que pisarían sobre las huellas de la Gran Bretaña; y que el fruto sería jugoso, puesto que iban a heredar todo un imperio.

Este esquema, sin embargo, no se siguió porque Inglaterra llevó a efecto su proceso de descolonización en forma pacífica; sólo sufriría levantamientos armados en Malasia y Kenya y

más tarde en el extremo sur de Arabia, y únicamente trataría de recuperar una posición, la de Egipto.

Pero en términos generales Inglaterra descolonizó sin violencias. El esquema norteamericano sería aplicado a otro país, a Francia, en su territorio colonial de Indochina. Los Estados Unidos se propondrían como herederos de Francia en Indochina, y allí heredarían la guerra revolucionaria que determinó la salida de Francia del Sudeste Asiático. No heredaron el imperio colonial francés.

Pero los Estados Unidos no pensaban heredar el imperio colonial inglés para mantenerlo en idénticas condiciones a como lo había mantenido Inglaterra. Ellos no apetecían ni necesitaban ocupar territorios coloniales; a ellos les bastaba con tener en esos territorios gobiernos de su hechura y fuerzas militares indígenas preparadas para enfrentarse a la amenaza comunista. Su plan consistía en disponer de ejércitos dependientes formados por los naturales de territorios coloniales, armados y dirigidos por los Estados Unidos. Tan pronto obtuvieron en Ginebra que se les reconociera como herederos de Francia en Indochina, pasaron a montar un ejército sudvietnamita que en pocos años sobrepasó el millón de efectivos. Los Estados Unidos pusieron en vigor en Indochina el esquema que habían elaborado para ponerlo en práctica en los territorios coloniales de Inglaterra.

Así pues, en sus primeros tiempos el pentagonismo pensó sólo en organizar el mundo colonial a su manera. “Su manera” era retener el poder a través de gobiernos y ejércitos indígenas, pero no ocupar los países con fuerzas militares norteamericanas y ni siquiera mantener allí autoridades civiles; bastaría con las misiones militares de “adiestramiento”. En casos de crisis, podían obtenerse en esos territorios bases militares para fuerzas norteamericanas. Como se ve, se trataba de una forma novedosa de imperialismo, pero imperialismo al

fin, puesto que esos nuevos ejércitos iban a recibir todo su equipo de los Estados Unidos y esto significaba que serían territorios destinados a consumir productos de la industria de guerra de los Estados Unidos. Era en esa “exportación forzo-
sa” de equipos militares donde hallarían los industriales pentagonistas la fuente de beneficios que buscaban. Ya no tenían interés en extraer materias primas de los países dependientes, porque los Estados Unidos habían entrado en la etapa del capitalismo sobredesarrollado y éste saca sus principales materias primas de otras materias primas básicas.

En cuanto a éstas, su suministro estaba asegurado en cantidades suficientes desde los días de la guerra de 1939-1945; no era necesario abrir nuevas fuentes para aprovisionarse de ellas.

Sucedía, sin embargo, que a un mismo tiempo se producían cambios en el mundo y en los Estados Unidos. En el mundo colonial los pueblos estaban dispuestos a luchar por su libertad, y sucesivamente se derrumbaban o se transformaban el imperio holandés, el inglés, el francés y el belga; en Asia, en Oceanía y en África aparecían nuevas naciones donde antes había colonias. En los Estados Unidos, confundidos por esa situación, industriales, financieros, militares y políticos comenzaron a temer y a reformar el poder militar. Esto se inició al comenzar la década de 1951-1960. El presupuesto militar saltó en el año 1951 de 13.176 millones a 27.700 millones¹. La diferencia, como se ve, era de 9.524 millones; sin embargo, el presupuesto nacional sólo aumentó en 4.452 millones. Al año siguiente el presupuesto militar subió casi al doble, a 44.485 millones, y desde entonces comenzó a mantenerse entre los 40.000 y los 50.000 millones,

¹ Cuando decimos “presupuesto de 1951” debe entenderse del 1 de julio de ese año hasta el 30 de junio del siguiente. En los Estados Unidos los años fiscales cubren el segundo semestre del año en que se aprueban y el primer semestre del año que le sigue.

siempre por encima del 60 por ciento de los gastos generales del país y por tanto siempre por encima del presupuesto del poder civil. Cuando Kennedy pasó a ocupar la presidencia de los Estados Unidos, ya el poder militar era más fuerte que el civil en términos de fondos para gastar.

Fue alrededor de esa disponibilidad de dinero como se integró el actual poder pentagonista. Con dinero a su disposición, lo que en los orígenes era una asociación de intereses de los sectores de extrema derecha se extendió hacia otros sectores. Así, atraídos por la fuerza económica del nuevo poder, pasaron a sumarse a esos factores de extrema derecha, primero los que no tenían definición política, sobre todo profesores de universidades y centros de estudio, científicos, sociólogos, economistas, los cuales se les ofreció y se les dieron medios económicos para hacer investigaciones; después fueron atraídos personajes del centro; luego se atrajo a unos cuantos llamados liberales. Poco a poco, a medida que aumentaban las perspectivas de cambios en el mundo, el pentagonismo aumentaba su poder y su radio de acción apoyándose en el miedo cerval al comunismo que se había extendido por todo el pueblo norteamericano. En el proceso de expansión llegó el momento en que el pentagonismo se convirtió en un factor de tanta importancia en la organización económica de los Estados Unidos que las posibilidades de su eliminación implicaban las posibilidades de un desastre mortal para el país.

¿Cuándo se dieron cuenta de esto los norteamericanos?

Es difícil decirlo, porque el pueblo de los Estados Unidos no llegó a comprender que tenía el pentagonismo instalado en el centro de su vida sino en la década de los sesenta. Pero si no en términos de pentagonismo, por lo menos en términos de poder económico pudo haber sucedido a partir de 1954, después de la guerra de Corea. El presupuesto militar, que había bajado de 90.000 millones de dólares en el último año

de la guerra mundial a 13.178 millones al comenzar la guerra de Corea en 1950, había subido de nuevo a 50.870 millones en 1953 y había descendido a 40.845 millones en 1956. En 1957 se presentó la recesión llamada “la pequeña crisis” y al mismo tiempo la Unión Soviética sorprendió al mundo con su primer ingenio espacial. A partir de ese momento el poder militar empezó a trabajar en el campo espacial y a expandir la fuerza atómica del país. Es probable que fuera entonces cuando los norteamericanos comenzaran a tomar conciencia del poderío militar en términos de dinero, esto es, como factor importante en el mantenimiento de un nivel creciente de expansión económica nacional. Desde 1957 el presupuesto de gastos militares fue ascendiendo con relativa lentitud, pero con evidente firmeza, y al mismo ritmo que él crecía se afirmaba la situación económica del país.

La gran masa norteamericana tenía por fuerza que irse dando cuenta de que a medida que se expandían los gastos militares aumentaba la producción en todos los ramos, se instalaban nuevas industrias, subían los salarios, crecía la demanda debido a esa alza de salarios, y crecía también el número de los ocupados. Al mismo tiempo, los sectores académicos recibían más subsidios para sus investigaciones; los profesionales de la propaganda cobraban más; la burocracia oficial aumentaba. Pero también, al mismo tiempo —y ahí estaba la clave real de los cambios— los grandes capitales financiero-industriales iban concentrándose en menos manos, al grado que en el año de 1962 doscientas compañías eran dueñas de más de la mitad del activo total de todas las industrias manufactureras de los Estados Unidos. El número de industrias manufactureras alcanzaba ese año a 180.000.

El proceso de aglutinación de Norteamérica alrededor del poderío militar fue confuso y en cierto sentido tambaleante. Eso se debió a que no nació planificado. Fue una excrecencia

de una sociedad de masas que no reconoció a tiempo su existencia como tal. Una sociedad de masas tan enorme y tan poderosa tenía que dar necesariamente origen a grandes organizaciones de masas, y una de ellas fue el poder militar. Al no reconocerse como sociedad de masas, el pueblo norteamericano no se organizó como tal; siguió organizado como sociedad de individuos. Por tanto no previó un organismo militar adecuado a una sociedad de masas; pero ese organismo tenía que nacer y nació, de esa sociedad; sólo que no se sometió a ella. Las fuerzas armadas de la Unión Soviética están sometidas a la sociedad soviética; son una parte en la organización social soviética; no supeditan el país a sus fines propios. Pero esas fuerzas armadas nacieron porque las organizó el Estado soviético; no fueron una excrecencia de la sociedad rusa. Los gastos militares rusos pueden ser más altos que los de Estados Unidos, pero los militares rusos no pueden aliarse con sectores de la vida financiera, industrial y comercial para establecer una especie de mercado comprador privilegiado dentro de la organización económica soviética; no pueden disponer de fondos para subsidiar industrias o centros de estudios, para mantener órganos de propaganda propios; para hacer, en fin, una política particular del sector militar. El ejército ruso no tiene medios para convertirse en un grupo de presión, mucho menos en un grupo de poder. Es un organismo de masas supeditado a una sociedad de masas que a su vez está organizada como sociedad de masas.

Carlos Marx explicaría la diferencia entre el poder militar ruso y el pentagonismo norteamericano diciendo que eso es un resultado de la lucha de clases; Rusia es un país sin clases y en cambio en los Estados Unidos 200 compañías eran las dueñas, en 1962, de más de la mitad del activo total de todas las industrias manufactureras del país. Marx trataría

de averiguar cuántas personas eran a su vez las dueñas de las 200 compañías que controlaban en 1962 la mayoría de las 180.000 industrias de los Estados Unidos, y tal vez hubiera encontrado que esas personas eran a la vez directores de bancos, presidentes de universidades, consejeros de departamentos gubernamentales. Quizá todas ellas figurarían en la lista de los millonarios que hay en el país —que son menos de un millar—. En consecuencia, Marx diría que la lucha de clases ha llegado en los Estados Unidos a su expresión más radical; que una clase supercapitalista y a la vez reducida en número ha acabado poniendo toda la vida norteamericana a su servicio.

Pero nosotros no queremos llegar a ese extremo. A nosotros nos basta con estudiar objetivamente el fenómeno del pentagonismo.

Una vez establecido, el pentagonismo descubrió que podía dejar a los políticos —a los senadores, los representantes o diputados, los gobiernos de los Estados y municipios— entretenidos en los problemas domésticos del país, mientras él operaba en el campo internacional. Su intención original era ésa, derramarse en el mundo exterior, sustituir a Inglaterra como poder imperial. Dada la tradición política del pueblo norteamericano, no era posible soñar con un gobierno militar para el país. Pero era posible emplear el poder militar del país más allá de sus fronteras.

Esta idea se desarrolló en tal forma que los Estados Unidos acabarían siendo una nación con dos gobiernos: el gobierno civil para el interior y el gobierno militar para el exterior. El pentagonismo no se mezclaría en la política interior; aceptaría sin la menor protesta hasta la declaración de los derechos civiles para los negros, y hasta las sublevaciones de estos, pero el gobierno civil tendría que actuar fuera de los Estados Unidos de acuerdo con el pentagonismo. El pentagonismo necesitaba el campo internacional para moverse libremente, y su

actuación en el extranjero produciría miles de millones de dólares en los Estados Unidos.

Esta división de los campos de acción de los dos poderes —el gobierno civil y el pentagonismo— no fue advertida a tiempo porque se hizo mucha alharaca alrededor de los profesores que protestaban por las actividades militares en Viet Nam y en la República Dominicana y alrededor de los jóvenes que rompían sus tarjetas de reclutamiento.

Pero esos profesores y esos jóvenes, y algún legislador como Fulbright que denunciaba en el Congreso el uso del poder militar bajo el manto del poder civil, eran solamente las minorías, los pequeños sectores inconformistas que no representaban el sentimiento general, aunque sin duda encarnaban los viejos y nobles ideales, ya inoperantes, de la desaparecida sociedad individualista.

La verdad es que cuando el pentagonismo se sintió adulto —lo que ocurrió en los primeros meses de 1965—, ya la vida entera de los Estados Unidos giraba alrededor de él. Los *disenters*, como les llaman en los Estados Unidos a los que disienten del orden establecido, no podían detener el proceso de expansión del pentagonismo, y muchos de ellos acabaron sumándose al pentagonismo. El más notable de estos últimos fue el ex presidente Eisenhower, que fue el primero en denunciar lo que él llamó el “complejo industrial-financiero-militar” y, sin embargo, cinco años después pedía que se usara la bomba atómica para acabar con la resistencia de los vietnamitas. Se afirma que lo hizo arrastrado por su partido —el republicano—, pero no se toma en cuenta que ese partido, tanto como el demócrata, había sido arrastrado antes por la poderosa corriente pentagonista.

La verdad es que nadie estaba preparado en los Estados Unidos para reconocer el pentagonismo como una fuerza nueva. Hasta los expertos norteamericanos en ciencias políticas se

confundieron, y aunque se daban cuenta de que no se trataba del viejo y conocido imperialismo, no atinaban a comprender qué era. Por eso le llamaron neoimperialismo.

En cierta medida, la confusión se debía a que el pentagonismo no fue precedido por una teoría, una doctrina o pseudo ideología, como sucedió con el nazismo. El pentagonismo fue un hijo no esperado que nació del vientre de la economía de guerra en una sociedad enormemente desarrollada en el campo económico y, sin embargo, sorprendentemente subdesarrollada en el terreno de las ciencias políticas.

Pero también la confusión se debió al hecho de que igual que en los mejores días del imperialismo, los ejércitos pentagonistas fueron enviados a someter pueblos pequeños y débiles por la fuerza de las armas. Las apariencias, pues, identificaban al pentagonismo con el imperialismo. Sin embargo, como hemos dicho, la clave de la situación estaba en discernir cuáles eran los fines que se buscaban, no como se usaban los ejércitos. Los medios del pentagonismo son muy parecidos a los del imperialismo, pero sus fines son diferentes. El imperialismo buscaba colonias; el pentagonismo coloniza a su propio país. Para colonizar a su propio país el pentagonismo tenía que dominar países extranjeros, y para esto mejoró y refinó los métodos del imperialismo.

Los primeros pasos del pentagonismo se dirigieron a conquistar en países coloniales o dependientes el comando de los ejércitos nacionales o a crear esos ejércitos donde no los había. De esa manera esos ejércitos quedaban convertidos en extensiones exteriores del poder militar norteamericano, o lo que es lo mismo, en instrumentos del pentagonismo.

Para ese fin se usó la suma del poder civil de los Estados Unidos en el campo exterior y los organismos internacionales que existían desde hacía tiempo. Así, en el caso de la América Latina se utilizó la Junta Interamericana de Defensa como

una vía de penetración hacia los ejércitos de la región; las misiones militares norteamericanas fueron dedicadas a trabajar en esa penetración hacia los ejércitos de la región; las misiones obreras y culturales se pusieron al servicio del plan para que las organizaciones obreras y culturales de los países dependientes, así como sus medios de información —periódicos, radio, televisión—, no hicieran frente al trabajo de las misiones militares; los equipos secretos fueron dedicados a levantar *dossiers* relativos a las ideas políticas y a las posiciones sociales y económicas de los jefes militares de los países latinoamericanos; y desde luego se usaron recursos económicos cuantiosos para donaciones de equipos y para becas de estudios en campamentos militares de los Estados Unidos y de la Zona del Canal de Panamá. El fin que se perseguía en esa etapa era conquistar totalmente la voluntad de los líderes militares de esos países; abrumarlos con el espectáculo del poderío de guerra de los Estados Unidos y convencerlos de que ellos debían lealtad, no a sus respectivas patrias y gobiernos, sino a los Estados Unidos.

¿Pero cómo podía obtenerse que un militar latinoamericano dedicara su lealtad a los Estados Unidos y no a su tierra o a su gobierno?

Pues aterrorizándole con la amenaza comunista. Los comunistas, se les decía, tomarían el poder en su país y les matarían a él y a su familia; la única fuerza que podía evitar eso eran los Estados Unidos, gracias al enorme poder militar que ese oficial conocía ya de vista. Después del establecimiento del comunismo en Cuba, tal argumento no podía fallar. Pero eso sí, se evitaba cuidadosamente explicar a esos militares latinoamericanos qué era el comunismo a fin de poder decirles en cualquier momento que el gobierno de su país, o tal partido político, o tal agrupación, era comunista y debía ser derribado o perseguido.

El plan de extensión del poderío pentagonista a través de ejércitos de otros países operaba a niveles diferentes, según fueran diferentes los medios políticos, sociales, económicos y militares. En algunas ocasiones se negociaba el establecimiento de bases aéreas, navales, balísticas, nucleares, y los servidores norteamericanos de esas bases estaban aislados de los círculos militares indígenas —para decirlo con una palabra de típicas implicaciones sociológicas norteamericanas—. En algunos casos no se usaba el argumento anticomunista ni se penetraba en el campo de las filosofías políticas.

Pero en los países dependientes la penetración llegaba a la mayor profundidad posible, y en todos los casos se buscaba la uniformidad de equipos a fin de que la mayoría de los ejércitos extranjeros fuera equipada por la gran industria de guerra de los Estados Unidos.

El gobierno de cualquier nación reside en el control de sus fuerzas armadas. Este es un principio tan viejo como la Humanidad. Al tomar por vía indirecta el control de las fuerzas armadas de otros países, el pentagonismo trasladó la sede del poder de esos países a la sede del poder pentagonista.

En cierto sentido este proceso era una imitación de los métodos del imperialismo. En cada territorio colonial, el país imperialista organizaba ejércitos indígenas cuando estaba seguro de que ya tenía el dominio de la situación; pero los jefes de esos ejércitos indígenas eran siempre nacionales de la metrópoli. De esa manera el ejército de la colonia operaba en la colonia y sin embargo las decisiones se tomaban en la metrópoli. En todas las crisis que se producían en las colonias esas tropas coloniales eran usadas contra sus propios pueblos. En casos de guerra internacional las tropas coloniales podían ir —y a menudo fueron— a combatir en el teatro de la guerra, que en algunas ocasiones era la metrópoli y en otras un país fronterizo.

El método fue seguido en otros niveles, por el poder pentagonista, lo que se explica porque el sucesor del imperialismo debía aprovechar las experiencias acumuladas por éste. Una vez tomado firmemente el control de la fuerza armada de un país jurídicamente independiente, pero económica y políticamente dependiente, todo intento hecho por los gobernantes de ese país de ejercer el gobierno con independencia era bloqueado con la amenaza de un golpe militar; y a menudo el golpe se ha dado por simple ejercicio del excesivo poder pentagonista.

Pero en algunos puntos el sistema hizo crisis. Por ejemplo, en abril de 1965 y en mayo del mismo año, los ejércitos indígenas de la República Dominicana y de Viet Nam del Sur estaban en proceso de desintegración. Entonces el ejército pentagonista corrió a ocupar el lugar de esas tropas que se desintegraban. Esto era lógico. En el campo de batalla, un regimiento derrotado o destruido por el enemigo es sustituido por otro de sus mismas fuerzas. Cuando las fuerzas pentagonizadas de la República Dominicana quedaron deshechas por la Revolución de Abril de 1965, fueron sustituidas por la infantería de marina de los Estados Unidos; cuando el ejército de Viet Nam del Sur fue superado por los guerrilleros del Frente Nacional de Liberación, el poder pentagonista despachó medio millón de soldados a sustituir a los regimientos pentagonizados de Viet Nam.

Nos hallamos, pues, ante un proceso de expansión del pentagonismo que tiene caracteres planetarios, si bien precisamente en esa expansión está el germen de su debilidad. No ha habido en la Historia, ni lo habrá mientras el mundo esté poblado por seres humanos, un poder con suficiente fuerza para dominar el Globo, y desde luego, si pudiera haberlo, no sería el pentagonismo. El pentagonismo dispone de una fabulosa máquina de guerra, pero carece de una causa que

entusiasme el corazón de los hombres que puedan usarla. Y es en el corazón humano, no en la capacidad destructora de una bomba, donde está la respuesta a las angustias de los pueblos.

IV LA SOCIEDAD PENTAGONIZADA

En la misma forma en que el imperialismo sometía a la sociedad del territorio colonial y la hacía pensar, sentir y actuar en términos coloniales, así el pentagonismo ha logrado pentagonizar a la sociedad norteamericana. Esto plantea un serio problema de conciencia para los hombres y los pueblos que han sido agredidos —o están en peligro de serlo— por el pentagonismo.

¿Debemos considerar a todo el pueblo de los Estado Unidos responsable por las muertes, la destrucción, las intrigas y los abusos que comete el pentagonismo en el mundo? ¿Es culpable un trabajador de Dakota del Sur por la muerte de un niño vietnamita quemado con napalm?

La respuesta no puede ser simple. Ese trabajador de Dakota del Sur está pentagonizado; actúa como si estuviera en drogado. Pero es responsable en un sentido: ha colocado su afán de bienestar y seguridad personal por encima de sus deberes con la Humanidad. Si acepta que para él vivir con automóvil y refrigerador un compatriota suyo —o tal vez su hijo o su hermano— queme con napalm a un niño de Viet Nam, no hay duda de que ese obrero norteamericano es un ser antihumano. La droga del bienestar lo ha hecho indiferente a los padecimientos y a la muerte de un niño asiático, y quizá justamente en esa palabra está el nudo del problema;

pues si el niño es asiático quiere decir que no es norteamericano, y si no es norteamericano sus sufrimientos y su muerte tienen escaso valor.

Esa actitud del obrero de Dakota del Sur no se debe a que sea obrero. Los científicos norteamericanos y de otros países occidentales han sido los primeros —y siguen siendo los más entusiastas— servidores del pentagonismo. El capitalismo no hubiera llegado a convertirse en sobredesarrollado sin la participación de los científicos, y la gran mayoría de los científicos de los Estados Unidos se pusieron al servicio del alto mando industrial norteamericano principalmente por una razón: para ganar más dinero. Esos científicos heredaron siglos de conocimientos que habían acumulado miles de investigadores, muchos de ellos desconocidos, cuya mayor parte había muerto en la miseria. Los conocimientos científicos son, pues, un bien común de todos los hombres, que debe beneficiar a todo el mundo y no a los científicos y a quienes los tienen a sueldo. A menudo se arguye que en todos los casos los científicos trabajan para la Humanidad, aunque sea en forma indirecta, pero ese argumento es materia de discusión, de manera que no se ha presentado todavía una prueba irrefutable de que sea legítimo.

No conocemos el número de los científicos norteamericanos que trabajan directamente para el Pentágono y ni siquiera el número de los que trabajan en industrias que sirven propósitos militares, pero en los Estados Unidos se sospecha que la cifra de unos y otros es bastante alta. Por lo demás, la corriente de graduados universitarios, científicos y técnicos que fluye de los países capitalistas hacia los Estados Unidos es en verdad impresionante. En el año 1963, solamente de Inglaterra emigraron hacia Norteamérica 939 científicos y técnicos graduados; entre 1964-1965, esa emigración inglesa alcanzó el 40 por ciento de los médicos y biólogos británicos;

entre 1965-1966, la cifra se redujo al 35 por ciento¹. La “fuga de talentos” hacia los Estados Unidos es sobre todo desde los países no desarrollados. En muchos casos, como en el de los médicos, los extranjeros suplen una cantidad de los norteamericanos que van a servir en el campo militar; en otros, suplen a los científicos dedicados a trabajos pentagonistas. En la mayoría de los casos, van a prestar sus servicios a empresas privadas; y muchas de éstas trabajan para el Pentágono.

Sin duda una pequeña cantidad de esos científicos va a los Estados Unidos a buscar comodidades no para ellos y sus familiares, sino para investigar; y visto con cierta perspectiva parece que ellos obedecen a un propósito encomiable. Pero visto en el conjunto de los acontecimientos mundiales la situación cambia bastante, porque el resultado de esas investigaciones, en un altísimo tanto por ciento, va a ser usado por el pentagonismo para sus fines propios, y todo científico debería saber a estas alturas que una alta proporción de los centros de investigación de los Estados Unidos trabaja para el pentagonismo.

Los científicos de Norteamérica y de los países capitalistas se han puesto al servicio del pentagonismo, pero en el otro extremo de la escala social los obreros de los Estados Unidos hacen lo mismo. El Sr. Meany, presidente de la AFL-CIO, aprobó la intervención militar de su país en la República Dominicana, y por cierto en forma enérgica, bajo la especie de que la Revolución de Abril de 1965 en aquel pequeño país antillano era comunista. En realidad, se trataba de que la AFL-CIO, como masa organizada dentro de la sociedad

¹ *The Daily Telegraph*, London, Tuesday, August 22, 1967. Un cable de la AP fechado en Bruselas el día anterior de los datos como procedentes de la Comisión del Mercado Común. El cable, publicado bajo el título de “Britain Worst hit in Europe ‘brain drain’”, se refiere a científicos de Holanda, Alemania, Francia y Gran Bretaña.

pentagonizada, respondía al reparto tácito de actividades impuesto por el pentagonismo fuera del país.

Ese respaldo de los obreros organizados del país al pentagonismo no se limita al territorio norteamericano. En América Latina y en otras partes del mundo la AFL-CIO trabaja dentro de los movimientos obreros con el objeto de ponerlos al servicio de la política pentagonista; pero además, en los Estados Unidos hay una institución especializada que se dedica a extender la influencia pentagonista entre las masas obreras de otros países. Se trata del Instituto Americano para el Desarrollo del Sindicalismo Libre².

Al movimiento obrero norteamericano sólo le preocupa obtener ventajas para sus afiliados y al pentagonismo le da igual que los trabajadores de los Estados Unidos ganen cuanto puedan; de manera que si éste les produce beneficios a aquéllos y aquéllos apoyan a éste, resulta lógico que se entiendan y hasta se complementen.

Teóricamente, cada ciudadano de los Estados Unidos sea recién nacido, anciano, paralítico, loco o científico dispone de 10 dólares diarios para gastarlos en lo que se le antoje. El producto nacional bruto del país alcanzó en 1966 a 739.500 millones de dólares, lo que supone más de 3.600 dólares al año por cabeza³. En realidad, sin embargo, las cifras son distintas, pues 100.000 personas que perciban 20 dólares diarios dejarán a otras 100.000 sin recibir un centavo. En los Estados Unidos hay varios cientos de ciudadanos que perciben más de 1.000.000

² Cfr., METHVIN, Eugene, "Nueva arma obrera en la lucha por la democracia", en *Selecciones de Reader's Digest*, diciembre de 1966 (se trata de la edición en lengua española), p.122.

³ El producto nacional bruto del año 1967 llegó a 781.5 millones de dólares, lo que significa un aumento de 42 billones sobre el año de 1966, algo más de 200 dólares anuales per cápita. No sabemos sin embargo qué parte de ese aumento correspondió a producción para la guerra, pero sin duda es alta.

de dólares al año lo que supone una entrada de más de 2.740 dólares por día, y esto a su vez significa que cada uno de los que están recibiendo 1.000.000 anual toman para sí la totalidad de los 10 dólares diarios de 274 personas.

La gran mayoría de la población norteamericana está dedicada a una lucha intensa, que consume la energía de millones y millones de hombres para obtener cada quien una parte mayor de esos dólares que teóricamente deberían tocarle a cada persona. Es la lucha por el bienestar, que torna a los hombres en enemigos, competidores sin piedad, que los enajena —es decir, los vuelve ajenos entre sí—, los divide y los deja exhaustos, sin tiempo ni fuerza para pensar en nada más.

Agotado por esta lucha, ¿qué puede importarle al obrero de Dakota del Sur, cuando llega a su hogar, fatigado después de ocho horas de trabajo y dos o tres de carretera o ferrocarril, encontrarse, al encender el televisor, con la noticia de que un niño de Viet Nam ha sido quemado con napalm hasta los huesos? A él lo que le importa es ganar más de esos 10 dólares que según las estadísticas le corresponden, pues necesita cambiar el modelo de su automóvil por uno más reciente o tiene que pagar los estudios de su hijo. Ese obrero de Dakota del Sur está endrogado por su afán de bienestar y por la propaganda pentagonista. El niño quemado en Viet Nam debía ser el hijo de un comunista y probablemente llegaría a ser un comunista si hubiera vivido, y todo comunista debe ser aniquilado a tiempo, porque si no llegará el día en que él, obrero norteamericano, no podrá comprar un automóvil de último modelo debido a que los comunistas se proponen quitarle a él y quitarles a todos los norteamericanos sus propiedades y sus comodidades. Eso fue lo que dijo el presidente Johnson a los soldados norteamericanos cuando estuvo en una base de Viet Nam: “Deben saber que no nos dejaremos quitar lo que tenemos”.

Ahora bien: ese trabajador no tiene la menor idea de que la muerte del niño de Viet Nam ha herido en lo más vivo los sentimientos de millones de hombres que no son comunistas, pero que rechazan con toda su alma los métodos pentagonistas. Para esos millones de hombres, que cada día son más, la actitud del obrero de Dakota del Sur se acerca a la culpabilidad, pues él no tiene derecho, ni lo tiene nadie, a tolerar que los soldados de su país maten niños en Viet Nam mientras él se dedica a reunir dinero para cambiar su automóvil por un modelo más reciente.

Los científicos en un extremo y los trabajadores en el otro, todos en busca de bienestar personal, hicieron posible el establecimiento del capitalismo sobredesarrollado. Ese tipo de capitalismo se levantó tan rápidamente que en 15 años —1951 a 1966— dobló el producto nacional bruto de los Estados Unidos; lo llevó de 319.000 millones de dólares a 739.500 millones. Para alcanzar una meta tan fabulosa el capitalismo sobredesarrollado necesitaba ampliar su mercado de consumo en el país; necesitaba producir en masa para compradores en masa que tuvieran altos salarios. Este proceso se había iniciado después de la Primera Guerra Mundial, cuando Henry Ford subió el jornal de sus obreros a 5 dólares por día, y se expandió por todo el país bajo el gobierno de Franklyn Delano Roosevelt, en la década de los treinta.

Pero la creación de un mercado de consumo de proporciones gigantescas no podía hacerse —aunque se pagaran altos salarios— sin medios de comunicación masivos. Los diarios, las revistas, los catálogos de ventas, tenían sus limitaciones; podían llegar a manos de algunos millones de posibles compradores, pero no a la mayoría de ellos. Ni siquiera la radio con todo su poder de comunicación era el medio apropiado para esa necesidad. La radio podía describir un artículo, pero no podía mostrarlo. El medio que hacía falta apareció con la

televisión, un producto de la ciencia que se puso al servicio del capital sobredesarrollado.

La televisión se convirtió en el rey de los medios de propaganda de la gran industria. En el año 1966, los periódicos y las revistas de los Estados Unidos recibieron poco más de 861 millones de dólares en publicidad, mientras la televisión recibió bastante más del doble, casi 2.000 millones⁴. Una vez consolidado el dominio de la televisión como vendedor de cualquier producto quedó dado el toque final a la sociedad de masas como mercado comprador. En pocos años el pueblo norteamericano fue convertido en una humanidad adquirente; en un ente múltiple —en términos de millones y millones de seres—, pasivo, expectante, que depende del aparato televisor para saber qué tipo de ropa va a comprar, qué lugar debe escoger para su fin de semana, qué país visitará si hace turismo, qué cerveza le conviene beber, qué tiempo hará al día siguiente. La televisión libró al norteamericano medio del trabajo de escoger; le acostumbró a obedecer, en sentido de motivaciones profundas y, por tanto, le acostumbró a no plantearse dilemas.

Para lograr esa pasividad del pueblo norteamericano se requería que se usara una buena promoción de ventas, y a ese fin se dedicaron estudios de psicología de masas, con centros financiados por el capital sobredesarrollado y por el Pentágono; al mismo tiempo se financiaban los medios de publicidad con abundante propaganda. En el año 1966, una sola firma —la Procter and Gamble, productora de jabones— gastó 265 millones de dólares en anunciar sus productos, cerca de dos veces tanto como el presupuesto de un país

⁴ *The Times*, London, Tuesday, August 29, 1967, sección "The Times Business", p.15. Las cifras exactas son 861.19 millones para periódicos y revistas y 1.969,60 millones para la televisión.

latinoamericano de más de 3 millones de habitantes. En el mismo período la General Motors gastó 208 millones, la Ford Motor Company, más de 132 millones y la Chrysler 93 millones⁵. Ciento veinticinco firmas norteamericanas gastaron en 1966 un total de 4.470 millones de dólares en propaganda, lo que significa que las entradas de las firmas publicitarias que manejaron la publicidad de esas 125 compañías alcanzaron a 787 millones de dólares. Como puede verse, en una suma tan alta hay margen suficiente para atraer a psicólogos, economistas, sociólogos, dibujantes y escritores que procuran mejorar sus entradas.

Desde luego, tan pronto como la televisión demostró su utilidad para vender desde un tubo de pasta de dientes hasta un automóvil, resultaba evidente que sería útil también para venderle al país la idea de que los Estados Unidos estaban en peligro y debían dedicar una parte importante de su producción a armarse y a prepararse militarmente para defenderse de sus enemigos. En cuanto al valor de la palabra “defenderse”, el pentagonismo ha llegado a crear en el pueblo norteamericano una confusión de tal magnitud en los conceptos que ya resulta normal leer en libros y periódicos de los Estados Unidos como éste: “Dadas nuestra naturaleza y nuestras tradiciones —y nuestra riqueza— no tenemos el deseo de conquistar. Nuestro poderío militar es defensivo, no ofensivo. Hasta cuando es usado o amenazamos con él, como en Viet Nam, Cuba o la República Dominicana, nuestro gobierno entiende que ese uso es defensivo. Algunos asiáticos pueden pensar que nosotros queremos ‘ocupar’ Viet Nam en la vieja tradición

⁵ Estos datos proceden de la fuente citada, *The Times*, London, sección “Business News”. Debe exceptuarse la cifra relativa a las firmas publicitarias, que ha sido calculada sobre la base del 17,65 por ciento sobre facturación, que cobran todas las agencias.

imperialista, pero están claramente equivocados”⁶. En esto último tiene razón el autor, pues el propósito no es ocupar Viet Nam en el viejo estilo imperialista sino usarlo en el nuevo estilo pentagonista.

Como todos los demás bienes del capitalismo sobredesarrollado, la televisión es usada también por el pentagonismo. No menos de 60 millones de norteamericanos oyen y ven al Presidente de la República, gracias a la televisión; todos al mismo tiempo y en todas las ciudades y en todos los villorrios del país, ventaja que el presidente aprovecha para servir la causa del pentagonismo. De esos 60 millones de televidentes, la mayor parte está ya pasivizada por hábito de televidear; está hecha a aceptar lo que se le diga si se le dice con buena técnica de venta. Desde luego, cuando el Presidente de la República habla utiliza la mejor técnica de venta, las palabras seleccionadas cuidadosamente por los técnicos más capacitados en el negocio de la propaganda, puesto que los tiene a su disposición; y sumada a esa elevada técnica usa la sobrecarga psicológica de su disposición, es decir, del enorme prestigio que confiere la presidencia de los Estados Unidos. La televisión puede ser usada —y a menudo lo es— para que otras personas digan lo contrario de lo que ha dicho el presidente; pero sucede que en ningún caso esas otras personas tendrán una audiencia tan grande como la que tiene el primer magistrado del país, de manera que hay millones de norteamericanos

⁶ DALE, Edwin L. Jr., “The U. S. Economic Giant Keeps Growing”, en *The New York Times Magazine*, March 19, 1967, p.31, pp.135-140, pp.146-152. El párrafo que tenemos traducido se halla en la p.135 y en inglés se lee así: “Given our nature and our traditions —and our wealth— we have no wish to conquer. Our military might is defensive, not offensive. Even when it is used, or threatened, as in Viet Nam, Cuba or the Dominican Republic, our Government conceives of that use as defensive. Some Asians may think we want to ‘occupy’ Viet Nam in the old imperialist tradition, but they are clearly mistaken”.

que oyen al presidente y no oyen a los que argumentan contra sus opiniones. En general, las opiniones opuestas a las del Gobierno llegan sólo a una minoría. Teóricamente, es posible emitir ideas contrarias a las del pentagonismo, pero la verdad es que no se puede competir, a la hora de contar los televidentes, con los altos funcionarios, y sobre todo con el Presidente de la República.

¿Qué otros sectores del país, además de los científicos, los trabajadores y los publicitarios, derivan beneficios del pentagonismo? O lo que es igual, ¿cuáles otros grupos están pentagonizados?

Los comerciantes de todos los niveles. Las grandes firmas de comercio son, desde luego, parte del núcleo pentagonista, pero las menos fuertes están pentagonizadas porque sacan ventajas de la economía de guerra. El sector comercial, formado por millares de familias extendidas a lo largo de toda la nación, es quizá el que tiene más conciencia de lo que significan para sostener funcionando un gran mercado consumidor, los cuantiosos gastos militares. La demanda hace mover enormes cantidades de productos de todos los tipos, de artículos necesarios y de artículos superfluos, y los comerciantes son los que dan salida a ese océano de productos. Todo lo que se vende pasa por sus manos y deja en ellas un beneficio. La economía pentagonista, con sus altos salarios y su velocidad de desarrollo, ha creado en verdad el paraíso de los comerciantes norteamericanos.

A los comerciantes hay que sumar los banqueros de todos los rangos. Los que controlan la alta banca son directivos del mando pentagonista, pero los de la pequeña banca, los banqueros y sus empleados de ciudades medianas y villas agrícolas se encuentran en situación parecida a los comerciantes. Este sector del negocio bancario manipula casi la totalidad del dinero que mueve el comercio mediano y pequeño, de manera que en la medida en que ese tipo de comercio vende

más y compra más, los bancos que están en un nivel inferior a los grandes bancos ejecutan más operaciones diarias, lo que en fin de cuentas significa que ganan más dinero. Lo mismo que su contraparte en el comercio, esos banqueros tienen conciencia clara de que la enorme actividad económica del país tiene como base la economía de guerra; por tanto, también ese sector se halla pentagonizado.

La verdad es que los grupos más numerosos de la sociedad norteamericana estaban pentagonizados ya a fines de 1964. Los observadores políticos no se dieron cuenta de esto debido a que en las elecciones de ese año perdió el candidato que ofrecía usar el poder nuclear en Viet Nam y las ganó el que decía que no debía llegarse a ese extremo. La votación de 1964 parecía ser, pues, un plebiscito contra la guerra, esto es, contra el ya casi todopoderoso, pero todavía oculto movimiento pentagonista. Pero los observadores políticos se dejaron confundir por las apariencias o confundieron sus propios sentimientos con los del Pueblo. En general, los observadores eran más o menos liberales y votaron contra la parte nuclear del programa de Goldwater, pero el pueblo norteamericano votó contra el candidato republicano porque anunció que si triunfaba desfederalizaría los seguros sociales, esto es, haría depender los seguros sociales de los gobiernos de los estados, no del gobierno federal. En la mente de la gran masa del país ese punto del programa de Goldwater se entendió como que éste se oponía a los seguros sociales. Y fue lo que había de amenaza en ese punto, no lo que dijo sobre la bomba atómica, lo que determinó la derrota de Goldwater. Si éste hubiera dicho que usaría el poderío atómico de su país en Viet Nam y que además elevaría el monto de los retiros, rebajaría la edad del retiro y aumentaría los servicios de salud sin aumentar su costo, el pueblo norteamericano hubiera votado por él. En todo caso, sus votantes hubieran sido muchos más.

No nos engañemos y no convirtamos en realidad lo que deseamos. La gran masa de los Estados Unidos ha sido endrogada con el espectáculo de la fabulosa riqueza de su país y de su impresionante poderío militar. Esa gran masa votará por el uso de la bomba “A” en Viet Nam y en cualquier otro sitio si el uso de la bomba le proporciona más seguridad, más bienestar y si halaga su orgullo nacional. Pocos meses después de las elecciones de 1964, en el mes de mayo de 1965, más del 70 por ciento de la población de los Estados Unidos estaba respaldando a Johnson en su decisión de enviar infantería de marina a la República Dominicana, y en marzo de 1967 un porcentaje aproximadamente igual estaba de acuerdo en que se aumentaran los bombardeos sobre Viet Nam del Norte. Ese alto tanto por ciento —en los dos casos— apoyaba al presidente Johnson en su política pentagonista debido a que él había propuesto al Congreso la ley de extensión de los servicios contra enfermedades. El que le proporcione a la masa norteamericana algún beneficio tendrá su respaldo para cualquier tipo de política exterior, pues esa masa no tiene la menor idea de nada que no sea su miedo al comunismo y su hambre de ventajas.

Es significativo que el sondeo de opinión pública hecho en marzo de 1967 —en el que una mayoría abrumadora resultó partidaria de intensificar los bombardeos para el Viet Nam de Ho Chi Minh— se produjo después que el *New York Times* publicó una serie de reportajes de un periodista de su equipo que estuvo en Hanoi y en otros lugares de Viet Nam del Norte; en esos reportajes se afirmaba que las bombas norteamericanas estaban matando niños y mujeres no combatientes y destruyendo escuelas y hogares. Los artículos del *New York Times* provocaron un sonoro revuelo de los sectores liberales norteamericanos, que los comentaron en todos los medios de publicidad a su alcance. El sondeo de opinión indicaba que esos revuelos no influyeron en las ideas de las mayorías.

De esto pueden sacarse varias conclusiones, pero todas llegan a un punto. Podemos pensar que el *New York Times* tiene poco peso en la formación de la opinión pública de su país; podemos pensar que tiene un peso importante, pero limitado a los círculos liberales; podemos pensar que los liberales no expresan ni los sentimientos ni las ideas de las mayorías norteamericanas. Lo último parece ser lo más probable. De todos modos, cualquiera de las conclusiones desemboca en una misma realidad: en conjunto, el pueblo de los Estados Unidos es pentagonista o está pentagonizado; cree en el poder de las armas y confía en él para dirimir los problemas internacionales y por tanto no oye a los que predicán lo opuesto.

Lo que Simón Bolívar llamó en 1819 la minoría activa de la sociedad, refiriéndose al sector que pone a la cabeza de un país y lo conduce a la lucha por la justicia y la libertad, no existe ya en los Estados Unidos. La minoría activa de Norteamérica está compuesta por hombres entregados a la pasión del beneficio económico; y es a ese grupo a quien sigue el Pueblo, no a los liberales. Los liberales corresponden a la sociedad individualista, que ha desaparecido en los Estados Unidos. Lo que hay ahora es una sociedad de masas en la que sólo puede influirse con grandes despliegues de fuerzas y con medios masivos de información. Los liberales no tienen posibilidad de mostrar un poder parecido al del Pentágono ni podrían alcanzar nunca a reunir el dinero que hace falta para cubrir el país con programas de televisión. Los que disponen de lo uno y de lo otro son los beneficiados del pentagonismo y el Gobierno, que es en política exterior, el agente pentagonista; y son estos los que forman la opinión de las masas.

Profesores y estudiantes protestan de la acción militar norteamericana en territorios lejanos de pueblos pobres; lo hacen a través de anuncios pagados en diarios y revistas que son leídos únicamente por los que están convencidos de antemano

de lo que dicen los anuncios. Muchos de esos *disenters* protestan a nombre de universidades y centros de estudios que están financiados por el pentagonismo. Esta paradoja explica que a la hora de liquidar el movimiento de protesta que conmovió durante algún tiempo a la universidad de California —una gigante, aun en términos norteamericanos— resultó fácil echar de su puesto al rector de la universidad, a quien se le achacaba el delito de pensar igual que los estudiantes que protestaban⁷.

El sector liberal norteamericano, cada vez más pequeño es ya una flor exótica, producto de una sociedad liquidada. Quedan algunos liberales que sobreviven por razones biológicas, debido a su edad avanzada. La expresión natural de una sociedad de masas en un régimen de libre competencia es el pentagonismo, no el liberalismo. Los liberales se explicaban en la era del capitalismo individualista del siglo XIX y de principios de este siglo, no en la era del capital sobredesarrollado. Hay algunos jóvenes que se “gradúan” de liberales como si esto fuera una profesión, pero eso tiene su razón de ser: esos jóvenes saben que en ciertas ocasiones el gobierno de su país necesita hombres con títulos de liberales para enviarlos a misiones que no pueden ser cubiertas por pentagonistas conocidos. En todos los casos, sin excepciones, este curioso tipo de liberal se conoce porque en sus denuncias de la política de su gobierno que hace públicas en revistas “liberales”, hay siempre un párrafo —el párrafo clave— en que coincide con la política oficial.

⁷ En la organización universitaria norteamericana no hay rector sino presidente. En el caso a que nos referimos, el presidente Clark Kerr fue sustituido por Charles Johnson Hitch, un hombre estrechamente vinculado al Pentágono, que había trabajado para la Rand Corporation y para la Secretaría de Defensa. Véase un amplio reportaje sobre las actividades pentagonistas de Hitch en *The Nation*, número del 15 de diciembre de 1967, pp.682-685.

La tambaleante actitud de muchos liberales norteamericanos se explica porque es difícil, más bien diríamos imposible, vivir en una época con las ideas y los sentimientos de otra que ha sido superada. El caso de Theodore Draper es único y se debe a que este agudo observador está dotado de inteligencia excepcional y sensibilidad creadora, ambas cosas acompañadas por una tenacidad y una honestidad intelectual a toda prueba. Su ejemplo, sin embargo no es fácil de seguir para quien no tenga sus condiciones⁸.

⁸ Mientras era Presidente de la República Dominicana recibí un cable de un conocido liberal norteamericano que se había hecho un nombre como partidario de un mejor trato para la América Latina. En 1963 ese liberal, hombre ya maduro, era miembro del directorio de una poderosa industria dulcera de los Estados Unidos y me cablegrafió pidiéndome que le vendiera a su firma azúcar o algunos de los derivados de este producto. El Estado dominicano era propietario de varios ingenios azucareros, pero yo no era vendedor de azúcar ni se me hubiera nunca ocurrido que esa personalidad de la política norteamericana negociaba con azúcar. En ese momento el azúcar estaba en alza en el mercado mundial, de manera que en defensa de los intereses de mi país pedí que no se hicieran ventas si no era a precios estipulados de antemano como buenos. Unos años después, a raíz de la intervención pentagonista en mi país, ese liberal escribió en la revista de libros de *The New York Times* un artículo en que me presentaba como una calamidad pública para la República Dominicana. El liberal se llamaba Adolf Berle.

V POLÍTICA Y PENTAGONISMO

Al analizar las causas del conflicto de Viet Nam, Theodore Draper llega a la siguiente conclusión: lo mismo en Cuba que en la República Dominicana que en Viet Nam, los Estados Unidos tuvieron que recurrir al poderío armado debido a que no tenían planes políticos para hacer frente a acontecimientos imprevistos que se produjeron en esos países¹.

De acuerdo. Pero nosotros preguntamos: ¿por qué no tenían planes políticos?

Y la respuesta natural es: porque ya los Estados Unidos no son un poder civil manejado, en el campo internacional, por los políticos. En ese terreno son un poder militar manejado por una asociación de banqueros, industriales y militares que tiene sus planes propios para aplicarlos en cualquier parte del mundo.

El pueblo de los Estados Unidos y su gobierno han quedado convertidos en la colonia del pentagonismo, y como tal colonia no pueden tener una política exterior. La tienen sus colonizadores, no ellos. En los tiempos del imperialismo, la política exterior de la colonia era elaborada y ejercida por la metrópoli; en los actuales tiempos del pentagonismo la política exterior de la colonia pentagonista —que son los Estados Unidos— es elaborada y ejercida por el poder pentagonista.

¹ Cfr. DRAPER, Theodore, *Abuse of Power*. New York, The Wiking Press, 1967.

En los días del imperialismo no se hubiera concebido siquiera que un jefe de fuerzas expedicionarias se presentara al Congreso, o a una de sus ramas para pedir medios que aseguraran la victoria y para hablar en nombre de sus “muchachos”; en tiempos del pentagonismo el general Westmoreland hizo eso y los legisladores le interrumpían con ovaciones puestos de pie, y el país entero creía que lo que estaba viendo a través de la televisión era un suceso normal, si bien un tanto excitante como espectáculo.

Ese episodio era revelador de lo que había sucedido en los Estados Unidos. En los quince años que el país tardó en doblar su producto nacional bruto, el gran poder económico pasó a un grupo de hombres que se dedicó a abastecer las necesidades de mercado de consumo militar y descubrió que para aumentar la producción —su riqueza— tenía que ampliar ese mercado, y descubrió también que eso podía lograrse aliándose a los militares para hacer la guerra; esa alianza se tradujo en un poder real, económico, político y militar; y es ese poder el que actúa en el campo internacional.

La tradicional política exterior no tiene ya razón de ser. Los jefes civiles de la antigua política internacional —el presidente y el secretario de Estado— tienen ahora una función limitada: aprobar los planes del pentagonismo. El pentagonismo sí tiene un plan: mantenerse constantemente en guerra en algún lugar del mundo a fin de sostener el actual poderío militar y ampliarlo en la medida en que sea posible; en suma, asegurarse el mercado militar a través de la guerra permanente.

El ejercicio de la política produce políticos. La política doméstica norteamericana tiene sus procedimientos, bien peculiares por cierto, y en los Estados Unidos hay maestros en esos procedimientos; el presidente Johnson ha sido tal vez el más hábil de todos en los últimos tiempos. Pero la política internacional requiere condiciones de finura, visión

y dedicación a determinados principios; requiere políticos de talla, y los Estados Unidos no tienen hombres de esa estatura. ¿Por qué? Porque la política exterior ha dejado de ejercerse y se le ha sustituido con la fuerza. Lo que tiene Norteamérica en ese terreno son funcionarios, no políticos; por algo en el país se ha establecido la costumbre de escoger los titulares de las secretarías de Estado y Defensa entre jefes de industrias, no entre personajes políticos, como se hacía en los viejos tiempos del imperialismo. El secretario de Estado —es un ejemplo, no aludimos a personas— es importante porque su cargo es importante, no por las condiciones políticas del que lo desempeña; y el cargo a su vez sigue siendo importante porque hereda el prestigio de los días gloriosos del poder civil y porque la mayoría de los gobiernos del mundo tiene una política exterior dirigida y realizada por civiles, de manera que en las conferencias internacionales hablan los políticos, los estadistas, los diplomáticos, no los militares, y debido a eso los Estados Unidos tienen que aparecer en esas reuniones representados por civiles.

También en este campo la tradición norteamericana preparó el camino para la aparición del pentagonismo. Y no debe extrañarnos. Un fenómeno como el pentagonismo no podía establecerse si no procedía de acuerdo con la naturaleza social de su país; más aún: sólo podía ser generado por esa naturaleza social. Si hubiera tratado de ir contra el carácter nacional, contra el tipo de economía alemana, contra las raíces mismas del pueblo de Alemania, el nazismo no hubiera podido llegar a ser lo que fue. El pentagonismo no hubiera podido llegar a establecerse en los Estados Unidos de no haber sido un producto natural de la sociedad norteamericana y del grado de evolución de esa sociedad en el momento de la formación de ese poder.

Los Estados Unidos son políticamente un país de burócratas y funcionarios, no de líderes. El funcionario de más

categoría es el líder, pero sólo mientras está desempeñando el cargo; una vez que lo abandona deja de tener importancia e influencia en las masas. El caso de Grover Cleveland, que volvió a ser Presidente de la República cuatro años después de haber dejado de serlo, es excepcional, y las excepciones no son la regla. Las figuras políticas permanentes que conocemos en la historia de Europa, los políticos que llegan a la posición de líderes y se convierten en personajes nacionales antes de ocupar un cargo y siguen siendo líderes después que han dejado el cargo, y retornan al poder en tiempos de crisis para poner en ejecución las ideas que había estado predicando —el caso de Winston Churchill en Inglaterra o de Charles De Gaulle en Francia, para citar sólo dos— no se conoce en la historia norteamericana. En los Estados Unidos la categoría de líder la da el cargo, no está en el hombre.

Sin embargo, eso no sucede en el terreno militar. Ahí sucede lo contrario. Los generales victoriosos son siempre líderes. Los ex-presidentes de la República viven retirados, muchos de ellos en sus villas natales; sólo se les menciona de tarde en tarde y se les tributa un recuerdo nada más a la hora de la muerte. Pero el general MacArthur recibió el homenaje más ruidoso de su pueblo cuando quedó fuera del mando en Corea, por la sencilla razón de que era un general victorioso y tenía por tanto la categoría de un líder nacional. En la historia de los Estados Unidos los generales y los coroneles victoriosos han sido llevados a la presidencia del país porque se les ha tenido por líderes, no porque hayan tenido las mejores condiciones para gobernar. Para el pueblo norteamericano el líder es el héroe, no el conductor civil, prueba de que en el orden político los Estados Unidos están en una etapa de subdesarrollo, pues así ocurría en los pueblos de Europa cuando todavía no habían madurado.

La evolución política europea no fue seguida en los Estados Unidos. Si De Gaulle no hubiera sido un gran político además de ser un excelente militar, hubiera quedado relegado al campo de las glorias guerreras de su país, pero no habría sido un líder. Desde luego, para distinguir entre el prestigio de un general victorioso y la capacidad de un líder político se requiere cierto grado de refinamiento que sólo puede proporcionar la educación o el hábito en el trato de los problemas políticos, y para lograr esa educación o crear ese hábito debe haber por lo menos partidos de actuación permanente; y ese no es el caso de los Estados Unidos.

Los partidos tradicionales de Norteamérica —que desde hace más o menos un siglo se llaman Demócrata y Republicano— no son organismos permanentes. Desde el punto de vista del ciudadano —no del funcionario, del presidente, de los senadores y diputados, gobernadores y alcaldes— la actividad política norteamericana comienza en las elecciones llamadas primarias, en las cuales cada partido elige sus precandidatos, y termina al quedar el voto depositado en las urnas el día de las elecciones generales o parciales. El punto álgido de esa actividad, el momento que conmueve a la nación, es el de la convención donde cada partido elige su candidato a la presidencia de la República.

Ese candidato va a ser el líder de su partido hasta el día de las elecciones; y si resulta elegido presidente será el líder del país durante cuatro años y normalmente durante ocho años. Como la importancia se halla en el cargo, no en el hombre, el que ocupe el cargo tendrá el 99,99 por ciento de probabilidades de ser elegido candidato por segunda vez —es decir, seguirá siendo el líder de su partido— y las mismas posibilidades de que vuelvan a elegirlo presidente del país. El presidente será el líder de la nación y del pueblo, aun de los que votaron contra él. Puede ser que no tenga condiciones de líder, pero

puede encontrarse en el cargo porque lo haya heredado, y en ese caso, dado que el cargo le traspasa al hombre su categoría, se le elegirá candidato y presidente.

No juzgamos si el procedimiento es bueno o es malo. A los Estados Unidos les rindió beneficio durante más de siglo y medio. Ahora bien, el procedimiento era —y es— parte de un sistema que tendía, esencialmente, a evitar la formación de líderes y de partidos permanentes; y la ausencia de líderes y de partidos permanentes resultó provechosa para el pentagonismo. A la hora de hacerse dueños y señores del campo político internacional del país, los pentagonistas no encontraron estadistas de talla ni políticos de categoría que se les opusieran; a la hora de colonizar a su pueblo pudieron hacerlo prácticamente sin oposición; es más, pudieron hacerlo sin que los norteamericanos se dieran cuenta del escamoteo que se estaba llevando a cabo ante sus propios ojos.

Solamente si nos damos cuenta de esto llegaremos a comprender por qué puede darse en los Estados Unidos el caso de que un miembro del gabinete se sostenga en su cargo aunque haga lo contrario de lo que había hecho antes. Es que en realidad, dado que lo importante es el cargo y no quien está sirviéndolo, el que lo desempeña resulta ser un burócrata; no tiene que ser un político. En el terreno de las relaciones internacionales esto se ha hecho evidente después que el pentagonismo se hizo fuerte. Hay dos ejemplos de lo que decimos: Dean Rusk, secretario de Estado, y Adlai Stevenson, que fue representante de su país en las Naciones Unidas. Dean Rusk y Adlai Stevenson habían sido llevados al Gobierno para ejecutar una determinada política internacional, la del presidente John F. Kennedy. Esa política estaba especialmente definida en lo que se refería a América Latina: Alianza para el Progreso, no intervención, respeto a la voluntad de los pueblos latinoamericanos y a su soberanía. El presidente Kennedy

llegó hasta el grado de decir que si el gobierno de Fidel Castro se libraba de sus ataduras con Rusia los Estados Unidos podrían mantener relaciones normales con Cuba aunque siguiera siendo un país comunista. Esta línea política era la que tenían que seguir el secretario de Estado y el embajador en la ONU.

Sin embargo, tal línea cambió bruscamente hacia una dirección opuesta, hacia la intervención armada de los Estados Unidos en cualquier país de América Latina. El cambio se planeó y ejecutó en menos de 72 horas. La Revolución de Abril de 1965 había estallado en la República Dominicana y el pentagonismo estaba listo para asumir el mando de la política exterior de los Estados Unidos. El pentagonismo había decidido lanzar su poderío en el pequeño país del Caribe, y aunque eso significaba violar pactos multilaterales, desconocer una larga política que estaba elaborándose y evolucionando desde los tiempos de Franklyn Delano Roosevelt, desprestigiar la OEA —que era un instrumento creado por los Estados Unidos y necesario para sus planes de largo alcance—; y aunque sobre todo significaba poner en evidencia a los hombres que aparentemente dirigían la política exterior del país, el cambio se produjo, la República Dominicana fue intervenida, y los señores Dean Rusk y Adlai Stevenson defendieron la intervención y siguieron en sus cargos. Actuaron como burócratas, no como estadistas. Piénsese por un momento que Stevenson, candidato dos veces del Partido Demócrata a la presidencia de la República, pudo haber sido elegido para esa alta posición, y sin embargo no tenía capacidad de político; era meramente un burócrata.

Ha habido cierta inclinación a comparar la vida política norteamericana con la inglesa basándose en que los dos países usan el sistema de dos partidos tradicionales. Pero la vida política de Inglaterra tiene un sello que no se ve en la de los

Estados Unidos. Un político inglés está adscrito a una manera de ver el mundo, a una concepción general que en un tiempo se llamó *whig* o *tory* y hoy se llama conservadora o laborista. Un político norteamericano no tiene —salvo excepciones muy contadas a lo largo de la historia— una concepción ideológica de partido. Para el político norteamericano el partido es un medio de alcanzar una posición, de llegar a un puesto, y cuando se halla en ese cargo puede defender principios absolutamente diferentes a los que defienden otros políticos de su mismo partido. El ministro de Relaciones Exteriores de un gobierno inglés tendría que renunciar a su cargo —y quizá provocaría la caída del gobierno— si aprobara en público una política opuesta a la de su partido, esto es, a la que ese partido dijo que iba a ejecutar si llegaba al poder.

La clave de la diferencia entre la tradición política de Inglaterra y la de los Estados Unidos está en que los partidos norteamericanos no son permanentes, no están organizados sobre la base de un programa; son esquemas de partidos que sólo funcionan para fines electorales, cuando llega la hora de acumular votos; y al acercarse las elecciones los políticos de profesión se agrupan alrededor del candidato que a su juicio puede ganar. En los Estados Unidos no hay un partido que mantenga ideas si presume que con esas ideas puede perder las elecciones.

Desde hace tiempo se ha dicho que en Norteamérica un demócrata del Sur es a menudo más derechista que un republicano del Norte. Esto es cierto. Es frecuente ver a un senador republicano del Norte votando a favor de medidas liberales y a un senador demócrata del Sur votando en contra de ellas. Pero hay algo más: se conocen senadores demócratas del Sur que votan proposiciones liberales en todo aquello que no toque el problema racial, y en todo lo que se relacione con este problema votan sólo en favor de las medidas más derechistas.

Tales incongruencias se deben al hecho de que ninguno de esos políticos es líder, porque en los Estados Unidos no hay lugar para los líderes políticos. Como el liderazgo está en el cargo, hay que preservar el cargo; y como el país es sumamente contradictorio en su composición socio-política, para conservar el cargo hay que ser a un tiempo democrático y antidemocrático, republicano y antirrepublicano. Se afirma que el Sur es un bloque democrático, pero lo es sólo debido a que Lincoln era republicano y el Sur odia todo lo que huela al recuerdo de Lincoln. Es democrático en cuanto a su propensión a votar contra los republicanos; sin embargo, en las elecciones parciales de 1966 la gobernación de Florida fue ganada por un candidato republicano, cosa que no sucedía desde 1898. ¿Cuál fue la razón de ese cambio en el voto de los ciudadanos de Florida? Que el candidato de los demócratas era partidario de que se les reconocieran derechos civiles a los negros. Luego, los votantes del Sur son demócratas siempre que los candidatos demócratas del Sur se mantengan en los límites del *statu quo* en materia racista.

El problema racial no es el único que da origen a esa generalizada incoherencia de la vida política norteamericana. Hay muchos otros. En realidad los Estados Unidos no son un país, dicho en términos de poder; son varios países con varios poderes, todos, o casi todos, en lucha unos contra otros. La General Motors es por sí sola un poder económico y social que influye en la vida política del país mediante agentes de presión que actúan en Washington; pero la Ford Motors Company es otro poder, no tan grande como la General Motors, pero poder al fin, y en competencia con ella y con sus grupos de presión establecidos también en Washington. La Standard Oil Company busca influir en el gobierno para arrebatarle un contrato a la Phillip Petroleum o a una empresa similar; y por esa vía sigue una cadena interminable de poderes lanzados a

un combate feroz. A su vez, todas las empresas se unen para enfrentarse a los sindicatos, y estos luchan para obtener de las empresas mejores salarios².

Los políticos profesionales —los eternos senadores, representantes, alcaldes— están siempre bajo amenaza de perder sus posiciones si no aciertan a saber a tiempo hacia qué lado inclinarse en una lucha de esos grandes poderes. En ocasiones las posibilidades de volver a ser nominado candidato al cargo dependen de que la empresa proporcione una ayuda, pero puede suceder que la empresa esté esperando determinado permiso que perjudique los intereses políticos del aspirante, y puede suceder que la empresa esté solicitando la aprobación de tal o cual proyecto de ley al que se oponen los trabajadores; de manera que si el aspirante no sabe cómo actuar, puede ser que obtenga la ayuda de la empresa y que pierda los votos de los obreros, y puede resultar que logre el apoyo de los trabajadores pero que no pueda llegar a ser nominado candidato porque la empresa le negó la ayuda.

Las dificultades que afrontan los políticos norteamericanos debido a este último tipo de incoherencias —pues la de origen racial tiene un cariz más profundo, pero es más llevadera—, combinadas con el sistema que confiere categoría al político sólo a través del cargo, no de sus condiciones personales son la causa de que los norteamericanos tengan *politician* en vez de políticos. La palabra *politician* se aplica a aquel que en la actividad pública persigue un cargo y sus ventajas en vez de dedicarse a defender principios. Pero resulta que el político que en los Estados Unidos se dedique a defender principios chocará inmediatamente con uno o varios de esos muchos

² Véase en el Apéndice II (pp.161-164), una información sobre las principales firmas industriales de los Estados Unidos, el monto de sus ventas y de sus beneficios en el año de 1965.

poderes que hay en el país, y con el choque perderá la posición. De ahí proviene que en Norteamérica resulte despreciable, en el campo de la política la palabra *idealista*. Para un norteamericano, un idealista es un estúpido, puesto que arriesga la posición, que es lo que realmente tiene valor, a cambio de defender un ideal, que es algo que no tiene rendimiento palpable. En sus orígenes, cuando todavía había en los Estados Unidos gentes con ideales políticos, no meramente con intereses, la palabra *politician* era peyorativa, pero ahora no se concibe que se llame de otro modo a los políticos.

El pentagonismo ha venido a convertirse al mismo tiempo en un solucionador para los políticos de muchas de esas incoherencias y en un armonizador de intereses entre los grandes poderes económicos.

Al crear el gigantesco mercado de consumo militar, el pentagonismo ha requerido instalaciones de nuevas industrias y la ampliación de muchas de las que existían. Esto le ha resultado fácil, porque dispone de los enormes fondos que hacen falta para esas instalaciones o esas ampliaciones. Un contrato del Pentágono es un cheque al portador; con él se obtienen inmediatamente los terrenos, las máquinas, los científicos y los técnicos, los caminos y los tendidos eléctricos que se requieran para establecer una industria nueva o ampliar una que ya exista. A menudo esos contratos son por varios cientos de millones de dólares. Ahora bien: cada político profesional de los Estados Unidos, desde el Presidente de la República hasta el último alcalde, tiene siempre necesidad de atender, en lo que se llama su “base política” —el lugar donde debe ganar las elecciones primarias—, peticiones de los votantes; y las peticiones más frecuentes son las de nuevas fuentes de trabajo, o lo que es lo mismo, nuevas industrias. Una industria nueva supone nuevos establecimientos comerciales, nuevas sucursales de bancos, nuevos hospitales, nuevas escuelas; en

suma, nuevos votantes. El pentagonismo está en capacidad de proporcionar todo eso a través de sus contratos: basta que al dar uno se diga: "Queremos que tales piezas de los aviones que se van a fabricar gracias a este contrato sean producidas en tal lugar". Si el que pidió que esa fábrica se instalara en ese sitio es un senador o un diputado, los pentagonistas saben que podrán contar con su voto cuando lo necesiten. Por lo demás, el pentagonismo no pedirá su voto para asuntos de índole doméstica. Su campo de acción no son los Estados Unidos. Los Estados Unidos son el territorio donde el pentagonismo se aprovisiona de hombres y de máquinas de guerra y donde recauda beneficios; pero políticamente el país no tiene valor para él. Así pues, el político puede pedir favores al pentagonismo seguro de que no tendrá que pagarlos con decisiones que puedan perjudicar su futuro.

Como poder armonizador de los conflictos económicos entre las grandes firmas, el pentagonismo resulta de utilidad inapreciable para los políticos norteamericanos porque les resuelve problemas que en ocasiones son de mucha envergadura. Un contrato de algunos cientos de millones de dólares para fabricar tanques, aviones, buques, o para el suministro de petróleo, puede repartirse entre varias compañías competidoras. Desde el Presidente de la República hacia abajo, para los políticos es un alivio saber que disponen de esa vía para atender solicitudes.

En realidad, el pentagonismo representa un mal —y una amenaza de males constantes— para los pueblos del mundo, especialmente para los de estructuras coloniales o dependientes, y para la juventud norteamericana, que tiene que suministrar soldados pentagonistas. Pero es una especie de bendición de los dioses para los políticos de los Estados Unidos y para los grandes poderes económicos que componen la plana mayor pentagonista. En otro orden, también

ha resultado —y resulta, hasta el momento— una bendición del cielo para los millones de trabajadores, comerciantes, banqueros, empleados, profesionales, técnicos y científicos que reciben mejores salarios y sueldos gracias a la boyante economía de guerra. Eso explica que el pueblo norteamericano se haya dejado pentagonizar insensiblemente. Es casi seguro que cualquier otro pueblo, colocado en su lugar, hubiera caído en la pentagonización sin ofrecer resistencia, y es justo que esto se reconozca.

Ahora bien, volviendo al punto de política y pentagonismo, ¿sabe alguien en los Estados Unidos en qué desembocará esa doble política de su país, una para los asuntos domésticos, con un gobierno civil al frente, y otra para los internacionales, con un poder ilegal que la maneja a su gusto y medida? Si se produjera una catástrofe en el exterior, ¿sería posible rebajar, o liquidar, el poder del pentagonismo o se expondría el país a que los pentagonistas se lanzaran a tomar el poder después de haber barrido de sus posiciones a los políticos? Y si no se produce una catástrofe y los pentagonistas siguen haciendo la guerra por el mundo, ¿podrá el pueblo norteamericano hacer frente a todas las eventualidades que provocarán las guerras de agresión de sus militares?

La situación que tienen ante sí los Estados Unidos no es tranquilizadora. Mucha gente, dentro y fuera de Norteamérica, cree que un cambio de presidente significará un cambio de política internacional; pero esa gente se equivoca. No fue un engaño del presidente Johnson predicar una cosa en política exterior mientras solicitaba los votos del pueblo y hacer otra cuando llegó al poder. Al hacerse cargo de la presidencia Johnson encontró que ya no tenía mando efectivo en la política extranjera de su país. El propio John F. Kennedy pudo percibir los síntomas del peligro, y por eso advirtió que la política doméstica podía causar perturbaciones, pero que la

exterior podía matar a los Estados Unidos; y a pesar de eso fue él, Kennedy, quien empezó el escalamiento en Viet Nam porque halló que ya en 1961, cuando él pasó a ser presidente, su país estaba comprometido en la antigua Indochina a tal punto que no podía volver atrás. No en balde poco antes de despedirse del cargo el presidente Eisenhower había dicho que debía tenerse cuidado con el complejo financiero-industrial-militar que estaba formándose en el país. El pentagonismo se presentó como una poderosa estructura de poder al comenzar el año 1965, pero era una realidad creciente en 1960 y era ya indestructible cuando Johnson heredó la presidencia en noviembre de 1963.

La política norteamericana ha pasado a girar en dos esferas conectadas por un engranaje. El pentagonismo actúa fuera de los Estados Unidos, pero tiene que vivir de los Estados Unidos y contra pueblos que están lejos de las fronteras norteamericanas. La política y la economía del país se nutren, y se nutrirán cada día más, de lo que produce el pentagonismo. La esfera nacional y la esfera internacional se mueven impulsadas por el pentagonismo. El menor tropiezo en una de las esferas se reflejará en el engranaje y modificará su acción, lo que a su vez modificará la de otra esfera. Un diente que se rompa en una de las esferas transformará el movimiento de todo el mecanismo. En este caso, como en toda maquinaria, la fuerza del todo depende de su punto más débil.

VI DOCTRINA Y MORAL DEL PENTAGONISMO

El pentagonismo no es el producto de una doctrina política o de una ideología; no es tampoco una forma o estilo de vida o de organización del Estado. No hay que buscarle, pues, parecidos con el nazismo, el comunismo u otros sistemas políticos. El pentagonismo es simplemente el sustituto del imperialismo, y así como el imperialismo no cambió las apariencias de la democracia inglesa ni transformó su organización política, así el pentagonismo no ha cambiado —ni pretende cambiar, al menos por ahora— las apariencias de la democracia norteamericana.

Lo mismo que sucedió con el imperialismo, el pentagonismo fue producto de necesidades, no de ideas. El imperialismo se originó en la necesidad de invertir en territorios bajo control los capitales sobrantes de la metrópoli, y para satisfacer esa necesidad se crearon los ejércitos coloniales. En el caso del pentagonismo el fenómeno se produjo a la inversa. Por razones de política mundial los Estados Unidos establecieron un gran ejército permanente y ese ejército se convirtió en un consumidor privilegiado, sobre todo de equipos producidos por la industria pesada, y al mismo tiempo se convirtió en una fuente de capitales de inversión y de ganancias rápidas; una fuente de riquezas tan fabulosa que la Humanidad no había visto nada igual en toda su historia.

Ahora bien, como el imperialismo invertía capitales en los territorios coloniales para sacar materias primas que eran transformadas en la metrópoli, la colonia y la metrópoli quedaban vinculadas económica y políticamente en forma tan estrecha que formaban una unidad. El imperialismo no llegó a descubrir que podía obtener beneficios mediante la implantación de un sistema de salarios altos en la metrópoli —y si alguno de sus teóricos alcanzó a verlo debió callárselo por temor de que los pueblos coloniales reclamaran también salarios altos—; el imperialismo seguía aferrado al viejo concepto de que cuanto menos ganara el obrero más ganaba el capital, y para mantener ese estado de cosas el imperialismo tenía en sus manos el poder político tanto en la metrópoli como en las colonias. Pero el pentagonismo se dio cuenta de que los altos salarios contribuían a ampliar el mercado consumidor interno y se dio cuenta de que no necesitaba explotar territorios coloniales; le bastaba tener al pueblo de la metrópoli como fuente de capitales de inversión y como suministrador de soldados, pero reclamó tener el control de la política exterior de la metrópoli porque a él le tocaba determinar en qué lugar y en qué momento usaría los soldados, qué iban a consumir esos soldados, en qué país del mundo debía crearse un ejército indígena y qué productos se le entregarían.

Mucho tiempo después de estar operando, el imperialismo creó una doctrina que lo justificaba ante su pueblo y ante su propia conciencia; fue la de la supremacía del hombre blanco, que tenía la “obligación” de derramar los bienes de su “civilización” sobre los pueblos “salvajes”. En los Estados Unidos esa doctrina tomó un aspecto particular y se convirtió en la del “destino manifiesto”: esto es, la voluntad divina había puesto sobre las espaldas de los norteamericanos la obligación de imponerles a los pueblos vecinos su tipo especial de civilización, eso que ahora se llama el *american way of life*.

Pero sucedió que Hitler atacó a los países imperialistas en nombre de la superioridad de la raza germana, y esos países tuvieron que defenderse bajo la consigna de que no había raza superior ni razas inferiores. La batalla fue tan dura que hubo que contar con la ayuda de las colonias y de los ejércitos indígenas; de manera que la llamada doctrina de la supremacía del hombre blanco quedó destruida; fue una víctima de la guerra.

Ahora bien, al formarse, y al pasar a ocupar el sitio que había ocupado el imperialismo, el pentagonismo se dio cuenta de que tenía que seguir los métodos del imperialismo en un punto: en el uso del poder militar. El pentagonismo, como el imperialismo, no puede funcionar sin ejercer el terrorismo armado. En ambos casos el eje del sistema está en el terrorismo militar. Luego, el pentagonismo, como el imperialismo, tenía que llevar hombres a la guerra y a la muerte, y nadie puede hacer eso sin una justificación pública. Ninguna nación puede mantener una política de guerras sin justificarla a través de una doctrina o una ideología política. Esa doctrina o esa ideología puede ser delirante, como en el caso del nazismo; pero hay que formarla y propagarla. En algunas ocasiones la doctrina o ideología fue predicada antes de que se formara la fuerza que iba a ponerla en ejecución, pero el pentagonismo no estaba en ese caso; el pentagonismo se organizó sin doctrina previa, como una excrecencia de la gran sociedad de masas y del capital sobredesarrollado.

Una vez creado el nuevo poder, ¿cómo usarlo sin una justificación?

Los Estados Unidos son una sociedad civilizada, con conocimiento y práctica de valores y hábitos morales. Al hallarse de buenas a primeras con un poder tan asombrosamente grande instalado en el centro mismo de su organización social y económica —y sin embargo fuera de su organización legal y

de sus tradiciones políticas—, los jefes del país tuvieron que hacer un esfuerzo para justificar su uso. Ya se sabía, por la experiencia de las dos guerras mundiales de este siglo, que cuando el país ponía en acción grandes ejércitos la economía se expandía y el dinero se ganaba a mares. El gran ejército había sido establecido y había que ponerlo en acción. Era necesario nada más elaborar una doctrina, un cuerpo de ideas falsas o legítimas, que justificara ante el pueblo norteamericano y ante el mundo la existencia y la actividad extranacional de ese gran ejército.

Ya no era posible hablarle a la Humanidad de fuerzas ofensivas o agresivas. Desde el asiático más pobre y el africano más ignorante hasta el californiano más rico, todo el mundo sabía —después de la guerra de 1939-1945— que cualquier agresión militar, sobre todo si partía de un país poderoso y se dirigía contra uno más débil, era un crimen imperdonable, todo el mundo sabía que los jefes nazis habían terminado en la horca de Nuremberg debido a que la guerra de agresión quedó catalogada entre los delitos que se castigan con la última pena, y que esta innovación jurídica había sido incorporada al derecho internacional. Había que inventar algo completamente opuesto a las guerras de agresión u ofensivas.

Y como lo contrario de ofender es defenderse, la doctrina del pentagonismo tenía que elaborarse alrededor de este último concepto. Si los Estados Unidos iban a una guerra en cualquier parte del mundo, y especialmente contra un país débil; o si usaban sus ejércitos como un instrumento de terror internacional, sería para defender a los Estados Unidos, no para agredir al otro país. Se requería, pues, establecer la doctrina de la guerra defensiva realizada en el exterior.

Pero había un conflicto intelectual y de conciencia que debía ser resuelto de alguna manera. Una nación hace una guerra defensiva para defenderse de un enemigo que ataca su

territorio, y jamás se conoció otro tipo de guerra defensiva. ¿Cómo convertir en guerra defensiva la acción opuesta? ¿Cómo era posible trastocar totalmente los conceptos y hacerles creer al pueblo americano y a los demás pueblos del mundo que defensa quería decir agresión y agresión quería decir defensa? Al parecer el conflicto no tenía salida, y sin embargo el pentagonismo halló la salida. La doctrina que justificaría el uso de los ejércitos pentagonistas en cualquier parte de la Tierra, por alejada que estuviera de los Estados Unidos, iba a llamarse la de *las guerras subversivas*. Esta vino a ser la doctrina del pentagonismo.

¿Cuál es la sustancia de esa doctrina y cómo opera el método para aplicarla?

La sustancia es bien simple: toda pretensión de cambios revolucionarios en cualquier lugar del mundo es contraria a los intereses de los Estados Unidos; equivale a una guerra de subversión contra el orden norteamericano y en consecuencia es una guerra de agresión contra los Estados Unidos que debe ser respondida con el poderío militar del país, igual que si se tratara de una invasión armada extranjera al territorio nacional.

Hasta hace pocos años esa doctrina se llamaba simplemente el derecho del más fuerte a aplastar al más débil; era la vieja ley de la selva, la misma que aplica en la jungla del Asia el tigre sanguinario al tímido ciervo; había estado en ejercicio desde los días más remotos del género humano en todos aquellos sitios donde el hombre se conservaba en estado salvaje y parecía increíble que alguien tratara de resucitarla en una era civilizada. Pero a los pentagonistas les gustó tanto —debido a que era imposible inventar otra— que quisieron honrarla dándole el nombre de uno de sus bienhechores, y la llamaron doctrina Johnson.

El método para aplicar la nueva ley de la selva o doctrina de las guerras subversivas o doctrina Johnson es tan simple

como su sustancia, y también tan primitivo. Consiste en que el gobierno de los Estados Unidos tiene el derecho de calificar todo conflicto armado, lo mismo si es entre dos países que si es dentro de los límites de un país, y a él le toca determinar si se trata o no se trata de una guerra subversiva. La calificación se hace sin oír a las partes, por decisión unilateral y solitaria de los Estados Unidos. Como ya hay precedentes establecidos, sabemos que una guerra subversiva —equivalente a una agresión armada al territorio norteamericano— puede ser una revolución que se hace en la República Dominicana para restablecer el régimen democrático y liquidar treinta y cinco años de hábitos criminales o puede ser la guerra del Vietcong que se hace para establecer en Viet Nam del Sur un gobierno comunista. Guerra subversiva es, en fin, todo lo que el pentagonismo halle bueno para justificar el uso de los ejércitos en otro país.

Cuando Fidel Castro declaró que Cuba había pasado a ser un país socialista el pentagonismo era ya una fuerza respetable, pero no era todavía un poder con la coherencia necesaria para imponerse a su propio gobierno. Aun después de haber alcanzado la coherencia que le faltaba, necesitaba una doctrina que le proporcionara el impulso moral para actuar. El presidente Kennedy titubeó en el caso de Bahía de Cochinos porque no tenía una doctrina en que apoyarse, y tal vez se descubra algún día que ese titubeo colocó al gobierno de Kennedy —es decir al poder civil del país— en una situación de inferioridad frente al poder pentagonista que fue decisiva para los destinos norteamericanos. No se conocen pruebas documentales de lo que vamos a decir, pero cuando se dedica atención al proceso de integración del pentagonismo se intuye que su hora determinante, la de su fortalecimiento, está entre Bahía de Cochinos y el golpe militar que le costó el poder y la vida a Ngo Dinh Diem.

Es fácil darse cuenta de que al elaborar la llamada doctrina de las guerras subversivas estaba pensándose en Viet Nam, pero tal vez más en Cuba y en Bahía de Cochinos. La idea de que Fidel Castro se dedicaba a organizar guerrillas en la América Latina y que algún día habría que invadir Cuba para eliminar a Fidel Castro palpita en el fondo de ese engendro denominado doctrina de las guerras subversivas. La verdad es que Cuba comunista hizo perder el juicio a los Estados Unidos; llevó a todo el país a un estado de pánico inexplicable en una nación con tanto poder, y ese pánico resultó un factor importante a la hora de crear la justificación doctrinal del pentagonismo.

Los actos de los pueblos, como los actos de los hombres, son reflejos de sus actitudes. Pero sucede que la naturaleza social es dinámica, no estática, de donde resulta que todo acto provoca una respuesta o provoca otros actos que lo refuercen. Ningún acto, pues, puede mantenerse aislado. Así, la cadena de actos que van derivándose del acto principal acaba modificando la actitud del que ejerció el primero y del que ejecuta los actos-respuestas. Esa modificación puede llevar a muchos puntos, según sea el carácter —personal, social o nacional— del que actúa y según sean sus circunstancias íntimas o externas en el momento de actuar.

El pánico al comunismo cubano provocó en los Estados Unidos cambios serios en su actitud mental. En el primer momento decidieron intervenir en Cuba secretamente, a fin de no violar en forma abierta su política de no intervención, y para eso se valieron de la CIA. Pero un régimen de libertades públicas no puede actuar en secreto, y además Castro respondió a esas actividades secretas con fusilamientos públicos de los agentes enviados a Cuba, de manera que las actividades ocultas acabaron siendo conocidas en el mundo entero. Cogidos en el delito e incapacitados para enfrentarse con su miedo irracional

al comunismo cubano, los Estados Unidos se convirtieron en un país de suspicaces, y acabaron creyendo que todo cambio político, en cualquier parte del mundo, era en fin de cuentas un cambio hacia el comunismo. Puesto que así había sucedido en Cuba, así sucedería en otros lugares.

Del miedo al comunismo y de su fracaso en Bahía de Cochinos, los norteamericanos pasaron a temer a cualquier cambio en cualquier sitio, y de este temor pasaron a vigilar el mundo. En suma, el final de la madeja de nuevas actitudes y de actos derivados de esas nuevas actitudes tenía que ser —y fue— que los Estados Unidos terminaran pensando que debían convertirse en la policía del mundo.

¿Pero qué clase de policía? ¿La que pone orden por mandato de la ley, donde los ciudadanos desordenan, o la que persigue ideas y actividades políticas que se consideran peligrosas para la sociedad; es decir, lo que en todas partes se llama policía política?

Los Estados Unidos se dedicaron a ser la policía política del mundo; y esa tenía que ser la derivación natural de la llamada doctrina de las guerras subversivas, puesto que la palabra *subversiva* tiene una clara implicación política; describe el esfuerzo que se hace para cambiar un orden político, una forma de Estado o un gobierno.

En un país capitalista las ideas y las actividades políticas peligrosas para la sociedad son, lógicamente, las comunistas, ya que ellas están dirigidas a cambiar el orden económico, social y político, la forma del Estado y el sistema de gobierno. Pero en un país comunista las ideas y las actividades políticas peligrosas son las capitalistas, porque se dirigen a restablecer el orden económico, social y político que fue derribado y sustituido por el comunismo. De manera que a la hora de actuar como policía política del mundo el país pentagonista tiene por delante una tarea difícil, porque no puede ser al mismo

tiempo policía política para impedir cambios en el mundo capitalista y para impedirlos en el mundo comunista; debe conformarse, pues, con ser policía política en el mundo capitalista. Y efectivamente, los Estados Unidos son la policía política del mundo capitalista.

Ahora bien, ¿qué cuerpo ejerce esa labor de policía política mundial?

Algunos pensarán que es la CIA; pero no es la CIA. Esa agencia husmea las novedades, se entera de donde hay posibilidades de que estalle un movimiento revolucionario, y nada más. La labor policial propiamente está a cargo de las fuerzas armadas norteamericanas.

Esta no es una afirmación caprichosa. Lo dice el Pentágono en el libro *Guerrilla Warfare and Special Forces Operations (FM 31-21)*¹.

Desde las primeras páginas, ese candoroso documento pone en evidencia el poder pentagonista como fuerza que actúa siguiendo un plan propio. Así, declara en la “Introducción” que “la guerra de guerrillas es una responsabilidad del ejército de los Estados Unidos” y que “dentro de ciertas áreas geográficas señaladas —llamadas áreas de operaciones guerrilleras— el ejército de los Estados Unidos tiene la responsabilidad de dirigir los tres campos de actividad que se relacionan entre sí en la medida en que afecten las operaciones de guerra de guerrillas”².

¹ Publicado por *Headquarters, Department of Army, Washington 25, D.C.*, september 29, 1961. Tiene una nota al pie en la que se lee: “This manual supersedes FM 31-21, 8 May 1958” esto es, que el de 1961 reemplaza al de 1958. El volumen que he consultado indica que es “A reprint of the original” (p.1), y en la última página (p.260) trae la siguiente nota: “Reprinted 1966, by permission Department of the Army additional publications on arms and military science of interest to the shooter and soldier available from Mormount Armament Co., Box 211, Forest Gove, Ore.”

² *Ibid.*, p.3. “Part One”. “Introduction”. “Chapter 1”. “Fundamentals”, 3. “Delineation of Responsibilities of Unconventional Warfare”, a y b.

Ahora bien, ¿por qué esa es una responsabilidad del ejército de los Estados Unidos?

No se sabe. El libro *Guerrilla Warfare...* dice sólo que “la responsabilidad para algunas de esas actividades ha sido delegada”, y da a entender que la delegación ha sido hecha por algún poder superior y que tal delegación significa que los Estados Unidos son los encargados del asunto. ¿Dónde, en qué parte del mundo? Tampoco se dice, y desde luego se entiende que en cualquier parte de la Tierra.

Las páginas que tienen valor político en ese libro alusivo y a la vez peligroso aparecen en su lengua original y traducidas al español en el Apéndice I. Recomendamos que se lean cuidadosamente. Al leerlas, el lector quedará confundido y creará que en esas páginas hay bastante oscuridad o que faltan párrafos, y pensará que con esa falta se pierde el sentido de lo que se quiso decir.

Efectivamente, hay bastante oscuridad. *Pero se trata de una oscuridad elaborada cuidadosamente.* Por momentos *Guerrilla Warfare...* parece una navaja de dos filos, y al lector le resulta difícil darse cuenta de si el libro fue escrito para enseñar a combatir actividades guerrilleras anti-americanas o para enseñar a dirigir guerrillas proamericanas. Esto se debe a que el manual fue escrito para servir los dos propósitos y el último no podía ser expresado abiertamente. Es posible que cuando se escribió se estuviera pensando en organizar guerrillas proamericanas en algún país; quizá en la América Latina; tal vez en la Cuba de Fidel Castro.

En todo caso, la conclusión que va a sacar el lector es que *Guerrilla Warfare...* es un libro altamente subversivo. En apariencia fue redactado para enfrentarse a guerras que los Estados Unidos consideraban —o podían considerar— dentro de lo que ellos califican como subversivas, esto es, peligrosas para sus intereses. Pero la verdad es que ese libro se escribió para

organizar la subversión en otros países. En este sentido, *Guerrilla Warfare...* es un documento de valor inapreciable. Un país que mantiene en sus fuerzas armadas una organización destinada a subvertir el orden político en otras naciones debería ser considerado como una amenaza para la paz del mundo.

Como los que elaboraron el manual sabían que se corría el riesgo de que hubiera acusaciones internacionales, sostenidas por otros gobiernos, basadas en *Guerrilla Warfare...* —que es un documento oficial— procedieron a redactarlo con esa oscuridad que resulta al fin tan luminosa para conocer la intimidad del pentagonismo.

Como manual para instruir oficiales y seguramente miembros de todos los niveles de las llamadas fuerzas especiales, el libro parte de un principio básico: los Estados Unidos tienen derecho a intervenir en cualquier país del mundo, o para combatir guerrillas o para organizar guerrillas. En ningún párrafo de *Guerrilla Warfare...* se pone en duda la legitimidad del derecho de intervención. Los oficiales, las clases y los soldados educados con él creerán siempre, ciegamente, que están actuando dentro de la más rigurosa ley internacional y que van a salvar a otros pueblos amenazados por un enemigo feroz.

Cuando el libro fue redactado no se soñaba con una revolución en la República Dominicana ni con el incidente del Golfo de Tonkín. El presidente Kennedy había tomado el poder ese año y probablemente ni siquiera llegó a sospechar nunca que bajo su gobierno se había compuesto y editado un libro como *Guerrilla Warfare...*

Guerrilla Warfare... es, evidentemente, parte importante de un programa que se adoptó para organizar un cuerpo de policía política mundial. Mediante el uso de esa policía el pentagonismo pretende impedir cambios en la porción capitalista de la Tierra.

Pero sucede que esa porción capitalista de la Tierra está compuesta por pueblos ricos y pueblo pobres, por pueblos sobredesarrollados, desarrollados y sin desarrollo alguno; por pueblos que viven al nivel de la gran sociedad de masas, como los propios Estados Unidos, y al nivel de la tribu, como varios de África. La pretensión de mantener inmóvil a ese conglomerado de contradicciones sólo puede caber en una cabeza delirante. Y efectivamente, el pentagonismo y su doctrina de las guerras subversivas son productos delirantes de gentes que han perdido al mismo tiempo el sentido de las proporciones y la conciencia moral. A los nazis les sucedió eso y su final fue catastrófico.

Desde luego, en el campo político hay una relación estrecha entre el sentido de las proporciones y la conciencia moral, y si se pierde el primero la segunda queda afectada. Casi siempre ocurre lo opuesto, que el sentido de las proporciones se pierde porque antes se había perdido la conciencia moral. Por otra parte, el afán de lucro en cantidades tan fabulosas como las que se ganan en los negocios pentagonistas conduce necesariamente a la pérdida del sentido de las proporciones. Parece natural, pues, que el pentagonismo haya producido esos efectos y sin duda hubiera sido contrario al orden de la naturaleza que no los hubiera producido. Todo poder se convierte en origen de transformaciones, o lo que es lo mismo, todo poder tiene efectos en el medio en que actúa, y el pentagonismo no podía ser una excepción.

Ahora bien, lo que no parece lógico es que esos efectos lleguen a ciertos límites. Hay apariencias que todo gran país debe mantener. Poner al presidente de los Estados Unidos a decir mentiras es degradar el país ante el mundo, y eso ha hecho el pentagonismo; poner a los más altos funcionarios de la nación a decir hoy lo contrario de lo que dijeron ayer es colocar al Gobierno en una posición ridícula y de mal gusto, y eso lo hace constantemente el pentagonismo.

Durante la intervención pentagonista en la República Dominicana se puso al presidente Johnson en la situación más penosa que ha tenido ningún jefe de Estado en muchos años. Se le hizo decir, primero, que estaba desembarcando el 28 de abril (1965) un número limitado de tropas para proteger la vida de los ciudadanos norteamericanos, y tres días después entraban en la ciudad de Santo Domingo miles de hombres de la infantería de marina de los Estados Unidos con equipo tan pesado como el que se llevó al desembarco de Normandía; se le hizo decir que disparos de francotiradores estaban entrando en el despacho del embajador norteamericano en Santo Domingo y que las balas cruzaban por encima de la cabeza del embajador en el momento mismo en que hablaba con el señor Johnson, y resultaba que dada la situación del despacho del embajador eso era físicamente imposible aun en el caso de que alguien estuviera disparando sobre la embajada, cosa que no ocurrió en ningún momento; se le hizo decir que en las calles de la capital dominicana había miles de cuerpos decapitados y que las cabezas de esos cuerpos eran paseadas en puntas de lanzas, y nadie pudo presentar siquiera la fotografía de una cabeza cortada; se le hizo decir que la revolución era comunista y luego se presentó una lista de 51 comunistas dominicanos, lo que provocó una risotada en todo el mundo.

Pero de todos modos, y a pesar de lo lamentable que resultaba el espectáculo de oír al presidente del país más poderoso de la Tierra diciendo cosas que los periodistas de ese mismo país que se hallaban en el teatro de los acontecimientos tenían que desmentir en el acto, había algo más serio que lamentar, y era la violación abierta y sin pudor de compromisos que los Estados Unidos habían contraído, en la mayor parte de las veces por inspiración suya y después de haber luchado largamente para convencer a las demás partes; se trataba de pactos

que el gobierno norteamericano había propuesto a los demás gobiernos de la América Latina, que él había elaborado, discutido, aprobado y que por último estaban incorporados a las leyes norteamericanas porque habían sido aprobados por el Congreso federal.

Todo eso lo hizo el pentagonismo sin denunciar previamente esos pactos, con lo que estableció un nuevo precedente. Es más, todavía los Estados Unidos siguen manteniendo esos pactos, como si no hubiera pasado nada, y la Organización de Estados Americanos —la OEA—, que fue el órgano producido para tales pactos, sigue funcionando, también como si no hubiera pasado nada.

Esto sólo podía hacerse —y se hizo— después de haberse perdido la conciencia moral, y como la conciencia moral está vinculada al sentido de las proporciones, éste faltó también cuando se lanzó sobre la pequeña, inerte República Dominicana un poderío militar más grande que el que en ese mismo momento —finales de abril del 1965— tenía el pentagonismo en Viet Nam del Sur.

Se ha querido presentar la historia de la intervención norteamericana en la República Dominicana como un modelo de acción internacional bienhechora; pero la historia es muy diferente; es una dolorosa historia de abusos, de asesinatos y de terror que se ha mantenido silenciada mediante el control mundial de las noticias. Bastarán unos pocos datos para que se entrevea la verdad: desde las 9 de la mañana del 15 de junio de 1965 hasta las 10 de la mañana del día siguiente, sin una hora de descanso ni de día ni de noche, la ciudad de Santo Domingo fue bombardeada por las fuerzas de ocupación de los Estados Unidos. En esas 25 horas de bombardeo los hospitales no daban abasto para atender a los cuerpos desgarrados por los morteros pentagonistas.

Hasta ahora no se ha dicho la verdad sobre el caso dominicano, pero se dirá a su tiempo. El pentagonismo ha hecho circular *su verdad* y cree que eso basta. Pero lo cierto es que la intervención en la República Dominicana es un episodio que todavía no se ha liquidado. Ese abuso de poder tendrá consecuencias en la América Latina y en la propia República Dominicana, y esas consecuencias obligarán a los Estados Unidos a actuar en forma más descabellada que en abril de 1965.

Sin embargo, como cada hecho produce un efecto relacionado a su magnitud, es en la intervención de los Estados Unidos en Viet Nam, mucho más amplia y cruda que en la República Dominicana, donde podemos hallar la medida de lo que ha sucedido en el país pentagonista en términos de conciencia moral. En Viet Nam se ha recurrido a todas las formas de matanza y destrucción en masa para aterrorizar a los combatientes del Vietcong y a los gobernantes del Viet Nam del Norte. ¿Y por qué se les quiere aterrorizar? Los personajes políticos, los periodistas y los comentaristas norteamericanos lo han dicho varias veces: para obligar a Ho Chi Minh a sentarse ante una mesa de conferencias, es decir, para forzarle a negociar. La frase se ha repetido tanto que se ha hecho usual en los Estados Unidos.

¿Puede concebirse una expresión que denuncie más claramente la falta de conciencia moral? ¿Es que los personajes, los funcionarios, los comentaristas de los Estados Unidos no alcanzan a darse cuenta de lo que están diciendo? ¿Es que para ellos se ha vuelto moral el uso del terror para alcanzar fines políticos? ¿Qué diría uno de los señores que se expresan tan a la ligera si en su propio hogar se presentara un hombre armado de ametralladora y matara a uno de sus hijos para infundir miedo en el resto de la familia y obligarla a hacer lo que se propone el asaltante?

Pues bien, en principio no hay diferencia entre lo que hacen y dicen los funcionarios pentagonistas para justificar el bombardeo de Viet Nam del Norte y lo que haría el bandido que asaltara una casa y diera muerte a un niño para obtener lo que busca.

Supongamos que los Estados Unidos tienen razón cuando se atribuyen el papel de policía del mundo; supongamos que dicen la verdad cuando aseguran que ellos están combatiendo en Viet Nam sólo para evitar que el Sur de ese país sea agredido por el Norte; supongamos, pues, que hay coherencia entre el papel de policía del mundo que desempeñan los norteamericanos y los bombardeos de Viet Nam del Norte, es decir, que ellos persiguen en Viet Nam del Norte a varios criminales que han cometido crímenes en Viet Nam del Sur. Pues bien, aun si aceptamos todas esas falsedades nos quedan por hacer algunas preguntas.

¿Tiene la policía derecho a penetrar en una casa donde se ha refugiado un criminal y dar muerte a los niños de esa casa para obligar al criminal a rendirse? ¿Puede hacer eso la policía aun en el caso de que los niños muertos sean los hijos del criminal perseguido? ¿Qué diría el ciudadano promedio de New York si la policía de esa ciudad actuara en esa forma? ¿Lo encontraría justo, razonable, lógico; le parecería moral? Debe hallarlo moral, puesto que eso es lo que su gobierno está haciendo en Viet Nam.

De la falta de conciencia moral a la corrupción intelectual no hay distancias. El catálogo de las falsedades que se dicen en los documentos oficiales norteamericanos para justificar la intervención en Viet Nam y los bombardeos a ciudades abiertas de Viet Nam del Norte es ya grande. Hoy se afirma algo mañana se desmiente, y los funcionarios ni siquiera tratan de justificar esas contradicciones.

Al mismo tiempo que se ha hecho un hábito mentir oficialmente, se ha establecido todo un aparato para desacreditar a las instituciones y a los hombres que no se someten al pentagonismo³ y para enaltecer a los que le sirven. En esta tarea se sigue un método ya probado: se dice una mentira que será luego repetida por “liberales” conocidos, de manera que a poco la mentira queda convertida en verdad propagada por los supuestos abanderados de la verdad. En esto, los difamadores del pentagonismo han mejorado las enseñanzas del maestro Goebbels.

La doctrina del pentagonismo es deleznable, pero la moral pentagonista no tiene nada que envidiarle.

³ El ex embajador de los Estados Unidos ante mi gobierno, John Bartlow Martin, elaboró uno de esos documentos de encargo para justificar la intervención de su país en la República Dominicana sobre la base de que yo era un loco que vivía lleno de miedo.

VII

EL PENTAGONISMO Y AMÉRICA LATINA

Viet Nam y la América Latina son los dos sitios del mundo donde se ejerce con mayor intensidad el poder pentagonista. A primera vista puede parecer exagerado que se compare la situación de la América Latina con la de Viet Nam; pero no se exagera. Viet Nam está luchando con las armas en la mano contra el pentagonismo y América Latina se mantiene, por lo menos en conjunto, en estado de docilidad; y eso hace toda la diferencia. Pero el control que ha logrado establecer el pentagonismo en la América Latina es similar al que tenían en Viet Nam antes de que comenzara la lucha contra el régimen de Diem, y dondequiera que se pierda ese control el pentagonismo actuará igual que en Viet Nam. Ya tenemos la prueba en el caso de la República Dominicana. En Viet Nam, cuando el ejército indígena pentagonizado quedó material y moralmente desbandado por las fuerzas del Vietcong —entre fines de 1964 y principios de 1965—, fue sustituido por las fuerzas expedicionarias pentagonistas, que en poco tiempo se acercaron al medio millón; en la República dominicana, cuando el ejército pentagonizado del país resultó aniquilado por el levantamiento de abril de 1965, fue sustituido por la infantería de marina norteamericana, que en pocos días desembarcó más hombres que los que tenían antes de la revolución las fuerzas armadas dominicanas.

En Viet Nam, frente a las guerrillas del Vietcong, habían fracasado no sólo los ejércitos indígenas compuestos por más de 600.000 hombres, sino además la enorme misión militar norteamericana que los instruía, organizaba y dirigía. Esa misión contaba a fines de 1964 con más de 10.000 oficiales y clases. En la República Dominicana habían fracasado también a un tiempo las tropas nativas y los oficiales y sargentos de la misión militar de los Estados Unidos, que les dieron órdenes de combatir a la revolución con todos los medios a su alcance. Sin esas órdenes, y sin contar con la seguridad de que tendría todo el respaldo pentagonista, los militares dominicanos no se hubieran lanzado a combatir un movimiento que tenía el más sorprendente apoyo del Pueblo.

Hubo un momento, pues, en que la situación de Viet Nam y la de un país latinoamericano fueron similares; sólo se diferenciaban en el número de hombres empleados en la lucha, pero no en los métodos ni en la ferocidad. Es más, la ciudad de Santo Domingo fue bombardeada desde el aire y desde el mar, de manera continua e implacable —sobre todo en lo que toca al bombardeo aéreo— en los primeros días de la revolución, y el bombardeo fue especial y enérgicamente ordenado por la misión militar norteamericana; pero si eso fuera poco, recordemos que la ciudad fue bombardeada mes y medio después por las baterías de morteros de las fuerzas norteamericanas, lo que equivale a los bombardeos aéreos sobre Hanoi.

Viet Nam es un laboratorio de pruebas, y todo lo que el pentagonismo ha probado en Viet Nam lo aplicará a su hora en la América Latina.

Los dos países que hoy se llaman Viet Nam del Norte y Viet Nam del Sur eran parte de un solo país, Indochina, colonia de Francia. Bajo la dirección política de Ho Chi Minh se inició hacia el 1940 un movimiento armado contra los franceses, que acabó triunfando en el norte del país hacia el mes

de mayo de 1954. El día 8 de ese mes, el ejército francés, sitiado en Dien Bien Phu, tuvo que rendirse.

Hasta entonces la única intervención norteamericana en Indochina era que los Estados Unidos daban dinero y equipos a los franceses para que sostuvieran la guerra. Pero ya comenzaba a formarse el pentagonismo, aunque sin darse cuenta de que iba a ser pentagonismo. Ya unos cuantos banqueros, industriales y políticos norteamericanos pensaban que ellos debían ser los herederos del imperio colonial inglés y francés, y ya tenían convencido al presidente Eisenhower de que si Indochina caía en manos del comunismo éste se extendería por todo el Asia y los Estados Unidos acabarían ahogados por una marea comunista mundial. El senador McCarthy aterrizaba a los liberales de los Estados Unidos y mientras tanto el pentagonismo avanzaba sin que nadie se diera cuenta. Así, al producirse la derrota de Francia en Indochina los Estados Unidos estaban listos para pasar a ocupar el lugar de los franceses; y como no era posible ocupar ese lugar en el Norte del país, que estaba dominado por las fuerzas victoriosas de Ho Chi Minh, inventaron la división de Indochina en dos países, Viet Nam del Norte, que quedó en manos de Ho Chi Minh y de sus partidarios, y Viet Nam del Sur, que poco después fue puesto bajo el gobierno de Ngo Dinh Diem.

Ngo Dinh Diem proclamó la República de Viet Nam del Sur el 26 de octubre de 1955 y se nombró él mismo presidente; dos meses después comenzaban en todas partes la persecución, la prisión, la tortura y la muerte de los que habían combatido contra los franceses en la región del sur. Mientras tanto, los Estados Unidos, que respaldaban en todo a Diem entraban en posesión del aparato militar, burocrático y político que había creado Francia, empezaron a equipar el ejército indígena que había servido a los franceses y ahora servía a Diem y acabaron organizándolo y dirigiéndolo a través de

“consejeros”. En poco tiempo los Estados Unidos entregaron al ejército de Viet Nam del Sur desde buques de guerra y aviones hasta zapatos y aspirinas.

A mediados de 1957 comenzaron a formarse guerrillas contra el gobierno de Diem, lo que dio lugar a un aumento de las medidas represivas y también a un aumento de la ayuda norteamericana al gobierno. Poco a poco, los líderes de las finanzas y de la industria sobredesarrollada de los Estados Unidos iban dándose cuenta de que a medida que crecía la intervención de su país en Viet Nam sus negocios se expandían y sus beneficios aumentaban con mayor rapidez. Precisamente los Estados Unidos habían tenido una recesión económica en 1957 y la recuperación coincidió con el reforzamiento de la ayuda a Diem, en 1958; desde ese año, las ganancias de las grandes firmas norteamericanas han sido constantes y crecientes¹.

En diciembre de 1960 se formó el Frente Nacional de Liberación de Viet Nam del Sur y la guerra de guerrillas empezó a convertirse en una guerra más amplia. Al tomar posesión de la presidencia de los Estados Unidos —en enero de 1961—, John F. Kennedy halló creada una situación en la que su país estaba comprometido hasta un punto del que no podía retornar. La posición de Kennedy en Viet Nam se agravaba con el fracaso de Bahía de Cochinos. Así, pues, en el mes de mayo de 1961, el vicepresidente Johnson, enviado por Kennedy a Saigón, declaró conjuntamente con Ngo Dinh Diem que la “independencia y la integridad territoriales del Viet Nam son brutal y sistemáticamente violadas por agentes comunistas y por fuerzas del Norte”². Obsérvese que en ese

¹ Ver Apéndice II (pp.161-164).

² Citado por BURCHETT, Wilfred, en *Viet Nam: la Segunda Resistencia*, Barcelona, Ediciones de Materiales, S.A., 1967.

documento de los gobiernos de Viet Nam del Sur y Estados Unidos se dice “del Norte”; no se menciona el gobierno de Ho Chi Minh. Sin embargo, ahí comenzó Viet Nam del Norte a ser implicado en la guerra. Bajo el gobierno de Kennedy, pues, empezaron a echarse las bases legales del ataque a Viet Nam del Norte. Kennedy, debilitado ante el sector militar por su fracaso en Bahía de Cochinos —que se le atribuyó a él, debido a que se negó a autorizar el uso de aviones de combate contra Cuba— fue cediendo terreno en Viet Nam. En diciembre de ese mismo año el Departamento de Estado publicó un Libro Blanco en que se acusaba a Hanoi de estar dirigiendo las guerrillas del Sur.

A partir de ese momento comenzó a perfilarse el pentagonismo como una fuerza que iba a tomar en la primera oportunidad la dirección de la política exterior norteamericana, tras los bastidores del gobierno civil. En febrero de 1962 los Estados Unidos establecían en Saigón el Mando de Asistencia Militar en Viet Nam, bajo la dirección de un general —Paul D. Harkins— y con 4.000 “consejeros”. Este número aumentaría a medida que se intensificara la guerra de guerrillas y se desmoronaba el enorme ejército de tierra, mar y aire que habían organizado los norteamericanos con naturales del país. La insurrección se extendió a todas partes, estalló en Saigón en forma de manifestaciones, suicidios de monjes por el impresionante método de darse fuego, protestas masivas, conspiraciones y golpes de Estado. El embajador Cabot Lodge pidió a Diem que renunciara y éste se negó. El problema quedó resuelto con el derrocamiento del dictador y su muerte a tiros, mientras huía, ocurrida al comenzar el mes de noviembre de 1963, veinte días antes de que Kennedy fuera inmolado en Dallas.

Los repetidos cambios de gobierno en Saigón, el envío de más equipos, más “consejeros” militares y más dinero de los

Estados Unidos a Viet Nam del Sur; los viajes de inspección de McNamara, del general Taylor, de delegados del presidente Johnson, no mejoraron la situación. Durante todo el año de 1964 las fuerzas de Viet Nam del Sur siguieron desmoronándose, negándose a combatir, desertando, mientras la campaña de propaganda anti-comunista crecía en intensidad, tanto en Viet Nam como en los Estados Unidos.

Al mismo tiempo que todo eso, aumentaba el poder del pentagonismo. A mediados de 1964 el poder civil norteamericano se plegó a la tesis pentagonista de que había que expandir la guerra. El secretario de Estado Rusk lo dijo en el mes de mayo con esas mismas palabras. En los últimos días de ese año la guerra de guerrillas se había convertido en una guerra general. En el llamado Informe Mansfield³ se declaró abiertamente que “en los primeros meses de 1965 se produce el derrumbamiento total de la autoridad del gobierno de Saigón”, y se afirmó que debido a esa situación, “como respuesta a la llamada de las autoridades de Saigón llegó gran número de tropas de combate de los Estados Unidos”. También a la República Dominicana se enviaron tropas a petición de una junta militar que la embajada norteamericana había formado apresuradamente sólo con ese fin.

Ese “gran número de tropas” de que habla el Informe Mansfield es lo que se ha llamado “la escalada de Viet Nam”; comenzó con 3.500 hombres enviados el 8 de febrero (1965) sólo para defender la base norteamericana de Da Nang, según se declaró oficialmente, así como en Santo Domingo se desembarcaron el 28 de abril de ese mismo año 400 hombres “sólo para garantizar las vidas de los ciudadanos de los

³ El Informe Mansfield fue elaborado por un grupo de senadores norteamericanos encabezado por el señor Mike Mansfield, que estuvo en Viet Nam y en otros países asiáticos en el año 1965. El Informe fue presentado a la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, que preside el senador Fulbright.

Estados Unidos,” según declaró el presidente Johnson; en mayo la cifra había subido a 45.000 —una cantidad ligeramente más alta que la que en ese mes había sido enviada a la República Dominicana— y en diciembre se acercaba a los 200.000, incluidos en ese número unos 21.000 surcoreanos y algunos cientos de otros “aliados” —así como en la República Dominicana había, también para el mes de diciembre, soldados brasileños, hondureños, nicaragüenses y paraguayos—.

Si se observa con cuidado la evolución de los sucesos de Viet Nam y se relacionan con los de América Latina —sobre todo con los de Cuba y la República Dominicana—, se obtiene la impresión de que el momento decisivo para la formación del pentagonismo —su paso de la juventud a la madurez, podríamos decir— se halla en los tres años del gobierno de Kennedy. Hay indicios de que durante el año de 1964, bajo la presión de lo que acontecía en Viet Nam del Sur, el pentagonismo elaboró planes ya definitivamente pentagonistas, y al comenzar el año de 1965 estaba listo para desatar su poderío armado en cualquier lugar del mundo. A esa altura, el pentagonismo tenía el control de la política internacional de los Estados Unidos; los departamentos del gobierno civil dedicados al campo internacional estaban a su servicio y el Presidente de la República se veía en el caso de acceder a sus demandas. En ese momento el pentagonismo era como un joven tigre listo a lanzarse sobre su presa y sujeto apenas con un hilo de seda. Eso es lo que explica la violencia de la reacción norteamericana —la *over-reaction*, como se dijo en ocasión de la intervención militar en Santo Domingo— en sus actuaciones exteriores a partir de los primeros días de 1965. No debemos olvidar que el primer envío de soldados norteamericanos a Viet Nam en calidad de combatientes, no de “consejeros”, fue hecho al comenzar el mes de febrero de ese mismo año.

El *New York Times* cree que el presidente Johnson vino a doblegarse a las presiones militares a mediados de 1967 y se lamenta de ello; pero un estudio cuidadoso de lo que ha estado sucediendo en los Estados Unidos en los últimos años indica que las sospechas del *New York Times* son tardías. En un editorial del día 1º de septiembre de 1967, el afamado periódico norteamericano llega a la orilla de la verdad; la bordea y se alarma. Sin embargo, es muy difícil que un ciudadano de los Estados Unidos acepte en su conciencia esa siniestra verdad. De todos modos, el editorial, publicado bajo el título de “Generales Fuera de Control”⁴ es tan importante que nos parece necesario reproducirlo aquí. Dice así⁵:

“La campaña pública de algunos de los más altos generales del país en favor de más bombardeos de Viet Nam del Norte —una campaña que les ha proporcionado ahora una victoria inicial en el Senado— ha levantado serios desacuerdos acerca de si el control de la defensa y de la política exterior debe ser civil o militar.

‘El espectáculo del general Greene, el comandante del Cuerpo de Marina, que tomó una tribuna de la Legión Americana para decirle al país que la guerra de Viet Nam es más importante que las destructoras turbulencias de las ciudades americanas, es la última y la más grotesca de las distorsiones del papel tradicional de los militares en la vida americana.

‘Dos días antes, el representante de la Marina en la Junta de Jefes de Estado Mayor emergió de una comparecencia a puerta cerrada ante el Subcomité Senatorial de Investigaciones de Preparaciones para reclamar el bombardeo de otras

⁴ “Generals Out of Control”, editorial, *The New York Times*, New York, september 1st, 1967.

⁵ Me he esforzado en hacer una traducción cuidadosa, pero de todos modos ofrezco el texto original, en inglés, en el “Apéndice III”, pp.165-163 (JB).

cuatro bases de [aviones] MIG en Viet Nam del Norte. En la propia comparecencia la declaración del general Greene criticó como una ayuda a Hanoi la lentitud del Gobierno en aprobar una lista aumentada de blancos para los bombardeos.

‘El Jefe de Estado Mayor del Ejército General Johnson se unió a la insurrección al reclamar el bombardeo del puerto de Haiphong y otros puntos fuera de límite en Viet Nam del Norte. Él estuvo en desacuerdo con su jefe civil, el Secretario McNamara, quien le dijo al Subcomité que esos bombardeos no impedirían las operaciones de guerra de Hanoi en el Sur, sino que podrían ser costosas en bajas americanas e implicarían grave peligro de conflictos con Rusia y China.

‘Antes aún, un tercer miembro de la Junta de Jefes [*del Estado Mayor*], el general McCornell, de la Fuerza Aérea, le dijo al Subcomité que sin el bombardeo se necesitarían 800.000 soldados más en Viet Nam del Sur. La naturaleza imaginaria de esas ‘estadísticas’ quedó claramente revelada en los estimados oficiales de [*el servicio de*] inteligencia que entregó el Sr. McNamara la semana pasada. Ellos demuestran que el volumen de los suministros de guerra procedentes de Nord Viet Nam que van a Viet Nam del Sur está ‘significativamente por debajo de 100 toneladas al día, cantidad que podría ser transportada en unos pocos camiones’.

‘Sin embargo, el presidente Johnson, con su antena dirigida más a las elecciones de 1968 que a cualesquiera expansiones del frente de batalla, estaba evidentemente tan preocupado con las comparecencias ante el Subcomité que se rindió ante los militares antes de que comenzaran las sesiones [*del Subcomité*]. El primero de los deponentes —el almirante Sharp, comandante del Pacífico, quien también había manifestado su deseo de más bombardeos [*sobre Viet Nam del Norte*]— llevó [*al Subcomité*] la promesa del presidente de que otro grupo de blancos para bombardeos había sido puesto

fuera de la lista de los prohibidos. La capitulación del presidente no evitó que el Subcomité insistiera ayer en un mayor aumento de los bombardeos para clausurar el puerto de Haiphong y para golpear otros blancos, aun si eso significa guerra con China.

‘Esta no ha sido la primera rendición del gobierno a la presión militar. La campaña pública llevada a cabo por el general Westmoreland en la primavera pasada en pos de más tropas de infantería produjo su viaje a los Estados Unidos, su controvertido ataque a los que no estaban de acuerdo con él y a negociaciones abiertas con el presidente que terminaron con el anuncio del mes pasado de que 45.000 soldados más serían enviados a Viet Nam.

‘Después de dos años y medio de escalamiento en Viet Nam, de un aumento [*de tropas*] a 500.000 soldados y un nivel de bombardeo superior al de Europa en la Segunda Guerra Mundial, la situación militar en Viet Nam del Sur no es hoy mejor que cuando comenzó la entrada de americanos en combate directo. El escalamiento americano ha sido respondido por los comunistas y la contienda ha sido llevada a un nivel más alto de lucha, bajas y destrucción.

‘Inmediatamente, la responsabilidad por este trágico error de cálculo corresponde al presidente más que a ninguna otra persona. Los líderes militares que le aconsejaron [*el escalamiento*] —y que han fallado lastimosamente en producir algunos dividendos militares para esta colosal inversión— son ahora los principales oponentes de otro receso en los bombardeos, un paso indispensable para abrir negociaciones con Hanoi para una solución política.

‘Los chispazos del debate en el Congreso sobre la resolución del Golfo de Tonkín han hecho hincapié en el socavamiento de los requisitos constitucionales para [*asegurar*] el control legislativo sobre el poder para hacer la guerra.

Ahora está tomando cuerpo un socavamiento similar en el balance constitucional que supuestamente coloca a los militares bajo la dirección civil. Las afirmaciones del senador Mansfield de que es el Secretario McNamara quien realmente habla en nombre del gobierno están pobremente respaldadas por los hechos. Sólo el señor Johnson puede ejercer las prerrogativas presidenciales que le acuerda la Constitución y restaurar el control civil sobre la política nacional”.

En las últimas palabras de ese editorial del *New York Times* está la clave de la confusión del editorialista. Ya no hay una política nacional de los Estados Unidos para el país y para el resto del mundo. Hay dos políticas, o mejor dicho, dos esferas distintas de poder, una para el país y otra para el extranjero, una doméstica y otra internacional. El presidente Johnson tiene el control de la política doméstica, pero a cambio de que deje el control de la internacional al pentagonismo. Por eso tiene que capitular —como dice el *New York Times*— ante los militares. El presidente Johnson, y cualquier otro presidente que se hallara en su lugar, así como el que le suceda, no podría ejercer el poder sobre la política interior norteamericana si se opusiera al pentagonismo en la política exterior. Los poderes para dirigir ésta han pasado al pentagonismo. Por eso “el balance constitucional que supuestamente coloca a los militares bajo la dirección civil” no funciona ya en los Estados Unidos.

La historia de los acontecimientos de Viet Nam ha sido hecha aquí con ciertos detalles, pero muy sucintamente, sólo para que los métodos del pentagonismo sean conocidos en la América Latina. Esta importante región del mundo estuvo durante más de un siglo padeciendo las agresiones del imperialismo, y al quedar éste sustituido por el pentagonismo, pasó ser un objetivo de primera categoría para ese engendro del capital sobredesarrollado. La República Dominicana, por

ejemplo, fue sometida a los métodos que se habían practicado en Viet Nam. El pequeño país antillano fue vietnamizado. Pero a su vez Viet Nam fue dominicanizado, porque en Viet Nam se aplicaron experiencias obtenidas en Santo Domingo. A tal extremo es esto verdad que se nombró embajador en Saigón al señor Elsworth Bunker, sólo porque a juicio del pentagonismo había tenido un éxito resonante en la República Dominicana⁶. Cada vez que el gobierno del coronel Caamaño se negaba a aceptar un punto de las negociaciones con los Estados Unidos —que supuestamente eran llevados por la OEA—, la capital dominicana era sometida a un ataque. Lo que se buscaba no era “llevar al coronel Caamaño a la mesa de negociaciones”, puesto que ya se estaba negociando; lo que se buscaba era llevarlo a aceptar los términos pentagonistas. La menor resistencia en aceptar esos términos costaba vidas dominicanas, como después las negativas de Ho Chi Minh a negociar costaría vidas en Hanoi, en Haiphong y en otras ciudades de Viet Nam del Norte. Se trata de las negociaciones entre el león suelto y el mono amarrado, que de todos modos no conducen a nada para el país agredido por el pentagonismo. Por ejemplo, el punto clave de los acuerdos de Santo Domingo, que era la reintegración de los militares constitucionalistas, no se cumplió, y ni la OEA ni los Estados Unidos se han preocupado por eso.

⁶ En una visita que me hizo el embajador Bunker en la primera semana de julio de 1966, mientras yo estaba en Santo Domingo, le dije que él no tardaría en ser enviado a Viet Nam como sucesor de Cabot Lodge. Desde el año anterior (1965) yo estaba elaborando la tesis de este trabajo —que expuse al escritor uruguayo Hiber Conteris, quien publicó su meollo en la revista *Marcha*, de Montevideo, a fines de 1965— y presumía que el pentagonismo usaría en Viet Nam las experiencias adquiridas por el Sr. Bunker en el caso dominicano. En esta ocasión acompañaban al embajador Bunker dos funcionarios del Departamento de Estado, que se sonrieron al oírme. Uno de ellos se llama Harry Shlaudeman.

En Santo Domingo se desató el terror “anticomunista” que se había aplicado en Viet Nam del Sur en los tiempos de Diem. En los días que siguieron a la intervención pentagonista en Santo Domingo se descubrió un cementerio de víctimas de ese terror. Según un estimado conservador, las matanzas de la parte norte de la capital dominicana, ocurridas en el mes de mayo, alcanzaron a unas 2.000. A esas matanzas se les llamó “operación limpieza”, hecha, al parecer, con autorización de la OEA, por tropas dominicanas bajo dirección norteamericana. Nunca se le dio publicidad a la ola de crímenes que se extendió por todo el país después de haber terminado la negociación entre el gobierno del coronel Caamaño y la OEA, esto es, inmediatamente después que se estableció el gobierno provisional encabezado por el Dr. Héctor García-Godoy. Esa ola de sangre seguía azotando el pequeño país antillano en agosto de 1967.

Aniquilados por ella han caído en la República Dominicana oficiales, clases y soldados constitucionalistas y muchos han tenido que huir al extranjero; han desaparecido o han sido asesinados líderes de los partidos que defendieron la constitucionalidad; se volaron empresas privadas de partidarios o simpatizantes del constitucionalismo, como los talleres de la revista *¡Ahora!* y la ferretería de Guerra Hermanos; centenares y centenares de hombres han sido brutalmente golpeados, heridos, torturados; en el mes de mayo de 1967 fue quemado con una granada de fósforo vivo un senador del Partido Revolucionario Dominicano que había sido constitucionalista ferviente⁷.

⁷ Se trata del senador por la provincia de Pedernales, Pablo Casimiro Castro. Las quemaduras fueron tan graves que el senador Casimiro Castro fue dado de alta a fines de agosto (1967). Dos miembros de su partido que le acompañaban fueron también quemados. El crimen fue parte de la campaña de terror organizada para liquidar físicamente a los constitucionalistas, a quienes se acusa, como debía esperarse, de ser comunistas.

De todos esos crímenes, ninguno, sin embargo, fue planeado con tanta maldad como el ataque al Matum. El Matum es un hotel que está en las afueras de la ciudad de Santiago de los Caballeros, la segunda en importancia de la República Dominicana. El día 19 de diciembre (1965) el coronel Caamaño, acompañado por la plana mayor de la oficialidad constitucionalista, visitó Santiago para rendir homenaje a la memoria de un héroe de la lucha, el coronel Rafael Fernández Domínguez —el verdadero iniciador del movimiento— que estaba enterrado en esa ciudad. Fernández Domínguez había sido muerto por las fuerzas norteamericanas el 19 de mayo. Con motivo de la visita de los oficiales constitucionalistas se reunieron en el Matum varios cientos de personas, mujeres y niños entre ellos. Cuando todos estaban sentados a la mesa del comedor tomando el desayuno, comenzó un ataque al hotel con fusiles automáticos, ametralladoras de emplazamiento —calibre .50— y tanques pesados.

La batalla del Matum duró seis horas, y si no hubo allí una matanza salvaje se debió a la fabulosa sangre fría y la superior capacidad militar de los oficiales constitucionalistas, que tuvieron sólo dos muertos —uno de ellos el coronel Juan Lora Fernández, un militar de excepción— y dos heridos. Las bajas de los atacantes llegaron a 98 entre muertos y heridos.

El asalto al Matum se planeó como un crimen masivo y sin duda en todo el Continente no se ha organizado nada similar después que terminaron las matanzas de indios del siglo pasado en los Estados Unidos. Sin embargo, la noticia se falseó en forma escandalosa. En un cable de la AP se dijo que el ataque comenzó cuando los constitucionalistas emplazaron en el techo del Matum una ametralladora calibre .50, lo que era físicamente imposible; en otros despachos se dijo que los oficiales constitucionalistas habían atropellado a algunos policías, y que estos, en represalia, atacaron el Matum. La verdad es

que la fracasada “operación Matum” se planeó con tiempo —pues se sabía públicamente que los jefes constitucionalistas visitarían la ciudad de Santiago en esa fecha— y su finalidad era liquidar de un solo golpe el liderazgo militar y civil de la revolución. La “operación Matum” fue la copia antillana de las muchas que se realizan constantemente en Viet Nam para liquidar focos del Vietcong.

Ahora bien, lo que el pentagonismo aprendió en Viet Nam y mejoró en la República Dominicana, y lo que aprendió en la República Dominicana y mejoró en Viet Nam, va a ser puesto en práctica en otros países de la América Latina, sobre todo en aquellos donde haya movimientos guerrilleros.

Una de las mejorías de los métodos usados en Viet Nam y refinados en Santo Domingo consiste en que los crímenes políticos —los asesinatos de reales o supuestos comunistas— no se achaquen al Gobierno; que los cometan grupos seleccionados de militares o policías y que el presidente proteste públicamente de esos crímenes y dé a entender en alguna forma que no puede perseguir a los autores; así el terror se difunde porque el pueblo se siente indefenso y al mismo tiempo el Gobierno no resulta culpable. Esto estaba practicándose en Guatemala —y repitiéndose en la propia República Dominicana— en el 1967. Otro de los recursos pentagonistas es la celebración de “elecciones”; y a los gobiernos “elegidos” se les somete —como en Viet Nam, la República Dominicana y Guatemala— a un pentagonismo indígena y por tanto subdesarrollado.

Esto requiere una explicación.

El pentagonismo ha establecido en los Estados Unidos una esquizofrenia gubernamental, un poder doble; el del gobierno civil y el del pentagonismo. Las fuerzas armadas norteamericanas obedecen a este último. Las fuerzas armadas latinoamericanas —con excepciones muy contadas— obedecerán también al poder pentagonista, no a sus gobiernos

nacionales. Ahora bien, los ejércitos de los Estados Unidos no tienen ninguna actividad de guerra dentro de los Estados Unidos; su campo de acción está fuera de su país, y por tradición —y porque eso es lo que deja beneficios al pentagonismo— seguirán actuando en el exterior por lo menos hasta el momento en que una gran derrota afuera los obligue a tomar el poder en su propio país. El caso de los ejércitos latinoamericanos es el opuesto. Su actividad militar no es externa; sus hombres no combaten fuera de sus países. Por tradición —y porque su fuente de beneficios ha sido siempre el país propio— los soldados latinoamericanos están preparados únicamente para ser los ocupantes militares de sus países. Esto es lo que les halaga, esto es lo que les gusta. Al colocarlos en el plano de obedecer órdenes del pentagonismo y no de sus gobiernos nacionales, se les estimula en lo que es su inclinación hacia el atropello de su propio pueblo; en consecuencia, esos ejércitos establecerán la esquizofrenia pentagonista, pero no en la esfera internacional, sino en el orden doméstico de cada país latinoamericano. El resultado será, desde luego, una precipitación en tiempo y en intensidad, de la poderosa corriente revolucionaria que agita a la América Latina.

Por otra parte, el pentagonismo indígena subdesarrollado que ya está comenzando a funcionar en los países latinoamericanos ayudará a intensificar el descrédito galopante en que ha caído la democracia en la región. En poco tiempo más la palabra democracia será en Iberoamérica sinónimo de crímenes, robo, brutalidad y persecución. Ya hay países latinoamericanos donde los que ejercen el terror se llaman a sí mismos demócratas y llaman comunistas a todos los que repudian sus salvajadas, así se trate de sacerdotes católicos.

La República Dominicana, el primero de los países de la América Latina que cayó bajo el poder pentagonista, es uno de ellos.

VIII

EL PENTAGONISMO HACIA EL PODER TOTAL

El día 7 de noviembre (1967), *The Times* de Londres publicaba en su página 6, columna 6, un cable de su corresponsal en Washington que el diario inglés tituló así: “El Pentágono ayuda a la Gran Sociedad”.

El establecimiento de la llamada *Great Society* fue, como se sabe, uno de los puntos más importantes del programa que presentó al electorado norteamericano el Sr. Johnson en su campaña presidencial de 1964. Al quedar instalado el pentagonismo como poder dominante en la esfera de la política exterior, se produjo la intensificación de la guerra de Viet Nam. Esto sucedía a comienzos de 1965. En esa oportunidad comentaristas tan autorizados como Walter Lippmann —y varios más— opinaron que sería imposible atender al mismo tiempo dos frentes distintos e igualmente costosos, uno militar en el Sudeste de Asia y uno civil en los Estados Unidos. Dos años y medio después, sólo gente muy osada podía negar que esos críticos tuvieron toda la razón. La guerra de Viet Nam había hecho naufragar los planes para establecer la Gran Sociedad.

La colonia pentagonista que es Norteamérica ha estado desde 1965 padeciendo serias convulsiones provocadas por lo que podríamos llamar, sin caer en extremismos, la rebelión de los negros. Y una colonia que proporciona al mismo tiempo el dinero y los hombres que requiere el poder pentagonista

no es la colonia simple del viejo y ya fenecido imperialismo. La colonia del imperialismo era una posesión generalmente alejada de la metrópoli, poblada por gente de una raza considerada inferior a la del imperio; allí podía ejercerse el poder con una violencia que no era tolerada en la metrópoli. Pero la metropocolonia tiene tradiciones que deben ser respetadas, por lo menos en las apariencias; tradición de juego político, tradición de valores morales y sociales que no pueden ser atropellados en la forma brutal en que eran atropellados en la colonia clásica.

Si los negros de los Estados Unidos que se levantaron en Watts, en Detroit y en otras grandes ciudades norteamericanas hubieran sido habitantes de una colonia típica, sus líderes no existirían ya, miles de sus seguidores estarían muertos y la paz hubiera retornado a la colonia mediante la aniquilación de los sublevados.

En la metropocolonia hay que actuar con cautela para no poner en peligro la estabilidad política. El pentagonismo necesita una colonia en paz, que produzca máquinas de guerra y soldados sin cesar; una colonia que proporcione lo que el pentagonismo pide, y que sea, sobre todas las cosas, una base política firme como una roca. Una fuerza actuante, cuya razón de ser se encuentra en la acción permanente, no puede estar a merced de vaivenes imprevistos en la fuente misma de su vida. El pentagonismo, pues, tiene que preocuparse por la paz interna de los Estados Unidos, por la paz social y política del país, porque si esa paz queda rota, el pentagonismo tendría que restaurarla tal como los viejos imperios restauraban la paz en las colonias. Esa necesidad de paz doméstica es vital para el pentagonismo, a tal punto que si en algún momento el gobierno civil de los Estados Unidos no estuviera en capacidad de garantizar la estabilidad social y política del país, el pentagonismo tendría que sustituirlo.

En los Estados Unidos, sin embargo, dadas las tradiciones que han conformado las ideas y los sentimientos del pueblo, el pentagonismo no podría sustituir al gobierno civil en la esfera doméstica mediante el clásico golpe de Estado que se da en otros países. Esto sólo podría hacerse en el caso de que se produjera una derrota militar norteamericana de carácter decisivo; entonces el pentagonismo no dudaría un instante: para salvarse a sí mismo histórica y físicamente pondría a un lado al gobierno civil y establecería en su lugar una junta militar.

Pero el pentagonismo puede ir sustituyendo gradualmente al gobierno civil; puede ir tomando poco a poco posiciones que corresponden a las autoridades federales; puede planear, y realizar, una política de largo alcance que le permita adueñarse de los mandos efectivos de la vida nacional en el campo de la administración no militar.

El pentagonismo puede hacer eso, sobre todo si dentro de sus cálculos está el de una guerra de larga duración o de grandes costos en dinero y en vidas; por ejemplo, si el pentagonismo piensa atacar a China necesita estar seguro de que mientras él actúa en China el pueblo norteamericano estará firmemente unido tras los militares, proporcionándoles sin la menor interrupción todo el equipo mecánico y humano que el pentagonismo reclamará, no importa cuál sea la duración del conflicto. Y para que esto sea así no debe haber sectores de la sociedad metropcolonial que tengan motivos para romper esa unidad con protestas y rebeliones.

Ahora bien, en los círculos oficiales de los Estados Unidos se ha pensado que la rebelión negra tiene una causa, que es el estado de miseria general en que viven los negros norteamericanos. Se dice que la Gran Sociedad fue una idea propuesta para acabar con esa situación de miseria y que el hecho de no haber podido llevar a cabo los planes para establecer la Gran Sociedad ha provocado las rebeliones negras.

Este es un razonamiento simplista puesto que lo que podemos calificar, sin exagerar, como la insurrección de Watts —que, como sabe todo el mundo, fue la primera manifestación violenta y masiva de la rebelión negra—, sucedió unos nueve meses después de haber sido reelegido el presidente Johnson, lo que equivale a decir pocos meses después de haber éste propuesto la Gran Sociedad, cosa que hizo durante la campaña electoral. Cuando se levantaron los negros de Watts, no había pasado el tiempo necesario ni siquiera para elaborar los planes de la Gran Sociedad, ni siquiera el tiempo indispensable para que los negros se sintieran estafados.

Pero sea o no sea simplista ese razonamiento, el caso es que la rebeldía negra se atribuye a la incapacidad del gobierno de Johnson para establecer la *Great Society*. Como los críticos de Johnson advirtieron a tiempo que no podrían llevarse a cabo a la vez la guerra de Viet Nam y los planes para la Gran Sociedad, se piensa que las sublevaciones negras son un efecto social y político doméstico de la guerra de Viet Nam. En realidad, una cosa no tiene nada que ver con la otra, salvo en su simultaneidad. Las raíces del movimiento negro llamado *Black Power* son lejanas, aunque es probable que en su organización juegue un papel importante la actividad pentagonista, pero no debido a que esa actividad consuma los fondos que debieron ser destinados al establecimiento de la Gran Sociedad. En este problema hay dos factores que deben ser analizados por separado; uno es las razones económicas y sociales de la rebeldía negra, y otro es su organización como poder militante. Ese poder militante apareció al mismo tiempo que se inició el escalamiento de la guerra de Viet Nam; luego, no podía ser resultado de la transferencia hacia los canales pentagonistas, para ser usado en Viet Nam, del dinero destinado a crear la Gran Sociedad. El *Black Power* se organizó —sobre la base de un prolongado estado de injusticia

económica y social— como una fuerza destinada a debilitar el poder de agresión militar de los Estados Unidos actuando en la retaguardia de ese poder. Los líderes del *Black Power* debieron darse cuenta, de manera instintiva o por análisis, de que la posibilidad de mejorar la situación de los negros norteamericanos depende en una medida importante de que en el mundo existan poderes revolucionarios independientes, y, además, opuestos a los Estados Unidos no sólo por razones ideológicas sino también por razones de otro tipo. La supervivencia del gobierno comunista de China, un país considerado por los Estados Unidos como *colored*¹, es de importancia decisiva para los negros norteamericanos, puesto que se trata de un gran poder mundial que los ampara y defiende con su sola existencia. Mao es el líder no sólo de China, sino también de los pueblos de color, entre los cuales el más importante, debido a que vive en el seno del pueblo norteamericano, está compuesto por los negros y los mestizos de los Estados Unidos. Algo similar puede decirse de la supervivencia del gobierno cubano de Fidel Castro. El *Black Power* no es una mera rebelión social, aunque ese aspecto es un ingrediente importante en el movimiento negro —y tal vez el que le comunica su potencia interior—; es un movimiento político provocado, en lo que se refiere a su organización y militancia, por la política internacional de los Estados Unidos, lo que equivale a decir por las actividades del pentagonismo. Era de esperar, pues, que el pentagonismo reaccionara ante ese movimiento, y dadas las tradiciones norteamericanas, era de esperar que sus primeras actuaciones en ese camino fueran las que anunció el Secretario McNamara.

¹ *Colored* es la palabra con que se designa en los países de habla inglesa a los pueblos que no pertenecen a la raza blanca. Es una palabra despectiva y con ella se igualan negros, amarillos, indios y mestizos de todas las razas.

En el cable publicado por *The Times* se informaba que el día 7 de noviembre el Secretario McNamara anunciaría que su departamento había decidido contribuir a la solución de los problemas sociales del país mediante el uso de lo que el corresponsal llamaba, con razón, “el enorme poder y [*los enormes*] recursos” de ese departamento. El señor McNamara, según el corresponsal del bien informado diario inglés, iba a dar los detalles de tres programas destinados a ese fin.

Copiamos de *The Times*:

“El primero [*de los tres programas*] es la reciente orden del Pentágono que prohíbe a todos los militares comprar o alquilar casas cuyos dueños practiquen la discriminación racial. Esta política, que se puso en vigor por primera vez en el área que rodea a Washington, ha sido ahora llevada a California y será gradualmente extendida a otros Estados.

‘El segundo —‘Proyecto 100.000’— proporciona[ra] educación intensiva a jóvenes pobres que no puedan hacer el servicio militar porque están por debajo de los niveles mínimos que [*exige*] el Ejército.

‘Finalmente, el ‘Proyecto Transición’ es un programa voluntario para dar educación y empleo a los que son dados de baja”.

Volveremos sobre el cable, pero por el momento hay que hacer algunas preguntas.

¿Por qué le sobran al Pentágono fondos, y por qué esos fondos sobrantes van a ser usados en actividades que competen a la administración civil? Si el Pentágono tiene autoridad para prohibir a todos los militares comprar o alquilar casas cuyos dueños practiquen la discriminación racial, ¿no la tiene también para prohibirles que compren o alquilen a los que no se dedican a esa discriminación, o para prohibirles que compren en tiendas de judíos o simplemente en comercios que estén situados en la acera opuesta a la salida del sol? ¿Quién

tiene en el Pentágono la capacidad legal indispensable para determinar cuándo un propietario ejerce o no ejerce la discriminación racial? ¿Dónde reclutará el Pentágono a los maestros que se necesitan para dar educación a 100.000 jóvenes; en las filas militares o en la población no militar? Y si el reclutamiento se hace entre maestros no militares, ¿a qué autoridad obedecerán los reclutados; a la del Pentágono o a la del departamento de Educación? ¿Quién determinará las condiciones que deberán reunir esos maestros, su ideología política y su conducta? ¿Quién va a administrar, y bajo qué normas y disciplina, el “Proyecto Transición”? ¿Qué clase de empleos se les proporcionará a los militares dados de baja? ¿Será en las industrias de guerra o en los servicios de otro tipo del aparato pentagonista? Una vez empleados, ¿qué nexos tendrán esos hombres con el poder militar?

Es de pensar que esas preguntas han sido hechas y respondidas en el seno del Pentágono, pues una organización que tiene un poder económico, social y político tan fabuloso no se lanzaría a invadir el campo de las actividades que corresponden al gobierno civil si antes no supiera con claridad qué obstáculos puede hallar en su camino. La decisión anunciada por el señor McNamara envuelve al pentagonismo en asuntos de política doméstica, que pueden tener consecuencias calamitosas, y por esa razón debemos admitir que la decisión no se limita a un simple proyecto de relaciones públicas destinado a mejorar la imagen del Pentágono a los ojos del pueblo norteamericano.

Es probable que al elaborar los programas a que se refiere el corresponsal de *The Times*, el Pentágono haya sido impulsado por consideraciones de preservación, y que en el plan no haya propósitos ulteriores. Pero los que conocen la dinámica del poder saben que cuando una maquinaria de poder invade un campo que le es ajeno, ese campo quedará bajo su dominio

y al cabo de cierto tiempo será una base desde la cual la maquinaria de poder avanzará inexorablemente, a una velocidad proporcional a su poderío, hasta que conquiste todo el terreno que se halla en la periferia de ese campo. Así, pues, debemos esperar que al decidirse a participar en el establecimiento de la Gran Sociedad, el pentagonismo pasará a extender su autoridad hacia terrenos que hoy son de la competencia civil, y que en un tiempo relativamente corto tendrá a su cargo una parte importante de la esfera del poder doméstico. Eso significaría que del control de la política exterior del país, el pentagonismo pasaría gradualmente al control de la política interior, lo que en fin de cuentas se resume diciendo que el pentagonismo marcha hacia la conquista del poder total en los Estados Unidos.

Los últimos párrafos del cable de *The Times* de Londres apuntan hacia esa dirección. Esos párrafos son los siguientes:

“Los problemas del *ghetto*, [*del*] control del tránsito y del desarrollo futuro [*sic*] de las ciudades están siendo computados por científicos de la Research and Development [*Rand*] Corporation en Santa Mónica, California. Con financiamientos exuberantes de la Fuerza Aérea, la Rand Corporation ha dedicado tradicionalmente sus energías a una investigación libre de las políticas de la era nuclear y a asegurar que los armamentos americanos sean los mejores calculados para descorazonar a un agresor”.

En todos los círculos científicos, militares y gubernamentales de los Estados Unidos se sabe que la Rand Corporation es una organización altamente especializada que trabaja para el Pentágono. Tal como dice el corresponsal de *The Times*, está lujosamente financiada por la Fuerza Aérea. Hay grupos de elevadísimo nivel político y de otro tipo que consideran que la Rand Corporation es la flor y nata del pensamiento científico-militar de los Estados Unidos. Esa puede ser una

apreciación exagerada, pero es la imagen que se tiene de la Rand Corporation.

Pues bien, al poner en manos de la Rand Corporation tareas que corresponden a la actividad del gobierno civil, ¿no se estará dando un paso inicial, muy discreto por cierto, en el camino de suplantar al gobierno civil?

La respuesta a esa pregunta debe ser dada por los hombres y las mujeres de los Estados Unidos que sean en verdad intelectual y moralmente responsables del futuro de su país; no por los que tienen responsabilidad oficial, porque a estos les resultará muy difícil, si no imposible, liberarse del círculo de hierro con que el poder aprisiona a sus servidores.

Sin duda el pentagonismo es una amenaza para todos los pueblos del mundo debido a que es una máquina de guerra que necesita la guerra en la misma forma en que los seres vivos necesitan aire y alimento para no perecer. Pero la amenaza no es menor para todos los norteamericanos. Si el poder del pentagonismo sigue extendiéndose y entra a dominar la esfera del poder civil dentro de los Estados Unidos, el país en conjunto —y no sólo los políticos y los militares— acabará provocando la ira del mundo contra él. Y no hay que engañarse: el arma más poderosa con que puede contar una nación, sea a su favor o sea en su contra, no es la bomba “H” ni el antiohete orbital; es la opinión pública mundial. El pentagonismo podrá tener de su lado el interés de los que acumulan poder y dinero, pero no tendrá de su lado a los que aspiran al reino de la justicia sobre la Tierra.

La simple palabra de Jesús acabó siendo más poderosa que las arrogantes legiones de Roma.

APÉNDICE AL PREFACIO*

La guerra y sus efectos

Hoy, señor Presidente, reasumo mis comentarios sobre la guerra vietnamita y sus amplios efectos. En la primera mitad de mi discurso cuestioné la suposición sobre la cual se basa la política de guerra norteamericana y sugerí lo que a mi parecer son las causas principales para la profunda y creciente división del pueblo norteamericano. Hoy pretendo señalar algunos de los efectos destructivos de la guerra sobre nuestra vida doméstica, la creciente militarización de la economía y de las universidades, la crisis de pobreza y racial, cada día más profunda, y la cuestión del concepto de Norteamérica, sobre sí misma, como un imperio mundial tradicional en lo cual me parece que nos convertimos, o como un ejemplo de la democracia creativa, como tradicionalmente nos hemos considerado.

1 El complejo militar-industrial-académico

Mientras jóvenes disidentes ruegan por la resurrección de la promesa norteamericana, sus mayores continúan subvirtiéndola. Como si fuese algo de lo cual sentirse orgulloso, fue anunciado no hace mucho tiempo que la guerra en

* Discurso del senador J. W. Fulbright, presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos, pronunciado el 13 de diciembre de 1967.

Viet Nam ha creado un millón de nuevos empleos en los Estados Unidos. Nuestro país está siendo condicionado al conflicto permanente. Más y más nuestra economía, gobierno y universidades se adaptan a los requisitos de una guerra continua, guerra total, guerra ilimitada y guerra fría. La lucha contra el militarismo en la cual fuimos involucrados hace 26 años se ha convertido en algo permanente y para poder conducirla nos convertimos en una sociedad militarizada.

No creo que el complejo militar-industrial sea el invento conspiratorio de una banda de “comerciantes de la muerte”. Uno casi quisiera que fuese así, ya que las conspiraciones pueden ser expuestas y tratadas. Pero los componentes del nuevo militarismo norteamericano son muy diversos, independientes y complejos para ser el producto de una conspiración dirigida y centralizada. Es más bien el resultado inevitable de la creación de un grande y permanente establecimiento militar, cuyas necesidades han levantado una inmensa y privada industria de defensa vinculada a las fuerzas armadas por un enlace natural de interés común. Como el productor más grande de bienes y servicios en los Estados Unidos, las industrias y los negocios que satisfacen los pedidos militares inyectarán en el año fiscal que viene unos 45 mil millones de dólares a más de 5 mil ciudades y pueblos, donde más de 8 millones de norteamericanos, incluyendo miembros de las fuerzas armadas, lo que constituye el 10 por ciento de la fuerza laboral, se ganarán la vida. Conjuntamente, todas estas industrias y sus empleados obtendrán sus ingresos del presupuesto de defensa de 75 mil millones de dólares, formando una concentración gigante de socialismo en nuestra economía de libre empresa.

Aunque no necesariamente planificado, este complejo se ha convertido en una fuerza política mayor. Es el resultado y no la causa de las intervenciones norteamericanas en todo el mundo, pero, compuesto como está de un gran número de

ciudadanos, no millonarios ni “comerciantes de la muerte”, sino por buenos y ordinarios ciudadanos norteamericanos cuyas vidas dependen de la producción de defensa, el complejo militar-industrial se ha convertido en una fuerza indirecta para la perpetuación de nuestros compromisos militares globales. Esto no es porque alguien favorece la guerra, sino porque cada uno de nosotros tiene el deseo natural y propio de preservar las fuentes de nuestra subsistencia. Para el que labora en defensa esto significa preservar u obtener pedidos; para el político significa preservar la buena voluntad de sus adherentes ayudándolos a recibir lo que quieren. Cada vez que un nuevo programa, como el “fino” sistema de misiles antibalísticos propuesto por el señor McNamara a un costo de 5 mil millones de dólares, es introducido, una nueva agrupación de seguidores es creada, un grupo de personas que dará pasos firmes y seguros para proteger al nuevo programa y, en el caso del ABM, convertir al “fino” sistema en uno “grosso”. El proceso de la creación de esta agrupación de seguidores es también llevada a cabo por la perspicacia de los funcionarios de Defensa y los contratantes en la ubicación de instalaciones y plantas en los distintos distritos de muchos miembros claves del Congreso.

En esta forma natural, generales, industriales, negociantes, obreros y políticos se han unido en un complejo militar-industrial, un complejo que, a pesar de la inadvertencia de su creación y las intenciones inocentes de sus participantes, se ha convertido, no obstante, en una nueva fuerza poderosa para la perpetuación de compromisos militares en el exterior, para la introducción y expansión de costosos sistemas militares, y, como resultado de eso, para la militarización de amplios segmentos de la vida nacional. La mayoría de los grupos de interés son contrarrestados por otros grupos de interés, pero aún así el complejo militar sigue siendo mucho más grande que cualquier otro, hasta el punto de que no tiene realmente un

contrapeso efectivo, con la excepción de la manifestación de preocupación de parte de algunos de nuestros ciudadanos y unos cuantos de nuestros líderes.

Las universidades habrían podido formar ese importante contrapeso efectivo al complejo militar-industrial por vía del fortalecimiento de su énfasis sobre los valores tradicionales de nuestra democracia, pero muchas de las universidades han optado por unirse al gran monolito, dándole más poder e influencia. Aunque resulte decepcionante, la adherencia de los profesores no es sorprendente. No menos que negociantes, obreros y políticos, los profesores también gustan del dinero y la influencia. Habiendo sido tradicionalmente privados de ambas cosas, le han dado la bienvenida a los contratos y las consultas ofrecidos por el establecimiento militar. La gran mayoría de los profesores norteamericanos todavía siguen dando clases a sus estudiantes y participando en investigaciones escolares, pero algunos de los más famosos de nuestras academias han dejado de lado estas actividades para así servir a su gobierno, especialmente en aquellas áreas que se ocupan primordialmente de la guerra.

Los lazos existentes entre el gobierno y las universidades no son más que el resultado de una conspiración que lo que igualmente existe entre el gobierno y el sector privado industrial. Son arreglos de conveniencia que proveen al gobierno con conocimientos políticamente útiles y a las universidades con recursos económicos muy necesitados. La mayoría de estos fondos terminan en las grandes instituciones que los necesitan menos que las academias pequeñas y menos conocidas, pero que en términos generales contribuyen a la alta enseñanza, aunque sea una contribución adquirida a un alto precio.

Ese alto precio es la rendición de la independencia la negligencia de la enseñanza, y la distorsión de la academia. Una universidad que se ha acostumbrado al ingreso de fondos

contractuales del gobierno muy probablemente le dará mayor énfasis a las actividades que atraen dichos recursos. Estas, lamentablemente, no incluyen la impartición de docencia y el tipo de escolaridad que, aunque contribuye a la suma de conocimientos humanos y al conocimiento propio del hombre, no es rentable al Departamento de Defensa o a la CIA. Como Clark Kerr, ex-presidente de la Universidad de California, lo expresó:

“El problema real no es de control federal, sino de influencia federal. Una agencia federal ofrece el proyecto. La universidad no tiene que aceptarlo, pero como asunto práctico, normalmente lo hacen... De esta realidad han seguido muchas de las consecuencias de la ayuda federal para las universidades; y han sido substanciales. El hecho de que son sutiles, lentamente acumulativos y caballerosos las hacen más potentes todavía”¹.

Según lo escuchado, el proceso de la adquisición de contratos gubernamentales no es siempre pasivo y caballeroso. “Una de las escenas más sombrías de la alta educación norteamericana”, escribe Robert M. Rosenzweig, Decano Asociado de la División de Graduados de Stanford University, “es la de administradores universitarios ocupándose de obtener contratos para trabajar que no surgen de la investigación escolar ni de los intereses académicos de su respectiva facultad. El resultado de esta empresa desagradable de seguro será el de una facultad obligada o seducida por intereses secundarios, o un esfuerzo frenético por asegurar que personas fuera de la facultad cumplan con las obligaciones contractuales. Entre los aspectos confusos de tales arreglos está el hecho de que las agencias gubernamentales los hayan permitido y hasta

¹ KERR, Clark, “The Uses of the University”, Cambridge, Harvard University Press, 1964, pp.57-58.

incentivado. No sólo son dañinos para las universidades, lo cual no es, claro está, la preocupación principal del Gobierno, sino también aseguran que el Gobierno no recibirá lo que supuestamente está comprando; es decir, los recursos intelectuales y técnicos de la comunidad académica. Es simplemente un mal arreglo para todos”².

Comentando sobre estas tendencias, un estudio especial sobre el gobierno, las universidades y asuntos internacionales preparado por la Comisión del Consejo norteamericano para Asuntos Internacionales, Educativos y Culturales, señala que “el entusiasmo de administraciones universitarias para realizar proyectos estilizados y financiados por el Gobierno ha causado una declinación en sus propios compromisos con los objetivos escolares, ha producido un efecto negativo en la misión académica de nuestras universidades y finalmente ha provocado quejas amargas de parte de los clientes decepcionados...”³.

Entre los efectos del sistema de contratos gobierno-universidad los más dañinos y corrompidos son los de la negligencia del objetivo más importante de la universidad, la educación de sus alumnos, y la incorporación al campo gubernamental de académicos, especialmente los de ciencias sociales, quienes deberían actuar como responsables e independientes críticos de las políticas de su gobierno. El proceso de corrupción es muy sutil: nadie necesita censurar, amenazar u ordenar para contratar académicos; sin una palabra de advertencia o

² Citado en: ADAMS, Water y JAFFE, Adrian, “Government, The Universities, and International Affairs: A Crisis in Identity”, informe especial preparado por la Comisión de Asesores de Estados Unidos sobre Educación Internacional y Asuntos Culturales, 90 Congreso, Primera Sesión, Documento de Cámara de Representantes N° 120, Washington, U. S. Government Printing Office, 1967, pp.5-6.

³ *Ibid.*, p.6.

consejo, es simplemente un hecho entendido que contratos lucrativos son premios no a los que cuestionan las políticas de su gobierno, sino a los que proveen al gobierno con las herramientas y técnicas que desea. El efecto, en las palabras del estudio entregado a la Comisión del Consejo sobre Educación Internacional, es sugerir la posibilidad a un mundo —nunca adverso al prejuicio— de que la honestidad académica no es menos mercadeable que una caja de detergente en el supermercado”⁴.

La formación de un complejo militar-industrial, con todas sus consecuencias, es el resultado de un gran número de personas que participa en actividades comerciales más o menos normales. La adherencia de las universidades, aunque no sea el resultado de un plan o conspiración, involucra algo más: la negligencia y, si es llevado lo suficientemente lejos, la traición a la razón fundamental para la existencia de la universidad, el avance de la búsqueda del hombre por la verdad y felicidad. Es para este propósito, y sólo este propósito, que las universidades reciben —y deben recibir— el apoyo de la comunidad en forma de donaciones, préstamos y exenciones de impuestos. Cuando la universidad deja de lado su propósito central y se hace una parte del gobierno, preocupándose por técnicas en vez de propósitos, por expedientes en vez de ideales, dispensando convencionalismos ortodoxos en lugar de nuevas ideas, entonces no sólo deja de cumplir con la responsabilidad frente a sus alumnos; traiciona la confianza pública.

Esta traición se siente más por los estudiantes, en parte porque son ellos quienes se encuentran negados de los servicios de aquellos que deberían ser sus profesores; son ellos los receptores de conocimientos puros adquiridos en cavernícolas

⁴ *Ibid.*, p.8.

salones de lectura; son ellos quienes deben esperar hasta semanas para ser recibidos y atendidos por eminencias, el tiempo ocupado por largos viajes y las investigaciones relacionadas con los contratos gubernamentales.

Por todas estas razones los estudiantes se sienten traicionados, pero es dudoso que alguna de éstas sea la causa básica de las insurrecciones que se han levantado en tantas universidades. Parece ser más probable que la causa básica de los disturbios en nuestras universidades sea el descubrimiento de corrupción en el único lugar, quizás aparte de la iglesia, donde supuestamente se encontrarían inmunizados contra las corrupciones de nuestra época. Al ver los valores tradicionales de su patria degradados en un esfuerzo por atribuirle propósito moral a una guerra inmoral, al ver los líderes de su país atrapados por inconsistencias que después son denominadas como “una brecha de credibilidad”, los estudiantes ahora ven a sus universidades —las últimas ciudadelas de la integridad moral e intelectual— entregándose a fines ulteriores y expeditivos y traicionando su propósito fundamental, que, en las palabras de James Bryce, es “reflejar el espíritu de los tiempos sin rendirse a él”.

2 Pobreza en Norteamérica

Los estudiantes no son los únicos rencorosos en Norteamérica, ni los únicos con causa para sentirse así. También está el rencor del pobre norteamericano, blanco y negro, rural y urbano. Estos son los hijos desposados de la sociedad afluente, 32 millones de norteamericanos cuyas esperanzas fueron brevemente levantadas por la proclamación de una “guerra contra la pobreza”, para después ser sacrificados frente a los requisitos de la guerra contra el comunismo asiático, o, para ser más precisos, frente a la preocupación ejecutiva y la parsimonia congresional inducidas por aquella guerra.

Por nuestra preocupación con guerras y crisis extranjeras apenas nos hemos dado cuenta de la revolución provocada por cambios sin dirección aquí en casa. Desde la Segunda Guerra Mundial nuestra población ha crecido en 59 millones, una migración masiva ha atestado más del 70 por ciento de nuestra población sobre poco más del uno por ciento de nuestra tierra; grandes números de negros rurales del sur han llenado los barrios marginales de ciudades norteñas mientras familias blancas y afluentes han huido a nuevos suburbios sin forma, dejando las ciudades físicamente deterioradas y financieramente destruidas, y creando una nueva y socialmente destructiva forma de aislamiento racial con una pobreza degradante. La pobreza, que es una tragedia en un país pobre, mancha nuestra sociedad con algo más que una tragedia; siendo innecesaria, es intensamente inmoral también.

Aunque es distinta en causa y carácter, la insurrección negra es también buena parte de la crisis más general de la pobreza norteamericana, y es poco probable que la justicia social para los negros sea lograda, al menos que sea parte de un programa global y amplio de educación, construcción de viviendas y empleo para todos nuestros pobres, ya que de la gran "clase baja" los negros constituyen sólo una cuarta o tercera parte. Es esencial que el problema de la pobreza sea tratado como una totalidad, no sólo porque las necesidades materiales de los blancos y los negros son iguales —escuelas mejores, hogares mejores y oportunidades de empleo mejores— sino porque aliviar la pobreza en general es también la mejor forma de aliviar la hostilidad racial. No son los educados ni los pudientes quienes se llevan el contragolpe, sino los pobres blancos, quienes ven el movimiento de derechos para los negros como una amenaza a sus empleos y sus hogares y —probablemente lo más importante— una amenaza a su magro sentido de estado social.

No hay nada edificante sobre la pobreza. Es degradante tanto moral como físicamente. No hace de los hombres hermanos. Los hace competir por empleos, hogares y estado. Deja su marca en un hombre y no es una marca atractiva. La pobreza aprieta y distorsiona, condenando a sus víctimas a una lucha ansiosa y sin fin para captar necesidades físicas. Esa lucha, en su turno, le roba al hombre sus capacidades distintamente humanas, la capacidad de pensar y crear, la capacidad de buscar y apreciar el significado de cosas, la capacidad de sentir compasión y amabilidad hacia su vecino.

Para poder superar y solucionar el problema de la pobreza y sus productos secundarios malignos, tendremos que tratarlos como algo humano en vez de algo racial o regional. Por razones prácticas, así como también morales, tendremos que tener compasión para aquellas personas un poco por encima del fondo y aquellas que se encuentran en el mismo fondo. Tendremos que entender no sólo al granjero blanco, sino también al trabajador negro, no sólo al inmigrante trabajador urbano blanco, sino también al morador barrial negro. Hasta nos beneficiaría adquirir algunos conocimientos —no asentimiento, sólo conocimiento— sobre el grupo de cada uno y sus prejuicios regionales. Si la crisis racial de años recientes ha demostrado algo, es que ninguno de nosotros, norteamericano o sudamericano, tiene mucho de lo cual sentirse orgulloso, que nuestros fracasos han sido fracasos nacionales, que nuestros problemas son problemas de una sociedad entera, por lo tanto, así también deben ser sus soluciones.

Todos estos problemas —de pobreza y raza, y escuelas— se han enfocado en las grandes ciudades, las cuales rápidamente se van convirtiendo en lugares no aptos para vivir, tanto físicamente como mentalmente y estéticamente.

Ahora en proceso de formación, las ciudades y los suburbios son los productos de una tecnología que crece de forma

desenfrenada, sin dirección política efectiva y sin considerar el costo social y económico a largo plazo. Han recibido sus apariencias de inversionistas, constructores y empresarios que buscan, como sólo es de esperar, sus propias ganancias a corto plazo. Los ríos y las bahías son contaminados y el aire se llena de los vapores tóxicos de millones de carros que saturan las calles. Son lamentablemente inadecuadas las facilidades recreativas y las áreas verdes de tranquilidad y no hay forma de escapar del gentío y su bullicio, ambos dañinos a la salud mental. En el corazón del problema está la ausencia de fondos económicos suficientes y autoridad política lo suficientemente fuerte como para controlar la anarquía del interés privado y actuar en beneficio de la comunidad. A pesar de los esfuerzos de algunos alcaldes y algunos estudiantes de los problemas urbanos, la ola del deterioro no se está conteniendo y las ciudades se están metiendo más y más en la desorganización y desmoralización.

Las ciudades más grandes han crecido más allá de la capacidad organizativa del ser humano. No obstante lo que se haga para la rehabilitación de New York y Chicago, nunca habrá áreas verdes de silencio y serenidad, ni tampoco hay mucha posibilidad de que puedan ser tolerablemente accesibles para los millones que pasan sus vida encerrados en acero y concreto. Aún así, los grandes complejos urbanos siguen siendo un imán para los negros del sur y los blancos de la Appalachia, a pesar de lo feo e inhumano que son. Apiñándose en los barrios pobres y fétidos y abusando de los servicios públicos, vienen a las ciudades en búsqueda de empleos y oportunidad, sólo para encontrar que los empleos vacantes requieren habilidades de las que carecen y tienen poca probabilidad de adquirir.

Uno contempla si esta migración urbana es irreversible, si sería posible crear oportunidades económicas en los pequeños pueblos y ciudades donde hay espacio y tierra y aire fresco,

donde los costos de construcción son moderados y la gente todavía puede vivir en armonía con la naturaleza. La tecnología de la agricultura moderna inevitablemente podría continuar reduciendo la empleomanía agrícola, pero apenas hemos comenzado a considerar las posibilidades de la descentralización industrial —de subsidios, incentivos arancelarios y otras formas— para hacer posible que la gente se gane la vida en los aún habitables pueblos pequeños de Norteamérica.

Una buena vida en un pueblo pequeño no sólo es mucho mejor que una vida barrial y empobrecida de la ciudad; muy probablemente es más barato también. El Secretario de Agricultura ha sugerido que sería mejor subsidiar una familia rural con mil dólares anuales por veinte años que acomodarlo en una vivienda urbana a un costo de 20 mil dólares. En New York o Chicago 2,500 dólares de asistencia social mantendrá a una familia en subsistencia; en el campo de Ozark, Arkansas es lo suficiente para una vida decente.

Agravando los males materiales tenemos la impersonalización de donde sea que vamos, que nuestros nombres y nuestras direcciones ya no nos identifiquen; las máquinas de IBM requieren números de códigos de áreas, números de cuentas bancarias y de órdenes. Nuestra identidad relevante en una economía computarizada es numérica y no algo personal. Máquinas de negocios dan información básica y servicios básicos y no hay gente para dar informaciones particulares ni para brindar servicios para nuestras necesidades particulares. El concepto gobernante, inventado creo yo en el Pentágono, es la “efectividad de costos”, que se refiere no a la relación del costo con la necesidad y satisfacción del humano, sino a la relación del costo con el sistema computarizado. La tecnología ha dejado de ser un instrumento para los fines humanos; se ha convertido en un fin en sí, sin la regulación de propósitos

políticos y filosóficos. El efecto que esto deja sobre la mente humana sólo puede ser estimado, pero de seguro es algo enorme, ya que las necesidades humanas son diferentes de las necesidades del sistema al cual están siendo subordinadas. Algún día puede ser que los requisitos humanos sean computarizados también, pero, gracias a Dios, todavía no han sido programados.

El costo de rehabilitar Norteamérica será mucho más enorme de lo que hemos querido considerar. Cuando el alcalde Lindsay dijo que costaría 50 mil millones de dólares en diez años convertir a New York en un lugar apto para vivir, su declaración fue desechada como algo caprichoso, a pesar de que 50 mil millones de dólares es menos de lo que gastamos en Viet Nam en dos años. El sociólogo sueco Gunnar Myrdal ha estimado que costará millones de millones de dólares rehabilitar nuestros barrios empobrecidos y sus habitantes. "...La idea común de que Norteamérica es un país inmensamente rico y afluente", dice él, "es en gran parte una exageración. La afluencia norteamericana está bastante hipotecada. Norteamérica le lleva una gran carga de deuda a sus pobres. Que esta deuda hay que pagarla no es simplemente un deseo de los que hacen bien. El hecho de no pagarla implica un riesgo mortal para el orden social y la democracia como lo conocemos"⁵.

Antes de que empecemos a pensar en lo que se necesita hacer y cómo hacerlo, tenemos que reevaluar nuestras prioridades nacionales. Tenemos que pesar los costos y los beneficios de viajar a la luna contra los costos y beneficios de la

⁵ MYRDAL, Gunnar, *La necesidad y dificultad de planificar la sociedad futura*, (Discurso con motivo de la Consulta Nacional sobre el Entorno Futuro de una Democracia: Los Próximos Cincuenta Años, 1967-2017, convocada por el American Institute of Planners), Washington, D.C., 3 de octubre de 1967, p.15.

rehabilitación de nuestras ciudades. Tenemos que pesar los costos y los beneficios del transporte supersónico, que facilitará que ejecutivos de negocios viajen sobre el Atlántico en dos o tres horas, contra los costos y beneficios de la limpieza y el desalojo de los barrios empobrecidos y la construcción de escuelas, lo que crearía oportunidades para millones de nuestros ciudadanos de “clase baja”. Tenemos que pesar los beneficios y considerar la disparidad enorme de los 904 mil millones de dólares que hemos gastado en las fuerzas armadas y el poder militar desde la Segunda Guerra Mundial contra los 96 mil millones que hemos gastado, como parte de nuestro presupuesto nacional regular, en educación, salud, bienestar, viviendas y el desarrollo de nuestras comunidades.

Definir nuestras prioridades es más una cuestión de moral que de costos. Lo último, en este caso, nos sirve para determinar lo que queremos y lo que necesitamos y por lo que estamos dispuestos a pagar. No puede ayudar a los que somos pudientes a decidir si debemos pagar por programas que crearán oportunidades para los que son pobres; eso es un asunto de moral. No nos puede ayudar a decidir si llegar a la luna antes que los rusos es más importante que purificar nuestro aire, lagos y ríos contaminados; eso también es un asunto de moral. Tampoco nos puede ayudar a decidir si queremos ser el árbitro de los conflictos mundiales, el imponente orgulloso de una paz americana, aunque esto tenga que significar el abandono de los principios de una sociedad ejemplar sobre los cuales los Padres de la Patria fundaron los Estados Unidos de Norteamérica, y la traición de la paz mundial bajo una ley mundial que, incluida en el convenio de la Liga de Naciones y la Carta de las Naciones Unidas, también fue una idea norteamericana. Estos también son asuntos morales.

3 *El ejemplo americano*

Aunque nuestro país es bastante rico y poderoso, no es lo suficientemente rico y poderoso como para encaminar el curso de la historia mundial en una dirección constructiva y deseada simplemente a través del impacto de su poder y política. Inevitablemente y demostrativamente, nuestro impacto mayor resta no en lo que hacemos, sino en lo que somos. Con toda su influencia mundial, nuestra asistencia y diplomacia son sólo la sombra de Norteamérica; la Norteamérica real —y la influencia norteamericana real— son algo totalmente distinto. Son la forma en la cual nuestra gente vive, nuestros gustos y juegos, nuestros productos y preferencias, la forma en que nos tratamos, la forma en que nos gobernamos, las ideas del hombre y las relaciones del hombre con otros que se plantaron y crecieron en nuestra tierra.

La historia es testigo de esto. Hace cien años Inglaterra era dominante en el mundo como hoy lo es Norteamérica. Ya Inglaterra no es dominante; sus magníficas flotas armadas han desaparecido del mar y sólo fragmentos del una vez gran imperio británico quedan. ¿Qué sobrevive? Una herencia de odio sobrevive, odio del oeste y su imperialismo arrogante, odio de la condescendencia y la explotación, odio de la traición en el extranjero de la democracia que los ingleses practicaban en su tierra. Y las ideas sobreviven, las ideas de libertad y tolerancia y justicia a las cuales los ingleses les estaban dando significado y realidad en casa mientras se comportaban con diferentes principios en el imperio. En retrospectión, parece obvio que el impacto constructivo y duradero de los ingleses en la India, por ejemplo, viene no de la forma en la cual los ingleses gobernaban en la India, sino como se gobernaban en Inglaterra al mismo tiempo.

Poseídos como están de un impulso filantrópico genuino, muchos norteamericanos sienten que sería egoísta y exclusivo,

elitista y aislacionista, negarle al mundo los beneficios potenciales y nuestra gran riqueza y nuestro poder, limitándonos principalmente a un papel ejemplar. Es cierto que nuestra riqueza y nuestro poder pueden ser, y a veces son, beneficiosos para naciones extranjeras, pero también pueden ser, y en la mayoría de los casos son, muy dañinos y frustratorios. La experiencia —nuestra y de los otros— sugiere fuertemente que el impacto destructivo predomina, que cuando grandes naciones actúan sobre pequeñas naciones, tienden a hacerles más daño que bien. Esto no es necesariamente por falta de buenas intenciones; es, mejor dicho, por falta de conocimiento. La mayoría de los hombres simplemente no saben lo que es verdaderamente mejor para otros, y cuando pretenden saberlo o de forma genuina intentan averiguarlo, terminan tomando lo que sería mejor para ellos como si fuese también lo mejor para los demás.

Concediendo este rasgo lamentable de la naturaleza humana, practicamos la democracia entre nosotros, limitando la libertad de individuos para imponer su voluntad sobre otros individuos, limitando al Estado también, y canalizando dicha obligación necesaria a través de instituciones comunitarias. No limitamos el alcance del gobierno porque deseamos negarle a individuos los beneficios de su riqueza y poder; limitamos nuestro gobierno porque deseamos proteger a los individuos de su capacidad de tiranía.

Si es sabiduría restringir el poder de hombres sobre hombres dentro de nuestra sociedad, ¿no es también sabiduría hacer lo mismo en nuestras relaciones exteriores? Si no podemos contar con la benevolencia de un gobierno todopoderoso hacia su propia gente cuyas necesidades y características conoce y hacia quienes de seguro está bien dispuesto, ¿cómo podemos contar con la benevolencia de una Norteamérica todopoderosa hacia personas de las cuales conocemos muy poco?

Obviamente, no podemos, y, hasta el momento en que tengamos la disposición de ofrecer nuestra asistencia a través de instituciones comunitarias tales como las Naciones Unidas y el Banco Mundial, creo que, al limitar nuestros compromisos con pequeñas naciones, hacemos más para evitarles el desbarajuste que negándoles beneficios.

La sabiduría se constituye tanto por saber lo que no puedes hacer como por saber lo que puedes hacer. Si fuera posible reconocer las limitaciones de nuestras propias capacidades, sería posible dejar, más de lo que dejamos ahora, que la naturaleza tome su curso en un lugar u otro, no porque el resultado sería de seguro algo bueno, sino porque sea cual sea el curso de la naturaleza, meterse con ella sería peor.

Antes, en los viejos tiempos, teníamos esto como sabiduría, y sabíamos, casi instintivamente, que lo que hacíamos con nosotros mismos y con nuestra sociedad tendría un impacto en el mundo mucho más beneficioso y duradero que cualquier cosa que pudieran hacer nuestras relaciones exteriores. Éramos libres como dicen, dejando que la conducta nuestra sirviera como un sermón mudo. Sabíamos que era la libertad y la oportunidad aparentemente sin límites, la energía y creatividad maravillosa de nuestra población, en vez de la tontería romántica de nuestro “destino manifiesto”, lo que hacía del nombre de Norteamérica un símbolo de esperanza para las personas de todo el mundo.

Conocíamos estas cosas antes de que acontecimientos más allá de nuestro control nos llevaran irrevocablemente al mundo y sus problemas tenebrosos. Entonces, reconocimos, como teníamos que hacerlo, que algunas de nuestras ideas tradicionales no nos servirían, que ya no podríamos, por ejemplo, considerar nuestro poder, y que, por lo tanto, no podríamos continuar neutrales en los conflictos mayores entre las naciones mayores del mundo. Sin embargo, como tantas veces sucede

cuando se revisan ideas, echamos algunas ideas válidas con las obsoletas. Reconociendo que no había forma de no verse involucrado en la mayoría de las crisis mundiales, llegamos a pensar que teníamos que ser involucrados en cada crisis que se presentaba; entonces comenzamos a perder el conocimiento de nuestras propias limitaciones. Reconociendo que no quedaba algo más que mantener una política exterior activa, llegamos a pensar que cualquier cosa que se necesitaba lograr en el mundo se lograría a través de los actos de nuestra política exterior, y esto —como pensamos— siendo la verdad, que la política exterior debiera sin excepción tomar precedencia sobre nuestras necesidades domésticas; ahí comenzamos a perder nuestra histórica comprensión del poder del ejemplo norteamericano.

La pérdida se manifiesta en Viet Nam. Allí finalmente hemos abrazado ideas que son ajenas a nuestra experiencia, la idea de que nuestra sabiduría es tan grande como nuestro poder, y la idea de que nuestro impacto duradero en el mundo puede ser determinado por la forma en que participamos en una guerra en vez de como administramos nuestro país. Estos son los efectos principales y más siniestros de la guerra: la traición a ideas que le habían servido bien a Norteamérica y la gran crisis moral que esa traición ha provocado en nuestro pueblo y sus líderes.

La crisis no será resuelta rápidamente, tampoco puede ser predicho su resultado. Puede culminar, como espero que suceda, en una nueva imposición de los valores tradicionales, en una nueva conciencia del poder creativo del ejemplo norteamericano. O puede culminar en nosotros convirtiéndonos en un imperio del tipo tradicional, destinado a gobernar por un tiempo sobre un sistema vacío de poder para después desvanecer o caer, dejando, como sus predecesores, una herencia de polvo.

(Traducido al español por la editora).

APÉNDICE I

Guerrilla Warfare and special forces operations (FM 31-21) Part one, Introduction, Chapter I, Fundamentals: 2. Definition of Unconventional Warfare (p.3):

“Unconventional Warfare consists of the interrelated fields of guerrilla warfare, evasion and escape, and subversion against hostile states [*resistance*]. Unconventional warfare operations are conducted in enemy or enemy controlled territory by predominantly indigenous personnel usually supported and directed in varying degree by an external source.

‘3. Delineation of Responsibilities for Unconventional Warfare:

‘a. The responsibility for certain of these activities has been delegated having primary concern. Guerrilla warfare is the responsibility of the United States Army.

‘b. Within certain designated geographic areas —called guerrilla warfare operational areas— the United States Army is responsible for the conduct of all three interrelated fields of activity as they affect guerrilla warfare operations.

‘Chapter 9. Psychological Operations in support of unconventional warfare (pp.169-176):

‘148. *General*

‘c. In peace or war special forces units, by their very presence in a particular country, have a psychological impact on select military or paramilitary elements and on informed elements of the population.

'The image created by special forces personnel is moulded by a multitude of factors which bear heavily on the successful outcome of the operations. These factors include tangible evidence of United States interest and support results of day-to-day, face-to-face meetings and an intelligent of the people by the presence of special forces personnel, the understanding of the objectives and problems of the indigenous guerrilla force. The image is more favorable, however, if psychological operations techniques are used at all stages in the organization of the guerrilla units, especially in the preinfiltration stages, to prepare the potential guerrilla force and auxiliary forces for the arrival of United States personnel and, subsequently, in pointing up mutual efforts to achieve common political and military objectives...

'149. *Concept and Organization:*

'Planned psychological operations assist in the conduct of unconventional warfare operations both before and during hostilities and through those cold war activities in which the United States Army may be engaged. These psychological operations are designed to create, reinforce or sustain those attitudes held by the population which cause them to act in a manner beneficial to their own and to United States objectives.

'a. National Programs. The United States Information Agency (USIA) conducts psychological operations which have the broad objective of generally defining American principles and aims and interpreting America and its people to other peoples. This includes supporting the right of all of the peoples of the world to choose their own form of government. USIA programs can be used to prepare potential or designated special forces operational areas for the psychological acceptance of American military personnel.

'150. *Target Audiences:*

'b. *Civilian Population.* (1). No guerrilla movement can succeed without a majority of the population being favorable inclined toward it. Often, however, in the initial stage of hostilities, the population, because of fear or uncertainty about the aims of the movement, may be neutral or opposed to the guerrillas. This is understandable because the population is caught between the demands and controls of the enemy force and those of the guerrillas. In this instance, the main objective of psychological operations in guerrilla warfare is to persuade the target group that the guerrillas are fighting for the warfare and goals of the population, than these goals are attainable and that the United States in supporting the guerrilla force is pressing for the same political and social goals. Psychological programs aimed at this target audience stress appeals designed to induce the population to support and obey guerrillas in achieving recognized common objectives.

'c. *Guerrillas and the Auxiliares:* The third mayor target audience to be considered by the special forces commander comprises the guerrillas, the auxiliares, and those underground elements assisting the guerrillas. The guerrilla force has been given proof that the United States supports the general objectives of the guerrilla movement. But, as the representative of the United States theater commander, the special forces detachment commander must insure that specific goals for the guerrillas and its support elements are reinterpreted and remphasized continually during the hostilities phase.

'151. *Types of Psychological Warfare Operation in Guerrilla Warfare Operational Areas:*

'a. *Action Operations* (4). When area supremacy is achieved, encouraging and assisting the civilian population to resume their normal activities. This may involve use of

the guerrillas or auxiliary units in assisting the local population to repair building, build needed structures, harvest crops, reopen schools and churches, organize social activity groups, etc.; (5). The institution of honest and effective government in the area. These psychological programs must carry the full weight of the prestige and legality of the United States and its allies. This is demonstrated by having appropriate directives emanate from United States authorities at theater level or higher. Joint directives issued by United States and indigenous guerrilla leaders or a credible government-in-exile give added force to the action programs.

'(6) Meeting civilians face-to-face. During those periods of operations before the special forces commander can actively assist the civilian population to resume a relatively normal life, the commander must reinforce written appeals by conducting meetings or discussions with the local civilians. These provide additional tangible evidence to the population that the guerrillas are supported by the United States and that both are working in the interest of the population. Members of the special forces detachment participate in such meetings to establish full rapport with the population, thereby diminishing the 'foreignness' of special forces personnel. These meetings help to identify the guerrillas and the United States personnel with the population.

'152. *Psychological Operations to Support Demobilization.*

'Psychological operations are used to assist in the demobilization of a guerrilla force. They consist of Programs using all media to explain to the guerrilla steps to be taken in the demobilization process. In addition, rehabilitation programs, sponsored by the United States or the national government concerned, are explained to the guerrillas with emphasis on the guerrilla's role in the future plan for their country.

'154. *Role of Sponsoring Powers:*

'a. When a theater command has completed combat operations with a guerrilla force, it may release the force to the provisional government recognized by the United States.

'b. Although the responsibility for demobilization and utilization of guerrilla forces belongs to the provisional government, the United States is responsible for restoring and maintaining public order, as far as possible, and may have to assume these obligations temporarily until and effective administration has been established.

'161. *Awards and Decorations:*

'Prompt action is taken on recommendations for decorations and awards for deserving guerrillas and other resistance members. The awards are made at local ceremonies attended, when practical, by the guerrilla troops, the civilian population, highranking officers of the conventional forces and officials of the provisional government as soon after an operation as possible.

'162. *Collection of Arms and Equipment:*

'b. In the event that the guerrilla force, with arms and equipment, is to be turned over to a recognized national government, this phrase is omitted. Inventories of arms and equipment in hands of the guerrillas are conducted jointly by representatives of the local National government and U.S. forces.

'165. *Rehabilitation and Employment of Discharged Guerrillas:*

'a. Suitable measures are taken to assist discharged guerrillas in assuming their places in civilian life. Some may be given employment by the conventional forces or by the newly constituted government. Individuals or entire units may be incorporated into the police or armed forces of the new government. Where feasible, assistance in rebuilding damaged houses or farms belonging to guerrillas may be granted. However, rehabilitation does not usually involve

U.S. forces where a provisional government capable of rendering aid exists.

'b. Perhaps the greatest danger in any demobilization program is the possibility that former guerrillas will resort to dissidence, factional quarrels or even to banditry. Others may take advantage of the prevalent unstable conditions to organize quasi-military or political groups which will conflict with the provisional government or the U.S. authorities. It is vital, therefore, that demobilization procedures be executed expeditiously and with foresight. Procedures which are instituted will be an outgrowth of deliberations on a high level by military and political authorities. In the implementation of directives, maximum coordination between special forces, CA and other appropriate elements is necessary. To preclude troublesome situations from arising, tight control measures should be instituted and persons suspected of favoring action hostile to established authority are kept under surveillance. Every effort is made to foster acceptance on the part of peaceful means to bring about a restoration of the government structure and assimilate the readjustments in society which accompany a cessation of war time pursuits. Psychological operations can be of considerable assistance in these activities.

APÉNDICE I (Traducción al español)¹

Guerra de guerrillas y operaciones de fuerzas especiales (FM 31-21), “Parte una”, “Introducción”, “Capítulo I, Fundamentos”: 2. *Definición de guerra no convencional* (p.3):

“La guerra no convencional es aquella en que se relacionan entre sí los campos de la guerra de guerrillas, la evasión y la fuga, y la subversión contra Estados hostiles [*resistencia*]. Las operaciones de la guerra no convencional se realizan en territorio enemigo o controlado por el enemigo, por personal predominantemente indígena usualmente apoyado y dirigido en varios grados por una fuente extranjera.

‘3. *Definición de responsabilidades para la guerra no convencional*:

‘a. La responsabilidad para algunas de esas actividades ha sido delegada y se le atribuye la máxima importancia. La guerra de guerrillas es la responsabilidad del Ejército de los Estados Unidos.

‘b. Dentro de ciertas áreas geográficas señaladas —llamadas áreas de operaciones guerrilleras— el Ejército de los Estados Unidos tiene la responsabilidad de dirigir los tres campos

¹ Me he esforzado en hacer una traducción cuidadosamente ajustada al original, pero el estilo del original corresponde al lenguaje de las agencias publicitarias norteamericanas, que resulta difícil de seguir en español. En algunos casos me he visto forzado a aclarar el concepto con palabras que figuran entre corchetes (JB).

de actividad que se relacionan entre sí en la medida en que afecten las operaciones de guerra de guerrillas.

‘Capítulo 9. Operaciones psicológicas de apoyo a las guerras no convencionales (pp.169-176):

‘148. *Generalidades:*

‘c. En paz o en guerra, las unidades de fuerzas especiales, por su sola presencia en un país dado, tienen un impacto psicológico en sectores seleccionados, militares o semimilitares, y en personas informadas de la población. La imagen que crean las fuerzas especiales está rodeada por una multitud de factores que conducen firmemente hacia un desarrollo exitoso de las operaciones. Estos factores incluyen evidencia tangible del interés de los Estados Unidos y [*provocan*] el apoyo del pueblo inducido por la presencia del personal de las fuerzas especiales, de los resultados de reuniones diarias y directas y de un entendimiento inteligente de los objetivos y los problemas que tienen las fuerzas guerrilleras locales. La imagen es más favorable, desde luego, si la técnica de operaciones psicológicas se usa en todas las etapas de organización de las unidades guerrilleras, especialmente en las etapas anteriores a la infiltración destinadas a preparar la fuerza guerrillera y las fuerzas auxiliares para la llegada del personal norteamericano y, subsecuentemente, al señalar los esfuerzos mutuos para lograr objetivos comunes en lo político y en lo militar...

‘149. *Concepto y organización:*

‘El planteamiento de las operaciones psicológicas ayuda a dirigir las operaciones de la guerra no convencional antes y durante las hostilidades y a través de las actividades de guerra fría en que el Ejército de los Estados Unidos puede verse envuelto. Esas operaciones psicológicas están concebidas para crear, reforzar o sostener las actitudes tomadas por la población que la llevan a actuar de manera beneficiosa para ella misma y para los objetivos de los Estados Unidos.

'a. Programas Nacionales. La Agencia de Información de los Estados Unidos (USIA) realiza operaciones psicológicas que tienen el amplio objetivo de definir en forma genérica los principios norteamericanos y los fines y la interpretación de los Estados Unidos y de su pueblo ante otros pueblos. Esto incluye el apoyo al derecho de todos los pueblos del mundo a escoger su propio sistema de gobierno. Los programas de la USIA pueden usarse para preparar posibles o ya designadas áreas de operaciones de las fuerzas especiales para la aceptación psicológica del personal militar norteamericano.

'150. *Audiencias escogidas como objetivos (para las operaciones psicológicas).*

'b. Población civil. (1). Ningún movimiento guerrillero puede tener éxito si no cuenta con las simpatías de la mayoría de la población. A menudo, sin embargo, en la etapa inicial de las hostilidades, la población, debido al miedo o a la incertidumbre acerca de los fines del movimiento, puede ser neutral u oponerse a las guerrillas. Esto es comprensible porque la población está atrapada entre las exigencias y el control de las fuerzas enemigas y las de las guerrillas. En casos así, el objetivo principal de las operaciones psicológicas en la guerra de guerrillas es convencer al grupo que interesa de que las guerrillas están combatiendo por el bienestar y los propósitos de la población, que esas metas pueden ser alcanzadas y que los Estados Unidos, al apoyar a las guerrillas, están persiguiendo los mismos fines sociales y políticos. Los programas psicológicos destinados a esa audiencia que debe ser convencida inducen a la población a apoyar y obedecer a las guerrillas para que éstas conquisten los objetivos que se reconocen como comunes.

'c. Las Guerrillas y sus Auxiliares. El tercer sector importante que debe ser trabajado por el comando de las fuerzas

especiales está compuesto por las guerrillas, los auxiliares y los elementos de la clandestinidad que apoyan a las guerrillas. Las fuerzas guerrilleras han recibido pruebas de que los Estados Unidos respaldan los objetivos generales del movimiento guerrillero. Pero como representante de los Estados Unidos en el terreno, el comandante del destacamento de las fuerzas especiales debe insistir en que los propósitos específicos de las guerrillas y de los que las apoyan sean repetidamente interpretados y destacados constantemente durante la fase de las hostilidades.

'151. *Tipos de operaciones de guerra psicológica en las áreas de operaciones de la guerra de guerrillas.*

'a. Operaciones de acción (4). Cuando se obtiene la supremacía en un área, debe estimularse y ayudarse a la población civil para que retorne a sus actividades normales. Esto puede reclamar el uso de los guerrilleros o de unidades auxiliares en la ayuda a la población local para reparar edificios, construir estructuras que hacen falta, recoger cosechas, reabrir escuelas e iglesias, organizar grupos de actividad social, etc. (5). La institución de un gobierno honesto y efectivo en el área. Estos programas psicológicos deben llevar el peso total del prestigio y la legalidad de los Estados Unidos y sus aliados. Esto se demuestra con directivas apropiadas que emanen de las autoridades de los Estados Unidos en el lugar, o más altas aún. Directivas dadas conjuntamente por los líderes norteamericanos y de las guerrillas locales o por un gobierno en el fuerza a los programas de acción.

'c. Reuniones directas con los civiles. Durante esos períodos de operaciones, antes de que el comando de las fuerzas especiales pueda ayudar activamente a la población civil para que reanude una vida relativamente normal, el comando debe reforzar las proclamas escritas mediante reuniones o discusiones con

los civiles del lugar. Esto agrega más peso a la evidencia tangible que se le ha dado a la población de que los guerrilleros tienen el respaldo de los Estados Unidos y de que ambos están trabajando por el bien de la población. Miembros del destacamento de las fuerzas especiales deben participar en esas reuniones para establecer relaciones de confianza con la población, con lo cual disminuye el [*sentimiento de*] extranjerismo del personal de las fuerzas especiales. Esas reuniones ayudan a identificar a los guerrilleros y al personal de los Estados Unidos con la población.

‘152. *Operaciones psicológicas para ayudar en la desmovilización.*

‘Hay operaciones psicológicas para ayudar a desmovilizar las fuerzas guerrilleras. Consisten en programas, en los que se usan todos los medios de comunicación, para explicar a los guerrilleros los pasos que deben tomarse en el proceso de desmovilización. Al mismo tiempo, se les explica a los guerrilleros, destacando especialmente el papel de los guerrilleros en los planes para el futuro de su país, los programas de rehabilitación [*del país*] financiados [*o respaldados*] por los Estados Unidos o el gobierno nacional que tenga esa responsabilidad.

‘Capítulo 10. Desmovilización (pp.177-182).

‘154. *Papel de los poderes respaldantes:*

‘a. Cuando un comando de zona haya dado por terminadas las operaciones con una fuerza guerrillera debe dejar esa fuerza [*bajo la autoridad de*] al gobierno provisional reconocido por los Estados Unidos.

‘b. Aunque la responsabilidad en la desmovilización y la utilización de esas fuerzas guerrilleras corresponde al gobierno provisional, los Estados Unidos son responsables de restaurar y mantener el orden público, en la medida de lo posible, y deben asumir esas obligaciones temporalmente hasta que se establezca una administración efectiva.

‘161. *Méritos y condecoraciones:*

‘Debe tomarse acción rápida para recomendar medallas y premios por servicios distinguidos de los guerrilleros y otros miembros de la resistencia. Los premios deben concederse en ceremonias locales, en las que estén presentes, cuando pueda hacerse, las tropas guerrilleras, la población civil, altos oficiales de las fuerzas convencionales y personalidades del gobierno provisional [*y esto debe hacerse*] tan pronto como sea posible después de una operación.

‘162. *Recogida de armas y equipos:*

‘b. En el caso de que una fuerza guerrillera, con armas y equipos, sea puesta a la orden del gobierno nacional reconocido esta fase se omite. Los inventarios de las armas y los equipos que se hallen en poder de las guerrillas deben ser hechos conjuntamente por representantes del gobierno local y de fuerzas norteamericanas.

‘165. *Rehabilitación y empleos para los guerrilleros dados de baja:*

‘a. Se toman medidas adecuadas para ayudar a que los guerrilleros dados de baja ocupen su lugar en la vida civil. Algunos pueden ser empleados en las fuerzas convencionales o en el gobierno definitivo que se constituya. Individuos y hasta unidades enteras pueden ser incorporados en la policía o en las fuerzas armadas del nuevo gobierno. Cuando sea posible, debe garantizarse ayuda para la reconstrucción de casas y propiedades campesinas dañadas que pertenezcan a los guerrilleros. Sin embargo, en esa rehabilitación no deben tomar parte, por lo general, las fuerzas de los Estados Unidos donde haya un gobierno provisional capaz de proporcionar esas ayudas.

‘b. Tal vez el peligro más grande en cualquier programa de desmovilización está en la posibilidad de que antiguos guerrilleros recurran a la disidencia, las luchas de facciones y hasta el bandolerismo. Otros pueden aprovechar las condiciones prevaletientes de inestabilidad para organizar grupos

semimilitares o políticos que entrarán en luchas contra el gobierno provisional o las autoridades norteamericanas. Por tanto, es de interés vital que los pasos para la desmovilización se den rápidamente y tomando previsiones. Los pasos que se den deberán ser producto de deliberaciones de alto nivel entre autoridades militares y políticas. A la hora de ejecutar los acuerdos es necesario que haya una coordinación total entre las fuerzas especiales, el CA [*Departamento de Problemas Civiles*] y otros elementos apropiados [*para el caso*]. Para evitar que surjan situaciones capaces de crear problemas deben tomarse medidas de estricto control y las personas sospechosas de favorecer acciones contrarias a la autoridad establecida deben ser puestas bajo vigilancia. Deben hacerse todos los esfuerzos para llevar [*a esas personas*] a la idea de aceptar los procedimientos pacíficos que conduzcan a la restauración de una estructura de gobierno y asimilar los reajustes en la vida social, que son siempre el resultado del cese de la guerra. Las operaciones psicológicas pueden ser de ayuda considerable en esas actividades”.

APÉNDICE II

Para tener una idea aproximada de lo que significa la industria sobredesarrollada de los Estados Unidos en términos de poderío privado basta leer en *Fortune* —la revista del gran capital norteamericano— una lista de las empresas industriales que más vendieron en el año 1965, con detalles sobre sus ventas, sus beneficios y número de hombres empleados¹.

Cincuenta y cinco firmas tuvieron ventas por más de 154 billones (miles de millones) de dólares, con un beneficio neto declarado que se acercó a los 12 billones (miles de millones) de dólares y un cuerpo de empleados de obreros superior a 4.230.000².

Las diez firmas que ocuparon los diez primeros lugares vendieron más de 75 billones (miles de millones) de dólares, con beneficios netos declarados de más de 6,5 billones (miles de millones) de dólares y emplearon más de 2.287.000 asalariados³.

Casi todas ellas, si no todas, tienen subsidiarias en la mayoría de los países capitalistas y algunas están negociando para

¹ *Fortune*, July 15, 1966.

² Las cifras exactas fueron, para ventas, \$154.389.967.000; para beneficios, \$11.701.663.000; para empleados y obreros, 4.231.793.

³ En ventas, \$75.299.897.000, en beneficios, \$6.589.254.000; empleados y obreros, 2.287.897.

establecerse en países comunistas. Varias de las firmas petroleras mantienen fuera de los Estados Unidos empresas que significan operaciones y beneficios fabulosos.

Los datos que acabamos de dar significan que esas 55 firmas industriales, empleando menos de 4.250.000 hombres, hicieron en 1965 ventas superiores a la mitad del producto nacional bruto de Rusia, un país de más de 200 millones de habitantes; que esas firmas vendieron ese año 35 billones (miles de millones) de dólares más de lo que produjo Alemania en el año de 1966 y 51 billones (miles de millones) de dólares más que el producto nacional bruto de Inglaterra en ese mismo año de 1966.

Las cinco empresas que encabezan esa lista de cincuenta y cinco son la General Motors, con una venta de \$20.733.982.000, beneficios netos de \$2.125.600.000 y 734.594 empleados y obreros; la Ford Motor Company, con una venta de \$11.536.789.000, beneficios netos de \$703.049.000 y 364.487 empleados y obreros⁴; la Standard Oil de New Jersey, con ventas de \$11.471.529.000, beneficios netos de \$1.035.765.000 y 148.000 empleados y obreros (4); la General Electric, con ventas de \$6.213.595.000, beneficios netos de \$355.122.000 y 300.000 empleados y obreros, y la Chrysler, con ventas de \$5.299.935.000, beneficios netos de \$233.377.000 y 166.773 obreros y empleados.

En el mismo número de *Fortune* se afirma que el año de —1965 el año en que el pentagonismo se lanzó a actuar resueltamente— “fue el más grande que jamás conocieron las 500 más grandes corporaciones industriales” de los Estados Unidos. Según la mencionada revista, que es el portavoz más autorizado del gran capital norteamericano, desde 1958, “un

⁴ Entre las 55 firmas figuran también la Standard Oil de Indiana y la Standard Oil de California.

año de recesión, las 500 compañías registradas en el directorio anual de *Fortune* no han cesado de contabilizar nuevas alzas en el total de ventas”⁵.

Debe observarse que 1958 corresponde al cuarto año de aumento de gastos militares en Viet Nam, en forma de entrega de equipos de todos los tipos, y de grandes gastos para alcanzar a Rusia en la carrera espacial. En 1957 habían comenzado las guerrillas budistas contra el gobierno de Diem y Rusia había lanzado su “spunik”; por tanto, los gastos militares en Viet Nam fueron reforzados hasta una suma suficiente para atender a un enorme ejército sudvietnamita de tierra, mar y aire; y los gastos dentro de los Estados Unidos para construir ingenios espaciales pasaron a ser muy altos.

Según *Fortune*, las ventas de las 500 mayores corporaciones industriales de los Estados Unidos llegaron en 1965 a \$5.298.000 millones..., sólo \$35.000 millones por debajo del producto nacional bruto de Rusia en 1966. La revista asegura que los beneficios netos de esas empresas fueron un 16,1 por ciento mayores que en 1964, es decir, el año anterior. Sin embargo, ofrece un dato que resulta iluminador, aunque la revista no lo dio como tal: el aumento de obreros y empleados fue sólo de 7,8 por ciento, “incluyendo los de las subsidiarias extranjeras consolidadas”.

En 1965 el llamado “Directorio de *Fortune*” pasó a ser para firmas que vendieron únicamente más de \$100 millones. Según la revista, hubo “treinta y seis industrias el último año [1965] que tuvieron ventas por encima de \$100 millones y nunca antes habían figurado en la lista [*de las 500 de Fortune*]”.

El total de ventas de esas 500 empresas —\$298.000.000.000— indica por sí solo que la sociedad de

⁵ “The *Fortune* Directory”, p.230.

masas de los Estados Unidos está manejada por un puñado de hombres, pues es de viejo conocido que los amos de las tierras, las minas, los bancos, las industrias y el comercio son los amos de los hombres.

APÉNDICE III

He aquí, en inglés, el editorial que publicó el 1 de septiembre de 1967 el *New York Times*:

Generals out of Control

Serious issues of civilian vs. military control of defense and diplomatic Policy are raised by the public campaign of some of the nation's top generals for an extension of the bombing of North Viet Nam —a campaign. that has now brought them an initial Senate victory.

The spectacle of General Greene, the Marine Corps Commandant, taking to an American Legion podium to tell the country that the war in Viet Nam is more important than the plight of America's riottorn cities is the latest and most grotesque distortion of the traditional role of the military in American life.

Two days earlier the Marine member of the Joint Chiefs of Staff emerged from a closed hearing, of the Senate Preparedness Investigating Subcommittee to urge the bombing of four additional MIG airfields in North Viet Nam. In the hearing itself, General Greene reportedly criticized past Administration slowness in approving enlarged target lists as an aid to Hanoi.

The Army Chief of Staff, General Johnson, joined the insurrection by calling for bombing the port of Haiphong

and other off-limits targets in North Viet Nam. He differed with his civilian superior, Secretary McNamara, who told the subcommittee such attacks would not hamper Hanoi's war operations in the South but would be costly in American casualties and involve great risk of conflict with Russia and China.

Earlier a third member of the Joint Chiefs, Air Forces General McCornell, told the subcommittee that an extra 800,000 American troops would have been needed in South Viet Nam without the bombing. The imaginary nature of the "statistic" is clearly revealed in the official intelligence estimates released by Mr. McNamara last week. They showed that the volume of war supporting supplies entering North Viet Nam and moved to the South is "significantly under 100 tons per day, a quantity that: could be transported by only a few trucks".

Nevertheless, President Johnson, his antennae more attuned to the 1968 elections than to any battlefield developments, evidently was so concerned about the subcommittee hearings that he surrendered to the military before the sessions began. The very first witness —Admiral Sharp, the Pacific Commander, who had already aired his desire for more bombing— brought word from the President that another group of targets had been taken off the prohibited list. The President's capitulation did not prevent the subcommittee from insisting yesterday on a further step up of bombing to close the port of Haiphong and to hit other targets, even if it does mean war with China.

This has not been the first Administration surrender to military pressure. The public campaign conducted by General Westmoreland last spring for more ground troops led to his trip to the United States, his controversial attack on dissenters and the open negotiation with the President that ended in last to Viet Nam.

After two and a half years of escalation in Viet Nam, a buildmonth's announcement that 45.000 more troops would be sent up to 500.000 troops and a level of bombing exceeding that: in Europe World War II, the military situation in South Viet Nam is no better today than when American escalation has been matched by the Communist and the stalemate has merely been moved to a higher level of combat, casualties and destruction.

Responsability for the tragic miscalculation undoubtedly belongs to the President more than to any other man. Yet, the military leaders who advised him, —and have failed dismally to produce any military improvement for this huge investment— are now the chief opponents of another bombing pause, an indispensable precedent to opening negotiations with Hanoi for a political solution.

The sputtering-out of the Congressional debate over the Tonkin Gulf resolution has underscored the erosion in the constitutional requirement for legislative control over the warmaking power. Now a similar erosion is taking place in the constitutional balance that supposed y puts the military under civilian direction. Senator Mansfield's protestations that it is really Secretary McNamara who speaks for the Administration are poorly supported by the record. Only Mr. Johnson can exercise his Presidential prerogatives under the Constitution and restore civilian control of national policy.

ADDENDA POST-ELECTORAL*

El 5 de noviembre de 1968 tuvieron lugar las elecciones generales norteamericanas. En su número del 9-10 de ese mismo mes, el *International Herald Tribune*, que se edita en París, publica en la página 3, columna 5, un cable de la AP fechado en New York el día 8. Ese cable informaba que en la última tabulación de los votos emitidos el vicepresidente Humphrey había recibido 30,534,689, a los que había que agregar un lote de 53,120 procedentes de una lista adicional de Alabama; Nixon había obtenido 30,721,046 y Wallace 9,585,028.

A pesar del alto grado de eficiencia a que ha llegado la sociedad norteamericana, era imposible tener los resultados finales de las elecciones tres días después de los comicios, por lo que sin duda habría variación en esas cifras; pero era de esperar que las variaciones no serían tan grandes como para alterar las relaciones de la tabulación hecha el día 8 de noviembre. Así,

* Este trabajo, "El último capítulo del libro de Juan Bosch sobre *El pentagonismo*. Addenda post-electoral" apareció en *¡Ahora!* N° 265, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora! 9 de diciembre de 1968, pp.26-29, encabezado con la siguiente explicación: "Publicamos hoy un capítulo adicional de *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, el libro de autor dominicano que más se ha traducido y editado y uno de los libros latinoamericanos de más éxito mundial. Ese capítulo, que aparecerá en el mes de enero próximo [1969] en las ediciones francesa, italiana y portuguesa del libro de Bosch, se publica hoy en *¡Ahora!* adelantándonos así a su publicación en Europa, del mismo modo que nos adelantamos al editar antes que nadie el hoy celebrado libro de Bosch" (N. del E.).

era posible hacer estimaciones sobre la base de los números que daba el cable de la AP publicado por el *International Herald Tribune*.

De acuerdo con esos datos, en las elecciones de 1968 habían votado 70,893,883 ciudadanos. De ellos, sólo 30,587,809 habían votado por el candidato del Partido Demócrata, que se suponía ser el más liberal de los tres aspirantes a la presidencia del país. En consecuencia, por ese candidato que era supuestamente el más liberal votó una minoría de sus conciudadanos. Pero lo más extraño del caso es que el elegido —el señor Nixon— también lo fue por una minoría sensiblemente igual a la que respaldó a Humphrey. En los años 1969-1972, pues, los Estados Unidos, una nación de más de 200 millones de personas entre las cuales hay más de 100 millones que tienen derecho a votar, estarán gobernados por un presidente al que eligieron menos de 31 millones de votantes. Anotamos esto sólo como un detalle interesante.

El vicepresidente Humphrey comenzó su campaña electoral tomando como tema principal la necesidad de hacer la paz en Viet Nam, y en lo que muchos vieron un esfuerzo de última hora por ayudar al candidato de su partido, el presidente Johnson ordenó la suspensión de los bombardeos aéreos sobre Viet Nam del Norte. Nixon, en cambio, no se comprometió en el problema de la guerra y obtuvo prácticamente el mismo número de votos que Humphrey. Luego, es evidente que a la mayoría de los votantes norteamericanos le tenían sin cuidado las declaraciones pacifistas de Humphrey y le impresionó muy poco la orden de Johnson para que suspendieran los bombardeos de Viet Nam. Si se notó un movimiento de última hora favorable a Humphrey, se debió a que el senador McCarthy les pidió a sus partidarios apoyar al vicepresidente, no a la medida pacificadora de Johnson.

Un juicio sereno y objetivo indica que a las grandes mayorías norteamericanas no les preocupa lo que pasaba en el Sudeste Asiático. Sin duda se sentía heridas en su orgullo de ciudadanos de una potencia invencible, la más grande que ha conocido la historia; debían sentirse lastimados por el hecho de que todo su poderío se estrellara contra ese pequeño pueblo del Asia al que Johnson había llamado “enanos amarillos”. Pero lo que les preocupaba a esas grandes mayorías era la situación dentro de los Estados Unidos. Por eso las mayorías votaron por los dos candidatos que hicieron su campaña electoral reclamando que había que restablecer dentro del país lo que el señor Nixon llamó “la ley y el orden”. Humphrey estaba equivocado cuando hablaba de paz. Envuelto en la algarabía de los grupos minoritarios de tendencias izquierdistas y liberales, a los que se hallaba ligado por su origen liberal, el vicepresidente Humphrey se dejó engañar por las apariencias y creyó que el país quería la paz en el exterior.

El país, en realidad quería la paz adentro, no afuera. De alguna manera intuía o sabía que la paz afuera era una amenaza para la ola creciente de bienestar sobre la cual estaba navegando desde hacía algunos años. En cuanto a Johnson, tal vez no se equivocó al ordenar la suspensión de los bombardeos entre los Paralelos 19 y 17; tal vez lo que perseguía no era ayudar a Humphrey sino coronar con un segundo movimiento el golpe de Estado virtual que le había dado al pentagonismo la noche del 31 de marzo de 1968.

Como mejor se advierte que el problema de la guerra no afectaba a las mayorías norteamericanas en el sentido que creían los partidarios de la paz es observando el resultado de las elecciones congresistas: De cinco puestos que perdieron los demócratas en el Senado, tres estaban ocupados por “palomas” conocidas: John J. Gilligan, de Ohio; Joseph S. Clark, de Pennsylvania; y el más conocido de todos, Wayne Morse, de

Oregón, que tenía categoría de figura internacional por su notable honestidad política. Previamente, otro senador demócrata opuesto a la guerra había sido derrotado en las primarias de su estado; se trata de Ernest Gruening, de Alaska. Gruening se presentó en las elecciones de noviembre como candidato independiente y fue derrotado. Al mismo tiempo, Barry Goldwater, el candidato presidencial republicano de 1964, que hizo su campaña para volver al Senado con el tema de que había que cambiar el liderazgo para la ganar la guerra en Viet Nam, ganó la elección en Arizona, y el republicano Edward Gurney, que pidió la invasión de Viet Nam por la infantería de marina norteamericana, la ganó en Florida.

Sería, sin embargo, distorsionar los hechos afirmar que los senadores Gilligan, Clark y Morse perdieron las elecciones porque se oponían a la guerra de Viet Nam. Con la excepción del caso de Goldwater, que hizo de la necesidad de ganar la guerra el punto central de su campaña electoral, no disponemos de una información que nos permita decir con seguridad cuáles fueron los temas que tocaron ante sus electores los candidatos a congresistas. Pero el que conozca un poco cómo se adquieren votos en los Estados Unidos puede imaginarse, con pocas probabilidades de equivocarse, que los candidatos de los dos partidos a senadores y representantes [*diputados*] sólo se refirieron al tema internacional cuando algún elector los interrogó sobre él. En el caso de los congresistas, lo que les interesa a los electores, especialmente fuera del recinto de las grandes ciudades industriales, es que les ayuden a resolver sus problemas locales, esos que afectan diariamente sus vidas y sus negocios.

A las grandes masas de votantes no les interesaba la guerra, excepto en el caso de las madres y los padres que tenían hijos en Viet Nam, a los que habían perdido un familiar en las junglas vietnamitas; y éstos eran una minoría. En el orden

nacional, los que votaron teniendo como motivación básica la guerra fueron una minoría. Entre éstos hubo sin duda muchos que no votaron, puesto que más de 30 millones de electores no se presentaron a votar. Sin duda, también los partidarios a ultranza de la paz votaron por Humphrey. Pero de ninguna manera puede pensarse que los 30,587,809 votos que al 8 de noviembre se habían contado a favor de Humphrey eran todos de pacifistas. La proporción más grande de esos electores —y debemos darnos cuenta clara de eso— fueron los demócratas muy leales, éstos que votan por su partido sea quien sea el candidato, y aquellos que sin ser tan leales tuvieron presente que en el orden doméstico los gobiernos demócratas han sido siempre más liberales que los republicanos.

Nunca sabremos cuántos norteamericanos votaron por la paz en noviembre de 1968, pero podemos estar seguros de que no fueron todos los que le dieron su voto al candidato demócrata. Millones de ellos respaldaron a Humphrey porque el gobierno de Johnson había ampliado la legislación sobre derechos civiles de los negros y sobre el seguro médico social; otros lo hicieron para evitar que los republicanos tomaran el poder. Así, de la minoría que sacó Humphrey hay que deducir millones de votos para llegar a la conclusión de que en realidad, los que votaron por lograr la paz en Viet Nam eran menos aún. Las elecciones de noviembre de 1968 confirmaron, pues, lo que se había dicho en *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*; que la sociedad norteamericana está pentagonizada.

Ahora bien, el hecho de que el presidente Johnson hubiera podido suspender los bombardeos sobre Viet Nam del Norte unos días antes de las elecciones, y el hecho más importante aún de que los hubiera suspendido por encima del Paralelo 19 en el mes de marzo parece indicar que el señor Johnson tuvo en todo momento la autoridad necesaria para poner fin a

la guerra, y en ese caso la tesis del libro es incorrecta, puesto que era la autoridad civil, no el pentagonismo, la que tenía el poder de decisión para hacer la guerra o la paz. De ser así, a pesar de que la sociedad norteamericana está pentagonizada, según puede verse en el resultado de las elecciones, el pentagonismo no es tan poderoso como se dice en el libro; y en ese caso la guerra de Viet Nam ha sido la guerra del presidente Johnson; no la del pentagonismo.

Pues bien, llegar a esa conclusión sería una simpleza.

En primer lugar, la de Viet Nam no ha sido la guerra del presidente Johnson, porque estaba en marcha cuando él alcanzó el poder al producirse el asesinato del presidente Kennedy. Tampoco sería correcto decir que fue la guerra de Kennedy a pesar de que fue él quien aumentó los llamados “consejeros militares” norteamericanos en Viet Nam de unos cientos a varios millares. Los Estados Unidos comenzaron a comprometerse en el conflicto vietnamita bajo el gobierno de Eisenhower, en el cual Richard Nixon fue la segunda figura. Ya para entonces el propio Eisenhower se dio cuenta de que alrededor de los gastos militares estaba formándose un grupo de poder, al que bautizó con el nombre de “complejo militar-industrial”. Ese “complejo militar-industrial” alcanzó a desarrollarse bajo el gobierno de Kennedy a tal grado que el joven presidente fue arrastrado de manera gradual a enviar hombres y armamentos a Viet Nam, y al morir en Dallas el 22 de noviembre de 1963, el campeón de la Nueva Frontera dejaba a su país comprometido hasta el cuello en el Sudeste Asiático¹.

¹ En sus memorias sobre la crisis de los cohetes de Cuba, tal como aparecen en la revista *McCall's* (New York, noviembre, 1968, pp.7-9, 148-152, 164-173), Robert Kennedy dice que “un número de otras agencias y [otros] departamentos [del gobierno] tienen responsabilidad de primer orden y poder en el campo de las relaciones internacionales, incluyendo el Pentágono, la CIA, la Agencia para el Desarrollo Internacional...”. “En algunos países que visité la

Lo que se le puede achacar a Johnson es haber autorizado y defendido eso que se ha dado en llamar “la escalada” de la guerra. Hoy se sabe por las conclusiones a que llegó el Comité de Relaciones Exteriores del Senado que el incidente del Golfo de Tonkín fue provocado para forzar al presidente Johnson a ordenar los bombardeos aéreos de Viet Nam del Norte, y Johnson actuó en ese caso, como en el de Santo Domingo, precipitadamente, sin hacer una investigación a fondo; fue, en los hechos, una marioneta manejada por gente más hábil que él. Pero también hoy puede deducirse de muchos indicios que el presidente Johnson hubiera preferido detener la guerra; por lo menos, hubiera preferido no llevarla a los límites a que llegó a partir de febrero de 1965. En el caso de Santo Domingo, a Johnson se le sugestionó con el miedo al comunismo y en el de Viet Nam con la ilusión de una victoria fácil en el señuelo de que figuraría en la historia como el vencedor de una guerra en el Asia. Cuando se dio cuenta de que en realidad ya él no tenía el poder sobre la guerra y la paz, era demasiado tarde para él y para el país. Pero en la primera oportunidad en que pudo hacerlo suspendió los bombardeos por encima del Paralelo 19, lo que indica que la guerra de Viet Nam no era “su guerra personal”.

figura americana dominante era el representante de la CIA; en varios países de la América Latina era el jefe de nuestra misión militar”. Esas palabras indican que por lo menos cuando las escribió, después de la muerte de su hermano, Robert Kennedy tenía ya conciencia de que en la política exterior de su país había fuerzas nuevas que tenían “responsabilidad de primer orden y poder en el campo de las relaciones internacionales”. En el caso del gradual involucramiento del presidente Kennedy en Viet Nam convendría estudiar las relaciones de Kennedy con su consejero militar, el general Maxwell Taylor, a quien tal vez se refería Robert Kennedy al decir en sus memorias sobre la crisis cubana de octubre de 1962 que “Además del Departamento de Estado, el presidente tenía que oír a representantes individuales del Pentágono” y de otras agencias (itálicas JB).

El 31 de marzo de 1968 el presidente Johnson le dio un golpe de Estado virtual al pentagonismo al ordenar que los bombardeos se hicieran sólo al sur del Paralelo 19. Toda la plana mayor, industrial, financiera, intelectual y militar del pentagonismo fue sorprendida esa noche del 31 de marzo por el inesperado movimiento de Johnson.

El señor Johnson, sin embargo, no hubiera podido hacer ese movimiento si el pentagonismo no hubiera quedado desacreditado a los ojos del pueblo norteamericano y del mundo con la ofensiva del Tet, iniciada por el Vietcong en los días finales del mes de enero. Mientras la alta jefatura militar norteamericana, y el país entero con ella —y los comentaristas de todo el mundo— esperaba un ataque masivo del Vietcong en Khe Sanh, los vietnamitas insurgieron súbitamente en el corazón de las ciudades más importantes de Viet Nam del Sur y convirtieron Saigón y Hué en el frente de batalla. Todas las previsiones del Pentágono habían sido burladas en una forma que era a la vez ridícula y humillante. De buenas a primeras, la ofensiva que se esperaba en el borde de la frontera con Viet Nam del Norte reventó en plena Embajada de los Estados Unidos en Saigón. Nunca antes se había visto nada igual en la historia de las guerras. ¿Qué explicación de ese fracaso gigantesco podía dárselos al pueblo de los Estados Unidos y al mundo?

La ofensiva del Tet derribó el prestigio de los hombres que dirigían la guerra del lado norteamericano con la misma facilidad con que el monzón derriba una construcción de papel, y con el prestigio de esos hombres se fue abajo la autoridad que ejercía en pentagonismo sobre el país a través de su propaganda y sobre el Congreso a través de sus hombres de confianza. El presidente Johnson aprovechó el momento y desató su inesperado golpe de Estado contra el pentagonismo.

Seguramente nadie conocía mejor que el presidente Johnson el poder de ese adversario sobre el cual se lanzó el 31 de marzo; nadie sabía mejor que él que a pesar de su estado de debilidad ante la opinión pública, el pentagonismo no se resignaría a que se le arrebatara el poder de decisión sobre la guerra y la paz que había alcanzado y que era —y es— la finalidad de su existencia. Johnson se dio cuenta de que tenía que pagar un precio, y lo pagó. Se le impuso por sorpresa al pentagonismo, pero en cambio tuvo que aniquilarse a sí mismo. En la noche del 31 de marzo de 1968, el presidente de los Estados Unidos llevó a cabo un hara-kiri político ejecutado a los ojos del mundo entero. Se trató de un esfuerzo descomunal para hacer retornar la autoridad presidencial a sus cauces tradicionales y legales; y en ese esfuerzo Johnson sacrificó la razón de ser de su vida, que era su permanencia en el poder hasta el límite que le reconocía la Constitución. Sólo Lyndon B. Johnson sabe lo que le costó ese esfuerzo, y nadie más podrá apreciarlo.

Una vez dada, desde la Casa Blanca, en forma pública, la orden de limitar los bombardeos al territorio comprendido entre los Paralelos 17 y 19, ¿Cómo podía negarse el pentagonismo a obedecerla sin disponerse a provocar un golpe de Estado militar? ¿Y quién era capaz en los Estados Unidos de cargar con esa responsabilidad? Nadie. Johnson había actuado de manera magistral, puesto que al hacerlo había reivindicado su autoridad legal ante el país y el mundo, y no había manera de desconocer su derecho a hacerlo.

Pero siempre hay un camino oculto para quien está dispuesto a llegar a sus fines. “Quien hizo la ley hizo la trampa”, dice el refranero. El territorio comprendido entre los Paralelos 17 y 19 representa la cuarta parte de Viet Nam del Norte; y en esa cuarta parte, según recordó hace poco el Premio Nobel francés Laurent Schwartz, comenzaron a caer después del 31 de

marzo más bombas que las que antes de ese día estaban cayendo en todo el país. En realidad, la intensidad de los bombardeos se multiplicó a tal grado que dada la diferencia de tamaño entre la superficie bombardeada antes del 31 de marzo y la bombardeada después del 1° de abril, hubo un aumento de bombas correspondiente a 2.5 veces para todo el Viet Nam del Norte. Lo único que había logrado el presidente Johnson había sido reducir el territorio de la lucha, no su ferocidad; al contrario, ésta pasó a ser mayor. Por cada mil kilos de bombas que se lanzaban antes del 31 de marzo se pasó a lanzar diez mil kilos después del 1° de abril, y se pasó también a aumentar el número de soldados norteamericanos enviados a Viet Nam, y en el de aviones, cañones, municiones... El pentagonismo, pues, había perdido autoridad, pero no estaba perdiendo dinero, y además se hallaba en el camino de recuperar el poder que le había mermado el presidente Johnson.

Pero Johnson tenía conciencia de cual era la situación, y en la próxima oportunidad que se le presentó coronó su virtual golpe de Estado del 31 de marzo con otro movimiento sorpresivo, que fue la orden de suspender los bombardeos entre los Paralelos 17 y 19. El periodista español Haro Tegglen, que se hallaba en los Estados Unidos en esa ocasión, hizo un comentario sagaz sobre la decisión final de Johnson². Dijo Tegglen: “¿Sabía Johnson que el final era éste...? ¿Por qué no ha tomado antes esa decisión tan tardía...? No ha podido... No le han dejado las fabulosas fuerzas interiores de los Estados Unidos para quienes la guerra ha sido un negocio. Ha tenido que vencer oposiciones importantes. La insistencia con que ha reiterado en su mensaje que el general Abrahms —comandante en jefe de Viet Nam del Norte— ha aceptado

² Revista *Triunfo*, N° 336, Madrid, 9 de noviembre, 1968.

la suspensión de los bombardeos no significa otra cosa que ésta: que las fuerzas que se oponían han cedido”. E inmediatamente, Tegglén se pregunta: “¿Todas?”. Y él mismo se responde: “Es un enigma”.

Pero no era un enigma. La prensa norteamericana informó que el general Abrahms había estado en Washington y que había celebrado entrevistas con Johnson, y después de esas entrevistas se produjo la orden segunda —y final— de la suspensión de los bombardeos. También entonces Johnson dio la orden públicamente, ante la televisión y la radio; también en esa oportunidad actuó sin que se trasluciera antes lo que iba a hacer. Por tanto, en su segundo y último movimiento contra el pentagonismo Johnson usó la sorpresa, que tanto provecho le había dado la primera vez. Su insistencia en afirmar que el general Abrahms aceptaba la suspensión de los bombardeos era una manera de decirle al poder pentagonista que su decisión no era un acto personal; que en ella tenía su parte el poder militar personalizado en el general Abrahms.

Para justificar la segunda parte del golpe de Estado del 31 de marzo el presidente Johnson debió alegar que tenía que hacerlo o su partido perdería las elecciones; por lo menos, debió decírselo a sí mismo. En la primera ocasión sacrificó su reelección; en la segunda sacrificó lo poco que podía quedar de su imagen política, pues lógicamente los partidarios de la paz en los Estados Unidos y en todo el mundo iban a preguntarse: “Si lo hace ahora, ¿por qué no lo hizo antes?” Y de esa interrogación saldría Lyndon B. Johnson acusado. La guerra de Viet Nam será para siempre, a los ojos de infinito número de gentes, “la guerra personal de Johnson”.

Colocado por la capacidad de maniobra de Lyndon B. Johnson y por la capacidad política y militar de Hanoi en un callejón sin salida, el pentagonismo tendrá que aceptar que Richard Nixon siga negociando la paz; mientras tanto, él se

dedicará a digerir los muchos millares de millones de dólares que ha acumulado en los años de guerra de Viet Nam; los invertirá en Europa, con lo cual su poderío se extenderá más; los invertirá en los proyectos espaciales y en los armamentos electrónicos defensivos y en los nucleares ofensivos, que sólo pueden producirse a base de cifras descomunales y que por eso mismo producirán beneficios también descomunales.

Mientras el gobierno de Nixon hable de paz, el pentagonismo se dedicará a hacer lo que hacía el imperialismo en sus mejores días: les sacará provecho a sus ganancias y buscará un nuevo territorio donde actuar.

¿Cuál será el escenario de su futura actividad? ¿África, Asia, América Latina?

Hoy no lo sabemos. Lo que sabemos es que el pentagonismo se ha instalado en el corazón mismo de la vida norteamericana y que estará ahí mientras subsista el sistema que lo produjo; y sabemos además que para vivir necesita la guerra como el pez necesita el agua y el hombre necesita el aire.

Benidorm, 11 de noviembre de 1968.

EL PRÓXIMO PASO:
DICTADURA CON RESPALDO POPULAR

EL PRÓXIMO PASO:
DICTADURA CON RESPALDO POPULAR

La situación de la América Latina

Comentando los informes preliminares sobre la economía de la América Latina en 1968, ofrecidos por la Organización de Estados Americanos (OEA), “Comercio exterior”, de México, D.F., (Ver “Modesta recuperación”, en *El Caribe*, Santo Domingo, 12 de abril de 1969, p.6-A), decía que “lo cierto es que América Latina no sale del caos en su desarrollo industrial, no puede programar sus inversiones y no alcanza, por consiguiente, una capacidad suficiente de producción y de mercado propios”. Todas esas palabras significan simplemente que la América Latina no avanza ni un paso hacia el desarrollo.

A fines de 1968, el Departamento de Publicaciones de las Naciones Unidas distribuyó un libro de 268 páginas llamado *Estudio económico de la América Latina, 1967*, y sus primeras palabras son éstas: “La evolución económica de América Latina mostró en 1967 resultados insatisfactorios, que se resumen en un crecimiento del producto por habitante de sólo 1,5 por ciento. Este incremento tan débil, unido al también ígquo que se registró en 1966, anuló los avances relativamente apreciables que se registraron en 1964 y 1965, y determinó que en lo que ha corrido de esta década el promedio de aumento anual del producto por persona apenas llegue al 1,6 por ciento”.

Los pueblos latinoamericanos entenderán mejor ese párrafo cuando se les diga en su propia lengua. En resumen, lo que quieren decir tantas palabras técnicas y tantos números es que en los últimos doce años, a partir de 1955, la situación de la mayoría de los habitantes de América Latina no ha mejorado; al contrario, ha empeorado. Y efectivamente, un latinoamericano del pueblo, no un capitalista, podía esperar en 1955 que de cada 100 dólares —o pesos, o bolívares, o cruzeiros, o sucres; la moneda de su país, en fin— que aumentara la producción en 1956, a él le tocarían 2 con 20 centavos o céntimos; pero resultó que lo que le tocó cada año, entre 1955 y 1960, fue sólo 1 con 80, y al terminar el año de 1967 le tocó todavía menos, 1 con 50.

En el año de 1967 los países de la América Latina tuvieron que pagar a los extranjeros 1,600 millones de dólares más que lo que recibieron por la venta de sus productos, lo que quiere decir que cada latinoamericano —hasta los recién nacidos— aportó ese año seis dólares para que una minoría comprara cosas extranjeras. El origen de ese déficit de 1,600 millones de dólares en un año nada más está en que cada vez tenemos que pagar más por lo que se compra en el extranjero y al mismo tiempo cada vez los países extranjeros pagan menos por nuestros productos, pero también está en que los fabricantes y los vendedores de artículos norteamericanos y algunos de otros países han conseguido llevar con su propaganda a una minoría de latinoamericanos, que no alcanza a más de 5 por cada 100 de nosotros, a comprar objetos de lujo, automóviles carísimos, ropa de primera; todo lo mejor, en fin. Y eso hay que pagarlo en dólares. Pero además de eso, los extranjeros que llevan dinero a nuestros países para montar industrias y negocios sacan de la América Latina demasiados dólares. Así, en el libro del padre Germán Guzmán C., *Camilo, el cura*

guerrillero (Segunda edición, Bogotá, Colombia, SEP, junio de 1967, p.50), puede leerse lo siguiente:

“En relación con la inversión norteamericana se debe anotar: a) Por cada dólar de inversión directa privada norteamericana en Colombia, se extraen anualmente 2,27 dólares [2 dólares con 27 centavos] entre utilidades y dividendos. b) Entre 1951 y 1961, por cada dólar que los norteamericanos trajeron al país, obtuvieron cerca de 4 dólares por efecto de intercambio no equivalente... c) Sólo en 1965, por cada dólar que nos prestó Estados Unidos, debió pagar Colombia 1.50 por amortización e intereses”. El padre Guzmán sacó esos datos de informes publicados por la International Financial Statistics (octubre de 1966, p.86); por las Naciones Unidas (*El financiamiento externo de América Latina*, Nueva York, 1964, p.53) y por la Contraloría General de la República, revista *Economía colombiana*, N° 82, p.35.

Pero hay otros muchos datos sobre los dólares que saca Estados Unidos de nuestros países. Una persona tan autorizada como Felipe Herrera, presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, que es una institución encargada de proporcionarles dólares a los gobiernos de la América Latina, decía en su libro *El desarrollo de América Latina y su financiamiento* (Buenos Aires, Ediciones Aguilar, Argentina, S. A., 1967, p.44), que “la deuda pública externa de América Latina, pagadera en divisas [*deuda pendiente incluyendo saldos no reembolsados*], que en 1950 llegaba a 1.741 millones [*de dólares*], y que en 1955 ya alcanzaba a 3 mil 666 millones, se ha elevado en 1963 a un monto estimado de 9 mil 100 millones... En 1962 ya tenía América Latina que destinar 1.200 millones al año para el servicio de la deuda externa total. Se calcula que en 1965, sumados los servicios de la deuda externa pública y privada significarán una erogación anual de más de 2 mil 200 millones,

suma superior al total de la ayuda anual prevista en la Carta de Punta del Este”.

Efectivamente, lo que pagamos en dólar por el dinero que nos prestan es una proporción muy alta de lo que producimos.

De cada 100 dólares que exportaba la América Latina en 1950, tenía que destinar 3 dólares con 50 centavos a pagar principal e intereses por los dólares que cogía prestados; cinco años después, en 1955, esos 3 con 50 habían pasado a ser 6; en 1962 pagábamos 16 de cada 100 que exportábamos. En diciembre de 1967 habíamos pagado 734 millones de dólares por intereses solamente sobre los préstamos de la Alianza para el Progreso, según explicó el Dr. Sanz Santamaría, presidente de la Comisión Internacional de la Alianza para el Progreso, en declaraciones publicadas en el *Boletín de la Unión Panamericana*, número correspondiente al mes de octubre de 1968. Esos préstamos de la Alianza habían llegado al terminar el año 1967 a 5 mil 800 millones de dólares, de los cuales nuestros países habían pagado 2 mil 100 millones del principal y los mencionados 734 millones de intereses; en total, los pagos habían sido de 4 mil 543 millones y seguíamos debiendo 2 mil 966 millones. Por esos números podemos ver que por los 5 mil 800 millones que prestó la Alianza para el Progreso hasta diciembre de 1967 la América Latina tendrá que pagar 7 mil 509 millones. El escritor francés Claude Julien presenta un cuadro en el que se ve que con una inversión de 9 mil 371 millones de dólares hecha entre 1959 y 1965, los norteamericanos sacaron de la América Latina beneficios de 5 mil 297 millones (*L'Empire Américain*, Paris, Editions Bernard Grasset, 1968, p.228). En la América Latina hay mucha gente equivocada por la propaganda o engañada con mentiras, que cree de buena fe que los norteamericanos van a nuestros países a llevar dinero; en realidad, a lo que van es a sacar, y tal como lo dicen los

números, la Alianza para el Progreso no da nada; presta y cobra lo que presta con interés.

Muy a menudo los dólares que se sacan de nuestros países no figuran en las estadísticas porque son comprados en bolsa negra y se llevan afuera sin que nadie lo sepa. Los dólares salidos que más se notan son los que aparecen en los déficits comerciales, esto es, los que se producen porque compramos en el extranjero más de lo que vendemos. Por ejemplo, en los últimos años la República Dominicana tuvo los siguientes déficits en dólares: 12 millones 990 mil en 1964; 24 millones 36 mil en 1966; 18 millones 515 mil en 1967; en total, una pérdida neta de 55 millones 542 mil dólares en cuatro años (véase *Comercio exterior de la República Dominicana*, Santo Domingo, D. N., Oficina Nacional de Estadísticas, Secretariado Técnico de la Presidencia, 1968, p.1).

Ateniéndonos sólo a los déficits en dólares que figuran en cada balance anual, podemos anotar que de acuerdo con *América en cifras, 1965* (publicado en 1966 con datos hasta 1964, la última de las publicaciones de una serie con el mismo título que hace el Instituto Interamericano de Estadística, de la Unión Panamericana), trece países de la América Latina tenían al terminar el año 1964 una balanza de pagos negativa, sólo cuatro la tenían positiva y uno, el Brasil, no tenía datos de 1964. En 1966, el déficit total fue de 520 millones de dólares y en 1967 aumentó a 1,600 millones. Entre los países que tienen déficit no están sólo los más pequeños y los más pobres; se hallan también algunos tan grandes, tan importantes y tan ricos como Argentina, México, Colombia y Chile.

Los dólares y el desarrollo

¿Qué importancia tiene para la América Latina esa pérdida constante de dólares?

Tiene mucha importancia, pues el dólar, una moneda que recibimos en pago de lo que vendemos en Estados Unidos, Canadá y Europa, nos sirve para pagar lo que compramos en esos mismos países. Debe aclararse que cualquier país de la América Latina recibe dólares y paga en dólares aunque no comercie con Estados Unidos; lo que pasa es que el dólar es la moneda con la cual se hace el comercio internacional de la América Latina. Algunos países, como Jamaica, Trinidad, Barbados y Guayana, hacen su comercio a base de la libra esterlina, que es la moneda inglesa. Los latinoamericanos necesitamos dólares para comprar maquinarias y otros productos industriales y también para adquirir capacidad técnica, pues aquéllos y ésta son indispensables para el desarrollo de nuestra riqueza; y resulta que en vez de acumular dólares lo que acumulamos son deudas en dólares, lo que hace que cada vez sea más difícil para nosotros conseguir lo que necesitamos para progresar.

En cuanto a capacidad técnica, la situación de la América Latina es penosa. Está probado que no puede haber desarrollo de las riquezas de ningún país si no se forman técnicos que dirijan y lleven a cabo el desarrollo, y para formar un técnico en la América Latina hay que gastar el equivalente de diez a veinticinco mil dólares. Pues bien, en el año 1965 salieron hacia Estados Unidos 7 mil 804 técnicos latinoamericanos, de los cuales 973 eran argentinos. (Ver cable de Buenos Aires publicado en *El Nacional* de Santo Domingo, 10 de noviembre, 1968, p.9). En el mismo diario, día 3 de noviembre, 1968, pp.20-21, se publicó un estudio de Ernesto Saúl titulado "América Latina: universidad y fuga", en el cual se afirma que en 1970 Chile tendrá un déficit de 5 mil 481 profesionales sólo en las ramas de medicina, ingeniería, agronomía, odontología y arquitectura. El autor dice: "Entre 1961 y 1965 emigraron a Estados Unidos 2 mil 515 médicos

latinoamericanos, lo que representa un promedio de 500 médicos anuales. Se calcula que esta cantidad equivale a la producción de tres facultades de medicina, que costarían a Estados Unidos 60 millones de dólares por concepto de edificación y 15 millones de dólares anuales para su funcionamiento. Estas sumas son superiores al total del aporte de Estados Unidos a Latinoamérica por concepto de salubridad. La emigración de ingenieros con el mismo destino alcanza también una cifra cercana a los 500 anuales”.

¿Qué quiere decir eso?

Quiere decir que además de tener cada año un déficit en dólares, los latinoamericanos tenemos un déficit en técnicos. Necesitamos técnicos y resulta que los que tenemos se van hacia Estados Unidos, y sin técnicos no podremos desarrollar nuestros países, aumentar nuestra riqueza y con ello mejorar el nivel de vida de nuestros pueblos, garantizar su salud y ampliar su cultura.

Para comprender la importancia de la técnica en el aumento de la producción vamos a copiar lo que dice el profesor francés M. Lewin en *Introducción a los problemas de la cooperación y el desarrollo*, publicado por el Instituto Internacional de Administración Pública (París, Francia), para el uso de sus estudiantes. En la página 20 del trabajo del profesor Lewin puede leerse que según un estudio hecho por Gosplán, que es el departamento encargado de hacer planes de desarrollo en la Unión Soviética “un año de aprendizaje suplementario en una fábrica aumenta la productividad de un obrero analfabeto de 12 a 66 por ciento, pero un año de estudios primarios provoca un aumento de la productividad en 30 por ciento, cuatro años de estudios provocan una mejoría de 79 por ciento y siete años de asistencia escolar provocan 235 por ciento de progreso en la productividad económica de ese trabajador y los estudios superiores,

es decir, diez o quince años de estudios, se reflejan en un 320 por ciento de aumento en la productividad”.

Si la productividad de un trabajador, o lo que es lo mismo, su capacidad para producir, aumenta de acuerdo con sus estudios, la situación de la América Latina es mala. Según las apreciaciones de la UNESCO, en 1965 el 29 por ciento de la población que tenía más de 15 años no sabía leer ni escribir; pero eso no significa que supieran hacerlo los que tenían menos de 15 años y más de 7, pues todos los años se quedan millones de niños latinoamericanos sin escuelas. El padre Guzmán C. (*op. cit.*, p.48) dice que en 1969, de 1 millón 886 mil niños campesinos de Colombia, 1 millón 806 mil 732 se quedaron sin escuela, y que en 1965 no hubo lugar en las escuelas del país para la mitad de la población escolar ni la hubo para el 86 por ciento de la educación secundaria ni para el 97 por ciento de la educación superior.

Y Colombia no es el único país de la América Latina donde sucede eso o algo parecido.

¿Cómo se explica semejante situación? ¿Por qué hay en la América Latina dinero para fabricar casas lujosas, edificios de apartamentos, hoteles caros, para comprar automóviles que parecen palacios que ruedan, yates y whisky, y no hay dinero para educar a los niños campesinos? ¿Qué pasa con los dólares de la Alianza para el Progreso, que no alcanzan ni siquiera para dar escuelas a los niños que las necesitan?

Los dólares de la Alianza para el Progreso no son dólares, aunque a la hora de pagarlos tenemos que hacerlo en dólares; en su mayor parte lo que recibimos a través de la Alianza son productos, y con frecuencia el precio de esos productos es más caro que si hubieran sido comprados con dinero en otros países, y por cierto una parte apreciable no nos llega ni siquiera en productos sino en ayuda técnica, en estudios de obras y en proyectos. Esa ayuda técnica resulta muy cara porque se nos

cobra por ella al precio que se paga en los Estados Unidos, un país donde todo cuesta mucho más que en la América Latina; y se da la contradicción de que pagamos el trabajo de técnicos norteamericanos y al mismo tiempo nuestros técnicos han estado yendo a darles a Estados Unidos los conocimientos que adquirieron en nuestros países con dinero y esfuerzo producidos por nuestros pueblos.

Inversiones para la producción

Todo lo que produce un país se suma cada año y al total de esa suma se le llama Producto Nacional Bruto, o PNB. Para que un país o un cierto número de países progrese, su PNB tiene que aumentar por año más que su población. Esto puede explicarse con un ejemplo. Si un hombre que hace sillas de mesa produce al mes 100 pesos —ó 100 balboas, 100 cruzeiros, 100 quetzales; cualquiera que sea la moneda de su país—, y con esa entrada puede mantener a su mujer y a dos hijos, al tener otro hijo el dinero no le alcanzará para que la familia viva al mismo nivel que antes; si le nacen dos hijos más, la situación de la familia será más estrecha, y llegará el momento en que ya no podrá mantenerse con la misma entrada. O ésta aumenta o se pasarán estrecheces.

En el caso de un país, el aumento del PNB tiene que ser cada año superior no sólo al aumento de la población, sino que además deberá ser superior en una cantidad determinada. Si la población aumenta un 1 por ciento, el PNB tiene que aumentar más de esa proporción. ¿Por qué? Porque por cada 1 por ciento más de personas hay que invertir al año siguiente un 3 por ciento del PNB de ese año debido a que sin esa inversión no sería posible aumentar la producción en la cantidad que hace falta para alimentar, vestir y dar techo a ese 1 por ciento que nació el año anterior. El asunto es complicado, pues este año nacen los niños, pero los que habían nacido seis

años antes y están vivos todavía, entran este año en la escuela, de manera que hay que hacer más escuelas para ellos; los que habían nacido hace diecisiete años entran este año en edad de trabajar, y es necesario que se monten fábricas para que encuentren trabajo. Hay especialistas que consideran que la inversión del 3 por ciento del PNB no es suficiente para cubrir todas las necesidades que tiene una población que crece un 1 por ciento al año y que debe invertirse el 4 por ciento del PNB. Ahora bien, en la América Latina la población aumenta cada año a razón de 2,9 personas por cada 100 habitantes, y eso quiere decir que los países latinoamericanos deben invertir en conjunto el 8,7 por ciento de su PNB cada año, si es que se está de acuerdo con los que opinan que la inversión de un 3 por ciento por cada 1 por ciento de aumento de la población es suficiente, porque si se está de acuerdo con los que piensan que lo correcto sería invertir el 4 por ciento, entonces la inversión total deberá ser el 11,6 por ciento del PNB.

En la América Latina no está haciéndose ni lo uno ni lo otro. La inversión del conjunto de nuestros países no llega a esas cifras, salvo los pocos años de precios muy buenos que coincidan con cosechas muy buenas, cosa que se da muy pocas veces. En algunos países la inversión puede llegar y hasta pasar del 8,7 por ciento o del 11,6 por ciento, pero no siempre y nunca en todos. En el mundo hay países que invierten cada año proporciones muy altas de su PNB, y debido a esa alta inversión aumentan también cada año su PNB de manera notable, lo que les permite disponer cada vez de más y más riquezas dado que sólo es riqueza lo que se produce. Por ejemplo, en 1966 el Japón invirtió 33 centavos de dólar de cada dólar que produjo en 1965; Suiza invirtió casi 28 centavos de cada dólar; Alemania del Oeste, un poco más de 26 centavos; Italia y Holanda, un poco más de 24 centavos, y aunque en ese mismo año (1966) hubo un país latinoamericano que invirtió casi tanto como el

Japón, ese país es el único en toda América Latina que dispone de grandes entradas debido a su enorme riqueza petrolera y minera, y nos referimos a Venezuela.

Los países del Mercado Común Centroamericano —que son Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica— invirtieron en 1966 12 centavos de cada dólar producido en 1965; Chile invirtió 11 y Bolivia 7.

Ahora bien, esos números dicen poco si no se relacionan con el aumento de la población. La población de Costa Rica, por ejemplo, crece a razón de 3,8 anual por cada 100 personas, de manera que si debe invertir anualmente el 3 por ciento por cada 1 por ciento de aumento de su población, en 1966 debió invertir el 11,8 por ciento de lo que produjo en 1965, y si invirtió el 12, que es sólo 2 décimas de centavo más que el 11,8, no podía esperar en 1966 ningún progreso importante a menos que lo tuviera por causas naturales, como tiempo excepcionalmente bueno para el café, que es su principal producto de exportación; y el tiempo excepcionalmente bueno o malo no puede predecirse, de manera que contando con él es imposible planear el desarrollo de un país.

Pero hay algo más que aclarar, pues el tanto por ciento del PNB que se invierte puede ser bajo, aunque la cantidad parezca alta; eso depende de cuál fue el aumento del PNB en los años anteriores. Así, en relación con el PNB de 1960, calculando éste en 100 dólares, el PNB de Uruguay en 1964 había bajado a 93, lo que quiere decir que fue de menos 7; Honduras no aumentó ni un centavo entre 1960 y 1964; Ecuador aumentó en ese tiempo sólo 2 dólares; Argentina, que había subido de 100 en 1960 a 107 en 1961, bajó 6 en 1963, de manera que en 1964 sólo había aumentado 3 sobre 1960; así, al invertir en 1966 el 21 por ciento de su PNB de 1965, Argentina estaba en realidad invirtiendo menos de lo que necesitaba para equilibrar el déficit que tenía.

De acuerdo con el criterio del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial para la Reconstrucción y el Desarrollo, los países de la América Latina necesitan crecer año por año a razón de un 5 por ciento; es decir, deben producir cada año 105 dólares por cada 100 producidos el año anterior; pero de esos 105 tienen que invertir de 15 a 20, lo que significa que hay que producir 105 y consumir sólo de 85 a 90. Pues bien, si suponemos que en 1960 se produjeron 100, en 1961 se produjeron 105, pero el aumento en 1962 fue sólo de 3,6 y en 1963 de 1,9, y aunque en 1964 se llegó a 6,4, ya estábamos en déficit, y para cubrir ese déficit debió haber en ese año de 1964 un aumento no de 6,4 sino de 9,5; en 1965 sólo llegamos a 4,8, en 1966 a 4,6 y en 1967 a 4,3 (Naciones Unidas, *Estudio económico de América Latina 1967*, p.5, cuadro N° 3). Como puede verse, a lo largo de siete años sólo se alcanzó el aumento de 5 por ciento o más en dos años, en uno no se llegó a 4 y en otro no se llegó ni a 2 por ciento.

Son varios los países de la América Latina que no pueden ahorrar del 15 al 20 por ciento de su producción anual; algunos como Guatemala, Barbados y la República Dominicana ahorran sólo del 5 al 10 por ciento, lo que está muy lejos de lo que se requiere para mantener un ritmo de desarrollo; otros, como Bolivia, Costa Rica, El Salvador, Ecuador, Honduras, México, Paraguay y Uruguay, van del 10 al 15 por ciento (ver André Lewin, en publicaciones del Instituto de Administración Pública, París: Chapitre VIII a XII, Fasc. III, Années 1967-1968, pp.25-26). En años de buenas cosechas que sean también por coincidencia de buenos precios para algunos de sus productos, unos cuantos países latinoamericanos llegan a ahorrar del 15 al 20 por ciento de su producción. Pero lo cierto es que las inversiones no aumentan. El coeficiente global de inversión interna bruta que fue de 18,1 en 1960 bajó al 17,2 en 1967 y sólo en 1961 subió a 18,6; a

partir de ese año, en ningún otro llegó a 18, y en 1963, 1965 y 1966 no alcanzó a 17 *Estudio económico de América Latina 1967*, p.5, cuadro 4). Si se saca de ahí un país como Venezuela, el coeficiente bajaría a menos del 15, y si se saca México, bajaría mucho más, lo que quiere decir que la mayor parte de los países tienen un coeficiente de inversión interna bruta totalmente inadecuado.

La producción por persona

Esos datos que se han dado se refieren a los países; al trasladarse a cada una de las personas que viven en la América Latina nos hallamos, como es claro, con la misma situación. Los organismos internacionales que dirigen los planes para lograr el desarrollo de la América Latina —Comisión Internacional de la Alianza para el Progreso (CIAP), Comisión Económica para la América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL)— habían calculado que nuestros países necesitan aumentar su producción año tras año a no menos de 2,5 por ciento per cápita, lo que quiere decir por habitante, y que si no se alcanza ese nivel será muy difícil que nuestros pueblos progresen.

La producción per cápita de un país se sabe dividiendo el PNB de ese país por el número de sus habitantes, y como esa operación se hace cada año, cada año puede sacarse en claro cuál es el producto por persona, y de acuerdo con lo que establecieron los organismos internacionales, por cada 100 dólares de producción per cápita o por persona debe haber cada año un crecimiento de 2 dólares 50 centavos en relación al año anterior.

En los años de 1950 a 1955 se había alcanzado un crecimiento de 2,2 por ciento del producto bruto por persona, pero de 1955 a 1960 se bajó a 1,8 y de 1960 a 1965 se bajó a 1,7. Los especialistas partidarios de la Alianza para el Progreso, y especialmente los norteamericanos, se alborozaron

mucho en 1962 porque en 1961 se había subido a 2,4, pero sucedió que en 1962 hubo un descenso violento, que llevó el crecimiento a menos de 1 por ciento —a 80 centavos de dólar por cada 100 dólares de la producción por persona de 1961—, y la situación se agravó en 1963, cuando se bajó a menos de 0,5, es decir, a 99 dólares con 50 centavos por cada 100 dólares de la producción por persona en 1962. Otra vez volvieron a saltar de alegría los especialistas en 1965, porque en 1964 se había subido a 3,3, un nivel que no se había alcanzado en quince años, pero en 1965 se volvió a descender a 2,4 y en 1966 a 1,1; en 1967 se llegó a 1,5 (*Estudio económico de América Latina 1967*, p.1, cuadro 1), y los datos preliminares de la OEA para 1963 indican que en 1968 hubo 13 países que no llegaron al 2,5, entre ellos Venezuela, que sólo llegó al 1,9; Uruguay, que aumentó 1,8; Chile, 1,3, y Perú que apenas alcanzó el 0,1, esto es, 10 centavos de dólar por cada 100 dólares de la producción por persona de 1967 (*Comercio exterior*, ya citado).

Todos esos números quieren decir que en los siete años que habían corrido de 1961 a 1967, en vez de alcanzar el 2,5 por ciento anual de aumento en el producto bruto por persona que se considera indispensable para el progreso de la América Latina se había logrado nada más un promedio de 1,6, y con ese promedio no puede asegurarse el avance, pero tampoco puede asegurarse ni siquiera la estabilidad de la situación actual.

Los mismos centros internacionales que dirigen la política del desarrollo de nuestros países esperaban que la producción per cápita sería de 410 dólares al terminar el año de 1967, y según una información fechada en Washington en abril de 1969, en 1968 se llegó nada más a 385 dólares (*El Caribe*, Santo Domingo, 22 de abril de 1969, p.1). En un folleto mimeografiado (*América Latina, indicadores socio-económicos*

seleccionados, abril de 1968), el Banco Interamericano de Desarrollo, que es una de las instituciones que tienen más responsabilidades en la tarea de dirigir y acelerar el desarrollo de los países latinoamericanos, estimaba que la población de la América Latina sería de 242 millones 941 mil al final de 1967, sin incluir a Cuba, Barbados, Jamaica y Guayana; que en esa población había sólo 6 médicos y 31 camas de hospitales por cada 10 mil personas; que sólo es económicamente activa la tercera parte de la población, sin incluir ni a Haití ni a Paraguay; que por cada 100 dólares que producía en 1966 cada persona económicamente activa en los Estados Unidos, el latinoamericano también económicamente activo producía sólo 14,5; que en la mayoría de nuestros países —en 170 millones de personas no se alcanza a ingerir el mínimo de 2.550 calorías que se consideran indispensables para mantener funcionando el organismo humano; que nuestro consumo de energía eléctrica era sólo de 409 kilovatios hora por habitante en 1965. En *Notas sobre la economía y el desarrollo de América Latina*, publicación preparada por los Servicios Informativos de la CEPAL, N° 7, de noviembre 30, 1968, se afirma que alrededor del 40 por ciento de la mano de obra latinoamericana se encuentra actualmente —es decir, en 1968— en condiciones de subempleo, y que esas condiciones —que van desde una desocupación parcial hasta el desempleo total— afectan a cerca de 100 millones de latinoamericanos.

Ahora bien, de pronto todas esas proporciones aparecieron incorrectas, pues un cable de la Associated Press (ver “Población Latinoamericana se eleva a 276 Millones”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 23 de abril de 1969, p. 11), sin dar con claridad la fuente, informaba que “América Latina, acelerando su explosión demográfica, ha elevado a 276 millones el número de sus habitantes”. Y eso, que de acuerdo con el Director General de la Oficina Sanitaria Panamericana, otro

organismo oficial, “de cada 100 personas que fallecen en América Latina 45 son niños menores de cinco años” (ver “Informe Promedio Muerte Infantil”, *El Nacional*, Santo Domingo, 22 de abril de 1969, cable de la AP). Según León Rozitchner (*Moral burguesa y revolución*, Argentina, Ediciones Proeyon, 1969, p.9, nota), en 1963 “En enfermedades provocadas por la desnutrición. Al cabo de 10 años hay 20 millones de niños muertos... que es el mismo número de muertos que produjo la Segunda Guerra Mundial”.

En los datos que se han dado se encuentran juntos los que se refieren a los países ricos y los que se refieren a los países pobres, y también los que se refieren a las gentes ricas y los que se refieren a las gentes pobres. Hay cinco países latinoamericanos que tienen una producción anual superior a los 500 dólares por persona, y esos pueden ser considerados entre nosotros como ricos; son Argentina, con 24 millones de habitantes; Chile, con 9 millones 600 mil; Panamá, con algo más de 1 millón 300 mil; Uruguay, con algo más de 2 millones 800 mil, y Venezuela, que a fines de 1967 llegó a 10 millones 400 mil. Esos países suman un poco más de 47 millones de personas. Tenemos dos países que producen más de 400 y menos de 500 dólares anuales por persona; son México, que alcanzó a fines de 1967 los 49 millones, y Costa Rica, que llegó a 1 millón 700 mil. Quedan entonces unos 178 millones cuya producción por persona no llega a 1 dólar por día. La República Dominicana, Honduras, El Salvador, Ecuador, Paraguay, por ejemplo, no alcanzan a 300 y Haití ni siquiera a 100.

Ahora bien, ¿cómo se distribuye esa producción? ¿Qué proporción le toca a cada latinoamericano?

Según Raúl Presbich, una verdadera autoridad en la materia, se distribuye así: de cada 100 dólares que producimos, 5 personas de cada 100 se quedan con 6 dólares cada una y a las 95 restantes les corresponden sólo 73 centavos por cabeza.

¿Cuál es el resultado de esa situación en la vida de la gran mayoría de los latinoamericanos?

Podemos verlo en el aspecto de la vivienda. Galo Plaza, Secretario General de la Organización de Estados Americanos (OEA), dijo en un discurso pronunciado en New Orleans a fines de 1968 las siguientes palabras: “En la actualidad, las ciudades latinoamericanas deberían estar construyendo un millón de nuevas viviendas al año, y para 1975 el ritmo de construcciones de viviendas debería ser de 1 millón 800 mil... al año. Sin embargo se está iniciando la construcción de sólo 400 mil viviendas al año”. Y agregó: “Aparte de las deficiencias del programa de viviendas, están surgiendo otras mayores todos los años en materia de abastecimientos de agua, servicios comerciales, de gas, electricidad, alcantarillado, transportes, escuelas y hospitales”. Al reproducir esas palabras, la *Carta Semanal* que edita el Equipo de Información de la Alianza para el Progreso, Unión Panamericana, semana del 9 de diciembre de 1968, decía que “entre 1968 y 1980 será necesario destinar 80 mil millones de dólares para dar albergue y ofrecer los servicios necesarios a la creciente población de la América Latina”.

¿De dónde van a salir esos 80 mil millones de dólares, sólo para viviendas urbanas y servicios, es decir, agua, electricidad, gas, alcantarillado, calles, transportes, escuelas y hospitales? Eso significa más de 6 mil millones de dólares al año, o lo que es lo mismo, más de 500 millones de dólares mensuales durante trece años. Seis mil millones de dólares por año equivalen a la tercera parte de las inversiones brutas de toda la América Latina en 1967, que alcanzó a 18 mil 68 millones. ¿Van a salir tantos dólares de la Alianza para el Progreso, que en siete años proporcionó sólo 5 mil 800 millones y aun de esa asuma cobró 4 mil 543 millones en capital e intereses en esos mismos siete años?

El fracaso del sistema

No nos hagamos ilusiones. No es con ayuda norteamericana como nosotros podemos solucionar nuestros problemas. Nuestros pueblos han llegado a la situación que dicen los números copiados en este trabajo en los años que más grande ha sido la expansión del bienestar en otros países del mundo, especialmente en los Estados Unidos. Lo que tenemos que prever es lo que sucederá cuando en esos países se presente una crisis económica. No hay soluciones extranjeras. Esas soluciones han fracasado completamente. Este fracaso fue reconocido por el presidente Nixon cuando al hablar en la sede de la Organización de los Estados Americanos (OEA) en Washington, el 15 de abril, en ocasión de la celebración del Día de las Américas, dijo que el crecimiento de la economía latinoamericana no era más grande que cuando se inició ocho años atrás el programa de la Alianza para el Progreso. “La proporción de crecimiento [*económico de la América Latina*] es menor que la de los países no comunistas del Asia”, declaró Nixon en esa oportunidad (ver “Nixon Cast Doubt on Future of the Alliance for Progress”, en *International Herald-Tribune*, Paris, April 16, 1969, p.1).

Pero antes de que el presidente de los Estados Unidos admitiera el fracaso de la Alianza para el Progreso había sido admitido en los centros directores de aquel país el fracaso total de toda la política elaborada para el desarrollo de la América Latina. Durante años y años los expertos en el asunto estuvieron hablando de que había que cambiar las estructuras, pero de pronto comenzaron a hablar de otra cosa; empezaron a decir que la causa del atraso latinoamericano era el aumento de la población, y luego empezó a decirse que si no se contenía ese aumento no podría haber desarrollo. En 1968 se había generalizado en los Estados Unidos y en los círculos sociales y económicos más altos de nuestros países la

idea de que para que la América Latina progresara era necesario evitar que siguieran naciendo tantos latinoamericanos. Esa era la manera más falsa de decir que los planes habían fracasado, que las perspectivas hacia el porvenir indican que éste será peor que el pasado.

Nada es más absurdo que la idea de confiar la solución de los problemas latinoamericanos al control de la natalidad, pues si es verdad que el ser humano que va a nacer consumirá más comida, más ropa, más electricidad, más vehículos, más medicinas y más libros, también es verdad que sólo el ser humano produce esas cosas, y en consecuencia lo que hay que hacer no es evitar que el ser humano se multiplique; lo que debe hacerse es poner al ser humano en condiciones de que multiplique los bienes que necesita para producir los artículos que él consume.

Ahora bien, ¿por qué se cree que debe suprimirse el nacimiento de más latinoamericanos?

Porque se cree que el latinoamericano es un hombre que no tiene condiciones para enfrentar las tareas del desarrollo, y ésta es una idea racista y discriminatoria, que los latinoamericanos tenemos que rechazar con energía.

No somos nosotros los que hemos fracasado; ha sido el sistema social, económico y político en que hemos vivido. En vez de suprimir la vida de los latinoamericanos que van a nacer debemos dedicarnos a crear para nosotros y para ellos una sociedad más libre, más rica y más justa, en la que con el esfuerzo de todos aseguremos la libertad, la riqueza y la justicia para todos, no para una minoría. Pues el sistema ha fracasado para los pueblos, no para las minorías privilegiadas, y mientras ese sistema no sea destruido y pongamos otro en su lugar, las minorías seguirán gozando de privilegios y las mayorías seguirán siendo esclavas, seguirán padeciendo miseria y seguirán sufriendo injusticias.

El sistema en que hemos vivido hasta ahora ha sido el mismo que establecieron en nuestras tierras los españoles, los portugueses, los ingleses, los franceses, los holandeses; ese sistema evolucionó en otras partes de América y del mundo pero no en nuestros países, y dados los cambios que se han hecho en la Humanidad, ya no podrá evolucionar en la América Latina tal como evolucionó en otras partes. Nuestra organización social se quedó en una etapa atrasada debido precisamente a que el progreso en otras regiones de América produjo fuerzas que ahogaron en la América Latina el desarrollo capitalista e impidieron que nuestras estructuras sociales se formaran según el modelo de la sociedad capitalista.

Las estructuras sociales dependen de la forma en que se relacionan los hombres y los medios de producción. En los países donde toda la sociedad, a través de sus organismos superiores —gobiernos y otras instituciones—, es la dueña de todos los medios de producción, el sistema económico y social se llama socialista; aquellos donde la dueña de los medios de producción es una clase llamada burguesía, el sistema económico se llama capitalista y el sistema político es la democracia representativa, organizada generalmente en repúblicas, federales o unitarias, y algunas veces monarquías de las llamadas constitucionales, en las que los reyes representan al país, pero no lo gobiernan. En el caso de la América Latina hay repúblicas que se llaman a sí mismas democracias representativas, pero no lo son, pues aunque vivimos dentro del sistema capitalista los medios de producción no pertenecen en su totalidad a las burguesías nacionales.

¿Quiénes, pues, dominan los medios de producción en la América Latina?

Los dominan las oligarquías, y éstas son frentes formados por clases y sectores de clases, que resultan económica, social

y políticamente más fuertes que los grupos burgueses debido a que en esos frentes oligárquicos figuran los intereses norteamericanos, cuyo poder es más grande que el de todos los demás componentes de las oligarquías juntos. Los grupos burgueses latinoamericanos son arrastrados por esos frentes oligárquicos y conviven con ellos, especialmente con el componente norteamericano de esos frentes, situación a que los obliga su debilidad; pero no forman parte de ellos, y desde luego no los dirigen.

Las oligarquías latinoamericanas están dirigidas por el antiguo imperialismo, que ha sido sustituido ahora por el pentagonismo. Es éste el que en todos los casos de crisis decide en última instancia qué debe hacerse en cada uno de nuestros países.

Cuando no ha llegado la hora de la crisis, la vida de los pueblos latinoamericanos es dirigida por los sectores nacionales de las oligarquías, y dado que estos tienen métodos e ideas precapitalistas, aunque viven en países capitalistas, no están capacitados para llevar a cabo el desarrollo latinoamericano.

Hemos oído durante años y años decir que la burguesía de la América Latina es una aliada del imperialismo norteamericano y que ésa es la causa de nuestro atraso. Eso puede ser verdad en aquellos países donde la oligarquía fue destruida y su lugar en la composición social pasó a ser ocupado por una burguesía nacional, como ocurrió en México; en los que disponen de dinero suficiente para impulsar la formación de una burguesía con fondos del Estado, como Venezuela. Pero en la mayoría de nuestros países la situación es otra; los grupos burgueses no se hallan aliados al imperio-pentagonismo; son arrastrados por los frentes oligárquicos, y estos a su vez son dirigidos por el imperio-pentagonismo.

Análisis de las sociedades de la América Latina

Lo primero que nota cualquier observador de los fenómenos sociales es que la América Latina se halla organizada según las leyes del sistema capitalista y sin embargo no ha podido desarrollarse ni siquiera lo indispensable para mantener el grado de estabilidad política que ese sistema necesita.

¿Cómo se explica eso? ¿Dónde están las causas del atraso y de la consecuente inestabilidad política de la América Latina?

En el sistema capitalista el desarrollo es dirigido y realizado por la burguesía, y en países donde la burguesía no tiene el mando político, social y económico total no puede haber desarrollo capitalista. El espectáculo de la falta de desarrollo en la América Latina debió llevar a los entendidos en la materia a la conclusión de que faltaba la clase que dirige al desarrollo capitalista o si esa clase existía no se hallaba al frente de la sociedad; y esa conclusión debió haber conducido también a los expertos a preguntarse tres cosas; primera, por qué esa clase faltaba o por qué no se hallaba al frente de la sociedad; segunda, quién ocupaba su lugar; y tercera, cómo estaban organizadas nuestras sociedades, en vista de que siendo capitalistas no lo estaban según el modelo europeo o norteamericano.

Responder a esas preguntas requiere hacer un poco de historia, aunque sea de manera rápida.

En la mayoría de los países de la América Latina las fuerzas sociales determinantes a principios de este siglo eran las oligarquías terratenientes, comerciales y bancarias; en los más retrasados eran el comercio exportador e importador, que se hallaba en muchos casos en manos extranjeras, y a él se aliaban la alta y la mediana pequeña burguesía y los grupos latifundistas. Desde las guerras de la independencia, iniciadas hacia el 1810, las luchas de los sectores oligárquicos entre sí, o las de las pequeñas burguesías en los países más retrasados, mantuvieron a América Latina en constante desorden; fue la época de

las llamadas “revoluciones” y de los generales-presidentes y dictadores, y sólo había paz cuando un sector oligárquico se le imponía a otro mediante una dictadura —por ejemplo el sector comercial al latifundista, o viceversa— o cuando de la baja o la mediana pequeña burguesía surgía un hombre fuerte que se proponía establecer en su país las reglas de las sociedades burguesas. En el último caso, la dictadura se veía obligada a asociarse a un sector oligárquico, o bien al comercial o bien al latifundista, y acababa siempre destruida para dar paso a un gobierno de la oligarquía o a situaciones de luchas armadas que hacían retroceder al país a sus niveles anteriores. Ejemplos de este caso fueron las dictaduras de Ulises Heureaux en la República Dominicana y la de Santos Zelaya en Nicaragua.

A principios de este siglo la burguesía no había podido desarrollarse más allá de la etapa del comercio exportador e importador, y éste no tenía capacidad para salirse del frente oligárquico porque se hallaba estrechamente unido por un lado a los grandes propietarios, pues vendía en el extranjero lo que ellos producían —café, cacao, algodón—, y por el otro lado al capital industrial extranjero, puesto que también vivía de importar los artículos industriales extranjeros. Esa doble alianza convertía a la llamada burguesía comercial en un dependiente de latifundistas y productores extranjeros, y un dependiente no dirige nunca; a él lo dirigen.

Cuando comenzó la penetración de los capitales imperialistas norteamericanos en la América Latina —movimiento que en algunas partes del Caribe y de México se inició antes de 1890—, el imperialismo halló que no tenía en nuestros países burguesías competidoras y que le era fácil y beneficioso aliarse a los frentes oligárquicos, puesto que estos dominaban generalmente los gobiernos, de manera que a través de ellos el imperialismo podía obtener las concesiones gubernamentales que necesitaba. Esa alianza resultaba lógica porque

al penetrar en la América Latina el imperialismo lo hizo también como latifundista, en el sentido de que necesitaba grandes extensiones de tierra para producir bananos en América Central, azúcar en Cuba y Santo Domingo, o para explotar minas en México. Los grandes propietarios de nuestros países tenían necesariamente que entenderse con los grandes propietarios norteamericanos, y como estos llegaban a establecer explotaciones capitalistas en sus latifundios, mientras nuestros latifundistas seguían explotando sus tierras con mentalidad pre-capitalista, los últimos caerían rápidamente, como cayeron, al nivel de servidores políticos, sociales y económicos de los primeros, y tras ellos cayeron también sus aliados, los comerciantes exportadores-importadores. Desde el primer momento, pues, se inició un proceso casi natural de colonización, mediante el cual los sectores dominantes de las sociedades latinoamericanas reconocieron como su jefe al imperialismo norteamericano. Esto llegó a tales extremos que en algunos países —Cuba en 1908, Nicaragua en 1909— los componentes nacionales de las oligarquías llamaron a los norteamericanos a intervenir militarmente en sus países.

El proceso no se desarrolló al mismo tiempo en toda la América Latina. En algunos lugares se dieron condiciones especiales que permitieron cierto grado de capitalización y con él la ampliación comercial y la aparición de algunos débiles grupos burgueses, e incluso hasta la formación de bancos. Por ejemplo, Chile fue en el siglo pasado un fuerte exportador de nitratos para Europa; Argentina y Uruguay vendían también desde el siglo pasado carnes y lanas a Europa. En otros países, la capitalización que más influyó en la composición social fue la que produjo la Primera Guerra Mundial.

La acumulación de capitales provocada por la Primera Guerra Mundial dio lugar a la formación de grupos burgueses, pero casi siempre asociados al sector comercial

exportador-importador, y como éste se encontraba ya dentro del frente oligárquico y el imperialismo era quien tenía el mando de ese frente, esos grupos burgueses nacieron sometidos al imperialismo. En ciertas regiones de América Latina los capitales imperialistas eran europeos, y especialmente ingleses; en otras eran norteamericanos, pero en líneas generales actuaban en forma igual o parecida. En algunos países, sin embargo, se había formado burguesía en el siglo XIX, y ésta se alió a las oligarquías antes de la penetración imperialista, y así se vio el caso de Chile, por ejemplo, donde esa alianza produjo un régimen de democracia formal, con gobiernos estables, o el de Uruguay, con una democracia urbana bastante avanzada. En otros la lucha entre la burguesía y la oligarquía se planteó en forma sangrienta, como sucedió en México en 1910. En otros los débiles sectores burgueses fueron representados en el terreno político por partidos cuyos líderes procedían de la pequeña burguesía.

La época de los golpes de Estado militares, que vino a sustituir la de las revoluciones, fue una etapa de luchas entre las oligarquías que no aceptaban su derrota política, y los débiles grupos burgueses, que pretendían conquistar el poder político. Esa etapa de luchas se inició hacia el 1930 y no había terminado todavía en 1968, año en que se dieron golpes de Estado en el Perú, Panamá y Brasil; en este último país, el golpe de 1968 fue dado dentro de las fuerzas que habían dado el de 1964, de manera que fue un golpe militar dentro de otro golpe militar. En lo que podríamos llamar su forma más clara, el mecanismo de los golpes ha sido el siguiente: La burguesía ha conquistado el poder mediante elecciones a través de un partido dirigido por pequeños burgueses y la oligarquía la ha derrocado mediante un golpe de Estado militar. A partir de la Segunda Guerra Mundial, cuando ya el imperialismo se había convertido en el integrante más poderoso de las oligarquías

latinoamericanas, o por lo menos de la mayoría de ellas, los golpes de Estado militares contra los regímenes que pretendían desarrollar burguesías fueron decididos por los agentes imperialistas en favor de las oligarquías.

¿Qué llevaba al imperialismo a actuar así?

Su decisión de impedir que en la América Latina se formaran grupos, sectores o clases que pudieran competir con él, que pudieran arrebatarle un territorio donde las empresas imperialistas ganan dinero con más seguridad, más facilidad, más rapidez y menos limitaciones que en su propio país. Para impedir la formación de esos grupos, sectores o clases, el imperialismo necesitaba aliados en la América Latina, gente que actuara bajo sus órdenes, y esos aliados eran los frentes oligárquicos. Un estudio de la gente que ha organizado los golpes de Estado en la América Latina arrojaría mucha luz en el terreno social y económico. Los golpes de Estado han sido organizados por las oligarquías, con muy pocas excepciones; en cambio, las revoluciones fueron organizadas o por burgueses —Francisco Madero, en México; José Figueres, en Costa Rica— o por pequeños burgueses —Acción Democrática de Venezuela en 1945, Fidel Castro en Cuba—, y el proceso electoral era encabezado en todos los casos por partidos pequeños burgueses de ideología democrática.

Los bancos centrales, instituciones típicamente burguesas, comenzaron a organizarse después que empezaron a formarse burguesías. Por eso no había ninguno antes de 1923. Ese año se fundó el de Colombia; los de Chile y México se fundaron en 1925; el de Ecuador en 1927, el de Bolivia en 1929, el de Perú en 1931, el de El Salvador en 1934, el de Argentina en 1935, el de Venezuela en 1939. En la mayoría de esos bancos centrales tenían representantes los bancos privados de las oligarquías, que se habían desarrollado financiando el comercio exportador-importador. Los restantes bancos centrales se fundaron a partir

de 1945, cuando terminaba la Segunda Guerra Mundial, y ese sólo hecho da idea de que nuestros países no eran sociedades en cuya cúspide estaban las burguesías nacionales, como se ha venido asegurando durante años. El Banco Central de Guatemala se fundó en 1945, el de la República Dominicana en 1947, el de Cuba en 1949, el de Costa Rica en 1950, el de Honduras en 1951, el de Paraguay en 1952, el de Nicaragua en 1960, el de Brasil en 1965, el de Uruguay en 1967. Costa Rica había nacionalizado la banca, que era toda costarricense, a raíz de la revolución de 1948.

Un análisis de las sociedades latinoamericanas demuestra que nuestros países han estado dominados por frentes oligárquicos, no por burguesías, y que en esos frentes oligárquicos figura el imperialismo, ahora sustituido por el gran capital pentagonista, y por tanto las luchas de los pueblos debieron ser llevadas a cabo contra los frentes oligárquicos, no contra burguesías que por su estado de debilidad frente a las oligarquías no eran fuerzas enemigas determinantes.

Los errores estratégicos y tácticos

El no haber hecho a tiempo análisis correctos de las sociedades latinoamericanas ha conducido a marxistas y a demócratas a errores graves. Podemos enumerar algunos de ellos y también, por lo menos, un acierto.

Aferrados a la idea de que en la América Latina hay una burguesía aliada del imperialismo, los marxistas han creído que puede hacerse una revolución democrático-burguesa antiimperialista bajo el liderazgo de la burguesía, y por esa razón se han colocado en algunos casos al lado de las oligarquías creyendo que eran burguesías y se han enfrentado a partidos de la pequeña burguesía que pretendían hacer la revolución burguesa y a la revolución burguesa encabezada por la burguesía. Lo primero, por ejemplo, sucedió en Venezuela

en 1945, lo segundo en Costa Rica en 1948. En el caso de Venezuela los comunistas creyeron que el presidente Medina Angarita representaba a la burguesía porque había mantenido en su gobierno libertades democráticas, y lo cierto es que quien la representaba era el pequeño burgués Rómulo Betancourt, y con él su partido Acción Democrática. En el caso de Costa Rica los comunistas del país, organizados en el Partido Vanguardia Popular, participaron en la revolución de lado de la oligarquía costarricense porque sus líderes creyeron que el presidente Calderón Guardia representaba a la burguesía del país y que José Figueres, líder de la revolución, representaba a la oligarquía. La oligarquía de Costa Rica era fundamentalmente terrateniente, bancaria y comercial, y Figueres era al mismo tiempo dueño de plantaciones de sisal y café, y comerciante; pero sucedía que el sisal era una materia prima para una industria de sogas y sacos, y era este aspecto de su actividad lo que determinaba la posición de Figueres en el contexto social; él era el burgués, no el Dr. Calderón Guardia. La alineación de los comunistas venezolanos frente a Acción Democrática no les costó la vida en el orden político porque en 1948 el gobierno de Acción Democrática fue derrocado y Venezuela cayó bajo la dictadura militar que a partir de 1950 encabezó Pérez Jiménez, y la larga lucha contra Pérez Jiménez, en la cual los comunistas tomaron parte importante, rehizo su prestigio ante las juventudes del país. Pero en el caso de Vanguardia Popular el error le costó caro; el partido quedó aniquilado, no por las persecuciones, sino por la pérdida de autoridad moral.

El movimiento peronista fue antioligárquico y tuvo el apoyo de las masas argentinas, pero no se determinó con claridad cuál era la oligarquía y ésta no fue destruida, de manera que pudo rehacerse y echar del poder a Perón en 1955. Mientras tanto, demócratas y marxistas en Argentina y en toda la

América Latina cayeron en el error de creer que el régimen peronista era una típica dictadura oligárquica y personalista.

Así como señalamos esos errores, que son sólo una parte de los muchos que se han cometido en nuestros países, debemos señalar un acierto, el de Fidel Castro en Cuba. La Revolución Cubana no se hizo contra la burguesía de la isla. Importantes sectores burgueses de Cuba apoyaron a Fidel Castro contra Batista a tal punto que José Bosch (Pepín), presidente de la compañía Bacardí —una empresa verdaderamente burguesa, que tenía casi cien años de vida y fábricas de ron y de cerveza en Cuba, Brasil, México y Puerto Rico; la de Cuba de capital cubano y las otras de capital cubano asociado a capitales de los países donde se hallaban—, fue personalmente a la Sierra Maestra a llevarle a Fidel Castro un millón de pesos, que equivalían a un millón de dólares. Los sectores más avanzados de la pequeña burguesía de Cuba, en sus niveles bajo, mediano y alto colaboraron desde las ciudades con Fidel Castro, y sin esa colaboración la revolución castrista no hubiera podido tener éxito, pues lo cierto es que no contó con el apoyo del proletariado ni urbano ni campesino; y esa pequeña burguesía, cuya aspiración era que Cuba fuera una sociedad burguesa, no habría ayudado a Fidel Castro si éste hubiera encabezado una revolución antiburguesa.

Lo cierto es que si la burguesía cubana no se hubiera dejado arrastrar por la oligarquía, y especialmente por la fuerza más poderosa del frente oligárquico cubano, que era el imperialismo norteamericano, los burgueses habrían podido convivir con la Revolución Cubana muchos años sólo a cambio de hacer las concesiones realistas que iba a exigirles el proceso revolucionario. Pero los burgueses cubanos se dejaron arrastrar por el frente oligárquico precisamente a causa de su debilidad, y eso les costó sus bienes y aun su derecho a vivir en Cuba. En realidad, fue la oligarquía que los llevó al suicidio,

y no la revolución fidelista, la que produjo la aniquilación de los sectores burgueses de la sociedad cubana, de manera que la dirección de Fidel Castro fue políticamente acertada, y en cambio la de la oligarquía no pudo ser más desastrosa.

La oligarquía costarricense fue destruida a partir del triunfo de la revolución de 1948 en dos de sus sectores, el bancario y el comercial, pues al quedar nacionalizada la banca del país, los créditos, que antes iban a dar casi en su totalidad al comercio exportador-importador, fueron desviados hacia otros sectores de la producción, como el agrícola y el industrial. Pero no se tomó ninguna medida contra el sector latifundista ni contra el sector sacerdotal, y no fue necesario tomarla contra el de las fuerzas armadas porque éstas no existían.

¿Cómo se explica que el imperialismo permitiera el triunfo de la burguesía costarricense? ¿Por qué en ese caso no apoyó el imperialismo a sus aliados de la oligarquía?

El imperialismo no puso su poder del lado de la oligarquía de Costa Rica, como no lo había puesto en 1945 del lado de la oligarquía venezolana, porque tanto en Venezuela como en Costa Rica el comunismo se hallaba políticamente en el frente oligárquico. Esa posición de los partidos comunistas de Venezuela y de Costa Rica determinó la que tomaría el imperialismo. En Venezuela, las empresas petroleras aceptaron pagar impuestos de la mitad de sus beneficios al gobierno surgido de la revolución de 1945; en Costa Rica, la United Fruit aceptó una situación parecida en 1948. Los errores de los partidos comunistas de Venezuela y Costa Rica precipitaron, pues, un entendimiento entre imperialismo y burguesía.

Otros errores fueron cometidos por las pequeñas burguesías revolucionarias, y un ejemplo de esto último es la revolución boliviana de 1952. Esa fue una revolución típicamente antioligárquica, que nacionalizó las minas y repartió las tierras, dos fuentes de riqueza que se hallaban en manos de la

oligarquía. Pero el gobierno revolucionario boliviano cayó en la debilidad de dejarse penetrar por la fuerza más poderosa de las oligarquías latinoamericanas, que es el imperialismo norteamericano, y este, operado desde adentro, le arrebató el poder.

En la revolución antioligárquica de la América Latina se han cometido graves errores estratégicos porque no se ha hecho un estudio de la composición social latinoamericana. La falta de ese estudio ha conducido a considerar enemigos a los que no lo eran ni debían serlo. Como es lógico, esos errores estratégicos han producido a su vez errores tácticos.

La responsabilidad de los errores cae por igual en los partidos marxistas y en los democráticos. Arrastrados por la propaganda norteamericana, que es en fin de cuenta la de los frentes oligárquicos, los grupos burgueses han tomado por enemigos a los partidos reformistas democráticos cuya función era llevar la lucha contra las oligarquías, y, por tanto, en favor de las burguesías, a niveles de gobierno; los partidos reformistas, democrático-burgueses, se han dejado arrastrar también por la propaganda norteamericana y se han dedicado a combatir, y a menudo a perseguir, a los marxistas, que generalmente han sido organizaciones minoritarias; y a su vez los marxistas se han dejado arrastrar por la propaganda oligárquica y se han dedicado a combatir a los partidos pequeños burgueses en vez de dedicarse a organizar la lucha contra las oligarquías. En ese panorama de confusiones ha habido algunas excepciones, pero muy contadas.

Los que no han cometido nunca el error de confundir a sus enemigos han sido los frentes oligárquicos, y por esa razón han atacado a muerte por igual a demócratas reformistas y a comunistas; han maquinado y llevado a cabo golpes de Estado, levantamientos militares, expediciones como la de Guatemala

en 1954 y la de Cuba en 1961 o invasiones militares como la de la República Dominicana en 1965.

Para los frentes oligárquicos, y especialmente para su componente más poderoso, el imperialismo norteamericano —hoy sustituido por el pentagonismo—, todo el que intente arrebatárle su posición de dominio en la América Latina es un enemigo al que hay que aniquilar rápidamente y sin contemplaciones.

Análisis de un frente oligárquico

¿Qué clases y sectores componen un frente oligárquico latinoamericano?

Lo componen:

a) Latifundistas;

b) Comerciantes exportadores-importadores;

c) Bancos, especialmente los latinoamericanos;

d) Sectores de la pequeña burguesía en sus tres niveles, el alto, el mediano y el bajo, pero sobre todo de los dos primeros. Esos sectores actúan en los frentes oligárquicos a través de las burocracias, grupos intelectuales y fuerzas armadas y policiales. Hasta los años 1966-1967 figuraban también en los frentes oligárquicos los sectores sacerdotales de la Iglesia Católica.

e) El imperialismo, sustituido ahora por el pentagonismo.

Las débiles burguesías de la América Latina no forman parte de los frentes oligárquicos, pero se dejan arrastrar por ellos, conviven con ellos y muchos burgueses actúan con ellos.

¿De dónde surge el poder de cada clase o sector social de los que forman un frente oligárquico, y cómo actúa cada una de esas clases y sectores?

a) Latifundistas: Los latifundistas surgieron como clase al apoderarse de las tierras de cultivo y las de ganado. Generalmente, antes de las guerras de independencia esas tierras

estaban en manos de la nobleza criolla esclavista; pero cuando los nobles esclavistas quedaron aniquilados por las guerras, pasaron a manos de pequeños burgueses que salieron de esas guerras convertidos en generales y hasta en jefes de nuestras repúblicas. Un ejemplo de pequeño burgués campesino que llegó a general y presidente y se convirtió en latifundista es José Antonio Páez, pero en cada país latinoamericano hay varios como él.

La tierra es un medio de producción, y el que la tiene pasa a ser el propietario de lo que ella produce. Con la tierra en sus manos, un latifundista adquiere automáticamente el poder social necesario para hacer que otros hombres la trabajen a cambio de una cantidad de dinero que él les da o a cambio de que ellos le entreguen parte de sus productos o le paguen determinada cantidad de dinero. El dueño de grandes propiedades pasa a determinar, pues, de acuerdo únicamente con lo que a él le convenga, quiénes pueden ganarse la vida trabajando en sus tierras, bien como peones, bien como capataces, bien como arrendatarios, medianeros o aparceros. En el momento en que al latifundista deja de convenirle que un hombre o muchos hombres trabajen para él, los deja sin trabajo y por lo tanto sin medios de vida. Es ese poder, esa autoridad para decidir quién puede trabajar en su finca y quién no puede trabajar —lo que equivale a quién puede comer y mantener a sus hijos y quién no puede— lo que les da a los latifundistas tanta autoridad social, y para defender el derecho a usar ese poder, el latifundista se opone y se opondrá siempre a cualquier cambio político, social o económico que se lo disminuya.

Como la burguesía industrial está obligada a pagar a sus trabajadores salarios que les permitan ir a las fábricas alimentados, vestidos y con salud, los latifundistas se oponen a los burgueses industriales porque ellos no pueden ni quieren pagar salarios altos.

¿Por qué entonces se han aliado al imperialismo latifundista, en cuyas grandes empresas agrícolas se pagan mejores salarios que en los latifundios precapitalistas nacionales? Por la simple razón de que el imperialismo les garantiza la perpetua posesión de sus tierras.

La burguesía campesina nacional, que usa medios modernos de producción, como tractores, abonos, insecticidas, y no necesita grandes extensiones de tierra porque su alta técnica le permite producir más en menos terreno, paga también salarios mejores que los latifundistas debido a que los trabajadores que emplea tienen un nivel de capacidad comparable con el de los obreros calificados de las ciudades; así, un tractorista o un mezclador de abonos o de insecticidas no puede ganar lo mismo que un peón. Pero la burguesía campesina, como la de las ciudades, no puede garantizarles a los latifundistas la posesión indefinida de sus tierras, como puede hacerlo el imperialismo, y por esa razón el latifundista se alía al imperialismo y no a la burguesía campesina.

El poder de los latifundistas es proporcional a la cantidad de tierras que poseen.

Para darnos cuenta de cuál es esa proporción veamos datos de sólo dos países de América Latina: En Colombia según nos dice el padre Guzmán (*op. cit.*, p.47), “el 3,6 por ciento de los propietarios posee el 64,2 por ciento de la superficie agrícola, mientras que el 56 por ciento, es decir, la gran mayoría... [*del*] campesinado, dispone para trabajar del 4,2 por ciento del área cultivable”. En la República Dominicana, el 56,6 por ciento de la tierra está en manos del 1 por ciento de los propietarios; es decir, de cada 100 dueños de tierras, uno tiene más de la mitad y 99 tienen menos de la mitad (ver, “Afirman Crimmins Olvidó Campesino”, en *El Nacional*, Santo Domingo, 24 de noviembre de 1968. p.1).

Esa situación de Colombia y de la República Dominicana es general en la América Latina. En el Perú hay familias indígenas que sólo disponen de un surco para sembrar papas o maíz. La proporción de tierras en manos de los latifundistas es mayor en unos países y en otros es menor, pero en todos los casos ellos tienen el dominio de las mejores tierras y reaccionan con violencia ante la idea de quedarse sin ellas a causa de una reforma agraria. Esto se explica porque la partición de los latifundios acabaría con la importancia social, económica y política de los latifundistas. Un ejemplo de la actitud de los dueños de grandes extensiones de tierras frente a los gobiernos que se proponen hacer reformas agrarias es el caso del gobierno de Goulart en el Brasil, que fue derrocado por un golpe de Estado militar organizado y realizado por el frente oligárquico —dirigido, desde luego, por su integrante imperialista— cuando el presidente Goulart anunció que pondría en vigor un programa de reforma agraria.

La reforma agraria de Venezuela fue aceptada por los latifundistas de ese país porque el gobierno venezolano dispone de grandes fondos y acordó pagar a buenos precios las tierras llamadas a ser distribuidas entre el campesinado.

b) Comerciantes exportadores-importadores: La importancia social de los comerciantes exportadores e importadores surge del hecho de que a través de ellos se venden en el extranjero los productos del país y con el dinero de esa venta se adquieren los artículos extranjeros que consume el país.

Su papel es, pues, el de intermediarios entre los productores del país y los extranjeros, o para venderles a estos o para comprarles, y esa función de intermediarios pone en sus manos grandes intereses y a la vez les deja importantes beneficios. Cuanto mayores sean esos intereses y esos beneficios, mayor será la importancia de los exportadores-importadores y por lo mismo tendrán más autoridad social y política.

En los países y en las regiones donde el principal producto de exportación se cosecha en propiedades pequeñas, como ocurre con el tabaco, el comercio exportador-importador pasó a ser el centro de atracción de la pequeña burguesía campesina, en los lugares donde la producción se obtenía en grandes fincas —caso del cacao, el algodón, el azúcar— el comercio exportador-importador pasó a formar parte de los frentes oligárquicos al lado de los latifundistas.

El comercio exportador-importador inglés o francés de 1820 ó 1850 era burgués porque exportaba producción burguesa e importaba materia prima para las fábricas burguesas; pero el latinoamericano es pre-burgués, porque es un servidor de la oligarquía; exporta lo que ella produce e importa lo que ella consume.

Todavía a principios de este siglo los compradores de artículos extranjeros en nuestros países eran relativamente pocos o por lo menos consumían poco, pues la capacidad de compra de las masas era muy limitada. Había algunos casos de excepción, por ejemplo, Chile, Uruguay y la Argentina.

Por esa razón la América Latina vendía más de lo que compraba y el comercio importador no sufría por escasez de divisas; además la competencia de Inglaterra, Alemania, Francia y los Estados Unidos llevaba a los exportadores de esos países a dar a los compradores latinoamericanos créditos largos, que en algunos artículos, como los de hierro, alcanzaban a ser de 180 días —seis meses—, tiempo más que suficiente para que el importador vendiera el producto y lo cobrara antes de pagarlo.

El dinero de los exportadores extranjeros estaba en sus manos tanto tiempo que los comerciantes podían dedicarlo a financiar cosechas de los agricultores del país en los productos llamados de cosecha corta, como el maíz y el tabaco; así, los comerciantes compraban a la flor, esto es, pagando

por adelantado, con grandes rebajas. Aún hoy se compra a la flor en varios lugares de la América Latina.

La acumulación de capitales provocada por los buenos precios de los productos de exportación latinoamericanos que se dieron a causa de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y especialmente de la Segunda (1939-1945), dio origen a miles y miles de pequeños negocios y reclamó la formación de miles de profesionales, lo que significó una ampliación de la pequeña burguesía en número y en poder económico, así como el paso de gran número de personas y familias de un sector de la pequeña burguesía a otro más alto; muchos que habían sido miembros de la baja pequeña burguesía pasaron a la mediana y a la alta y con ello se convirtieron en compradores de objetos que antes adquirirían solamente los miembros de los círculos oligárquicos. Algo parecido, si bien en un nivel adquisitivo más bajo por persona, pero más amplio debido al mayor número, sucedió cuando comenzó a ampliarse el proceso industrial y los obreros pasaron a cobrar mejores salarios. El comercio de importación en América Latina aumentó tanto entre las dos guerras mundiales, que podemos apreciar la proporción de ese aumento viendo las estadísticas de un solo país.

En 1914, año en que comenzó la Primera Guerra Mundial, la República Dominicana importó 6 millones 729 mil pesos (exportó 10 millones 588 mil); en 1919 —la guerra había terminado en noviembre de 1918— importó 22 millones 19 mil (exportó 39 millones 602 mil); en 1947, dos años después de haber terminado la Segunda Guerra Mundial, importó 53 millones 488 mil pesos y exportó 83 millones 206 mil. El proceso de aumento de las importaciones siguió en ascenso, al punto que el mismo país —la República Dominicana— importó, en 1959, 129 millones 519 mil pesos y exportó algo menos, 128 millones 251 mil (*Comercio*

exterior..., p.1). En toda América Latina, con la excepción de Cuba, las importaciones pasaron de 6 mil 874 millones de dólares en 1960 a 10 mil 140 millones en 1967; las exportaciones fueron de 7 mil 908 millones 800 mil en 1960 y de 10 mil 665 millones 600 mil en 1967 (*Estudio económico de América Latina*, pp.67-68).

Si calculamos que el beneficio neto del comercio exportador-importador en la América Latina es de 10 por ciento, el año de 1967 ese comercio tuvo beneficios de más de 2 mil millones de dólares, lo que significa que cada latinoamericano, aun los recién nacidos, contribuyó con 8 dólares a aumentar la riqueza de los exportadores-importadores; así, los argentinos contribuyeron con 192 millones de dólares y los mexicanos con 392 millones. Por esas cifras podemos hacernos una idea aproximada de cuál ha sido la contribución al comercio exportador-importador en cinco años, en diez y en veinte.

La enorme expansión de las ventas de artículos manufacturados que se operó a partir de la Primera Guerra Mundial y se amplió después de la Segunda exigió cada vez más y más dinero para financiar su producción. Llegó el tiempo en que en un día dado de un mes dado había sobre los mares, navegando hacia los países compradores de artículos manufacturados, miles de millones de dólares; de manera que se hizo imposible seguir dando créditos a largos plazos y los plazos comenzaron a bajar, primero a 90 días, luego a 60, más tarde a 30, y hoy se pagan millones de dólares diarios a la vista y por adelantado, con cartas de crédito abiertas por los compradores en el país vendedor. Este cambio en el sistema de créditos condujo a una más estrecha relación de los comercios importadores con los bancos nacionales y extranjeros establecidos en la América Latina, de manera que entre 1919 y 1939 comerciantes y bancos se hallaban encadenados a través de la

financiación de los primeros por parte de los segundos, y ese encadenamiento acabó reflejándose en la composición de los frentes oligárquicos.

El papel del comercio exportador lo obliga a mantenerse unido a los latifundistas y a las grandes empresas norteamericanas que producen azúcar o materias primas, agrícolas o minerales, para el mercado de exportación. El comercio importador —y casi siempre el que exporta se dedica también a importar— recibe sus beneficios de la venta de artículos manufacturados en el extranjero, razón por la cual no se siente inclinado a vender los que se fabrique en el país.

Su negocio, pues, le impide ser partidario de una burguesía industrial nacional, y esa actitud opuesta a la burguesía industrial se extiende naturalmente a la de cualquiera otra burguesía de su país.

El comercio exportador-importador vive del mercado extranjero, para venderle o para adquirir en él lo que le vende a su propio país; está, pues, sometido al interés imperial-pentagonista, y ese hecho lo obliga a mantenerse dentro del frente oligárquico.

c) La Banca: El poder de la banca —o lo que es lo mismo, de los banqueros— surge del hecho de que en ella se concentra el dinero que se le confía en depósito. Así, comerciantes grandes y pequeños, personas privadas que abren cuentas de ahorro, industriales que mueven determinadas sumas —todos los que manejan dinero, en fin— depositan sus fondos en los bancos, porque están mas seguros en estos que en las casas de comercio o en otros lugares. Ese dinero, que no es de los bancos sino de los depositantes, es usado por los banqueros en sus propios negocios.

¿Cómo así?

Pues porque cada vez que presta dinero a alguien, el banco cobra comisión o intereses, y sus beneficios salen de esas

comisiones e intereses. En realidad, un banco es como una casa de comercio que sólo compra y vende una mercancía que se llama dinero, pero la verdad es que no la compra, sino que el Pueblo se la da en depósito. Los bancos, pues, ganan dinero con dinero ajeno, y sin embargo, debido a que son los banqueros los que determinan a quiénes debe darse en préstamo ese dinero ajeno, ellos tienen el poder enorme que les da el hecho de ser los que proporcionan dinero a las empresas y a las personas que lo necesitan.

Desde el siglo pasado, cuando empezó la formación de bancos en la América Latina, la banca fue un eslabón de la cadena oligárquica que conectaba por un lado con los dueños de los latifundios y por el otro con el comercio exportador-importador. Al empezar a establecerse bancos extranjeros su función era financiar el comercio de sus países respectivos y prestar dinero a los dueños de tierras que producían para la venta en los países de los cuales procedían esos bancos; a los dueños de colonias de caña en Cuba o Santo Domingo, a los de ganado de carne y lana en Argentina y Uruguay, a los de plantaciones de café en el Brasil. A menudo la producción latifundista es capitalista, como en el caso del azúcar, y entonces los bancos extranjeros financiaban todo el proceso, desde el cultivo hasta la fabricación de azúcar; a menudo tiene un aspecto precapitalista —crianza de ganado de carne y lana y recolección de la lana—, y otro capitalista —semi-industrialización de la carne y lana—, y en este caso los bancos extranjeros financiaban la segunda parte cuando los productos estaban destinados a los países de origen de los bancos.

Así, siempre fue muy estrecha la relación de bancos y latifundistas de la América Latina, pero esa relación se hizo más estrecha a través del comercio exportador-importador, pues a través de la exportación se reciben las divisas, con las cuales operan los bancos.

Por otra parte estos no podrían sostenerse sin los depósitos de las cuentas comerciales, y a medida que el comercio de importación fue ampliándose esos depósitos fueron siendo mayores, y por tanto fueron siendo mayores las cantidades de dinero que los bancos usaban en financiar la producción latifundista.

La posición de la banca latinoamericana —o la extranjera establecida en la América Latina— fue tradicionalmente la de obstaculizar la formación de burguesías nacionales, especialmente en el sector industrial, lo que se explica porque la aparición de industrias latinoamericanas equivalía al desplazamiento de artículos manufacturados de los países imperialistas. Para poder desarrollar su industria, los países de Latinoamérica que habían hecho revoluciones contra sus frentes oligárquicos tuvieron que crear instituciones de crédito que financiaran la formación de industrias, como lo hizo México al establecer la Financiera Nacional o como lo hizo el gobierno de Venezuela en 1946 al fundar la Corporación Venezolana de Fomento con fondos del Estado. El gobierno de José Figueres de 1948 nacionalizó la banca costarricense especialmente para desviar hacia la industria y la agricultura la corriente de créditos, que iba dirigida en su totalidad al comercio importador.

Al quedar convertidos los Estados Unidos en la única fuente de capitales privados y oficiales de la América Latina, los bancos norteamericanos ampliaron sus negocios y muchos pasaron a tener sucursales en nuestros países por vez primera, pero los bancos nacionales pasaron a su vez a disputarse el privilegio de tener cuentas norteamericanas.

La banca de nuestros países fue tradicionalmente un eslabón de la cadena oligárquica, pero lo es mucho más desde que se ha convertido en un agente del imperio-pentagonismo. Así, la mal llamada burguesía financiera latinoamericana, que no

llegó en ningún momento a ser una burguesía independiente, es hoy más que nunca un integrante de los frentes oligárquicos, y tal vez el más adicto de todos al imperio-pentagonismo a causa de su virtual dependencia de la corriente de capitales que fluye desde los Estados Unidos hacia la América Latina. A través de ella sólo pueden recibir fondos los sectores burgueses sometidos a la voluntad norteamericana.

d) Sectores de la pequeña burguesía: La pequeña burguesía es un conjunto de capas que en el orden económico y social se halla situado entre la burguesía y el proletariado. Según el tipo de desarrollo económico de un país dado, puede llegar a desarrollarse mucho en número, aunque la burguesía sea escasa y débil, y es naturalmente una fuente de burgueses debido a que sus miembros tienden a ampliar sus pequeños negocios y a convertirlos en empresas mayores. Si el país donde ellas actúan capitaliza rápidamente y si tiene ciertas facilidades para que una parte de esa capitalización vaya a sus manos, se desarrollan y pasan al nivel de la burguesía. Pero en la América Latina ese proceso se desvía a menudo, como vamos a ver enseguida.

Partiendo desde el proletariado, la pequeña burguesía se descompone en Latinoamérica en tres sectores: la baja, la mediana y la alta.

La baja está compuesta por los dueños de los negocios independientes más pobres, como comercios de barrios y de campos con muy poco capital invertido en artículos; talleres donde trabajan el padre y uno o dos hijos, ventas ambulantes, y, en los casos de propietarios campesinos, tierras que dan para mantener a la familia y ahorrar una corta cantidad de dinero. En esta baja pequeña burguesía hay siempre un número de miembros a quienes les va mal y viven bajo la amenaza de ser lanzados al nivel del proletariado o incluso al de los desempleados permanentes y subempleados. Una cantidad de

bajos pequeños burgueses tiene que hacer trabajos no fijos por los que cobra jornales, y esos son semiproletarios. Pero en conjunto, la baja pequeña burguesía, como la mediana y la alta, aspiran a ascender económicamente para situarse en el nivel de la burguesía, aunque en la mediana y en la alta hay notables desviaciones, como veremos dentro de poco. En su primer estrato —la baja—, la aspiración es pasar al segundo, o sea a la mediana.

La mediana pequeña burguesía está compuesta por gentes que tienen, como lo indica su denominación, un mediano pasar; comercios con algo más de capital, pero no importantes; talleres de diversos tipos con algunos obreros y uno o dos aprendices, profesionales medianos, empleados públicos y privados, oficiales de teniente a capitán en los ejércitos y los servicios policiales, campesinos con cierta estabilidad económica, sacerdotes, intelectuales y artistas que trabajan en empresas de radio, televisión, periódicos. La mediana pequeña burguesía es generalmente menos numerosa que la baja, y en ella hay un sector que se acerca mucho a la baja y otro que se acerca a la alta. Por su posición, tiende a contagiarse con los hábitos de esta última y a considerar al sector de la baja como a gente inferior.

La alta pequeña burguesía está compuesta por funcionarios públicos y militares de categoría, por profesionales que reciben buenos sueldos, por dueños de comercios medianos, de talleres que tienen de cuatro a cinco operarios, por dueños de una, o dos o tres casas de alquiler, por campesinos que viven de sus tierras con algún desahogo y usan trabajo asalariado de cuatro o cinco personas y en tiempos de cosecha de algo más; por empleados de firmas comerciales e industriales y bancarias que se acercan al rango de administradores.

Un sector importante de esta clase trata de vivir en los círculos burgueses, pero otro aspira a vivir en los círculos

oligárquicos y tiene todos los vicios de las oligarquías sin sus medios económicos.

Una parte de la alta pequeña burguesía latinoamericana desdeña a la mediana y desprecia a la baja; se siente dueña de derechos y privilegios especiales; es ostentosa, vive con más lujo del que puede mantener y no somete su conducta a los principios conocidos.

Tanto en la baja como en la mediana como en la alta pequeña burguesía hay sectores revolucionarios, pero son revolucionarios dentro de sus inclinaciones —adquiridas, desde luego— de clase, y aspiran, casi sin darse cuenta, a usar la revolución para ganar prestigio y posiciones de mando, lo que en cierto sentido es un desplazamiento hacia el terreno político de las aspiraciones de ascender en el campo económico y social. Debido a que le es muy difícil cambiar sus hábitos de pensar y actuar, la pequeña burguesía de inclinaciones revolucionarias lleva a la lucha política esos hábitos, sus tendencias a competir con los demás por una posición, a usar el chisme y la calumnia para desplazar a sus competidores y a dividir a las organizaciones en grupos para pasar a dirigir esos grupos.

Los pequeños burgueses revolucionarios prefieren ser cabezas de ratones a colas de leones o aspiran a ser más radicales que nadie.

Una parte de la pequeña burguesía es revolucionaria, pero dentro del campo capitalista, quiere reformas para que éstas faciliten su paso hacia la sociedad burguesa.

Pero otra parte es reaccionaria y maquina, lucha, trabaja y conspira en favor de los frentes oligárquicos, porque las oligarquías son al mismo tiempo el modelo que la atrae y el campo de negocios donde con mayor rapidez y facilidad puede hacerse de poder y de dinero. Esta parte de la pequeña burguesía es la más activa y agresiva en la organización de golpes de Estado en favor de las oligarquías, lo que se explica

porque procede de los mismos sectores que la oficialidad militar; y como dentro de los frentes oligárquicos su mayor admiración es para el imperio-pentagonismo, al que considera lo más rico y lo más poderoso del mundo, a fin de cuentas resulta ser el mejor instrumento que tienen los imperio-pentagonistas para actuar como elemento decisivo en las horas de crisis latinoamericanas.

Ha sido muy raro que de la alta pequeña burguesía de la América Latina hayan salido líderes reformistas o socialistas; con mayor frecuencia esos líderes han surgido de la mediana y la pequeña. La mayoría de los líderes de partidos destinados a hacer la revolución burguesa han procedido de estos dos estratos de la pequeña burguesía.

En cuanto a la baja pequeña burguesía, el peligro de descender hacia el nivel del proletariado o aun al de los desocupados —esa enorme muchedumbre de desempleados y subempleados que hay en la América Latina— provoca en una parte de sus miembros la necesidad de impedirlo por cualquier medio, razón por la cual se prestan a toda clase de inmoralidades, a ser espías y asesinos a sueldo; pero provoca a otra parte a tomar posiciones completamente opuestas y a cerrar filas en las organizaciones revolucionarias, que lo mismo pueden ser revolucionarias para hacer la revolución burguesa que para hacer la revolución socialista.

En resumen, la pequeña burguesía latinoamericana es, en sus tres niveles, un semillero de partidarios de la oligarquía, de la burguesía y de la revolución.

¿De dónde procede el poder que tiene la pequeña burguesía partidaria de los frentes oligárquicos?

En el sector burocrático, o sea, de empleados públicos y de empresas privadas, procede de que maneja la administración del Estado y de las empresas, y lo mismo puede dar facilidades que ser un obstáculo para que progrese o se retrase un

plan o una solicitud. En la América Latina hay países donde fracasa cualquiera gestión dentro de los canales del Gobierno si no se les da dinero a los burócratas, y hay otros donde los jueces, o algunos de ellos, venden las sentencias al litigante que pague más.

En cuanto a los intelectuales pro-oligárquicos de la pequeña burguesía, su poder reside en que escriben en periódicos y revistas, hablan por radio y se presentan en televisión para deformar la verdad en favor de los frentes oligárquicos.

En lo que respecta a la pequeña burguesía militar, a la cual pertenece la mayoría de los oficiales, ésa tiene en sus manos el mayor poder público, que es el de las armas. Con su capacidad para matar, y su inclinación para servir a la oligarquía, sus miembros son los que ejecutan las órdenes de destruir todo intento de reformas burguesas.

e) El imperio-pentagonismo: Desde que empezaron las luchas abiertas de los grupos burgueses contra las oligarquías, el integrante más poderoso de estas últimas ha sido el imperialismo, hoy sustituido por el pentagonismo. Es más, los frentes oligárquicos latinoamericanos no podrían sostenerse en el poder si estuvieran formados solamente por sus componentes nacionales, y hay por lo menos seis pruebas rotundas de esta afirmación:

La Revolución Mexicana de 1910-1920, que primero derrotó y luego destruyó el frente oligárquico mexicano; la venezolana de 1945, que derrotó fácilmente al frente oligárquico de aquel país y ocupó el poder durante tres años; la costarricense de 1948, que derrotó con las armas al frente oligárquico en dos meses de guerra y ya en el poder lo desarticuló, aunque no lo destruyó, a través de la nacionalización de la banca; la revolución boliviana de 1952, que destruyó en dos o tres días el poder armado de la oligarquía, nacionalizó las minas, distribuyó los latifundios y se mantuvo en el poder doce años;

la Revolución Cubana de 1959, que derrotó a la oligarquía en dos años de lucha y se declaró socialista en 1961, y la revolución dominicana de 1965, que en 48 horas de combate desmanteló las fuerzas militares oligárquicas.

Esas revoluciones triunfaron porque el imperialismo norteamericano no actuó, actuó en forma inadecuada o se abstuvo de actuar por razones políticas: algunas fueron sacadas del poder o aplastadas después de haber triunfado.

El gobierno de Wilson envió a México tropas para aplastar la revolución, y no logró su propósito debido a la resistencia que encontró entre los mexicanos; se conoce, sin embargo, ampliamente, la intervención que tuvo en la muerte del presidente Madero el representante diplomático norteamericano en México.

En las revoluciones de Venezuela y Costa Rica el imperialismo resolvió no actuar contra los revolucionarios debido a que los partidos comunistas de Venezuela y Costa Rica se hallaban al lado de los regímenes oligárquicos.

En el caso de la revolución boliviana, el frente oligárquico de ese país estaba en 1952 encadenado a intereses europeos más que a intereses norteamericanos, razón por la cual los Estados Unidos no creyeron conveniente intervenir a tiempo para salvar a la oligarquía minera, latifundista, bancaria y comercial de Bolivia. En cuanto a la Revolución Cubana, ésta fue atacada militarmente como sabe todo el mundo, en abril de 1961, mediante una expedición de 1,200 hombres organizados, armados y dirigidos por el gobierno de los Estados Unidos. En ese momento el presidente de Norteamérica era John F. Kennedy, partidario declarado de la burguesía latinoamericana y de la aniquilación de las oligarquías, que fue, sin embargo, arrastrado por los centros de poder de su país a luchar en Cuba a favor de la oligarquía. En la expedición de Bahía de Cochinos o Playa Girón tomaron parte 67

propietarios de casas, 126 latifundistas y 112 comerciantes exportadores-importadores; entre las propiedades que pretendían recuperar los expedicionarios había 371 mil 930 hectáreas, 9 mil 666 casas, 3 bancos, 5 minas y 12 cabarets (Julien, *L'Empire American, op. cit.* p.364). No puede haber una descripción más elocuente del peso que tenían los miembros de la oligarquía cubana en esa expedición. Por último, como también es generalmente sabido, la revolución dominicana de abril de 1965 fue aplastada por una masiva intervención militar norteamericana cuando los Estados Unidos se hicieron cargo de que el poder militar de la oligarquía de ese país antillano había sido destruido por una alianza de fuerzas revolucionarias populares y militares.

Todas esas revoluciones fueron burguesas, y a excepción de la de Cuba, ninguna tuvo tendencias socialistas. ¿Por qué quiso aplastarlas el imperialismo norteamericano, salvo en el caso de Venezuela y Costa Rica, ya explicado? Porque entre burguesías y frentes oligárquicos de la América Latina, el imperialismo está del lado de los últimos, y dentro de estos es el integrante con más poder.

La propaganda marxista, que durante años y años ha estado asegurando que la burguesía latinoamericana es una aliada del imperialismo, no ha sido, pues, correcta.

El imperialismo se opone a las burguesías de la América Latina, excepto cuando ha tomado su lado por miedo al comunismo, como sucedió en Venezuela y en Costa Rica, y ha penetrado y sometido a las burguesías en aquellos países donde ésta había destruido ya a la oligarquía, como en el caso de México.

Si el imperialismo hubiera sido un aliado de las burguesías de la América Latina habría colaborado con éstas para ayudarlas a sostener el régimen democrático, que es la expresión política de la burguesía; las habría ayudado a realizar las reformas

antioligárquicas y a establecer la estabilidad democrática, y lo que ha hecho es todo lo contrario.

Los Estados Unidos ponen todo su poder a la orden de los intereses norteamericanos en la América Latina, y como estos integran los frentes oligárquicos, ese poder queda traspasado a los frentes. Por esa razón en su lucha contra los grupos burgueses, los frentes oligárquicos latinoamericanos pueden sostenerse gracias al apoyo norteamericano. En términos económicos, los intereses imperio-pentagonistas en la América Latina eran, al terminar el año 1968, los siguientes: generan una tercera parte de las exportaciones latinoamericanas y una décima parte (8 mil millones de dólares) del producto bruto; pagan una quinta parte de los impuestos y proporcionan 1 millón 500 mil empleos (Ver "Ex-US Delegate to OAS Fears Climate of Revelation", in *International Herald Tribune*, Paris, Tuesday, April 21, 1969, p.4, cols.7-8).

¿Cómo se explica que los Estados Unidos participen en los frentes oligárquicos de la América Latina en vez de colocarse al lado de los grupos burgueses, como pudiera parecer más natural?

Se explica por varias razones. Una de ellas es histórica, y fue expuesta ya en este trabajo, y de acuerdo con esa exposición, a la hora de iniciarse la penetración norteamericana en la América Latina ya estaban formados los frentes oligárquicos nacionales, de manera que los intereses imperialistas hallaron útil para sus fines asociarse con ellos; otra es que el tardío desarrollo de los grupos burgueses latinoamericanos y su debilidad económica y numérica los forzó desde el primer momento a plegarse a las empresas de los Estados Unidos que pasaron a operar en nuestros países; tuvieron que darles participación en sus negocios, se convirtieron en tributarios del imperialismo y éste pasó a verlos y a tratarlos desde entonces, como sus apéndices, no como sus aliados; en pocas palabras,

se habituó a usarlos, no a respetarlos. Otra razón es que el poder político de la América Latina era generalmente oligárquico, no burgués, y el imperialismo necesitaba medidas de gobierno favorables a sus planes, y halló que esos gobiernos oligárquicos eran dóciles, por lo que decidió darles su apoyo.

En el caso en que por razones políticas tuvo que apoyar gobiernos antioligárquicos, como en Venezuela (1945) y Costa Rica (1948), las empresas imperialistas tuvieron que aceptar cambios costosos en las cuantías de los impuestos que habían estado pagando, experiencia que no estaban dispuestas a repetir en otros países.

En un caso se vieron forzados a aceptar por razones políticas la nacionalización de sus valiosos intereses petroleros, hecha por un gobierno burgués latinoamericano, el de México del general Lázaro Cárdenas.

Por otra parte la formación de burguesías latinoamericanas en cualquiera de sus manifestaciones —industriales, financieras, agrícolas, comerciales— equivaldría a la formación de competidores de las empresas imperialistas, y éstas no están dispuestas a tolerar competencia de ninguna clase.

Precisamente, la aguda competencia que hay dentro de los Estados Unidos y la escasa que hallan en la América Latina es una de las causas por las cuales las empresas imperialistas van a establecerse en nuestros países.

El poder de una empresa norteamericana en los Estados Unidos está disminuido en la misma proporción en que se encuentran divididos allí los centros de poder; así, para vencer a un competidor en su país, una firma norteamericana necesita la ayuda de congresistas, periódicos, funcionarios públicos y a menudo hasta la del poder ejecutivo, mientras que en la América Latina los embajadores norteamericanos tienen que ponerse a su disposición para reclamar a gobiernos débiles lo que ellas pidan. La existencia de gobiernos burgueses en la

América Latina significaría que los poderes de nuestros países estarían al servicio de sus burguesías nacionales, no al de las empresas imperialistas, lo que sería en fin de cuentas una repetición en la América Latina de la situación general de competencia que hallan esas empresas en los Estados Unidos.

En términos psicológicos, los empresarios imperialistas actúan en la América Latina como si ésta fuera su propiedad, donde sólo ellos tienen derechos de explotación, y los nacionales de la burguesía unos intrusos que han llegado a disputarles sus derechos.

Ahora bien, ¿de dónde surge el poder del imperialismo?

Surge del hecho de que tiene detrás de él, apoyándolo en todo, al gobierno de los Estados Unidos, que es el más fuerte del mundo en el orden económico y militar; y ese gobierno utiliza su poder para respaldar a los capitalistas norteamericanos donde quiera que estén, pero especialmente en la América Latina.

Las embajadas de los Estados Unidos en nuestros países son agencias del gobierno norteamericano para reclamar a los gobiernos de nuestros países facilidades para las empresas norteamericanas, y si un gobierno se niega a dar esas facilidades queda declarado como gobierno no amigo de los Estados Unidos, se le acusa en la prensa norteamericana de comunista o procomunista y se le derroca por medio de un golpe de Estado.

Esto se logra con facilidad dado que los ejércitos de los países latinoamericanos se hallan bajo el control de las misiones militares norteamericanas, y dado que el ambiente público para el derrocamiento se forma a través de los círculos de la pequeña burguesía que son integrantes del frente oligárquico.

Casi siempre las débiles burguesías son arrasadas a participar en la formación de ese ambiente público favorable al golpe, o por lo menos a no oponerse a él.

Cuando la oligarquía de un país está en peligro de ser destruida, los Estados Unidos llegan al extremo de utilizar su poderío militar para evitarlo; a veces ese poderío se usa ocultamente, o con pretensiones de ocultarlo, como sucedió en Guatemala en 1954 y en Cuba en 1961; a veces se usa abiertamente, como sucedió en México durante la revolución de 1910-1920, y en la República Dominicana en 1965.

El gran poder norteamericano ha quedado aumentado al crearse medios de presión económica como la AID, el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Mundial, a través de los cuales se asegura la sumisión de los gobiernos latinoamericanos a los frentes oligárquicos. Los cuerpos de paz, las llamadas oficinas de desarrollo de la comunidad y los consejeros técnicos civiles y militares son también medios de sometimiento de los gobiernos, y lo es la Organización de Estados Americanos (OEA), la que en ciertos momentos se ve forzada a aceptar hechos consumados y a participar en ellos, como sucedió en la invasión militar norteamericana de la República Dominicana en 1965.

Todo ese gran poderío, el mayor del mundo, es transferido a los frentes oligárquicos de la América Latina, puesto que se usa para defenderlos, para evitar su destrucción y para fortalecerlos. Así, el poder de los frentes oligárquicos equivale al poder de los Estados Unidos.

Debido a su debilidad económica, social y política, la burguesía latinoamericana se deja arrastrar por los frentes oligárquicos, pero especialmente por el integrante más poderoso de esos frentes, que es el imperio-pentagonismo, lo que se explica entre otras cosas porque éste es la mayor fuente de capitales en países donde el ahorro es muy pequeño. Por eso se ve con tanta frecuencia a sectores burgueses de la América Latina participar junto a las oligarquías en actividades conspirativas y de propaganda destinadas a derrocar gobiernos

reformistas de ideología burguesa que son acusados desde los Estados Unidos de ser comunistas o pro-comunistas. Al servir a los fines norteamericanos, esos sectores se ponen, sin darse cuenta, al servicio de los frentes oligárquicos y contra sus propios intereses. Esto no significa, sin embargo, que las débiles burguesías latinoamericanas estén situadas políticamente en la extrema derecha. Hay sectores que lo están porque su debilidad económica, social y política las lleva a confundirse y a ser vacilantes. Pero hay sectores que tienen conciencia o instinto de cuál debe ser su posición. Una parte de la burguesía cubana, quizá mayoritaria, ayudó a Fidel Castro mientras éste se hallaba en la Sierra Maestra; una parte de la muy poco numerosa burguesía dominicana estuvo luchando junto con Caamaño en las filas de la revolución dominicana de 1965 frente a la oligarquía, primero, y a los invasores norteamericanos después.

Fracaso de los frentes oligárquicos

Los datos que aparecen en este trabajo, extraídos de publicaciones hechas por instituciones oficiales latinoamericanas, demuestran sin ninguna duda que el sistema económico y social en que vive la América Latina ha fracasado y no puede ofrecer a sus pueblos ni estabilidad ni progreso ni libertad ni justicia. Es más, no puede dar ni siquiera trabajo a todos los adultos, y ni aún a la mayoría de los adultos latinoamericanos, aunque se tratara de trabajo escasamente pagado.

¿A qué se debe el fracaso?

A que la América Latina vive desde hace largo tiempo dominada económica, social y políticamente por frentes oligárquicos, y estos son incapaces, por su propia naturaleza, de dirigir y realizar cualquier tipo de desarrollo. La posición de cada una de las clases y de cada uno de los sectores latinoamericanos que forman los frentes oligárquicos

en el campo social y su tipo de relación con los medios de producción corresponden a épocas totalmente superadas por la economía y la sociedad moderna. La única de las fuerzas de esos frentes que por razones de su capacidad técnica y de su poder económico podría dirigir y realizar el desarrollo de la América Latina es el imperio-pentagonismo, pero sucede que éste va a América Latina precisamente para actuar sin las limitaciones que le impone el tipo moderno de sociedad que hay en los Estados Unidos. El imperio-pentagonismo va a la América Latina para poner en práctica allí los métodos de explotación que se aplicaban en los Estados Unidos antes del *New-Deal* o Nuevo Trato de Franklyn Delano Roosevelt, no para reproducir los que se aplican hoy en su propio país. El imperio-pentagonismo edifica en la América Latina fábricas modernas, pero mantiene en el orden social y político un tipo de organización atrasada, con el cual no hay riesgo de que acaben poniéndose en función en esos países los mismos frenos que funcionan en los Estados Unidos.

El fracaso de los frentes oligárquicos latinoamericanos es de tal naturaleza que ha terminado por hacer fracasar también al sector norteamericano que forma parte de ellos. Esto fue reconocido por el presidente Nixon, como se dice en este trabajo, al declarar que la alianza para el Progreso no había conseguido mejorar la situación de la América Latina.

Efectivamente, la Alianza para el Progreso no ha podido favorecer el desarrollo latinoamericano, lo que se explica porque fue concebida para ayudar al desarrollo de una sociedad burguesa atrasada o en crisis, y resulta que la América Latina no es una sociedad burguesa sino oligárquica; por otra parte, el imperio-pentagonismo, que es un integrante de la oligarquía, desvía los fondos de la Alianza en provecho suyo y de sus compañeros de los frentes oligárquicos.

El fracaso de la Alianza ha sido de carácter económico y político, pero la intervención armada de 1965 en la República Dominicana fue la expresión de un fracaso político total. Desde el año 1934, cuando abandonó la política de intervenciones militares, el imperialismo norteamericano había realizado intervenciones ocultas, en las que el gobierno de los Estados Unidos tenía el cuidado de no comprometerse públicamente y sobre todo el de no usar sus fuerzas militares, pues necesitaba mantener a los ojos del mundo la idea de que sus relaciones con la América Latina eran honorables, las de un país que respetaba la soberanía de los demás países del Hemisferio Occidental y respetaba sus trabajos y sus compromisos internacionales.

Pero esa política se derrumbó en abril de 1965, cuando todo el aparato gubernamental norteamericano, encabezado por el presidente Johnson, por el Consejo Nacional de Seguridad, el Departamento de Estado, la Secretaría de Defensa, el embajador ante las Naciones Unidas, la Cámara de Representantes y muchos senadores así como la maquinaria de propaganda oficial, fue dedicado al lanzamiento del poderío militar de la nación sobre la pequeña República Dominicana.

El fracaso completo de una larga política interamericana condujo a Estados Unidos a usar su poderío armado en Santo Domingo.

Ese fracaso era inevitable, puesto que es imposible mantener funcionando una contradicción tan patente como la que hay en un sistema capitalista manipulado políticamente por frentes oligárquicos.

El capitalismo es una empresa de la burguesía, y si no es así, fracasa. Se equivocan aquellos que tienen siquiera la más remota esperanza de que los frentes oligárquicos pueden resolver los problemas latinoamericanos.

El sistema está herido de muerte porque la contradicción que hay en su seno acabará matándolo.

Ya están a la vista de todos los que tienen ojos para ver los síntomas de la destrucción de los frentes oligárquicos de la América Latina.

Esos síntomas son la revolución de Cuba, la rebelión de jerarquías y sacerdocio de la Iglesia Católica y la Rebelión de los militares del Perú. En cuanto a la primera, sólo causas de carácter excepcional, que deben calificarse —y son— como fuerzas históricas en acción, pueden explicar un hecho así, producido en una dependencia económica, social y política de los Estados Unidos, situada a sólo noventa millas de las costas de la Florida; en cuanto al caso de la Iglesia y de los militares del Perú, no puede haber duda de que se trata de roturas de los frentes oligárquicos.

La rebelión de la Iglesia

Si este trabajo hubiera sido escrito antes de 1966, la Iglesia Católica habría figurado en la lista de los componentes de los frentes oligárquicos latinoamericanos. Pero a partir de la muerte del padre Camilo Torres, ocurrida en un combate de soldados contra guerrilleros que tuvo lugar el 15 de febrero de 1966 en el municipio de San Vicente, Colombia, la Iglesia Católica comenzó a adoptar una actitud cada vez más crítica ante las oligarquías de nuestros países.

Las prédicas del obispo Dom Helder Cámara, en el Brasil, seguidas por la Asamblea de Obispos de América celebrada en Medellín, Colombia, en abril de 1968; el “Manifiesto de los Obispos del Tercer Mundo” (ver *El Nacional*, Santo Domingo, 6 de octubre de 1968, p.20 ss), en el que aparecen las firmas de varios obispos latinoamericanos y en el que pueden leerse frases como ésta: “Así evitaremos que algunos confundan a Dios y la religión con los opresores del mundo de los

pobres y de los trabajadores, que son, en efecto, el feudalismo, el capitalismo y el imperialismo”; la declaración de los obispos del Perú, en la que se denunciaron la injusticia y la miseria del país diciendo que esa situación “es la consecuencia de un proceso a escala mundial caracterizado por la concentración del poder económico y político en las manos de muy pocos y por la existencia de un sistema económico imperialista” (ver “Bishops indict rich minority in Peru”, *The Times*, London, January 29, 1969, p.5); la declaración de los obispos argentinos que acusan de pecadores a los que “por egoísmo o insensibilidad erigen o mantienen estructuras opresoras” y proclaman la necesidad de que se inicie “un proceso de liberación donde quiera que haya opresión en los dominios jurídico, político, cultural, económico y social” (ver “Les Evêques ont vivement critiqué la politique économique et sociale du Gouvernement”, Paris, *Le Monde*, 6 de mayo de 1969, p.10); la actitud de varios obispos de la República Dominicana, que se han colocado enérgicamente frente a los latifundistas del país; todo eso indica que la Iglesia Católica ha resuelto no sólo abandonar los frentes oligárquicos latinoamericanos, en los cuales había figurado durante más de un siglo, sino que además ha salido a participar activamente en la tarea de dismantelar esos frentes.

Aunque por razones explicables las declaraciones de los obispos y de las altas personalidades de la Iglesia Católica de la América Latina son las que más se difunden, el movimiento está animado en todas partes por los sacerdotes de más bajo nivel, y entre ellos ocupan un lugar prominente los jesuitas. Uno de estos, el padre y sociólogo argentino Alejandro del Cerro, hablando en un congreso internacional en Quebec, Canadá, dijo que “la violencia es la única solución que la gente puede encontrar cuando el 70 por ciento de sus hijos sufren desnutrición”. El cable de la Associated Press en que se

daba la noticia terminaba diciendo: “Agregó el jesuita que los norteamericanos deben prepararse a ver cómo toda Latinoamérica se convierte en socialista” (ver el recuadro “Violencia”, en *El Nacional*, Santo Domingo, 8 de octubre de 1968, p.11).

Desde antes de terminar el siglo XVIII varios sacerdotes latinoamericanos comenzaron a tomar la delantera en la lucha por la independencia de los países latinoamericanos, y a principios del siglo pasado eran numerosos los que predicaban la necesidad de conquistar la independencia y fueron también muchos los que participaron en las tareas de la independencia, tales como el padre Henríquez, de Chile, y el también padre chileno Cortés Madariaga, cuya actuación fue decisiva en la formación de la junta de gobierno de Caracas en abril de 1810; el padre Hidalgo, iniciador de la guerra independentista de México, y su continuador, el cura Morelos. La actitud de los sacerdotes rebeldes de la América Latina no es, pues, ninguna novedad y no debe disminuirse su tremenda importancia, vista la influencia que ha tenido siempre la Iglesia Católica sobre las masas de nuestros países.

El golpe militar del Perú, 1968

Desde el punto de vista de la composición de las fuerzas oligárquicas, ninguna de las nacionales es más importante que el poder militar, pues los ejércitos han sido la base nacional de cada frente oligárquico.

Desde que el imperialismo tomó el control de los ejércitos latinoamericanos por medio de las misiones militares norteamericanas, de las ayudas en equipos, de la educación en Estados Unidos y Panamá y del adoctrinamiento político, las fuerzas armadas de la América Latina han reforzado el poder de los frentes oligárquicos. Puede medirse la frecuencia con que esas fuerzas armadas han derrotado gobiernos democráticos si se

toma en cuenta que sólo en los años de la Alianza para el Progreso —1962 en adelante— ha habido 16 golpes de Estado en la América Latina, es decir, a razón de dos por año. Catorce de ellos se dieron bajo el pretexto de que los gobiernos derrocados eran comunistas o pro-comunistas.

Sin embargo el golpe número 15 no siguió el patrón establecido. Ese patrón seguía unas líneas ya tradicionales: declaración de fe anticomunista y de sentimientos “pro-occidentales, al lado del mundo libre”; medidas para perseguir a demócratas y comunistas, disolución de partidos políticos de tendencias burguesas. Al derrocar al gobierno de Belaúnde Terry en el Perú, los autores del golpe número 15 no hicieron nada parecido, al contrario, declararon nacionalizada la empresa petrolera norteamericana International Petroleum Company y tomaron medidas para limitar el capital extranjero invertido en la banca del país; después pasaron a establecer relaciones diplomáticas y comerciales con la Unión Soviética y con otros países socialistas. El golpe peruano de 1968 fue, pues, un golpe dado al frente oligárquico. Con él quedó roto el esquema tradicional del papel que habían venido jugando los ejércitos latinoamericanos dentro de los frentes oligárquicos.

¿Por qué actuó así el ejército del Perú?

Porque a pesar de que se ha dicho sostenidamente que las fuerzas armadas de nuestros países forman una casta militar de origen oligárquico, la verdad es que desde hace años las fuerzas armadas han pasado a ser canales de ascenso social para la pequeña burguesía, y para 1968 eran mayoría los oficiales latinoamericanos que procedían de la pequeña burguesía, a menudo de su nivel más bajo. Ahora bien, como se explicó ya en este trabajo, en la pequeña burguesía hay hombres con sentimientos revolucionarios, unos de tendencia burguesa y otros de tendencia socialista. Por otra parte, el hecho de que las oligarquías impidan el desarrollo de las

burguesías latinoamericanas se traduce en una radicalización de la baja —y parte de la mediana— pequeña burguesía, puesto que éstas ven cerrado por la parte más alta su canal de ascenso hacia la burguesía. En ocasiones esa radicalización se produce dentro del campo de la revolución burguesa, y determina a actuar a aquellos que tienen alguna forma de poder. Los militares peruanos estaban en ese caso y actuaron. Al hacerlo iniciaron la rebelión militar contra los frentes oligárquicos de la América Latina.

La actitud de obispos y sacerdotes católicos y el golpe de 1968 en el Perú son señales de que la América Latina ha entrado en una nueva etapa histórica. Para precipitarla y darle sentido social hay que organizar todas las fuerzas revolucionarias del Continente a fin de establecer la Dictadura con Respaldo Popular, el régimen que se encargará de dismantelar definitivamente a los frentes oligárquicos de nuestros países.

¿Qué será la Dictadura con Respaldo Popular?

La Dictadura con Respaldo Popular será un nuevo tipo de Estado que se dedicará a:

1° garantizar trabajo, salud y educación a todos aquellos que actualmente no disfruten de esos atributos;

2° garantizar absolutamente todas las libertades fundamentales del ser humano; la supresión del hambre y sus funestas consecuencias sociales; de la explotación de unos hombres por otros que tienen el dominio de los bienes de producción; del terror gubernamental, policial o de otra índole;

3° garantizar la verdadera igualdad de todos los ciudadanos, no sólo ante las leyes del Estado sino también ante aquellas que no están escritas y sin embargo mantienen divididos a los seres humanos por razones de raza, religión, estado social, cultura y sexo, y las que lanzan a luchar a unos contra

otros para arrebatar, o no dejarse arrebatar, la comida, la posición y los derechos.

La Dictadura con Respaldo Popular no será la llamada democracia representativa, sistema político propio de la sociedad burguesa, que ha venido fracasando en la América Latina durante más de siglo y medio. No lo será, porque la democracia representativa, en el mejor de los casos, no puede garantizar trabajo, salud y cultura para todo el mundo; no puede garantizar las libertades fundamentales del ser humano y no puede garantizar su verdadera igualdad, dado que se trata de un sistema político y social fundamentalmente injusto, que se organiza y se sostiene sobre el principio de que hay hombres con derecho a explotar a otros y los hay con el deber de dejarse explotar.

A fin de asegurar no sólo el respeto a las libertades de todos, sino también los derechos de cada uno y los de cada clase o sector social a disfrutar, en condiciones de igualdad con todos los demás, de los beneficios que pueda proporcionar la sociedad, en el gobierno de la Dictadura con Respaldo Popular estarán representados, a través de las personas que ellas escojan libremente, todas las organizaciones del pueblo, las políticas, las sindicales, las económicas, las culturales, las científicas, las religiosas, las deportivas, el ejército, la policía, los empleados públicos y cualquier otra organización de cualquier índole. Los representantes de esas organizaciones actuarán al nivel de todos los órganos del Estado, desde las aldeas o secciones campesinas, los barrios de las ciudades, las provincias o estados, hasta el gobierno nacional, y en ninguno de esos niveles podrá tomarse medidas que no sean aprobadas libremente por la mayoría de esos representantes.

Para establecer un Estado que pueda llevar a cabo los fines que se propone, la Dictadura con Respaldo Popular comenzará por afirmar la plena independencia del país, y

por tanto tomará las medidas que sean necesarias a fin de cortar toda influencia extranjera que se ejerza sobre instituciones, empresas o personas, venga de donde viniere y sea cuál sea su ideología.

Con el propósito de dismantelar el frente oligárquico la Dictadura con Respaldo Popular procederá en primer lugar a nacionalizar las empresas que pertenezcan a extranjeros, o la parte que puedan tener firmas extranjeras en empresas nacionales, y procederá a pagarlas con un tanto por ciento de los beneficios que den esas empresas o partes de empresas; pero no nacionalizará viviendas personales ni explotaciones agrícolas o establecimientos de otra índole pequeños que pertenezcan a extranjeros ni permitirá que ningún extranjero sea perseguido por el hecho de serlo; procederá también a nacionalizar los latifundios nacionales, y compensará adecuadamente a aquellos de sus propietarios que hayan luchado en favor del establecimiento del nuevo régimen. Los latifundios serán declarados propiedades sociales y serán entregados a los campesinos para que los trabajen bajo el sistema de cooperativas; procederá asimismo a nacionalizar la banca, que seguirá siendo administrada por los que trabajen en ella, pero declarada propiedad social; y procederá a nacionalizar el comercio exportador-importador, cuya administración quedará en manos de los empleados y obreros que los están sirviendo en el momento en que se implante el nuevo régimen político, pero bajo la supervisión del Estado y con la participación de éste en los beneficios. En los casos de la banca, del comercio exportador y de otras empresas, se compensará también adecuadamente a los propietarios nacionales o extranjeros que hayan luchado en favor del establecimiento de la Dictadura con Respaldo Popular.

La Dictadura con Respaldo Popular no será un régimen antiburgués, y por lo mismo sólo podrá nacionalizar

las empresas de aquellos burgueses nacionales que se opongan a su implantación o que después de establecida actúen para derrocarla; pero tampoco establecerá una sociedad burguesa, y por esa razón tomará medidas para impedir que las empresas burguesas sean ampliadas en número o en poder político y social. A nadie se le confiscarán sus capitales, pero su inversión será regulada por la ley.

Todos los propietarios de empresas burguesas, sean campesinas o urbanas, agrícolas, ganaderas, industriales o comerciales —con la excepción de las de importación y exportación— podrán seguir al frente de ellas, en asociación con sus trabajadores y con el Estado, sin temor alguno de que sean perseguidos económica, política o socialmente, y sus organizaciones tendrán representación en el Estado como cualquiera otra organización.

Las propiedades agrícolas o urbanas de la pequeña burguesía serán escrupulosamente respetadas hasta el límite en que sus beneficios no se obtengan a base de la explotación del trabajo ajeno. Los campesinos dueños de propiedades pequeñas y medianas recibirán todos los beneficios que puedan proporcionar las cooperativas campesinas, pero sólo en el caso de que deseen asociarse a las cooperativas por su propia voluntad, pues la ley no podrá obligar a nadie a participar en las cooperativas campesinas o urbanas si no lo desea.

Toda empresa que funde el Estado será propiedad social, administrada por los que trabajen en ella.

La Dictadura con Respaldo Popular respetará en sus cargos a los empleados públicos que no conspiren o actúen contra ella, y en este último caso, como en todos los de este tipo que se presenten las acusaciones de conspiración o actuación contra el nuevo régimen tendrán que ser probadas en juicio público, pues todos los ciudadanos deberán vivir libres del miedo de ser perseguidos injustamente.

La Dictadura con Respaldo Popular procederá a garantizar a todos los niños y jóvenes la educación totalmente gratuita, incluyendo en este concepto libros, material escolar, transporte, atención médica y medicinas y alimentación, y organizará escuelas de todos los tipos para los adultos que deben aprender cualquier oficio y cualquier carrera, o para aquellos que desean ampliar sus conocimientos.

La Dictadura con Respaldo Popular establecerá como derechos fundamentales, el de los campesinos a la tierra, el de todos los hombres y mujeres al trabajo, el de todos los niños y jóvenes a la educación, el de todo el pueblo a la salud, a la igualdad, y a que se respeten integralmente su libertad, su dignidad y los atributos de la personalidad humana de cada ciudadano.

Los mandos de las Fuerzas Armadas y los cuerpos policiales serán confiados a aquellos de sus miembros, sean oficiales, sargentos, cabos o rasos, que hayan dado pruebas de que defienden y hacen respetar los principios de la Dictadura con Respaldo Popular.

No se perseguirá en ninguna forma a las personas que hayan sido adictas a los frentes oligárquicos, a menos que actúen contra la Dictadura con Respaldo Popular en el proceso de la toma del poder por el nuevo régimen o después de establecido.

Las leyes que deberán regular el funcionamiento de la Dictadura con Respaldo Popular serán elaboradas por el pueblo, a través de todas las organizaciones, mediante decisiones tomadas libre y democráticamente.

¿Con quiénes debe contarse?

La Dictadura con Respaldo Popular es un régimen llamado a beneficiar a casi toda la población, pero no toda va a luchar por ella. Habrá algún miembro de la oligarquía que lo haga, habrá burgueses que lo hagan también, porque en todas las

clases sociales aparecen hombres y mujeres dispuestos a sacrificar sus privilegios en favor del bien de todos, pero debe esperarse que la oligarquía y la burguesía combatan la idea de la Dictadura con Respaldo Popular; los primeros, porque se trata de una revolución antioligárquica, y los segundos, porque la propaganda norteamericana los ha convencido de que cualquier cambio que se haga en nuestros países será en perjuicio suyo.

Puede darse por descontado que en la pequeña burguesía, una parte del sector alto se opondrá a la Dictadura con Respaldo Popular con más vigor todavía que la burguesía, pues a ello la llevará su inclinación a insertarse en el mundo de la oligarquía. Pero no puede decirse lo mismo de la mediana pequeña burguesía; en ese estrato la idea de la Dictadura con Respaldo Popular hallará numerosos defensores y algunos activistas, especialmente en el campo de los intelectuales, los artistas y los profesionales.

El número de los defensores y los activistas será mayor aún entre los pequeños burgueses del sector bajo, especialmente del que se halla lindando con el proletariado, que es donde están situados los que podemos calificar como el alto semiproletariado, pues hay otro semiproletariado, al que podríamos llamar bajo, que está situado entre los obreros y los desempleados. El ala de la baja pequeña burguesía que ha renunciado a la ilusión de pasar a la mediana y a la alta, que se ha desengañado de la llamada democracia representativa, será partidaria de la Dictadura con Respaldo Popular.

Tanto en la mediana como en la baja pequeña burguesía se hallarán también enemigos irreconciliables de la Dictadura con Respaldo Popular, y probablemente en mayor número, relativamente, que en la alta. Hay que tener en cuenta que, como se dijo arriba, la pequeña burguesía quiere reformas que faciliten su paso hacia la sociedad burguesa, y que en ella hay

una parte reaccionaria que maquina, lucha, trabaja y conspira en favor de los frentes oligárquicos porque las oligarquías son al mismo tiempo el modelo que la atrae y el campo de negocios donde con mayor rapidez y facilidad puede hacerse de poder y de dinero; hay que recordar también lo que se dijo de una parte de la baja pequeña burguesía que para evitar caer al nivel del proletariado y aun al de los desocupados y subempleados se presta a toda clase de inmoralidades, a ser espías y asesinos a sueldo. Así, pues, los activistas de la Dictadura con Respaldo Popular que procedan de la pequeña burguesía, que no sean conocidos como revolucionarios honestos, tienen que ser sometidos a un proceso de educación revolucionario metódico, libre de prejuicios, pero encaminado a hacer de cada uno de ellos un hombre y una mujer conscientes de cuáles son sus vicios de clase y cómo debe despojarse de ellos para servir mejor al Pueblo. De todos modos, en la República Dominicana, que es el país de América Latina al cual va destinado este trabajo, se conocen en sentido general todos aquellos que tienen voluntad de cambios revolucionarios y decisión para ejecutarlos, y la obra de educarlos para que superen sus vicios de clase no será una tarea difícil; tal vez lo sea más en otros países de mayor población que no se encuentran en medio de un proceso de agitación como el que viene atravesando Santo Domingo desde 1961.

Toda la clase obrera será beneficiada en conjunto por la Dictadura con Respaldo Popular porque en el caso de las empresas privadas pasará a ser asociada, lo que le proporcionará seguridad. Es probable que entre los trabajadores haya varios, y tal vez muchos, indiferentes a la hora de luchar por la implantación de la Dictadura con Respaldo Popular, dado que en países donde el desempleo es tan alto, los que reciben un salario y tienen las ventajas de los seguros sociales son en cierto sentido privilegiados, pero probablemente serán muy pocos los que se

opongan a ellas; entre estos se hallarán sin duda los líderes que se encuentran al servicio del imperio-pentagonismo, como asalariados de los agregados, obreros de las embajadas norteamericanas y agentes de la American Federation of Labor Congress of Industrial Organization (AFL-CIO).

La Dictadura con Respaldo Popular encontrará partidarios ardientes entre los semiempleados o subempleados del sector bajo, es decir, aquellos que proceden de los sin trabajo o chiriperos y están situados entre estos y los trabajadores. Aunque parezca extraño, en esos dos sectores sociales se forma pequeña burguesía, lo que se explica porque la generalidad no puede aspirar ni siquiera a un puesto de trabajo en una fábrica, dado que las sociedades latinoamericanas no están en capacidad de ofrecer puestos de trabajo a todos los que necesitan trabajar; y en esa situación, miembros de esos sectores buscan medios de vida en actividades personales, como ventas ambulantes y trabajos de artesanía de escaso valor. Lo más lógico es que en esa baja pequeña burguesía que surge de lo más profundo de la porción más oprimida de nuestros países haya algunos que prosperen y otros que no prosperen; los primeros se sentirán naturalmente inclinados hacia los frentes oligárquicos, y también naturalmente deben ser enemigos muy activos de la Dictadura con Respaldo Popular, de manera que sería inútil buscar entre ellos quienes la apoyen; pero los segundos, que son la mayoría, la apoyarán resueltamente.

Todos los campesinos sin tierra, y los que tengan tierra en tan poca cantidad que no les dé para mantener su familia en un nivel decente, así como los trabajadores campesinos que sólo encuentran trabajo en épocas de cosechas, y aun en esas ocasiones son mal pagados, serán partidarios de la Dictadura con Respaldo Popular, ya que ésta les proporcionará a los primeros tierras para ser cultivadas en cooperativas, y a los segundos les ofrecerá la ayuda de las cooperativas y precios

buenos, fijos y beneficiosos para sus productos, y trabajo permanente a los terceros.

Ninguna clase social o sector de clase apoyará la Dictadura con Respaldo Popular con tanto entusiasmo como los desempleados, sin trabajo o chiriperos de las ciudades. En los países de la América Latina, estos son, en verdad, los más explotados de todos los explotados. No son ni siquiera una reserva de mano de obra barata, puesto que bajo el actual sistema económico, social y político, no tienen ni podrán tener esperanzas de mejorar su suerte; no podrán jamás vivir con decencia y seguridad. No habrá nunca suficientes industrias para darles trabajo, ni suficientes tierras para que ellos puedan producir, ni suficientes escuelas y hospitales para ellos y sus hijos, a menos que el sistema actual sea transformado totalmente, tal como lo hará la Dictadura con Respaldo Popular. Poner a producir a esos hombres y mujeres, que son y representan a más de cien millones de seres humanos en la América Latina, significará doblar en poco tiempo la producción de todos o casi todos los artículos de primera necesidad. Esto es absolutamente imposible de lograr ahora, cuando 5 de cada 100 personas toman para sí 30 pesos de cada 100 que producen, pero no lo será cuando la Dictadura con Respaldo Popular implante un sistema en el que de cada 100 pesos producidos se beneficiarán todos por igual.

Por último, la Dictadura con Respaldo Popular encontrará partidarios ardientes entre los jóvenes de las capas de la población que van desde los desempleados o chiriperos hasta la alta pequeña burguesía, sobre todo los estudiantes. En la porción de esa juventud procedente de la pequeña burguesía habrá que prever que además de los vicios de clase se producirán desvíos hacia el aventurerismo y el oportunismo pero también habrá que tener en cuenta que en ella hay abundante material de líderes y decisión de lucha.

La lucha que deberán llevar a cabo nuestros pueblos para transformar de cuajo, real y verdaderamente, las estructuras latinoamericanas será larga y dura, y por esa razón sería locura rechazar cualquier fuerza que contribuya o pueda contribuir en la gran tarea. Es más, en la obra gigantesca que nos espera a todos, el que sume un enemigo a la causa de la Dictadura con Respaldo Popular estará actuando como traidor. Pero también actuará como traidor el que lleve a la lucha por la Dictadura con Respaldo Popular los vicios y las desviaciones que son parte de los hábitos de ciertas clases y sectores sociales, y actuarán con resultados tan malos como la traición los dirigentes que dejen pasar las manifestaciones de esos vicios y esos desvíos sin tratar de enmendarlas.

Principios generales y organización

La implantación de la Dictadura con Respaldo Popular debe ser el resultado de un trabajo metódico, que excluya toda posibilidad de acciones aventuradas, descabelladas y precipitadas, y que asegure la participación del Pueblo en todas las medidas que se tomen a lo largo del proceso de formación de conciencia, de organización y de conquista del poder.

Toda actividad que se realice sin contar con el pueblo, a sus espaldas y sin tomarlo en cuenta por encima de todas las cosas, es profundamente reaccionaria. Cuando a la hora de tomar decisiones se actúa creyendo que el Pueblo desea lo que desea un grupo de dirigentes, se lleva a cabo un acto de suplantación de la masa por los líderes, y esto quiere decir que ese grupo de líderes se considera superior al Pueblo, más inteligente o más autorizado que el Pueblo. La suplantación del Pueblo por aquellos que lo dirigen o aspiran a dirigirlo se paga siempre con el abandono de las masas, pues éstas saben mejor que nadie qué quieren y qué necesitan, y acaban dándoles las espaldas a aquellos que se toman a sí mismos por sus

representantes sin respetar su derecho a expresarse, sin haberse ganado con una conducta genuinamente popular el derecho a representarlas. Para representar a las masas hay que convivir sincera y honestamente con ellas, hay que conocer sus problemas, sus inquietudes y sus ideas.

La Dictadura con Respaldo Popular sólo podrá alcanzar el poder cuando cuente con el apoyo de las masas, y eso sucederá cuando el Pueblo haya adquirido confianza y fe en la idea, en la organización y en los hombres encargados de llevar a la práctica la Dictadura con Respaldo Popular, al punto que identificará esa idea, a esos hombres y a su organización con su necesidad de libertad y justicia, de respeto y bienestar. La Dictadura con Respaldo Popular deberá ser, pues, eminentemente popular antes, durante y después de tomar el poder, y su única fuente de poder deberá ser la voluntad del pueblo.

Para convertirse en los depositarios de la fe del Pueblo y en sus directores, los partidarios de la Dictadura con Respaldo Popular deberán organizarse en un frente en el cual trabajen metódicamente, con disciplina y al mismo tiempo con libertad creadora. Las tareas de desarrollar la tesis de la Dictadura con Respaldo Popular, así como de elaborar la estrategia, la táctica y los programas que deberán ser aplicados en cada ocasión, deberán ser el producto del trabajo en común de todas las fuerzas reunidas en ese frente.

La presencia en el Frente de la Dictadura con Respaldo Popular de todas las fuerzas antioligárquicas, y por tanto anti-imperio-pentagonistas, cada una disfrutando de su independencia pero todas unidas en un fin común, garantizará que a través de la mutua vigilancia ideológica, estratégica y táctica se mantenga perennemente vivo y alerta el propósito de transformar de cuajo las estructuras sociales de nuestros países para edificar con ellos el hogar de la libertad y el reino de la justicia.

París, 6 de mayo de 1969.

OLIGARQUÍA, BURGUESÍA Y PEQUEÑA BURGUESÍA

Algunas personas se preguntan qué diferencia hay entre oligarquía y burguesía. ¿No están ambas situadas en un mismo nivel dentro del sistema capitalista? ¿No son capitalistas tanto los oligarcas como los burgueses?

Lo son, pero no en el mismo grado y en la misma forma. Algo parecido sucede con la burguesía y la pequeña burguesía. También la pequeña burguesía es capitalista, y sin embargo nadie la confunde con la burguesía.

En una nota aclaratoria que escribió para la edición inglesa de 1888 al *Manifiesto comunista*, Federico Engels dijo que “Por burguesía se comprende a la clase de los capitalistas modernos, propietarios de los medios de producción social, que emplean el trabajo asalariado” (Carlos Marx, Federico Engels, *Obras escogidas*, La Habana, Editora Política, 1963, p.21, primera nota). Al especificar que se refería a los capitalistas modernos, Engels quiso que se distinguiera claramente que estaba hablando de la burguesía manufacturera e industrial posterior al siglo XVI; y al establecer que eran burgueses los “propietarios de los medios de producción social que emplean trabajo asalariado” se refería a los que emplean obreros en cantidad suficiente para poder acumular fortunas importantes a base del trabajo asalariado. Engels sabía que un propietario de un taller de carpintería o mecánica que tuviera a su orden a dos trabajadores, o a tres, y a uno o dos aprendices, no

era un burgués sino un pequeño burgués, y él no estaba hablando de pequeños burgueses sino de burguesía. De manera que una persona puede emplear trabajo asalariado sin que llegue a la categoría de burgués, y sin embargo es un capitalista, como lo es un burgués; pero los dos son capitalistas en forma y en grado diferentes.

Pues bien, así como hay diferencia entre pequeña burguesía y burguesía, la hay entre ésta y la oligarquía. Un latifundista que da su tierra, o una porción de esa tierra, a unos cuantos campesinos pobres a cambio de que estos se la devuelvan al cabo de dos o tres años sembrada o a cambio de que le den parte de lo que cosechan —situación que se ve en Santo Domingo y en otros países de América— no emplea trabajo asalariado, y sin embargo es propietario de un medio de producción social, tal como lo es el burgués dueño de una industria. Un latifundista que tiene veinte mil tareas de potreros —o diez mil— y emplea sólo cuatro o cinco peones para que le cuiden el ganado, está pagando trabajo asalariado, pero en una proporción absolutamente inadecuada al valor productivo, efectivo o en potencia, que tienen su tierra y su ganado, e inadecuado a la cuantía de los beneficios que saca de esas propiedades. Ese latifundista posee medios de producción social que valen una fortuna y sin embargo emplea la misma cantidad de trabajo asalariado que emplea el pequeño burgués dueño de un modesto taller de mecánica, y puede ser que pague menos salario que ese pequeño burgués.

Algo similar pasa con el comercio exportador e importador. Un almacén con existencia de cincuenta mil pesos puede vender al año doscientos cincuenta mil, de manera que es posible que entre lo que compra y lo que vende mueva cuatrocientos mil pesos por año, y sin embargo no emplea trabajo asalariado en relación con esa cantidad de dinero. Así, pues,

ese comerciante que tiene categoría de exportador, y tal vez las dos unidas, emplea un número de asalariados que no guarda proporción con la cuantía del capital que mueve y, lo mismo que en el caso del latifundista, los salarios que paga son desproporcionados a la cuantía de los beneficios que saca de su negocio.

Pero donde esa característica de la oligarquía alcanza niveles impresionantes es en el negocio bancario. Un banco mediano mueve en un año varios millones de pesos, y lo hace con un número de empleados relativamente más bajo que el de una casa exportadora e importadora. Los bancos son en fin de cuentas establecimientos comerciales al por mayor y al detalle, que importan, exportan, venden y compran una sola mercancía, que es el dinero; y cada vez que compran, venden, importan y exportan dinero, ganan dinero. Esa mercancía no se pudre nunca, no pasa de moda, y si pierde valor por una baja en el mercado monetario, quien carga con la baja es el dueño del dinero, y no el banco. Por último, los bancos operan con dinero ajeno, y lo venden, lo compran, lo exportan y lo importan como si fuera suyo.

Hay otra característica común a todos los sectores económicos de un frente oligárquico, y es la manera en que se formó el capital empleado en sus bienes de producción. Y es una característica común no porque el capital empleado se haya formado siguiendo un patrón igual para todos, sino porque en todos los casos se trata de una formación irregular. En el de los latifundistas, el valor de las tierras ha crecido enormemente en los últimos treinta años, pero no debido a que los propietarios han hecho inversiones de equipos o mejoras en construcciones, sino porque el aumento de la población se ha reflejado en un aumento proporcional del valor de las propiedades. Esto es particularmente cierto en la República Dominicana, pues la población, que era de un millón cuatrocientos

ochenta mil en 1935, pasó a ser de cuatro millones en 1969. Sobre el aumento automático del valor de las tierras determinado por el crecimiento explosivo de la población hay que agregar el que tuvieron esas tierras debido a la construcción de carreteras y de canales, de tendidos eléctricos y telefónicos, hechos con dinero del Pueblo, no de latifundistas.

En el campo de los exportadores y los importadores la formación de capital ha sido más compleja, pero también irregular. Algunos de los exportadores, como sucede con la mayoría de los que operan con tabaco, usan fondos de las firmas europeas que adquieren la hoja; en el caso de otros productos, los exportadores compran a los cosecheros con dinero facilitado por bancos. Cuando se trata de exportadores que son también importadores, los artículos extranjeros que compran a plazo representan para ellos capital de trabajo, porque venden esos artículos antes de pagarlos. En lo que se refiere a las ventas a plazo que hacen los importadores, tienen la apariencia de una inversión de capital, pero no es a sí, puesto que el monto de las acreencias les sirven para obtener créditos bancarios con los cuales pagan a tiempo sus importaciones, aun las que son compradas con letras a la vista y las que son adquiridas con cartas de crédito abiertas sobre el país de las firmas vendedoras. Con la excepción de los supermercados que están estableciéndose actualmente, la totalidad del comercio importador y exportador de la República Dominicana se ha formado a base de desprendimientos de firmas que evolucionaron al compás del relativo desarrollo del país, partiendo de pequeños comercios. Las grandes casas comerciales de hoy son, en su mayoría, hijuelas de las muy contadas que sobrevivieron a la crisis de 1920 y a la de 1929-1934; en su origen, esas hijuelas eran establecimientos fundados por empleados, casi siempre españoles, de aquellas firmas que ponían tienda aparte con sumas irrisorias, que difícilmente eran superiores a

los dos mil pesos, y mercancías obtenidas a crédito de la misma firma que abandonaban y de otras de la plaza.

La formación de capital en el comercio importador se nota de manera más nítida en el caso de los importadores de maquinarias y automóviles. Pues estos, que en países desarrollados tienen que depositar grandes sumas para obtener una concesión de los fabricantes, operan en Santo Domingo a base de concesiones obtenidas al crédito, y al crédito obtienen también las máquinas y los automóviles. Los importadores de esos artefactos cobran la mayor parte de sus beneficios con el dinero del pago inicial que les hace el comprador, de manera que comienzan a recibir dinero del público antes de comenzar a pagarles a los fabricantes.

El caso de los bancos está estrechamente vinculado al de los comerciantes, pues la banca y el comercio son dos aspectos diferentes de una misma actividad. Como el comercio funciona a base de créditos, a los bancos les toca el papel de reguladores del sistema crediticio; pero esa regulación no funciona, por lo menos para limitar los créditos comerciales, cuando la competencia entre los bancos los obliga a ofrecer servicios al comercio. Cuando se trata de negocios muy pequeños y de pocos beneficios, como es el caso en la pequeña agricultura, los bancos privados dejan la tarea al Banco Agrícola, que es del Estado; que pierda dinero el Estado, no ellos. Cada nuevo banco que se establece es una puerta abierta para que los comerciantes importadores hagan más negocios, pues cuando se tiene cuenta corriente en un banco nada más, ese banco conoce al dedillo la situación de la firma y en un momento dado puede negarse a respaldar una operación cuyos resultados son dudosos. Lo ideal es tener cuentas corrientes en varios bancos. Por razones de competencia, porque cada banco necesita aumentar el número de sus clientes, es fácil obtener con este banco el crédito que aquel rechazó; y crédito quiere decir negocio. Así,

cuantos más bancos se establezcan, mejor para el comercio importador, que funciona con capitales proporcionados por los bancos. Ahora bien, esos capitales no son de los bancos sino del público que deposita en ellos su dinero. Su papel de intermediarios les permite a los bancos usar como capital propio el dinero del Pueblo; y así resulta que ese dinero del Pueblo les sirve a los bancos para acabar controlando todo el sistema crediticio del país. Al Pueblo se le hace creer que los bancos, y especialmente los norteamericanos, llevan dinero al país, cuando lo cierto es que esos bancos van al país a ganar dinero, no a llevarlo. La inversión original de los bancos extranjeros que se han establecido en la República Dominicana en los últimos años —pues antes de la muerte de Trujillo sólo operaban en el país el Royal Bank of Canada y el Banco de Nova Scotia— ha sido más pequeña todavía que la de un latifundista mayor, y el trabajo asalariado que han empleado y están empleando es, en proporción a los capitales que mueven y a los beneficios que obtienen, más pequeño y peor pagado que el de un latifundista grande o el de una firma importadora importante.

Otra característica de la oligarquía es el bajo nivel técnico con que trabaja. Esto se nota en el caso de los latifundistas, especialmente si sus fincas se comparan con las de las de la burguesía campesina. El burgués campesino usa equipo e instalaciones modernas y paga trabajo calificado; como su propósito es producir, adquiere la cantidad de tierras necesaria para su negocio, y no más. Esa cantidad de tierras no tiene que ser excesiva, dado que el burgués campesino la explota con cultivos intensivos. Para el burgués campesino la tierra es un medio de producción, no otra cosa, y si le sobran tierras, las vende, las arrienda o las cultiva con otros frutos. Si es un burgués productor de leche, procurará estabilizar su ganado y alimentarlo con yerba cortada y mezclada con pienso concentrado; no lo tendrá en potreros, pues su plan será

sostener las vacas usando la menor cantidad posible de tierras a fin de sacar de éstas el mayor provecho. Pero el latifundista querrá extender sus fincas más y más cada vez. Para él, lo importante es tener, no producir; y como para tener no necesita ni instalaciones ni equipos mecánicos, se servirá de un mayoral y de peones campesinos a los que pagará salarios bajos; en suma, dará trabajo asalariado sólo en la medida en que le haga falta para vigilar sus propiedades no para mantenerlas produciendo. En realidad, hablar de técnica baja o pobre o mala en el caso de los latifundistas es una exageración, pues no usan técnica alguna, sino apenas métodos primitivos de producción.

El comercio exportador-importador de los países burgueses o desarrollados exporta la producción industrial e importa las materias primas que necesitan las industrias. Pues bien, hay que ver lo que es un establecimiento de exportación o de importación de uno de esos países para darse cuenta del atraso de los nuestros. Nadie concibe en Inglaterra, en Francia o en los Estados Unidos a una firma exportadora o importadora vendiendo al detalle, como si se tratara de una pulpería, ni con un almacén en el que se hallan revueltos el arroz, los arenques y el jabón, en el que los clientes tropiezan con los peones que llevan las mercancías en carretillas o con los estibadores que están levantando sacos de azúcar. La división del trabajo es muy avanzada en un país desarrollado, y por tanto el comercio exportador e importador europeo o norteamericano opera en un nivel muy superior al nuestro. Los primeros no ven siquiera, ni tocan ni huelen, las mercancías que exportan; las venden al extranjero a través de agencias especializadas y las exportan mediante órdenes transmitidas a las fábricas por medio de esas agencias.

Las diferencias en el nivel técnico son menos agudas en el negocio bancario, pero también las hay. Los sistemas electrónicos de contabilidad y de comunicaciones que usan

los bancos de los países desarrollados, y la cuidadosa especialización de su burocracia, no son los que se ven en la República Dominicana. Tal como quedó dicho hace poco, nuestros bancos son comercios de dinero que están, en cuanto a evolución técnica, a la misma altura que nuestras casas comerciales.

Ahora bien, las características de los sectores económicos de la oligarquía que se han señalado no son las más importantes; hay una que es la fundamental debido a que es la que más la distingue. Se trata de la forma en que distribuye sus beneficios. Al revés de lo que hace la burguesía con los suyos, la oligarquía reinvierte en sus negocios la parte menor de sus beneficios, la que es absolutamente imprescindible para que el negocio siga funcionando, y destina la parte mayor a vivir ostentosamente o a ser depositada en bancos extranjeros de manera preferible en cuentas en dólares. Así, la mayoría de los oligarcas dominicanos construyen casas lujosas, usan automóviles de pescuezo largo, compran joyas y ropas caras y tienen dólares en Puerto Rico o en los Estados Unidos. Exactamente igual que ellos hacen los miembros de la porción de la pequeña burguesía cuyo modelo de vida es la oligarquía. Un oligarca gasta en lujos al año varias veces más de lo que paga en salarios, y a veces la proporción entre esos gastos y los salarios que reciben sus trabajadores y empleados es escandalosamente grande.

Debido a que así se lo exige la naturaleza de sus funciones en la sociedad capitalista, que reclama sin cesar más inversiones para asegurar a una industria más beneficios a base de mejor calidad, presentación más atractiva y precios competitivos, las empresas burguesas se ven forzadas a reinvertir en sus negocios la mayor parte de sus beneficios, razón por la cual destinan la parte menor a satisfacer sus gustos o caprichos. Esto es así especialmente en países de capitalismo poco desarrollado, donde las empresas burguesas operan limitadas

al mercado nacional, como es el caso de la República Dominicana. Esto no significa que la parte menor de los beneficios, la dedicada a satisfacer los gustos y caprichos del burgués, sea necesariamente pequeña, o siquiera más pequeña que la que gasta la oligarquía en vivir ostentosamente; puede ser igual y aun mayor, pero nunca es la mayor parte de los beneficios.

Esa característica oligárquica, que es la más notable de todas las que la distinguen en el campo social, se advierte especialmente en el caso de la pequeña burguesía pro-oligárquica; que cuando consigue dinero en cantidad suficiente —cien mil, doscientos mil pesos—, se construye una casa lujosa y compra un automóvil de pescuezo largo. Los pequeños burgueses pro-oligárquicos hacen dinero mediante favores del gobierno de turno, siempre, como es lógico, por la vía de los negocios sucios. En Santo Domingo conocemos el caso de los generales y los coroneles enriquecidos bajo el gobierno del triunvirato —de septiembre de 1963 a abril de 1965—, gracias al contrabando y a las comisiones en la compra de equipos y alimentos para soldados y policías, que levantaron casas suntuosas en el sector del hotel Embajador; además, todo el pueblo conoce una por una las casas de alto valor construidas a partir de 1962 por los que han hecho negocios sucios desde cargos públicos o en complicidad con funcionarios públicos. Puede asegurarse que lo primero que hace un miembro de la pequeña burguesía militar o burocrática de nuestro país tan pronto como obtiene a través del favor gubernamental ciento cincuenta o doscientos mil pesos, es sacar dinero en dólares y depositarlos en un banco de Puerto Rico o de los Estados Unidos y construirse una casa lujosa. A menudo, y especialmente cuando no consigue hacer otro negocio sucio grande, se queda con esa casa, con un automóvil pescuezo largo y con los dólares en el extranjero. La casa lujosa y el automóvil son los signos externos de la oligarquía, de la que ese pequeño

burgués aspira a formar parte. A partir de la muerte de Trujillo ha habido en Santo Domingo un florecimiento del sector oligárquico hecho a base de pequeños burgueses de la burocracia civil y militar que se han enriquecido casi de un día para otro con negocios sucios realizados desde el poder o con la complicidad del poder político, y ese florecimiento ha determinado la formación de barrios nuevos, sobre todo en la capital del país, de casas de alto costo. Ese aspecto de la multiplicación visible de la oligarquía ha llegado a tal punto que a partir de 1962 se han construido en el país más casas de lujo que en toda su historia anterior.

Las oligarquías latinoamericanas no podrían sostenerse, y menos aún ampliarse numéricamente, si no tuvieran gobiernos corrompidos a su disposición. Las burguesías elaboran a través de los gobiernos leyes que favorezcan sus negocios, y a menudo pagan la elaboración de esas leyes. Con ellas consiguen controlar mercados, bienes de producción y créditos; consiguen que se eleven los impuestos de importación de artículos extranjeros que podrían competir con los que ellas producen; obtienen exenciones de impuestos para las materias primas que importan, para las maquinarias que usan y para los beneficios que sacan de sus negocios. Por regla general, esas son medidas que favorecen a toda la clase burguesa, no a un burgués determinado. La burguesía, pues, actúa como clase, no como si cada burgués fuera un lobo solitario. Pero los oligarcas buscan oportunidades, no ventajas legalizadas para toda una clase. Cada oligarca es como un señor feudal, dueño de su castillo en el cual él inventa e impone la ley. Un pequeño burgués que aspira a entrar en los círculos de la oligarquía hace negocios sucios al margen de la ley, o violando la ley, y es así como crece numéricamente la oligarquía.

Sin embargo, a pesar de su crecimiento, nuestra oligarquía se da cuenta de que es una fuerza retrasada en el proceso

productivo y por tanto en el proceso histórico; una fuerza que se reconoce a sí misma, de manera instintiva, fuera de época, y sabe que para seguir disfrutando de privilegios tiene que apoyarse en gobiernos corrompidos y en un poder incontrastable, superior a todas las fuerzas nacionales que podrían liquidarla en un momento dado. De ahí su sumisión, más que alianza, a los Estados Unidos y especialmente a la política de fuerza de los Estados Unidos.

Muy a menudo se habla de la oligarquía, en Santo Domingo y en la América Latina, como una fuerza feudal, y se dice de ella y de su posición ante los medios de producción que es feudal; pero lo cierto es que la oligarquía no tiene nada que ver con el feudalismo. Nosotros no conocimos el régimen feudal, que había sido superado en Europa a fines del siglo XV, cuando se produjo el descubrimiento de América. Lo que tenía vigencia en Europa en esa época era una superestructura política, cultural y en cierto sentido social que correspondía a los conceptos feudales, pero no a la economía feudal, y nuestra oligarquía recuerda, por su conducta, a los privilegiados de aquella superestructura. Las oligarquías latinoamericanas son los restos de una sociedad que está ya fuera de época. En el caso concreto de la República Dominicana, nuestra oligarquía estuvo a punto de ser barrida por la Revolución de Abril de 1965, y sólo pudo reponerse —y fortalecerse— gracias a la intervención militar norteamericana. En realidad, las oligarquías latinoamericanas sobreviven sólo porque les da vida el apoyo de los Estados Unidos.

El nombre de señores feudales no les va bien a los oligarcas, y no debemos repetirlo. Llamémoslos oligarcas o tutumpotes, porque eso es lo que son, y no otra cosa.

París,
29 de junio de 1969.

OLIGARQUÍA Y ANTITRUJILLISMO

I

La oligarquía apareció en el campo político de la República Dominicana en 1961, después de la muerte de Trujillo, pero se hallaba en proceso de formación desde hacía mucho tiempo: desde fines del siglo pasado. A partir de 1945 nuestra oligarquía se creyó lo suficientemente fuerte para lanzarse a la lucha por el poder, y entonces comenzó su batalla contra el régimen burgués que venía instaurando Rafael Leonidas Trujillo.

La arritmia histórica de nuestro país nos ha dado más de una vez ese caso de desarrollo económico y social fuera de orden. Lógicamente, debimos haber tenido una oligarquía antes que una burguesía, pero no sucedió así a causa de esa arritmia característica de la historia dominicana.

El primer intento de organización de una oligarquía política nacional fue hecho por los norteamericanos en 1914, cuando impusieron como presidente de la República al Dr. Ramón Báez. El Dr. Báez era un hombre excelente, pero no tenía ningún mérito político; no era un líder ni un administrador público. Los norteamericanos lo escogieron para gobernar del país sólo porque era hijo de Buenaventura Báez, cuyo insigne proamericanismo le había convertido a los ojos de Washington en el modelo de servidor de sus intereses en la República Dominicana.

Alguien preguntará ¿y qué relación hay entre la oligarquía y el hecho de que un candidato de los norteamericanos a Presidente de la República sea hijo de alguna persona determinada?

Pues hay mucha relación. A los ojos de los políticos de los Estados Unidos que pretenden determinar el curso de la historia de nuestros países, eso de ser hijo de algún proamericano conocido es de importancia decisiva. Por algo su hombre de confianza en Santo Domingo, a partir de 1963, fue un descendiente del general José María Cabral, que le arrendó a Norteamérica la bahía de Samaná en enero de 1868; por algo el compañero de triunvirato de ese nieto de Cabral fue un nieto de Ramón Cáceres, el padre de la Convención Domínico-Americana de 1907 y de la Ley de Concesiones Agrícolas de 1911, el más increíble de los documentos de la historia política latinoamericana; por algo al invadir el país en 1965 escogieron e impusieron como Presidente de la República a otro nieto de Cáceres; y por algo, muchos años antes, habían escogido también para ese cargo al hijo de Buenaventura Báez. El intento de 1914 fracasó porque entonces no había base social para que pudiera sostenerse en el poder una oligarquía nacional. El país estaba lleno de “generales” procedentes de la baja pequeña burguesía, de los que fue arquetipo Desiderio Arias, y esos “generales” no aceptaban un gobierno oligarca; y por otra parte, los comerciantes y algunos otros miembros de los sectores llamados a formar un frente oligárquico despreciaban a los políticos, a quienes consideraban un hatajo de sinvergüenzas, que no dejaban prosperar los negocios con sus constantes guerras civiles.

A ningún dominicano de principios de este siglo se le hubiera ocurrido la idea de que un hombre tenía derecho a ser Presidente de la República por razones de herencia, debido a que fuera hijo o nieto de un presidente o sólo porque

fuera rico. Ramón Cáceres fue presidente, pero no por razón de que era hijo de Memé Cáceres —que sólo alcanzó a ser vicepresidente de Báez en el último período del hombre de los “seis años” — sino porque mató a Ulises Heureaux y eso lo convirtió en héroe y caudillo nacional; Horacio Vásquez no fue presidente porque se hubiera casado con una heredera del prestigio que tenía la familia de don Casimiro N. de Moya, sino porque se había formado un nombre de antililista y actuó contra Heureaux al punto de que éste lo expulsó del país, y sobre todo porque Ramón Cáceres, y el grupo de mocanos que intervino en la muerte de Heureaux, lo reconocieron como su jefe debido a que organizó el grupo y lo mantuvo unido hasta que se produjo la muerte de Lilís y además, a raíz de ese acontecimiento, organizó el movimiento revolucionario que llevó al poder al antililismo. Don Juan Isidro Jimenes no alcanzó la Presidencia de la República —y el consiguiente liderazgo del partido “bolo” — debido a que su padre había sido presidente ni debido a que era la cabeza de la firma comercial más importante que había habido en Santo Domingo en toda su historia, sino porque organizó y dirigió en persona la expedición del *Fanita*, lo que le dio categoría de primera figura en la lucha contra Heureaux.

No tuvimos oligarquía política después de desaparecido el lilismo —como no la habíamos tenido antes—, y los norteamericanos no pudieron organizarla en 1914, pero en 1922, bajo la dominación yanqui de 1916-1924, los jefes de los partidos escogieron como presidente provisional de la República a don Juan Bautista Vicini, cuyo único mérito era que tenía dinero, heredado de su padre, el fundador de la casa Vicini. Pero don Juan Bautista Vicini no formó partido; no cuajó como jefe de una oligarquía política; y no cuajó porque tampoco en esos años había base social para que se estableciera una oligarquía nacional. Los dominicanos ricos de 1922

eran unos pobretes comparados con los de ahora; robarse desde un cargo público mil pesos en aquella época era una hazaña, y ahora cualquier infeliz pequeño burgués amigo de los gobernantes se lleva entre las uñas un millón y se queda tan tranquilo. ¿A quién se le hubiera ocurrido en 1922 que un empleado público podía hacerse una casa de lujo como las que se han hecho a montones en los barrios residenciales de la Capital de 1962?

Los ladrones del gobierno de Horacio Vásquez —1924-1930— fueron tres, a lo sumo cuatro, y ninguno de ellos se atrevió siquiera a soñar con llevarse cien mil pesos. En 1930 saltó al poder un típico pequeño burgués a quien iba a tocarle organizar el primer núcleo de burguesía nacional que conocería la República. Ese hombre fue Rafael Leonidas Trujillo. Trujillo llegó a ser la encarnación de la burguesía dominicana; una burguesía de pocos miembros, casi limitada a la familia del dictador, pero enormemente poderosa porque tenía bajo un solo puño la suma del poder político, el militar, el económico y el social.

En la confusión creada por la idea de que las burguesías latinoamericanas son aliadas del imperialismo —lo cual es cierto, pero sólo en los países donde hay una burguesía dominante—, la imagen de Trujillo quedó totalmente deformada. No es verdad que Trujillo fue un lacayo, sirviente o aliado del imperialismo; todo lo contrario. Después de haber alcanzado el poder, que él usaría para dar el paso hacia la burguesía —pues antes de eso había sido un pequeño burgués y entonces sí les sirvió a los yanquis como oficial de la guardia—, Trujillo se convirtió en burgués y por tanto en un típico nacionalista burgués, que se opuso resueltamente a toda injerencia política, económica o militar de los Estados Unidos en los asuntos dominicanos. Trujillo contemporizó con los yanquis cada vez que era necesario o conveniente para el mejor

desenvolvimiento de sus empresas, pero nunca se les sometió. Se relacionaba con ellos; compraba políticos, legisladores y periodistas de los Estados Unidos, pero no se les vendía. Procuraba no chocar con el gobierno norteamericano, especialmente en política exterior; bautizaba un aeropuerto o una avenida con el nombre de un general o de un secretario de Estado norteamericano, o aceptaba tener en Santo Domingo un punto de observación de proyectiles dirigidos, pero jamás permitió que un agregado militar de los Estados Unidos entrara en un cuartel dominicano o mantuviera relaciones con un coronel criollo y más de una vez sacó del país diplomáticos yanquis.

¿Qué hizo Trujillo en el orden económico?

Creó la moneda nacional y sacó de la República la norteamericana, que corría en Santo Domingo lo mismo que en New York o en Puerto Rico; compró el National City Bank y lo convirtió en Banco de Reservas; fundó el Banco Central y el Banco Agrícola; pagó la deuda externa, con lo cual le dio fin a la intervención del Receptor de Aduanas en las finanzas públicas del país; nacionalizó la Compañía Eléctrica, que era norteamericana, y a la hora de morir había iniciado una campaña pública destinada a nacionalizar también la Telefónica. Esos son hechos, no meras palabras, y hay que ver los hechos con objetividad, fríamente, y hacer a base de ellos juicios de valores correctos aunque nos guste muy poco el resultado de esos juicios. Esos hechos de Trujillo están ahí, en la historia reciente del país, y hablan por sí solos. Su autor no era un lacayo yanqui sino un típico nacionalista burgués que no estaba dispuesto a cederle a nadie, ni aun a los poderosos Estados Unidos, una sola pulgada del territorio donde él tenía sus empresas.

Ese es el aspecto de Trujillo como gobernante; pero había un Trujillo que era el empresario industrial, comercial y

financiero. Pues bien, los hechos de ese otro Trujillo no eran diferentes de los del Trujillo gobernante. Ese Trujillo empresario se hizo dueño, por las malas o por las buenas —que eso no viene al caso— de la Compañía Anónima Tabacalera, propiedad extranjera, y cerró sin el menor titubeo una fábrica de cigarrillos que había establecido en el país la multimillonaria compañía norteamericana Reynold Tobacco en asociación con Amadeo Barletta; de los ingenios norteamericanos, sólo dejó uno en manos yanquis, que fue el Central Romana. Es cierto que dio entrada en el país a la Grenada y a la Alcoa, dos empresas que él no estaba en capacidad de crear ni de adquirir o confiscar porque no tenía dominio del mercado exterior del guineo ni del aluminio; pero léase la última ley de minas de su régimen para que se vea como se había preparado para nacionalizar la Alcoa y cualquiera otra firma minera extranjera.

En los numerosos, y a menudo brutales y salvajes crímenes de Trujillo, hay que distinguir los que tenían carácter político y los que se debían a razones económicas, los que ordenaba el propio Trujillo como jefe político, con el fin de aniquilar un movimiento destinado a derrocarlo o para dismantelar una conspiración, y los que ordenaba para quedarse con tierras, con una empresa o un negocio; y hay que distinguir también cuáles eran obra de los miembros de la limitada, pero poderosa burguesía creada por él. Sucede, sin embargo, que como él encabezaba esa burguesía y era al mismo tiempo su encarnación y su jefe —jefe político, militar, económico y social—, los crímenes de todo tipo se le achacaban a él aunque los realizara Petán por cuenta propia, y todos los crímenes tenían apariencia de asesinatos políticos. Eso no sucedió con los que cometieron las burguesías de Inglaterra, Holanda y Francia, para hablar sólo de tres burguesías europeas. Cuando los piratas del Caribe incendiaban una ciudad, violaban sus mujeres, robaban sus iglesias y mataban

ancianos y niños, esas monstruosidades eran achacadas a los piratas, no a los reyes de Inglaterra, Holanda y Francia, y mucho menos a los grandes comerciantes y manufactureros de esos países. Y resulta, sin embargo, que los asesinos del mar Caribe eran sólo instrumentos de los últimos. En el caso de Inglaterra, Holanda y Francia, gobiernos y ejércitos y bandas de piratas actuaban al servicio de las burguesías; ellos cometían los crímenes y las burguesías hacían los negocios. En esos casos había lo que hoy llamamos división del trabajo. Pero en el nuestro, gobierno, crimen y burguesía se confundían en una sola persona, que era Rafael Leonidas Trujillo.

Ese Rafael Leonidas Trujillo —gobierno, burguesía y crimen a la vez— fue el verdadero instructor en la República Dominicana de los métodos capitalistas de producción, que antes de él operaban en puntos aislados, en islas imperialistas llamadas ingenios de azúcar. Fue él quien estableció la Fábrica de Cemento, la Central Lechera, los Molinos y los Astilleros Dominicanos; fue en sus empresas donde se formó el proletariado nacional. Trujillo llevó al país la más revolucionaria de todas las fuerzas conocidas en la sociedad occidental, que es el capitalismo industrial, y lo hizo desatando una orgía de sangre, de sufrimientos, de latrocinio, tal como lo habían hecho antes, en escala gigantesca, los ingleses, los holandeses y los franceses, y tal como lo hicieron los norteamericanos.

Es absolutamente antihistórico y anticientífico ver el trujillismo nada más que como una fuente de asesinatos con olvido del papel que jugó en nuestra historia, y es antihistórico y anticientífico llamarles trujillistas a los oligarcas dominicanos por el hecho de que entre ellos haya criminales y ladrones. Son esas dos cosas, pero no son ni podrán ser lo que fue el trujillismo en sus aspectos fundamentales, el de introductor del capitalismo en el país, el de creador de la burguesía y el de campeón del nacionalismo burgués.

¿Por qué se comete esa confusión?

Porque los hombres que matan hoy son los mismos que mataban en tiempos de Trujillo, con lo que viene a resultar que se achacan los crímenes a los que los ejecutan y no a los que dieron entonces y dan ahora las órdenes de muerte. Pero sucede que esas órdenes las daba antes una burguesía nacional y ahora las da una oligarquía sirviente del pentagonismo, y ésta es una diferencia muy importante, mucho más importante, para los fines de la revolución dominicana, de lo que parece a simple vista, pues si hay algo que una revolución debe establecer con claridad es quiénes son y dónde están sus enemigos. Los enemigos del Pueblo no son los trujillistas; es la oligarquía, y es bueno que sepamos esto de una vez por todas.

Los crímenes de la oligarquía, comenzando por Palma Sola, pasando por la masacre de la zona Norte, hasta llegar al último constitucionalista asesinado en un barrio de la Capital, han costado muchas más vidas de dominicanos en ocho años que todos los asesinatos del régimen trujillista en treinta y un años. Hay que tener presente minuto a minuto que el miembro más poderoso del frente oligárquico es el pentagonismo, y que fue éste quien organizó las matanzas de la zona Norte; las organizó, y protegió con sus tanques a los ejecutores.

La debilidad intrínseca del trujillismo consistió en que habiendo creado una burguesía y habiendo establecido un régimen burgués, no pudo ampliar la primera ni consolidar el último. Bajo ese propio régimen, sobre todo en los últimos años, la oligarquía se amplió en número de miembros y en poder; al finalizar, los norteamericanos organizaron esa fuerza y la utilizaron en la lucha contra Trujillo. Esa lucha le costó la vida a Trujillo y a su régimen, pero también le costó la vida al proceso de formación de una burguesía nacional, pues a partir del momento en que Trujillo fue muerto los miembros de la burguesía que él había creado quedaron indefensos y tuvieron

que dispersarse. Así, a la ola oligárquica le resultó fácil arrastrarlos y ahogarlos, y a la cabeza de esa ola estaban los yanquis, que pasaron a ocupar en la composición política nacional el lugar que había tenido Trujillo.

Es lógico que todos los defensores de la oligarquía se presenten al Pueblo como antitrujillistas; primero, porque la oligarquía, más atrasada que la burguesía, estuvo en contra de la burguesía trujillista, y luchó contra ésta bajo la dirección norteamericana; y segundo, porque proclamándose antitrujillista y presentando al trujillismo como la única amenaza que tiene por delante el país, desvía la atención del Pueblo y especialmente de los luchadores revolucionarios. La oligarquía se ha propuesto identificar ante la conciencia dominicana el término revolucionario y el término antitrujillista, de tal manera que llegue el momento en que todo revolucionario considere que su papel es luchar contra el trujillismo; y como la oligarquía se llama a sí misma antitrujillista, el resultado natural de su plan es que los revolucionarios acaben siendo sus aliados. Algo de eso ha conseguido ya, ¿pues no solicitó una organización revolucionaria que se formara un frente antitrujillista, entre revolucionarios y oligarquía?

Pero ha llegado la hora de decir la verdad y que todo el que está oscuro se ponga claro. La oligarquía no odió ni odia al trujillismo porque ella haya sido o sea actualmente democrática, pues cuando el país conoció un régimen democrático la oligarquía antitrujillista se dedicó a derrocarlo; no odió ni odia al trujillismo porque éste era criminal, pues esa oligarquía ha cometido más crímenes que Trujillo; no lo odió ni lo odia porque ella sea patriota, pues a la hora en que su predominio estaba siendo aniquilado en la Revolución de Abril, llamó al invasor extranjero y le entregó el país.

Sin duda el trujillismo fue muy malo, pero la oligarquía es peor. Sólo tiene las condiciones negativas de aquél, y además

su jefe ni siquiera es dominicano, es un poder extranjero que desprecia a los propios oligarcas que le sirven porque no son rubios, no tienen ojos azules y no conocen la dignidad de los hombres libres.

París,
5 de julio de 1969.

II

La lucha antitrujillista fue llevada a cabo a lo largo de treinta años por dominicanos de todos los orígenes; desde la baja pequeña burguesía campesina representada, por ejemplo, por Carlos Daniel, el viejo guerrillero de la Línea Noroestana*, hasta los grandes terratenientes, representados por don Juan Rodríguez García; desde un obrero como Mauricio Báez hasta un potentado como Santiaguito Michelena. En esa lucha participaron los velazquistas, encabezados por su jefe don Federico Velázquez; los horacistas, encabezados por don Horacio Vásquez; los estrellistas, cuyo último representante, Alexis Liz, retornó a Santo Domingo en 1963; comunistas como Tulio Arvelo; los luchadores del MPD, los invasores del 14 de Junio; poetas como Pedro Mir, médicos como el Dr. Ramón de Lara, abogados como Luis F. Mejía. La lista de las víctimas de esa lucha es larga, y aunque en esa lista figuran nombres ilustres, como el de las hermanas Mirabal, el mayor número de los caídos fue de gente humilde, apenas conocida más allá de sus familiares y de unos cuantos amigos. Tal es el caso, por ejemplo, de los campesinos aniquilados

* En un combate que dio a las fuerzas invasoras norteamericanas de 1916, Carlos Daniel colocó barriles de abejas en las orillas del camino. Hombres apostados en las cercanías disparaban contra esos barriles y las abejas volaban en enjambres enfurecidos que atacaban a las columnas yanquis, oportunidad que aprovechaban los guerrilleros de Carlos Daniel para sus maniobras de retirada.

con motivo del alzamiento de Bencosme, o de los que eran asesinados en los campos de sisal y en los de arroz. Y sin embargo, esa lucha sólo tuvo éxito cuando el gobierno de los Estados Unidos, en tiempos del presidente Eisenhower, decidió organizar a la todavía dispersa oligarquía dominicana a fin de que ésta matara a Trujillo y tomara el poder. Así, pues, las incontables víctimas que produjo el Pueblo sólo sirvieron para abonar el terreno en que iba a florecer la oligarquía.

El encargado de realizar ese trabajo fue un coronel retirado de apellido Reed, quien llegó a Santo Domingo y se puso en contacto con algunos comerciantes importadores de artículos norteamericanos e ingleses. A través de uno de esos comerciantes, Reed alquiló una casa en las vecindades del hipódromo Perla Antillana; desde esa casa se dominaba el palco donde se sentaba Trujillo cuando iba a presenciar alguna carrera. En esa ocasión el dictador iba a ser cazado con un rifle de mira telescópica, pero el plan fracasó porque por alguna razón desconocida, Trujillo dejó de ir al hipódromo.

A través de Antonio Martínez Francisco, el coronel Reed le propuso al general Rodríguez Reyes que encabezara un complot cuya finalidad sería matar a Trujillo. El general Rodríguez Reyes se negó a organizar el complot o a participar en cualquier tipo de acción contra “el jefe”, y Reed y sus amigos dominicanos temieron que Rodríguez Reyes los denunciara; sin embargo, el hombre que poco más de dos años después iba a caer en Palma Sola, no los denunció.

Los trabajos de Reed en la República Dominicana se prolongaron hasta muy avanzado el año de 1960. En ese tiempo el coronel retirado norteamericano conoció a mucha gente, y de una manera o de otra fue conectando a esa gente, de modo que cuando salió del país ya estaba prácticamente formado el núcleo de lo que iba a ser el sector llamado a dirigir a la oligarquía nacional en el campo político.

Lo que podríamos llamar “el plan Reed” operaba a favor de una ola antitrujillista que estaba siendo estimulada por la crisis económica que se había desatado en los Estados Unidos en 1957 y se había profundizado en Santo Domingo debido a los gastos suntuosos de la Feria de la Paz y se agravó a causa del bloqueo del régimen trujillista acordado en San José de Costa Rica en agosto de 1960. En el orden político, la crisis se manifestaba al nivel de todas las capas sociales. La juventud de la mediana y la alta pequeña burguesía, impresionada por el asesinato de los invasores del 14 de Junio, se organizaba asustada por la magnitud de la crisis económica; los obreros y los campesinos pobres sufrían por la falta de trabajo y el encarecimiento de la vida; una parte de la baja pequeña burguesía y del proletariado de las ciudades comenzó a ser organizada por los líderes del MPD, que habían llegado de Cuba. Trujillo reaccionó con violencia ante esa ola de actividades contra su régimen que se extendía por todo el país, mató a centenares de luchadores, entre ellos a las hermanas Mirabal; llenó de presos la cárcel de La Victoria, inició la persecución del sacerdocio católico; apretó de manera despiadada las tuercas de su régimen, cuya estabilidad confió a la maquinaria de terror que dirigía Johnny Abbes García.

El coronel Reed se fue del país, y, al mismo tiempo que él, se fueron a los Estados Unidos algunos de los oligarcas que habían estado trabajando con él. Pero el plan norteamericano no quedó abandonado. La Radio Swan fue puesta a la orden de algunos dominicanos, periódicos y revistas de Norteamérica recibieron instrucciones de destacar las noticias desfavorables al sistema de Trujillo; algunos jóvenes de los que trabajaban en Santo Domingo fueron protegidos y sacados del país cuando se tuvieron pruebas de que Abbes García había ordenado su detención, y los funcionarios del consulado general de los Estados Unidos en el país —pues las relaciones diplomáticas

habían quedado suspendidas después de la Conferencia de San José de Costa Rica—, siguieron haciendo contacto con los grupos oligárquicos. Esta situación duró, por lo menos, hasta el día en que el gobierno norteamericano abandonó completamente el plan de organizar el asesinato de Trujillo.

Ese abandono se produjo cuando ya Kennedy estaba en el poder. La invasión de Cuba había terminado en el fracaso de Bahía de Cochinos y era altamente peligroso sumarle a ése un nuevo fracaso en la explosiva zona del Caribe. En el caso de Bahía de Cochinos, Kennedy había salvado la cara diciendo que él cargaba con la responsabilidad de los hechos, ¿pero cómo hubiera podido salvarla de nuevo si Trujillo salía inesperadamente diciéndole al mundo que había descubierto un complot para matarlo, y presentaba pruebas de que ese complot estaba dirigido desde Washington? ¿No había sido una acusación similar —la de que él había tratado de matar a Rómulo Betancourt, presidente de Venezuela— la que se había usado para acordar en la Reunión de Costa Rica el bloqueo de la República Dominicana? Dada la naturaleza política del gobierno de Trujillo, la conjura podía ser descubierta en cualquier momento y la Casa Blanca podía quedar ante el mundo como un nido de mentirosos empedernidos, que al mismo tiempo organizaban expediciones contra Fidel Castro porque era comunista y planes de asesinato de Trujillo porque era un fanático anticomunista.

La retirada de Reed no detuvo sin embargo la marcha de los acontecimientos que iban a desembocar en la muerte de Trujillo. Hasta el momento no se han presentado pruebas de que los que intervinieron en el atentado del 30 de mayo de 1961 tuvieron contacto con Reed o con los norteamericanos que permanecieron en Santo Domingo después de la salida del coronel retirado. Sólo se sabe que un norteamericano, el dueño del colmado Wimpy —si es así como se escribe el nombre de

ese comercio—, introdujo en el país algunas de las armas que se usaron en esa ocasión. De todos modos, si los conjurados tuvieron esos contactos, el hecho no le resta méritos a lo que hicieron, pues enfrentarse con el dictador para matarlo no era un juego de niños. Por otra parte, cualquier persona puesta en su lugar habría actuado de manera insensata si hubiera rechazado la ayuda que podían ofrecerle los yanquis. En la situación en que se encontraban ellos y el país, toda ayuda era buena, aunque procediera del infierno.

Desde el punto de vista político, lo que tuvo importancia trascendental en esa ocasión no fue que los conjurados del 30 de Mayo contaran con la ayuda norteamericana, si es que la tuvieron; lo realmente importante fue que el gobierno de los Estados Unidos, encabezado entonces por el demócrata John F. Kennedy, se aprovechó de la profunda crisis económico-política del país —la más seria que había conocido el pueblo dominicano desde el año de 1916— para darle a la oligarquía, que todavía era políticamente incapaz de tomar los mandos del país, la consistencia organizativa necesaria a fin de que a la muerte de Trujillo pudiera tomar el poder y lo usara en perjuicio del Pueblo y en beneficio, sobre todo, de los intereses norteamericanos.

En los sucesos que se han dado en Santo Domingo a partir de la muerte de Trujillo puede verse con claridad absoluta y con detalles nítidos cuál es el papel que juegan los Estados Unidos en la formación y la consolidación de los frentes oligárquicos. Fueron ellos los que formaron el frente oligárquico dominicano entre 1960 y 1961, y en ese frente como en todos los de la América Latina, ellos pasaron a ser, desde el primer momento, el miembro más poderoso. Como representante político de ese frente formaron la Unión Cívica Nacional, cuya organización fue planeada en Washington con la participación de Donald Reid y Bonilla Atilés. El

primer vehículo de propaganda de la Unión Cívica fue una estación de radio de New York que estaba al servicio del gobierno norteamericano.

La pequeña burguesía trujillista no oligárquica y la burguesía formada por Trujillo fueron sacadas del poder y del país prácticamente a patadas para entregarle el Gobierno a la Unión Cívica, que se proclamó campeona del antitrujillismo, y en ese juego se dejaron envolver la juventud izquierdista del Movimiento 14 de Junio y del Partido Socialista Popular (comunista), que fueron engañados como niños porque no supieron distinguir a tiempo la diferencia que había entre el trujillismo abatido por la muerte de su jefe y la oligarquía que pasaba a ocupar el poder bajo la dirección norteamericana. En esa ocasión, sólo el Partido Revolucionario Dominicano vio con claridad quiénes eran y dónde estaban los enemigos y qué diferencias había entre los intereses oligárquicos y los del Pueblo; por eso el PRD no se avino a hacerle el juego a la campaña antitrujillista que se desató a partir del mes de noviembre de 1961, cuando Ramfis salió del país, y mucho menos a participar en plan alguno para sacar del poder a Balaguer, que representaba entonces a la pequeña burguesía trujillista no oligárquica.

Gran parte de esa pequeña burguesía trujillista no oligárquica, con Balaguer a la cabeza, caería más tarde bajo el dominio norteamericano y sería llevada a empellones a formar parte del frente oligárquico nacional. Eso iba a suceder cuando la fuerza militar de ese frente quedó destruida con la Revolución de Abril, y es eso lo que explica el retorno de Balaguer al gobierno del país y su penosa sumisión a los intereses oligárquicos, especialmente la entrega de las riquezas nacionales a compañías yanquis, desde el caso de la Nebraska y el monopolio de las minas de ámbar hasta el incalificable contrato con la Tenneco.

Los fracasos políticos de la oligarquía dominicana, que equivalen a fracasos de la política internacional de los Estados Unidos, puesto que estos son el miembro más poderoso de aquélla, se hicieron patentes a todo el mundo con la Revolución de Abril, que sorprendió totalmente a los sectores criollos y norteamericanos del frente oligárquico. Después de ese duro golpe y dada la rápida evolución política del pueblo dominicano, los norteamericanos resolvieron sustituir el partido político de la oligarquía con una organización más estable, menos expuesta al desgaste público; entonces la embajada de los Estados Unidos, bajo la dirección personal de John Crimmins, organizó la Comisión Nacional de Desarrollo, formada por la crema del frente oligárquico, tanto del sector criollo como del norteamericano. En los primeros meses de trabajo de esa Comisión, Crimmins no faltaba a ninguna reunión, como no faltan nunca los representantes de la Alcoa Mining Company y del Central Romana. En vista de que la Comisión Nacional de Desarrollo ha pasado a ser una parte del Gobierno, y funciona dentro de éste y con éste, y en vista de que el Gobierno se halla en poder de la oligarquía, el frente oligárquico dominicano —y nunca debemos olvidar que el poder de los Estados Unidos se halla en ese frente— domina todo el caudal económico que está en manos de las empresas de los miembros de la comisión y todo el que está en manos del Gobierno; así, el frente oligárquico controla el sesenta por ciento de la riqueza, el sesenta y dos por ciento de la fuerza de trabajo empleada, y manipula de una manera o de otra el sesenta por ciento de la población del país.

Esa oligarquía es la que ha desatado la escandalosa propaganda antitrujillista que hay ahora en el país; la que presenta al trujillismo como el peligro único e inmediato para el Pueblo. Una parte de tal oligarquía es relativamente discreta a la hora de hacer esa propaganda, y es, desde luego, la que está

formada por la que fue la pequeña burguesía trujillista antioligárquica. Eso se debe a que no puede negar sus vínculos anteriores con Trujillo. Ese sector está encabezado personalmente por el Dr. Balaguer.

En cuanto a la oligarquía, su propósito es mantenerse en el poder, que le ha sido entregado graciosamente, para lo cual pretende desviar al Pueblo, cuyo olfato político conoce y cuya capacidad de lucha teme, presentándose como su defensora. Ella es quien lo defiende del supuesto peligro trujillista.

Hay gente buena, revolucionaria probada, o por lo menos decididamente antioligárquica, que se ha dejado engañar por ese juego. Esto no es extraño, puesto que así sucedió en 1961 y 1962. Pero ahora los campos están delimitados. La lucha no es, ni puede ser, contra un trujillismo que ya no existe. Los trujillistas de ayer que mataban entonces en nombre y bajo órdenes de Trujillo matan ahora en nombre, bajo órdenes y al servicio del frente oligárquico. Este es el enemigo; un enemigo vivo, poderoso, no el fantasma del régimen que fue aniquilado con la muerte de su jefe el 30 de mayo de 1961.

París,
12 de julio de 1969.

III

La lucha de la oligarquía dominicana contra la burguesía nacional comenzó con la muerte de Trujillo, lo que quiere decir que se inició con una victoria importante, aunque no definitiva, del frente oligárquico; y no fue definitiva porque la muerte de Trujillo no significó el fin del trujillismo, aunque sí del sistema trujillista. A partir del 30 de mayo de 1961 comenzó la batalla de la oligarquía para desplazar del poder a los Trujillo y a la pequeña burguesía trujillista —y por tanto antioligárquica y pro-burguesa— que quedó gobernando el país. El frente oligárquico creyó que había triunfado definitivamente el 19

de noviembre, cuando Ramfis, Petán y Negro abandonaron la tierra dominicana; pero se había equivocado, porque Rodríguez Echavarría no era un partidario de la oligarquía, y ésta, que instintivamente lo sabía, se lanzó contra él con toda la violencia de que era capaz. Como en todos los episodios anteriores de esa lucha, los representantes del gobierno norteamericano estaban dirigiendo desde la Embajada al frente oligárquico, y como en todos los episodios anteriores, las izquierdas dominicanas —o por lo menos tres de sus organizaciones— estuvieron entonces del lado de los oligarcas porque se dejaron llevar por la falsa idea de que los males del país eran obra de Trujillo y todo el que había estado asociado a él merecía ser aniquilado a cadenas y arrastrado por las calles de la Capital. Las actividades criminales de la tiranía les impidieron a los marxistas dominicanos ver el fondo real de la historia, el origen y la dirección de las fuerzas que la mueven, y al frente oligárquico nacional le venía esa confusión de las izquierdas como le viene el agua al que está muriéndose de sed.

Rodríguez Echavarría apareció en la vida pública dominicana en el mes de noviembre de 1961 encabezando lo que parecía ser un golpe de Estado; pero no fue golpe de Estado. Al contrario, fue una acción dirigida a sostener en el poder a la pequeña burguesía trujillista, antioligárquica, encabezada entonces por el Dr. Balaguer, el mismo hombre que menos de cinco años después se pondría al servicio del frente oligárquico, en una mutación propia de los pequeños burgueses que no han adoptado una ideología política. El golpe de Estado que dio Rodríguez Echavarría en enero de 1962 fue la acción desesperada de un jefe militar que no tenía a quien representar, pues la pequeña burguesía trujillista antioligárquica se encontraba ya desmantelada y políticamente destruida por la presión del frente oligárquico,

al que se habían sumado el 14 de Junio y el Partido Socialista Popular. Unos días antes de ese golpe Rodríguez Echavarría llegó al despacho de Balaguer en el momento en que Morales Carrión, subsecretario de Estado norteamericano, y el cónsul Hill le pedían a Balaguer enérgicamente que abandonara el poder. “Excelencia, ¿pero por qué no declara ahora mismo personas no gratas a estos señores?”, le preguntó Rodríguez Echavarría al Dr. Balaguer. Ahora bien, mantener un gobierno de criterio burgués, reformista, con tendencias a mejorar la situación de las masas del país, era una tarea difícil, dado que la debilísima burguesía nacional, entonces más débil que ahora, había huido con los Trujillo o estaba siendo arrastrada vigorosamente por el frente oligárquico, lo que no es extraño, visto que los izquierdistas y marxistas formaban filas con ese frente. La debilidad del gobierno de Balaguer hacía imposible la lucha y su caída arrastraría a Rodríguez Echavarría; en ese momento, éste, que se veía condenado sin remedio por sus encarnizados enemigos de la oligarquía y de las izquierdas —un bloque increíble en que estaban desde el subsecretario de Estado de los Estados Unidos hasta los voceros de Marx—, dio el golpe de enero de 1962, que tampoco fue un golpe típico porque fue ejecutado con la aprobación del Dr. Balaguer. Tres días después, la oligarquía dio el suyo, con el cual quedó inaugurada en el país la etapa de los golpes militares. Cuánta no sería la confusión general, que en ese golpe participó el entonces mayor Rafael Fernández Domínguez, que era el militar dominicano más resueltamente opuesto a que en Santo Domingo se estableciera un gobierno de oligarcas. Años después, a fines de 1964, al leer *Crisis de la Democracia de América en la República Dominicana*, Fernández Domínguez comentó en mi presencia: “¡Con qué facilidad nos engañaron!”.

El golpe que dio Rodríguez Echavarría en enero de 1962 fue un acto desesperado, pues Rodríguez Echavarría no estaba al servicio de la oligarquía y los golpes militares latinoamericanos —hasta que se dio el del Perú, en octubre de 1968— han sido el método de lucha propio de la oligarquía. Las burguesías de nuestros países hacen revoluciones o toman el poder mediante elecciones, cuando estas —cosa rara— son efectivamente libres y limpias. Pero el golpe que derribó la efímera junta formada por Rodríguez Echavarría y Balaguer fue un golpe auténtico de la oligarquía, el primero que iba a conocer la historia de nuestro país. Puesto que no fue el clásico golpe oligárquico, el de Rodríguez Echavarría apenas se sostuvo tres días; así, no logró el poder, puesto que no lo retuvo. ¿Y cómo iba a retenerlo, si al disponerse a tomarlo lo hizo enfrenándose, antes que a nadie, a los Estados Unidos, el más poderoso de los sectores que forman los frentes oligárquicos de la América Latina?

Hay unos cuantos puntos que deben estar claros en la mente de todo el que quiera conocer la tesis de la *Dictadura con respaldo popular*, y uno de ellos es el siguiente: los golpes militares han estado siendo, hasta octubre de 1968, el método de lucha de la oligarquía frente a las burguesías latinoamericanas. La historia de los golpes de Estado en nuestros países comienza cuando a raíz de la Primera Guerra Mundial —1914-1918— se formaron sectores burgueses en América o se reforzaron los que estaban en formación desde principios de este siglo; y cada vez que esos sectores pretendieron organizar las sociedades latinoamericanas a la manera burguesa, con democracia representativa, con reglas del juego político, las oligarquías los sacaron del Gobierno con golpes de Estado. Antes de esa época, iniciada hacia el 1930, había pronunciamientos y guerras civiles, pero no golpes militares. Rafael Leonidas Trujillo no le dio un golpe de Estado al

presidente Vásquez; simuló un movimiento revolucionario para echarlo del poder. Los golpes de Estado, a la manera clásica, comenzaron en Santo Domingo en enero de 1962, después de haber quedado organizado el frente oligárquico nacional.

¿Por qué han estado recurriendo los frentes oligárquicos a los golpes militares para ir al Gobierno?

Porque la fuerza armada es la base de sustentación del Estado y se halla en todos nuestros países en manos de la pequeña burguesía militar, partidaria de la oligarquía. Y sucede que esa pequeña burguesía pro-oligárquica tiene escasa preparación política y muchos apetitos de dinero, tierras, casas lujosas, automóviles pescuezos largos y prestigio social, de manera que es fácil llevarla a acciones aventuradas. Ahora bien, no todos los oficiales de las fuerzas armadas han entrado en ellas para satisfacer esos apetitos. En el caso de la República Dominicana podemos mencionar a Rafael Fernández Domínguez y Francisco Alberto Caamaño, para poner dos ejemplos nada más. Ninguno de ellos tenía que buscar en el ejército ventajas económicas o sociales; ambos eran hijos de padres ricos que habían desempeñado altas posiciones militares.

Otros fueron a los cuarteles porque tenían verdadera vocación de soldados, y tal es el caso de Manuel Montes Arache, Héctor Lachapelle, Mario Peña Taveras, Hernando Ramírez y tantos otros como ellos.

Los sociólogos de encargo que tienen los norteamericanos para que les digan a sus altos funcionarios lo que quieren oír, establecieron como una regla invariable que los ejércitos latinoamericanos están mandados por oficiales que forman una casta militar, y están equivocados de medio a medio: nuestros ejércitos están formados por pequeña burguesía, generalmente de origen campesino provinciano, que se pone el uniforme porque cree que con él asegurará su ascenso a niveles sociales más altos, y en todo caso nuestros ejércitos no son ni han sido

nunca organizaciones monolíticas, lo que sería contrario a la naturaleza propia de la pequeña burguesía. Desde los primeros años de su régimen Trujillo tuvo que matar militares que conspiraban contra él; a veces eran coroneles como Blanquito y Aníbal Vallejo; a veces eran capitanes, como Marchena, a veces eran sargentos, cabos y rasos. Ahora bien, golpistas, propiamente golpistas, y especialmente para derribar gobiernos democráticos, esos son nada más aquellos que forman filas en los frentes oligárquicos.

Una de las contradicciones irreconciliables que tienen los norteamericanos por delante es la de conseguir que los frentes oligárquicos sigan funcionando, pero con métodos democráticos, es decir, con métodos burgueses, pues las oligarquías no tienen reglas del juego ni aceptan nada parecido a eso. Mientras haya frentes oligárquicos en la América Latina, los yanquis no podrán hacer funcionar la llamada democracia representativa, y si no hay frentes oligárquicos no podrán los señores norteamericanos mantener a nuestros países en la situación colonial en que los tienen ahora. Podrán obtener que se celebren de vez en cuando elecciones hechas bajo el terror y con fraudes; quizás logren una apariencia democrática a la fuerza y absolutamente mecánica y formal. Pero nada más. Y como es lógico, así contribuirán ellos mismos a desacreditar cada día más la palabra democracia.

La que da los golpes militares es la pequeña burguesía militar partidaria de la oligarquía; los que los estimulan políticamente son los sectores restantes de la porción nacional de la oligarquía, y quien ha estado dando la orden para que se desaten los golpes, por lo menos hasta octubre de 1968, ha sido el sector norteamericano de los frentes oligárquicos.

En enero de 1962, cuando la situación política de la República Dominicana era tan confusa que hasta los marxistas tropezaban en la oscuridad, Fernández Domínguez, que era

instintivamente antioligárquico, actuó en favor del frente oligárquico en septiembre de 1963; Francisco Alberto Caamaño fue golpista y Fernández Domínguez antigolpista. Pero en 1965, cuando se habían disipado todas las confusiones, Fernández Domínguez y Caamaño estaban juntos en una misma trinchera, y con ellos estaban todos los militares de origen pequeño burgués que no se plegaron al frente oligárquico, o que habiéndose plegado antes del golpe de 1963 hicieron conciencia rápidamente porque vieron a sus jefes y a algunos de sus compañeros amontonando dólares y tierras, casas y queridas, con lo que se dieron cuenta de que el gobierno constitucional de 1963 no había sido derribado porque era comunista sino porque era antioligárquico, no se entregaba a los intereses de la oligarquía ni fomentaba su crecimiento haciendo ricos de la noche a la mañana, mediante negocios sucios, a pequeños burgueses civiles o militares.

Es un error creer que en Santo Domingo hay oligarquía trujillista y oligarquía antitrujillista. No puede haber oligarquía trujillista; lo que hay es antiguos trujillistas que son hoy oligarcas o aspirantes a ser miembros del frente oligárquico. Ahora bien, la oligarquía dominicana está dividida en grupos y algunos de estos llaman trujillistas a los demás. ¿Por qué sucede eso? Pues porque el sector civil y militar de la pequeña burguesía que se halla adscrito al frente oligárquico ha crecido enormemente desde la desaparición del régimen de Trujillo, y ya es tan numeroso que no hay cargos ni negocios sucios para todos sus miembros. Unos están sentados a la mesa, comiéndose los manjares más finos; otros están fuera del comedor mirando con ojos desorbitados el banquete que están dándose los otros, y los que miran a través de los cristales a los que están engulléndose el país quieren romper las puertas, sacar a patadas a los tragones y sentarse ellos a comer, y para disimular ante el Pueblo sus intenciones verdaderas acusan a

los de adentro de trujillistas. ¿Cómo? Ahora son trujillistas, pero a fines de 1965 y a principios de 1966 estaban juntos, se ayudaban entre sí; todos, o casi todos, eran balagueristas convictos y confesos y hacían campaña en favor del Dr. Balaguer; de manera que entonces, ayer como quien dice, el Dr. Balaguer no era trujillista ni lo eran los hombres que le rodeaban, pero ahora lo son.

No hay oligarquía trujillista ni oligarquía antitrujillista como no hay oligarquía católica ni anticatólica; que se le ocurra a un sacerdote hablar de reforma agraria y será acusado en el acto de comunista peligroso por los muy católicos latifundistas y por todo el frente oligárquico. En ese frente hay antiguos trujillistas, especialmente algunos de los que se enriquecieron con Trujillo sin que llegaran a ser burgueses, pues la formación de una burguesía es una tarea que toma mucho tiempo y no se realiza en treinta años; así, pues, a la muerte del dictador hubo muchos trujillistas que hicieron fortuna bajo la tiranía y se quedaron, en el orden social, en el bajo nivel de los sectores que poco después iban a formar el frente de la oligarquía. El trujillismo cometió muchos crímenes, pero ése fue sólo uno de sus aspectos, y no precisamente el positivo; de manera que no podemos caer en la ligereza de llamar trujillista a todo el que mata, apalea, tortura o persigue. Podríamos llamarlo también baecista, puesto que eso se hizo en los tiempos de Báez, o lilisista, porque se hizo en los años de Heurieux.

Los ricos del trujillismo que no pasaron del nivel de la oligarquía son oligarcas sin Trujillo, y la pequeña burguesía que en los días de Trujillo era trujillista y por tanto antioligárquica, ha pasado hoy al campo de la oligarquía porque no tiene un líder de la burguesía a quien seguir. Ese líder fue Balaguer en 1961 y debió seguir siéndolo después. Pero ahora no lo es porque se trasladó al campo oligárquico con armas y bagajes. Y no es ni siquiera el líder de la oligarquía;

es su servidor, cosa diferente aunque parezca que es igual. Desde el punto de vista social, político e histórico, el Balaguer de 1969 es totalmente distinto al Balaguer de 1961. En 1961 fue una víctima del frente oligárquico; en 1969 es su instrumento. Esas explosiones de cólera que tiene a menudo, esas incoherencias en que cae tan frecuentemente, en ciertos casos hasta varias veces en un mismo discurso, son las manifestaciones externas de su drama personal, el de no haber conseguido ser el líder del trujillismo, porque éste desapareció al desaparecer Trujillo, ni ser el líder del frente oligárquico, que lo usa para sus fines y lo echará del poder tan pronto pretenda, siquiera, comportarse con alguna independencia. Eso, por lo demás, está en la naturaleza y el destino de un político pequeño burgués sin ideología en un país donde la burguesía no tiene sustancia histórica, económica o social.

Para no incurrir en equivocaciones costosas, los luchadores del Pueblo tienen que hacerse cargo de que la República Dominicana está gobernada por una porción del frente oligárquico nacional, pero el frente es amplio y en él hay mucha gente que no participa en el Gobierno y desea tomarlo por asalto. Este sector de la oligarquía está compuesto predominantemente por pequeños burgueses, que por sus vínculos de clase y por sus actividades anteriores tienen contactos e influencia entre los militares. Las contradicciones que se presentan hoy en el aparato del Estado y de las fuerzas armadas no son entre la débil y escasa burguesía y el frente oligárquico, como sucedía en 1964 y en 1965. Quien desató la Revolución de Abril fue la escasa y débil burguesía nacional, porque fueron sus representantes militares los que le dieron armas al Pueblo. El PRD estaba entonces aliado al sector políticamente burgués de las fuerzas armadas porque era éste, y no otro, el único que estaba en capacidad de organizar y de iniciar un movimiento que tendría el respaldo del Pueblo, no había ningún

otro sector militar que pudiera hacerlo ni podía hacerlo el Pueblo por sí solo, dado que no disponía de armas.

Quede claro para todo el mundo que la revolución de 1965 fue el resultado de las contradicciones entre la débil burguesía dominicana y el frente oligárquico; quede claro también que el 24 de abril esa burguesía débil resultó ser más fuerte que la poderosa oligarquía, que se había corrompido en menos de dos años de poder, y esa mayor fortaleza de la burguesía se debió a que el Pueblo se puso de su parte y en pocos días de lucha barrió al frente oligárquico. Pero quede claro asimismo que ese frente oligárquico quedó reforzado de tal manera cuando sus socios yanquis invadieron el país y le prestaron su enorme poderío, que la burguesía nacional, atemorizada hasta los huesos, no se atreve ahora a levantar la cabeza y lleva disciplinadamente el paso que le marca la oligarquía. Así, aunque en el fondo subsistan las contradicciones entre oligarquía y burguesía, porque se hallan en la raíz de la composición social dominicana, nadie debe esperar que salgan a la superficie política y provoquen otro estallido como el de 1965. La lucha, pues, está ahora entablada entre fuerzas distintas; debe ser y será la del Pueblo contra el frente oligárquico, y en las filas del Pueblo estará una parte de la burguesía, quizá la más pequeña, pero la más resuelta; la que es capaz de dar la batalla por sobrevivir con independencia y dignidad.

Ahora bien, esa lucha del Pueblo desembocará en un desastre si cada quien pretende hacerla por su cuenta, bajo su dirección exclusiva, con criterios particulares e interpretaciones rebuscadas, como esa de que hay oligarquía trujillista y oligarquía antitrujillista. La oligarquía es una sola y aunque se divida en grupos que se disputan el poder, usará siempre ese poder contra el Pueblo.

La lucha contra la oligarquía requiere la unidad de todos aquellos a quienes ella persigue, oprime y explota, desde los

burgueses nacionalistas hasta los chiriperos de los barrios más pobres, desde la pequeña burguesía revolucionaria hasta los trabajadores. Entre oligarcas y pueblo no puede haber paz ni alianza ni entendimientos, y el que lo ignore despertará un día —o una noche— con su aliado de ocasión convertido en su enemigo mortal.

Si es que despierta en este mundo y no va a despertar en el otro con el puñal oligárquico clavado en el corazón.

París,
19 de julio, 1969.

NECEDADES ACERCA DE LA BURGUESÍA NACIONAL

I

Es una necesidad infantil hablar de revolución contra la burguesía en la República Dominicana. Los grandes jefes de la revolución mundial, como Lenín y Mao Tse-Tung, dirían que eso es oportunismo de izquierda; para nosotros se trata simplemente de ignorancia; una ignorancia sólida de lo que es la realidad social de nuestro país.

Cuando Marx y Engels escribían acerca de burgueses y burguesía lo hacían para un público que no necesitaba definiciones de esas palabras puesto que los europeos sabían desde el siglo XI, y más aún desde el XII —es decir, desde los años de 1001 en adelante—, qué cosa era un burgués y qué cosa era la burguesía. Los padres del socialismo científico no llegaron a sospechar que cien años después de haber ellos escrito tantas veces las palabras burgués y burguesía iban a salirles en la América Latina, y especialmente en Santo Domingo, unos pseudodiscípulos que le aplicarían el mote de burgués, con el mayor desparpajo, lo mismo al que tuviera una casa propia y nada más, que a un latifundista oligarca.

Originariamente la palabra burgués significó habitante de un burgo, es decir, de uno de los numerosos poblados o villas que se formaron en toda Europa cuando se produjo el aumento de la población, cosa que sucedió en la primera mitad del siglo X, esto es, del año 901 al 950. Dos siglos después, para

el 1150, los burgos eran los únicos lugares donde se permitía el funcionamiento de talleres artesanales y de comercios de mercancías y dinero, con lo cual los habitantes de esas pequeñas villas se distinguían de los campesinos no sólo porque vivían en poblados y los campesinos en los campos, sino además —y sobre todo— porque los medios de vida de aquéllos eran distintos de los medios de vida de estos: los burgueses eran comerciantes, maestros de talleres y artesanos; los campesinos eran agricultores. Los campesinos que abandonaban los campos —o porque al multiplicarse la población no había tierras para todos o porque iban a las guerras y se quedaban perdidos en territorios lejanos— podían vivir en los burgos trabajando en los talleres artesanales que producían para la venta en países lejanos, de manera que pasaban a desempeñar el papel de obreros asalariados, pero no eran burgueses ni podían aspirar a ser burgueses. En esos tiempos el burgués tenía que mostrar ante los demás el certificado de que había nacido en un burgo, de que había tenido siempre buena conducta y de que era o comerciante o maestro o artesano o aprendiz.

Hubo, pues, una época en que la palabra burgués tuvo dos valores simultáneos: el de habitante de las villas o los burgos —muchos de los cuales pasarían a ser más tarde ciudades— y el de personas que tenían funciones económicas determinadas. Con el andar del tiempo esta última significación sería preponderante, y un hombre acabaría siendo un burgués debido a su posición en las relaciones de producción, no debido al lugar donde viviera.

Eso lo sabían perfectamente todos los lectores europeos de Marx y de Engels en el siglo XIX, y sabían más: sabían que había burgueses, pequeños burgueses y nobles terratenientes, y no los confundían. Los pueblos de Europa tenían un conocimiento tan natural de las diferencias que había entre

un burgués y un pequeño burgués como lo tiene un campesino dominicano de las diferencias que hay entre un ñame y un mapuey. Esto se explica porque Marx y Engels escribieron en el siglo XIX para pueblos que conocían a los burgueses y a los pequeños burgueses —y también a los nobles— desde hacía nueve siglos.

La sociedad europea estaba claramente definida centenares de años antes de que Marx y Engels crearan el socialismo científico. En el 1200 y tantos había bancos; en 1375 se usaban cheques; en los archivos de un comerciante florentino llamado Francesco Datini, que murió en 1410, se han encontrado más de cien mil cartas de los agentes y clientes que tenía en Italia, Francia, Inglaterra y otros países. ¿Habría, por ventura, un burgués dominicano que pueda presentar algo parecido? En lo que se refiere a los obreros, hubo huelgas en 1245; en 1274 los tejedores y los bataneros de Gand, que no podían sufrir las condiciones de explotación en que se hallaban, decidieron abandonar el trabajo y el lugar e irse a Brabante, y en el siglo siguiente, a partir de 1320, las rebeliones de los trabajadores se extendían por toda Europa.

Es difícil que algunos de los llamados marxistas de nuestro país alcancen a darse cuenta de todo lo que palpita en cada frase de Carlos Marx, porque los dominicanos desconocemos la historia de Europa y Marx escribió para pueblos en los que hasta los más ignorantes sabían qué quería él decir cuando hablaba de la sociedad europea. Así, palabras que son claves en lo que dijo Marx resultan deformadas por nuestra experiencia histórica, que es muy peculiar porque nosotros no llegamos a conocer el régimen feudal y por esa razón no pasamos por el período de formación de la burguesía tal como esa formación se produjo en Europa. Se da el caso de que tenemos predicadores e ideólogos del marxismo que han vivido en París, o han visitado la capital de Francia y no alcanzaron a

darse cuenta de que esa ciudad fabulosa fue obra de la burguesía; que la burguesía francesa del siglo XV construyó el Louvre, un palacio gigantesco que tiene más ladrillos, más piedras, más mano de obra y dirección que todos los grandes edificios de la Capital juntos; y decimos todos, desde la Fortaleza y la Catedral y el Alcázar de los Colones hasta el edificio Copello. El que haya visto París y vea Santo Domingo se da cuenta, si es que tiene ojos en la cara para ver, y no de adorno, de qué fue lo que hizo una burguesía europea y qué ha hecho una sociedad informe, que todavía no ha cuajado.

Marx y Engels no cayeron un buen día del cielo, armados de su ciencia filosófica e histórica. El mundo no comenzó con ellos y ni siquiera comenzó con ellos la historia de las ciencias sociales ni el estudio de la economía política y mucho menos la filosofía de la Historia. El mismo Marx dijo que él no fue el descubridor de la lucha de clases, y claro que no podía serlo porque todos los historiadores europeos sabían que en Europa había habido terribles guerras sociales como la de los trabajadores de la lana de Florencia, que se alzaron en 1378-1382 contra la burguesía de aquella ciudad italiana, o la de campesinos, artesanos y trabajadores ingleses, que tuvo lugar en 1381. Entre los levantamientos masivos de las capas populares del siglo XIV y la mitad del siglo XIX, cuando Marx y Engels echaron las bases del socialismo científico, Europa vio muchas revoluciones; algunas locales, como la inglesa del siglo XVII, y algunas universales, como la francesa del siglo XVIII. Del estudio de esas revoluciones y de sus causas Marx y Engels sacaron un método para pensar, no una fórmula mágica que se aplica a todas las situaciones. Así, llamarse marxista no es repetir como papagayo lo que dijeron Marx y Engels; es aplicar su método al análisis de cualquier situación social y sacar de ese análisis conclusiones correctas.

Las más importantes de las revoluciones que tuvieron lugar entre el siglo XIV y el XIX fueron hechas por la burguesía. ¿Por qué? Porque ésta fue el agente de los cambios sociales que iba a producir el capitalismo, así como el proletariado sería a partir de 1917, el agente de los cambios sociales que acabaría estableciendo el socialismo en una gran parte del mundo. La burguesía vino a tomar el poder político en casi toda Europa —no en toda ella— al terminar el siglo XVIII y al comenzar el XIX, pero era una fuerza social pujante desde hacía setecientos años, y desde hacía quinientos era dueña y señora de muchos, sino de todos, los medios de producción, y no era dueña de todos porque la nobleza siguió teniendo el dominio de grandes extensiones de tierras. Marx y Engels conocían la historia de la burguesía y sus lectores no se confundían cuando ellos escribían la palabra burgués y cuando ellos establecían la distinción entre la burguesía y la pequeña burguesía, pero tampoco confundían a la burguesía de 1840 ó 1850, a la burguesía de grandes comerciantes, armadores de buques y banqueros del siglo XIV, del XV o del XVI.

Para Marx, para Engels y para todos sus lectores, un burgués del siglo XIX era el capitalista que disponía de capitales suficientes con que comprar fuerza de trabajo en la cantidad necesaria para ganar con esa fuerza de trabajo sumas importantes de dinero; no era, ni podía ser, un empleado público o privado que ganaba 300 ó 500 pesos al mes. Marx era tan preciso en esa materia que en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* —y no doy la ficha bibliográfica porque los lectores pueden hallar la cita en cualquiera de las numerosas ediciones de ese trabajo, uno de los más conocidos del autor de *El Capital*— decía que en los Estados Unidos no había todavía definición de clases. Eso lo escribía Marx en 1851, cuando los Estados Unidos no eran ni remotamente las trece colonias pobladas por tres millones de habitantes que habían sido en los días de

George Washington. En 1851, los Estados Unidos estaban desparramados por todo el territorio continental que ocupan hoy; eran dueños de las llanuras del Mississippi y de la Florida y le habían arrebatado a México, California y Arizona, Texas y Nuevo México; iban del Atlántico al Pacífico y de las fronteras del Canadá hasta las orillas del golfo de México; su poderío industrial y financiero los había llevado al rango de una potencia mundial y unos diez años después el desarrollo industrial de los estados del Norte provocaría la guerra con los estados algodoneros y esclavistas del Sur.

¿Qué hubiera dicho Carlos Marx en ese mismo año de 1851 de las clases dominicanas? Nosotros éramos entonces apenas unas 30 mil familias perdidas en más de 50 mil kilómetros cuadrados de tierras cubiertas de bosques en las que no había ni un metro de carretera, ni un puente de ladrillo o madera, ni una alcantarilla, ni un canal, ni un muelle de piedra, ni una fábrica de nada. Si uno de nuestros seudomarxistas de hoy hubiera vivido en 1851 y le hubiera dicho a Marx que en Santo Domingo había burguesía, el descubridor de la plusvalía, que era hombre de malas pulgas, le habría soltado un torrente de palabrotas entre las cuales no habría faltado el calificativo de idiota; y es probable que ese dominicano hubiera acusado a Carlos Marx de pensador burgués, lacayo de la burguesía y otras linderas por el estilo, que así de arrogante es la ignorancia.

La burguesía no se forma en lo que se revuelca un burro, en Europa necesitó varios siglos para desarrollarse y establecerse como directora y gerente de la sociedad. En los primeros tiempos se mantuvo vinculada a la nobleza terrateniente y gobernante —y al mismo tiempo en lucha contra ella, si bien no de manera abierta—; después cubrió una larga etapa de varios cientos de años en que tuvo el control de la economía pero dejó el control político a la nobleza, que en muchas ocasiones era la servidora y el instrumento de los

planes de expansión de la burguesía, y al fin junto con pequeños burgueses, artesanos, trabajadores, campesinos libres y los restos de servidumbre campesina que habían quedado en Europa como bolsones del pasado, se lanzó a hacer la gran revolución burguesa de tipo universal, que fue la de Francia. En nuestro país, los intentos de formación de burguesía fracasaron de manera lamentable porque no teníamos la estructura social necesaria para dar ese paso, y fue sólo después de 1930 cuando Trujillo pudo crear una burguesía limitada a miembros de su familia y a algunos de sus colaboradores más cercanos.

Y sin embargo, a pesar del poder increíble que tuvo Trujillo, a pesar de la brutalidad casi salvaje con que se impuso a todo el país, podemos ver en su régimen abundantes manifestaciones de lo que podríamos llamar la etapa de transición de una sociedad europea del período preburgués al burgués; ejemplo, podemos comparar la empresa familiar de los Trujillo con la de los Médicis en los siglos XIV y XV, haciendo la salvedad de que debido a nuestra arritmia histórica Trujillo tuvo que usar necesariamente métodos más violentos que los Médicis porque la burguesía que él creó no era el producto natural de una sociedad que había pasado a ser, de puramente agrícola en el siglo VIII, artesanal y mercantil en el siglo XII. Para los años de 1450 y tantos, la casa de banca de los Médicis operaba en numerosos lugares de Europa y era, como dice Henri Pirenne (*Histoire économique et sociale du Moyen Âge*, p.184) “de un poder financiero tal, que el mundo no había visto nada igual hasta entonces”; de manera que cuando Cosme de Médicis pasó a ser a finales de ese siglo el gobernante de Florencia, su ascenso al poder político de la república florentina fue algo simplemente natural. A causa de nuestra arritmia histórica, el caso de Trujillo fue distinto. Trujillo tomó el poder siendo un pequeño burgués y usó el poder para convertirse en burgués, su paso de la pequeña

burguesía a la burguesía fue violento y además demasiado rápido, y por la misma razón, de una brutalidad sin ejemplo. Trujillo tuvo que hacer él sólo, valiéndose de la fuerza, lo que los Médicis, y tantos otros como ellos, hicieron como resultado de un cambio social que fue operándose a lo largo de centenares de años. Por detrás de Trujillo estaba únicamente el poder; por detrás de los Médicis estaban sus padres y abuelos, grandes banqueros, y toda una organización social con tradición y con miles y miles de personas que estaban al servicio de esa organización y de esa tradición.

Por esa misma razón, cuando desaparecieron los Médicis no desapareció la burguesía florentina, que era anterior a ellos y seguirá desarrollándose sin ellos; pero como Trujillo actuaba en un cuasi vacío social, cuando él desapareció lo que le quedó al país fue ese vacío social, que la oligarquía pasó a ocupar, llevada de la mano por el imperialismo norteamericano, que es su promotor, su organizador y su beneficiario. Para que la burguesía hubiera podido quedarse y mantenerse en el poder después de la muerte de Trujillo, éste hubiera necesitado vivir y gobernar por lo menos treinta años más y hubiera tenido que dedicarse a multiplicar el número de burgueses dominicanos de tal manera que los negocios de esos burgueses hubieran dado trabajo y beneficios a todos los dominicanos. Quizá treinta años más de trujillismo no habrían alcanzado para tanto, pues una burguesía necesita mucho tiempo para formarse y desarrollarse, y de todos modos, las circunstancias del mundo no permitían que el régimen de Trujillo sobreviviera usando los métodos de terror que lo mantuvieron en el poder durante casi un tercio de siglo; pero haciendo abstracción de esas circunstancias, tal vez en treinta años más Trujillo habría podido multiplicar por algunos centenares, el número de burgueses que había formado en sus días de poder ilimitado.

Da risa, por no decir otra cosa, leer a esos nenes del marxismo, que tienen todavía la leche en los labios, repitiendo como discos rayados la consigna de la revolución del proletariado dominicano contra la burguesía nacional. Como hablan por boca de ganso, sin enterarse de lo que están diciendo, a la hora de analizar cualquier episodio de nuestra historia se enredan como esos bollos de hilo de lana con los que se pone a jugar el gato de la casa y después no hay quien pueda hallar la punta del hilo. Son maoístas, pero no han leído lo que dijo Mao Tse-Tung en 1949, cuando era ya vencedor de Chiang Kai-Shek y tenía bajo su mando un enorme ejército victorioso. En Cuba había ferrocarriles en 1839, lo que ofrece una idea del desarrollo de ese país, y sin embargo Fidel Castro vino a hablar de proletariado, más de dos años después de hallarse en el poder.

Pero las lecciones de China y de Cuba no les sirven para nada a los ultrarradicales de la revolución dominicana.

Zadar, Yugoslavia,
agosto de 1969.

II

Una cosa es plantear el problema de quién habrá de dirigir la inevitable revolución dominicana y otra es hablar en nuestro país de revolución del proletariado contra la burguesía. Los que se preguntan aquello se sitúan en un terreno que puede ser, y debe ser, materia de discusión; los que dicen lo último lo presentan como un dogma, actitud que se parece mucho a la de los que rechazan lo bueno porque prefieren lo perfecto.

Los enemigos a quienes hay que combatir y derrotar en la República Dominicana son los sectores que componen el frente oligárquico, empezando por el más poderoso y el más desalmado de ellos, el imperialismo pentagonista. Aunque los burgueses quisieran tragarse el país no podrían hacerlo

porque son pocos, son débiles y además la mayor parte de ellos está ahogada bajo el poder de la oligarquía. Y como si eso no fuera bastante, los burgueses de Santo Domingo no forman un grupo homogéneo o monolítico, no son una fuerza unida; de manera que a la debilidad natural que les comunica su escaso número y a la debilidad generada por su pequeño poder económico hay que agregar la debilidad provocada por su división.

Esa división no se origina tanto en la competencia por un mercado reducido en el que apenas hay firmas competidoras dentro del sector de la burguesía y sin embargo las hay en el de la oligarquía; la división se debe más que nada a la posición de cada burgués frente a la presión que ejerce sobre todo el país el componente norteamericano de la oligarquía nacional.

Las posibilidades de desarrollo de la burguesía dominicana están limitadas por el tipo de dependencia que le imponen los Estados Unidos. O aceptan lo que estos exigen o se la lleva quien la trajo. En primer lugar los yanquis quieren para sí solos, y a lo sumo con socios dominicanos minoritarios, los mejores negocios que funcionan actualmente o pueden funcionar en el porvenir, y los consiguen porque tienen a su servicio el poder público y además porque hay una masa pequeño-burguesa convencida de que las empresas norteamericanas que se establecen en el país son favorables a nuestro desarrollo, y esa masa mantiene una opinión pública favorable a los planes norteamericanos. Las firmas que producen para la exportación dependen del mercado norteamericano para vender sus productos, y si no se pliegan a los deseos de algún tutumpote yanqui se les aplican algunas de las numerosas y enrevesadas medidas que de una manera o de otra impiden que un producto extranjero sea vendido en los Estados Unidos; las que producen para el mercado nacional dependen de materias primas controladas

por Norteamérica o necesitan capitales que sólo pueden proporcionarles los bancos o los inversionistas norteamericanos, y en última instancia dependen de la competencia que les hagan productos similares fabricados en los Estados Unidos o en Puerto Rico.

Un líder del MPD decía hace poco en *El Nacional* que al estallar la Revolución del 1965 él y sus compañeros —que entonces eran catorcitas, no empedeístas— pensaron que el movimiento era un gancho porque en él se hallaban —son sus propias palabras— Francisco Alberto Caamaño y Héctor Aristy. Pero a esos dos nombres pudo haber agregado varios más, como por ejemplo el de Manolo Bordas, para mencionar sólo uno, pues en las filas de la Revolución hubo algunos burgueses. Lo que no hubo fue oligarcas. Los oligarcas estaban con Wessin o con Antonio Imbert, no con Caamaño, Montes Arache y Peña Taveras. Por ahí saldrán unos cuantos diciendo que era lógico que los burgueses estuvieran del lado de la Revolución dado que éste era un típico movimiento burgués; y a esos se les responde preguntándoles por qué, pues, hubo burgueses que no se atrevieron ni a entrar en la parte de la Capital que estuvo en manos de la revolución, por lo menos en los días en que no había luchas a tiros. La respuesta es simple: no entraron porque correspondían al sector burgués atrasado, ahogado, aplastado por la oligarquía, temeroso del poder yanqui, de cuya benevolencia dependen sus negocios.

El criterio marxista, mal aplicado en Santo Domingo, condujo a muchos izquierdistas a juzgar personas y hechos por las apariencias. Así como afirmaban que el ejército dominicano era un bloque monolítico de mentalidad trujillista, así creían que lo que ellos llamaban burguesía era también un bloque monolítico formado por todos los que tenían algo. Deducían la posición política de la gente por el traje que ésta usaba. El

que usaba traje militar era un trujillista empedernido, de quien sólo podían esperarse palos y tiros; el que tenía un buen empleo era un burgués despreciable situado en la misma posición que un latifundista, y sólo eran revolucionarios los que se reunían en la calle El Conde a hablar de la revolución proletaria contra la burguesía; y los infelices que sólo tenían los treinta días del mes y la ropa sucia eran el lumpemproletariado, “el lumpen”, en el lenguaje de los círculos revolucionarios.

Esos izquierdistas de visión limitada bautizaron con el nombre de “burguesía aliada del imperialismo” a un fantasma que sacaron de lecturas mal aplicadas, pues lo que había en Santo Domingo era una oligarquía, y reburujados con ella, como pollos en medio de una cría de pavos, unos cuantos burgueses sin orientación, sin ideas claras, demasiado ligados al poder norteamericano para poder actuar con independencia, y unos pocos que cantaron y pelearon como gallos de calidad cuando sonaron los tiros de Abril. Si fuéramos a medir la proporción de unos y otros por lo que podríamos llamar la burguesía editora de periódicos, diríamos que de cada cuatro burgueses, uno estuvo con la Revolución, uno no se atrevió a definirse y dos se hallaban en el frente oligárquico. No tenemos por qué dar nombres y apellidos porque en Santo Domingo nos conocemos todos, pero el primero se llama Rafael Molina Morillo, cuya empresa fue dinamitada debido a que la revista *¡Ahora!* mantuvo la defensa de la Revolución; además, dos de sus empleados fueron muertos mientras realizaban su trabajo habitual.

Si hay algún país de América en que se ha demostrado con sangre y fuego que la burguesía es débil, que su mayor parte está plegada al frente oligárquico, pero que en ella hay hombres capaces de luchar contra el poder casi incontrastable del componente más poderoso de la oligarquía, que es el pentagonismo, ese país se llama la República Dominicana. La

lucha en Santo Domingo se hizo con fusiles, no con palabras; con aviones, tanques, cohetes, bazookas y cañones, no con discursos. Y del lado de la Revolución hubo burgueses, de manera que hay que ser ciego y sordo de nacimiento para seguir hablando, después del 24 de abril, de una burguesía que no existe en la forma y en la cantidad en que la habían visto los izquierdistas exagerados. Parece, pues, fuera de dudas que si la burguesía dominicana no es lo que habían creído algunos de nuestros revolucionarios, esa burguesía no será capaz de hacer una revolución ni será capaz, desde luego, de dirigir la de la Dictadura con Respaldo Popular.

Ahora bien, hasta aquí se ha tratado ese punto a la luz de lo que es una burguesía política y social. El sector burgués a que se refiere en todos los casos la tesis de la *Dictadura con respaldo popular* es el que tiene una determinada posición en nuestras relaciones de producción y por tanto también una determinada posición en la sociedad. Ese sector no es políticamente homogéneo porque la República Dominicana, duélale a quien le duela, no es una sociedad burguesa. Pero sucede que en Santo Domingo ha habido y hay gente que sin llegar a la burguesía, ha sido y es partidaria del sistema de vida y gobierno propio de la burguesía; y sobre esa gente sí hay que hablar.

Si no el primero, seguramente el más importante de los dominicanos que lucharon por la implantación del régimen político de la burguesía en nuestro país fue Juan Pablo Duarte; puede que el último haya sido el autor de estos artículos; el último no sólo en el tiempo sino también en importancia, y quede esto dicho como un tapabocas anticipado para el que quiera hacer ironías puercas con la idea de que el autor pretende compararse con Duarte. En el caso del Padre de la Patria hay que tener presente que el régimen democrático, que es el sistema político propio de la burguesía, fue durante

todo el siglo XIX y parte del siglo XX el más revolucionario que había conocido la sociedad occidental, y dadas las circunstancias especiales de un país latinoamericano tan retrasado como el nuestro, era mucho más revolucionario en el Santo Domingo de 1838 que en la Francia de 1789, pues todo es relativo en este mundo, y hasta la intensidad de los movimientos sociales debe ser medida en relación al medio en que se producen.

La burguesía no tiene ideología

La burguesía no tiene ideología, pero creó un sistema político, que es la democracia representativa. Bajo la dictadura de Trujillo ese sistema funcionó en la República Dominicana de manera formal, no de fondo, lo que se explica porque la burguesía trujillista estaba formándose en el poder y no podía permitir que éste se le escapara de las manos. Trujillo celebró elecciones cada cuatro años; mantuvo durante todo su régimen un Congreso y los tres poderes clásicos de la democracia representativa, el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial; dio al mundo, en fin, la apariencia de que su gobierno era democrático. Duvalier hizo coca, como los muchachos abusadores que no respetan las leyes del juego, y se proclamó presidente vitalicio. Pero Trujillo, que era un burgués y necesitaba mantenerse en el poder a toda costa para consolidar y ampliar sus empresas, mantenía las reglas del juego de manera formal, si bien esa misma cualidad de formalidad denunciaba que las violaba en su esencia.

Visto en su propio tiempo histórico y en sus propias circunstancias, el caso de Trujillo es muy peculiar y por eso mismo sería una tontería insigne presentarlo como modelo de una burguesía que no instauró un sistema democrático. Sí lo instauró, sólo que en la medida en que podía hacerlo sin poner en peligro sus empresas, que eran las que le daban

categoría de burgués, y la vida de esas empresas, y por tanto la posición social de su propietario, dependían de que éste conservara en sus manos el poder político. Dados el atraso y la pobreza del país, Trujillo montaba y administraba empresas; era banca, industria y gobierno a la vez, y dentro de éste era simultáneamente el Poder Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, y de ñapa era ejército, aviación, marina y policía. Hay que repetir que el caso de Trujillo era especialísimo y en consecuencia su sistema de gobierno tenía que ser también muy especial: la democracia mecánica de una burguesía en formación que estaba realizándose como burguesía gracias a que manejaba el poder público en todos sus aspectos.

Trujillo, que era un burgués, no pudo establecer el sistema democrático cabal, tal como funciona en las sociedades burguesas, y nosotros, los pequeños burgueses que hemos pretendido organizar el país a la manera burguesa hemos fracasado totalmente, y eso, desde 1844 hasta hoy. ¿Por qué? Porque la democracia no es una doctrina política; no es el producto de una filosofía y no tiene ideología. La democracia es únicamente el orden político que produce de manera natural la sociedad burguesa, y donde no hay esa sociedad burguesa no puede haber régimen democrático. Por esa razón la democracia representativa ha funcionado en Inglaterra, Francia y Suecia y no ha podido funcionar en los países como el nuestro, donde el retraso económico y social ha impedido que se forme una masa burguesa. ¿Quién podría hacer arroz con pollo si no tiene a mano ni pollo ni arroz?

Sin la menor duda, hemos sido o locos o ilusos todos los que honestamente —porque está fuera de lugar hablar de los sinvergüenzas— hemos luchado por organizar al pueblo dominicano a la manera democrática, que es la expresión política de la burguesía, sin pararnos antes a preguntar dónde estaban

los burgueses que podían darle a esa sociedad la sustancia económica y social que necesitaba para sostenerse como república democrática. Así, pues, están perdiendo su tiempo todos los que se paran en las esquinas a gritar que la revolución dominicana no puede ser dirigida por la burguesía.

Pero también están perdiendo el tiempo los que alegan que lo que hay que hacer en la República Dominicana es la revolución del proletariado contra la burguesía. Generalmente, los que dicen eso han leído algo de Marx, de Lenín y de Mao, y sin embargo son tan ilusos como los pequeños burgueses idealistas; sueñan con una revolución perfecta, y mientras comen, caminan y discuten ven sus sueños convertidos en realidad por arte de magia, pues se da el caso de que en países escasamente desarrollados como es el nuestro, hasta los partidarios del materialismo histórico son a menudo tan ilusos como los que viven sumergidos en el mundo del pensamiento mágico.

Lo que tienen que hacer los partidarios de la revolución dominicana ahora es ponerse a trabajar en la formación del Frente de la Dictadura con Respaldo Popular; unirse todos en la tarea de formular con seriedad científica la estrategia, la táctica y los programas de la revolución para pasar después a la obra de organizar a las masas revolucionarias. Todo eso requiere mucha dedicación, mucho trabajo, y exige dejar a un lado las discusiones estériles y las actividades particulares. La revolución es un hecho vivo y la vida se crea a partir de la realidad, no se sueña a base de elementos ajenos a la realidad. La revolución será hecha y dirigida por revolucionarios, no por soñadores y mucho menos por perfeccionistas que se quedarán fuera de la revolución porque los sueños no son nunca iguales a la realidad, y la realidad que es cambiante como todo lo que vive, no puede ser perfecta.

La única y auténtica expresión de la realidad dominicana está encarnada en las masas, en sus sufrimientos, sus necesidades y sus esperanzas, y es en el trabajo con las masas donde hallaremos la respuesta a la pregunta de quién dirigirá nuestra revolución. La de Cuba no fue dirigida por el partido del proletariado sino por la pequeña burguesía revolucionaria, y la dominicana de Abril de 1965 fue dirigida por guardias. Eso no quiere decir que nuestra revolución vaya a ser o deba ser igual a la cubana ni igual a la de 1965. Quiere decir simplemente que la historia sorprende de tarde en tarde a los que consideran que la vida debe producirse tal como lo dicen los libros, o, para decirlo de manera más propia, como ellos creen que está dicho en los libros.

Zadar, Yugoslavia,
5 de agosto de 1969.

¿DICTADURA DEL PROLETARIADO? NO: DICTADURA CON RESPALDO POPULAR

Ciertos izquierdistas dominicanos que pretenden ser más radicales que Lenín y que Mao deberían meterse en la cabeza para tenerlas presente día y noche estas lecciones de la historia. 1ro., toda revolución social está limitada por la capacidad de asimilación de cambios que tiene el pueblo que la hace, y 2do., hay una relación estrecha entre la profundidad de los cambios y el tiempo en que se realizan. Soñando con establecer de un día para otro la dictadura del proletariado en Santo Domingo, algunos de los ultraizquierdistas de nuestro país pueden caer en una situación muy parecida a la de aquellos que durante más de un siglo trataron de establecer la democracia donde no había estructuras sociales y económicas que pudieran darle sustento al régimen democrático.

Fue Carlos Marx, y no Lyndon B. Johnson, el que dijo que los obreros no tienen conciencia de clase por el hecho de ser obreros; que la conciencia de clase tiene que llegarles desde fuera, esto es, de personalidades, sectores o grupos no obreros que les abran los ojos; y ése fue el papel de Marx y de Engels, darles a los trabajadores conciencia de clase. Pero Marx y Engels se dedicaron a reclutar discípulos y seguidores entre la clase obrera europea y fundaron la Primera Internacional con los obreros más capaces y más luchadores de su tiempo, no con pequeños burgueses revolucionarios. De paso, sin que ni Marx ni Engels se lo propusieran, un sinnúmero de intelectuales

pequeños burgueses que leyeron las obras de los fundadores del socialismo científico acabaron convenciéndose de que el marxismo era la salida filosófica, política y social apropiada para sus países y se dedicaron a organizar movimientos revolucionarios cuyos cuadros eran trabajadores industriales. Esos hombres fueron Lenin, Trotsky, Stalin, Mao y muchos más. La gran mayoría de los que dirigieron las revoluciones socialistas de la primera mitad de este siglo eran pequeños burgueses, aunque Tito, secretario general del Partido Comunista yugoeslavo desde 1938, era obrero. Pero si los líderes eran pequeños burgueses, las masas de los partidos que ellos dirigían eran proletarias, y a base de ellas se organizaron y se realizaron las revoluciones de Rusia y China, para mencionar sólo dos.

¿Es ése, por ventura, el caso de la República Dominicana?

No. En nuestro país los partidos que se llaman a sí mismos del proletariado están compuestos por líderes pequeños burgueses, y en ocasiones hasta de origen oligárquico. Es más, la masa obrera dominicana se halla agrupada en partidos que no son marxistas-leninistas y en sindicatos y centrales sindicales que no tienen en su dirección ni un solo líder obrero marxista-leninista. Así, si por un milagro histórico se produjera ahora mismo la revolución dominicana y se hiciera sobre el esquema de la dictadura del proletariado, quienes ejercerían la dictadura en nombre del proletariado serían los pequeños burgueses marxistas-leninistas, que en su vida han estado en una fábrica, que desconocen totalmente los problemas diarios de los trabajadores, la administración de una industria, los mil detalles que van ligados a la tarea de producir y distribuir mercancías.

“Pero eso mismo fue lo que sucedió en Cuba”, dirá con acento triunfante alguno de nuestros radicales de izquierda.

Con lo cual habrá dicho una simpleza, porque en Cuba no sucedió eso. La Revolución Cubana vino a declararse dictadura

del proletariado después que Fidel Castro echó sobre los hombres del único partido del proletariado que había en su país —el Socialista Popular— la tarea de mantener y controlar la burocracia del gobierno, la de los bancos, la de todas las empresas industriales y comerciales de la isla, la de los sindicatos y la de la propaganda. Con los ochocientos o mil hombres que bajaron con él de la Sierra Maestra, Fidel Castro apenas podía organizar y controlar las nuevas fuerzas armadas, la policía y los cuerpos de seguridad del Estado. Así, la Revolución Cubana, hecha por la pequeña burguesía revolucionaria del Movimiento 26 de Julio, pudo establecer la dictadura del proletariado algún tiempo después de haber tomado el poder gracias a que en Cuba había un partido obrero marxista-leninista establecido desde hacía más de treinticinco años. Que ese partido no hubiera subido a la Sierra; que tuviera más o menos determinadas características, que fuera o dejara de ser revisionista, según alegan los partidarios de Mao; todo eso no tiene importancia a la hora de analizar el hecho cubano dentro de sus propias circunstancias. El caso es que el Partido Socialista Popular de Cuba tenía en sus filas millares de trabajadores, y tenía trabajadores en sus comités de dirección: Francisco Calderío —alias Blas Roca—, secretario general del PSP, era un obrero; Lázaro Peña, Jesús Menéndez y Carlos Fernández, miembros del buró político del PSP, eran obreros. Así, los hombres y las mujeres del PSP cubano se llamaban miembros del partido del proletariado de Cuba y podían decirlo porque real y efectivamente el partido tenía fuerza obrera y además era el único partido marxista-leninista del país. Por otra parte, se trataba de una organización no sólo numerosa sino además muy disciplinada, cuyos líderes y cuyos cuadros no dieron nunca, por lo menos antes de la Revolución, motivo alguno de escándalo, razón por la cual eran respetados de partidarios y adversarios. Cuba no conoció las peleas a

muerte, las divisiones interminables, los desgarramientos dolorosos del movimiento marxista-leninista dominicano ni el intercambio perpetuo de insultos de toda laya que se da entre nuestros partidarios del socialismo. Algunos miembros del PSP —que ha tenido varios nombres a lo largo de sus cuarenta y tantos años de vida— abandonaron el partido y hacían una que otra declaración contra él, pero nunca llegaron a fundar organizaciones marxistas rivales.

Ese partido del proletariado cubano no se formó por casualidad ni creció alimentándose del aire. Se originó y se amplió a partir del poderoso movimiento obrero que había en el país. La República Dominicana cuenta más o menos cuatro millones de habitantes y todos sabemos cuál es la situación de las organizaciones obreras de Santo Domingo. Pues bien, cuando Cuba andaba por una cifra de habitantes igual a la que tiene nuestro país, lo que sucedía hace ahora veinticinco años, tenía una central obrera única, formada por varias federaciones, una de las cuales, la de los sindicatos azucareros, sobrepasaba los cuatrocientos mil trabajadores. La central sindical cubana no se dividió nunca, ni aun en las ocasiones en que las presiones políticas le impusieron cambios en la dirección, de manera que los obreros cubanos no pasaron por períodos de división y dispersión parecidos a los que han estado viviendo los trabajadores dominicanos desde 1961.

La unidad del movimiento obrero cubano indica que el proletariado de aquel país tenía cierto grado apreciable de conciencia de clase, así se tratara de una conciencia dentro de los marcos ideológicos del sistema capitalista. En el primer gobierno de Batista —1940-1944—, la Confederación de Trabajadores Cubanos estuvo dirigida por líderes comunistas, todos a su vez líderes y cuadros conocidos del Partido Socialista Popular; a partir de 1947 estuvo dirigida por líderes “auténticos” —del Partido Revolucionario Cubano—,

situación que se mantuvo todo el tiempo del segundo gobierno de Batista (1952-1958), y volvió a caer bajo la dirección comunista después que la revolución de Fidel Castro llegó al poder. Como puede verse, a lo largo de veinte años la gran masa trabajadora cubana se dejó dirigir por líderes comunistas a pesar de que ella no era marxista-leninista. ¿Por qué sucedió eso? Pues porque esa masa respetaba a esos líderes comunistas, que eran obreros como ella, y además porque esos líderes eran lo suficientemente numerosos como para poder prestar atención a una organización que estaba compuesta por cientos y cientos de millares de trabajadores organizados en millares de centros de trabajo y en centenares de sindicatos.

¿Puede alguien decir lo mismo del caso dominicano?

Nuestros partidarios de la dictadura del proletariado ni son obreros ni cuentan con respaldo en las masas obreras del país; son grupos pequeños burgueses que en el sentido doctrinario e ideológico defienden una tesis que sólo puede ser ejecutada por un partido de obreros, y por mucha que sea la pasión partidaria y la honestidad política de esos pequeños burgueses, con esa pasión y esa honestidad no se suple el desconocimiento de lo que son las tareas diarias de los trabajadores. Que en un partido del proletariado haya dos, tres, quince líderes pequeños burgueses, pase; pero que lo sean todos los líderes y todos los cuadros, eso es un absurdo. Un partido del proletariado sin proletarios es como un vaso de agua sin vaso y sin agua. Hasta tal punto es débil e inoperante un partido del proletariado sin proletarios, que su vida es precaria porque la ideología política de sus miembros no corresponde a su naturaleza social. Las divisiones de los partidos marxistas-leninistas, achacadas desde hace algunos años a la división del comunismo internacional, se producían en algunos de nuestros países —como por ejemplo, en Venezuela— cuando en

el mundo había nada más un gobierno comunista, que era el de la Unión Soviética. ¿Por qué? Porque se trataba de partidos formados por hijos de oligarcas y pequeños burgueses, y sucedía que unos y otros llevaban al seno del marxismo-leninismo su típica propensión a formar grupos independientes, a dividirse y atacarse sin piedad, hábitos que no son propios de los trabajadores. Tan pronto la masa obrera comenzó a ingresar en uno de los fragmentos de esos partidos, esa masa les dio unidad a los grupos dispersos.

¿Qué tipo de dictadura del proletariado, hasta ahora desconocido en el mundo socialista, establecerían en Santo Domingo los que no pueden mantenerse unidos a pesar de que tienen una base ideológica común? Y que no venga nadie a sacar el argumento de que Lenín no se unió con los mencheviques, porque lo de Lenín y los mencheviques fue otro cantar, que no se tocaba con güira y acordeón, pero además, la revolución que dirigió Lenín fue desatada a la cola de otra revolución, la que habían hecho los demócratas burgueses de Rusia para echar abajo al zarismo y a la nobleza terrateniente del país, y esa revolución democrático-burguesa estuvo a su vez originada en la gran debacle militar que estaba sufriendo Rusia a causa de la Primera Guerra Mundial y a la miseria general producida por la guerra. La situación, pues, no era la misma en la Rusia de 1917 que en el Santo Domingo de 1969.

¿Cuál es el líder de uno de los llamados partidos del proletariado dominicano que se crea un Lenín? ¿Cuál de esos partidos tiene más de cincuenta cuadros y cuál es el que tiene más de tres líderes obreros? El que lo crea que levante la mano y que diga si cree de verdad que cuenta con un genio político de la talla de Lenín y que diga si cree de verdad que con cincuenta cuadros y tres líderes obreros puede establecerse en nuestro país la dictadura del proletariado. Si dice que sí, hay que

meterlo completo, hasta el que barre el piso, en el hospital psiquiátrico del kilómetro 28 y hacerle un largo tratamiento especial para librar a todos sus cuadros del hábito pequeñoburgués de deformar la realidad y de practicar lo que los ingleses llaman el *wishfull thinking*, esto es, la tendencia a considerar el mundo tal como uno quiere que sea y no como es en verdad.

También nosotros, los pequeños burgueses demócratas que no habíamos leído a Marx y a Engels, sufrimos en un tiempo del mal de *wishfull thinking*. Creíamos que bastaba con buena voluntad y honestidad para establecer en el país el sistema democrático y la realidad nos demostró que estábamos soñando; que es imposible fundar y sostener la democracia donde no hay una estructura social basada en la existencia de la burguesía, que es la clase que da origen y sustento al llamado sistema democrático representativo. Trasladar lo que se hacía en Inglaterra a Santo Domingo era como empeñarse en que la tierra de Azua dé peras y manzanas, era una ilusión, como es ilusión trasladar a un país sin organización política verdadera del proletariado lo que logró hacerse en otros lugares donde había esa organización.

Los ejemplos de Rusia, de China o de Cuba no pueden seguirse al pie de la letra de manera global; hay que aislar uno por uno todos los factores que entraron en juego en cada caso para ver cuál de ellos fue decisivo en la victoria de la revolución. A lo mejor resultó que ese factor decisivo tenía raíces históricas tan profundas que no alcanzamos a verlas desde Santo Domingo. En Cuba se conjugaron fuerzas de naturaleza distinta, entre ellas la pasividad de los Estados Unidos, que habían recibido un castigo militar muy duro en Corea y habían recibido críticas fuertes por la intervención de la CIA y del propio presidente Eisenhower en Guatemala en el año 1954, todo lo cual hizo que el gobierno de Eisenhower no se

atrevería a ponerse frente a la revolución fidelista. Lo más importante, sin embargo, en el caso de Cuba fue que la conciencia política del pueblo estaba en un proceso de maduración desde hacía muchos años, en su última etapa, desde la lucha contra Machado, que se había iniciado en 1930, y en un sentido más amplio, desde que comenzó en 1868 la guerra libertadora, precisamente en las vecindades del sitio donde operó Fidel Castro, es decir, al pie de la Sierra Maestra. Cuando Fidel Castro subió a la Sierra todavía vivían en los campos y en los pueblos de la región oriental de Cuba veteranos de la guerra de independencia que solían contar a los jóvenes sus cargas al machete, las hazañas de José y Antonio Maceo, de Máximo Gómez y de Calixto García, de manera que Fidel Castro se movía en una tierra donde aún estaba viva la tradición de la guerra de guerrillas y donde aún se respiraba la atmósfera heroica de las luchas por la independencia.

Frutos de la maduración política del pueblo cubano fueron la unidad del movimiento obrero y el temprano desarrollo en un partido comunista, disciplinado y numeroso, dirigido por un equipo de obreros y pequeños burgueses que supieron mantenerlo unido y militante en medio de los azares más duros. Fruto de esa maduración es Fidel Castro, uno de los tres genios políticos que ha dado en toda su historia la América Latina; y tener al frente de un movimiento revolucionario a un genio político puede determinar la enorme diferencia que hay entre la victoria y el fracaso, de manera que ese factor pesa mucho a la hora de juzgar a la Revolución Cubana.

El pueblo dominicano está madurando políticamente, tal vez en forma impresionante pero también de manera irregular. Hasta el momento, ese proceso no ha dado entre nosotros resultados unitarios en el movimiento marxista-leninista ni en el de los trabajadores. A partir de 1961, los obreros dominicanos han conocido numerosas agrupaciones, entre ellas

—detalle aleccionador, que no debe pasar por alto ningún estudioso de la situación nacional y mucho menos los líderes políticos— tres o cuatro al servicio de la oligarquía. A la hora de inventariar los síntomas de la formación de una conciencia de clase entre los obreros dominicanos hay que colocar esas pequeñas, pero activas y peligrosas centrales sindicales pro-oligárquicas en el lugar que merecen como señal de atraso político y social del país y como demostración de la irregularidad de nuestra evolución.

La división del movimiento obrero dominicano y la presencia en él de grupos y de líderes situados en el frente oligárquico son aspectos de una realidad que hay que tomar en cuenta, pues tal como está dicho en el primer párrafo de este capítulo, “toda revolución social está limitada por la capacidad de asimilación de cambios que tiene el pueblo que la hace”. En eso, como en muchas otras cosas, la Cuba de 1950 nos llevaba un siglo de ventaja, y hay que partir de esa comparación si pretendemos comprender por qué Cuba pudo hacer, a partir de 1956, una revolución que los dominicanos no estamos en capacidad de hacer en 1969. Podemos hacer la revolución, pero no tan profunda como la cubana, porque, tal como se dijo antes “hay una relación estrecha entre la profundidad de los cambios y el tiempo en que se realizan”. Este tiempo es no sólo el que transcurre desde que la revolución toma el poder hasta que ejecuta los cambios; es también, y sobre todo, el tiempo histórico del país que hace la revolución.

Por otra parte, los propagandistas de una dictadura del proletariado en la República Dominicana parecen no haber advertido que ese tipo de gobierno no es solamente un sistema político; es además y sobre todo un tipo especial de organización de la economía. En el régimen de dictadura del proletariado todos los medios de producción, los grandes, los

medianos y los pequeños, pasan a ser propiedad del Estado. El cambio de sistema capitalista a la dictadura del proletariado, cuando se hace de la noche a la mañana, desata violencias tan irresistibles que Rusia no pudo hacer frente a los resultados de esas violencias y Lenín tuvo que dar marcha atrás e instaurar la llamada “nueva política económica” —la NEP—, en la cual se permitió el funcionamiento, en forma casi capitalista, de las empresas medianas y pequeñas. Aleccionados con su experiencia los rusos aconsejaron a los países del Este de Europa que pasaron al socialismo después de la guerra de 1939-1945, que actuaran con cautela, y la dictadura del proletariado se estableció en esos países gradualmente, en el curso de algunos años; en ciertos casos, como en Rumanía, Hungría, Polonia y Yugoslavia, se dejaron en función la mediana y la pequeña propiedad agrícola, y en Yugoslavia se estableció en la industria y en el comercio una modalidad completamente nueva, que fue la auto-gestión. En China se llegó a más; en China, quince años después de haber tomado Mao el poder, la burguesía industrial seguía dirigiendo sus negocios, si bien con limitaciones crecientes.

El próximo paso de la revolución dominicana no puede ser la dictadura del proletariado, y en esto tienen que ponerse de acuerdo todos los que quieren y necesitan un cambio en las estructuras de nuestro país. Ese podría ser no un paso hacia adelante sino un salto en el vacío, y nuestro pueblo no tiene reservas sociales suficientes como para dar un salto en el vacío sin quedar descalabrado para siempre. El próximo paso debe ser la Dictadura con Respaldo Popular, un régimen de justicia social y al mismo tiempo de libertades auténticas y de respeto a la voluntad de las mayorías, que no llega, sin embargo, al límite extremo de aniquilar el pequeño núcleo de la burguesía nacional, pues esa burguesía tiene todavía aspectos positivos para el país y su aniquilación no rendiría

ningún provecho a la revolución. La tarea de destruir el frente oligárquico y crear un nuevo tipo de Estado es por sí sola demasiado grande para que pretendamos complicarla sumándonos enemigos innecesarios.

A los dos meses de haberse publicado la tesis de la *Dictadura con respaldo popular*, hasta el más ciego puede ver que las masas revolucionarias y la mayoría de los dominicanos que tienen capacidad para dirigir a esas masas han acogido esa tesis como la vía de la revolución nacional, como el próximo paso que debe dar ahora nuestro pueblo. La respuesta natural de las organizaciones revolucionarias a esa disposición de las masas es adoptar la tesis y pasar inmediatamente a la formación del Frente de la Dictadura con Respaldo Popular.

Las masas están unidas. Falta ahora que se unan los que aspiran a dirigirlas.

Zadar, Yugoslavia,
10 de agosto de 1969.

EL PAPEL DE LA DÉBIL BURGUESÍA NACIONAL EN EL RÉGIMEN DE LA DICTADURA CON RESPALDO POPULAR

Saliéndonos del terreno ideológico y ateniéndonos a las distintas formas en que se llevan a cabo, las revoluciones pueden ser clasificadas según sean más o menos destructoras. Algunas han destruido casi todos los establecimientos agrícolas e industriales de los países en que tuvieron lugar, tal como sucedió en Haití al final del siglo XVIII y a principios del XIX, o en Venezuela entre 1812 y 1814; otras se desarrollaron lejos de los centros industriales y al llegar al poder hallaron intactas, o poco menos, las instalaciones industriales de las ciudades; la cubana de 1895-1898 destruyó un alto número de ingenios azucareros, y en cambio la de Fidel Castro no le costó al país ni siquiera la pérdida de un taller artesanal.

La finalidad de las revoluciones no es destruir; es convertir un sistema económico y social en otro más justo. Solamente los locos se dedican a destruir, y los revolucionarios no son locos. La justicia social consiste básicamente en distribuir de manera equitativa entre todos los habitantes de un país dado los bienes que se producen, y eso es todo lo opuesto al propósito de aniquilar riquezas y vidas humanas. Pero ha habido revoluciones destructoras porque a menudo la revolución se ve obligada a destruir, debido a la resistencia que le oponen sus enemigos. En algunos casos, cuando la revolución estalla bajo fuertes presiones y la jefatura revolucionaria no tiene —ni puede tener— control sobre las fuerzas de un pueblo que se

subleva porque ya no resiste más injusticias, las masas, llevadas por su odio a los que las explotaron y humillaron, o simplemente agujoneadas por el hambre, saquean e incendian lo que hallan a su paso, como ocurrió en las regiones campesinas de Rusia entre 1917 y 1920. En esos casos lo que se destruye es una pérdida para la revolución, que al llegar al poder se verá obligada a destinar muchos esfuerzos, capitales y trabajo a levantar de nuevo los establecimientos agrícolas o industriales, las viviendas, los puentes y los tendidos eléctricos y telefónicos que fueron destruidos en la lucha.

En los casos en que el proceso revolucionario ha sido muy violento y la destrucción ha sido consecuentemente muy grande, la tarea de llevar la producción del país al nivel que tenía antes de la revolución es durísima, y por tanto el pueblo tiene que padecer muchas necesidades. Pero cuando la revolución ha dispuesto desde el día en que tomó el poder de todo aquello que el país había acumulado a lo largo de su historia, se produce un fenómeno imprevisto, que puede conducir al gobierno de la revolución a situaciones críticas, prácticamente de vida o muerte para el régimen revolucionario. Ese fenómeno es un salto en el consumo provocado por las medidas de justicia social que toma el gobierno, es decir, por las que van dirigidas a distribuir los bienes producidos entre la totalidad de los ciudadanos. Esa crisis se explica porque las revoluciones sólo tienen lugar en los países económicamente dependientes de centros capitalistas mundiales, y en ninguno de ellos hay producción suficiente para el consumo de toda la población, dado que la producción se dirige a satisfacer las necesidades de los centros capitalistas dominantes; así, los países dependientes producen sobre todo para el mercado exterior, no para sus propios pueblos, y para poder mantener funcionando un sistema económico de esa naturaleza hay que contar siempre con una masa que consuma poco, que tenga poco

poder de consumo, de manera que la producción nacional no puede alcanzar para todo el pueblo, estado de cosas que cambia de un día para otro cuando llega al gobierno un régimen revolucionario dispuesto a hacer justicia social. Entonces aparecen de pronto consumidores en número altísimo, el consumo da un salto y el gobierno revolucionario se ve de buenas a primeras ante una situación de crisis porque no dispone de artículos suficientes para satisfacer la demanda de aquellos que se han incorporado al consumo.

En ninguna revolución podemos ver ese fenómeno tan nítidamente como en la cubana de Fidel Castro. En vez de proceder a subir los salarios tan pronto tomó el poder, el gobierno de Fidel Castro procedió a bajar el costo de la vida y a darle trabajo a todo el que quería trabajar, así como a garantizarle una pensión a todo el que por razones de edad o de inutilidad física no estaba en condiciones de realizar una tarea. Algunas medidas como la rebaja de los alquileres a la mitad, la prestación de servicios médicos completamente gratis —y en Cuba es gratis hasta el entierro—, la educación sin costo alguno, incluyendo en eso hasta libros, cuadernos y lápices, dejaron en manos del pueblo mucho dinero libre, que la gente aplicó a comprar ropa, a comprar comida, a ir a los cines. De golpe y porrazo el consumo aumentó tanto que la agricultura y la industria de Cuba no pudieron dar abasto a la demanda.

Asustados por la nacionalización de las empresas norteamericanas y al mismo tiempo estimulados por el gobierno de los Estados Unidos, que les prometió derrocar a Fidel Castro rápidamente, los burgueses industriales y campesinos de Cuba, mucho más numerosos y capaces que los de Santo Domingo, abandonaron casi masivamente sus negocios y se fueron de Cuba; de manera que Fidel Castro se vio en el caso de tener que socializar grandes segmentos de la economía del país sin estar preparado para esa gigantesca tarea; sin

que dispusiera todavía del personal administrativo y técnico capacitado para dirigir esos centros de producción. La Revolución Cubana se vio, pues, obligada a dar un salto en el vacío, y si bien eso tuvo como resultado una radicalización más profunda de la que se habían propuesto los revolucionarios, también significó a la postre años de escasez, de racionamiento, de lucha y vigilancia implacables y de sufrimientos innecesarios para el pueblo.

Ahora bien, la República Dominicana se halla en ese terreno en una situación singular, que no tiene el menor parecido con la que encontró Fidel Castro cuando tomó el poder en enero de 1959. En ese momento en Cuba no había ni una sola industria nacionalizada, es decir, toda la industria era propiedad privada y una gran parte estaba en manos norteamericanas. En nuestro país las empresas y los negocios de los Trujillo pasaron a poder del gobierno, de manera que a partir de los últimos meses de 1961 y los primeros de 1962 quedó nacionalizada un poco más de la mitad (51 por ciento) de los capitales invertidos en industrias. Del resto, el 37 por ciento era propiedad de extranjeros y sólo el 12 por ciento pertenecía a propietarios dominicanos.

Esas cifras deben haber cambiado entre enero de 1962 y agosto de 1969, puesto que de entonces acá ha habido inversiones norteamericanas —la mayor parte de ellas, aparentes, no reales— y alguna que otra nacional. Es posible que actualmente la proporción de las propiedades industriales del gobierno haya bajado y que haya subido la extranjera y la de personas o compañías nacionales. Pero de todas maneras, vamos a analizar las posibilidades que se derivan de los datos que conocemos para ver en qué medida sale de ese análisis alguna orientación acerca del papel que debe tener la burguesía dominicana en el régimen de la Dictadura con Respaldo Popular.

En primer lugar, hay que fijarse en el lugar que ocupa esa burguesía nacional en esos números que hemos dado hace un momento. Como se ve, es el último (un 12 por ciento de las inversiones en industrias); pero aún así esa cifra no dice toda la verdad porque el dato no está desglosado de tal manera que podamos enterarnos de cuál es la proporción de ese 12 por ciento que corresponde a establecimientos industriales pequeños, a talleres artesanales como ebanisterías, zapaterías de cuatro o cinco operarios o fabriquetas de ataúdes, todo lo cual debe figurar como propiedad de la pequeña burguesía, no de la burguesía. De todos modos, si hiciéramos la vista gorda y aceptáramos que el 12 por ciento de las inversiones industriales del país son realmente capitalistas y no talleres artesanales, nos faltaría saber cuántos obreros trabajan en ellas, cuál es su producción en términos de dinero y en términos de volumen y a qué mercado están destinados sus productos, si al nacional o al de exportación; y sólo a base del conocimiento de esos datos podríamos tener una idea aproximada de cuál es el peso específico de la burguesía industrial nacional en la composición económica y social del país, qué papel juega hoy y qué papel podrá jugar en el régimen de la Dictadura con Respaldo Popular.

Sabemos, o aceptamos que sabemos, que los establecimientos del gobierno —los que habían sido de los Trujillo— componen el 51 por ciento de la riqueza industrial del país ¿pero qué proporción de lo que ellos producen está dedicada al consumo nacional? Por meras deducciones podemos colegir que una parte importante del azúcar, las mieles y los siropes que produce el complejo azucarero del gobierno se vende en el extranjero, principalmente en los Estados Unidos, y que el cemento, el aceite, los cigarrillos, la harina de trigo, las botellas de vidrio, la pintura y algunos otros renglones que producen las industrias del Estado se venden en el país. Sabemos

también que de lo que fabrican las industrias propiedad de la escasa burguesía nacional, una parte se vende en el extranjero —por ejemplo, el azúcar de los tres ingenios de la Casa Vicini— y otra parte se vende en el país —los cigarrillos de La Aurora, las telas de la industria textil, los colchones de Espumas, S.A.—; pero no disponemos de información apropiada para decir con seguridad qué parte del consumo nacional está cubierta por las empresas del gobierno y por las que son propiedad de firmas dominicanas.

Entre las empresas del gobierno y las extranjeras tenemos un 88 por ciento de las inversiones industriales que hay en la República Dominicana, y en ese 88 por ciento se hallan las industrias más poderosas, las que emplean más trabajadores y empleados. Luego, no puede cabernos duda de que el nacionalizar las empresas extranjeras y al transformarlas, junto con las del gobierno, en instrumentos de justicia social —en vez de seguir siendo, como son hoy, instrumentos de explotación—, la Dictadura con Respaldo Popular habrá puesto en manos del pueblo el 88 por ciento de las inversiones industriales y habrá provocado con esa sola medida un cambio trascendental en el panorama económico y social del país; un cambio que será no solamente de cantidad sino también de calidad. Pero al mismo tiempo tenemos que darnos cuenta desde ahora, no cuando estemos montados en el burro, de que ese cambio conllevará serias perturbaciones de carácter económico, llamadas a tener consecuencias también muy serias en el campo social, pues dada la situación de dependencia en relación con la economía norteamericana en que se hallan nuestras industrias de exportación, muchas de esas industrias —la mayoría de las cuales se encuentran en el 88 por ciento mencionado— pasarán por estados de crisis mientras no se hallen otros mercados en que colocar lo que producen. Que nadie se haga ilusiones. Los Estados Unidos, organizador,

jefe y beneficiario mayor del frente oligárquico dominicano, se lanzará sobre la Dictadura con Respaldo Popular con todo su peso, con un vigor similar al que usó para echar abajo la Revolución Cubana, y la Dictadura con Respaldo Popular no contará, como contó Fidel Castro, con la ayuda económica de la Unión Soviética, y especialmente no tendrá la ayuda de un tratado a diez años para comprar cinco millones de toneladas de azúcar anualmente a precios similares al que pagan los Estados Unidos, cosa con la que contó Fidel Castro casi de arrancada.

¿Cuáles son las perspectivas que le esperan al gobierno de la Dictadura con Respaldo Popular si coloca miles y miles de dominicanos en las empresas del gobierno y en las extranjeras que nacionalice y resulta —como sucederá— que durante algún tiempo una parte importante de la producción de esas industrias no tendrá mercado o deberá ser vendida a precios por debajo del costo de producción?

Las perspectivas serán malas, pero no fatales, porque el gobierno revolucionario compensará lo que pierda en esas industrias con lo que ganará en las firmas nacionalizadas dedicadas al comercio de exportación y de importación y en la banca; de manera que el sistema funcionará más o menos bien, pero sin amenazas de quiebra económica, y al final sobrepasará esa crisis. Ahora bien, no podría sobrepasarla si además nacionalizara las empresas de la burguesía nacional. El buen funcionamiento de esas empresas, la mayoría de las cuales produce para el consumo nacional, es en cierta medida la garantía del éxito de la Dictadura con Respaldo Popular convertida en gobierno, y ni Dios puede asegurar que funcionarían bien si fueran nacionalizadas, por lo menos mientras el régimen revolucionario no disponga de personal capaz para administrarlas; y ese personal no se crea fácilmente ni en cinco años. Y si no que lo diga la experiencia de Cuba, un país donde había un número infinitamente mayor de personas capacitadas que el

que hay en la República Dominicana. Al cabo de diez años de hallarse en el poder, el gobierno revolucionario cubano no ha podido aún formar cuadros administrativos y técnicos a los que pueda confiar la dirección y la administración de toda la economía nacional.

La burguesía dominicana es escasa y débil en todos los sentidos, y sin embargo todavía tiene un papel que jugar en Santo Domingo. Su escasez numérica y su debilidad económica, social y política —dos cosas que se harán más patentes cuando ya haya quedado desmantelado el frente oligárquico— no le permitirá ser peligrosa para el régimen de la Dictadura con Respaldo Popular, pero pretender aplastarla podría resultar altamente peligroso para el gobierno revolucionario, pues a sus empresas les tocará satisfacer en gran medida el aumento de consumo que provocará de manera inevitable la política de justicia social de la Dictadura con Respaldo Popular. No ver eso con claridad sería un error cuyas consecuencias podrían ser fatales para la revolución.

¿Quiere decir entonces que al pasar a “satisfacer en gran medida el consumo que provocará de manera inevitable la política de justicia social del gobierno revolucionario”, esas empresas ganarán más dinero y por tanto la burguesía nacional resultará fortalecida por el gobierno de la Dictadura con Respaldo Popular?

Aunque está formulada como si se refiriera a un solo asunto, la pregunta en realidad contiene dos interrogaciones; una, si las empresas burguesas dominicanas ganarán más dinero, otra, si eso no fortalecerá a la burguesía nacional. Hay, pues, que responderlas por parte.

Efectivamente, al llegar al poder la Dictadura con Respaldo Popular, la burguesía industrial y agrícola dominicana ganará más dinero, pero eso no quiere decir que se fortalecerá como clase. El dinero por sí mismo no confiere poder social y

político; lo que proporciona ese poder es el uso que se le da al dinero. Un hombre podrá tener diez millones de pesos guardados en una caja, y no tendrá poder alguno si no usa esa fortuna. El poder de la burguesía no depende de que sea rica, proviene del hecho de que es propietaria de bienes de producción. Lo que le da categoría de burguesa a una persona no es la cantidad de dinero que posea; es el lugar que ocupa en las relaciones de producción. Si la burguesía no puede invertir sus ganancias en ampliar sus empresas, en instalar otras, el poder de la burguesía no aumenta por el hecho de que aumenten sus entradas.

¿Qué tiene que importarle al gobierno de la Dictadura con Respaldo Popular, que el dominicano dueño de una fábrica de zapatos gane más dinero que el que ganaba antes de que se estableciera el gobierno revolucionario? Lo que tiene que importarle al gobierno de la Dictadura con Respaldo Popular es que ese dinero no se utilice en explotar a los dominicanos. Es eso lo que quieren decir los siguientes párrafos de la tesis:

“La Dictadura con Respaldo Popular no será un régimen antiburgués, y por lo mismo sólo podrá nacionalizar las empresas de aquellos burgueses nacionales que se opondan a su implantación o que después de establecidas actúen para derrocarla, pero tampoco establecerá una sociedad burguesa, y por esa razón tomará medidas para impedir que las empresas burguesas sean ampliadas en número o en poder político y social. A nadie se le confiscarán sus capitales, pero su inversión será regulada por la ley.

‘Todos los propietarios de empresas burguesas, sean campesinas o urbanas, agrícolas, industriales o comerciales —con la excepción de las de importación y exportación— podrán seguir al frente de ellas, en asociación con sus trabajadores y con el Estado, sin temor alguno de que sean perseguidas

económica, política o socialmente y sus organizaciones tendrán representación en el Estado como cualquier otra organización”.

París,
23 de agosto de 1969.

SICOLOGÍA DE LAS CLASES EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

I

Cada clase y cada sector de una clase tienen particularidades de conducta, y los líderes políticos que no toman eso en cuenta se llevan a menudo sorpresas mayúsculas. Algún marxófago dominicano opinará que lo que acabamos de decir es puro sicologismo, pues el marxófago ignora que hay una interacción constante entre las estructuras y las superestructuras de cualquier sistema social, y la conducta de las clases y los sectores que componen una sociedad es manifestación de sus superestructuras.

(Antes de seguir adelante será necesario explicar lo que quiere decir el vocablo marxófago, que tiene que ver con la palabra marxista, pero no significa lo mismo. Marxófago es una voz derivada del término martífago, y éste es a su vez otra invención derivada de antropófago, que como saben hasta los niños de la escuela elemental quiere decir “el que come carne humana”. Antes de la Revolución Cubana se produjo en Cuba la raza de los martífagos, unos señores que vivían de explotar el recuerdo, los pensamientos y los poemas de José Martí. Si Martí no hubiera existido esos señores no habrían pasado de ser modestos empleados públicos o redactores de sueltos políticos en periódicos de segundo orden; pero hallaron el filón de la obra de Martí y se adhirieron a la gran figura con la misma tenacidad con que el gusano se adhiere al cadáver que

lo alimenta, y sus nombres comenzaron a ser conocidos a fuerza de aparecer en periódicos y revistas ligados al de José Martí. Algunos de ellos fueron premiados en concursos literarios, con lo cual se entusiasmaron otros aspirantes a ser martífagos y su número aumentó de manera alarmante. Observando esa raza nueva, compuesta por enanos de alma y mente, se me ocurrió crear para ella el término martífago, que no usé en público porque al fin y al cabo ellos eran cubanos y tenían el derecho de desayunarse, comerse y cenarse todos los días el cadáver de Martí, y yo era un huésped en su país y no podía oponerme a que se alimentaran de su ilustre muerto. Pero Marx no fue dominicano, y si lo hubiera sido, como sucede que yo lo soy, tengo todo el derecho de llamar como me dé la gana al compatriota mío que se dedique a vivir del nombre del padre del socialismo científico. Por eso les aplico el término marxófago. Los martífagos comentaban los trabajos de Martí sin llegar jamás a comprender la totalidad del personaje que fue el Apóstol de Cuba, y tal es el caso de los marxófagos dominicanos. Para seguir viviendo de Martí, aquellos se erigieron en únicos intérpretes de las ideas martianas; para seguir viviendo de Marx, estos han resuelto ser ellos solos, y nadie más, los autorizados a interpretar a Carlos Marx. Pero ocurre que los marxófagos dominicanos no se dan cuenta de que la lectura de Marx no les sirve para nada si no pueden aplicarla a la realidad nacional, de manera que tan importante como conocer a Marx es conocer la realidad dominicana. Los marxistas saben esto, pero los marxófagos lo ignoran. Yo sé que en las farmacias hay medicinas para el tifus, para el paludismo, para las infecciones causadas por los estreptococos, pero sería un atrevimiento mío recetarle cualquiera de ellas a un enfermo si no alcanzo a distinguir si está padeciendo de tifus, de paludismo o de una infección estreptocócica. El mejor de los médicos mataría a sus pacientes si no les hiciera antes que

nada diagnósticos correctos, pues la ciencia de curar no se limita a conocer la composición y el nombre de las medicinas, su fundamento es el conocimiento de las enfermedades. Pues bien, eso mismo ocurre en las ciencias sociales. ¿Qué podría decirse de un médico que les inventara enfermedades a sus pacientes a fin de aplicarles una medicina nueva cuyo nombre le gusta mucho? En Santo Domingo tenemos marxófagos que inventan hechos históricos con la mayor sangre fría a fin de poder explicar su versión “marxista” de los acontecimientos del país, y eso es simple y llanamente charlatanería barata. Si Carlos Marx resucitara, los echaría a patadas de las filas de sus partidarios).

Y ahora, volvamos al tema:

El círculo de los oligarcas es poderoso, pero compuesto por poca gente, de manera que el pueblo no tiene oportunidad de tratarlos con tanta frecuencia como trata a otros sectores y clases sociales y por eso le es difícil conocer su peculiar manera de actuar; en cambio en el frente oligárquico hay multitud de personas, sobre todo en la pequeña burguesía que forman parte de él, y gran parte de esos miembros de la pequeña burguesía pro-oligárquica está en contacto diario con el pueblo, razón por la cual éste puede darse cuenta de cuál es su conducta.

Es probable que los oligarcas propiamente dichos —latifundistas, comerciantes exportadores-importadores, banqueros— no pasen de un medio por ciento de la población, si incluimos en esa cifra a los jefes de familias y a sus mujeres, e hijos, y tal vez estemos haciendo un cálculo exagerado; y aun de ese número tenemos que restar los oligarcas que no son dominicanos, cuyos hábitos están influidos por los de sus países de origen y por el hecho de hallarse en un país que no les es propio, debido a lo cual se ven en el caso de mantener una conducta discreta, por lo menos en el campo de la vida pública

y en forma aparente. Pero la pequeña burguesía pro-oligárquica es numerosa y dominicana, sólo en el sector militar y policial, sumándole los veteranos, debe pasar de doscientas mil personas, incluyendo en ese número a sus familiares, de manera que podemos estimarla en medio millón si le agregamos una parte importante de los empleados públicos civiles y todos aquellos que están fuera del aparato del Estado.

En esa pequeña burguesía pro-oligárquica se advierten con tintes exagerados, todas las modalidades de conducta de la oligarquía, especialmente la altanería, la disposición al uso de la violencia y el odio apasionado a cuanto pueda significar cambios, sean superficiales o sean profundos. Por razón de su mayor número y por la forma exagerada en que actúan esos pequeños burgueses prooligárquicos, al pueblo le resulta más fácil conocer a través de ellos la conducta de los oligarcas, pues en realidad lo que ellos hacen es externar en sus actos y en sus palabras lo que piensa y lo que siente la oligarquía.

La situación de los pequeños burgueses que figuran en el frente oligárquico es a la vez de defensores del sistema y de aspirantes a integrarse en su nivel más alto, de manera que es una situación compleja, que da lugar, naturalmente, a sentimientos complejos. El resultado de esa complejidad es que los pequeños burgueses prooligárquicos se convierten en los partidarios más violentos y más coléricos de la oligarquía. Pero aun en eso hay matices. Los miembros de la baja pequeña burguesía pro-oligárquica son más feroces en la defensa del sistema que la mayoría de los miembros de la mediana y la alta, lo que se explica porque tienen que demostrar más decisión al servicio del frente oligárquico a fin de poder saltar rápidamente a posiciones más altas. Esto está dicho en términos de cantidad, puesto que hay unos cuantos pequeños burgueses del sector mediano, y algunos —menos en número— del alto, que son ejemplares de concurso en todo lo que se

refiere al ejercicio de la violencia. Dotados por los jefes del frente oligárquico de la instrucción necesaria y de los medios adecuados para defender el sistema, numerosos pequeños burgueses pro-oligárquicos de los sectores militar, burocrático e intelectual usan esos conocimientos y esos medios a fondo, a menudo con brutalidad bestial, y con la misma tranquilidad destruyen a tiros una vida que ensucian otra con calumnias lanzadas a través del rumor, de la radio, la prensa o el libro.

El frente oligárquico no podría sostenerse en el poder si no contara con el respaldo de esa pequeña burguesía, pues ni siquiera la formidable ayuda norteamericana le serviría para nada dado que los yanquis no pueden mantener un ejército permanente de ocupación en Santo Domingo. Eso nos da la medida de la importancia que tiene, para la supervivencia de la oligarquía, la pequeña burguesía prooligárquica, y consecuentemente nos da idea de la necesidad de que se elabore un plan para actuar sobre ella. Lo que podríamos llamar el pequeño frente pequeño burgués que forma parte del frente oligárquico quedó roto en el Perú cuando los militares de aquel país dieron el golpe de octubre de 1968, señal de que el sistema ha entrado en una etapa de crisis en nuestros países.

El hecho de que la baja pequeña burguesía prooligárquica sea más feroz que la mediana y la alta en la defensa de la oligarquía no quiere decir que sea más eficaz, pues en la mediana y la alta pequeña burguesía se hallan las personas más activas y las de mayor responsabilidad en esa defensa, las más inteligentes, las más resueltas y las que más influyen, dadas sus relaciones familiares y de clase, en los hombres que en los momentos críticos pueden actuar de manera decisiva en favor del frente oligárquico. Del sector de los medianos y los altos pequeños burgueses salen los gobernantes, los secretarios y los subsecretarios de Estado, los jefes de las fuerzas armadas y la policía, los altos funcionarios que se enriquecen con negocios

sucios; de ellos salen los líderes políticos que mantienen el sistema en pie. En el caso de la República Dominicana, todo el aparato gubernamental está servido, en sus niveles superiores, por la mediana y la alta pequeña burguesía, y en su nivel inferior por la baja pequeña burguesía.

En la vida pública, esa pequeña burguesía pro-oligárquica se comporta igual que los oligarcas, y en la vida privada los imita y los tiene como ejemplos a seguir. Igual que la oligarquía, es admiradora ciega, idolátrica, de los Estados Unidos, y rechaza con indignación cualquiera crítica de las actuaciones yanquis. Para ella, el que no es partidario de los yanquis es un comunista peligroso, que debe ser eliminado sin contemplaciones.

Los contados burgueses que tenemos se dan cuenta de que los cambios sociales son inevitables y algunos llegan a pensar, incluso, que son necesarios, siempre, desde luego, que no pongan en peligro sus bienes y su disposición dominante. Así los dueños de una fábrica de cigarrillos de Santiago de los Caballeros —que están asociados a capital norteamericano, hecho natural en el caso de una burguesía tan débil como la nuestra, que opera en un país donde el ahorro es insignificante— distribuyeron acciones entre sus obreros y empleados; otras firmas han construido casas para sus trabajadores; Trujillo estableció el seguro social. ¿Quién puede concebir a un oligarca latifundista repartiendo sus tierras entre los peones de su finca o a un comerciante importador distribuyendo sus beneficios entre sus empleados y trabajadores? En el pequeño número de los burgueses dominicanos hay personas capaces de jugárselo todo, incluso la vida —y eso quedó demostrado de manera inequívoca en la Revolución de Abril de 1965— para que en el país haya cambios de carácter económico y social, si bien sería una infantilidad esperar que llegaran al extremo de lanzarse a una lucha para que los cambios sean tan

radicales que se traduzcan en el establecimiento de una dictadura del proletariado.

En lo que se relaciona con su empresa, el burgués busca administradores y empleados eficientes, sin importarle, quiénes sean; el oligarca busca gerentes y empleados, antes que nada, dentro de su círculo familiar. Los hermanos y los hijos de Trujillo recibían los beneficios de las empresas del dictador, pero no las administraban, y en el caso de sus hermanos, Trujillo dejaba que cada uno de ellos tuviera un campo propio de acción económica, y no se le ocurrió nombrar a Petán o a Pipí administradores de la Cementera o de Río Haina. Esa tendencia de la burguesía es universal y en los países altamente desarrollados llega a tal punto que en los Estados Unidos hay millares y millares de accionistas de empresas que en su vida han visto a los ejecutivos que las administran. En un país como el nuestro lo lógico es que el burgués se halle en persona al frente del negocio, pero los que llevan las tareas diarias de la administración son empleados elegidos por su capacidad, no por razones familiares. Es lógico también que dado el carácter de reciente que tiene nuestra limitada burguesía, y por ello la ausencia de modelos burgueses a los cuales imitar, a menudo actúe en muchos aspectos igual que la oligarquía y dé posiciones en sus empresas a hermanos y cuñados, situación a que se ve forzada, además, por la falta de oportunidades para encontrar trabajo en que se ven todos los dominicanos, tanto los infelices hijos de Machepa como los hermanos de un fabricante de cigarrillos o de ron. Rasgos como estos, que son particulares, propios de casos aislados, confunden a algunos observadores, que generalizan a base de ellos y acaban creyendo que todo el monte es orégano, es decir, que en la República Dominicana los burgueses hacen ola y que los burgueses del país forman un bloque monolítico de reaccionarios.

En el orden individual el burgués dominicano es más racional y comedido que el oligarca. Generalmente el burgués de nuestro país se atiene a su hogar, que funda según las reglas del juego social, y no anda mudando queridas un día sí y otro no. El burgués industrial dominicano es metódico y responsable en su trabajo; es además sociable, al punto que por regla general desenvuelve su vida de sociedad en un círculo de amistades de su propia clase. Pero sucede que como una parte de esos burgueses —sin duda la mayor— vive ahogada y arrastrada por el frente oligárquico, la convivencia de oligarcas y burgueses es tan estrecha que no resulta fácil distinguir las características individuales de unos y otros.

En la sociedad de los hombres no hay ni puede haber situaciones absolutas, de manera que nadie debe sorprenderse de que haya algún que otro oligarca que actúe de buenas a primeras como un revolucionario; de que los hijos de un oligarca o de varios se hagan marxistas; de que dos o tres burgueses se comporten como oligarcas de tomo y lomo y de que del seno de la pequeña burguesía pro-oligárquica salgan inesperadamente algunos revolucionarios radicales. Lo normal, sin embargo, es esperar que los oligarcas sean reaccionarios de veneno en el rabo y que en el escaso número de nuestros burgueses haya una ala —la más grande— adscrita al frente oligárquico y otra ala —la más pequeña— dispuesta a luchar contra ese frente y especialmente contra su sector norteamericano, que amenaza aplastar en cualquier momento sus negocios para quedarse con ellos. Esa ala es la que podemos calificar de nacionalista; y por su posición —que está determinada por el proceso económico nacional y por esa razón no puede cambiar de un día para otro— se halla en contradicción abierta con el frente oligárquico y por tanto con el sector burgués plegado a él. Los políticos que no se den cuenta de la existencia de esas contradicciones deberán renunciar a sus liderazgos

e irse al campo a sembrar yuca, y los marxófagos que escriben y predicán necedades acerca de la llamada burguesía nacional, confundiendo a mansos y cimarrones, deberían irse a los montes de bayahonda a hacer carbón, porque hasta la tarea de sembrar yuca puede ser demasiado complicada para su limitada capacidad mental.

Tenemos, pues, en primer lugar, una oligarquía de pocos miembros, pero unida, en cuyo seno no hay contradicciones; una escasa y débil burguesía, que además de ser escasa y débil, está dividida en una ala plegada al frente oligárquico y otra nacionalista y, por tanto, opuesta a ese frente; y tenemos por último un sector numeroso de la pequeña burguesía adscrito al frente oligárquico, que forma de hecho la base nacional de dicho frente. Esa pequeña burguesía pro-oligárquica figura en el aparato del Estado en tres niveles, el alto, el mediano y el bajo, sirviendo cargos que se corresponden con el nivel que ocupan, dentro de la pequeña burguesía, aquellos que los desempeñan. Como veremos después, a ese sector pequeño burgués pro-oligárquico se enfrenta el sector revolucionario de la misma procedencia social, de manera que a la contradicción que hay en nuestra débil burguesía debemos sumar la que se da, en escala más amplia, en la pequeña burguesía.

París,
4 de septiembre de 1969.

II

¿Qué es la pequeña burguesía?

Es el sector de la burguesía que posee medios de producción y cambio limitados o reducidos, y aun dentro de esa limitación hay grados; por eso la pequeña burguesía se divide en alta, mediana y baja, según sea la importancia de los medios de producción y cambio que tenga cada pequeño burgués.

Por ejemplo, el dueño de un comercio que no sea importador-exportador, y sea sin embargo suficientemente importante, cae dentro del sector de la alta pequeña burguesía; ahí caen también un médico que no sea propietario de clínica, cuyas entradas alcancen a ochocientos o mil pesos mensuales, el industrial y el dueño de un taller de mecánica que utilicen cinco o seis operarios, los funcionarios públicos, civiles y militares, de alta categoría. Proporcionalmente, en sentido descendente, están la mediana y la baja pequeña burguesía; de manera que el dueño de una pulpería y el de cien tareas de tierra no muy productivas son medianos pequeños burgueses, y los de pulperías de campo y de barrio, los vendedores callejeros, los que tienen talleres artesanales atendidos por ellos solos —como sucede con el zapatero remendón de barrios pobres— son bajos pequeños burgueses. Muchos de los bajos pequeños burgueses se sentirían felices si pudieran conseguir un trabajo estable en una fábrica y al mismo tiempo numerosos chiriperos pasan al nivel de los bajos pequeños burgueses, bien haciéndose de un oficio, bien dedicándose al comercio callejero. Los bajos pequeños burgueses que están en el nivel más alto de su sector luchan por pasar a la categoría de medianos pequeños burgueses y para conseguirlo buscan puestos públicos, ingresan en las fuerzas armadas y policiales, van a la Universidad en pos de un título profesional.

El hecho de que los medios de producción y cambio de la pequeña burguesía sean limitados no significa que la totalidad de lo que ella produce sea también limitada. En Francia, país que figura entre los desarrollados del sistema capitalista, la producción de la pequeña burguesía alcanza al 40 por ciento —esto es, cerca de la mitad— del producto nacional bruto, según informó al autor el economista Michel Rocard, que fue candidato a la Presidencia de la República por el Partido Socialista Unificado, en las elecciones de 1969, si bien

lo que en Francia se llama pequeña burguesía sería un criterio de nuestros marxófagos, para quienes lo que cuenta es el nivel de vida, no el lugar que se ocupa en las relaciones de producción. De ese dato podemos colegir que la producción de la pequeña burguesía dominicana debe pasar del 60 por ciento, sin que podamos establecer cuánto corresponde a la urbana y cuánto a la campesina. De las exportaciones de 1967 —156 millones, 195 mil, 781 pesos, según *Comercio exterior de la República Dominicana*, Vol. XV, 1967, Santo Domingo, D.N., 1968, p.1—, una parte, consistente en cacao en grano, tabaco en rama, café, carnes y productos agrícolas, fue producida por la pequeña burguesía campesina, pero la mayor parte de lo que produce la pequeña burguesía, sea campesina o sea urbana, se consume en el país, sólo que no hay manera de saber a cuanto llega esa parte, pues aunque nuestros marxófagos digan y repitan que somos un país burgués, lo cierto es que carecemos de organizaciones oficiales o privadas que ofrezcan información detallada acerca de lo que producimos, quiénes lo producen y cómo se distribuye el producto. En todo caso, como puede verse, somos una sociedad burguesa muy rara, algo así como aquel animal descubierto por un “sabio” latinoamericano, un cuadrúpedo del tamaño de un conejo, pero con orejas cortas, rabo largo, uñas corvas, que se alimentaba de ratones y maullaba. Alguien le dijo al “sabio” que ese animal era el gato común y corriente, pero él respondió que no, porque algunas veces daba saltos como un conejo, y por tanto era del género de las liebres.

En realidad, si nos atenemos a las relaciones de producción, la República Dominicana es un país de pequeños burgueses, en el cual desde el último tercio del siglo pasado comenzaron a establecerse empresas capitalistas extranjeras —ingenios de azúcar— que se mantuvieron como islas económicas hasta finales del primer tercio de este siglo

y comenzaron a ser desplazadas hacia la mitad del siglo por la limitada, pero poderosa burguesía nacional formada por Trujillo, sus familiares y allegados. La formación de esa burguesía determinó la ampliación de la pequeña burguesía existente tanto en número de personas y de negocios como en poder económico.

Actualmente, el mayor número de dominicanos pertenece a la pequeña burguesía en sus tres niveles. Según las estimaciones —no de los censos, porque no los tenemos al día—, la población económicamente activa de nuestro país es de 1 millón 200 mil personas; de esa cantidad había en 1968 menos de 300 mil obreros inscritos en el seguro social —286 mil—, unos 65 mil subempleados y 270 mil en trabajos no especificados; en cuanto a los desempleados, se estimaban en 400 mil.

¿Cuántos de los dominicanos dedicados a trabajos no especificados y cuántos de los empleados pertenecen a la pequeña burguesía? No sabemos, pero el número de personas, sobre todo de jóvenes, pertenecientes a familias de la pequeña burguesía que no tienen trabajo es alto. ¿Cuántos corresponden a la pequeña burguesía urbana y cuántos a la campesina? Tampoco lo sabemos. ¿Cuántos de los trabajadores que están empleados trabajan en negocios de la pequeña burguesía, sea ésta campesina o sea urbana? Lo ignoramos. Es más, en Santo Domingo se piensa que la población está dividida en campesina y urbana como si éstas fueran categorías económicas, y resulta que en términos económicos, en los campos dominicanos hay burgueses, pequeños burgueses de los tres niveles —alto, mediano y bajo— y hay trabajadores, y entre estos últimos los hay desde especializados, como los tractoristas, hasta los peones.

En los campos tenemos la gran empresa capitalista azucarera, cuyos cañaverales y cuyos potreros ocupan vastas extensiones de tierras, pero la mayoría de los ingenios

pertenecen al Estado, pues en el país hay sólo cuatro ingenios privados —uno, muy grande, el Romana, de propiedad norteamericana, y tres, de medianos a pequeños, propiedad de una firma dominicana—; tenemos muchas grandes propiedades de oligarcas latifundistas, algunas de las cuales ni siquiera están en explotación o lo están muy parcialmente; tenemos explotaciones burguesas, cuya mayoría se halla en la producción de arroz y alguna en la de ganado de leche y carne, tenemos la mediana propiedad, distribuida entre la alta y la mediana pequeña burguesía; tenemos la propiedad pequeña, que se halla en manos de una gama que va desde la baja pequeña burguesía hasta el semiproletariado; tenemos además los comerciantes de los campos, entre los que hay altos, medianos y bajos pequeños burgueses, más de los últimos, desde luego, que de los otros.

En lo relacionado con el negocio de arroz, un artículo que pasó a ser importante en la economía nacional bajo el régimen de Trujillo, se ha formado una limitada burguesía campesina que no debe confundirse con la burguesía urbana —también limitada—, que se dedica a la molienda y a la comercialización del grano en gran escala. Esta última compone lo que podríamos llamar el sector industrial del arroz. Los burgueses campesinos —que no tienen necesariamente que vivir en el campo, pero que son campesinos porque se dedican a la producción agrícola— son mayormente cosecheros de arroz; hasta hace pocos años había algunos dedicados a la producción de guineos en la Línea Noroeste, pero el negocio de guineos de esa región se fue abajo al irse del país la subsidiaria de la United Fruit que lo explotaba. En la producción de arroz, como en la de ganado, intervienen muchos pequeños burgueses campesinos, si bien es probable que su número no iguale al de los que se dedican a producir plátanos y tabaco.

¿Cómo determinar la diferencia que hay entre un campesino de la burguesía y un alto o mediano pequeño burgués?

No podemos hacerlo refiriéndonos al tamaño de las tierras que explotan, pues en muchas ocasiones el propietario de mil tareas* produce menos que el de quinientas y el de quinientas menos que el de doscientas, dado que la producción depende de la calidad de los terrenos, de la técnica de explotación, del monto de los capitales invertidos y hasta a veces de la relación de dos o más de esos factores. El dueño de quinientas tareas de plátanos situadas en el valle de La Vega tiene con seguridad una renta que corresponde a un capital superior a los cincuenta mil pesos, y sin embargo puede ser que la renta del dueño de dos mil tareas en Monte Plata o en Azua no llegue a la mitad de esa suma. En el valle de La Vega hay campesinos que sacan en cien tareas lo que ni siquiera sueñan sacar los propietarios de mil en algunas de las regiones fronterizas. Hay, pues, una zona social campesina en la que se confunden burgueses y altos pequeños burgueses, y carecemos de criterios económico-sociales para determinar quiénes son los primeros y quiénes son los segundos. Por el momento resulta casi imposible establecer la diferencia entre unos y otros, pues en el país no hay hábito de llevar contabilidad en los establecimientos campesinos medianos y mucho menos en los pequeños. A ojo de buen cubero, sin embargo, cualquier observador se da cuenta de que la gran empresa agrícola capitalista es, en la República Dominicana, relativamente pequeña, si se mide por las extensiones de tierras que tiene, y no puede ser de otra manera dado que todavía después de 1940 abundaban en el país los terrenos comuneros o indivisos, situación propia de una economía agrícola pre-capitalista, también es

* La tarea tiene 629 metros cuadrados, o lo que es lo mismo, en cada hectárea hay 15,9 tareas.

pequeña en el mismo sentido la explotación burguesa del campo y la gran mayoría de las propiedades están en manos de pequeños burgueses de los tres niveles de la pequeña burguesía campesina.

Otro tanto pasa en los centros urbanos, si bien aquí hay que distinguir entre las ciudades mayores, como la Capital y Santiago, y las menores como Sabana de la Mar y Jimaní. En “Análisis sociográfico de una pequeña ciudad de la República Dominicana: Cotuí” (en *Estudios sociales*, Año I, N° 1, Santo Domingo, 1968, pp.79-92), uno de los dos o tres únicos estudios de ese tipo hechos en el país), hallamos que en agosto de 1967 —cuando se hicieron los trabajos de campo por el método de muestreo—, el 15,5 por ciento de los jefes de familias entrevistadas se dedican a la agricultura, una proporción que seguramente no se hallará en la Capital, donde es difícil que haya un 0,5 por ciento de la población dedicada a la producción agrícola. La gama de negocios de la pequeña burguesía capitala es más variada que la mayoría de los centros urbanos del interior; va desde comercios medianos, rentistas de dos o tres casas —o de más casas, pero de alquileres bajos—, dueños de talleres de diversa índole, hasta empleados públicos propietarios de las casas donde viven; desde industrias de cinco o seis trabajadores hasta dueños de casas de empeño, desde médicos que ganan ochocientos y mil pesos en un mes hasta abogados que no llegan a entradas de doscientos. Cuántos de esos pequeños burgueses capitalaños pertenecen al nivel alto, cuántos al mediano y cuántos al bajo, es un misterio difícil de aclarar por ahora; y es otro misterio la proporción que le corresponde a la pequeña burguesía urbana en el producto nacional.

¿Cuál es la conducta de la pequeña burguesía dominicana?

Para responder a esa pregunta hay que hacer varias más: algunas de ellas son las siguientes: ¿A qué capa de la pequeña

burguesía se refiere: a la alta, a la mediana, a la baja? Y aun dentro de esas capas, ¿a qué sectores? Pues sucede que hay un sector adscrito al frente oligárquico que le sirve de instrumento nacional de poder y al mismo tiempo aspira a integrarse en él al nivel más alto; hay otro sector que aspira a que en el país haya una revolución que transforme completamente las estructuras económicas y sociales; hay un sector, probablemente el más numeroso, cuya única ambición es asegurar lo que ya tiene y mejorarlo, de ser posible, sin grandes cambios. En el orden político, los primeros son partidarios de la violencia oligárquica; los segundos son partidarios de la violencia revolucionaria, los últimos son partidarios de una evolución pacífica, legal, una evolución que permita pasar sin sobresaltos del régimen de la oligarquía al de la burguesía; en pocas palabras, aspiran a que el país se desarrolle como una sociedad capitalista y a que ellos reciban una parte de los beneficios de ese desarrollo.

¿Significa eso que en el seno de la pequeña burguesía hay contradicciones?

No; significa que las contradicciones de la pequeña burguesía con otras clases y sectores de clases de la sociedad dominicana y la inestabilidad de su posición se refleja de tal manera en la propia pequeña burguesía que la dividen y lanzan a grupos de su seno a luchar entre sí. Si esos grupos luchan entre sí —como pudo verse en la Revolución de Abril de 1965, cuando miembros de los tres sectores de la pequeña burguesía se enfrentaron, unos en el lado de la Revolución y otros en el lado del frente oligárquico—, lo hacen porque representan corrientes opuestas de intereses que no les son propios; unos representan el interés del frente oligárquico, otros son partidarios de la desaparición de la burguesía y de la oligarquía, otros de un régimen burgués y otros de la implantación del sistema socialista.

Los pequeños burgueses pro-oligárquicos proceden de los tres sectores de la pequeña burguesía, aunque no podríamos decir si en proporciones adecuadas a las cantidades de miembros de cada uno de esos tres grupos. Es posible que no; es posible que la proporción sea menor en el caso de los medianos y los altos pequeños burgueses. Pero lo que parece indudable es que los más radicales en la defensa del sistema oligárquico, por lo menos en cuanto a su número, se hallan en las fuerzas armadas y policiales —incluyendo a los veteranos y a los cuerpos secretos—, y en su mayoría vienen de la baja pequeña burguesía campesina, o bien nacieron en ese medio o bien en él nacieron sus padres y ellos se formaron en un ambiente de baja pequeña burguesía urbana o de chiriperos o semiproletarios.

Para destacar las diferencias que hay entre clases y capas sociales cuando se comparan dos sociedades, una desarrollada y otra subdesarrollada, lo mejor es establecer paralelos de conducta. Si hacemos esto veremos con sorpresa que lo que en Santo Domingo llamamos burguesía no calza con la burguesía inglesa u holandesa, pero que hay una gran similitud de comportamiento de una parte de los bajos pequeños burgueses dominicanos con aquéllos a quienes Carlos Marx llamó lumpemproletarios; y una vez que lleguemos a este punto veremos que no es mucha la diferencia que hay entre esa parte de la baja pequeña burguesía pro-oligárquica y una parte de la baja pequeña burguesía revolucionaria. Esta es tan radical y tan violenta como aquélla, y puede llegar a usar en el proceso revolucionario y en la defensa del sistema revolucionario los mismos métodos que usa la otra, y lo que es más, algunos miembros de la baja pequeña burguesía revolucionaria pasan a veces a integrar el ala pro-oligárquica. En los círculos revolucionarios dominicanos hay abundante experiencia de los que se han convertido en agentes secretos de la Policía y muy

poca, si es que hay alguna, de los del otro lado que se hayan pasado a las filas de la revolución.

Si se indagan las causas de ese parecido en el comportamiento hallaremos que la baja pequeña burguesía pro-oligárquica, inconsciente o conscientemente aterrorizada por la idea de que a la destrucción del frente oligárquico será lanzada al nivel de los chiriperos, lucha por conservar el sistema y comete crímenes porque cree que será premiado por ellos, que se le ascenderá económica y socialmente; y los bajos pequeños burgueses revolucionarios, que por una razón o por otra han adquirido conciencia de la situación del país, que además están convencidos de que en el sistema actual no hay oportunidades para ellos y sienten que el sistema oligárquico es injusto y que no sobrevivirá mucho tiempo, luchan en el frente revolucionario con la aspiración de formar parte del núcleo llamado a dirigir la nueva sociedad. Algunos de ellos llegan a profundizar tanto en el proceso de la adquisición de una conciencia social y política, que superan todas sus contradicciones internas, todos los vicios típicos de su origen social, y acaban convirtiéndose en líderes del pueblo; pero otros no pueden hacerlo y llevan a la lucha la misma intensidad de pasiones y los mismos métodos violentos que los bajos pequeños burgueses pro-oligárquicos, y si no les forma conciencia, si no se les proporciona educación revolucionaria, disciplina basada en principios y conocimientos, de esa baja pequeña burguesía revolucionaria pueden salir hombres y mujeres que se comporten como lo haría un miembro del lumpemproletariado, tal como éste fue descrito por Marx; y de hecho, ya han salido unos cuantos.

Es a esa posibilidad, y a otras de las que se hablará oportunamente, a la que se refiere la tesis de la *Dictadura con respaldo popular*. Cuando dice, en el párrafo final del apartado que lleva el subtítulo de “Con quiénes debe contarse”, las palabras siguientes:

“Pero también actuará como traidor el que lleve a la lucha por la Dictadura con Respaldo Popular los vicios y las desviaciones que son parte de los hábitos de ciertas clases y sectores sociales, y actuarán con resultados tan malos como la traición los dirigentes que dejen pasar las manifestaciones de esos vicios y esos desvíos sin tratar de enmendarlas”.

París,
8 de septiembre de 1969.

III

Aunque es en la baja pequeña burguesía donde se hallan principalmente las raíces sociales de las fuerzas armadas y policiales, de los cuerpos de seguridad y de los veteranos —que forman el más fuerte instrumento nacional de poder del frente oligárquico—, de una parte importante de la burocracia pública y de los intelectuales que le sirven a la oligarquía, de ella salen también numerosos luchadores revolucionarios. De manera que como podemos ver, la baja pequeña burguesía es una capa social muy compleja.

¿Cuál es la causa de esa complejidad?

La falta de estabilidad de sus miembros. En un sentido más amplio, en todos los sectores de la pequeña burguesía —en el alto, el mediano y el bajo— se vive bajo el signo de la inestabilidad. La alta pequeña burguesía teme verse lanzada a la mediana y por eso lucha desesperadamente para ascender a la burguesía; la mediana lucha para no descender hacia la baja y para ascender a la alta, y la baja lucha para no descender al nivel del proletariado, del semi proletariado o de los chiriperos, pues en un país como la República Dominicana hay noventa probabilidades contra una de que el bajo pequeño burgués que pierde sus medios de vida pase a ser, en vez de obrero, semi proletario o chiripero. Presionados por el miedo a caer en esos niveles, numerosos bajos pequeños burgueses se lanzan con

todos los bríos que da el miedo a conquistar puestos en el frente oligárquico, pues creen que sólo de esa manera estarán seguros de no pasar necesidades. Esto mismo puede suceder —y de hecho sucede— en el caso de algunos medianos y altos pequeños burgueses, pero no se trata, como pasa en la baja pequeña burguesía, de un fenómeno masivo.

Ese fenómeno masivo no se produce por capricho de nadie. El sistema está organizado para que las cosas sucedan así, pues si no dispusiera de un alto número de hombres y mujeres listos para hacer lo que sea necesario a fin de mantenerlo funcionando, el frente oligárquico no podría sostenerse en la jefatura de la sociedad dominicana. De no contar con esa fuente perpetua de servidores incondicionales dominicanos, el pentagonismo tendría que ocupar el país con soldados norteamericanos, y eso provocaría una crisis del orden internacional, cosa que no le conviene al pentagonismo. Así, el miedo de la baja pequeña burguesía a descender social y económicamente por un lado, y el premio que se le ofrece, por otro lado, mantienen a una parte de sus miembros en un estado de ánimo propicio para pasar con entusiasmo al servicio del frente oligárquico.

El premio es un puesto para cada uno de ellos en el paraíso de los oligarcas. ¿Cómo llegar allá? Por el camino de la corrupción. Así, la corrupción es el medio más atrayente para que una parte de la baja pequeña burguesía se decida a servir de instrumento de la oligarquía. Mientras haya un ambiente de corrupción, cualquier hijo de un pequeño propietario campesino —o campesino pobre— cree que puede llegar al nivel de los oligarcas haciéndose policía o guardia, pues desde esa posición ascenderá rápidamente si apalea, tortura o mata a los enemigos de los oligarcas, y una vez que haya ascendido conseguirá con facilidad fincas, vacas y dinero. Junto con la corrupción se mantiene vigente el desorden administrativo,

pues gracias a él un policía, un guardia o un agente secreto pueden ascender de buenas a primeras de rasos a oficiales o a cargos civiles altos, desde los cuales venderá favores, hará negocios, cobrará comisiones y acabará siendo millonario.

El miembro de la baja pequeña burguesía que se dedica a servir con su alma al frente oligárquico no tiene que hacer esfuerzos durante años para pasar a la mediana pequeña burguesía, donde se sentirá más seguro; no tiene que estudiar para conseguir un título profesional; no tiene que dedicarse a trabajar en un negocio hasta que lo acredite; no tiene que mantener durante un largo tiempo una buena conducta en un empleo privado para conseguir un ascenso que lo lleve al nivel de la mediana pequeña burguesía. Nada de eso. Poniéndose al servicio del frente oligárquico, piensa él, puede pasar de un salto a ser rico; puede fabricar una casa lujosa, comprar un automóvil pescuezo largo, depositar dólares en Puerto Rico o en New York. Desde luego, si mirara alrededor suyo vería que de cada mil o dos mil compañeros suyos, sólo uno asciende a general, de manera que pasar de policía a oligarca no es tan fácil como él cree; pero le resulta más cómodo seguir creyendo eso que enfrentarse con la verdad, porque su falta casi total de preparación lo incapacita para vivir de otro modo.

Algunos hombres y algunas mujeres de ese sector pro-oligárquico de la baja pequeña burguesía se hacen pasar por revolucionarios y penetran en las organizaciones de izquierda. Una persona que informa a los superiores de los servicios armados y de seguridad acerca de lo que están pensando hacer los grupos revolucionarios consigue ascender en esos cuerpos. Por esa razón, las organizaciones que luchan para destruir el poder del frente oligárquico tienen que ser cuidadosas a la hora de confiar en aquellos de sus miembros que proceden de la baja pequeña burguesía; deben estar seguras de que su conducta es

irreprochable, de que viven en un ambiente normal, de que su vida es coherente con las ideas que dicen profesar.

Si se hiciera un estudio de toda la baja pequeña burguesía podría hallarse que los más estables, los que merecen más confianza, son los que pertenecen al nivel medio, es decir, los que ni luchan por pasar a la alta pequeña burguesía ni temen ser desplazados hacia los niveles del proletariado, el semi proletariado y los chiriperos; pero es probable que así como entre ellos no los hay inclinados a dar un salto para situarse en el frente oligárquico —o hay muy pocos—, tampoco haya —o haya muy pocos—, atraídos por las ideas revolucionarias. A ese sector no le interesan los cambios profundos en la organización social.

Un rasgo que da idea de la complejidad de la baja pequeña burguesía es su tendencia a ser coherente con su nivel de vida. No tiende, como sucede en el caso de la mediana, a aparentar lo que no es, no pretende vivir mejor de lo que puede. Aun aquellos de sus miembros que aspiran a incrustarse en el frente oligárquico no se avergüenzan de vivir con estrecheces. En dos palabras, la baja pequeña burguesía dominicana no es parejera. Esa inclinación a no sentirse avergonzada de sus limitaciones le permite ser más generosa que la mediana y la alta pequeña burguesía. En la generalidad de los hogares de la baja pequeña burguesía hay siempre por lo menos una persona “recogida” o “arrimada”; a veces es un familiar, pero a menudo no tiene nexos de sangre con la familia, y con frecuencia se trata de un hijo de la calle que fue recogido y criado como propio, sin diferencia alguna con los nacidos de los dueños del hogar.

En lo que se refiere a su conducta religiosa, la baja pequeña burguesía dominicana es tan compleja como en los demás aspectos; no va a misa, pero cree en la Virgen de La Altagracia o en algún otro santo; considera al sacerdote como persona

importante, y para ella la importancia social significa poder. Para la mayor parte de la baja pequeña burguesía, poder y riqueza son sinónimos, de manera que no puede concebir que un hombre poderoso no sea rico; y sin embargo, no identifica al sacerdote con la riqueza sino con la influencia, pero influencia social, influencia sobre los poderosos, no ante los santos. Los realmente influyentes sobre los santos y sobre Dios son los espiritistas y los brujos, un criterio, por lo demás, que es común a otros sectores de la población e incluso a grandes núcleos de la mediana, la alta pequeña burguesía, muchos de los escasos burgueses y de los oligarcas.

En la mediana pequeña burguesía dominicana se produce con frecuencia lo que podríamos denominar el caso de la doble-posición, que consiste sustancialmente en llevar la vida al mismo tiempo en dos niveles, un nivel económico y otro social. Eso ha estado sucediendo desde hace tiempo, pero quizá no de manera tan dramática como ahora. En el siglo pasado hubo un número de dominicanos que pertenecían, por razones de nacimiento, a un círculo social, y sin embargo, no tenían medios económicos para vivir a la altura de ese círculo. Por su origen y por su grado más alto de cultura que la generalidad, no sólo aspiraban a vivir mejor de lo que podían, sino que se dedicaban a vivir como ellos creían que debían hacerlo, lo que en fin de cuentas producía resultados penosos: la familia no tenía con qué comer, pero cada miembro tenía un buen traje para ir a fiestas y a bailes; el jefe de la familia estaba adscrito a un partido, pero tenía que abandonar su lealtad política para servirle al partido que estuviera en el poder, puesto que en todo el siglo pasado y gran parte del presente sólo el empleo público garantizaba un sueldo mensual. Ahora bien, hasta la mitad de este siglo, la pequeña burguesía dominicana, especialmente en sus niveles bajo y mediano, fue predominantemente campesina, y en términos

generales el pequeño burgués campesino tenía más o menos de qué vivir; de manera que el mediano pequeño burgués que vivía en doble posición era relativamente poco numeroso, porque se trataba de gente de los centros urbanos. Desde luego, donde abundaba más era en la Capital. Pero sucedió que el enorme desarrollo numérico de la pequeña burguesía que se ha producido en el país a partir de la Segunda Guerra Mundial —residuo de la formación y el desarrollo de la burguesía trujillista—, multiplicó los casos de medianos pequeños burgueses de doble vida, y hoy son abundantes.

Hay una pequeña burguesía mediana estable es la que tiene negocios de categoría mediana, sean comercios, sean farmacias, sean talleres, sean tierras productivas; en su círculo hay médicos, abogados, dentistas y arquitectos con clientela propia. Pero hay otra, mayormente compuesta por profesionales de títulos recientes, que no han logrado clientela ni han podido establecer negocios; por lo regular son hijos de bajos pequeños burgueses, muchos de ellos de origen campesino —y los hay también que son hijos de obreros, semi proletarios y chiriperos, aunque parezca raro—, y esos luchan contra su medio aparentando lo que no son y tratando de conseguir de todas formas posiciones públicas. Esa es la mediana pequeña burguesía que trata de conquistar puestos de líderes políticos, sobre todo en los partidos que sirven a la oligarquía, si bien los hay también en partidos revolucionarios.

Los medianos pequeños burgueses revolucionarios son más abundantes entre los intelectuales y los profesionales; los que le sirven a la oligarquía son predominantemente profesionales, sobre todo abogados. En ambos casos unos y otros se lanzan al terreno político por la misma razón: no quieren seguir siendo pequeños burgueses medios y tratan de salir de su círculo, unos superándolo y otros transformando la sociedad de tal manera que desaparezca su actual organización y con ella

la capa a que pertenecen, pues les repugna usar métodos de que tendrían que valerse para ascender hacia niveles más altos. En algunos casos el mediano pequeño burgués revolucionario —como el bajo y el alto— sabe de manera instintiva que por mucho que batalle, para él no hay salida hacia esos niveles más altos, o está desengañado del tipo de sociedad en que vive, y reacciona convirtiéndose en revolucionario. De ese tipo de hombre y de mujer pueden salir líderes buenos, y de hecho están saliendo desde hace algún tiempo buenos profesores, sobre todo en las universidades, que en fin de cuenta están dedicados a formar una juventud capacitada y luchadora. Por otra parte, la mayoría de la mediana pequeña burguesía dominicana prefería cambios sociales pacíficos, desarrollo del país a base de inversiones extranjeras. No lucha por el sistema democrático representativo, pero le parece mejor que otro alguno, tal vez, aunque no se dé cuenta, porque cree que puede obtenerse mediante el mínimo esfuerzo de depositar un voto cada tantos años.

Ahora bien, tanto en el caso de los que buscan posiciones en partidos de la oligarquía como en el de aquellos que las buscan en partidos revolucionarios como en el de los que creen que la democracia representativa puede establecerse algún día en el país, los medianos pequeños burgueses tienden a confundir los deseos y los sentimientos y las opiniones del pueblo con los suyos. Es entre ellos donde se da el fenómeno de la sustitución del pueblo por personas que no lo interpretan. Nacidos y formados generalmente en un ambiente de pequeña burguesía, baja o mediana, y casi siempre en medios urbanos, los medianos pequeños burgueses que actúan en política, aun los mejor intencionados, ignoran cómo se comporta el pueblo; desconocen hasta su manera peculiar de expresar sus ideas y de manifestar sus aspiraciones. La comunicación de los líderes de origen mediano pequeño burgués con las masas

dominicanas es difícil. En su afán, muy meritorio, de entender a esas masas, algunos de esos líderes se han ido a vivir entre ellas durante algún tiempo; pero resulta que convivir con las masas no es eso; no se trata de un movimiento formal y aparente de acercamiento físico; se trata de algo más profundo, de despojarse de los hábitos mentales adquiridos en toda una vida de privilegios, sean estos grandes o pequeños, y ésa es una tarea muy difícil, que requiere esfuerzos inauditos y constantes, una actitud permanente de humildad real, íntima, auténtica, y una suma inagotable de amor por esa masa que le da sustancia y carácter a nuestro pueblo.

En lo que un pueblo es hoy está proyectado todo lo que fue antes, desde sus orígenes, y está proyectada también la imagen que él tiene de su futuro, o lo que es igual, lo que él desea ser. Para conocer al pueblo hay que conocer, de la manera más amplia posible, lo que fue y lo que quiere ser; hay que mantenerse en contacto perpetuo con su pasado e interpretar permanentemente sus aspiraciones. Muchos líderes marxistas, por ejemplo —y, desde luego, más que ellos los marxófagos—, consideran que con saberse a Marx, Engels, Lenín y Mao del “pe” al “pa”, pueden dirigir al pueblo; y resulta que en el mismo grado y con la misma profundidad con que se saben a Marx, Engels, Lenín y Mao, tienen que saberse al pueblo dominicano, y esto es mucho menos fácil que aquello. Lo que en Santo Domingo llamamos pueblo está compuesto no sólo por el proletariado, el semiproletariado y los chiriperos, que componen la zona social explotada, sino también por la baja pequeña burguesía, que tiene un estrecho contacto con ellos en todos los aspectos y a través de todas las actividades diarias. Para conocer al pueblo, pues, además de lo que se ha dicho, hay que tratar de comprender, y hacerlo después de haber dejado a distancia todos los prejuicios, a toda esa gama que va desde la baja pequeña burguesía hasta el chiripero.

Así como en el punto donde un río entra en la mar hay una confusión de aguas, y en algunos casos, como sucede con el Ozama, el agua del río es salada durante un trecho largo, así sucede que en las zonas sociales donde se unen dos clases o dos sectores de clases, las personas que pertenecen a una y a otra se confunden. Esto sucede porque no hay, ni puede haber, una definición categórica de clases y mucho menos de sectores dentro de una clase, excepto cuando se trata del burgués y del proletariado, es decir, del dueño de una industria y del que trabaja en ella. En la pequeña burguesía podemos fijar categóricamente las diferencias que hay entre un alto y un bajo pequeño burgués, porque entre ellos no hay una zona común; pero es difícil hacerlo entre un alto y un mediano pequeño burgués o entre éste y uno bajo. Si estableciéramos como base para un bajo pequeño burgués una entrada mensual máxima de 300 pesos producidos, desde luego, en un negocio o en un trabajo propio —sea profesional o de otro tipo—, tendríamos que establecer 301 pesos como límite mínimo para un mediano pequeño burgués, de manera que el bajo pequeño burgués que tuviera entradas de 275, 280 ó 290 pesos podría confundirse, en su nivel de vida, con el mediano que las tuviera de 305, 310 ó 320. Incluso pudiera suceder que uno y otro tuvieran el mismo tipo de negocio o igual profesión, caso en el cual su nivel intelectual y cultural sería también igual. Si trasladamos el ejemplo al caso de los altos y los medianos pequeños burgueses hallaremos que en la zona común a ambos las similitudes reales o aparentes deben ser mayores. Así pues, debe haber pocas diferencias de conducta entre ellos*.

* El nivel de vida o la cuantía de las entradas en dinero que no cuentan en el caso del burgués, tienen importancia en el caso del pequeño burgués, especialmente si se trata de profesionales o burócratas.

Y sin embargo, hay aspectos de la conducta que distinguen a un mediano pequeño burgués de uno alto. El último se siente con más derecho que el primero a ser personaje, a tener posiciones importantes, sobre todo si procede de una familia conocida, y difícilmente perdona que se le dé a un mediano o bajo pequeño burgués un cargo importante si a él no se le da otro mejor o por lo menos igual. Sin embargo, no lucha por una posición como lo haría el mediano pequeño burgués, pues él cree que las merece todas y que hay que llevárselas a su casa en bandeja de plata. Los odios familiares heredados por supuestas o reales desconsideraciones hechas en distribuciones de cargos públicos, son abundantes y profundos entre los miembros de la alta pequeña burguesía dominicana, y lo eran más hasta hace poco; pero también son frecuentes las alianzas estrechas formadas a través de amistades de origen familiar.

La vida de hogar es relativamente estable en ese nivel. Leyendo los avisos de divorcios que se publican en la prensa dominicana, tan numerosos que alarman a cualquier observador, se ve que una gran mayoría de divorcios se produce en matrimonios de la baja y la mediana pequeña burguesía y muy pocos en la alta.

La alta pequeña burguesía comercial, industrial, profesional e intelectual se inclina más que la mediana a los partidos llamados de derecha o reaccionarios. Una parte de ella era, hace treinta años, baja pequeña burguesía, y cree que todo lo que posee ahora es el resultado de su trabajo, sin que en ello haya tenido participación el aumento de la riqueza del país provocado por la multiplicación de los habitantes y el consiguiente aumento del trabajo del pueblo, de manera que se mantiene en una posición defensiva ante todo aquello que a su juicio pueda poner en peligro lo que posee; otra parte de esa pequeña burguesía profesional o política ha sido formada

entre fines de la Primera Guerra Mundial y la mitad de este siglo, y se considera a sí misma gente de primera, que no debe descender a tratarse con sus compañeros de clase de origen más reciente. En el orden político ese sector está en proceso de liquidación. Empujando desde el nivel medio y el nivel bajo, nuevos miembros de la baja pequeña burguesía nacional están pasando a ocupar sus puestos, muchos de ellos en las organizaciones políticas tradicionales; pero los mejores, en los partidos que están llamados a establecer la Dictadura con Respaldo Popular.

En la lucha por conquistar posiciones, la baja pequeña burguesía tiende a ser violenta; la mediana y la alta tienden a usar la calumnia, la mentira, el chisme, cuanto más bajos, mejor. En un medio donde la ampliación de la burguesía en número y en poder es lenta y difícil, hay pocas oportunidades de ascender a ella, y la vida pública se convierte en el canal principal de acceso hacia la importancia social y económica. Esto es especialmente así debido a que el Estado dominicano es propietario de las industrias más grandes del país, de manera que los altos jefes de esas industrias obtienen sus designaciones por la vía política. En la lucha por esos puestos y por los del Gobierno se descargan todas las frustraciones de gentes que tienen cerrados los caminos de ascenso que son normales en cualquiera sociedad de burguesía desarrollada, esto es, los de administradores y gerentes de empresas, jefes de departamentos, directores de publicidad o de servicios legales.

A la hora de establecer el régimen de la Dictadura con Respaldo Popular deberá tenerse sumo cuidado con los propagadores de chismes, de calumnias, de mentiras, y deberá tenerse presente de qué capas sociales proceden. Pues esa gente no cabe ni cabrá nunca entre los que tienen por delante la hermosa tarea de crear una nación de hombres libres.

IV

Es una mala práctica juzgar a los hombres públicos aislándolos de su origen social y del contexto social del país. Un hombre puede tener determinadas condiciones personales y sin embargo su actuación pública, aunque está matizada por ellas, estará determinada por los intereses y las ideas predominantes en su medio y sobre todo por el contexto social de ese medio, que es el que les da carácter particular a los intereses y a las ideas. Ahora bien, el contexto social, como saben en el mundo entero hasta los niños de escuela, aunque lo ignoran los viejos políticos dominicanos, está a su vez determinado por las relaciones de producción del país en que se desenvuelve una sociedad.

Hace poco se levantó en Santo Domingo una polémica acerca del papel que jugó Francisco del Rosario Sánchez en los días del nacimiento de la República y en los años siguientes, y las dos partes que polemizaron se atuvieron a tales o cuales virtudes o debilidades de Sánchez, pero a ninguna se le ocurrió tomar en consideración que el héroe había nacido en un hogar de pequeña burguesía, que sus compañeros de actividades políticas eran igualmente pequeños burgueses, y lo que es más, que el grupo de la Trinitaria tuvo a su cargo el papel más difícil que puede haberle tocado a un grupo de hombres: el de organizar y llevar a cabo una lucha para liberar un país de dominantes extranjeros y establecer una República de principios burgueses donde no había burgueses sino hateros y pequeños burgueses.

La inestabilidad, los vaivenes y los episodios inexplicables de la historia dominicana a partir de 1844 se comprenden cuando nos damos cuenta de lo que significó la fundación de La Trinitaria en términos sociales. Significó que desde ese momento comenzamos a ser un país en el que el sector más avanzado, progresista y liberal, era la pequeña burguesía, y

una pequeña burguesía no puede actuar como rectora de la sociedad porque no es una clase; es una capa, compuesta a su vez de varios sectores, que ocupa en el orden social una posición de tránsito. Su papel es generar o producir burguesía y actuar, una vez que haya burguesía, al servicio de ésta y conjuntamente con ella, y en horas de crisis puede actuar contra ella, pero de manera momentánea; y es sólo en esas ocasiones fugaces y críticas cuando puede ejercer una función de rectora de la sociedad.

Ahora bien, colocada en el papel de directora de un movimiento social o político, la pequeña burguesía actúa de hecho en el vacío cuando detrás de ella no hay una masa proletaria o popular que apoye sus medidas, y tal fue la situación de los hombres de la Trinitaria en su lucha por crear la República. En esa lucha hubo dos aspectos y dos momentos históricos que deben ser analizados por separado, aunque a simple vista nos parezca que se produjeron simultáneamente; uno correspondió a la tarea de expulsar a los haitianos y otro, a la de tomar el gobierno del nuevo país. Ni para el primero ni para el segundo contaban los trinitarios con una masa que los siguiera. Para el primero tuvieron que aliarse con los hateros que eran el grupo social dominante; y para el segundo tuvieron que enfrentarse a ellos, y como la sociedad hatera era más fuerte que la pequeño-burguesa porque tenía mayor autoridad sobre el pueblo, Duarte, que encarnaba a la pequeña burguesía, quedó derrotado por Santana, que encarnaba a los hateros.

A partir de ese momento la pequeña burguesía nacional pasó a luchar por el poder bajo la dirección de Buenaventura Báez —y, en cierta oportunidad, bajo la de Jimenes—; pero el haterismo siguió acaudillado por Santana hasta el día de la muerte del vencedor de Las Carreras. En 1857 la lucha pasó a ser entre la alta pequeña burguesía de Santiago y la

baja pequeña burguesía baecista, y quien salió ganando fue el haterismo santanista, escogido como aliado por la alta pequeña burguesía santiaguera.

Hay que tener cuidado cuando se habla de clases sociales, pues a menudo la gente se confunde y toma por índice clasista el nivel de vida y no la posición de cada quien en el proceso de la producción. Un hombre puede ser rico, o relativamente rico, y no ser un burgués sino un pequeño burgués. Si fuéramos a determinar las clases por el nivel de vida de sus miembros, tendríamos que admitir que un obrero calificado norteamericano que tiene casa, automóvil, televisor, lavadora eléctrica y nevera, dos hijos estudiando en una universidad y cinco mil pesos en un banco, es un pequeño burgués, no un obrero; y sin embargo es obrero, porque su posición de clase está determinada no por lo que posee sino por el hecho de que sus ingresos proceden únicamente de la venta de su fuerza de trabajo. Cuando se trata de definir las clases de la República Dominicana en el siglo pasado hay que ser más cauto aún. Por ejemplo, a cada rato lee uno el calificativo de “hombre rico” y hasta de “muy rico” aplicado al presidente Manuel Jimenes, lo que da idea de que era un burgués, y sin embargo ni era rico ni era burgués; era un típico pequeño burgués de su época. En varios textos de nuestra historia se refiere que Jimenes quedó totalmente arruinado cuando le confiscaron unas mercancías que había enviado desde Curazao con el propósito de venderlas en Santo Domingo, y resulta que su propio hijo, don Juan Isidro Jimenes, nos informa que esas mercancías valían quinientos pesos; y aun si trasladáramos esa suma a los valores de hoy, caso en el cual los quinientos pesos de aquella época podrían ser cinco mil de ahora, ¿es posible llamar rico a un dominicano de 1969 cuya fortuna llegue a cinco mil pesos o, si queremos exagerar, a diez mil pesos? En la revolución de 1857 el gobierno de Santiago le dio a Santana

el título pomposo de General en Jefe de los Ejércitos del Sudoeste, lo que en fin de cuentas era ponerlo al frente de las tropas que marcharían sobre la Capital, y según nos informa Emilio Rodríguez Demorizi en *Santana y los poetas de su tiempo* (Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, Vol. XXV, Editora del Caribe, C. por A., 1969, p.211), “le ofrece \$500.00 fuertes para socorro de algunos oficiales”. Ahí tenemos la medida de la época: Lo que algunos llaman “la burguesía cibaena” de aquellos años le entregó —aunque la noticia, según la copia Rodríguez Demorizi, habla sólo de que “le ofrece” y no de que le dio— quinientos pesos para repartir entre algunos oficiales. Ni aquella era burguesía ni estos eran oficiales. ¿Una burguesía que le daba a su salvador quinientos pesos? No juguemos. En cuanto a los llamados oficiales, cualquiera se da cuenta de que eran campesinos o artesanos muertos de hambre, baja pequeña burguesía pobrísima.

Conviene que aclaremos ciertos puntos de una vez por todas para que sepamos a qué atenernos a la hora de juzgar el pasado y el presente. Burgués es el dueño de bienes de producción y cambio —maquinarias, tierras, dinero— que utiliza esos medios para ganar sumas importantes a costa de trabajadores asalariados; pues si tiene tierras y no las explota o maquinarias que no funcionan o dinero guardado en una botija; si no es, en dos palabras, dueño de una empresa en producción, no es burgués. La explotación del trabajo ajeno puede ser directa, como en el caso de un industrial, o indirecta, como en el caso de un gran comerciante. Ahora bien, el que hace eso mismo, pero en forma limitada, y en consecuencia gana dinero a costa del trabajo ajeno en cantidades también limitadas, es pequeño burgués, y aun dentro de la pequeña burguesía hay divisiones, puesto que en ella tenemos altos, medianos y bajos pequeños burgueses. No podemos situar en

el mismo plano a los dueños de un comercio de la calle El Conde y a un pulpero de Guachupita. En los años de las luchas entre el santanismo y el duartismo, o entre el santanismo y el baecismo, en la República Dominicana no había un sólo burgués; a lo sumo había agentes extranjeros —todos, o casi todos, establecidos en Puerto Plata— de firmas burguesas europeas y norteamericanas, y paremos de contar. ¿Qué burguesas podía haber en un país cuya población apenas llegaba, si llegaba, a treinta mil familias desperdigadas a razón de menos de una por kilómetro cuadrado, con ciudades y villas pobrísimas, la mayoría de viviendas de madera techadas de yaguas?

Francisco del Rosario Sánchez era no sólo pequeño burgués, sino bajo pequeño burgués, de manera que al polarizarse las fuerzas políticas dominicanas entre los santanistas, que representaban a la sociedad hatera, y los baecistas, que representaban a la pequeña burguesía liberal —partidaria de las ideas republicanas burguesas, que estaban en boga en el mundo y que eran, además, las más avanzadas de la época— Sánchez debía pasar a ser, en buena lógica de sociología política, un seguidor del baecismo; y fue eso. Pero además, mantuvo dentro del baecismo su fuerte sentimiento patriótico, y con él cayó en El Cercado.

Es eso lo que hay que ver en la figura de Sánchez y no otra cosa. Lo que debe llamarnos la atención en su caso, y en el de sus compañeros de la Trinitaria, es que siendo pequeño burgués en una sociedad donde no había burguesía y donde, además, la pequeña burguesía era más débil que los hateros y de ñapa no tenía detrás de sí una clase social que la apoyara, fueron capaces de concebir la idea de que Santo Domingo podía y debía ser una república independiente, y actuaron en consecuencia con tanto fervor que convirtieron esa idea en realidad. Visto desde el ángulo de lo que ellos eran y era el país, lo que hicieron los trinitarios es una proeza gigantesca, y

de ninguna manera se justifica que nos pongamos a medir su actuación con una varita milimétrica para decidir cuál de ellos fue más grande o más puro. Hicieron una obra; no consumieron su vida inútilmente, y nosotros somos los beneficiarios de sus luchas y sus sacrificios.

Las contradicciones de hateros y pequeños burgueses hicieron su primera crisis pública el 12 de julio de 1844, pero estaban en marcha desde hacía tiempo, y eran una parte de la lucha contra los haitianos, sólo que se trataba de una parte que nuestros historiadores no han visto o no han querido o no han podido ver. Seguramente las pugnas por tomar el mando en la acción contra Haití comenzaron antes aún de que la pequeña burguesía llegara a un acuerdo con el grupo de los hateros. Como sucede en todos los casos similares, en esa ocasión hubo pequeños burgueses aliados a los hateros, pues sólo en las mentes de ciertas personas, y nunca en la realidad, hay bloques sociales monolíticos, de los que jamás se desprende una partícula. Y como es lógico, tenía que haber también los que estuvieron primero de un lado y luego del opuesto, y los que habiéndose pasado de este bando a aquél, volvieron al suyo de origen. Por eso estuvo Mella en España solicitando el protectorado a petición de Santana, y por eso murió en el campo de los restauradores. Todo ese va y viene se explica a la luz de la composición social de la época, y se comprende cuando nos damos cuenta de que los trinitarios eran pequeños burgueses que aspiraban a organizar el país a la manera de la sociedad burguesa de Francia o de Inglaterra, sin darse cuenta de que en Santo Domingo no había burgueses con los cuales edificar ese tipo de sociedad.

Después de la crisis de julio de 1844, que culminó en la victoria del haterismo sobre la pequeña burguesía trinitaria, la lucha seguiría y desataría nuevas crisis, hasta llegar a la más profunda de todas, que fue la Anexión a España. A partir de

ese momento el país entró en una etapa de acontecimientos vertiginosos que iban a desembocar rápidamente en la liquidación simultánea del poder de los hateros y del poder español en Santo Domingo. Puede decirse que el peso de la anexión mató al haterismo. ¿Por qué? Porque provocó una formidable sublevación de las tres capas de la pequeña burguesía dominicana; que eso, y no otra cosa, fue la revolución Restauradora. A partir del 16 de agosto de 1863 la pequeña burguesía nacional se lanzó a la guerra, y su estrato más bajo, que había crecido en número a partir de 1844, hizo esa guerra con la violencia característica de los sectores sociales que toman las armas para abrirse paso hacia niveles más altos. Cuando terminó la guerra, la masa armada —no todos sus jefes— llamó al poder al que había sido y seguirá siendo su líder; y ése era Buenaventura Báez.

Hay un episodio de nuestra historia que parece indicado para ilustrar cómo actúa la pequeña burguesía cuando las circunstancias la llevan a desempeñar el papel de directora. Todos sabemos que Pepillo Salcedo, presidente del gobierno Restaurador de Santiago, fue derrocado el 10 de octubre de 1864 por un golpe encabezado por el general Gaspar Polanco, que pasó a presidir ese gobierno. En el momento de su caída, Salcedo estaba en Guayubín y tomó el camino de Santiago, pero Luperón había salido de Santiago a Guayubín con instrucciones de poner al ex presidente en tierra haitiana; es decir, de deportarlo. Sucedió, sin embargo, que las autoridades haitianas no le dieron paso a Salcedo y Luperón tuvo que volver con él a Santiago, donde lo entregó a las autoridades. De Santiago, el general Salcedo fue despachado como preso a Puerto Plata, pero no llegó a este punto porque fue fusilado en Maimón el 5 de noviembre.

Pues bien, cuando Luperón iba con Salcedo hacia la frontera de Haití tuvo un serio altercado con los generales Benito

Monción y Pedro Antonio Pimentel, que querían arrebatarse a Salcedo para fusilarlo; y sin embargo tres meses después Pimentel y Monción se levantaron contra el gobierno de Polanco alegando ni más ni menos que éste había fusilado a Salcedo. Polanco despachó fuerzas contra los dos generales rebeldes, pero esas tropas se le pasaron al otro bando, que triunfó rápidamente. Polanco fue condenado a muerte por el fusilamiento de Salcedo y se salvó gracias a que pudo huir de la prisión. Una vez libre, Polanco levantó gente para combatir a Pimentel, que había pasado a presidir el gobierno. Ahora bien, como emblema de sus fuerzas Gaspar Polanco usó dos banderas cruzadas, la dominicana y la haitiana; y sucedía que al iniciarse la guerra contra España menos de dos años atrás, Polanco había sido puesto a la cabeza de todas las fuerzas restauradoras con el grado de generalísimo porque entre los jefes restauradores él tenía el grado más alto; era el único que había alcanzado los galones de general... peleando contra Haití. Por último, todo eso sucedía mientras se llevaba adelante la lucha restauradora.

¿Cómo puede explicarse tal embrollo? ¿Era que Polanco, Monción y Pimentel habían huido de un manicomio? ¿Era que algún brujo haitiano les había dado a beber un hechizo?

Nada de eso. Ni estaban locos ni estaban embrujados. Eran simplemente pequeños burgueses actuando en función de líderes en una sociedad donde ni había burguesía que dirigiera ni había masa trabajadora a la cual dirigir. Eran hombres que ocupaban un lugar que no les correspondía, pero tenían que ocuparlo por la sencilla razón de que en el país no había una clase con la sustancia necesaria para dirigirlo. A Monción, a Pimentel y a Polanco, como a tantos y tantos otros a lo largo de nuestra historia, les pasaba lo que le pasaría a una persona que nunca ha visto un automóvil y sin embargo tiene que manejar uno porque se ve forzado a

llevar a su hijo enfermo a un hospital y en todo el sitio no hay un chofer; ese hombre se monta en su auto, lo enciende, sale dando curvazos y a las dos cuadras se mete con todo y auto en una casa.

Sesenta años después de ese episodio protagonizado por Polanco, Monción y Pimentel, la pequeña burguesía dominicana seguía llevando al país de tumbo en tumbo. Unas veces la baja y la mediana luchando contra la alta, o ésta contra aquéllas, y otras veces la baja luchando contra un frente compuesto por la mediana y la alta, y en todos los casos puesta a la cabeza de una sociedad que no tenía ni burguesía ni proletariado, esas capas de la pequeña burguesía se agitaban en el vacío y sus líderes actuaban como locos buscando afanosamente, sin hallarlo nunca, el camino hacia la sociedad burguesa. Para tener idea de lo que sucedía debemos pasar revista a los nombres de algunos de los Presidentes de la República y de los jefes de armas de esos años. Tenían nombres, pero se les conocía por los apodos que les habían sido puestos en su niñez, y esos apodos indicaban cuál era su origen social: Goyito, Lilís, Manolao, Mon, Quiquí: he ahí los de algunos presidentes. El Chivo, Solito, Baúl, Perico, Guelito, Nenei, Jacagua: he ahí el de algunos generales. A fines del siglo pasado hubo un momento en que el Presidente era el general Lilís y el vicepresidente el general Manolao; a principios de este siglo, ya hacia 1910 y 1911, el presidente era Mon y el jefe del ejército era Jacagua.

Si ese dato sociológico no bastara para convencer a alguna gente, veamos otros más contundentes. Al comenzar este siglo, ésas eran nuestras importaciones. En 1905, 2 millones 737 mil pesos; en 1906, 4 millones 65 mil pesos; en 1907, 4 millones 949 mil; en 1908, 4 millones 768 mil, en 1909, 4 millones 426 mil, en 1910, 6 millones 258 mil; en 1911, 6 millones 590 mil; en 1912, 8 millones 278 mil, en 1913, 9

millones 272 mil; en 1914, 6 millones 729 mil; en 1915, cuando la guerra europea tenía ya año y medio, y a causa de ella estaban subiendo los precios de todos los artículos que comprábamos y vendíamos, 9 millones 119 mil (*Comercio exterior de la República Dominicana, op. cit.*, p.1). En países verdaderamente burgueses, esas cantidades las importaban dos o tres firmas nada más, y unos cuarenta años más tarde Trujillo solo ganaba —que es mucho más que importar— más que eso anualmente. Por otra parte, recuérdese que en esas cifras ridículas están incluidas las importaciones de maquinarias y combustibles que hacían los ingenios extranjeros, de manera que del consumo nacional hay que rebajar las cantidades que les corresponden. Pero si lo dicho parece poco, veamos otras cifras: En 1944, al cumplir cien años de vida republicana y cuando ya teníamos dos millones de habitantes, las importaciones alcanzaron a 18 millones 525 mil pesos, es decir, a unos 9 pesos por cabeza; el año anterior había sido de 14 millones 361 mil, y en los doce años anteriores al 1943 la mayor había sido de 11 millones 739 mil en 1941; en tres años no llegamos a 10 millones, y en uno —1931— no habíamos llegado a 8 millones (*Ibid.*).

Los tres niveles clásicos de la pequeña burguesía están hoy mejor definidos en la República Dominicana, y en esos tres niveles hay sectores al servicio del frente oligárquico. Los que forman los más fuertes instrumentos nacionales del poder oligárquico son, mayoritariamente, bajos pequeños burgueses organizados en las fuerzas armadas y policiales y en la burocracia del Estado. Pero también hay bajos —y medianos, aunque contados— pequeños burgueses en las filas revolucionarias, y algunos de esos bajos pequeños burgueses revolucionarios tienden a comportarse, en el campo de la revolución, en forma tan anárquica, apasionada y peligrosa como la pequeña burguesía del siglo pasado. Las locuras de Monción,

Pimentel y Polanco se repiten ahora bajo el disfraz de un marxismo delirante con el cual unos cuantos pequeños burgueses pretenden ocultar su delirio de grandeza, su necesidad de destacarse, de ser figuras nacionales, y de ser líderes adorados. En un bando abundan los aspirantes a presidentes y secretarios de Estado; en el otro cachachean los aspirantes a Maos y a Fideles criollos.

Eso es un mal, pero no hay que lamentarse de él, pues si se conoce se le pone remedio con relativa facilidad. Ahora bien, debemos conocerlo, analizar con seriedad científica el comportamiento de nuestras capas sociales y ver la conducta de nuestros hombres públicos a esa luz, no desde el ángulo del sicologismo, del subjetivismo, de un idealismo fuera de época que atribuía los hechos de los pueblos a las cualidades personales de los hombres que los dirigían y no a las fuerzas sociales que ellos representaban.

V

¿Cuántas clases y capas sociales forman eso que generalmente se llama en Santo Domingo “el pueblo” o “la masa”?

Es la suma de la baja pequeña burguesía, el proletariado, el semi proletariado y los chiriperos. Y a fin de que no haya confusiones debemos aclarar que si el mayor número de los dominicanos que trabajan son pequeños burgueses, el mayor número de los habitantes del país está comprendido en esos sectores que forman lo que llamamos “el pueblo” o “la masa”.

¿Por qué figura la baja pequeña burguesía entre los que componen “el pueblo” o “la masa”?

Por más de una razón. En el orden económico, hay numerosos bajos pequeños burgueses pobres y algunos hasta muy pobres. Son pequeños burgueses porque tienen medios de producción propios, y son pobres y hasta muy pobres porque

esos medios de producción no les dan para mantenerse; unas veces el medio de producción es una tierrita de veinte o treinta tareas, que por su mala calidad o por hallarse muy aislada produce muy poco; otras veces son dos y hasta tres ranchitos de alquiler, situados en un barrio pobre de la Capital o de San Pedro de Macorís, que rentan en total treinta o cuarenta pesos al mes; otras veces es un tallercito en que trabajan el padre y un hijo haciendo sillas o mesas que venden como Dios les ayuda para sacar cincuenta pesos mensuales. De buenas a primeras se enferma la doña o hay que operar a una hija, y entonces se empeña la tierra, se vende uno de los ranchitos o las herramientas de trabajo y hasta la ropa.

Muchos de esos pequeños burgueses pobres son semiproletarios y forman lo que podríamos llamar la capa alta del semiproletariado, pues hay también una capa baja que procede del sector de los chiriperos. Tanto los semiproletarios de la capa alta como los de la baja echan días o semanas o meses de trabajo en una finca, en la cosecha de arroz o de tabaco, en la construcción de un edificio, en la pintura de una casa, y en esas ocasiones reciben un salario, es decir, venden su fuerza de trabajo, de manera que pasan a ser obreros temporales. Hay una porción de ellos que trabajan sólo en una actividad y puede decirse que se especializan en determinadas tareas; eso es común entre los que manipulan tabaco en los almacenes y los que trabajan en la industria azucarera. Esos están ocupados unos meses y ya no vuelven a trabajar hasta el año siguiente. Pero hay otros que en el llamado tiempo muerto, entre cosecha y cosecha o zafra y zafra hacen lo que se les presente, razón por la cual tienen que aprender a medias varios oficios. A este tipo de semiproletario le llaman en Venezuela “toero”, porque cuando se les pregunta qué saben hacer responden que de todo. En Santo Domingo, el “toero” es generalmente chiripero.

Se cuentan por millares y millares al año los bajos pequeños burgueses pobres de nuestro país que no logran hallar trabajo temporal y, cuando les llega la hora mala y pierden lo poco que tienen, descienden al nivel del chiripero; y en cambio son contadísimos los que logran quedarse en el nivel de obreros. Se da el caso de que la generalidad de los bajos pequeños burgueses pobres desearían, para ellos mismos y para sus hijos, un trabajo estable en una industria, y éste es un deseo en el que coinciden con los chiriperos. Por eso hay una atracción común entre los primeros, los segundos y los trabajadores; una atracción que los acerca y los hace convivir. Hay, pues, un contacto físico y permanente entre una parte de la baja pequeña burguesía y el proletariado y los chiriperos; un contacto físico que en circunstancias determinadas, cuando los primeros y los últimos se convierten en semiproletarios, hace que sectores de unos y de otros se confundan, por lo menos temporalmente, en una misma capa. El fenómeno de lo que podríamos llamar la comunicación capilar entre miembros de capas sociales que conviven, determina que a partir de los bajos pequeños burgueses pobres ese contacto con proletarios y chiriperos difunda entre los bajos pequeños burgueses no pobres los valores culturales, los modos de expresión, la actitud general de obreros y chiriperos, de manera que en fin de cuentas todos juntos acaban formando un bloque de la población claramente diferenciado de aquel que está compuesto por medianos y altos pequeños burgueses, que se suman a los que están por encima de ellos en la escala social para formar otro bloque también diferenciado. Es al primero al que llamamos “el pueblo” o “la masa”.

Una vez aclarado esto debemos pasar a definir qué es el proletariado. El proletariado es la suma de los trabajadores que tienen empleo permanente, y decimos empleo permanente para distinguir al proletariado del semiproletariado, que

tiene empleos pasajeros o transitorios. El proletariado forma una clase social definida porque ocupa un lugar igualmente definido en las relaciones de producción: Son los hombres y las mujeres que venden a los patronos su fuerza de trabajo, que es a la vez lo único de que disponen, el único bien que les proporciona sus medios de vida y el medio de producción del cual ha salido toda la riqueza que ha acumulado la Humanidad.

La clase obrera dominicana es muy reciente. Para 1938, todos los empleados y obreros industriales que había en el país, incluyendo la industria azucarera, apenas pasaban de 30 mil; de ellos, sólo 9 mil eran dominicanos, y en esa cifra se incluían los aprendices, que abundaban mucho porque la mayoría de las industrias no azucareras eran pequeños talleres artesanales. Ese año de 1938 nuestras exportaciones alcanzaron a 14 millones 938 mil 480 pesos y nuestras importaciones a 11 millones 342 mil 495. Como en 1935 teníamos 1 millón 480 mil habitantes, en 1938 debíamos tener 1 millón 650 mil, y a lo sumo 1 millón 700 mil, lo que quiere decir que entre dominicanos y extranjeros teníamos menos de 2 obreros por cada 100 habitantes y menos de un obrero o aprendiz dominicano por cada 200 habitantes, y, además, que en ese año de 1938 exportamos a razón de 6 pesos 70 centavos por cabeza. Trece años después, en 1951, exportamos 118 millones 712 mil pesos e importamos 58 millones 595 mil (todos los datos de exportación e importación proceden de *Comercio exterior de la República Dominicana, ibid.*).

¿A qué se debió ese salto tan grande? ¿Es que en trece años nuestra población se multiplicó casi por ocho, puesto que produjo para exportar en 1951 casi ocho veces lo que había exportado en 1938; o fue que se multiplicó más de cinco veces lo que había importado en 1938?

No; en trece años la población podía haber aumentado la mitad, no ocho veces o cinco veces. Lo que había aumentado

era la producción y con ella el número de trabajadores, y esto se debió a que en la República Dominicana se había producido un cambio cualitativo; había aparecido una burguesía nacional, reducida, pero muy poderosa dado que tenía el control político, militar y económico del país, y esa burguesía, la primera que conocía nuestra historia, se había lanzado a inaugurar la etapa del desarrollo industrial de la República Dominicana. Esa fue la burguesía formada por Trujillo, sus familiares y allegados. Conjuntamente con esa burguesía iba a desarrollarse el proletariado nacional.

Como vemos, en el año de 1938 había un poco más de 30 mil obreros y empleados industriales, de los cuales unos 22 mil eran extranjeros y 9 mil eran dominicanos, incluyendo en estos a los aprendices; treinta años después, en 1968, en el Seguro Social había inscritas 286 mil personas, de las cuales probablemente cerca de 200 mil eran obreros y los demás eran semi proletarios. Ese cambio en cantidad y también en cualidad —puesto que en 1938 la mayoría eran extranjeros y en 1968 la mayoría eran dominicanos, y además había unas diez veces más obreros dominicanos que los obreros extranjeros de 1938— ¿a qué se debió?

Se debió a que hubo un cambio en la propiedad de los medios de producción, que antes de 1938 eran predominantemente de extranjeros y en 1968 eran predominantemente de dominicanos, y ese cambio, como veremos dentro de poco, determinó que los propietarios nacionales, por razones de utilidad, usaran trabajadores dominicanos en lugar de extranjeros.

¿Qué fenómeno produjo el cambio en la nacionalidad de los propietarios de los medios de producción?

Lo produjo la aparición de una burguesía nacional, pequeña, pero poderosa, que se adueñó de todo el poder político y militar del país, a través del cual obtuvo suficiente

poder económico para reemplazar a los extranjeros en la propiedad de sus negocios e industrias y para ampliar éstas en cantidad y en diversidad de producción. En pocas palabras, se formó una escasa, pero fuerte burguesía nacional que entró a competir con los intereses imperialistas, los desalojó de sus posiciones dominantes e impulsó el desarrollo industrial dominicano. Esa fue la burguesía trujillista (Como cada vez que me refiero a ese papel de la burguesía trujillista aparece algún que otro marxófago empeñado en que el pueblo ignore la verdad y siga confundido por los políticos y los propagandistas del frente oligárquico, diciendo entre otras cosas que yo canto loas al trujillismo o soy admirador de la moral burguesa o confundo burguesía y oligarquía, remito a los lectores el siguiente párrafo de un artículo de Carlos Marx titulado “La dominación británica en la India”, escrito a mediados de 1853, que aparece en Carlos Marx, Federico Engels, *Obras escogidas*, La Habana, Editora Política, 1963, pp.358-359, con la recomendación de que donde Marx dice Indostán o Asia se ponga República Dominicana y donde dice Inglaterra se ponga Trujillo. He aquí el párrafo: “Bien es verdad que al realizar una revolución social en el Indostán, Inglaterra actuaba bajo el impulso de los intereses más mezquinos, dando pruebas de verdadera estupidez en la forma de imponer esos intereses. Pero no se trata de eso. De lo que se trata es de saber si la humanidad puede cumplir su misión sin una revolución a fondo del estado social de Asia. Si no puede, entonces, y a pesar de todos sus crímenes, Inglaterra fue el instrumento inconsciente de la historia al realizar dicha revolución”).

Ahora, cuando estamos haciendo a grandes rasgos la historia del proletariado dominicano, tenemos que hablar del imperialismo y de la burguesía nacional, pues el nacimiento del proletariado está tan estrechamente vinculado al imperialismo y la burguesía como lo están los hijos y el padre. En el

caso de la República Dominicana, para particularizar de tal manera que no haya confusión alguna, el origen de la pequeña, pero poderosa burguesía trujillista, estuvo determinado por la actividad imperialista, y el del proletariado lo estuvo por la actividad económica del trujillismo. Y nada de eso ocurrió porque sí, por capricho de los hombres, sino por la dinámica misma de la historia; porque la historia es un fenómeno en transformación constante, y en su seno cada factor histórico produce otro que se le opone y lo desplaza. Así, quisiera o no quisiera —y desde luego que ésa no era su intención—, el imperialismo que actuaba en Santo Domingo hace cuarenta años, provocó la formación de la burguesía trujillista; y como ese imperialismo usaba trabajadores extranjeros porque en el país había poca población y en las vecindades —Haití y las islas británicas del Caribe— abundaba la mano de obra extranjera muy barata, la burguesía trujillista, puesta a competir con el capital imperialista de Cuba y Puerto Rico, tuvo que sustituir a los obreros haitianos y británicos con obreros dominicanos; de manera que la aparición de la burguesía trujillista iba a significar, y significó, la formación y el desarrollo de un proletariado nacional.

Para comprender qué pasó en nuestro país, tenemos que quitarnos de la cabeza la idea confusa de que el imperialismo y la burguesía que se forma en un país dependiente son necesariamente aliados. Si lo son, ¿cómo puede alguien explicar las guerras de independencia o de liberación nacional en que participan los sectores burgueses? Hay un momento en la historia en que son aliados. ¿Cuál es ese momento? Es el que llega después que una burguesía se desarrolla; pues después que se desarrolla, la burguesía de un país gran-capitalista pasa a ser imperialista, y la de los países pequeño-capitalistas o mediano-capitalistas pasa a aliarse con los imperialistas. Pero en la etapa de su formación y de su desarrollo que suele ser

muy larga, como lo fue en Inglaterra, Francia, Alemania, las burguesías son nacionalistas; expulsan de sus países a los competidores extranjeros y luchan unas contra otras, hasta llegar a la guerra, para evitar que les arrebaten sus mercados y sus fuentes de materias primas. Las que no luchan contra el imperialismo son las oligarquías de los países dependientes, porque la irregularidad y la debilidad de sus inversiones, su escasa técnica de producción y la diversificación de sus beneficios —que son sustraídos al papel dinámico que deben tener en la producción de riquezas— les impiden convertirse, en el orden económico, en todo lo fuertes que necesitarían ser para retener el poder político por sí solas, y como al perder el poder político podrían perder sus bienes, se ponen al servicio de Norteamérica debido a que ésta les proporciona ese poder político nacional; tampoco luchan contra el imperialismo los burgueses arrastrados y ahogados por las oligarquías, cuyas fuentes de capitales y de técnicas no se hallan en el país, sino en los Estados Unidos. Pero las burguesías nacionales se enfrentan a los intereses extranjeros que las desalojan de sus posiciones, y así ha sucedido en todas partes. ¿O es que el nacionalismo de la burguesía francesa de principios del siglo pasado, para poner sólo un ejemplo, fue invención de los historiadores? Y de paso, ahora nos enteramos, gracias a los diccionarios que usa un sabio dominicano, de que en Francia no había burguesía en tiempos de Napoleón Bonaparte; lo que había era oligarquía dado que el activo emperador hizo reyes a todos sus hermanos). Hablamos de nacionalismo, no de patriotismo, pues el patriotismo es un sentimiento que aparece en forma larvada o compleja en todos los conglomerados, aun en los menos evolucionados.

Concretamente, la idea de que en la República Dominicana el sector burgués creado por Trujillo era un aliado o sirviente de los norteamericanos no está apoyada en el estudio de

la realidad histórica, sea social o sea política; fue sacada de una interpretación incorrecta y ligera del marxismo, o mejor dicho, no del marxismo sino de una literatura política ocasional, de lemas y consignas difundidas por gobiernos y agrupaciones marxistas. Y para poder comprender la situación, que es muy complicada, hay que partir de un punto de vista diferente del que se ha tenido hasta ahora y es que la República Dominicana, todavía hoy, no es un país con burguesía porque no es un país desarrollado en el orden capitalista. Tenemos burgueses, muy contados, y además no unidos en un bloque homogéneo; pero el país no puede ponerse de ninguna manera ni en ningún momento en el nivel de Suiza o de México, para dar un ejemplo latinoamericano. Hay que hacer un cambio de mentalidad y pasar a clasificar a los hombres por el lugar que ocupan en las relaciones de producción, no por el nivel de vida que tengan, y entonces se comprenderá a cabalidad qué es un burgués y qué es un pequeño burgués; y cuando nos demos cuenta de que la posición de clase de una persona está determinada por el lugar que ocupa en las relaciones de producción, no por su nivel de vida, nos daremos cuenta también de que en Santo Domingo se ha estado forzando la realidad social, económica y política para ajustarla a un criterio falso, hecho de antemano según modelos tomados de otros países.

Si para el conocimiento de la realidad dominicana no bastan las cifras de nuestras exportaciones y nuestras importaciones dadas en este artículo y en el anterior, volvamos los ojos a otros aspectos de la vida nacional. ¿Cuántas villas y ciudades del país tenían luz eléctrica, teléfono público, acueducto y alcantarillado en 1938? ¿Cuándo aparecieron los primeros pintores y escultores dominicanos; no alguno que otro que surgiera aislado como una golondrina de verano, sino los que tuvieron continuidad en su obra, por sí mismos o a

través de los que les siguieron? ¿Cuándo se escribió la primera sinfonía nacional? Antes de Siso Desangles, pintor de finales del siglo pasado, y de Abelardo Rodríguez Urdaneta, escultor de principios de este siglo, ¿quién pintaba y quién esculpía en el país? Y después de la desaparición de uno y de otro, ¿cuánto tiempo tardaron en aparecer Yoryi Morel, Enrique García-Godoy, Celeste Woss y Gil y Ayda Ibarra, a quienes podemos llamar en justicia los fundadores de la pintura dominicana; ¿cuánto tardaron en aparecer los escultores, si se exceptúa alguno ocasional, que no se dedicó a esa profesión o al malogrado Pío Espínola? ¿Es que tuvimos arqueólogos antes de Narciso Alberti? Y después de él, ¿cuántos años no pasaron hasta que se formó el grupo de arqueólogos que tenemos hoy? ¿Puede hablarse de burguesía nacional en un país que no vino a tener música, pintura, escultura, arqueólogos sino a mediados de este siglo?

El desarrollo dialéctico de la Historia, ateniéndonos a la República Dominicana, que es lo que por el momento nos interesa, determinó que el imperialismo provocara la aparición de la burguesía trujillista. ¿Por qué? Porque nuestra economía fue puesta al servicio de la economía norteamericana, y de la misma manera que los ingenios yanquis importaban de los Estados Unidos todos los artículos de consumo que vendían a sus trabajadores y empleados. Todavía en 1938 los ingenios norteamericanos tenían moneda propia, los llamados “vales”, que sólo servían para comprar en las bodegas de los ingenios. Ramón Marrero Aristy, que conoció bien el sistema de explotación de los ingenios porque trabajó en una bodega del Central Romana, basó en sus experiencias personales el tema de su estupenda novela *Over*, cuyo título era la palabra clave del sistema. Los ingenios norteamericanos establecidos en Santo Domingo eran islas económicas, pero ese aislamiento no excluía una pesada influencia en la

vida económica nacional, que acabó siendo una extensión de la economía norteamericana, situación que por lo demás fue lograda fácilmente por muchas razones, entre otras por el aumento de la población y por la circulación de la moneda de los Estados Unidos, que corría en nuestro país igual que en Puerto Rico o en New York, y por la ocupación militar de 1916-1924, desatada fundamentalmente debido a la necesidad que tenían los capitalistas azucareros yanquis de disponer de las buenas y baratas tierras dominicanas para producir azúcar.

(La moneda dominicana, como la de todos los países de la América Latina —sin exceptuar uno solo— fue creada tan pronto se creó la República. En nuestro caso, la depreciación de los billetes de banco que se sufrió en los últimos años del gobierno de Lilís asustó de tal manera a nuestra pequeña burguesía, que en la Constitución elaborada después de la muerte del dictador se prohibió la emisión de billetes de banco —llamados entonces “papeletas”— y el país dejó de emitir moneda no sólo de papel sino también metálica; y como la población crecía y con ella crecían proporcionalmente los negocios, y no se emitía moneda, el vacío pasó a ser llenado por la moneda de papel y metálica de los Estados Unidos, y en la Línea Noroestana, hasta la altura de Navarrete, por la moneda de Haití, tal como lo recuerda Máximo López Molina en un artículo de cuyos originales he visto copia. Entiendo que ese artículo, titulado “Un ataque apasionado contra la posición científica de Bosch”, fue enviado a la revista *¡Ahora!* (Nº 307, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora!, 29 de septiembre de 1969, pp.49-52. N. del E.). Con la circulación de la moneda extranjera —y con los vales de los ingenios— acabó Trujillo, y como en la República Dominicana pasan cosas increíbles, alguien se permitió decir que Trujillo creó la moneda nacional al mismo tiempo que lo hacían otros

países de América, lo que no es verdad, y que lo hizo a petición de los Estados Unidos que necesitaban recoger su moneda para hacer frente a los gastos de la Segunda Guerra Mundial, una afirmación tan atrevida que resulta difícil hallar palabras para calificarla. A esos extremos de inventar datos históricos y deformar otros se llega cuando la marxofagia sube a 40 grados y afecta el cerebro, lo que por lo visto sucede a menudo entre la pequeña burguesía dominicana que tiene apellido oligárquico).

La conversión de la economía dominicana en una extensión de la de los Estados Unidos supuso, desde luego, que además de producir para el mercado yanqui, como lo estaba haciendo, el país pasara a consumir artículos de Norteamérica. Eso sucedió, y Santo Domingo acabó siendo un mercado comprador de cemento y harina de trigo, de botellas, grasas comestibles y zapatos, de cerveza y refrescos, de tejidos y hasta de seguros, en proporciones que el país no había conocido antes. Una vez creado ese mercado apareció el sector de burguesía nacional que iba a llenarlo y a desplazar de él a los productores extranjeros; y ya formada, esa burguesía —la trujillista— dio un paso más avanzado, pues desalojó del país también el capital bancario y azucarero norteamericano.

Así, enunciando en forma general lo que sucedió en nuestro país —y en Cuba, y en otros muchos de economía dependiente—, puede afirmarse que el capital imperialista establecido para producir en Santo Domingo azúcar destinado al mercado de los Estados Unidos, acabó, por mandato de su propia dinámica interna, haciendo que los dominicanos compraran productos norteamericanos, pues de esa manera completaba el ciclo de actividad económica dominante, y con eso dio origen al fenómeno dialéctico de crear una fuerza que iba a suplantarle, pues hizo un mercado para esos artículos y

con ello abrió el apetito de Trujillo, a quien le tocó engendrar y formar nuestra primera burguesía industrial. El capital imperialista provocó, pues, el nacimiento de un grupo burgués dominicano, que entró a competir con él. Así nació el nacionalismo burgués de Trujillo, un nacionalismo competitivo, de conveniencia y oportunista, pero de valiosa sustancia política e histórica porque se alimentaba de una contradicción real, no aparente, y son esas contradicciones las que mueven la historia, no los sentimientos de los hombres.

La aparición de la limitada, pero poderosa burguesía trujillista, con su concepción oportunista del nacionalismo, provocó la formación del proletariado nacional. A Trujillo le era más fácil someter al terror a los trabajadores dominicanos que a obreros haitianos o ingleses, pues la matanza de haitianos de 1937 estuvo a punto de provocar su caída, y en cuanto a los ingleses, aunque se tratara de naturales de las islas del Caribe, estaban protegidos por el poder de la Gran Bretaña, que no se podía provocar sin peligro. Por otra parte, no se trataba sólo del aspecto político del trato que podía darles a los dominicanos y no podía darles a súbditos ingleses o ciudadanos de Haití; se trataba además de que Trujillo entró en el mundo de los negocios para ganar dinero, y sólo utilizando obreros dominicanos podía pagar salarios de hambre, dado que los gobiernos de Inglaterra y de Haití exigían jornales mínimos para sus ciudadanos. Esto no es una invención; el que lo desee puede hallar datos ilustrativos sobre la materia en los archivos del gobierno dominicano, del de Haití y del inglés. Cuando estableció el Seguro Social, Trujillo no lo hizo por amor a los obreros ni porque quería desprenderse de una parte de sus beneficios; lo hizo porque aspiraba a vender azúcar en los Estados Unidos, y los intereses azucareros de Cuba y Puerto Rico, gran parte de los cuales eran norteamericanos, alegaban ante la Secretaría de Agricultura y el Comité del

Azúcar del Congreso estadounidense que ellos pagaban seguros sociales y salarios más altos que Trujillo, y por tanto tenían mejor derecho que él a las cuotas de azúcar que concedía el gobierno de Washington. Trujillo luchó desesperadamente por vencer esa oposición, y fue entonces cuando desató una campaña de propaganda anticubana y antinorteamericana, pero no logró avanzar una pulgada hacia sus fines y al cabo no le quedó más salida que ordenar el establecimiento del Seguro Social. Tampoco esto es historia inventada ni interpretación sacada de diccionarios. El que quiera conocerla en detalle, que consulte las actas de la Comisión de Azúcar del Congreso Norteamericano o los alegatos presentados por cubanos que iban cada año a Washington a pelear libra a libra la cuota azucarera de Cuba en el mercado norteamericano contra las pretensiones de Trujillo de aumentar la venta de sus azúcares en los Estados Unidos.

¿Es acaso todo lo dicho prueba de lo que algunos llaman la inmoralidad típica de Trujillo y por tanto una prueba de que el obrerismo dominicano es el producto de esa inmoralidad?

No. La Historia es una ciencia y como tal debe ser estudiada objetivamente. Un investigador científico que descubre un microbio no se pregunta a sí mismo si ese bichito que ha descubierto es moral o es inmoral; la partera que ayuda a una madre a dar a luz no se pregunta si el niño que acaba de nacer es moral o es inmoral. El proletariado dominicano fue un producto directo de la necesidad de ganar dinero que tenía el grupo burgués formado por Trujillo, y ese grupo fue a su vez producto de las actividades económicas, llevadas a cabo para ganar dinero del imperialismo norteamericano. Desde el momento mismo de su aparición, el proletariado nacional entró en contradicción con la burguesía trujillista, así como desde el momento en que se formó ésta, entró en contradicción con el poder imperialista. Y

son las luchas desatadas por esas contradicciones las que producen los movimientos históricos, no los deseos de un hombre, de diez hombres o de mil hombres. Los deseos de los hombres sólo pueden realizarse cuando encajan en las corrientes de esas contradicciones, y todo lo demás es soñar, “y los sueños, sueños son”.

VI

Aquí entramos a hablar de la clase obrera dominicana. Para 1938, en Santo domingo no se conocían los sindicatos y los pocos trabajadores que había se agrupaban en gremios, palabra que había servido en la Baja Edad Media para definir las organizaciones productivas artesanales y las de la burguesía en formación. Dado que la mayor parte de lo que producíamos para el consumo nacional se obtenía en talleres artesanales, la palabra se ajustaba a la realidad social del país. Entonces teníamos, como se ha dicho varias veces, unos 9 mil obreros dominicanos, y en ese número estaban incluidos los aprendices, y la gran mayoría de los 9 mil trabajaban en industrias pequeñas. Todas las organizaciones gremiales se hallaban bajo control del gobierno; en el interior del país, el jefe de los gremios era casi siempre el comandante militar de la provincia, “elegido” presidente de los gremios por “la libre voluntad” de los obreros.

Como no hay una historia del movimiento obrero dominicano que pueda consultar, debo ayudarme de mis recuerdos, que en muchos detalles pueden ser vagos; y si no recuerdo mal, la primera actividad obrera nacional de importancia histórica fue la designación de dos delegados de los gremios de Puerto Plata —que era donde había algunos— para que fueran a los Estados Unidos a obtener que la American Federation of Labor solicitara del gobierno norteamericano la salida de las fuerzas militares de ocupación que se hallaban en nuestro país.

Esto debió suceder hacia 1918, y según creo recordar, ninguno de los dos delegados era obrero. Me parece que uno fue el señor Kundhart, de Puerto Plata, y el otro el licenciado Rafael Estrella Ureña. Para datos más precisos habría que consultar periódicos de la época, que no se hallan en París.

En esa ocasión, los gremios dominicanos tuvieron una actuación pasiva; sólo dieron credenciales de delegados. Pero podemos suponernos lo que eran los gremios de 1918 si nos hacemos cargo de que en 1938 apenas teníamos 9 mil trabajadores, de los cuales una gran parte eran empleados de pequeñas sastrerías, ebanisterías, herrerías, talleres de mecánica también pequeños. Actuación activa fue la que tuvieron en la primera huelga de importancia que conoció el país, y decimos país aunque en realidad su escenario fue la Capital. Eso sucedió en el gobierno de Vicini Burgos, quizá en 1923. La huelga fue organizada por los choferes para protestar por un aumento en el impuesto de las placas —o tal vez en el de la gasolina, detalle que no recuerdo bien—, y en el movimiento participaron muchos dueños de autos y camiones, es decir, pequeños burgueses del transporte, de manera que no fue exactamente una huelga exclusiva de trabajadores, si bien los choferes recibieron el crédito de haberla organizado, lo que les dio prestigio popular. Más tarde, los choferes produjeron algunas huelgas más y llegaron a hacer movilizaciones políticas allá por el 1930, cuando una parte importante de ellos se movilizó para oponerse a las aspiraciones presidenciales de Rafael L. Trujillo.

Huelgas verdaderas vinieron a estallar en realidad en la década de 1940; fueron las de los centrales azucareros del Este, dirigidas por Hernando Hernández y Mauricio Báez. Mauricio Báez era un trabajador de San Pedro de Macorís, pero Nando Hernández pertenecía a una de las familias más conocidas del país; era hijo del Dr. Teófilo Hernández, un

médico muy prestigioso de La Romana, que se había destacado en la lucha contra la intervención yanqui de 1916-1924. Como se sabe, Mauricio Báez fue secuestrado en La Habana y seguramente asesinado por sus secuestradores, puesto que jamás se encontraron huellas suyas; Nando Hernández murió de un ataque cardíaco en Ranchuelo, una ciudad de la provincia de Las Villas. Nando Hernández dedicaba mucha atención a los trabajadores de La Romana, con los cuales pasaba todo su tiempo, y los ayudaba a organizarse en asociaciones de socorro mutuo, y por eso pudo tener autoridad entre ellos y jugar un papel decisivo en aquellas huelgas.

Esas huelgas sacudieron las bases sociales del régimen trujillista a tal punto que a partir de ellas Trujillo iba a transformar la organización obrera y a elaborar toda una política a base de la nueva organización. Aunque las causas de las huelgas fueron económicas y sociales —mejores salarios y mejores condiciones de vida era el reclamo de los obreros—, en ellas se mezclaron factores políticos que aparecían por primera vez en la escena nacional, por ejemplo, la influencia de marxistas españoles que habían llegado a Santo Domingo desde Francia, donde se habían refugiado después de haber terminado la Guerra Civil Española. Esos españoles influyeron en las ideas de un grupo de jóvenes dominicanos a tal punto que de ahí saldría el movimiento marxista dominicano. Independientemente de ese aspecto, las huelgas tenían trasfondo político, pues como Trujillo era al mismo tiempo el jefe político y el jefe económico del país, todo lo que pudiera afectar a la economía afectaba a su régimen en lo político, y como él tenía bajo control a todos los gremios, su esquema de poder quedaba roto al perder ese control sobre los trabajadores del azúcar. Por otra parte en la misma medida en que en la persona de Trujillo se confundían el empresario burgués, el jefe del Estado y el líder político, confluían sobre él todas las actividades

contrarias al orden que él había impuesto. Era imposible distinguir, en un hecho producido por Trujillo, si lo habían provocado intereses económicos o intereses meramente políticos, y en consecuencia sucedía lo mismo con cualquier movimiento del pueblo; nunca se sabía cuándo pasaba la raya entre lo económico y lo político. En un esfuerzo sumamente hábil para disociar la unidad objetiva que presentaba el régimen entre empresa burguesa y poder político, los huelguistas gritaban vivas a Trujillo, mientras reclamaban mejores salarios y mejores condiciones de trabajo. A pesar de eso, los muertos producidos por el terror trujillista fueron numerosos; los cadáveres eran colgados de los árboles de la región con letreros en el pecho que decían: “Este es mi aumento de salario”.

De todos modos, Trujillo reconoció que algo andaba mal en la organización de los gremios que él creía que estaban bajo control, y decidió su reorganización. De los gremios se pasó a los sindicatos y a la creación de una confederación —aparente, desde luego—; se negoció la llegada al país de sindicalistas cubanos para que ayudaran en la tarea de esa organización, pues Trujillo tenía interés en proyectar la recién nacida confederación hacia el exterior a fin de que defendiera su gobierno en el seno mismo del movimiento obrero internacional. Un estudio cuidadoso de la manera como maniobró Trujillo en ese caso arrojaría mucha luz sobre la naturaleza de su régimen. Trujillo no sólo negoció la llegada al país de representantes del sindicalismo latinoamericano —pues los sindicalistas cubanos actuaron en coordinación con los mexicanos—, sino que siguió dando pasos y fue más allá, hasta entrar en terreno político, al punto que legalizó a la organización de los comunistas dominicanos y envió un embajador a la Unión Soviética. Esas maniobras eran las de una burguesía que operaba con ideas claras. Una burguesía puede ser liberal o puede ser reaccionaria, pero en

ambos casos se persiguen los mismos fines; lo que diferencia a la primera de la segunda son los métodos que se aplican para conseguir esos fines. La de Trujillo era una burguesía reaccionaria, pero era una burguesía y sabía en qué momento debía negociar y hasta qué extremo podía llevar la negociación.

La formación y el desarrollo de la burguesía trujillista supone la formación y el desarrollo del proletariado nacional, y por esa razón es tan importante para la vida política dominicana definir con exactitud la naturaleza social del trujillismo. El que se equivocó en este asunto en 1961 cometió un grave error, pero es mucho más grave equivocarse ahora, al cabo de varios años, cuando se tiene perspectiva histórica, para juzgar los hechos con objetividad. Parecía que a fines de 1969 tiene poca importancia determinar si Trujillo fue oligarca o lacayo del imperialismo yanqui, o si fue un burgués típicamente nacionalista. Pero tiene mucha importancia. De los juicios se desprende quién tiene o quién no tiene una posición ideológica correcta, y la lucha del pueblo tiene que llevarse a cabo, antes que nada, en el campo ideológico. El que tenga ideas confusas tendrá actuaciones confusas; el que no sepa hoy donde estaba el enemigo de 1961 no sabrá donde estará el enemigo de 1970; y si se equivocó en 1961 y sirvió al frente oligárquico bajo el pretexto de su antitrujillismo se equivocará y le servirá también en 1972 a menos que acepte su equivocación y rectifique a tiempo.

Hay personas aisladas que necesariamente tienen que equivocarse debido a que son pro-oligarcas con fachada de revolucionarios. Esas personas son confusas debido a que viven en perpetua contradicción dentro de sí mismas, y como es lógico, en todo lo que hacen proyectan hacia lo externo esa contradicción íntima. Esto se explica porque nadie puede ser al mismo tiempo dos cosas opuestas. Hay casos patéticos de gentes así que llegan a creer que están sirviéndole a la revolución,

y la verdad es que sólo sirven al frente oligárquico. Sin duda, esas personas hacen daño, pero mucho menos que una organización, sobre todo si es o se titula marxista-leninista.

Una organización marxista-leninista no puede afirmar a esta altura que Trujillo fue miembro de la oligarquía y lacayo del imperialismo, pues al decir eso está colocándose en la misma línea en que estuvo la Unión Cívica en 1961 y 1962. Entonces no se usaban los términos de ahora, pero la Unión Cívica fue el núcleo del primer frente oligárquico nacional, y usando como bandera el antitrujillismo confundió a los marxistas dominicanos y los separó de las masas, situación que todavía hoy tiene consecuencias negativas. Resucitar ahora el antitrujillismo, especialmente entre las izquierdas, bajo la especie de que Trujillo era un oligarca y un lacayo del imperialismo, es decirle al pueblo que en 1961-1962 era la Unión Cívica quien tenía la razón, y cuando los revolucionarios coinciden con los enemigos del pueblo, sea en juicios sobre el presente o en juicios sobre el pasado, algo anda mal, se ha cometido algún error de bulto en el campo ideológico y es necesario revisar cuidadosamente las bases de la posición tomada.

Una vez organizado políticamente por teléfono desde Washington en 1961, el frente oligárquico dominicano, supo con toda claridad quiénes eran sus amigos y quiénes eran sus enemigos y procedió a atacar a los primeros acusándolos de trujillistas, con lo cual confundió a muchos que debían ser también sus enemigos; y sucede que varios años después un sector marxista llega a decirle al pueblo que su enemigo es el trujillismo y que debe unirse con el frente oligárquico para combatir a ese enemigo, y a fin de que las izquierdas puedan aceptar esa estrategia afirma que Trujillo fue oligarca y lacayo del imperialismo yanqui. Juan Francisco Suero, que vio claro en medio de la oscuridad, dijo con su acostumbrada

agudeza, en una carta publicada en el *Listín Diario* del 6 de agosto (1969), que eso equivalía a aliarse con el pentagonismo para luchar contra el pentagonismo, conclusión absolutamente lógica, puesto que cualquier sector del frente oligárquico es sólo un agente nacional del poder pentagonista, que es el jefe y el beneficiario de lo que hace en el país el frente oligárquico.

¿Cómo se explica que un partido del proletariado dominicano ignore cómo se formó, cuándo se formó y debido a qué se formó ese proletariado? ¿Es que nació por arte de magia o fue generado por una burguesía nacional? ¿Y quién formó esa burguesía nacional? ¿Existía tal burguesía antes de 1930, cuando el número de los obreros dominicanos no podría pasar de 5 mil, visto que en 1938 eran 9 mil?

Este no es un punto de la historia nacional que puede ser tratado a la ligera. Hay que hacer un camino firme para que el pueblo pueda salir por él hacia un porvenir mejor, y el que hace los estudios para la construcción del camino no puede decir que en tal lugar hay terreno sólido si lo que hay es una ciénaga, porque en ese caso estará confundiendo a los constructores del camino, que es el propio pueblo, y estará contribuyendo a evitar que el camino se haga como debe hacerse, bien y con rapidez. En la tremenda y larga lucha que nos espera a todos los dominicanos, el que siga un camino falso pagará su error con sangre suya y con la sangre del pueblo. Hay, pues, que acertar en el trazado del camino, antes de que éste se haga.

Como sucedió en todas partes, el proletariado de la República Dominicana fue generado por la actividad de una burguesía nacional. Que esa burguesía tuviera ciertos rasgos propios se debió a condiciones especiales del medio dominicano, no a su naturaleza social. La tardía aparición de esa burguesía, de pocas personas pero muy poderosa, y las

condiciones especiales del medio, dieron origen a muchas de sus características peculiares, entre ellas la concentración en una sola persona del poder político, el militar y el económico. Por otra parte, esa tardía aparición originó a su vez una tardía aparición del proletariado, y por esa causa éste tiene actualmente las marcas y las deformaciones propias de su formación reciente y de su rápida evolución.

En Santo Domingo debemos tener ahora 5 por ciento de trabajadores, y sin embargo en ese corto porcentaje hay al mismo tiempo aristocracia obrera y sectores proletarios manejados por el frente oligárquico. ¿De dónde viene ese contrasentido? Pues de las contradicciones nacionales, una de las cuales es que el Estado es el más grande empresario del país y se halla sometido a la presión de unas masas que forzaron la nacionalización de las empresas del dictador, esto es, las que estableció esa burguesía de que estamos hablando; de las debilidades profundas del frente oligárquico, que no puede gobernar con los métodos de Trujillo precisamente porque no es una burguesía nacional, y se ve obligado a presentar aspectos superficiales de democracia representativa, razón por la cual el Estado y algunos otros empresarios conceden privilegios especiales a ciertos sectores obreros y al mismo tiempo los halagan y los ponen a su servicio.

La gran mayoría del proletariado dominicano está compuesta por hombres y mujeres que nacieron en hogares de la baja pequeña burguesía pobre y pobrísima, y muchos de ellos siguen pensando y sintiendo como bajos pequeños burgueses que aspiran a ascender en el orden social. Es difícil hallar trabajadores dominicanos que sean a su vez hijos de trabajadores, a menos que se trate de hijos de los cocolos y los haitianos que llegaron al país hace cuarenta o cincuenta años para trabajar en los ingenios del Este. La reciente aparición de su clase se refleja, en gran parte del proletariado, en el miedo a

perder sus puestos, y en ese miedo influye la circunstancia de que el país tiene muy poco desarrollo y a la vez dispone de un exceso de hombres sin trabajo. Los reflejos de ese temor se ven más en unos sectores de obreros que en otros; por ejemplo, los muelleros y los azucareros tienen más actividad política que muchos trabajadores porque viven bajo la amenaza constante del despido. Por esa misma causa sus organizaciones de clase son menos estables que las de obreros de industrias donde el empleo reclama estabilidad, como sucede en la de cemento y la de aceite, para poner sólo dos ejemplos.

El nivel del desarrollo del país, el exceso de mano de obra disponible, la inseguridad general, las presiones partidistas, en fin, producen un panorama complicado del movimiento obrero, a tal punto que cualquiera actividad política en el campo de los trabajadores exige un estudio separado de cada sector, única manera de conocer a fondo las características de los miembros de cada sindicato; en qué medida influye en ellos la conducta de sus líderes o de los dueños de la empresa en que trabajan, cómo son modificadas sus actitudes a causa de los pormenores de su oficio, la situación geográfica de la empresa, sus relaciones con el movimiento obrero general y su verdadera posición de clase. Se sabe que los obreros de la región comprendida entre La Romana y Haina son políticamente más activos que los de Santiago, pero no se ha determinado por qué, y sin embargo, es importante conocer la razón de esa diferencia, pues a la hora de tomar una decisión política en la que deban participar los trabajadores, habrá que contar con que la actuación de unos y otros no será igual. Hay que estudiar con cuidado y muy minuciosamente lo que forzando un poco el lenguaje podríamos llamar sicología del proletariado dominicano. En realidad, en el caso del obrero, en Santo Domingo no hay una sicología diferenciada en términos absolutos de la que

tiene la baja pequeña burguesía, pero esa psicología bajo pequeño-burguesa queda modificada por la naturaleza de los conflictos en que se hallan los trabajadores, y a su vez esos conflictos son también cualitativamente diferentes, según sea el tipo de trabajo y la región donde se encuentren los trabajadores.

La mayor o menor profundidad de esos conflictos depende a menudo de la naturaleza del oficio, de la capacidad de los líderes, de la actitud de un patrón, de la conducta de los jefes policiales o militares del lugar, de la posición real que ocupan los obreros en el proceso de la producción. No podemos esperar que hombres y mujeres que trabajan por épocas —esto es, semiproletarios— se comporten igual que los obreros de empleo permanente, y si se trata de semiproletarios campesinos, que son a la vez bajos pequeños burgueses pobres porque tienen algunas tareítas de las cuales sacan la comida de la familia, no podemos reclamarles que actúen como gente desesperada, que sólo tiene los treinta días del mes y la ropa que lleva encima. Tampoco podemos confiar en que un sindicato privilegiado, de los que pertenecen a la limitada aristocracia obrera del país, se comporte como se comportan los trabajadores del muelle de la Capital.

Los múltiples matices del proletariado dominicano y su evolución desigual se reflejan también en la diversidad de organizaciones obreras y en la escasez de líderes eficientes; a su vez, esas condiciones son explotadas por el frente oligárquico, que vive atizando las divisiones y provocando el fracaso de los líderes y no pierde oportunidad de presentar ante los obreros el panorama de una vida a lo yanqui como el ideal a que deben aspirar los trabajadores. Ese panorama está presente en todas partes y a todas horas, en la televisión, las películas y hasta en los avisos, los grabados y los artículos de la prensa diaria.

Es fácil decir que tal o cual partido es el de la clase obrera, el del proletariado nacional. Lo que no es tan fácil es distinguir con claridad y saber con certeza hasta dónde está dispuesto a llegar el movimiento obrero dominicano a la hora de luchar a fondo para edificar un nuevo Estado. En este orden de cosas sólo podemos hacer una afirmación categórica, y es la siguiente:

Los trabajadores dominicanos forman la espina dorsal de esa masa que se llama comúnmente pueblo, ese conjunto de hombres y mujeres formado por la suma de la baja pequeña burguesía, el semiproletariado, el proletariado y los chiriperos. Es su espina dorsal porque se trata de una clase definida, que ocupa un lugar también definido en las relaciones de producción; más aún, es la única clase definida en el mencionado conjunto. Por esa razón, toda estrategia política llamada a beneficiar a lo que llamamos pueblo o masa, tendrá el respaldo mayoritario de los obreros si es justa, clara, objetiva y precisa, aunque no sea establecida y llevada a cabo por uno de los partidos que se denominan a sí mismos organizaciones políticas del proletariado.

París,
17 de noviembre de 1969.

ALGUNAS IDEAS ACERCA DE LA COMUNICACIÓN CON LAS MASAS*

Una vez hecha la definición de lo que llamamos masa o pueblo, y expuestos algunos rasgos psicológicos de las clases dominicanas, es necesario abordar el problema de comunicarse con esas masas. Esta es una tarea de importancia excepcional porque de ella depende que las capas que las componen adquieran la conciencia política que hace falta para que puedan actuar correctamente.

* Al tratar el problema de la comunicación con las masas me parece que es oportuno referirme a cosas que han dicho un líder del PCD y otro del MPD, y aclaro que no lo hago con ánimo de entablar polémicas, sino porque a mí como a cualquier dominicano preocupado por el destino del país, me interesa que esos partidos y sus líderes vean los hechos como son, o como han sido.

Aludiendo a una nota mía aparecida en *¡Ahora!* Narciso Isa Conde comentó la manifestación espontánea que se produjo en la Capital con motivo de la victoria del equipo cubano de pelota contra el equipo yanqui y dejó entrever que esa manifestación desmentía lo que había dicho acerca de lo difícil que es comunicarles a las masas el antiyanquismo agregado a la idea de la Dictadura con Respaldo Popular, tal como lo expresaba comúnmente el PCD en sus comunicados. Es el caso, sin embargo, que esa manifestación fue realizada por el sector políticamente más consciente, y por tanto más activo, de la pequeña burguesía capitala, y la masa del país contiene a la baja pequeña burguesía, al semiproletariado y a los obreros del campo y de la ciudad y a los chiriperos de estas últimas. Al hablar de comunicación con las masas, siempre y en todos los casos, me refiero a la suma de esas clases y capas, no a un sector de ellas, y mucho menos al más consciente en el orden político.

Por otra parte, Julio de Peña Valdez, dijo en una carta publicada en *El Nacional* algo que poco antes había dicho otra persona: que en 1961 yo había proclamado el principio de “borrón y cuenta nueva”, y De Peña Valdez agrega que al hacerlo interpreté correctamente la situación de este momento.

Hay burgueses y pequeños burgueses pro-oligárquicos, hay semiproletarios, trabajadores y chiriperos pro burgueses. ¿Por qué? ¿Cómo se explica que un miembro de una clase sea partidario de un régimen político que favorece a otra clase y no a

De Peña Valdez dijo además que con esa prédica se ganó el respaldo de los guardias al PRD y que gracias a ese respaldo el PRD resultó victorioso en las elecciones del 1962.

Si el dirigente obrero del MPD hubiera hecho una pequeña indagación habría hallado que cuando se habló de “borrón y cuenta nueva” yo no estaba en el país. Para mí hubiera sido difícil decir una frase como ésa, porque en ninguna circunstancia de la vida privada o pública, sea en Santo Domingo o donde sea, puede haber borrón y cuenta nueva. Pero llevando la investigación más allá, De Peña Valdez habría encontrado que todo lo que él dijo en esa carta coincide letra por letra con lo que han dicho las derechas extremas del país. Es más, hubo quien quiso justificar el golpe de 1963 alegando que los guardias tenían derecho a tumbar el gobierno del PRD porque ellos lo habían llevado al poder. Si De Peña Valdez se hubiera dado cuenta de que lo que él iba a decir coincidiría a tal punto con lo que dijeron los partidarios del golpe, seguramente no lo habría dicho, porque él sabe que cuando un revolucionario opina igual que un reaccionario, es el revolucionario quien está equivocado.

Yo no halagué a los guardias ni hice jamás política con ellos. Lo que me tocó hacer al volver a Santo Domingo en octubre de 1961 fue establecer con claridad que los enemigos del pueblo no eran ni podían ser Trujillo y los trujillistas, porque el primero había sido muerto y los segundos no tenían significación alguna si les faltaba su jefe. Al determinar quiénes eran los enemigos del pueblo, mi papel, como líder del PRD, fue orientar al partido y a las masas para que no se dejaran confundir con la propaganda, muy difundida, de que su enemigo era el trujillismo. A mí no se me hubiera ocurrido dividir a los dominicanos en trujillistas y antitrujillistas, porque aunque yo no había leído a Marx, Engels y Lenin, sabía, por experiencia propia, que los pueblos se dividen en explotadores y explotados, y sabía también que la gran mayoría de los que eran acusados de trujillistas, como sucedía con los guardias y los policías, estaban en el montón gigantesco de los explotados.

Al morir Trujillo, los que aspiraban a heredar su lugar como gran explotador del pueblo se autodenominaron antitrujillistas, pero nosotros, los hombres del PRD, que no estábamos pensando en ocupar la posición económico-social —no política nada más— que había dejado Trujillo vacía, nos dedicamos a darle al pueblo conciencia de su situación y a abrirle los ojos acerca de las intenciones de sus enemigos. Como ésa era una línea política correcta, los guardias, que eran parte de la masa aunque estuvieran uniformados —y recuérdese que en esos días un guardia raso ganaba en fin de cuentas menos que un peón de obras públicas— se dieron cuenta de que el PRD defendía los intereses del pueblo, del cual formaban parte sus padres, hermanos, mujeres

la suya? Por falta de conciencia de clase. Si todos los burgueses tuvieran conciencia política burguesa lucharían por el establecimiento de la democracia representativa, que es el tipo de régimen propio de su clase; si todos los obreros tuvieran conciencia de clase lucharían por el establecimiento de la dictadura del proletariado, que es el régimen propio de su clase. En el orden político, una clase o una capa se confunde fácilmente si no tiene conciencia, aunque esto no suele suceder si esa clase o esa capa se halla en el poder; así, las oligarquías nacionales, que están en el poder, no aceptan el sistema democrático llamado representativo porque es un régimen que por su propia naturaleza ofrece campo para que el pueblo luche contra ellas, y uno de los graves problemas que tiene ante sí el pentagonismo es que se ve forzado a sostener en nuestros países regímenes oligárquicos con apariencias democráticas, lo cual es una incongruencia para la que no hay solución. Cuando no está en el poder y además carece de conciencia política, una clase se confunde con relativa facilidad. La

y amigos, se sintieron defendidos ellos mismos, tal vez no tanto como guardias, sino como dominicanos; y lógicamente, su actitud hacia el PRD fue amistosa. Así, pues, la conducta de la guardia ante la línea política del PRD fue una consecuencia particular de una línea general correcta, que tenía en cuenta a todo el pueblo, no a una parte del pueblo, y mucho menos a una fracción uniformada.

Las enseñanzas que se desprenden de las actuaciones del PRD y más entre 1961 y 1965 no son las que dijo Julio de Peña Valdez; y si al estudiar esas experiencias se parte de un punto de vista erróneo —como es el caso esta vez—, se llegará de manera inevitable a conclusiones también erróneas. Lo que hizo el PRD no puede ser visto a partir de los efectos que tuvo nuestra línea política en un sector dado de la población, hay que verlo a partir de la línea política general que trazó y siguió entonces el Partido. Si se hace así se verá que esa línea era correcta y debía conducir necesariamente a lo que se obtuvo: la incorporación de las masas a la actividad política nacional en un grado y con una conciencia que no se habían conocido en la historia del país [notas aclaratorias, JB].

París,
23 de noviembre de 1969.

comunicación con las masas se dirige, en primer lugar, a proporcionarles a las masas conciencia política, y en segundo lugar, a transmitirles las líneas generales y particulares adecuadas a sus intereses.

¿Con qué criterios y con qué formas debe cumplirse esa tarea?

La respuesta tiene que descomponerse en dos partes; una que se circunscribe al campo de lo subjetivo y otra que se refiere, hasta cierto límite, a puras maneras de expresión, por lo cual tiene al mismo tiempo aspectos subjetivos y objetivos.

La comunicación con las masas requiere, antes que nada, la adopción de una línea política correcta en lo general y en lo particular, pues si esa línea no es correcta las decisiones y los actos que se deriven de ella entrarán en contradicciones más tarde o más temprano, y esas contradicciones acabarán a la larga desprestigiando al partido y a los líderes que las expresen porque el pueblo no tarda en darse cuenta de que se le dicen cosas opuestas entre sí, y el pueblo sabe hacer juicios justos y actuar en consecuencia.

Lo primero que debe hacerse, pues, a la hora de abordar el problema de comunicarse con las masas es adoptar la posición correcta ante los problemas que las afectan, para lo cual hace falta establecer con claridad cuál es la línea política justa, en lo general y en particular, que debe seguirse; lo segundo es adoptar las formas adecuadas para que la masa se sienta expresada a través de lo que se le dice.

¿Cómo se determina cuándo una línea política es correcta? ¿No puede darse el caso de que un grupo de líderes, o un partido, adopte una línea equivocada con la mejor buena fe?

La clave para saber si una línea política es correcta está en determinar con claridad a quien beneficia esa línea o a quien beneficiará a la larga; es incorrecta si está llamada a beneficiar de alguna manera, parcial o total, directa o indirecta, a los

enemigos del pueblo; si beneficia al pueblo, y no sólo a una parte del pueblo, es correcta. (Por ejemplo, la tendencia, común en el caso de muchos partidos comunistas de la América Latina, a actuar para beneficio exclusivo del proletariado haciendo abstracción de la existencia de los restantes sectores de la masa, ha contribuido a aislar a esos partidos del resto del pueblo). Así pues, lo más importante para líderes y partidos es distinguir entre amigos y enemigos. Si se trata de líderes y partidos revolucionarios, su amigo es únicamente el pueblo, y los enemigos del pueblo son sus enemigos; si se trata de líderes y partidos reaccionarios, la definición se produce al revés: sus amigos son los enemigos del pueblo y éste es el enemigo a quien hay que aplastar. Así, en el caso de la Dictadura con Respaldo Popular hay que partir de que toda línea política que a la corta o a la larga coincida con los intereses del pentagonismo, jefe y beneficiario del frente oligárquico, o con los de cualquiera de los componentes de ese frente, acabará perjudicando al pueblo, y por tanto es una línea incorrecta. Si en un momento dado el pentagonismo o uno o más de los componentes del frente maniobran para cambiar tácticamente su posición, debe entenderse que con esa maniobra se persigue perjudicar al pueblo con más facilidad y más seguridad, y por tanto hay que actuar rápidamente para salirle al paso a tal maniobra. Debe tenerse presente a toda hora que para poder meterse en el rebaño sin que el pastor lo notara, el lobo se disfrazó una vez de oveja, pero seguía siendo lobo y lo que buscaba era comerse las ovejas. Por otra parte, toda línea correcta debe elaborarse tomando en cuenta que entre el pueblo y sus enemigos hay una contradicción fundamental y permanente, y que ésta no debe confundirse con las superficiales y pasajeras que pueda haber en el frente enemigo ni con las que hay en el seno del pueblo. Las contradicciones superficiales y pasajeras que haya en el frente enemigo son a

menudo competencias, que no están necesariamente llamadas a desembocar en fracturas violentas porque pueden terminar, y de hecho terminan frecuentemente, en acuerdos para repartirse el botín; por tanto es un error tratarlas como si fueran contradicciones llamadas a terminar en luchas a muerte, y los líderes y los partidos que no tomen esto en cuenta se arriesgan a cometer equivocaciones a la hora de elaborar una línea política general. Es pues, de suma importancia analizar las contradicciones del enemigo para saber con precisión cuáles son reales y profundas, y por tanto insolubles mediante acuerdos, y cuáles son meras competencias por el botín. En cuanto a saber con seguridad cuáles son los enemigos, la respuesta es que los enemigos del pueblo se distinguen por su manera de vivir y, desde luego, por su origen y su posición de clase, y en la República Dominicana se distinguen hasta por su manera de hablar, pero fundamentalmente, los enemigos se distinguen por lo que hacen contra el Pueblo, y los amigos por lo que hacen a su favor.

A lo dicho hay que agregar algunas otras consideraciones que difícilmente pueden ser objetivas, razón por la cual es probable que no todo el mundo las entienda. Por ejemplo, tenemos el caso de los líderes y los partidos que sustituyen al pueblo, a menudo sin darse cuenta de lo que están haciendo. Esos líderes y esos partidos se consideran a sí mismos los representantes exclusivos del pueblo y toman decisiones en su nombre. Aunque este fenómeno de sustitución del pueblo se da sobre todo cuando se está en posesión del poder, en América Latina y en nuestro país se da también en medio de las luchas que podríamos calificar como anteriores a la revolución, y así se da el caso de partidos que llegan a creer que tienen la misión divina de liberar al pueblo y que para realizar esta tarea les basta con sus fuerzas y las de sus compañeros de militancia. No hay error más costoso que ése entre los revolucionarios de todo el

mundo y no hay otro que se cometa con más frecuencia, a partir del triunfo de Fidel Castro en Cuba. El punto de vista correcto es que nadie está capacitado para actuar en lugar del pueblo, para sustituirlo por una minoría, por muy noble, muy bien preparada y muy bien intencionada que sea esa minoría, y que ningún pueblo de la América Latina ha tenido noventa años corridos de luchas por su libertad, como los tenía el de Cuba cuando Fidel Castro bajó de la Sierra Maestra. Hay que tener siempre en cuenta que el pueblo no es un niño desvalido; es un adulto que sabe más que todos los sabios juntos; en él está la suma de toda la sabiduría, de todas las virtudes y de todos los poderes. Es él y nadie más que él quien tiene que liberarse; él y sólo él es quien tiene la autoridad necesaria para escoger su camino hacia un porvenir más justo y más libre. Lo único que pueden —y deben— hacer los partidos y los líderes es interpretar al pueblo y ser sus instrumentos de lucha, jamás suplantarlos. Los partidos que suplantán al pueblo y toman decisiones en su nombre le roban su capacidad creadora y le sustraen su verdad, la que él elabora todos los días a través de las mil peripecias de su vida. Entre otras ideas erradas, esos partidos creen que al pueblo se le impone la revolución por la fuerza; que se le puede y se le debe obligar por el terror a hacer una revolución. Y eso es una locura, porque sólo el pueblo puede hacer revoluciones, y sólo son legítimas, naturales y fecundas las que él hace, no las que le hace una minoría.

Dicho esto, debemos pasar ahora a hablar de las formas adecuadas para que la masa se sienta expresada a través de lo que dicen los partidos y los líderes.

Dado su nivel cultural, las masas dominicanas no están hechas a manejar conceptos sino a definir cosas, hechos y sentimientos, y en consecuencia su lenguaje es sobrio y descansa mayormente en el uso de los substantivos, de los adjetivos

que los modifican más comúnmente y de los verbos que expresan sus actividades diarias. Cuando resume experiencias conceptuales, el pueblo lo hace a través de refranes porque son expresiones fáciles que dicen mucho en pocas palabras. Hay vocablos que definen conceptos morales, políticos, religiosos, económicos, que son de uso frecuente en círculos de la pequeña burguesía, y para el pueblo significan otra cosa. Así, las voces desarrollo, subdesarrollo, nivel de vida, burócrata, balanza de pagos, exportación, burgués, no le provocan ninguna imagen o idea o le provocan otras que tienen otros valores. Para un hombre o una mujer de la masa, una silla es un objeto de cuatro patas en el cual se sienta, y si se habla de un sillón Luis XVI se lo figurará, si acaso, como un sillón de caoba, porque nunca ha visto un sillón Luis XVI y no se imagina cómo es.

Toda palabra que exprese un concepto, y no un objeto o un acto, tiene que serle explicada al pueblo a base de sus experiencias vitales, así se trate de la palabra patria. Si se le habla de la patria sin explicarle lo que ésta significa en términos de sus propias vivencias —la tierra dominicana, donde nacieron él, sus padres, sus hermanos y sus compañeros, y lo que esa tierra debe significar, en términos de libertad y bienestar, para él y para los suyos—, oirá la palabra, pero ésta no despertará en él emociones específicas ni provocará ideas de tipo político; en cambio, comprenderá a cabalidad el significado de las palabras República Dominicana o pueblo dominicano. Pero no hay que confundirse. El hecho de que su léxico sea corto y reducido a definir todo lo que está dentro del campo de sus propias experiencias —porque es absolutamente imposible que vaya más allá si no se le ha dado la educación indispensable para que elabore conceptos a base de conocimientos—, no significa que no sea inteligente. Al contrario, es asombrosamente inteligente, es capaz de comprender

los problemas más complicados y abstrusos si se le explican en su lengua, con voces que tengan para él significados concretos y con un método de exposición adecuado a su manera de pensar. Además de inteligente, es un pueblo de juicio claro y de inclinación natural a actuar con rectitud, y es un pueblo que sabe distinguir entre valores reales y falsos, y sobre todo distingue entre los que se proponen luchar por él y los que pretenden usar sus sufrimientos y sus esperanzas para escalar posiciones de mando, económicas o políticas. El pueblo dominicano admira la capacidad, la bondad, la honestidad, la lealtad a su destino, y reconoce esos valores donde quiera que estén.

Por otra parte, aunque haya en su seno una minoría que usa la violencia como método normal de lucha, ese pueblo rechaza la expresión violenta. La pasión de ciertos sectores de la pequeña burguesía, que predicán la revolución con un lenguaje apocalíptico y la anuncian como si fuera un castigo de los cielos ejecutado por una legión de vengadores que llegarán a exterminar a los que pecan, le asusta y le lleva a retraerse. Para convencer al pueblo dominicano de la legitimidad de una doctrina, hay que usar un lenguaje limpio y claro que le presente su verdad, tal como él la cree, la siente y la conoce.

Ahora bien, en un país como Santo Domingo, donde el pueblo tiene una manera de hablar y las clases y capas superiores tienen otra, hay que hablar y escribir a dos niveles; uno para la pequeña burguesía culta, que maneja con sus valores propios las palabras, y otro para la gran masa. Los pequeños burgueses cultos tienen un papel importante que jugar en la lucha política porque han adquirido la capacidad necesaria para reunir datos, analizar hechos, propagar ideas y las masas son el alma del país, las destinatarias de nuestras esperanzas, y su liberación es el objeto de nuestros trabajos. En ambos casos, las dos lenguas —la que se dirige a la pequeña burguesía culta y la que se dirige al pueblo— deben expresar

con formas diferentes una misma realidad y deben estar dirigidas a un mismo fin.

Siendo, como somos, un país pequeño, para fines de comunicación con las masas la República Dominicana tiene complejidades de país grande, a tal punto que las palabras que tienen un significado en una región no lo tienen en otras; y en términos de conciencia política, las palabras promueven ideas y sentimientos distintos según sea el sitio donde se digan y según sea la situación particular de cada quien en el panorama social. Las masas de la Capital, por ejemplo, reaccionan ante un lenguaje que asustaría a las de ciertas zonas del Cibao; la expresión “reforma agraria” no quiere decir lo mismo para un campesino del Este que para uno de Moca; para el primero es promesa de tierra, y para el segundo es amenaza de que le quitarán las suyas. (Esto se dice de manera general, pues también en Moca hay campesinos sin tierras, pero nunca en la misma proporción que en el Este).

Para comunicarse con las masas hay que usar las expresiones más comunes. No es lo mismo decir ante ellas “padre” que “papá”; “padre” puede ser entendido como cura o sacerdote; “papá” será entendido siempre como el padre de la familia. Pero en ciertos lugares cercanos a la Capital es preferible decir “pai”, porque ésa es la voz que usa el Pueblo. Y sin embargo, si en una conferencia en la Universidad el orador dice “pai” en vez de “papá”, y quizá hasta “papá” en vez de “padre”, el auditorio se sentirá disminuido; considerará que el orador no lo ha respetado, puesto que llevó al recinto de la sabiduría un vocablo propio de campesinos analfabetos, no de profesionales universitarios.

Para hablarle al pueblo hay que rehuir de manera sistemática toda voz que defina conceptos y sustituirla por explicaciones que conduzcan a dar la sustancia de esos conceptos; hay que suprimir adjetivos, a menos que se refieran a cualidades

muy conocidas por la masa, como por ejemplo, bueno, blanco, azul, grueso o gordo, delgado o flaco; hay que sustituir cualquiera palabra por aquella que diciendo lo mismo sea más común; debe usarse “número” y no “cifra”; debe decirse “bonita” y no “deslumbrante”, si se habla de una mujer. Fundamentalmente, el orador tiene que aniquilar en sí mismo la manera conceptual de expresión que adquirió inconscientemente en sus años de estudios y lecturas. Este es un proceso difícil, en el cual sólo puede alcanzarse la meta si se parte del principio de que hay que colocarse en el nivel del pueblo, pero no para servirse de él sino porque es en él donde está en verdad la suma de la sabiduría; y aquel a quien el pueblo no reconoce como suyo, porque no lo entiende, es un ser incompleto, mutilado; pertenece a una clase, a una capa o a un grupo, no al pueblo.

Al plantear ante el pueblo un problema hay que hacerlo con un método. Primero, el problema debe ser analizado y sus partes descompuestas y explicadas partiendo de lo simple para ir a lo complejo; luego, el todo debe ser integrado de nuevo en una síntesis que deje al descubierto sus falsedades aparentes y reales y exponga la raíz de esas falsedades, así como sus verdades aparentes y reales y sus raíces. Toda exposición lógica será comprendida por el pueblo, y si él se engaña, se engañará por poco tiempo, pues tal como dijo acertadamente Abraham Lincoln, “se puede engañar a una parte del pueblo todo el tiempo y a todo el pueblo una parte del tiempo, pero nadie puede engañar a todo el pueblo todo el tiempo”.

Dado el alto porcentaje de analfabetos que tenemos, el mejor medio de comunicación es la radio, y lo será por mucho tiempo. Pero el uso de la radio para hablarle a la masa tiene también sus requerimientos. Hay que hablarle a través del micrófono despaciosamente, de tal manera que capte cada palabra, y de ser posible, cada sílaba. Si la palabra expresa un

concepto, ese concepto debe ser explicado inmediatamente. Sobre todo, en la radio debe hablarse con mesura, sin exaltaciones. Una parte de la juventud pequeño-burguesa —y hasta algunos que no son ya jóvenes— se siente atraída por el lenguaje vehemente, pero la gran masa no; la gran masa quiere explicaciones, quiere que se le presenten argumentos sólidos y expuestos con calma. Cuando se trate de explicar un proceso que está fuera del campo de sus experiencias, debe hablársele utilizando aquellos conocimientos que haya acumulado a lo largo de su vida a través de sus contactos directos con la realidad. Si se me permite, voy a dar un ejemplo.

Hablando ante una concentración de campesinos en la provincia de Puerto Plata me vi en el caso de tener que explicarles que la riqueza consiste en producir todo lo necesario, no meramente en tener dinero, y dado que para la gente del pueblo la posesión de la moneda es la única expresión palpable de la riqueza, tenía que hacerlo de tal manera que a ninguno de los que me oían le quedara la menor duda acerca de lo que estaba diciendo. Así, señalando a uno de ellos, que se distinguía por su buen tamaño, le dije a la multitud: “Vamos a hacer una cosa; vamos a encerrar a este amigo que está aquí en un almacén de esos que tienen candados por fuera en todas las puertas, uno de esos antiguos almacenes de tabaco que todos Uds. han visto alguna vez. En ese almacén hay carbón, anafe, cuaba, gas, fósforos, carne, huevos, bacalao, arroz, frijoles, plátanos, manteca y aceite; hay ropa nueva, fluses de casimir, camisas, corbatas, zapatos, medias, sombreros; en ese almacén hay de todo lo que un hombre pueda necesitar para comer, para beber y para vestir; hay hasta sus botellitas de ron. Pues bien, metemos a este amigo en ese almacén sin un peso en el bolsillo y vestido nada más con un pantalón, sin camisa y sin zapatos. Como ustedes recordarán, el almacén tiene candados por fuera en todas las puertas y no tiene ventanas,

y al meter a este amigo en él cerramos todos los candados, de manera que él no podrá salir de ahí si no le abrimos, y resulta que sólo le abrimos una puerta a los quince días, después que él tiene una quincena encerrado. ¿Qué creen ustedes que hallamos al abrir las puertas?”. La multitud se encargó de dar la respuesta: “Un hombre gordo y bien vestido”, venían a decir unos y otros con expresiones distintas, y hubo quienes comentaron que hasta alegre por causa del ron. Una vez que el auditorio se calló, tomé la palabra de nuevo para decirles que supusieran que el mismo almacén estaba completamente vacío; que en él no había ni agua para beber, y que metíamos ahí al mismo hombre con mil pesos en el bolsillo y muy bien vestido, y que volvíamos a los quince días y abríamos el almacén. “¿Qué hallamos entonces?”, pregunté. Y la gente gritó, unos en una forma y otros en otra: “¡Un hombre muerto pudriéndose!”. “Entonces”, pregunté yo, “¿de qué le sirvieron los mil pesos que tenía en el bolsillo?”. “¡De nada!”, respondía la gente a voces. Y a partir de ese momento fue fácil explicarles a esos campesinos que ignoraban las leyes de la economía, que un pueblo es rico si produce lo que necesita para su consumo y para vender en el exterior, y que se puede tener dinero y pasar hambre si no hay producción para el consumo, y cuál debía ser el papel del pueblo y cuál el del gobierno en la producción de riquezas. Siguiendo ese método llegué a explicar ante audiencias populares problemas tan complicados como el de la balanza de pagos del país, y la gente entendía lo que se le decía.

Aunque la comunicación con las masas tiene una dosis apreciable de arte, puede y debe ser estudiada, puesto que hay sin duda una técnica para aplicarla. En su caso específico, lo más importante que debe decirse es que al estudiar los métodos de comunicarse con las masas quedan al descubierto las deformaciones y confusiones ideológicas, y por tanto de

posición, que afectan el buen juicio de muchos revolucionarios valiosos. La aplicación correcta de los métodos de comunicación con las masas depende de una posición ideológica correcta. Tal como lo dice la lengua, expresión suprema de la sabiduría del pueblo:

“Bien habla quien bien piensa”.

París,
22 de noviembre de 1969.

EL FRENTE DE LA DICTADURA CON RESPALDO POPULAR

I

En ciertos círculos dominicanos que se califican de marxistas-leninistas se ve la tesis de la *Dictadura con respaldo popular* con las limitaciones que esos círculos se habían impuesto a sí mismos antes de que la tesis fuera escrita, y antes aún de que se hablara de ella.

Para esos círculos la tesis es burguesa-liberal porque no fue expuesta con el lenguaje clásico de los marxistas, porque no preconiza la dictadura del proletariado y porque no encomienda su ejecución a un partido marxista-leninista. Sucede, sin embargo, que muchos —si no la mayoría— de los que han tomado esa posición tienen una actitud antisoviética militante y acusan a los líderes rusos de haber traicionado el socialismo, de haber llevado el país de Lenín hacia nuevas formas de capitalismo.

¿Cómo se explica eso? ¿No se hizo la Revolución Rusa bajo la bandera marxista y no fue el proletariado quien la encabezó? ¿No dirigió esa revolución el Partido Comunista (bolchevique), bajo el liderato del marxista más grande que ha conocido el mundo, y no llegó ella al poder para establecer la dictadura del proletariado, una dictadura que sigue al frente del país medio siglo después de haberse hecho la revolución? ¿Cómo es posible que habiéndose basado la Revolución Rusa en la filosofía marxista en su concepción más

pura, habiendo sido hecha por un partido del proletariado que fundó y dirigió Lenín, esa revolución haya degenerado a tal punto que partidos y grupos marxistas-leninistas la acusan hoy de haber desembocado en una nueva forma de capitalismo?

O los que se oponen a la tesis de la *Dictadura con respaldo popular*, usando los argumentos que se mencionan en el segundo párrafo de este artículo, están en un error, o no son coherentes con su posición ante la Unión Soviética. Pues el caso soviético —y son ellos quienes lo dicen en sus críticas al régimen ruso— demuestra hasta la saciedad que por sí solos, la filosofía marxista, el partido del proletariado y aun la existencia de un líder tan grande como Lenín no garantizan a la larga la implantación del socialismo en ninguna parte del mundo. Y si es así, ¿por qué han de garantizarla en la República Dominicana, donde además de esos tres factores faltaría uno, y por cierto de enorme importancia, que sería la presencia de Lenín?

Si esta conclusión parece apresurada porque se basa solamente en el caso soviético, podemos reforzarla con otros ejemplos, uno similar al de Rusia y otro que se le opone; son el de Yugoslavia, donde también se hizo una revolución marxista —y de ñapa, leninista—, llevada a cabo por un partido del proletariado —el Partido Comunista de Yugoslavia, miembro de la III Internacional—, y el de Cuba, donde Fidel Castro organizó y llevó a cabo una revolución liberal-burguesa valiéndose de un partido formado por pequeños burgueses que no tenía la menor traza marxista ni contaba con afiliados de la clase obrera. Como sabe todo el mundo, la mayoría de los partidos marxistas acusan al gobierno del mariscal Tito de haber llevado a Yugoslavia otra vez al capitalismo y la Revolución Cubana se declaró marxista-leninista a los dos años y medio de haber tomado el poder.

Por otra parte, ¿qué lecciones pueden sacarse en claro de las revoluciones marxistas, hechas por partidos comunistas, que tomaron el poder para perderlo inmediatamente, o de aquellas que fracasaron en el intento de tomarlo?

Vamos a ver dos ejemplos, uno que tiene ya medio siglo de historia y otro reciente; el de Hungría y el de Indonesia. En 1919, el Partido Comunista de Hungría, bajo la dirección de Bela Kum, tomó el poder, lo retuvo un corto tiempo y no pudo mantenerse en él; en 1965, el Partido Comunista de Indonesia se lanzó a la conquista del poder y fue completamente aniquilado, a tal punto que se calcula que murieron más de 250 mil comunistas, entre ellos todos los líderes del partido. Esa enorme cantidad de gente fue asesinada por las tropas de Suharto y además —detalle que tiene una importancia política excepcional— por las masas de derechas, que se lanzaron a calles y campos a matar comunistas. En estos dos casos hay argumentos suficientes para sospechar que no siempre los partidos marxistas leninistas del proletariado saben o pueden hacer o encabezar una revolución triunfante. Nadie duda que el marxismo-leninismo es una ciencia, pero nadie puede afirmar que todos los que la estudian tienen capacidad para aplicarla, y así como hay médicos graduados en magníficas universidades que pueden hacer un mal diagnóstico, así hay marxistas-leninistas que cometen equivocaciones garrafales a la hora de aplicar la teoría.

Hay ejemplos de otros aspectos del proceso revolucionario mundial que deben ser tenidos en cuenta en este breve examen del papel que han jugado, o han dejado de jugar, algunos de los partidos marxistas-leninistas, pero para no hacer este examen exhaustivo tal vez baste con hacer las preguntas siguientes: ¿Han hecho la revolución, o han intentado hacerla, los partidos comunistas de Francia y de Italia, que se hallan entre los más poderosos del mundo en número de miembros? De los

muchos partidos del proletariado que se conocen, ¿cuántos han hecho la revolución y cuántos han dejado de hacerla?

¿Qué se deduce de todo lo que va dicho y preguntado?

Que se equivocan de medio a medio los que creen que las revoluciones tienen normas fijas y deben seguir un patrón dado, que si es cierto que la lucha de clases es el motor de la historia, no es verdad que en todas partes esa lucha tenga exactamente las mismas características y por tanto no es verdad que los movimientos revolucionarios estén obligados a comportarse exactamente igual, antes, durante y después de haber tomado el poder. Si los marxistas leninistas que acusan a los dirigentes de la Unión Soviética de haber traicionado la revolución llevaran sus críticas a las últimas consecuencias, tendrían que admitir que ninguna revolución está garantizada por el hecho de que la haya realizado el partido del proletariado, y ni siquiera por el hecho de que la dirigiera el más grande de todos los marxistas, tan grande que su nombre ha servido para calificar la forma más pura del marxismo, y por otro lado todos los marxistas tendrían que ponerse de acuerdo en el caso de la Revolución Cubana, cuyo desenlace parece demostrar que para que se haga una revolución marxista-leninista no es absolutamente indispensable que la lleve a cabo un partido del proletariado y la dirija un líder marxista-leninista.

¿Qué es lo ideal? ¿Que la revolución sea hecha por un partido del proletariado, marxista-leninista, aunque termine como la húngara de 1919 o como la indonesia de 1965, o que sea hecha por partidos, fuerzas y líderes que no han sido nunca marxistas-leninistas? ¿Qué es lo que se busca? ¿Que la revolución se haga, tome el poder y se desarrolle de tal manera que pueda asegurar al pueblo todo lo que los revolucionarios creen que debe él tener, o que nazca pura y se pudra después, o peor aún, que no se haga nunca?

En la respuesta a esta pregunta se halla una de las claves que sirven para determinar la posición de cada quien. O estamos con la revolución, tal como pueda hacerla el pueblo dominicano, o estamos con las fórmulas revolucionarias, así no tengan vigencia o cabida en la República Dominicana. Los que están con las fórmulas alegan que la tesis de la *Dictadura con respaldo popular* no tiene validez porque no señala cómo habrá de aplicarse, y a su juicio eso es un pecado mortal porque no se ciñe a lo que dijeron Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*. Pero los que están con la revolución, y no con las fórmulas, creen que es al pueblo dominicano, y no a un hombre —y ni siquiera a un partido nada más— a quien le toca decidir acerca de cómo se aplicará esa tesis.

Lo primero que hay que saber, y de manera muy clara, es que una revolución sólo se produce cuando se cumplen ciertas leyes históricas y el pueblo cobra conciencia de ello y de la necesidad de realizar los cambios establecidos o requeridos por esas leyes. Si se han cumplido las leyes históricas y el pueblo no ha cobrado conciencia de ese hecho, la revolución se estanca y se convierte en un tema de discusiones de café; algo parecido, o quizá peor, puede suceder si el pueblo ha cobrado conciencia de que hay que hacer cambios profundos, pero no se ha preparado para llevarlos a cabo. En todos los casos, sin embargo, no hay posibilidad alguna de que una revolución alcance la victoria si no tiene el apoyo resuelto del Pueblo. Una revolución no se hace con votos, pero no puede hacerse si la mayoría del pueblo se le opone. Que no se engañe nadie. La revolución es el más democrático de todos los procesos históricos, pues sólo puede realizarse cuando está apoyada en la voluntad del pueblo. Eso no significa que la mayoría del pueblo tenga que coger armas para que la revolución se haga y triunfe; significa que la mayoría del pueblo tiene que darle su respaldo, verla con

simpatía, poner en ella sus esperanzas de una vida mejor. Los que combaten son los menos, pero por detrás de ellos está la voluntad de los más.

Pero hay algo más. Una revolución se hace para beneficiar al pueblo, no para castigarlo, y el pueblo tiene que estar convencido de eso o no la apoya, porque nadie da su respaldo a lo que cree que va a hacerle daño. Los verdaderos revolucionarios se distinguen por su enorme amor al pueblo, no por el tono colérico de sus discursos y proclamas ni por la violencia de sus hechos. Si los campesinos de la Sierra Maestra hubieran sido hostiles a Fidel Castro, éste no habría bajado de ese sitio como vencedor, y tal vez ni siquiera vivo; si el pueblo de Cuba hubiera tenido miedo de lo que predicaba y hacía Fidel Castro, la Revolución Cubana no habría alcanzado nunca la victoria.

En Santo Domingo tenemos a un pueblo políticamente agitado, pero no políticamente organizado y ni siquiera suficientemente politizado: Dado que el pueblo es a la vez una realidad y una abstracción, hay una sola manera de organizarlo, y es a través de los partidos y grupos que tienen su representación política, pues en cada uno de ellos hay reunido un cierto número —más pequeño o más grande— de las personas políticamente activas, esto es, de las que por razones de sensibilidad o capacidad pasan de manera natural a actuar en nombre de las masas. Debe quedar claro para todo el mundo que al reunir en una sola organización a todos los grupos, automáticamente estarán unidos todos los que trabajan por el pueblo, lo que dará como resultado una politización más profunda de las masas, y así, a un mismo tiempo el pueblo quedará organizado a través de sus representantes y cobrará un grado de conciencia política que la actual división no permite alcanzar.

Llegar a la unidad no es fácil. Hay demasiados grupos y sectores revolucionarios que se llaman a sí mismos

marxistas-leninistas y que se hallan en lucha entre sí. Algunos líderes de unos cuantos de esos grupos razonan con mentalidad de competidores y creen que el primero que se lance a hacer la revolución se llevará las masas tras sí. Exactamente en esa forma han pensado todos los que han promovido acciones revolucionarias en la América Latina en los últimos tiempos, y las masas no se han ido tras ellos. Hasta una figura tan alta como Che Guevara estuvo luchando en Bolivia sin que se le sumara un hombre. El ejemplo de Fidel Castro ha sido tomado sólo en su aspecto formal, no en su fondo político. Se piensa que el pueblo cubano apoyó a Fidel Castro porque fue el primero que se alzó en el país y nadie se fija en que ese pueblo le dio su apoyo —al cabo de algún tiempo, por cierto— porque Fidel Castro mantuvo una línea política correcta. Lo acertado de Fidel Castro no fue su acción guerrillera; fue su estrategia política, de la cual la guerrilla pasó a ser una consecuencia natural. Fidel Castro no cometió un solo error político; no conspiró con militares, no se alió con las derechas, no asustó al pueblo; aceptó, sin comprometerse, toda suerte de ayudas, y aprovechó hasta el máximo las oportunidades de acción y hasta de expresión que le ofrecían las contradicciones existentes en el régimen de Batista. Son esos aspectos de la Revolución Cubana, antes de tomar el poder, los que deben estudiarse, no los formales o aparentes. El caso no es imitar las formas; es analizar el fondo de los hechos y localizar y clasificar correctamente los móviles de una acción.

El pueblo de Cuba estaba altamente politizado a consecuencia de su avanzado desarrollo económico y social, pero especialmente porque tenía noventa años corridos de luchas revolucionarias, y nada enseña a un pueblo tanto como la lucha. El grado de politización que tenía Cuba sólo puede ser igualado en la República Dominicana dándole al pueblo, en el

menor tiempo posible y a través de una organización eficiente, un alto grado de conciencia política. Conciencia política no quiere decir agitación ni quiere decir partidismo; quiere decir conceptos científicos acerca de la realidad dominicana en su aspecto social, económico y político. Eso no podrá hacerse sin una previa organización en un cuerpo unitario de todos los partidos y grupos revolucionarios. La revolución dominicana se demorará o se desviará o perderá la oportunidad de ser hecha en la misma medida en que los sectores revolucionarios se mantengan divididos, luchando entre sí, elaborando por razones de competencia líneas políticas equivocadas y aplicando, consecuentemente, tácticas incorrectas. Por esa razón, en la tesis de la *Dictadura con respaldo popular* se establece que ésta no podrá llevarse a la práctica sin la previa unión de todos los partidos y grupos partidarios de la revolución, y que esa unión debe hacerse en un frente, el Frente de la Dictadura con Respaldo Popular. Es a esas fuerzas unidas a las que les toca, en representación del Pueblo, decidir cuándo, cómo y con qué medios debe ser aplicada la tesis.

Los que tienen fe en la capacidad creadora del pueblo respetan íntimamente su derecho a ser él quien decida acerca de su destino y se consideran, donde quiera que estén, representantes suyos. Sin duda que ellos comprenden por qué se escribieron los siguientes párrafos de la tesis:

“La Dictadura con Respaldo Popular sólo podrá alcanzar el poder cuando cuente con el apoyo de las masas, y eso sucederá cuando el pueblo haya adquirido confianza y fe en la idea, en la organización y en los hombres encargados de llevar a la práctica la Dictadura con Respaldo Popular, al punto que identificará esa idea, a esos hombres y a su organización con su necesidad de justicia, respeto y bienestar. La Dictadura con Respaldo Popular deberá ser, pues, eminentemente

popular antes, durante y después de tomar el poder, y su única fuente de poder deberá ser la voluntad del Pueblo.

‘Para convertirse en los depositarios de la fe del pueblo y en sus directores, los partidarios de la Dictadura con Respaldo Popular deberán organizarse en un frente en el cual trabajen metódicamente, con disciplina y al mismo tiempo con libertad creadora. Las tareas de desarrollar la tesis de la *Dictadura con respaldo popular*, así como de elaborar la estrategia, la táctica y los programas que deberán ser aplicados en cada ocasión, deberán ser el producto del trabajo en común de todas las fuerzas reunidas en ese frente.

‘La presencia en el Frente de la Dictadura con Respaldo Popular de todas las fuerzas antioligárquicas, y por tanto anti-imperio-pentagonistas, cada una disfrutando de su independencia pero todas unidas en un fin común, garantizará que a través de la mutua vigilancia ideológica, estratégica y táctica, se mantenga permanentemente vivo y alerta el propósito de transformar de cuajo las estructuras sociales de nuestros países para edificar en ellos el hogar de la libertad y el reino de la justicia”.

Parece que esos tres párrafos son muy claros y todo el mundo deberá entender sin dificultad lo que ellos dicen. ¿Cómo se explica que haya quien me reclame, no haberle desconocido ni sustraído su capacidad creadora y de decisión en algo que afecta profundamente su destino? ¿Cómo y por qué se me reclama haber llamado a sus representantes para que reunidos en un frente elaboren democráticamente la estrategia, la táctica y los programas de la Dictadura con Respaldo Popular? A mí me correspondía solamente presentar un análisis socio-económico y político de la realidad nacional, las líneas fundamentales y generales de una solución revolucionaria para la situación del país, así como las bases de un programa en el cual figuraran las metas principales de esa solución, y

haber sobrepasado esos límites hubiera equivalido a suplantarse a los representantes de las masas partidarias de la revolución erigiéndome a mí mismo en un mandamás absoluto de esas masas.

La confusión se explica porque no he seguido las fórmulas. Visto que Marx y Engels actuaron en una forma dada, y visto que Lenin y Mao partieron de esa forma ya establecida, a los ojos de algunos marxistas-leninistas quien no siga esos precedentes es un liberal-burgués, y en el mejor de los casos, un gran equivocado. De acuerdo con su criterio, yo estaba obligado a decir en la tesis todo lo que hay que hacer, y cómo hacerlo y cuándo hacerlo; a mí me tocaba resolver, como si fuera el amo del pueblo dominicano, si éste debía morir o votar por la revolución.

¿Pero qué es lo que hay en el fondo de esa actitud?

Hay formas aparentemente revolucionarias; hay la creencia de que la revolución consiste en tumbar un gobierno, aunque nadie pueda decir qué va a venir detrás de eso, como sucedió en 1961-1962, cuando el afán de tumbar a Balaguer fanatizó de tal manera a los pequeños burgueses revolucionarios que no se dieron cuenta de que detrás de la caída de Balaguer llegaría al poder la oligarquía cívica con el Consejo de Estado —y los yanquis tras ellos—; hay la creencia de que eso que algunos llaman revolución, y no lo es, se hará automáticamente tan pronto un líder, como es mi caso, le ordene al pueblo: “¡A hacer la revolución!”.

Todo es caudillaje, infantilismo, y no precisamente de izquierda; idealismo barato, milagrerismo, aventurerismo. Eso no tiene nada que ver con la tesis de la *Dictadura con respaldo popular*.

París,
26 de noviembre de 1969.

II

El día 20 de noviembre (1969) apareció en el diario *El Nacional* (Santo Domingo, R.D., p.4) un comunicado del Comité Ejecutivo de la Federación de Estudiantes Dominicanos que resumía en su título toda una línea política; y el título era muy simple: “Con las masas: aislemos lo dañino”.

En ese comunicado la FED hizo la historia de un día de incidentes universitarios provocados por las rivalidades de algunos grupos de estudiantes marxistas-leninistas y expuso la línea correcta a seguir en todos los casos en que haya envuelta una decisión política. Así, la FED venía a decir que las decisiones políticas deben tomarse apoyándose siempre en las masas, en su inclinación natural hacia lo decente y lo justo, y señaló que la lucha de aquellos que se consideran a sí mismos representantes del pueblo, o de alguna de sus partes, no debe y no puede ser llevada a cabo contra ninguno de los sectores que representan también al pueblo o algunas de sus partes, que esa lucha se justifica nada más cuando es mantenida contra el frente oligárquico y su organizador, jefe y beneficiario.

No nos engañemos: el pueblo tiene muchos enemigos. Hay miles y miles de hombres que están al servicio del frente oligárquico; que han sido debidamente entrenados para perseguir, golpear, torturar, matar a los luchadores del pueblo. Esos hombres reciben una educación especial —aunque sería más propio decir que reciben una deseducación especial— para que hagan a satisfacción de sus jefes el trabajo de aterrozar al pueblo. Ahora bien, esa deseducación ha logrado llegar, sin que se sepa cómo, hasta el fondo de los cerebros de algunos jóvenes dominicanos que se consideran a sí mismos revolucionarios y defensores del pueblo, y esos jóvenes actúan con métodos similares a los que han sido infiltrados metódicamente, por expertos en la materia, en las mentes de los servidores incondicionales del frente oligárquico.

Es difícil que una persona sensata, como son generalmente los miembros de la masa, llegue a comprender por qué razón un sector que se autollama revolucionario usa el terror contra los que deberían ser sus compañeros de lucha. La gente del pueblo es muy perspicaz; se hace preguntas y halla las respuestas. Y en el caso de que hablamos, sin duda se ha preguntado ya mil veces cuál es la diferencia que hay entre un revolucionario que esgrime armas contra los otros revolucionarios y los agentes del gobierno que disparan sus revólveres y sus rifles sobre los acusados de ser enemigos del régimen. Puesta a pensar así, la gente del pueblo habrá llegado lógicamente, o llegará cualquiera de estos días, a la conclusión de que si una revolución hecha por esos agresivos revolucionarios alcanza el poder, el gobierno revolucionario se parecería mucho al que tenemos actualmente.

Los jóvenes que creen que ser revolucionarios consiste en actuar agresivamente contra todo el mundo están confundidos, y esa es una confusión que hay que disipar rápidamente; y si no somos capaces de aclarar pronto sus ideas, esos jóvenes van a ir a dar al campo opuesto de la revolución. Los que están educándolos en los métodos de la agresión sin hacerles distinguir de manera precisa qué diferencias hay entre el pueblo y sus enemigos, están haciendo de ellos candidatos a servidores eficientes del frente oligárquico. El que enseña a un joven revolucionario a odiar a otros jóvenes revolucionarios, y lo adiestra para que golpee a esos jóvenes o dispare contra ellos, realiza un trabajo que a la postre aprovechará el frente oligárquico.

Los que se dedican a cultivar el odio en la juventud con la creencia equivocada de que el odio es un factor revolucionario positivo, deberían reflexionar un poco, porque la revolución no puede hacerse por odio a nadie sino por amor al pueblo. El que ama al pueblo se indigna necesariamente contra sus

explotadores y enemigos, pero la indignación es un sentimiento creador, en el cual puede basarse —y se basa— la capacidad para luchar por los principios más hermosos y más fecundos que conoce la humanidad, y el odio, en cambio, es una pasión demoledora, que destruye cuanto halla a su paso y seca, como si fuera fuego, todo el poder creador del ser humano. Una revolución es una obra de creación y no hay creación si no hay amor que la alimente. Desde hace siglos y siglos se sabe que en una misma persona conviven el ser intelectual y el ser afectivo, y por tanto a un hombre se le puede enseñar a rechazar, como venenosas y dañinas, las ideas que perjudican al pueblo en cierto sentido; como resultado de esa enseñanza, puede producirse algo parecido a lo que podríamos llamar odio intelectual, que es en fin de cuentas una actitud resuelta contra determinados sistemas sociales o de ideas. Pero otra cosa es enseñar a odiar con el alma, con los sentimientos, así se trate de personas que están luchando contra los mismos enemigos que nosotros.

Las circunstancias de la República Dominicana no son las mismas de ningún otro país, y mucho menos las de un país en el cual hay un gobierno revolucionario, y tratar de copiar en Santo Domingo lo que se cree que ha sucedido en otra parte es algo más que un error, puede ser un acto de locura. Lo que hay que inculcar a los jóvenes dominicanos no es odio a otros sectores revolucionarios; es amor al pueblo y capacidad para ganarse con ese amor el respeto de las masas y la simpatía de aquellos que son también revolucionarios y sin embargo no comparten en todos los puntos sus opiniones o su posición. Como dijo Mao Tse-Tung, en cuyo nombre se hacen tantos disparates, las contradicciones en el seno del pueblo no son iguales a las contradicciones con el enemigo, y por esa razón no pueden ser tratadas con los mismos métodos.

Un error parecido, y de consecuencias similares, es el de los sectores revolucionarios que se lanzan a hacer ellos solos la revolución, atacando a determinadas personas mediante el típico atentado individual, copiado de los métodos de lucha usados por gansters o pandilleros norteamericanos. Cuando se estudia la historia de ciertos países se ve que a pesar de todo el poder que se concentra en sus manos, a un Estado le resulta siempre peligroso crear organizaciones de terror, pues es sumamente difícil, si no imposible, mantenerlas bajo control y a menudo ellas acaban controlando el Estado. Pues bien, mucho más difícil es que ese control pueda ser mantenido por un grupo político que actúa en una sociedad donde el poder se halla en manos enemigas. Los grupos llamados de acción que se formaron en Cuba a la caída de Machado con el objetivo político de perseguir y matar a los machadistas acusados de crímenes, acabaron convirtiéndose en organizaciones gansteriles, que estuvieron años y años matándose entre sí; todos se llamaban a sí mismos revolucionarios, pero ninguno participó en la revolución cuando llegó la hora de hacerla.

Ni Marx ni Lenín ni Mao ni ningún revolucionario verdadero aceptó jamás la idea de que la revolución pudiera ser hecha por organizaciones aisladas, a cuentagotas, matando un día a un enemigo real o supuesto y otro día otro. La revolución tiene que ser la obra del pueblo, no de ningún sector elegido. La atmósfera, la mentalidad y los procedimientos del pueblo son totalmente opuestos a los de los grupos y los hombres que se creen elegidos por el destino para imponer sus criterios a los pueblos. Los elegidos sólo se producen en el campo de los enemigos de la revolución, y ahí está la historia para demostrarlo. No hay nada de común entre Lenín y Hitler, entre Mao y Trujillo. Ni Lenín ni Mao ordenaron la muerte de nadie. La Revolución Rusa y la China costaron millones de vidas de enemigos y de revolucionarios, pero

nadie podrá decir jamás que Lenín y Mao ordenaron la muerte de una persona o mandaron partidarios suyos a cometer actos de terror. Yo, que he estado recientemente en China y que hice muchas preguntas sobre la Revolución Cultural, puedo afirmar que la Revolución Cultural no produjo un solo caso de ataque físico contra ninguno de los adversarios de Mao, todo el proceso de la Revolución Cultural fue político, llevado a cabo por medio de movilizaciones de masas que reclamaban en actos públicos la salida de los partidarios de Liu Shao-chi de los cargos públicos y de las posiciones que ocupaban en el Partido Comunista Chino, nunca su castigo, su prisión o su muerte. Los enemigos de la Revolución China desataron en todo el mundo una ola de mentiras destinadas a crear la idea de que la Revolución Cultural era una gigantesca cacería a tiros de los que se oponían a la línea política maoísta y parece que en Santo Domingo hubo gente que creyó al pie de la letra en esa propaganda.

Cuando Marx dijo que la violencia era la partera de la Historia, se refería a la violencia de las masas, no a la de ningún grupo o individuo. Mao Tse-Tung no ha autorizado nunca la violencia contra los revolucionarios chinos descarriados y mucho menos contra el pueblo. Entre los folletos que se han publicado en China para explicar los orígenes de la lucha ideológica del Partido Comunista de China contra el de la Unión Soviética hay uno que se titula *Sobre el problema de Stalin* (Pe-kín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1963). Figura como escrito por la Redacción del *Remin Ribao* y la Redacción de la revista *Honggi*, pero en los círculos responsables del país se sabe que fue elaborado bajo la dirección de Mao y cualquier lector avisado reconoce en ese folleto el estilo de Mao. Pues bien, en la página 5 de la edición en lengua española de esa publicación se leen estos párrafos: “En ciertos problemas, Stalin se apartó, en su manera de pensar, del materialismo dialéctico,

cayó en la metafísica y el subjetivismo y como consecuencia de ello perdió a veces el contacto con la realidad objetiva y con las masas. En la lucha tanto dentro como fuera del Partido, a veces y en algunos problemas, Stalin confundió dos categorías de contradicciones de distinto carácter, esto es, contradicciones entre los enemigos y nosotros y contradicciones en el seno del pueblo, y confundió los métodos diferentes para resolverlas”.

Algunos revolucionarios dominicanos vienen cayendo desde hace tiempo “en la metafísica y el subjetivismo, y como consecuencia de ello ‘pierden’ a veces el contacto con la realidad y las masas”. Si ese error fue de resultados graves para la Unión Soviética, donde Stalin se hallaba a la cabeza del poder, podemos imaginarnos qué resultados tendrá en Santo Domingo, un país gobernado por el frente oligárquico. Aunque el folleto *Sobre el problema de Stalin* no detalla cuáles fueron los errores del líder ruso —lo que se explica porque no se trata de un catálogo de acusaciones, sino más bien de una evaluación de su obra—, sin duda uno de ellos fue su propensión a infiltrar hombres en organizaciones políticas independientes del Partido Comunista, un método que pretenden seguir ciertos revolucionarios dominicanos. La infiltración es un hábito de los cuerpos de policía y de espías internacionales, y los revolucionarios que quieran copiar ese hábito son profundamente deshonestos y por tanto no pueden llamarse revolucionarios. El que no cree en la capacidad de lucha y de creación del pueblo es un contrarrevolucionario encubierto, y no cree en ella quien se infiltra en organizaciones del pueblo con el propósito de manejarlas desde la sombra. El que hace eso tiene alma de policía, y los que le sirven como agentes de la infiltración tienen alma de traidores. Un revolucionario honesto que no está de acuerdo con lo que hace o lo que piensa su organización debe salir de ella e ir a trabajar con aquella que a su juicio está procediendo correctamente. Jamás les pasó

por la cabeza a Marx, Engels, Lenín o Mao infiltrar gente en otras organizaciones. Esa es una tarea que pueden hacer únicamente los jefes del contraespionaje, no los líderes políticos.

Las presiones del medio, los hábitos de clase de ciertos líderes de grupos revolucionarios, el atraso general que se refleja en una débil base cultural de una parte importante de la pequeña burguesía —de la cual salen en proporción muy alta los líderes de las organizaciones de izquierda del país—, son factores que influyen en las ideas y las actitudes de algunos grupos revolucionarios dominicanos. Eso no significa, sin embargo, que todos padezcan las consecuencias de esos factores, y es casi seguro que sólo está sufriendolo una minoría. Ahora bien, esos pocos se hallan en la dirección de algunos de los grupos organizados, y a causa de las posiciones que ocupan en esos grupos ejercen influencias que se comunican a otras agrupaciones por medio de personas aisladas o gracias a la atmósfera de agitación que se genera dentro de los círculos revolucionarios.

Se hace necesario, pues, dar fin a un estado de cosas que está perjudicando a todo el movimiento revolucionario dominicano. Dar fin no significa aniquilar a los autores de esa situación, expulsarlos de sus organizaciones, desacreditarlos, aterrorizarlos o matarlos, métodos que aplica el frente oligárquico, pero que no pueden aplicar los luchadores del pueblo; significa encauzar todas las corrientes en una sola que tenga como meta producir la liberación nacional; significa crear un organismo en el que todos los grupos puedan dirimir sus diferencias hasta un punto, por lo menos; hasta aquel en que se pongan de acuerdo para actuar dentro de un campo ideológico preciso y con un programa de acción también preciso. Todo eso puede obtenerse, y debe obtenerse, en el seno del Frente de la Dictadura con Respaldo Popular.

La constitución del Frente de la Dictadura con Respaldo Popular no significará la unidad automática de todos los

sectores revolucionarios, y por tanto sería una ingenuidad esperar que se produjera esa unidad. La experiencia nos enseña que la unidad entre sectores que divergen en matices ideológicos no ha sido nunca el fruto inmediato de un acuerdo para trabajar juntos. Pero es el camino para llegar a la unidad, especialmente si la unidad se convierte en un objetivo común de las organizaciones que formen el Frente y si se trabaja por ella con honestidad.

En el orden objetivo, el Frente de la Dictadura con Respaldo Popular debe ser el medio para que se debatan, con ideas y no con tiros, todas las diferencias de puntos de vista doctrinarios, estratégicos y tácticos que dividen hoy a los sectores revolucionarios, y debe ser el medio para que como resultado de esos debates se llegue a acuerdos fundamentales, en los cuales se establezca con claridad qué aspectos de las ideas dividen a esos sectores y cuáles pueden unirlos, y en consecuencia se trabaje mancomunadamente en los últimos y se siga discutiendo sobre los primeros. En el orden de lo subjetivo, el Frente debe ser el medio para que se vayan dando pasos conjuntos en favor del pueblo mientras se llega a acuerdos sobre los puntos en discusión, es decir, que la unidad vaya avanzando en la práctica día a día, y que vaya avanzando en el seno del Pueblo; que los hombres y las mujeres del Frente desarrollen en el trabajo con el pueblo las ideas y los conceptos doctrinarios que se ajusten a la realidad dominicana, que amplíen también día a día su contacto con las masas y el conocimiento real de sus problemas, de sus necesidades y de sus esperanzas, pero que también mantengan día tras día la discusión de los puntos en que unos grupos y otros no estén de acuerdo, guiados por el criterio de que la unidad, la unidad saludable, verdadera y necesaria, se hará cuando esas diferencias hayan sido superadas, o por lo menos cuando se hayan hecho tan mínimas que su

existencia no separará a los hombres y a las mujeres dedicados a la lucha por la liberación de su pueblo.

La formación del Frente de la Dictadura con Respaldo Popular en la República Dominicana no tiene antecedentes históricos. En los muy abundantes ejemplos de invitaciones para establecer frentes de varias organizaciones, quienes han llevado la voz cantante han sido siempre sectores o grupos minoritarios. En nuestro caso sucede lo contrario; somos los más los que llamamos a los menos a unirse con nosotros. Eso no es todo, sin embargo, pues se da el contrasentido de que hay grupos pequeños que rechazan la unidad. Los que se consideran químicamente puros no quieren unirse con las masas del pueblo y escuchan su negativa en supuestos principios del pueblo y escudan su negativa en supuestos principios revolucionarios.

En realidad, tras ese escudo está actuando la psicología de la pequeña burguesía dominicana, ésa que prefiere ser cabeza de ratón a ser cola de león; ésa que aspira a verse un día endiosada por el aplauso de las multitudes; ésa que sueña verse rodeada por los camarógrafos de la televisión mundial y contemplar su fotografía reproducida en las portadas de las revistas norteamericanas y francesas. Por un fenómeno de proyección de sus complejos de inferioridad, ciertas personas de la pequeña burguesía confunden la revolución con su aspiración a la gloria. Si ellos no pueden llenarse de gloria, la revolución no debe hacerse. Así, la revolución es un pedestal para que ellos sean adorados; y si no lo es, que no se haga, y el Pueblo que siga padeciendo explotación, hambre y persecuciones. Confundidos con esos pequeños burgueses se encuentran también los hijos de oligarcas, que necesitan compensar su origen con una actitud ultra-revolucionaria. Es duro decir eso, pero hay que decirlo, y el que esté libre de vanidad pequeño-burguesa o de arrepentimientos por su origen oligárquico, que no

se dé por aludido. Por otra parte, en el campo de la revolución hay quienes tienen miedo de ser arrastrados por la corriente impetuosa de las masas, y ese temor los lleva a oponerse a toda unión con ellas, y es bueno que cada quien se revise por dentro para que cada uno sepa por qué actúa.

Por razones que he explicado varias veces en otros textos y que no es del caso repetir aquí, la República Dominicana es un país de marcha histórica irregular, arrítmica. Esa arritmia histórica echa sobre las espaldas de todos nosotros una responsabilidad enormemente pesada, porque estamos obligados a meter la historia nacional en ritmo y tenemos que actuar, por tanto, según lo mandan nuestras circunstancias del momento, siempre dentro de la línea general de la historia humana, pero tomando en cuenta que para llegar a donde han llegado otros países debemos hacer cosas que ellos no hicieron o no necesitaron hacer o hicieron en otra forma.

Eso es lo que explica que la convocatoria a unir en un frente a todas las fuerzas revolucionarias dominicanas no tenga precedentes conocidos. Ahora bien, la formación de ese frente es una necesidad nacional, o hay frente o no habrá cambios revolucionarios en la República Dominicana, por lo menos en un futuro previsible; o hay unidad de todo el pueblo o habrá frente oligárquico durante muchos años. De esto no debe tener nadie la menor duda. Los que están soñando con subir al pico de una montaña y bajar de él al frente de una revolución victoriosa, morirán centenarios sin ver ese sueño convertido en realidad. La experiencia de Cuba no se repetirá en Santo Domingo por la simple razón de que Cuba es Cuba y nosotros no somos Cuba. La Revolución Cubana es un fruto natural y legítimo de la historia cubana, la dominicana tendrá que ser un fruto natural y legítimo de nuestra historia, y la historia de Cuba y la de Santo Domingo son

tan diferentes como lo son habitualmente las de dos personas, aunque sean hermanos de padre y madre.

Nosotros estamos cumpliendo nuestro deber al pedir la formación del Frente de la Dictadura con Respaldo Popular; las organizaciones y los sectores que han aceptado formar parte del Frente han cumplido el suyo. Como es claro, ellos y nosotros seguiremos luchando por la unidad del pueblo, y el pueblo nos oirá y construirá su unidad por encima de quien sea, abandonando y dejando atrás a los que se opongan a esa necesidad histórica, porque el pueblo dominicano ve lejos, sabe lo que quiere y tiene más conciencia política que los que pretenden dirigirlo. Ahora bien, que quede aquí constancia de que lo preferible y lo que se desea no es que el pueblo abandone a nadie, no es que ningún dominicano se quede atrás en esta tarea. Pero si a alguno le sucede eso, suya, únicamente, será la responsabilidad; no de nosotros ni del pueblo.

París,
3 de diciembre de 1969.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Abbes García, Johnny 276
Abrahms 178, 179
Adams, Water 134
Alberti, Narciso 381
Aristy, Héctor 303
Arvelo, Tulio 274
Atilas, Bonilla 278

B

Báez, Buenaventura 265, 266, 289,
363, 368
Báez, Mauricio 274, 387, 388
Báez, Ramón 265
Balaguer 279, 281-284, 288, 289,
420
Barletta, Amadeo 270
Batista 314, 315
Baúl 370
Berle, Adolf 69
Betancourt, Rómulo 210, 277
Blanquito 286
Bolívar, Simón 67
Bonaparte, Napoleón 379
Bordas, Manolo 303
Bosch, José (Pepín) 211
Bryce, James 136
Bunker 114

C

Caamaño, Francisco Alberto 115,
116, 235, 285, 287, 303
Cabral, José María 266

Cáceres, Memé 267
Cáceres, Ramón 266, 267
Calderío, Francisco (Blas Roca) 313
Calderón Guardia 210
Campillo de Cosío, José 28
Cárdenas, Lázaro 232
Casimiro Castro, Pablo 115
Castro, Fidel 77, 90, 91, 94, 123,
208, 211, 212, 235, 277, 301,
313, 315, 318, 323, 325, 326,
329, 403, 407, 412, 416, 417
Churchill, Winston 74
Clark, Joseph S. 171, 172
Cleveland, Grover 74
Conteris, Hiber 114
Crimmins, John 280

D

Daniel, Carlos 274
Datini, Francesco 295
David R., Jones 3
De Gaulle, Charles 16, 74, 75
De Lara, Ramón 274
De Peña Valdez, Julio 397, 399
Del Cerro, Alejandro 239
Dinh Diem, Ngo 90, 105-107, 163
Draper, Theodore 71
Duarte, Juan Pablo 305, 363

E

Eisenhower, Ike 4, 38, 49, 84, 105,
174, 275, 317
El Chivo 370

- Engels, Federico 253, 293-297, 311, 317, 358, 377, 398, 415, 420, 427
 Espínola, Pío 381
 Estrella Ureña, Rafael 387
- F**
 Fernández, Carlos 313
 Fernández Domínguez, Rafael 116, 283, 285-287
 Figueres, José 208, 210, 223
 Ford, Henry 60
 Fulbrighth, J. W. 4, 5, 7-9, 11, 49, 108, 129
- G**
 García, Calixto 318
 García Godoy, Enrique 381
 García Godoy, Héctor 115
 Gilligan, John J. 171, 172
 Goebbels 101
 Goldwater, Barry 172
 Gómez, Máximo 318
 Gosplán 189
 Goulart 217
 Goyito 370
 Grant, Ulises S. 38
 Greene 110
 Gruening, Ernest 172
 Guelito 370
 Guevara, Che 417
 Gurney, Edward 172
 Guzmán C., Germán 184, 185, 190, 216
- H**
 Harkins, Paul D. 107
 Haya de la Torre, Víctor Raúl 23
 Helder Cámara, Dom 238
 Henríquez, padre 240
 Hernández, Hernando (Nando) 387, 388
 Hernández, Teófilo 387
 Herrera, Felipe 185
 Heureaux, Ulises 205, 267, 289
 Hidalgo (Padre) 240
 Hill 283
 Hitler 87, 424
 Ho Chi Minh 99, 104, 105, 107, 114
 Humphrey 169, 170, 171, 173
- I**
 Ibarra, Ayda 381
 Imbert, Antonio 303
 Isa Conde, Narciso 397
- J**
 Jacagua 370
 Jackson, Andrew 38
 Jaffe, Adrian 134
 Jimenes, Manuel 364
 Jimenes, Juan Isidro 267, 363, 364
 Johnson, Lyndon B. 3, 20, 21, 59, 66, 72, 83, 84, 87, 97, 106, 108-111, 113, 119, 122, 165-167, 170, 171, 173-179, 237, 311
 Jones 3
 Jonson Hitch, Charles 68
 Julien, Claude 186
- K**
 Kai-Shek, Chiang 301
 Kennedy, Robert 174, 175
 Kennedy, John F. 45, 76, 84, 87, 90, 95, 106, 107, 109, 174, 175, 229, 277, 278
 Kenneth Galbraith, John 3
 Kerr, Clark 68, 133
 Knox Polk, James 38
 Kum, Bela 413
 Kundhart 387
- L**
 L. Dale Jr., Edwin 63
 Lachapelle, Héctor 285
 Lenín 14, 16, 293, 308, 311, 312, 316, 320, 358, 398, 412, 420, 424, 425, 427
 Lewin, André 194
 Lewin, M. 189
 Lilís (Ver Heureaux, Ulises)
 Lincoln, Abraham 79, 407
 Lindsay (Alcalde) 141
 Lippmann, Walter 120
 Liu Shao-chi 425
 Liz, Alexis 274
 Lodge, Cabot 107, 114
 López Molina, Máximo 382
 Lora Fernández, Juan 116
 Luperón [Gregorio] 368

M

MacArthur 74
 Maceo, Antonio 318
 Maceo, José 318
 Machado 318, 424
 Machepa 339
 Madariaga, Cortés 240
 Madero, Francisco 208, 229
 Manolao 370
 Mansfield, Mike 108, 113, 167
 Marchena 286
 Marrero Aristy, Ramón 381
 Martí, José 333, 334
 Martín, John Bartlow 101
 Martínez Francisco, Antonio 275
 Marx, Carlos 47, 48, 254, 283,
 293-298, 308, 311, 317, 334,
 335, 349, 350, 358, 377, 398,
 415, 420, 424, 425, 427
 McCarthy, Eugene J. 3, 10, 11,
 105, 170
 McCornell 111, 166
 McKinley, William 38
 McNamara, [John] 108, 111, 113,
 123-125, 131, 166, 167
 Meany 57
 Medina Angarita 210
 Mejía, Luis F. 274
 Mella [Ramón Matías] 367
 Menéndez, Jesús 313
 Methvin, Eugene 58
 Mirabal (Hermanas) 276
 Mir, Pedro 274
 Molina Morillo, Rafael 304
 Mon 370
 Monción, Benito 368-371
 Montes Arache, Manuel 285, 303
 Morales Carrión 283
 Morel, Yoryi 381
 Morse, Wayne 171, 172
 Myrdal, Gunnar 141

N

Negro 282
 Nenei 370
 Nixon, [Richard] 169-171, 174,
 179, 180, 200, 236

P

Páez, José Antonio 215
 Peña, Lázaro 313
 Peña Taveras, Mario 285, 303
 Pérez Jiménez 210
 Perico 370
 Perón [Juan Domingo] 210
 Petán [Trujillo] 270, 282
 Pimentel, Pedro Antonio 369, 370,
 372
 Pirenne, Henri 299
 Polanco, Gaspar 368-370, 372
 Presbich, Raúl 198

Q

Quiquí 370

R

Ramírez, Hernando 285
 Reed (Coronel) 275-277
 Reid, Donald 278
 Rocard, Michel 342
 Rodríguez Demorizzi, Emilio 365
 Rodríguez Echavarría 282-284
 Rodríguez García, Juan 274
 Rodríguez Reyes 275
 Rodríguez Urdaneta, Abelardo 381
 Roosevelt, Franklyn Delano 28, 60,
 77, 236
 Roosevelt, Theodore 38
 Rosenz, Robert M. 133
 Rozitchner, León 198
 Rusk, Dean 76, 77, 108

S

Salcedo, Pepillo 368, 369
 Sánchez, Francisco del Rosario 362,
 366
 Santana [Pedro] 363, 364
 Sanz Santamaría 186
 Saúl, Ernesto 188
 Schwartz, Laurent 177
 Shlaudeman, Harry 114
 Solito 370
 Stalin, Josef 29, 32, 312, 426
 Stevenson, Adlai 76, 77
 Suero, Juan Francisco 391

T

- Taylor, Maxwell 175
Taylor, Zachary 38, 108
Tegglen, Haro 178, 179
Tito (Mariscal) 312, 412
Torres, Camilo 238
Trotsky 312
Trujillo [Martínez], [Rafael
Leonidas] Ramfis 279, 282
Trujillo [Molina], Rafael Leonidas
258, 262, 265, 268-273, 275,
277-279, 281-284, 286-289, 299,
300, 306, 307, 326, 327, 338,
339, 344, 345, 371, 376, 377,
379, 382, 384, 385, 387-391,
393, 398, 424
Tse-Tung, Mao 293, 301, 308, 311,
312, 313, 320, 358, 420, 423-425,
427

V

- Vallejo, Aníbal 286
Vásquez, Horacio 267, 268, 274, 285
Velázquez, Federico 274
Vicini Burgos, Juan Bautista 267, 387
Victoria (Reina) 16
Virgen de La Altigracia 354

W

- Wallace 169
Washington, George 38, 298
Water, Adams 134
Wessin 303
Westmoreland 72, 112
Wilson, Woodrow 38, 229
Woss y Gil, Celeste 381

Z

- Zelaya, Santos 205

EL TOMO XV (TESIS POLÍTICAS), DE LAS *OBRAS COMPLETAS*
DE JUAN BOSCH, FUE IMPRESO EL TREINTA DE JUNIO DE
DOS MIL NUEVE EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE SERIGRAF,
S.A., EN SANTO DOMINGO, REPÚBLICA DOMINICANA.